



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL
PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES



**LAS INTERFACES CALLEJERAS:
LOGROS, DESAFÍOS Y OPORTUNIDADES PARA
LAS ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL**

REBECCA DANIELLE STRICKLAND

Directora de tesis:

Doctora Susan Linda Street Naused

Agosto de 2012

Doctora Susan Linda Street Naused

directora de tesis

Doctora María Magdalena Villareal Martínez

lectora

Doctor Ricardo Fletes Corona

lector

A Enrique López, Jr. y Enrique López, Sr.

*Para unos, la calle es un aprendizaje de vida,
para otros es un obstáculo a la formación del sentido moral del niño.*

-Ricardo Lucchini

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se realizó gracias al apoyo del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

Dra. Susan Street, agradezco profundamente la dirección académica y personal que me has brindado a lo largo de los últimos cuatro años. Nunca imaginé que iba a crecer tanto en este programa de doctorado. Gracias por ayudarme a abrir mi visión “onegera” y por enseñarme a pensar analíticamente.

Dra. Irene Rizzini, con tu dirección se armonizaron mis pasiones académicas, profesionales y espirituales. Aunque me falta mucho por explorar y aprender, gracias a ti, comprendo mejor mi rol en el mundo callejero.

Mims, gracias por tu gran esfuerzo al leer cada una de mis publicaciones en español y apoyarme emocionalmente y espiritualmente para seguir tu ejemplo humanitario. Art, gracias por motivarme a mantener un equilibrio físico, mental y espiritual cuando me sentí abrumada y por siempre recordarme que cada encuentro es una oportunidad que se puede enfrentar con amor o con miedo.

Programa Niños de la Calle, A.C., Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P., EDNICA, I.A.P. y Casa Alianza, A.C., muchas gracias por permitirme conocer su valiosa labor, por compartir sus experiencias y por facilitarme tantas entrevistas. Este trabajo es para ustedes, espero que les sirva de alguna manera para que sigan con su respetable labor, sigan fortaleciéndose y sobre todo continúen apoyando a los chavos en situación de calle.

Silvestre, José, Tere, Perla y los demás educadores que me han enseñado tanto, que me apoyaron en los momentos difíciles y que siguen brindándome su amistad que siempre atesoraré. Reciban mi más alto aprecio y mi más profundo agradecimiento por sus contribuciones a este proyecto y a mi formación personal y profesional.

Quique, Caro, Lento, Caballo, Johnny, Lily, Yori, Jocelyn, Joshua, Jessy, Olga, Cristo, Mupet, Cariño, Cabal, Mau, Misa, Luigi, Mario y los demás de mis queridos valedores de las bandas callejeras defañas, su historia, su sabiduría y sobre todo su amistad es invaluable para mí. Con todo mi corazón, gracias.

**LAS INTERFACES CALLEJERAS:
LOGROS, DESAFÍOS Y OPORTUNIDADES PARA LAS ORGANIZACIONES DE
LA SOCIEDAD CIVIL**

RESUMEN

Este proyecto de investigación analiza las interfaces entre los jóvenes en situación de calle y las organizaciones de la sociedad civil (OSC) que trabajan con ellos con el propósito de entender porqué tan pocos niños, adolescentes y jóvenes que llegan a vivir en la calle salen de ella. El problema de investigación es ¿cómo disminuir las discontinuidades en las interfaces entre OSC y chavos en situación de calle para llevar a cabo procesos que promuevan una conciencia autónoma y permitan que los chavos replanteen su libertad en un régimen de derechos?

La investigación incluyó la revisión de material teórico y otras publicaciones sobre la exclusión social, poblaciones callejeras y diversas estrategias para intervenir con ellas. El trabajo de campo se realizó en la ciudad de México con observación participante y entrevistas con jóvenes en situación de calle, educadores que colaboran con OSC dedicadas a atender a esta población y otros actores del mundo callejero.

Sobre todo se encontró que existen grandes diferencias en las perspectivas de los callejeros y los educadores sobre la vida callejera. Llevar a cabo procesos a beneficio de las poblaciones callejeras y la sociedad en general, requiere una conciencia sobre las discontinuidades y oportunidades que pueden ocurrir en estas interfaces. Independientemente de si los chavos salen de la calle o no, la promoción de la autonomía basada en los derechos humanos es primordial para combatir la discriminación, desigualdad e injusticias que sufren las poblaciones callejeras día tras día.

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	13
I.1 Resumen del desarrollo de la investigación	14
I.1.1 La construcción del problema y el objeto de estudio	15
I.1.2 Primera etapa del trabajo de campo: investigación con las OSC	18
I.1.3 Segunda etapa del trabajo de campo: investigación con los chavos en sus zonas de calle	21
I.1.4 Métodos utilizados en el trabajo de campo	22
I.1.5 Definición del problema central e hipótesis	23
I.2 Procesos conductores de la investigación	25
I.2.1 El desarrollo teórico	25
I.2.2 El activismo social	26
I.2.3 Una conexión más allá	27
I.3 Alcances y limitaciones	31
I.4 Marco conceptual	33
I.5 Presentación de la tesis	37
CAPÍTULO 1: ESTADO DEL ARTE Y MARCO TEÓRICO	41
1.1 El fenómeno de “niños en situación de calle”	41
1.2 Estado del arte sobre las intervenciones con niños y jóvenes en situación de Calle	45
1.3 Marco teórico	52
1.3.1 Primer eje analítico: identidad callejera	54
1.3.1.1 Identidad	54
1.3.1.2 Pobreza	58
1.3.1.3 Agencia y estigma	60
1.3.1.4 Identidad callejera y modernidad urbana	61
1.3.1.5 Callejerización y arraigo a la calle	63
1.3.1.6 Libertad de la calle	66
1.3.1.7 Poder y resistencia	67
1.3.1.8 Apego	70
1.3.1.9 Trauma	71
1.3.1.10 Resiliencia	72
1.3.1.11 Autonomía	74
1.3.2 Segundo eje analítico: el mundo de la calle	76
1.3.2.1 La calle como territorio	76
1.3.2.2 Redes	77

1.3.2.3 Circuitos de desplazamiento	79
1.3.3 Tercer eje analítico: intervenciones con callejeros	80
1.3.3.1 Asistencialismo	80
1.3.3.2 Relaciones afectivas	82
1.3.3.3 Concientización	83
1.3.3.4 La interfaz	85
1.3.4 Síntesis teórica	88
CAPÍTULO 2: EL MUNDO DE LAS OSC	90
2.1 Perfiles de educadores	91
2.1.1 Religiosos	93
2.1.2 Expertos por experiencia	94
2.1.3 Humanitarios	94
2.1.4 Académicos del campo	95
2.2 Los educadores de esta investigación	95
2.3 Perfiles de proyectos	99
2.3.1 Proyectos asistenciales	99
2.3.2 Proyectos preventivos	102
2.3.3 Proyectos para reducir daños	102
2.3.4 Proyectos para promover salidas de la calle	103
2.3.5 Proyectos para empoderar a los chavos	105
2.4 Las OSC participantes en esta investigación	106
2.4.1 Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P.	107
2.4.1.1 El modelo de Pro Niños	108
2.4.1.2 Prácticas y perspectivas de los educadores de Pro Niños	116
2.4.1.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a Pro Niños	118
2.4.2 Fundación Casa Alianza México, I.A.P.	120
2.4.2.1 El modelo de Casa Alianza	121
2.4.2.2 Prácticas y perspectivas de los educadores de Casa Alianza	123
2.4.2.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a Casa Alianza	126
2.4.3 Programa Niños de la Calle, A.C.	133
2.4.3.1 El modelo del Centro de Rescate, PNC	134
2.4.3.2 Prácticas y perspectivas de los tíos de PNC	136
2.4.3.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a PNC	139
2.4.4 EDNICA, I.A.P. (Educación con el Niño Callejero)	142
2.4.4.1 El modelo de EDNICA	143
2.4.4.2 Prácticas y perspectivas del educador de EDNICA	147
2.4.4.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a EDNICA	149
2.5 Conclusiones preliminares sobre las OSC	152
CAPÍTULO 3: EL MUNDO CALLEJERO Y LA CONTEXTUALIZACIÓN ESPACIAL	155

3.1	Tres grupos de jóvenes callejeros en el D.F. y sus redes de sobrevivencia	158
3.1.1	El Garibaldío y la zona de Garibaldi	159
3.1.1.1	Las OSC y el Garibaldío	172
3.1.2	El Puente y la zona de Taxqueña	174
3.1.2.1	Las OSC y otros interventores en el Puente	189
3.1.3	Canal del Norte y la zona de Morelos	195
3.1.3.1	Las OSC y Canal del Norte	205
3.2.	La diversidad dentro de la cultura callejera	207
3.3	Otros espacios del mundo callejero	210
3.3.1	Casas de parientes	211
3.3.2	Casas hogar	212
3.3.3	Reclusorios y Consejos tutelar	213
3.3.4	Anexos y clínicas de rehabilitación	214
3.3.5	Otras ciudades de la república	215
3.3.6	Hoteles	216
CAPÍTULO 4: IMAGINARIOS, TRAYECTORIAS E IDENTIDADES CALLEJERAS		218
4.1	Imaginarios Callejeros	218
4.1.1	La familia y el grupo callejero	219
4.1.2	La fe	225
4.1.3	El escape	232
4.1.4	Ser callejero	236
4.2	Circuitos de desplazamiento y el arraigo a la calle	242
4.2.1	Toño, 17 años, El puente	245
4.2.2	Aarón, 18 años, El Puente	248
4.2.3	Mupet, 18 años, El Puente	251
4.2.4	Marcos, 20 años, Canal del Norte	254
4.2.5	Mario, 21 años, Canal del Norte	259
4.2.6	Sarahí, 25 años, Canal del Norte	263
4.2.7	Lento, 22 años, Garibaldío	268
4.2.8	Jocelyn, 21 años, Garibaldío	271
4.2.9	Caballo, 20 años, Garibaldío	275
4.2.10	Socio, 19 años, Garibaldío	277
CONCLUSIONES		286
C.1	Las interfaces en el mundo callejero	286
C.1.1	Los intereses de los diferentes agentes en el mundo callejero	287
C.1.2	Los modelos vs. la práctica real de las OSC	291
C.1.3	Los derechos humanos	296
C.1.4	Poder y resiliencia	299
C.1.5	Pobreza, libertad y autonomía	301
C.2	Aportaciones	306

C.2.1 La autonomía y la resiliencia como factores de arraigo al mundo Callejero	307
C.2.2 El juego de prácticas de las OSC en el mundo callejero	314
C.2.3 Las interfaces como oportunidades para la concientización y la promoción de una autonomía de derechos entre los callejeros	316
ANEXO 1: NARRATIVA DEL PROCESO CON SOCIO EN GUADALAJARA	322
ANEXO 2: TABLA DE PÉREZ (227b) EJEMPLIFICANDO CÓMO LOS CHAVOS UTILIZAN CASA ALIANZA	325
BIBLIOGRAFÍA	326

ÍNDICE DE CUADROS Y DIAGRAMAS

Cuadro 1.1: Resumen de modalidades de salidas activas de Lucchini	47
Cuadro 2.1: Temas tratados en el centro de día de Pro Niños	112
Cuadro 2.2: Las fase de los programas analizados	152
Cuadro 3.1: Sujetos y otros personajes significativos relacionados con el Garibaldío	160
Diagrama 3.1: Chavos del Garibaldío	161
Cuadro 3.2: Sujetos y otros personajes significativos relacionados con el Puente	176
Diagrama 3.2: Chavos del Puente	176
Cuadro 3.3: Sujetos y otros personajes significativos relacionados con Canal del Norte	196
Diagrama 3.3: Chavos de Canal del Norte	196
Cuadro 4.1: Arraigos a la Calle	285

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen I.1: Problema de investigación, diciembre de 2008	16
Imagen I.2: Marco conceptual	35
Imagen 2.1: Etapas del modelo del Centro de Rescate, PNC	135
Imagen 3.1: Fachada del Garibaldío	159
Imagen 3.2: Escaleras del Garibaldío	159
Imagen 3.3: La zona de Garibaldi	167
Imagen 3.4: La red del Garibaldío presentado por Socio	171
Imagen 3.5: El Puente	174
Imagen 3.6: Educadores de Casa Alianza en el jardín del Puente	174
Imagen 3.7: La zona de Taxqueña	181
Imagen 3.8: Carnitas con el apá, sábado 5-jun-10	186
Imagen 3.9: La red del Puente presentado por Mupet	188
Imagen 3.10: Visita de Vida Estudiantil a regalar chamarras al grupo, 14-dic-10	191
Imagen 3.11: Canal del Norte	195
Imagen 3.12: La banda fuera de la óptica de Canal del Norte	195
Imagen 3.13: La zona de Morelos	201
Imagen 3.14: Pamela por el metro Morelos	202
Imagen 3.15: Red de Canal del Norte presentado por Marcos	205
Imagen 4.1: Altar a San Judas Tadeo en el Puente	225
Imagen 4.2: Tatuaje de la Santa Muerte	229
Imagen 4.3: El arraigo al mundo callejero	243
Imagen 4.4: Circuito de Desplazamiento de Socio	284
Imagen C.1: Relaciones de dependencia en el mundo callejero	289

LISTA DE ABREVIATURAS

A.C.- Asociación Civil

CD- Centro de Día (programa de Pro Niños)

CODENI- Colectivo Pro Derechos de la Niñez, A.C.

CTVI- Centro de Transición a la Vida Independiente (programa de Pro Niños)

D.F.- Distrito Federal (ciudad de México)

DIF- Desarrollo Integral de la Familia

EDNICA- Educación con el Niño Callejero, I.A.P.

I.A.P.- Institución de Asistencia Privada

IASIS- Instituto de Asistencia e Integración Social

ONG- Organización No-Gubernamental

OSC- Organización de la Sociedad Civil

PNC- Programa Niños de la Calle, A.C.

TDC- trabajo de calle (programa de Pro Niños)

ZMCM- zona metropolitana de la ciudad de México

GLOSARIO DE TÉRMINOS CALLEJEROS

Activo- inhalante compuesto por una mezcla de solventes cuyo ingrediente principal es el tolueno; la droga más común en el mundo callejero del Distrito Federal (D.F.)

Apá- papá

Banda- grupo de amigos; “**es la banda**”- es un amigo; “**es la bandita**”- es una amiga querida

Banqueros/ bancarios- policías que patrullan las banquetas y las estaciones de metro a pie; se considera el nivel más bajo de policía

Bara- barato

Bicicleteros- policías que patrullan la ciudad en bicicleta

Boinas- policías del metro

Cantón: casa, lugar habitado por gente

(estar) Cariñoso- (estar) caro

Carnal- hermano, buen amigo

Consejo- Consejo Tutelar de Menores

Corre- Centro Correccional Juvenil para infractores menores de 18 años de edad

Cunis- droga

Charolear- pedir dinero del público

Chesco- refresco

Chinear- poner en estado inconsciente a una persona haciendo presión en ciertos puntos del cuello.

Chochos- metanfetaminas

Dar un coto- cotorrear, dar la vuelta

Dar cuello- matar

Defeño- del Distrito Federal

Ejecutar- realizar un robo armado

Faquirear- acostarse en vidrios rotos, normalmente en el metro, para obtener dinero del público

Flaquita- nombre cariñoso para la Santa Muerte (por su apariencia huesuda)

Gallo- cigarro de mariguana

Jefa- mamá

Mocharse- dar algo

Mona- un papel desechable o un pedazo de trapo mojado con activo

Monear- consumir activo

Monstruo- el que está explotado por otros presos en los centros de detención

Mota- mariguana

Niña blanca- nombre cariñoso para la Santa Muerte

Paniquearse- sentir pánico por fumar crack

Piedra- crack

Quiuboles- ¿qué onda? (saludo común)

Talonear- prostituirse o pedir dinero

Varos- pesos mexicanos

La Villa- La Villa de Guadalupe, Basílica de la Virgen Guadalupe

INTRODUCCIÓN

Hasta antes de entrar al doctorado del CIESAS Occidente en agosto de 2008, dediqué mi vida profesional a la educación formal y no-formal con niños,¹ sobre todo los que se están en situación de calle.² Soy testigo de varios casos de éxito—chavos que han logrado desarraigarse de la calle y ahora tienen vidas admirables dentro de las normas sociales. Por otro lado, he conocido a niños que han tomado caminos más tristes; salieron de sus hogares, abandonaron sus estudios, cayeron víctimas de las drogas y se arraigaron al mundo callejero. Son estos casos lo que me llevó a abordar este tema de investigación. Según los números más generosos, solamente 20% de niños que llegan a vivir en la calle logra reintegrarse a la sociedad. ¿Por qué? Los niños en situación de calle son abordados por educadores de calle y participan en programas de apoyo que se dedican justamente a la reintegración social; ¿cómo se explica la aparente ineficacia de estos esfuerzos?

La situación no es tan polarizada como para poder dividir los casos en dos categorías: los exitosos, de aquellos que se reintegran a la sociedad, y los fracasos, de quienes permanecen en la calle. Tampoco se puede considerar el impacto de los educadores en las vidas de los callejeros³ como algo unilateral. Los callejeros son sujetos activos que toman decisiones que les llevan a buscar opciones de vida dentro y fuera del mundo callejero. Los que permanecen en situación de calle no son casos perdidos, ni merecen ser excluidos de los proyectos pedagógicos u otros programas públicos que promueven los derechos humanos.

En el ámbito nacional, los programas dedicados a los chavos callejeros con más experiencia en el campo se encuentran en la capital. En esta investigación, analizo cuatro de los principales programas que trabajan con niños y jóvenes en situación de calle en el Distrito Federal, considerando los modelos pedagógicos, las perspectivas y prácticas de los educadores, y las experiencias de chavos que han participado en cada uno. Para entender mejor los retos enfrentados por las organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) en su labor con los chavos callejeros, también analizo las trayectorias de diez jóvenes en situación de calle que han pasado

¹ Para facilitar la lectura de este texto uso los términos niño, chavo, joven, callejero, educador, maestro y psicólogo sin distinción de género. Niño se refiere a cualquier ser humano de menos de 18 años de edad.

² La categoría *en situación de calle* refiere a toda persona que sobreviva del comercio informal y otras actividades no reguladas en la vía pública.

³ En este texto el término *callejero* se refiere a una persona que sobrevive de e identifica con la calle sobre cualquier otro espacio o ámbito.

por estos programas, así como el mundo de vida callejero en el D.F. durante el trabajo de campo que realicé entre 2009 y 2010.

I.1 Resumen del desarrollo de la investigación

Este proyecto de investigación se ha desarrollado en varios espacios desde el inicio del doctorado en el CIESAS-Occidente en agosto de 2008 hasta la presentación de este documento para titulación en 2012. Durante el primer año del doctorado participé en seminarios de la línea de investigación Antropología de las Culturas e Identidades Contemporáneas, y me enfoqué en la revisión de literatura y la construcción del marco teórico con la dirección de mi tutora, la doctora Susan Street. También tomé clases de teoría, metodología y estudios regionales. En julio de 2009 me mudé a la ciudad de México donde permanecí 16 meses para la etapa de trabajo de campo.

De enero a junio de 2011 estudié en Río de Janeiro con la dirección de la doctora Irene Rizzini con el apoyo de una beca mixta de Conacyt. Colaboré en el *Centro Internacional de Estudos e Pesquisas sobre a Infância* (CIESPI), vinculado con Universidad Pontificia Católica de Río de Janeiro (PUC-Rio) y dirigida por Irene. Tuve acceso a nuevas lecturas relacionadas con mi tema de investigación y la oportunidad de discutir el fenómeno de infancia en situación de calle con algunos de los académicos y activistas más reconocidos en Latinoamérica. Además participé en un proyecto de políticas públicas de OSC e instancias de gobierno para promover los derechos de niños en situación de calle.

También aproveché mi estancia con el Ciespi para realizar una pequeña investigación parecida a mi trabajo de campo en el D.F. Entrevisté a educadores y directores de las cuatro principales OSC que trabajan con niños en situación de calle en la ciudad y tres jóvenes que han participado en cada institución. Fueron entrevistas formales con preguntas dirigidas a detectar interfaces en las relaciones entre los sujetos; los resultados me ayudaron a percibirlos como un fenómeno universal entre estos grupos.

A finales de junio de 2011 regresé a Guadalajara con el primer borrador de esta tesis y dediqué el siguiente año a su preparación.

I.1.1 La construcción del problema y el objeto de estudio

Entré al doctorado como una “onegera,” muy grillera y poco analítica, motivada por los casos perdidos que no se podrían acomodar en los modelos de las OSC donde había colaborado. Mi visión era muy clara: los niños en situación de calle eran víctimas del neoliberalismo y requerían apoyo de las OSC para salir de la calle e integrarse a la sociedad. El ser "onegera" sigue siendo parte fundamental de mi identidad, pero el proceso académico que he vivido a lo largo de esta investigación social activista ha tenido un impacto significativo en mi perspectiva sobre el fenómeno abordado en esta tesis.

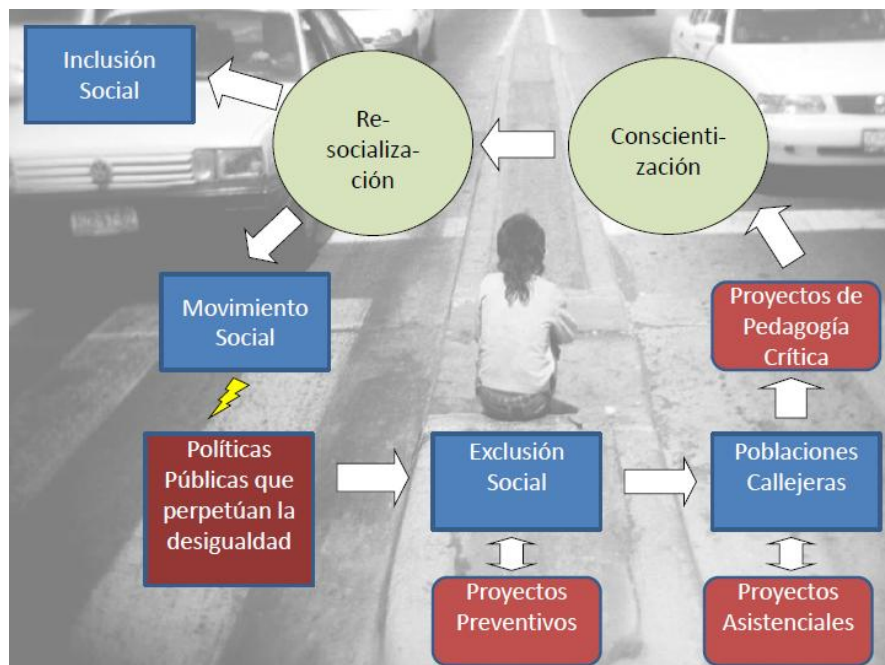
Me fue difícil dejar atrás la visión parcial que me había formado con respecto a las OSC. Pensé que trabajaría con los gurús del ámbito en el D.F. y que seguramente la experiencia y el conocimiento de las instituciones que participarían en la investigación me proporcionarían los ingredientes faltantes en mi receta de rescate. En la revisión de literatura no encontré crítica directa hacia las OSC, pero comencé a analizar su trabajo con un ojo más crítico. Por ejemplo, reconocí que en muchas de ellas, usamos discursos para allegarnos fondos, en los que "maquillamos" el trabajo y los logros. Así, acepté que lo que encontraba en papel podría variar significativamente de las acciones que encontraría en el campo. Para realizar una investigación objetiva, también debía dejar a un lado la postura de OSC *vs.* gobierno que he asumido durante mi trayectoria en la sociedad civil. Como se apreciará en el texto que sigue, parte de mi identidad "onegera" me acompañó a lo largo de la investigación, pero desde el primer cuatrimestre del doctorado comencé a librar una batalla interna para lograr tener una perspectiva imparcial y objetiva, y que mis experiencias previas no sesgaran mi enfoque en la práctica con los diversos grupos que me encontraría en mi trabajo de campo.

Desde el cierre del primer cuatrimestre, se definió que el objeto de estudio sería la relación entre los chavos callejeros y las OSC que trabajan con ellos, pero a lo largo de la investigación se ha hecho más complejo y ha implicado un proceso constante de reformulación. Inicialmente interpreté que la relación entre las OSC y los chavos era lineal, consideré que la función de aquéllas era convencer y ayudarlos a salir de la calle. Esta visión promovía a los interventores (OSC y educadores) como sujetos activos y a los chavos como objetos pasivos o víctimas necesitadas de apoyo de las OSC, aunque estaba consciente de que en última instancia, el cambio de vida depende de la decisión del chavo de dejar la calle. En un inicio pensaba el entorno como una dicotomía: calle/no-calle, y la función de las

organizaciones como promotoras de la salida de la calle y la reintegración social de los chavos. Así, pues, inicié el doctorado con la determinación de encontrar el hilo negro para salvar a los niños en situación de calle: ¿Cómo podría mejorar el modelo pedagógico de la OSC que dirigía?, ¿en qué me estaba equivocando que los procesos con los chavos más arraigados a la calle no llegaban a buen puerto?

En el primer coloquio (diciembre de 2008) presenté la gráfica de la imagen I.1. Había reconocido dos grandes rubros de los proyectos con chavos callejeros –los preventivos y los asistenciales– y consideraba que ambos eran bastante criticables, dado que perpetúan la exclusión social y la existencia de poblaciones callejeras.⁴ Por otro lado, había comenzado mi investigación teórica sobre la pedagogía crítica, pues consideraba que era la mejor manera para trabajar de manera eficaz con los chavos. Finalmente, destaqué el potencial de los movimientos sociales para impactar las políticas públicas, para que éstas dejaran de contribuir a la desigualdad y la exclusión social, y comenzaran a originar verdaderos cambios en favor de los más marginados.

Imagen I.1 Problema de investigación, diciembre de 2008



⁴ El concepto *poblaciones callejeras* se refiere a toda la gente que trabaja y/o vive en la calle. Retomo el argumento de Juan Martín Pérez que dice que el uso de esta categoría social “permite acercarse a una demografía diversa y cambiante. La particularidad de esta población está en la construcción de su identidad en torno a la calle y la vulnerabilidad social en la que se encuentran en el ejercicio de sus derechos” (*Derechos* 2010).

En el segundo cuatrimestre me enfoqué en la construcción del marco teórico desde los campos de la pedagogía, la psicología social y la sociología, a partir de las preguntas principales de investigación: ¿Cuáles son los fundamentos en los proyectos de intervención más eficaces para que los chavos callejeros tomen la decisión de dejar la calle?, ¿qué implica este cambio de vida? De alguna manera, estaba buscando la fórmula de un modelo pedagógico casi mágico para trabajar con los chavos callejeros, y pensé que lo encontraría en la pedagogía crítica. En ese momento no consideraba que proyectos de pedagogía crítica podían ser compatibles con proyectos de apoyo integral que buscan atender las necesidades básicas (comida, hogar, ropa, etc.), brindar educación, atención psicológica, atención de adicciones, capacitación para el trabajo y otros apoyos. Tomaba los modelos de apoyo integral como hipótesis opuestas a las de la pedagogía crítica, y al poco tiempo me desanimé por no encontrar casos de éxito de poblaciones excluidas que hubiesen superado las adversidades gracias a la concientización y los movimientos sociales.

En ese momento partía de un supuesto erróneo al pensar que todas las OSC tenían como objetivo promover la salida de la calle, y, en consecuencia suponía que eran ineficaces ya que los censos de poblaciones callejeras (niñas, niños, adolescentes y jóvenes) en el D.F. reportaban un aumento de aproximadamente 1000 personas entre 1999 y 2006 (GDF, DIF DF y UNICEF, 2006).

Durante esta etapa del proyecto también abordé el cambio de conciencia de manera dicotoma (calle *vs.* inclusión social), por lo que planteé la necesidad de renunciar a la identidad callejera para iniciar un proceso de resocialización. Comencé a desarrollar una lista de los procesos y factores requeridos para poder dejar la calle y prevenir las recaídas hasta donde fuera posible. Exploré la relación afectiva chavo-educador, la desmitificación de la libertad de la calle, proyectos de vida desarrollados por medio de la participación activa de los chavos y basados en sus intereses, así como el enfrentamiento de los traumas y otros problemas de salud mental. A la par, se hizo más complejo el objeto de estudio con el abordaje de factores externos a la relación chavo-OSC, tales como el arraigo a la calle y el proceso de "callejerización", los múltiples factores de salud mental (adicciones, traumas, fantasías), la falta de mejores alternativas fuera de la calle y la capacidad de resiliencia y concientización del chavo.

En el tercer cuatrimestre, justo antes de comenzar el trabajo de campo, conocí la teoría de la interfaz en un curso de metodología con la doctora Magdalena Villareal. Junto con los factores y procesos que estaban contribuyendo a la complejidad de mi objeto de estudio, esta teoría dio forma a la problemática que pretendía abordar en el campo. La investigación teórica y el estudio del estado del arte revelaron pocos casos de éxito, para entonces ya me había dado cuenta de que ni descubriría el hilo negro ni generaría el diseño de un modelo de intervención que reemplazara a los existentes, pero, ¿por qué? La teoría de la interfaz ofrecía un campo amplio para explorar, pues si algo tenía claro en este punto del proyecto, era que existen claras diferencias en los intereses y las percepciones de los chavos y las OSC.

En esta misma etapa de la investigación empecé a borrar en mi mente la dicotomía calle/no-calle. Me trasladé a la ciudad de México con la siguiente pregunta de investigación: ¿Cómo pueden las OSC y sus educadores generar una dinámica pedagógicamente responsiva a los procesos identitarios y al mundo de vida de los niños callejeros, que les permita mejorar su calidad de vida, dentro o fuera de la calle?

I.1.2 Primera etapa del trabajo de campo: investigación con las OSC

Antes de llegar al D.F. establecí comunicación con diversas personas de varias OSC que trabajan con niños o jóvenes en situación de calle en ese lugar. Entre julio y agosto tuve reuniones con los directores de las cinco organizaciones que incluiría en este proyecto. Todos aceptaron la invitación de participar en la investigación, por lo que en agosto comencé a trabajar con los equipos operativos de Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P., Fundación Casa Alianza, I.A.P., EDNICA, I.A.P., Programa Niños de la Calle, A.C. y el Caracol A.C.

En mis primeros acercamientos a estas OSC, me di cuenta de que el fenómeno de “niño en situación de calle” en el D.F. había cambiado; ya no había grupos grandes de niños durmiendo en espacios públicos. Las OSC e instancias de gobierno ya tenían la capacidad de sacar a los niños de la calle antes de que entraran al proceso de "callejerización" o desarrollaran arraigo a la calle. Por ello tuve que cambiar el perfil del sujeto de estudio por el de jóvenes de 17 a 26 años que habían iniciado sus trayectorias en la calle hacía ocho años o más. Busqué a chavos que hubiesen vivido desde niños en situación de calle y pudieran hablar sobre sus experiencias en las OSC participantes en el estudio.

Otro cambio significativo que encontré en el mundo callejero defeño fue el impacto de las iniciativas de limpieza social durante la última década. Antes los grupos se concentraban en el centro de la ciudad, pero cuando llegué ya estaban distribuidos por todas las delegaciones. Las acciones contra los chavos callejeros aumentaron con la administración de Andrés Manuel López Obrador, principalmente con relación al programa de recomendaciones de Rudolph Giuliani llamado Tolerancia Cero, en 2003. Como explica Ruth Pérez, investigadora de la UAM sobre el tema de niños y jóvenes en situación de calle: "Hoy en día la atención ya no se centra en el individuo como sujeto fuera de la norma, sino en ciertos tipos de comportamiento susceptibles de perturbar el orden de los espacios públicos, la circulación de los individuos, el acceso a ciertos espacios –en pocas palabras, el control de la ciudad" (2009: 57).

La Ley de Cultura Cívica del Distrito Federal (aprobada en agosto de 2004) criminaliza la cultura callejera principalmente con la prohibición de prestar servicios no solicitados (art. 24, I), ingerir estupefacientes o inhalar sustancias tóxicas (art. 25, V), cambiar el uso de áreas públicas (art. 26, VI).

De agosto a diciembre de 2009 me dediqué a la investigación de las OSC utilizando métodos de observación participante y entrevistas semiestructuradas con los educadores y directores de Pro Niños, Casa Alianza, EDNICA, Programa Niños de la Calle (PNC) y el Caracol.

En Pro Niños programé fechas para participar en cada una de las fases de su programa (Trabajo de Calle, Centro de Día, Opción de Vida y Casa de Transición a la Vida Independiente). De entre todas las OSC mencionadas, mi participación en Pro Niños fue la más formal; ahí me facilitaron espacios para entrevistas con los educadores y planearon mi participación con cada equipo para asegurar que cubriera un rango amplio de actividades durante los días que me tocaron en cada espacio. Con la excepción de dos educadores de calle y una del área de Opción de Vida, no percibí interés del equipo operativo en la investigación.

Mi experiencia en Casa Alianza fue parecida. Aunque el director me recibió con los brazos abiertos, con excepción de un educador de calle tampoco había interés en el proyecto por parte del equipo operativo. Sin embargo, logré entrevistas con el trabajador social, la psicóloga y dos educadores de calle. También realicé observación participante en tres ocasiones con trabajo de calle y el centro de día Pre-comunidad, y visité tres de sus casas hogar para niños y niñas.

En EDNICA, debido a la necesidad de apoyo para el proyecto de calle, en el que participaba un solo educador, estuve allí todos los miércoles de agosto a diciembre de 2009. El coordinador del Centro Comunitario, así como el educador de calle, se referían sobre mí como “una voluntaria” y regularmente me pedían que me encargara del grupo o supervisara actividades. Esta práctica ayudaba para aminorar la sensación de que los estaba “investigando”. En realidad, debido a la exigencia de mi apoyo en algunas actividades, fue difícil entrevistar a los chicos de allí. También acompañé al educador de calle en sus recorridos por la zona en tres ocasiones.

Me sentí más cómoda en el centro de día o Patio, del PNC. A diferencia de las otras instituciones, en ésta no necesitaba una programación formal para participar con ellos. Generalmente iba una vez a la semana de agosto de 2009 a noviembre de 2010, pero variaba dependiendo de mis otras actividades. Los educadores y los chicos siempre me recibieron amablemente, y no cambiaba la dinámica con mi presencia, a diferencia de lo que sucedía en Pro Niños y Casa Alianza, donde percibí que los educadores sentían que me debían atender por orden de su jefe. A pesar de mi esfuerzo por integrarme a las actividades con los chicos y hacer amistad con los educadores, me parece que nunca dejaron de tener la sensación de que yo estaba observándolos. En el PNC a veces ayudé con las actividades, pero generalmente platicaba con los beneficiarios y los educadores o estaba como oyente en el círculo de confianza (espacio de terapia grupal).

En el Caracol realicé observación participante en su centro de día en cinco ocasiones, pero nunca tuve logré coordinarme con los educadores. Justo cuando empezaba mi investigación, el director fundador y varios educadores dejaban el lugar. Después de dos meses sin poder concretar una cita para acompañar a los educadores en actividades con la población o entrevistarlos, decidí dejar el Caracol fuera de la investigación.

En las cuatro OSC que quedaron como participantes en la investigación, realicé 12 entrevistas estructuradas sobre los modelos pedagógicos y las prácticas de los educadores. También con los educadores realicé 36 entrevistas semiestructuradas sobre los diez sujetos principales del estudio y siete entrevistas semiestructuradas sobre los discursos e imaginarios que había identificado en el mundo de la calle. Finalmente, apliqué seis entrevistas semiestructuradas a los educadores sobre las zonas de enfoque. Todas las entrevistas mencionadas aquí fueron grabadas y transcritas.

I.1.3 Segunda etapa del trabajo de campo: investigación con los chavos en sus zonas de calle

Por medio de las OSC conocí a los chavos. Durante los primeros meses pasé por más de 30 puntos de encuentro con los diferentes educadores de calle y tuve la oportunidad de conocer a chavos de diferentes grupos en los centros de día. En octubre de 2009 elegí a tres grupos de enfoque para mi estudio. El grupo *Garibaldi* asistía regularmente al Patio del PNC y rápidamente hice amistad con la mayoría de la población fija de este punto. La zona era peligrosa y me daba temor recorrerla sola o llegar sin aviso a la casa abandonada que el grupo ocupaba, pero su participación en el PNC me facilitó coordinar citas con diferentes chavos para realizar observación participante con ellos en la calle a lo largo de diez meses.

El grupo del *Puente* de Taxqueña era el más famoso en el D.F. durante mi trabajo de campo. Fue el único grupo grande donde la mayoría de los miembros era de menores de edad. La prensa se interesó en ellos y fue un punto prioritario para los educadores de Casa Alianza, Pro Niños y PNC. Conocí a varios chavos del Puente en Pro Niños, pero no tuve la oportunidad de establecer un vínculo con ellos allí. Durante mis primeros tres meses de trabajo de campo pasaba por Taxqueña para llegar a casa y observaba al grupo de lejos. Un día, en octubre, me animé a acercarme. Afortunadamente dos de los chavos que estaban allí recordaban haberme visto en Pro Niños. Decidí poner en práctica la estrategia que William Foote Whyte menciona en *Street Corner Society*, y les dije que estaba escribiendo un libro y que me interesaba incluir en él a algunos chavos del grupo. Pregunté por el líder y de inmediato me mandaron con *Santo*,⁵ un chavo alto y flaco, de 21 años, quien aceptó mi propuesta de visitarlos una vez por semana y ver a quién le interesaba participar en el proyecto. Comencé a realizar observación participante con ellos hasta tener un total de 20 visitas, generalmente de una a tres horas cada una, de octubre de 2009 a junio de 2010.

Decidí incluir al grupo *Canal del Norte* porque era el único atendido por EDNICA en el que había chavos que cumplían con el perfil de sujeto de estudio entre aquellos con quienes había logrado un vínculo de confianza. Los otros puntos de encuentro de chavos que participaron en EDNICA eran más peligrosos, y yo no me sentía con la confianza necesaria para realizar observación participante con ellos. Generalmente llegaba temprano para estar con el

⁵ Todos los nombres de los sujetos y otros informantes en este texto han sido cambiados para proteger su identidad. En el caso de la mayoría de los chavos, ellos mismos eligieron sus nombres para el texto; en los demás casos, yo los escogí.

grupo antes de entrar a EDNICA, o me iba con ellos a la salida y los acompañaba un rato por la tarde. Mis visitas con este grupo tendieron ser cada vez más cortas, ya que a menudo el trabajo fue interrumpido por un señor que trabajaba al lado del punto y siempre quería hablar conmigo. Sin embargo, logré pasar tiempo con ellos en su territorio en 22 ocasiones diferentes a lo largo de diez meses.

I.1.4 Métodos utilizados en el trabajo de campo

Aparte de hacer observación participante, aproveché el tiempo en las OSC y con los tres grupos para realizar entrevistas informales. Dependiendo de las circunstancias, a veces las grabé y otras solamente tomé notas en mi diario de campo. Mantuve el diario a lo largo de mi trabajo de campo, escribiendo religiosamente sobre mis experiencias en las OSC y en la calle. También tomé fotos en los tres puntos, en PNC y en EDNICA.⁶

Para conocer las trayectorias de los sujetos como callejeros y explorar la "callejerización" como una construcción social, decidí estudiar historias de vida punto elegido para realizar mi trabajo de campo. Como explica Ruth Pérez, "Los factores macroscópicos no entran en la realidad directa de estos niños. Son los factores microscópicos los que los conducen a abandonar el hogar familiar y a salir a la calle, pues estos factores forman parte de su universo cercano, del universo en el cual se encuentran involucrados como actores" (2009: 33). Entre entrevistas semiestructuradas, que fueron grabadas y transcritas. Además, con estos chavos realicé 23 entrevistas estructuradas sobre los cuatro imaginarios del mundo callejero que quería explorar (la fe, la familia, la identidad callejera y el escape). Estas entrevistas también fueron grabadas y transcritas para facilitar el análisis de la información. Después decidí enfocar mi análisis en diez historias de vida, pero utilicé todas las entrevistas sobre imaginarios para el análisis presentado en el capítulo cuatro.

Otra técnica que utilicé fue pedir a un chavo de cada grupo que dibujara su red de apoyo, que analizo en el capítulo tres. Este ejercicio me ayudó a comprender cómo valoran las diversas fuentes de apoyo, así como su relación con diferentes espacios y su percepción de territorio. También realicé mapas de las trayectorias o circuitos de desplazamiento de diez sujetos. Estos mapas sirven para romper la dicotomía de calle/no-calle, mostrando cómo la

⁶ Desafortunadamente, mi laptop fue robada en agosto de 2010 y perdí la mayor parte de mi documentación fotográfica.

identidad callejera y el arraigo a la calle siguen creciendo en espacios fuera de la vía pública, así como la multitud de espacios que componen el mundo callejero.

Aparte de las notas en mi diario de campo y las fotos tomadas a lo largo de diez meses de observación en las tres zonas de enfoque, realicé diez entrevistas semiestructuradas a otros actores e interventores en las tres zonas (ambulantes, vecinos, educadores del DIF, etc.). Al igual que las demás entrevistas, todas estas pláticas fueron grabadas y transcritas para facilitar la etapa de análisis y poder presentar el objeto de estudio en palabras de las personas que mejor lo conocen. En suma, los datos analizados vienen de documentos institucionales, las transcripciones de las entrevistas y mi diario de campo. Los analizo a lo largo de la tesis con base en la teoría de las interfaces y otros hilos conductores presentados en el marco teórico del primer capítulo.

I.1.5 Definición del problema central e hipótesis

Al terminar el trabajo de campo a finales de 2010, el problema de investigación estaba planteado de la siguiente manera: ¿Cómo pueden manejar las OSC las interfaces entre ellas y los chavos callejeros para realizar intervenciones pedagógicas efectivas? Ya tenía claro que los principales obstáculos para los interventores que buscan promover salidas del mundo callejero son las adicciones, los traumas, la falta de mejores oportunidades fuera de la calle y el arraigo a ésta. Consideraba éstos problemas como los cuatro campos principales para las interfaces, que implicaban los retos más difíciles para las OSC que pretenden llevar a cabo “intervenciones pedagógicas efectivas” con chavos que viven en la calle.

Las interfaces por fin tomaron su lugar como enfoque del problema de investigación. En el primer borrador de esta tesis planteé el desafío para los educadores de “superar” las interfaces. Como resultado de la lectura de este documento, Magdalena Villareal me aclaró que las interfaces no se superan, pues siempre existirán. El reto es, más bien, “minimizar las discontinuidades” entre los actores en las interfaces. En este momento, aún no había terminado el capítulo cinco sobre las interfaces, pero ya tenía clara la importancia para los educadores de conocer bien a los chavos y la realidad callejera personalizada de cada uno de ellos para combatir las interfaces. El concepto de “realidad callejera” que utilicé incluye el circuito de desplazamiento, la red de apoyo y las condiciones de salud mental de un chavo. Con base en sus capacidades e intereses, el educador puede promover la elaboración de un

proyecto de vida para el chavo, mientras desarrolla un vínculo afectivo con él y atiende cuestiones de salud mental.

Retomando el capítulo cinco, acepté las interfaces como una constante insuperable en las relaciones entre las OSC y los chavos callejeros. Mi definición de "intervenciones eficaces" llegó a romper la dicotomía calle/no calle y el reto de "(re)integrarlos a la sociedad", y tomó el enfoque de la realización de procesos con chavos en situación de calle como sujetos con derechos en los que se busca promover una conciencia autónoma. Trabajé a partir de la pregunta ¿Cómo pueden las OSC y los educadores mejorar la calidad de vida de los chavos callejeros en el mediano y el largo plazos teniendo en cuenta las interfaces? La idea de "mejorar la calidad de vida" ahora se refería a la salida de la calle, así como a cambios dentro del entorno callejero.

También retomé el marco teórico buscando eliminar la dicotomía calle/no-calle de toda la tesis. Ya mencioné que la resiliencia no solamente se necesita para reintegrarse a la sociedad, también es imprescindible para sobrevivir en la calle. De la misma manera, la autonomía puede desarrollarse dentro o fuera de la calle. La decisión de un chavo de permanecer en la calle no significa que los educadores no puedan ejercer una influencia positiva en ellos.

Ya para al último semestre del doctorado, la pregunta central de este estudio era: ¿Cómo disminuir las discontinuidades en las interfaces entre OSC y chavos en situación de calle para llevar a cabo procesos que promuevan una conciencia autónoma y permitan que los chavos replanteen su libertad en un régimen de derechos?

Como hipótesis planteo que para contribuir eficazmente al proceso de un chavo en situación de calle como sujeto con derechos, las OSC deben superar la dicotomía calle/no calle y replantear el reto de "(re)integrarlo a la sociedad". Es necesario conocer la trayectoria de cada niño o joven, incluyendo su circuito de desplazamiento, sus redes de apoyo y sus condiciones de salud mental, desarrollar relaciones de confianza con vínculos afectivos, así como reconocer y promover sus talentos e intereses, y a la vez una conciencia autónoma.

I.2 Procesos conductores de la investigación

Tres procesos paralelos guiaron este proyecto de investigación. Si bien algunas veces me sentí abrumada dado que mis tres líneas directoras por lo general no coincidían con respecto al camino que sería más conveniente seguir, retrospectivamente, me doy cuenta de que todos ellos contribuyeron significativamente para que este proyecto llegara a buen puerto.

I.2.1 El desarrollo teórico

A lo largo del programa de doctorado conocí diversas teorías, además de la interfaz, que se relacionan con mi objeto de estudio y abonaron al desarrollo teórico del proyecto. En un inicio mi enfoque era de pedagogía social, basado sobre todo en el trabajo de Paulo Freire. Comencé a leer Peter McLaren, Henry Giroux y a otros autores de este campo de estudios, pero sus planteamientos no me convencieron. Sigo pensando que la concientización es fundamental para lograr intervenciones efectivas con los chavos callejeros y otros sujetos socialmente marginados, pero mi llamado no es a promover una revolución para derribar a los opresores, sino a buscar la manera de trabajar con un chavo a la vez para ayudarlo a superar los obstáculos que estén inhibiendo su desarrollo personal.

Al entrar al doctorado sabía que la mayoría de los chavos callejeros tiene problemas psicológicos y que mi falta de formación en dicha área significaría un limitante para la investigación. No era posible completar una formación como psicóloga para esta investigación, pero las teorías de resiliencia, trauma y apego me ayudaron a comprender las barreras que los traumas pueden construir en los chavos. Cuando comencé a trabajar en las historias de vida de los sujetos, me llamó mucho la atención hasta qué grado se reflejaron estas teorías en sus testimonios. Las presentaré con detalle en el siguiente capítulo, pero es importante mencionar que mi conocimiento de estas teorías psicológicas guió el estudio, pues estaba consciente del efecto de los traumas y la falta de un apego afectivo durante la primera infancia en las vidas de los chavos.

Retomé el tema de la resiliencia después del trabajo de campo y fue entonces cuando comencé a considerarla desde una nueva perspectiva. No solamente se requiere para enfrentar los traumas y reintegrarse a la sociedad, sino también para permanecer en la calle y aguantar los traumas y golpes cotidianos en esta forma de vida. Esta investigación deja una semilla para futuros estudios sobre la resiliencia en las poblaciones callejeras.

Otro campo teórico que me llamó mucha la atención es el de la pobreza. Leí a Oscar Lewis y a Larissa Lomnitz y quedé fascinada con el sinfín de planteamientos teóricos con relación a este tema. Algunos autores la analizan desde una lista de factores concretos, como la educación, el patrimonio y la vivienda, por ejemplo, mientras otros la abordan como una cultura o una consciencia. El considerar esta consciencia de la pobreza y la visión propia que los chavos callejeros tienen sobre su vida, su clase social y su lugar en la sociedad contribuyó a aligerar la complejidad de mi análisis de la "callejerización", el arraigo a la calle y la identidad callejera.

Los planteamientos teóricos que encontré sobre la identidad también fueron clave para la construcción del marco teórico de mi investigación. La diferencia de cómo se identifican a sí mismos los callejeros y cómo son vistos por la demás gente es un factor fuerte en las interfaces que exploro. De la misma forma, su involucramiento emocional con un grupo, su búsqueda de un lugar en el mundo y el estigma contra ellos son consideraciones en el campo teórico de la identidad que también resultaron fundamentales para el camino que aquí seguí.

Finalmente, Cornelius Castoriadis me llevó a considerar la autonomía en relación a la concientización. La autonomía ofrece respuestas a varias de las problemáticas más comunes en el mundo callejero, como la desigualdad, el estigma y las violaciones de los derechos humanos. Regresé constantemente a estas teorías durante el trabajo de campo y el análisis de datos, para ubicarme y darle sentido a los nuevos factores que enriquecieron el análisis del objeto de estudio.

I.2.2 El activismo social

Cuando entré al doctorado dejé la dirección del Colectivo Pro Derechos de la Niñez, A.C. (CODENI), pero mantuve un pie dentro de la asociación como presidente del Consejo Directivo. Por medio de las redes de la sociedad civil en Guadalajara y en el ámbito nacional, seguí mi trayectoria como activista social. Planteé y cumplí la meta de publicar un artículo por cuatrimestre, en lo que pude combinar mi identidad de "onegera" y la de académica.

También comencé a participar activamente como representante de Codeni en la Alianza Mexicana de Poblaciones Callejeras (AMPC) con OSC del D.F., Jalisco, Veracruz y Chiapas. En 2011 fui anfitriona del foro nacional de la AMPC aquí en Guadalajara. Levantamos la voz en contra de las iniciativas de limpieza social tocante a las poblaciones callejeras en

Guadalajara durante la preparación para los Juegos Panamericanos en octubre de 2011, en varias ruedas de prensa y publicaciones a nivel nacional.

Durante mi semestre de intercambio en Brasil tuve la oportunidad de participar en el proyecto llamado Los procesos de construcción e implementación de políticas públicas para niños y adolescentes en situación de calle. En México aún no existe este grado de coordinación entre el gobierno, las OSC y el mundo académico para promover políticas públicas eficaces, por lo que fue para mí una experiencia novedosa y formativa que me motivó a promover el diálogo entre las OSC y el gobierno, y recuperar la esperanza de poder hacer un trabajo en conjunto en favor de los callejeros.

Sin este proceso, difícilmente hubiera podido realizar esta investigación sin la ayuda de una terapia psicológica. El activismo social me dio algunos espacios para ventilar las inquietudes que tengo después de experimentar tantas injusticias y tristezas durante el trabajo de campo. Tenía que difundir las violaciones a los derechos humanos y saber que estaba utilizando la información que recibía para ayudar a los chavos. No puedo quedarme callada cuando soy testigo de desafueros.

I.2.3 Una conexión más allá

El tercer proceso que guió esta investigación comenzó cuando conocí a *Socio* del Garibaldío. Apenas había cumplido el primer mes de trabajo de campo y se me estaba dificultando ser aceptada por los chavos. En general, me veían como una voluntaria extranjera en las instituciones y me preocupaba el que no me dejaran acompañarlos fuera de las OSC. Un día en el Programa Niños de la Calle, Socio me acercó y me preguntó sobre mi proyecto. “Quiero escribir un libro sobre la relación entre los chavos y los centros como éste”, le dije. “¿Y qué necesitas?, ¿quieres ver cómo vivimos? Ya está, voy a ser tu socio en este proyecto. Dime adónde quieres ir y yo te llevo”.

Esta conversación marcó mi entrada al mundo callejero. Con Socio comencé a pasar tiempo en el Garibaldío y acompañé a los chavos a limpiar parabrisas, a "faquirear" en el metro, a los comedores y mercados donde pedían comida, y a recorrer la zona en general. La confianza que me tenía Socio fue contagiosa; otros chavos del Garibaldío y del Puente comenzaron a acercarse y me pidieron salir en el libro también. El resultado fueron más de 20 historias de vida de chavos callejeros.

El 11 de febrero de 2009, Socio fue detenido en la zona de Garibaldi por robo agravado. Según su versión de la historia:

Tuvimos broncas este chavo y yo. Lo robé para *Kika* y estaba a media cuadra del baldío cuando me agarró el policía... Dicen que robé un discman Phillips y 50 pesos, pero no es cierto [que robé el dinero,] pero de todos modos me lo están contando. Y dicen que mi sentencia es de cinco años, un mes, tres días, multa de \$3,749.90, 32 jornadas de trabajo, aquí o afuera pero no puedo; porque si hubieran sido cinco años normales, sí los puedes pagar... o me hubiera ido y lo estaría pagando en jornadas de trabajo. Eso es lo que está viendo el MP.

Estuve casi dos meses buscando la manera de entrar a visitarlo en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte (RPVN), ubicado en el Estado de México. Por fin me desesperé de pedir en vano el apoyo de contactos en el CIESAS y las OSC, y me presenté sola un día de visitas en el reclusorio y me identifiqué con la credencial que me acreditaba como educadora de calle, cuando sacaron su tarjetón vimos que nadie lo había visitado. Sesenta pesos de mordida me abrieron las puertas. Las historias que me contó ese día mis me impresionaron, y ahí mismo supe que en esta parte del circuito de desplazamiento callejero me interesaba profundizar para mi investigación.

En la segunda visita mencioné el nombre de un custodio que había conocido para poder entrar, sin saber que este señor se llamaba igual que el director del reclusorio. De pronto me encontré en las oficinas de la dirección inspeccionada por miradas suspicaces, entonces mencioné que venía de la misma universidad que Elena Azaola y todo cambió: el director sonrió y me invitó tomar un café. Antes de irme pregunté si sería posible dar una clase en la escuela del RPVN como parte de mi investigación; de inmediato mandó llamar al director de la escuela y le indicó que me ayudara con cualquier cosa que necesitaba.

Diseñé una clase a la que le puse por nombre “Identidad Callejera”, para internos que hubieran vivido en la calle, con base en la teoría de la resiliencia y la posible reintegración social de estos presos. Al terminar cada clase invitaba a un alumno para una sesión de “Testimonios y tortas”, para que me platicaran sus historias de vida e impresiones de la vida tras rejas. Conseguí permiso especial para grabar esta parte de mi investigación.

Gracias a Socio me llegó esta oportunidad. Ahí me di cuenta, a partir de los testimonios, de que efectivamente el reclusorio es “la universidad del crimen”. Realmente me

impresionaron la corrupción, la violencia y la abundancia de drogas en un sistema “correccional”.

Después de purgar tres meses en el RPVN, le rebajaron la sentencia a Socio a dos años ocho meses, y salió libre con la condición de pagar su sentencia con jornadas de trabajo. Nunca se reportó para sus jornadas de trabajo y lo detuvieron de nuevo a los pocos meses. Cuando recayó, sentí que tenía que intentar “salvarlo” de cuatro años en este sistema, así que busqué a la defensora pública que llevaba su caso. Ella me dijo que no había esperanzas de sacarlo antes de un año y que eso me costaría por lo menos “mil dólares”. Le pedí una copia del expediente de Socio para que un amigo abogado lo revisara; me dijo cada copia costaría cinco pesos y eran más de 100 hojas. El día que regresé con dinero para sacar las copias no estaba la defensora, pero le pedí a su secretaria que me permitiera pasar con la juez para hablar del caso.

La jueza me escuchó con paciencia mientras le contaba la historia de vida de Socio que había recopilado durante más de un año de trabajo de campo con él. Le expliqué que viendo el caso como educadora, yo tenía esperanzas en él y le quería ayudar sacándolo de la cárcel y del mundo callejero del DF. Propuse llevarlo a Guadalajara y darle otra oportunidad. La jueza me explicó que los lineamientos no permitían otra oportunidad cuando alguien violaba su libertad condicional; me contó que su esposo había sido asesinado cuando su hijo tenía siete años y que aún ahora, 15 años después, él seguía requiriendo terapias psicológicas. Como Socio también perdió a su papá a esa edad y no tenía madre, la jueza se identificó con su caso y aceptó mi petición, a pesar de las reglas, por lo que acordamos que saldría la noche antes de irme a Guadalajara. El 14 de noviembre de 2010 tuve que llegar antes de las tres de la tarde para depositar una fianza de \$5 000 pesos y debí esperar fuera del RPVN hasta su liberación, que por fin llegó a las 10 de la noche.

A la siguiente mañana, Socio y yo fuimos a Santa Martha para realizar el trámite de cambio de estado para sus jornadas de servicio social. De allí fuimos a la central camionera, donde compré dos boletos para llegar a Guadalajara a las 10:30 p.m., donde un amigo nos recogió para llevar a Socio directamente al refugio de Ombudsman, A.C., donde otro amigo trabajaba como educador.

Esa noche, al reflexionar sobre lo sucedido, me di cuenta de que había traspasado todas las líneas éticas como educadora e investigadora, pero también estaba consciente de que ésta era una oportunidad de mucho aprendizaje para mí y para Socio.

Me quedé en Guadalajara un mes con Socio, donde él empezó a realizar jornadas de trabajo en las oficinas de la Pos-penitenciaria y a trabajar en la imprenta del papá de Oliver, el educador de CODENI que se apuntó como su tutor para el siguiente semestre mientras yo estuviera en Río de Janeiro. Coordiné una beca por medio de Codeni para los primeros seis meses de capacitación laboral en la imprenta, con la que ganaba \$350 a la semana. Su desayuno, cena y hospedaje fueron cubiertos por Ombudsman, y además recibía donativos de ropa y zapatos en Codeni y Ombudsman. Así que tenía \$50 al día para su comida, cigarrillos y otros gastos.

Cuando nos despedimos, el 19 de diciembre de 2010, Socio seguía sin consumir drogas, y creo que tenía la intención de cumplir con su proceso en la Pos-penitenciaria para poder lograr una vida fuera de la calle en Guadalajara. “No te voy a defraudar, Daniela”, me dijo. Sin embargo, Socio ya había empezado a conocer el mundo callejero tapatío. Cuando llegó a despedirse de mí, me contó que lo habían asaltado la noche anterior en el Parque Morelos, y le habían quitado los \$70 que traía. No le di más que un abrazo y una bendición para los próximos seis meses de su vida.

Nunca imaginé todas las aventuras que pasarían en mi ausencia (véase anexo 2). Al fin de cuentas, Socio se integró por completo al mundo callejero de Guadalajara, dejó sus jornadas de trabajo en el sistema pos-penitenciaria y perdió su trabajo en la imprenta.

Cuando llegué a Guadalajara, la primera semana de julio de 2011, Socio limpiaba parabrisas en Av. Hidalgo y la Calzada Independencia. Estaba “peleado con el agua” (sin bañarse), como él solía decir, y había caído preso de las drogas. Le sugerí la posibilidad de arreglar sus problemas con pos-penitenciaria si se aceptaba internarse en un centro de rehabilitación durante tres meses, me tomó casi un mes convencerlo, e incluso en dos ocasiones se me escapó el mero día de su internación, pero por fin se decidió a entrar.

El resto de 2010 fue una serie de discontinuidades en la interfaz entre nosotros. Pasó por tres centros de rehabilitación, vivió en mi casa casi dos meses y siempre siguió arraigado a la cultura callejera. Mi intención de “reintegrarlo” fracasó, pero el aprendizaje continúa. Vive

en una casa abandonada en el centro histórico y me visita esporádicamente, me cuenta historias de la vida callejera y me ayuda acerca de mis inquietudes sobre lo que estoy escribiendo. Lo quiero como si fuera mi hijo y sigo sufriendo por el fracaso de mi intento de “sacarlo de la calle,” incluso si entiendo que ése no es mi papel en la vida de Socio. De cualquier manera, las puertas que Socio me ha abierto para esta investigación, sus historias y reflexiones sobre el texto que presento aquí, y los comentarios de otras personas acerca de la profundidad de mi relación con él, han tenido un fuerte impacto en este proyecto.

I.3 Alcances y limitaciones

Aparte de los alcances y limitaciones que estos tres procesos paralelos han brindado a este proyecto, hay otros factores que debería mencionar. El principal temor al iniciar esta investigación se relacionaba con la participación efectiva de los sujetos, pues algunos investigadores han mencionado la falta de interés y de disponibilidad por parte de los niños callejeros defechos (Murrieta 2008; Turnbull 1996 en Long 2001). El hábito de mentir y el constante interés por recibir algo a cambio de cualquier interacción con personas ajenas al ámbito de la calle han sido grandes obstáculos para los investigadores en este campo. Afortunadamente, mi experiencia como educadora, la confianza de Socio en mí, así como mi pasión por el trabajo con callejeros fueron factores que me ayudaron a desarrollar buenas relaciones con los sujetos. La decisión de trabajar con jóvenes en vez de con niños también ayudó a simplificar este problema, pues llegué a establecer amistad con los sujetos; sigo en contacto con varios de ellos y desde mi regreso de Brasil, los he estado visitando por lo menos bimestralmente. No logré afianzar vínculos afectivos con todos ellos, pues conocí a más de cien chavos en situación de calle en las diferentes OSC y en los puntos de encuentro. No sentí la confianza necesaria para trabajar con algunos grupos, pues en algunos constantemente me pedían dinero y había hombres que me hacían insinuaciones sexuales que me incomodaban. Menos de la cuarta parte de los chavos que conocí compartió sus historias de vida conmigo, y solamente diez me las compartieron con detalle y honestidad, como pude corroborar con sus expedientes en las OSC para el análisis profundo de las trayectorias de vida en la calle presentadas en el capítulo cuatro.

Ser una joven extranjera tenía ventajas y desventajas. Algunos chavos se sentían orgullosos de pasear conmigo por sus territorios. Noté que muchas personas se sorprendían al verme sola o en la compañía de un callejero en las zonas donde trabajé. Tal vez el *shock* de ver a una gringa con su mochila *Northface* caminando con confianza por algunas de las calles más peligrosas de la ciudad evitaba que me hicieran daño, pues en general me sentí respetada y rara vez me sentí amenazada. Sin embargo, aunque logré ser considerada “la bandita” entre los chavos de los tres puntos donde concentré mi investigación, nunca fui parte de la banda.⁷ Mi aceptación en cada grupo fue limitada, ya que en ningún momento compartí los espacios con ellos como lugar de vida. En un inicio me hacían muchas preguntas sobre el significado de palabras en inglés o sobre el precio de un pasaje en avión o cuántas televisiones había en mi casa, por ejemplo, pero con el paso del tiempo mi presencia con los grupos se volvió algo normal.

Siguiendo las categorías de observación participante de Adler y Adler (1987), mi investigación con los chavos en las zonas puede caber en la clasificación de “participación periférica”. Realmente “participé” en pocas de las actividades de mis sujetos de estudio. No consumí drogas con ellos, ni fui con ellos a comprarlas; y si bien los acompañé a trabajar, no limpié parabrisas, ni “faquirié” ni “charolé”. Además, por cuestiones de seguridad, no realicé observación participante con ellos después de las 19:00 horas, incluso si muchos sujetos afirmaron ser más activos en la noche. Así, tengo que reconocer que mi observación participante solamente cubrió una pequeña parte de sus vidas cotidianas.

Otra limitante en esta investigación fue el idioma. Mi castellano no es perfecto, lo cual, sobre todo, dificultó la investigación teórica en algunos momentos. Siendo que aprendí a hablar español en las calles de Guadalajara, desarrollé la habilidad de entender y usar algunos modismos y el lenguaje callejero que predomina en el campo, lo que facilitó mi conexión con los sujetos. Como explica Ruth Pérez, existen “referencias lingüísticas compartidas por todos los niños y jóvenes que viven en la calle”, desconocidas por quienes no interactúan con ellos (2009:v140). A pesar de ser “una gringa”, la habilidad de hablar como “callejera chilanga” fue de gran ayuda para la realización de esta investigación en más de una ocasión.

La única vez que sentí miedo durante mi trabajo de campo fue cuando una chava que se juntaba con los sujetos del Garibaldío, me amenazó diciendo que si me volvía a ver por allí,

⁷ “Banda”-buen amigo; bandita-amiga querida.

me “picaría”. Dado que esta mujer ya había estado presa en Santa Martha por asalto, tomé la amenaza en serio y empecé a ver a los sujetos de este grupo en otros puntos, pero no volví a entrar al baldío. En las otras zonas policías y otras personas preocupadas por mi bienestar me detenían, pero nunca tuve problemas ni me sentí insegura.

Mis contactos de las OSC me facilitaron la investigación en las instituciones, así como en la calle. Los otros habitantes de la zona me empezaron a saludar, entre ellos la principal vendedora de *crack* en Garibaldi (una vez que me ubicó como amiga de uno de los educadores de PNC que había ayudado a varios de sus hijos). Pero no siempre fue así. Como ya lo mencioné, no fui bien recibida por todos los educadores e incluso me vi en la necesidad de eliminar al Caracol de la investigación por no poder coordinarme con su equipo operativo. El escaso tiempo que estuve en Pro Niños y Casa Alianza no me permitió conocer bien sus programas ni a sus educadores y ello limitó mis posibilidades de analizar la trascendencia de su trabajo.

Finalmente, hay que destacar que las trayectorias callejeras de los sujetos siguen. Después de mi estancia en Río regresé a visitarlos y me sorprendió encontrar tantos cambios: algunos estaban en la cárcel, uno había desaparecido, otros habían cambiado de grupo y aquél en el que más esperanzas tenía yo, había recaído en las drogas. El corto tiempo que dediqué al trabajo de campo, solamente nos permitirá echar un vistazo a un tiempo determinado del mundo callejero defeño y a diez trayectorias callejeras allí. A pesar de tantas entrevistas y tanto interés en los sujetos de esta investigación, reconozco que sigo lejos de “entender” la vida callejera.

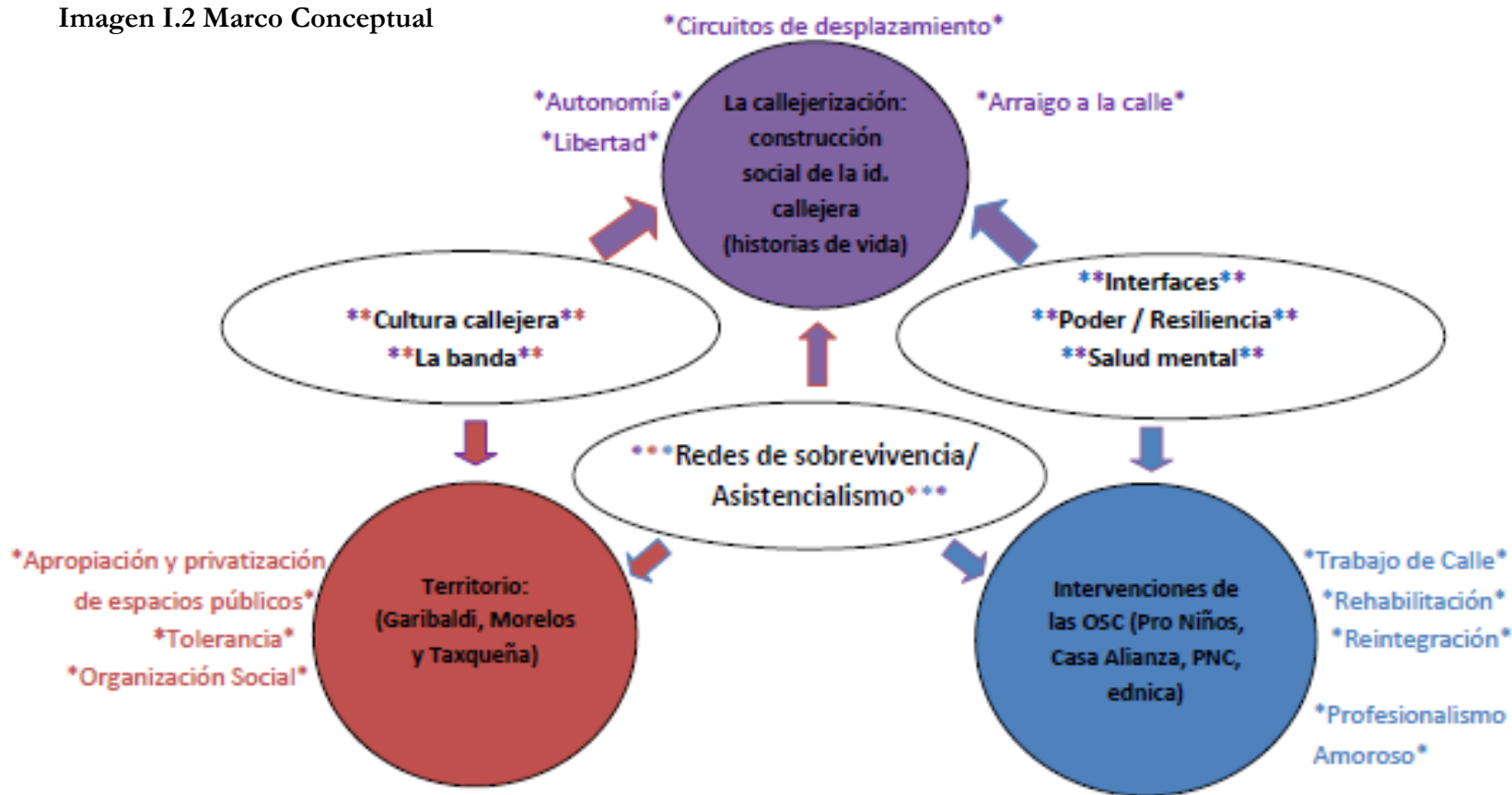
I.4 Marco conceptual

La presente investigación parte del marco conceptual ilustrado en la imagen I.2. Los tres círculos de color representan los temas de los tres capítulos empíricos de esta tesis. Los principales conceptos que se utilizan para desarrollar estos rubros se encuentran alrededor de cada círculo y los óvalos contienen otros conceptos que vinculan los tres ejes principales. En seguida presento las definiciones de estos conceptos en el contexto de esta investigación. Se amplía la explicación de varios de ellos en el marco teórico del primer capítulo, así como a lo largo de la tesis.

El término “callejerización” refiere al proceso de construcción social de la identidad callejera. Este proceso se puede analizar en diversas etapas que van desde el inicio de la vida en la calle del niño hasta su “profesionalización” como “callejero”. Para explorar este eje utilicé el concepto de **circuitos de desplazamiento** para explicar la relación de los distintos espacios —públicos, institucionales, familiares y domésticos— por los que transitan los callejeros. Retomo la definición de Ruth Pérez de **arraigo a la calle**: “se refiere al lazo afectivo que une a los jóvenes con el entorno de la calle, y a la imposibilidad que experimentan para permanecer dentro de instituciones de asistencia o para buscar los medios que podrían ayudarlos a conseguir su reintegración” (2009: 68). También planteo el concepto de **autonomía callejera** para expresar los lazos de solidaridad que se tejen entre los chavos, sus mentes críticas y habilidades para tomar decisiones sin intervención ajena. También retomo este concepto para describir la capacidad de limitarse ellos mismos para el bien común que detecté en las tres bandas callejeras que incluí en esta investigación. Finalmente, la **libertad** que da la vida callejera puede ser considerada como un mito, citando como evidencia la abundancia de violaciones de los derechos humanos de los callejeros, así como su dependencia de las drogas y de los apoyos asistenciales. Por otro lado, se puede destacar la relativa ausencia de figuras autoritarias, la tolerancia y la movilidad social para ejemplificar la libertad tan apreciada por ellos.

El eje **Intervenciones de las OSC** se refiere a las diversas acciones realizadas por los educadores con los callejeros, incluidas o no en los modelos institucionales. Aquí incluyo tres conceptos tocantes al proceso planteado en los modelos de las cuatro instituciones que participaron en esta investigación: trabajo de calle, rehabilitación y reintegración. El **trabajo de calle** se refiere al abordaje de los chavos realizado por educadores que van a los puntos de encuentro para invitarlos a participar en los programas de alguna institución. Esta labor también incluye diagnósticos de la realidad, actividades en la calle para fomentar relaciones de confianza con los chavos y seguimiento de casos que ya tienen una historia con la OSC.

Imagen I.2 Marco Conceptual



El concepto de **rehabilitación** en este eje refiere a la segunda fase del trabajo de las OSC, e incluye los centros de día donde se ofrecen apoyos asistenciales y proyectos pedagógicos, el tratamiento de adicciones, atención psicológica y, generalmente, el diagnóstico de los casos y propuestas para la tercera fase: la **reintegración**. El tercer concepto de este eje refiere a todas las acciones de las OSC instrumentadas en las últimas fases de sus modelos para desarraigar al chavo de la calle y promover un modo de vida socialmente aceptable. Las estrategias incluyen el regreso a la casa familiar, ingreso a una casa hogar y el desarrollo de un proyecto de vida independiente. Por último, destaco el concepto del **profesionalismo amoroso** que designa el desarrollo de vínculos afectivos entre los educadores y los chavos con la finalidad de ganarse la confianza de los chavos y reducir las discontinuidades en las interfaces.

El eje **territorio** designa a la zona principal donde un callejero realiza sus actividades cotidianas. Por lo general incluye un número significativo de los contactos de su red de sobrevivencia para conseguir drogas, alimentos y otros recursos. La **apropiación de un espacio** tiene lugar cuando los chavos ocupan un espacio de manera duradera. Como explica Ruth Pérez desde el planteamiento de Horrad y Jarvin (2005), “es el acto de hacer suyo mediante la atribución de un significado” (2009: 102). Así, la **privatización de espacios públicos** es el cambio de significado atribuido anteriormente a un espacio público (ibídem). Una plaza pública se puede convertir en el hogar de una banda callejera con camas, baños y espacios específicos para el esparcimiento, por ejemplo. La **tolerancia** de los callejeros en una zona significa el éxito de su esfuerzo por apropiarse del espacio y practicar las normas de la cultura callejera que chocan con otras normas sociales más amplias, tales como la privatización de espacios públicos, el consumo de drogas en la calle y la mendicidad. La **organización social** se refiere a los diferentes roles de la banda callejera para defender su territorio e instrumentar la cultura callejera allí. Ésta implica jerarquías dentro del grupo y relaciones con otros agentes en el territorio, como policías, comerciantes y narcomenudistas.

Este tercer eje se vincula con el primero con los conceptos de cultura callejera y la banda. La **cultura callejera** es el conjunto de estructuras sociales compartidas por quienes hacen de la calle su espacio principal de vida. El modo de vida de los que comparten esta cultura se realiza no sólo en la calle, sino en los diversos espacios de los circuitos de desplazamiento. “Sin embargo, su principal base sigue siendo el espacio público... vivir en la calle supone la existencia de prácticas cotidianas y de rutinas que van más allá del espacio de la

calle propiamente dicho” (Pérez 2009:9). **La banda** se refiere al grupo de amigos en la calle que a menudo sustituye a la familia. Se destaca porque entra en los principales elementos responsables por el arraigo a la calle.

En este trabajo, la callejerización relaciona con el eje de las intervenciones de las OSC sobre todo con el concepto de **interfaces** que se refiere a las discontinuidades en los procesos de intervención debido a diferencias de valores normativos e intereses sociales de los chavos, los educadores y las OSC. La lucha de **poderes** entre los mismos tres grupos es uno de las principales causas de discontinuidades en los procesos. Esta crea una fuerte tensión entre los esfuerzos de los chavos a permanecer en la calle y el deseo de los educadores y las OSC a sacarlos de este espacio. El concepto de **resiliencia** refiere a la habilidad de un chavo a superar sus traumas y los otros factores de arraigo a la calle para poder cumplir exitosamente con el programa de reintegración de una OSC. Por otro lado, la resiliencia también refiere a su habilidad de sobrevivir en la calle y seguir allí a pesar de las normas negativas en la cultura callejera (traumas, violaciones, enfermedades, abusos, humillaciones, estigma, discriminación, etc.) Finalmente se incluye el concepto de **salud mental** como vínculo entre la callejerización y las intervenciones de las OSC, definido como la categoría de análisis de la callejerización que incluye los efectos de las drogas, el estrés, la depresión, traumas y otras enfermedades con efectos psicológicos.

Los tres ejes se conectan con el concepto de las **redes de sobrevivencia**, utilizado para explicar los contactos de apoyo que permiten a los chavos a seguir viviendo en la calle. Estas redes generalmente incluyen instituciones, familiares, amigos, comerciantes en su territorio y espacios donde pueden conseguir dinero del público (p.ej. el metro, parques y cruceros). El **asistencialismo** consiste en los apoyos inmediatos de los contactos de las redes de sobrevivencia de los callejeros, como comida, ropa, medicina y otros recursos que facilitan su permanencia en la calle.

I.5 Presentación de la tesis

A lo largo del programa de doctorado he revisado gran variedad de teorías y estudios relacionados con el fenómeno de poblaciones callejeras y las intervenciones con ellas. En el primer capítulo retomo las más significativas, con relación a tres los ejes analíticos presentados

en el marco conceptual. La identidad callejera fortalece el arraigo a la calle y el desinterés o la inhabilidad para integrarse en otros espacios de la sociedad. En otras palabras, los jóvenes “rechazan las vías ‘formales’ de integración o no pueden adaptarse a ellas” (Pérez 2009: 9). Tomo varias categorías teóricas para construir este eje, incluidos la pobreza, la agencia y el estigma, la modernidad tardía, la “callejerización”, la libertad, el poder y la resistencia, el apego, el trauma, la resiliencia y la autonomía.

Para promover procesos con los chavos como sujetos de derechos, primero hay que conocer el mundo de la calle. Analizo este segundo eje con base en el territorio, las redes de sobrevivencia y los circuitos de desplazamiento de los callejeros. Luego, con relación a los proyectos con callejeros, considero el asistencialismo como la práctica más común entre los proyectos de intervención y la concientización como estrategia de empoderamiento. También considero las relaciones afectivas entre los educadores y los chavos, y presento la teoría cardinal de este proyecto: la interfaz.

Otras investigaciones sobre OSC y chavos callejeros han explorado la resiliencia, la pedagogía crítica, los derechos y diversas estrategias para la reintegración social. Sin embargo, ningún estudio que yo he leído enfoque en la relación entre las OSC, sus educadores y los chavos. Cuando encontré la teoría de la interfaz, la vi como una pieza que faltaba del rompecabezas para entender el fenómeno de las poblaciones callejeras y mejorar la eficacia de las intervenciones con ellas.

Bernardo Turnbull (1998) fue el primer investigador en México a considerar las interfaces con los niños en situación de calle. Su investigación en la Central Camionera de sur de la Ciudad de México utilizó un método participativo, diseñando una serie de ejercicios para motivar a los niños a definir sus propios problemas y sugerir posibles soluciones. Turnbull tuvo poco éxito con la investigación, explicando que los niños se portaron defensivos y resistentes a los esfuerzos del equipo de investigadores (alumnos de la Universidad Metropolitana). Los educadores de las OSC cuentan con diversas estrategias y herramientas para intervenir con los chavos callejeros; así considero que el estudio de Turnbull quedó corto por no incluir a estas personas que tienen más experiencia en el campo.

No he encontrado ningún otro estudio de interfaces con poblaciones callejeras, emocionándome aún más para retomar el tema de estudio que Turnbull abordó brevemente hace más de una década y mostrar la relevancia de las interfaces en el mundo callejero.

La presentación del trabajo empírico de esta investigación comienza con el mundo de las OSC. En el capítulo dos, exploro cómo los chavos utilizan los apoyos asistenciales de estas instancias para facilitar sus vidas en la calle, en vez de salir de ella. Todas las OSC que participaron en esta investigación tienen talleres u otras prácticas pedagógicas dirigidas al desarraigo de la calle, pero los chavos han aprendido qué decir y qué no decir en estos espacios. Ellos tienen sus discursos para cumplir con las expectativas de los educadores y así seguir aprovechando los apoyos asistenciales para permanecer en la calle. En el segundo capítulo, también destaco la importancia del rol de los educadores en los procesos con los chavos y la necesidad de analizar, desde la perspectiva callejera, el valor de las oportunidades para los chavos fuera de la calle. En seguida, presento las cuatro OSC que participaron en este proyecto. El análisis de cada una considera el modelo educativo, las perspectivas y prácticas de los educadores, así como las perspectivas y prácticas de chavos que han participado en cada institución.

El capítulo tres aborda el mundo callejero y la contextualización espacial. Aquí considero el proceso de arraigo que los chavos desarrollan a sus bandas, sus zonas de pernocta y a la cultura callejera en general. Exploro la complejidad de esta cultura, analizando las semejanzas y diferencias de los tres grupos desde las relaciones entre los miembros, los espacios de cada punto de pernocta, las redes que han desarrollado, y sus relaciones con las OSC y otros actores en la zona.

En la segunda parte del capítulo tres, considero los otros espacios del mundo callejero, por los cuales pasan los chavos en sus circuitos de desplazamiento. Vemos cómo, a pesar de estar fuera de la calle, la identidad callejera y el arraigo a la calle pueden seguir desarrollándose durante sus estancias en estos espacios. Esta sección sirve como una base para las trayectorias callejeras presentadas en el siguiente capítulo.

En el capítulo cuatro, antes de presentar y analizar las historias de vida de los diez sujetos principales de este proyecto, reviso los cuatro imaginarios callejeros que más me llamaron la atención en mi trabajo de campo: la familia, la fe, el escape y la identidad callejera.

Vemos como estos imaginarios contribuyen al arraigo de los chavos a la calle y fortalecen su identidad colectiva. Las historias de vida se presentan con las palabras de los propios sujetos, así como las observaciones de los educadores sobre los procesos que han llevado en las diferentes OSC. Analizo cada trayectoria con un modelo de cuatro categorías donde he encontrado los principales factores de arraigo: elección propia, relaciones y redes, la calle como principal referencia, y condiciones de salud mental.

En el capítulo cinco, retomo las interfaces que han aparecido en estos tres capítulos empíricos, organizándolos en cinco rubros: los intereses de los diferentes agentes en el mundo callejero, los modelos vs. la práctica real de las OSC, los derechos humanos, poder y resiliencia, y libertad y autonomía.

Cierro la tesis con conclusiones y la propuesta de considerar las interfaces no solamente como retos, sino como oportunidades. Hay imaginarios, prácticas, hábitos y discursos que nos pueden llevar a hablar sobre una cultura callejera, pero cada chavo construye su propia realidad en la calle. Hay que analizar el circuito de desplazamiento, el territorio, la red de apoyo, las condiciones de salud mental, los intereses y las habilidades de cada chavo para desarrollar procesos con él como sujeto de derechos. A pesar de si la intención es promover su salida de la calle o reducir los daños dentro del mundo callejero, se tiene que romper la codependencia en estas relaciones y empoderar a los chavos como ciudadanos autónomos.

CAPÍTULO 1:

ESTADO DEL ARTE Y MARCO TEÓRICO

El primer capítulo comienza con una revisión de la historia del fenómeno callejero y los procesos macros responsables por las poblaciones callejeras hoy en día. Con esta base se pasa a presentar un panorama del mundo callejero actual en el D.F., el escenario de esta investigación. La segunda sección de este capítulo presenta un resumen de otras investigaciones sobre los programas de intervención con niños y jóvenes en situación de calle, las cuales sirven como punto de partida de esta investigación. La tercera y última sección del primer capítulo es el marco teórico donde reviso las teorías de los tres ejes analíticos de este proyecto: la identidad callejera, el mundo de la calle, y las intervenciones con los callejeros.

1.1 El fenómeno de “niños en situación de calle”

Desde el siglo XIX, se ha registrado la existencia de niños “abandonados física y moralmente en las calles” en diferentes centros urbanos (Rizzini y Butler 2007:27). La novela *Oliver Twist* de Charles Dickens, por ejemplo, originalmente publicado en 1837, muestra la realidad de niños en situación de calle en ciudades europeas durante esta época. Desde la colonización de México y el resto de Latinoamérica, han existido registros semejantes, pero hasta los 1960s y 1970s se empezó a reconocer a estos chicos como una categoría social. Fue en este tiempo que el término “niño de la calle” nació, así como esfuerzos de diferentes sectores para atender la problemática.

A lo largo de los últimos cincuenta años, las respuestas mexicanas más comunes al fenómeno de niños desamparados han sido la implementación de modelos asistenciales, que cubren necesidades básicas (alimento, vestido, techo, educación, capacitación laboral y religión), y otros de corte represor, como centros de detención, con la posterior intención de reintegrar al niño a su familia y a la sociedad en general (Cárdenas 2008).

Entre 1976 y 1985, todos los países latinoamericanos experimentaron un aumento de migración urbana, debido a cambios en los modelos de desarrollo económico que propiciaron “el desmantelamiento del proteccionismo estatal y el término de las políticas de redistribución

del ingreso a través del gasto social regular” (CEPAL⁸ 2001: 32, en Pérez, J.M. 2003). A consecuencia, aumentaron las poblaciones callejeras en las ciudades, así como el número de instancias para atenderlas.

En la década de los ochentas, nació otro enfoque de atención en México, replicando los modelos de educación popular de la sociedad civil en Brasil y Colombia. La boga era de praxis pedagógica basada en filosofías de la izquierda, que incluía abordajes directos y la promoción de la toma de decisiones del niño para mejorar sus condiciones de vida (Fletes 1996). En esta década, también nació la figura del educador de calle en México (Pérez y Arteaga 2009). Algunos programas defieños, incluyendo los cuatro que participaron en este proyecto de investigación, han preservado algo de estos modelos pedagógicos. Otros proyectos que buscan promover los derechos humanos entre poblaciones callejeras, también han preservado estas prácticas.

Sin embargo, la mayoría de los esfuerzos dirigidos a niños en situación de calle siguen siendo asistenciales y temporales. Con el aumento de poblaciones callejeras, viene la tendencia de valorar más el número de personas atendidas que el impacto de las intervenciones. Más allá, el público tiende estar a favor de proyectos que les desalojan de la calle, prefieren que estén institucionalizados o que se queden en las colonias más marginadas, ya que los callejeros se estereotipan como delincuentes y amenazas a la sociedad (Sauri 2000). Actualmente en México, hay aproximadamente 40 organizaciones de la sociedad civil (OSC) y varios programas del gobierno dedicados a los niños y jóvenes callejeros, pero el fenómeno persiste. A pesar de una trayectoria de intervenciones de más de cincuenta años, son menos del 20% de los niños en situación de calle que se “reintegran a la sociedad” (Pérez, J.M. 2009).

Sirve notar varios procesos macros que hoy en día contribuyen al fenómeno de niños y jóvenes en situación de calle. Desde los ochenta, el capitalismo transnacional ha promovido la globalización⁹ neoliberal. Para mucha gente, esta globalización brinda oportunidades económicas, sociales, políticas y culturales, pero para otras personas se manifiesta en problemáticas sociales y la exclusión al acceso a estas oportunidades. Súper poderes como el G8, la OMC, el FMI y el Banco Mundial siguen implementando prácticas como la promoción

⁸ Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

⁹ Aquí la palabra *globalización* se refiere específicamente a la integración de economías nacionales a la economía internacional por medio del intercambio, el flujo de capital, las inversiones foráneas, migración y los avances tecnológicos.

de una globalización del sistema financiero internacional y el comercio de productos agrícolas que excluyen a las clases populares, ya que pequeños productores no pueden competir con los precios de la producción masiva. El neoliberalismo ha llevado a 500 individuos que encabezan la clase capitalista global a tener más ingresos personales que los 40 países más pobres del mundo, o sea 416 millones de personas (Santos 2008: 45).

Los avances tecnológicos durante las últimas décadas han excluido pequeños productores del mercado, ahora dominado por grandes empresas, gracias en gran parte a programas como el ANLC y la ALCA¹⁰. El impacto más fuerte en México se siente en las zonas rurales, y una de las principales consecuencias es la migración urbana de familias buscando oportunidades de empleo y educación. Llegando a las ciudades, la gente encuentra otras limitantes causadas por el capitalismo neoliberal, como la escasez de empleo y bajos salarios, debido a la sobrepoblación de gente en búsqueda de trabajo. Por eso, más y más familias quedan sin otra alternativa que ganarse la vida en la vía pública, y por lo tanto se perpetúan las poblaciones callejeras. Como explica el reconocido sociólogo Daniel Stoecklin de la Universidad de Friburgo en Suiza, “la perspectiva de desarrollo económico contiene su propio fracaso: aún más niños sobreviviendo en el ambiente callejero” (2007:86).

El incremento en la población excluida de una sociedad democrática debería generar acciones del gobierno para asegurar los derechos y nuevas oportunidades de las masas pobres; pero el gobierno mexicano suele tener una concentración de poder que inhibe la implementación eficaz de políticas públicas y otros esfuerzos para disminuir el trecho entre pobres y ricos en el país. Dando prioridad a la inclusión de México en los sistemas internacionales, los gobernantes descuidan las necesidades de las poblaciones socialmente excluidas. En vez de atender la raíz de esta problemática, los esfuerzos gubernamentales con las poblaciones callejeras buscan promover la ‘seguridad pública.’ Las acciones dirigidas a esta gente son generalmente represivas, como campañas de ‘limpieza’ de espacios públicos y la detención de los menores de edad en “bodegas” donde están mal atendidos y abusados por custodios y otros internados (Sauri 2000). Los resultados de estos esfuerzos son temporales, pues siguen existiendo las mismas problemáticas sociales que propician el fenómeno callejero.

Además de los problemas de desempleo, la sociedad mexicana se controla por lo que John Dewey defina como el “Darwinismo Social.” Existen pocas profesiones que ofrecen

¹⁰ ANLC (Acuerdo Norteamericano de Libre Comercio), ALCA (Área de Libre Comercio en las Américas).

salarios dignos. Los empleos apreciados generalmente se limitan a los que sobresalgan en el capitalismo crudo, a pesar de que la sociedad requiere individuos que se dediquen a varias funciones (Boydston 1991). Siendo que el salario mínimo en México no alcanza cubrir los gastos básicos en los centros urbanos, mucha gente se encuentra sin alternativas al autoempleo en la vía pública.

La pobreza y la marginación propician el alcoholismo, el uso de drogas y la violencia intrafamiliar entre las personas que han sufrido las consecuencias de estos procesos macros; y las principales víctimas son los niños. Los sujetos de este proyecto de investigación han huido de abuso, hacinamiento, hambre, explotación y otros traumas, encontrando más seguridad y apoyo en las calles del Distrito Federal que en sus hogares. A pesar de las OSC y programas del gobierno que buscan reintegrarlos a sus familias, la mayoría adoptan la calle como su mundo de vida permanente.

Mientras el fenómeno sigue en aumento, es importante destacar que el perfil del callejero mexicano ha cambiado—ya no cuadra con la imagen estereotípica “...de suciedad, ropa andrajosa y zapatos rotos... Se imponen otras [imágenes] que prestan a estos niños y jóvenes con ropa limpia y peinados a la moda con tenis de marca y celulares que los vuelven indiferenciables respecto de otros jóvenes urbanos de sectores populares” (Medina 2010:13). Esta nueva imagen se relaciona con ganancias aumentadas en actividades ilícitas del comercio informal y los diversos apoyos ofrecidos por la plétora de programas dirigidos a estos chavos.

Muchos no duermen en la calle sino en hoteles, pero la calle sigue siendo el principal espacio de referencia para ellos. Además, en los grupos callejeros del D.F. ya hay menos niños y más jóvenes. Muchos de ellos, como los sujetos de estudio en este proyecto, llegaron a la calle siendo niños y participaron en varios programas de la sociedad civil y gobierno durante su infancia. En sus trayectorias en la calle han pasado por gran variedad de espacios, entre ellos casas hogar, centros de detención, hogares de parientes y amigos, e incluso en otras ciudades. Sin embargo, siguen arraigados a la calle. Las OSC en el D.F. reconocen los cambios en el mundo callejero y están adaptando sus programas a la nueva realidad, pero en general siguen sin poder desarraigar a la mayoría de estos chavos.

Con tanto esfuerzo dirigido a los callejeros, ¿por qué tan pocos de ellos salen de ahí?, ¿por qué optan seguir marginados en ese mundo envuelto por la violencia, la

discriminación, las enfermedades, la soledad y la muerte, si existen programas de integración social que ofrecen oportunidades para lograr una vida digna en un espacio más seguro?, ¿por qué la calle tiene tanta fuerza de arraigo, a pesar de la abundancia de rupturas en las trayectorias callejeras y las estancias en otros espacios?

Las respuestas a estas preguntas tienen mucho que ver con la conciencia asistencialista de México, que facilita la permanencia de estos chavos en la calle. Individuos, así como instituciones les regalan ropa, comida y dinero para que su vida sea menos dura. En general, las poblaciones callejeras de la ciudad de México cuentan con redes de apoyo muy extensas, y esto, en lugar de haber contribuido a reducir el problema, lo ha hecho más complejo.

Enseguida reviso el estado del arte de las investigaciones que se han realizado sobre intervenciones con los niños y jóvenes callejeros en Latinoamérica. Concluyo el capítulo con el marco teórico que utilizo como base para el análisis del trabajo empírico de esta investigación en los siguientes capítulos.

1.2 Estado del arte sobre las intervenciones con niños y jóvenes en situación de calle

El suizo Ricardo Lucchini (1998), investigador de la Universidad de Friburgo, es uno de los más reconocidos en el mundo académico por sus trabajos con relación a niños en situación de calle. Él explica la trayectoria callejera en tres grandes etapas: la salida del hogar *a* la calle, la “callejerización” y la salida *de* la calle. En su tesis, “Niños de la calle rompiendo círculos: Trayectorias de un proceso educativo liberador”,¹¹ Sabine Cárdenas (2008) reporta que hay varias publicaciones sobre las primeras dos etapas, pero ha habido pocos estudios relacionados con la salida *de* la calle, la parte de la trayectoria que requiere la evaluación de proyectos de intervención con las poblaciones callejeras. Aquí nada más consideraré los estudios relacionados con la salida *de* la calle. Sin embargo, en el marco teórico retomo algunas investigaciones de las primeras dos etapas de la trayectoria callejera.

Lucchini (1998 y 2007) identifica tres tipos de salida de la calle. El primero es la salida por expulsión, que es resultado de la detención o el encarcelamiento de un chavo, es decir, es extraído por fuerza; por ello, no necesariamente es permanente y a menudo es un mero

¹¹ Ganador del premio UNICEF 2008 para mejor investigación en México.

descanso temporal de la calle. El segundo tipo es por agotamiento, ya sea material, emocional, social o simbólico, pero en cualquier caso significa que el chavo ya no cuenta con los recursos necesarios para su sobrevivencia, movilidad o sociabilidad. En ninguno de estos casos, el chavo cuenta con un proyecto viable para sobrevivir fuera de la calle, por lo que su salida es inestable y generalmente temporal, algo común en los niños de la calle, como veremos en la sección sobre el circuito de desplazamiento del capítulo cuatro. Estas salidas pueden ser “vacaciones” o “escapes” del pesado modo de vida y la duración es variable, pero raramente resultan en una salida definitiva de la calle.

La gran cantidad de opciones de salidas temporales hace menos probable que al chavo le interese una salida activa —el tercer tipo de salida según el modelo de Lucchini—, pues siempre existe un lugar adonde ir cuando quiere o surge la necesidad de escapar por un tiempo. Una salida activa significa que el chavo tome la decisión consciente de dejar la calle para abordar otro proyecto de vida; para ello se requiere que haya una propuesta más atractiva que el permanecer en la calle. De los tres tipos de salida, dicho modelo, el tercero es el más estable y el único que realmente ofrece esperanzas de que el niño logre superar su arraigo a la calle de manera permanente.

Lucchini plantea cuatro modalidades dentro de la categoría de salida activa (2007). La primera es de control propio, por lo general sin influencia externa, como la intervención de una OSC. En este caso, todavía existen varios contextos en la vida del niño (familia, escuela/institución, calle); cuando se da una ruptura en la integración de estos espacios, el niño decide abandonar la calle para limitar su vida a los otros contextos. Aquí, el niño considera la vida callejera como una fase temporaria en su línea biográfica.

La segunda modalidad requiere que acontezca un evento que haga que el niño cuestione su línea biográfica, como una amenaza, el riesgo de ser ingresado a una institución por un periodo prolongado o la identificación con una persona fuera del mundo callejero con la que tenga un lazo afectivo importante. También se necesita que haya una alternativa benéfica para el chavo fuera de la calle. En esta modalidad aparece una nueva referencia de identificación con la alternativa a la vida callejera que estimula el desarrollo de una nueva imagen personal.

En la tercera modalidad, la vida en la calle siempre ha sido vista como un paréntesis temporario en la línea biográfica del chavo, y éste no ha perdido la noción de un proyecto posterior, fuera de la calle. A diferencia de la primera modalidad, estos casos requieren alguna intervención y apoyo externo para estimular la transición de la calle al siguiente espacio de su trayectoria. Como los casos de la modalidad dos, es una salida parcialmente controlada.

Finalmente, la cuarta modalidad se caracteriza por el rechazo del estigma sufrido por jóvenes callejeros, quienes son vistos como delincuentes y potenciales agresores. El chavo busca adoptar una imagen más adecuada y participar en actividades más aceptables socialmente, como vendedor, repartidor de volantes, bolero, etc. Llega al punto en que la imagen de sí mismo no es compatible con su permanencia en la calle. Se comparan las cuatro modalidades planteadas por Lucchini en el cuadro 1.1.

Cuadro 1.1. Resumen de modalidades de salidas activas de Lucchini

	Ruptura Biográfica	Integración de campos (calle-familia-institución)	Salida con intervención o auto-regulada	Vida callejera vista como un paréntesis
Modalidad 1	No	Ruptura en esta integración estimula la salida	Auto-regulada	Sí
Modalidad 2	Ruptura radical	Establecer esta integración estimula la salida	Intervención	Indeterminada
Modalidad 3	Ruptura parcial	No es necesaria	Intervención	Sí
Modalidad 4	Ruptura radical	No es necesaria	Auto-regulada	Indeterminada

Vemos en el planteamiento de Lucchini la complejidad de diversos factores en estos procesos y la heterogeneidad psicosocial de los chavos que experimentan la vida callejera. La posible integración social en cada caso depende de la relación entre los diversos ámbitos: calle, familia e instituciones, así como su manera de ver la vida callejera y su propia identidad. También notamos cómo las intervenciones pedagógicas no son fundamentales.

Kurt Shaw, fundador y director de *Shine a Light* realizó una investigación de tres años en la que conoció casi 200 programas de intervención con niños en situación de calle por toda

Latinoamérica. Sobre esta experiencia escribió el artículo “Hacia una Teoría General de la Calle” (2002), en el que destaca los proyectos más efectivos entre los que visitó. Shaw argumenta que un proyecto efectivo tiene que basarse en los intereses de los niños callejeros, que identifica como el respeto, la libertad, la diversión y la capacidad para consumir bienes materiales. Los programas que él reconoce por su efectividad incluyen proyectos artísticos de música, danza, circo, cine, etc., donde las familias y comunidades de los niños reconocen sus talentos. Algunas organizaciones con este tipo de proyecto han llegado a dar presentaciones públicas en el extranjero. Shaw también destaca algunos programas exitosos que brindan la posibilidad de enseñar a otros, compartiendo sus experiencias o dando pláticas sobre las enfermedades de transmisión sexual (ETS) y la sexualidad, por ejemplo, o vendiendo revistas que se producen en la OSC con artículos escritos por los niños. Estos programas proporcionan un sentido de valía a los chavos por sus conocimientos y ayudan a mejorar su autoestima. Finalmente, Shaw reconoce algunos proyectos en Brasil que promueven la participación social y política con marchas y demostraciones, con lo que atrae la atención de los medios y brinda un sentido de importancia a los participantes.

Lo que comparten estos proyectos es que toman en cuenta los principales intereses de los niños, reconocen sus esfuerzos y talentos, a la vez que promueven el desarrollo de habilidades en ellos para ganarse la vida fuera de la calle. Cárdenas (2008) concuerda con Shaw, declarando que el objetivo debe ser lograr un equilibrio entre placer y motivación, así como entre reconocimiento y productividad para que estos programas realmente lleven a los chavos a tomar la decisión de una salida activa de la calle. En las palabras de Shaw, “[Los programas] que funcionan bien son los que toman en serio los deseos y las capacidades de los niños y jóvenes, y los que hacen posible el protagonismo en sus propias vidas” (2002: 53).

En su tesis doctoral de Ciencias del Desarrollo Humanos, “De la debilidad a la fuerza: la construcción de la resiliencia en niños abandonados”, Lilliana Remus (2008) también reconoce el valor de proyectos artísticos, pero no tanto por el interés de los niños sino para facilitar la expresión de sus emociones. Remus argumenta que se debe trabajar con los chavos como protagonistas de sus vidas, ya que son los únicos que conocen a fondo sus problemas y por tanto, que los puede solucionar. En adición a la expresión activa, el cambio de vida para un niño en situación de calle, según Remus, se promueve con el reconocimiento positivo, así como con aprendizaje significativo y enseñanzas relevantes para la vida del chavo. Remus va más allá de la perspectiva de Shaw sobre programas efectivos, y argumenta a favor de la

participación activa de los niños en su planeación para asegurar que las actividades se relacionen con sus intereses.

El ambiente social de los programas de intervención es el factor más significativo según el planteamiento de Remus. Es indispensable que los niños se sientan parte de un grupo con refuerzo positivo constante. Ella resalta la importancia de la educación para la ética y el respeto a la diversidad para crear un ambiente sano y agradable para su desarrollo. También destaca la necesidad de tener siempre presentes los traumas y otras circunstancias especialmente difíciles que estos niños han vivido y cómo influyen éstos en su desarrollo cognoscitivo. Más que ofrecer programas atractivos, Remus, desde la escuela de psicología clínica, aboga por ayudar a los niños a enfrentar el pasado y acompañarlos a superarlo y descubrir “en sí mismo un ser humano único... ligado a la sociedad”, con un futuro de inclusión social (2008: 399).

Cárdenas (2008) argumenta que, como todo ser humano, los niños en situación de calle están buscando un grupo familiar y se integran a un programa a través de, y gracias a, un vínculo afectivo. Cárdenas propone los siguientes cinco elementos para un programa efectivo, relacionados con los planteamientos tanto de Shaw como de Remus:

1. Un modelo participativo (algo parecido a una familia sustituta con oportunidades para aprender y desarrollar habilidades que permitirán que sean independientes en el futuro).
2. Un intenso y gratificante régimen de vida (con actividades que dan vida al régimen cotidiano de los niños y disminuyen la probabilidad de que regresen a la calle por sentirse aburridos, desanimados, tristes o apáticos).
3. Atención individualizada (con una figura adulta, con la que pueden establecer lazos de apego, especialmente en los periodos de transición y crisis).
4. Una pedagogía que transforme la realidad subjetiva y objetiva paralelamente (donde el niño puede dar otro significado a su vida e imaginar un futuro distinto, así como generar la confianza necesaria para lograr los cambios que desea para su vida mediante un programa con metas y logros progresivos).
5. Un programa a la medida de las necesidades de los niños (espacios íntimos y casas hogar pequeñas son preferibles a instituciones masivas).

Cárdenas denuncia los programas asistenciales que se niegan a considerar las causas que llevan a los niños a vivir en la calle, su realidad y los “procesos humanos involucrados en el cambio de vida” (2008: 10). Ella concluye su trabajo proponiendo el “profesionalismo amoroso” que “demanda acciones pedagógicas claramente trazadas e intencionadas y modelos de atención diseñados desde la comprensión profunda del fenómeno del cambio que experimentan los niños” (2008: 300).

Stoecklin propone una intervención basada en los derechos de los niños con el enfoque de empoderamiento. Su propuesta parte del modelo *Child-Street System* (CSS) elaborado por Lucchini entre 1987 y 1996 con investigaciones en Río de Janeiro, Montevideo y México, D.F. Este modelo analiza las experiencias subjetivas de la vida callejera: espacio, tiempo, oposición calle/familia, sociabilidad, actividades en la calle, socialización, identidad, motivación y género, y cómo se relacionan entre sí (Lucchini, 2007).

Stoecklin destaca la importancia de la participación activa del niño en su salida de la calle. El niño tiene que ser “un sujeto de derechos construyendo su propio proyecto de vida, gracias a cierto apoyo y dirección inicial” (Stoecklin 2007: 78).¹² Su propuesta parte de la idea de que las capacidades de los beneficiarios son los principales recursos para cualquier proyecto de desarrollo social. En otras palabras, la participación activa del niño en el proceso de integración requiere, sobre todo, el reconocimiento de sus habilidades y capacidades adquiridas dentro y fuera de la calle (solidaridad, mente crítica, desarrollo de estrategias de sobrevivencia, etc.). El reconocimiento de los interventores de estas características de los niños ayuda a profundizar su comprensión de las diversas maneras en que los niños experimentan la calle. Igual a los otros investigadores citados aquí, Stoecklin aboga para la construcción de una relación afectiva que permita el desarrollo de la autonomía progresiva y constructiva del chavo, así como la participación activa del chavo a lo largo del proceso (2007: 81).

El modelo que plantea Stoecklin, de integración social con un abordaje con base en los derechos, reconoce el empoderamiento no solamente como un resultado, sino también como una condición previa a las intervenciones eficaces. El modelo reconoce al niño, al programa de intervención y a la sociedad como los principales actores en este proceso, y recalca que el plan de salida tiene que ser concebido junto con el chavo, mas nunca serle impuesto (ibídem: 89). El

¹² Todas las traducciones de citas de publicaciones en inglés y portugués son mías.

rol de las OSC es destacar sus capacidades como herramientas que se pueden usar en contextos fuera de la calle.

Lucchini y Stoecklin distinguen entre dos tipos de capacidades: las “instrumentales”, que son visibles e incluyen técnicas para generar ingresos (trabajar, robar, pedir limosna, etc.), y las “simbólicas”, que son invisibles e incluyen estrategias de sobrevivencia de largo plazo, “la capacidad de asociación (solidaridad), la capacidad de evaluar el medioambiente (una mente crítica) y la capacidad a influenciar las reacciones de otros (creación de oportunidades)” (ibíd.:90). Así, la OSC debería acompañar al chavo en el desarrollo de sus capacidades simbólicas y promover su transposición a actividades socialmente aceptadas. Aparte de estimular la salida de la calle, Stoecklin argumenta que este proceso promueve la autonomía del niño. La intervención debe comenzar con opciones, no estructuras, dando más valor a las expresiones de los chavos y menos a los intereses institucionales.

Savina Geerinckx, directora de programas en el extranjero de *Street Child Africa* y fundadora de *Child Rights Evaluation, Advice and Training Exchange (Create)*, estudió con Stoecklin y escribió su tesis para la Maestría en Estudios Avanzados en Derechos de la Niñez sobre el derecho a la educación de los niños en situación de calle. Con base en el modelo de Stoecklin, ella destaca la necesidad de formular estrategias comprensivas y establecer coordinación entre programas específicos para poder atender las necesidades, los intereses y problemáticas de diferentes chavos. Además, Geerinckx argumenta que las OSC deberían realizarse una evaluación periódicamente, para asegurarse de estar reconociendo las problemáticas reales del mundo callejero y de que las ofertas de sus programas realmente sean mejores que lo que ofrece la calle (Geerinckx 2006). No sirve desarrollar las capacidades de un chavo para un oficio, si el mercado del mismo no puede garantizarle empleo o mejores condiciones de vida que la calle.

Cada uno de los seis autores presentados aquí ha hecho aportaciones importantes al conocimiento sobre las intervenciones efectivas con chavos callejeros. Este proyecto de investigación parte de sus hallazgos y busca llegar a un conocimiento más profundo de las relaciones entre los interventores y los chavos de calle, analizando las interfaces que existen entre los mundos de vida de estos dos grupos.

1.3. Marco teórico

Organizo el marco teórico en los tres ejes principales que presenté en sección I.4 de la introducción: identidad callejera, el mundo de la calle e intervenciones con callejeros. El primer eje es el más complejo. Parto de un panorama general de la **identidad** con base en las teorías de Peter Berger y Thomas Luckmann (1968) y Alberto Melucci (2001), e incluyo la perspectiva mexicana, retomando las contribuciones de Gilberto Giménez (2004) y José Manuel Valenzuela (1998). Con respecto a la identidad callejera, considero el trabajo de Shaw (2002) que fue abordado en el estado del arte, las publicaciones de Tobías Hecht (1998) e Irene Rizzini y Udi Butler (2003) con base en sus investigaciones en Brasil, y el trabajo de Augusto De Venanzi y Gisela Hobaica (2003) que aborda a los niños de la calle como una clase social.

De Venanzi y Hobaica también entran en el tema de la **pobreza**. Aquí parto del trabajo clásico de Oscar Lewis (1959) y de algunas contribuciones destacables de Robert Putnam (1995). Luego considero la aportaciones de la tesis de maestría de Patricia Redondo del FLACSO sobre este tema (2002), así como las de Patricia Monreal en su libro *Antropología y Pobreza Urbana* (1996), y del filósofo español Emmánuel Lizcano (1995). Adicionalmente, abordo los estudios de Sarah Thomas de Benítez (2003) y Kurt Shaw (2002), que abordan la relación directa entre la pobreza y los niños de la calle.

En adición a Giménez, Valenzuela y Shaw, considero a Erving Goffman (1963) y Jürgen Habermas (1989) en el tema de **agencia y estigma** y sus contribuciones sobre la identidad callejera. Retomo las aportaciones del sociólogo chileno Jorge Larraín (1997), así como las de Dominic Strinati (1995), teórico de la cultura popular para considerar la relación de **la modernidad urbana** con la identidad callejera. Finalmente, incluyo la reciente publicación de un estudio realizado por las OSC integrantes de “Quórum” (Makowski 2010) sobre la cambiante realidad de niños y jóvenes callejeros en el D.F. e intervenciones de las OSC con ellos.

Para abordar la teoría de la “callejerización” retomo las aportaciones principales en el ámbito internacional. Considero el trabajo de Quórum, así como la tesis de Sabine Cárdenas y el planteamiento teórico de Ricardo Lucchini, abordados en el estado del arte. También incluyo las aportaciones de uno de los principales actores y teóricos en el ámbito nacional, Juan Martín Pérez (2003), las de Inés Cornejo, académica de la Universidad Iberoamericana (1999), el libro

de Patricia Murrieta (2008), *Poder y Resistencia: El proceso de permanencia de los niños de la calle en la ciudad de México*, y el de Ruth Pérez (2009), *Vivir y Sobrevivir en la Ciudad de México: niños y jóvenes de la calle*.

Varios de los estudios ya mencionados (Hecht 1998; Murrieta 2008; Rizzini y Butler 2003; Shaw 2002) consideran el imaginario de la **libertad** en el mundo callejero. Considero éstos, así como el de Elena Azaola (1993) con niños callejeros encarcelados y una entrevista que realicé con Juan Martín Pérez (2009) antes de realizar el trabajo de campo de este proyecto de investigación.

Aparte del libro de Patricia Murrieta (2008), para el séptimo tema del primer eje: **poder y resistencia** en el mundo callejero, abordo el planteamiento teórico del libro *Los dominados y el arte de la resistencia* de James Scott (2000) y un estudio de Norman Long (2001) que también contribuye a esta parte del marco teórico.

También, como parte del eje de Identidad Callejera considero los conceptos de **apego, trauma y resiliencia** para incluir un poco de la escuela de psicología en esta investigación. Tomo la teoría del apego de John Bowlby (1986) de la reciente publicación del modelo educativo de la Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P. Planteo la teoría del trauma desde Sandra Bloom (1999) y Dominick LaCapra (2006). Respecto a la resiliencia, me baso en los trabajos de Boris Cyrulink, la tesis doctoral de Lilliana Remus (2008) que consideré en el estado del arte, así como algunos artículos del libro *Resiliencia, Descubriendo las propias fortalezas* coordinado por Aldo Melillo y Elbio Suárez (2001).

Finalmente, considero la **autonomía** desde la perspectiva de Cornelius Castoriadis. Retomo las publicaciones de Castoriadis directamente, así como las aportaciones recientes de algunos “castorianos” en Latinoamérica, como Raúl Anzaldúa, Yago Franco y Deibar Hurtado.

El segundo eje de análisis es el **mundo de la calle**. El marco teórico de este eje abarca las **redes sociales**, el **territorio** del mundo callejero y el nuevo concepto del **circuito de desplazamiento**. Este nuevo concepto se considera con base en la publicación de Quórum mencionada en el estado del arte (Makowski, 2010). Para el planteamiento teórico de las redes sociales y el territorio del mundo callejero recorro una vez más a Cornejo (1999), Hecht (1998), Rizzini y Butler (2003), De Venanzi y Hobaica (2003), Murrieta (2008), Pérez, J.M. (2009) y Shaw (2002), así como un estudio del sociólogo Asef Bayat (2000).

El tercer eje de análisis aborda **las intervenciones de las OSC**. Aquí considero el planteamiento teórico del **asistencialismo** planteado por Graciela Cardarelli y Mónica Rosenfeld (2000), así como las aportaciones recientes en este rubro en el ámbito local de Ruth Pérez y Miguel Ángel Arteaga (2009). Retomo algunos de los mismos trabajos del primer eje para plantear el significado de **las relaciones afectivas** entre los chicos y los educadores. También abarco la teoría de la **concientización** de Paulo Freire (1981) en este eje. Termino con la teoría de la **interfaz** de Norman Long (2001), como la base para el análisis del trabajo empírico presentado en los siguientes capítulos.

1.3.1 Primer eje analítico: identidad callejera

1.3.1.1 Identidad

Como pioneros en el tema, Berger y Luckmann (1968) plantean que la identidad es un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad, donde los cambios en la estructura social pueden generar transformaciones en la psique de un individuo. Valenzuela parte de este planteamiento, argumentando que la identidad refiere a “procesos de identificación y diferenciación entre el individuo y la colectividad, o del grupo frente a la sociedad más amplia” (1998: 27); son relaciones dinámicas, constantemente susceptibles a transformaciones.

Las identidades sociales se desarrollan en prácticas cotidianas a través de la familia, el barrio, el ámbito del trabajo, etc. Giménez (2004) organiza las influencias socioculturales en el proceso de construcción identitaria por niveles. Los más influenciados son la clase, la etnicidad, la edad, el género y la región (u otra colectividad territorializada). Luego vienen la socialización, la cultura, los roles, los valores, las normas, la subcultura y el estatus. En tercer lugar se puede considerar como la educación, la familia, los medios, el trabajo, la política, la religión y los pares ejercen influencia sobre la identidad.

De la misma manera, Giménez organiza las influencias sociales en diferentes niveles según el peso de su impacto en la identidad. Generalmente, la que ejerce más influencia es la familia. Luego hay amigos, maestros, familiares más lejanos, etc. Edgar Morín (2001) utiliza el concepto “red personal de relaciones íntimas” para explicar la influencia de otras personas en la identidad. Según su teoría, los miembros de esta red sirven como *alter egos* (otro yo). Sin esta red, el individuo sufriría un sentimiento de soledad insostenible. La carencia de relaciones

afectivas en el hogar puede motivar que el chavo las busque en la calle, para ayudarle a construir su identidad. Desde este planteamiento podemos prever la complejidad de la identidad callejera por la gran diversidad de relaciones que estos niños manejan. Las estrategias cotidianas que instrumentan los chavos callejeros para cubrir sus necesidades básicas requieren una multitud de relaciones sociales (con familiares, otros callejeros, empleadores, policías, el público, educadores, miembros de otros grupos en la vía pública, etcétera).

La complejidad de la identidad callejera también se debe a la posición de la identidad callejera en otras problemáticas sociales. Como plantea la investigación de Quórum, estos problemas incluyen la explotación sexual comercial, el narcomenudeo y la migración de los callejeros a otras ciudades y hasta Estados Unidos. “Esta hibridación del fenómeno callejero es, por un lado, también productora de invisibilidad; y, por otro lado, reveladora de la mayor complejidad que adquiere el fenómeno callejero en fechas más recientes” (Makowski 2010: 58).

El análisis de los sujetos de estudio en esta investigación pretende considerar su identidad individual, así como su identidad colectiva. Al respecto, Giménez plantea que la identidad se constituye de atributos de pertenencia social y atributos particularizantes. Ambos contribuyen a la construcción de una identidad única, aunque multidimensional, del sujeto individual. Los atributos de pertenencia social incluyen clase social, etnicidad, nacionalidad, edad y género, mientras los particularizantes son características como la creatividad, la inteligencia, la sencillez, y la perseverancia.

La identidad individual viene de las comparaciones que un individuo hace para encontrar semejanzas y diferencias con otra gente. Considerando la identidad individual, Giménez explica que “puede definirse como un proceso subjetivo (y frecuentemente auto-reflexivo) por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la auto-asignación de un repertorio de atributos culturales” (2004: 23). La posición que el niño desarrolla dentro de un grupo de callejeros, el oficio que adopta para obtener ingresos y las redes que construye, contribuyen a la formación de su identidad individual dentro del mundo de vida de la calle.

Igual que la identidad individual, las identidades colectivas sirven para diferenciarse de su entorno. Cuando un niño se integra a un grupo de callejeros, él adopta la identidad colectiva o la identidad callejera. Su esfuerzo por ser aceptado por el grupo y la adopción de estrategias

de sobrevivencia en la calle contribuyen a esta identidad. Estas prácticas también marcan la diferenciación del niño con respecto a la sociedad dominante. El niño ya no asiste a la escuela, no vive con su familia, no tiene que cumplir con las demandas de autoridades y puede experimentar con drogas y su sexualidad libremente. Estos procesos marcan una fuerte distinción entre un niño callejero y otros niños, y fortalecen la parte callejera de su identidad.

Aquí sirve destacar lo que Melucci ha escrito sobre el ‘involucramiento emocional’, que permite a un individuo sentirse parte de un grupo: “Las pasiones y los sentimientos, el amor y el odio, la fe y el miedo forman parte de un cuerpo que actúa colectivamente, en particular en aquellas áreas de la vida social menos institucionalizadas” (2001: 70). En lugar de relaciones familiares, los chavos procuran relaciones afectivas dentro del mundo callejero, y ello fortalece la identidad colectiva como chavos en situación de calle. Adoptan apodos y alias como parte de la identidad callejera, a la vez que refuerzan su separación de la familia. La identidad grupal que se desarrolla en la calle remarca la diferencia entre ellos y los niños “socialmente incluidos” en la sociedad dominante.

A pesar de la seguridad que sienten los niños en un grupo callejero, Augusto de Venanzi y Gisela Hobaica argumentan que la imagen que tienen de sí mismos es bastante negativa. En sus palabras:

[Los callejeros] saben que son excluidos de la sociedad y que su vida transcurrirá entre la violencia, la calle y las detenciones. Entienden los procesos de estigmatización a que están sometidos y ello redundará en su escasa inclinación a exigir derechos y protección social. Los niños exhiben un alto grado de pesimismo sobre sus posibilidades de sobrevivir en la calle. Se muestran desafiantes y rebeldes, pero a su vez culpables. Adicionalmente, muestran poca confianza en su capacidad para alcanzar ciertos logros... (2003: s/p.)

Otro hallazgo de interés del trabajo de De Venanzi y Hobaica es que sus sujetos de estudio mantuvieron la referencia de los niños pobres que viven en el hogar como su grupo de identidad colectiva. En general, los niños callejeros asumen su responsabilidad por estar en la calle en vez de culpar a sus familias (De Venanzi y Hobaica 2003; Hecht 1998; Rizzini y Butler 2003; Shaw 2002). La identidad colectiva que manifiestan con los niños que dejaron atrás en los barrios donde viven sus familias, puede reflejar el miedo o la vergüenza que sienten con respecto a la identidad callejera. Los estudios de Hecht demuestran que los niños callejeros sienten temor de ingresar a los barrios pobres para visitar a sus familias, ya que los vecinos se

burlan de ellos y los maltratan. Hecht nota que entran a los barrios acompañados por otros callejeros como estrategia de protección.

Finalmente, hay que considerar los recientes cambios en la identidad callejera, destacados en la investigación de Quórum en el D.F. En las palabras de Medina-Mora,

...su identidad principal ya no es el de pertenecer a la calle, ahora son trabajadores del sector informal; también se enfoca en el aumento del nomadismo o desplazamiento permanente: “una suerte de identidades en tránsito; en la calle, en hoteles, en anexos, en reclusorios” y un cambio en la grupalidad que se ha desarticulado, entre otros factores, por la represión de la que han sido objeto (Makowski 2010: 13).

La identidad callejera ya es una categoría más compleja, debido a la diversidad de relaciones que mantienen los chavos y la reacción de la sociedad hacia ellos; gozan de la lástima social y sufren de la exclusión simultáneamente; presumen su libertad y la ausencia de responsabilidades mientras toleran la vida sin acceso a los servicios públicos y derechos básicos. Según el estudio de Quórum, los cambios más notables en el mundo callejero definen son el aumento de la edad de la población; nuevas formas de organización social en la calle, específicamente con la presencia de más familias y mujeres en situación de calle; mayor consumo y más diversidad de drogas; diferentes actividades de sobrevivencia; más movilidad entre los puntos de pernoctación; y redes sociales más extensas (Makowski, 2010). A pesar de la extensión y la diversificación de relaciones, se nota una individualización de la experiencia callejera también, llamada “nomadismo”. Con más contactos y más movimiento, hay menos relaciones afectivas o involucramiento emocional entre los callejeros (ibídem).

La complejidad de la identidad callejera es poco reconocida en el diseño de los programas de intervención. La tendencia de las OSC a generalizar los beneficiarios en una sola categoría como “chavos en situación de calle” contribuye a las interfaces en sus relaciones. A menudo no se reconoce que la identidad callejera, en su sentido individual y colectivo, se construye con relación a clase, etnicidad, edad, género, socialización, cultura, roles, valores, normas, estatus, educación, familia, medios, trabajo, política y religión, entre otros factores. Además, hace falta considerar los diversos aspectos destacados por Lucchini (2007): espacio, tiempo, oposición calle/familia, sociabilidad, actividades en la calle, socialización, motivación y género. Hay un sinnúmero de factores que contribuyen a la complejidad de la vida callejera en estos diferentes campos y a la identidad individual de cada chavo en situación de calle. En

seguida reviso algunos conceptos que influyen la identidad de los sujetos de este estudio, significativamente.

1.3.1.2 Pobreza

En 1959, Oscar Lewis introdujo la idea de “cultura de pobreza”, argumentando que la gente pobre se identifica con las normas de la pobreza. Varias aportaciones teóricas han nacido de su planteamiento. Según Patricia Monreal (1996), una vez internalizada, es difícil modificar la pertenencia de alguien a una “cultura de pobreza”. De forma similar, Emmanuel Lizcano (1995) señala la falta de una visión futura, valores y ambiciones entre los pobres.¹³ Sarah Thomas de Benítez (2003) destaca varias condiciones de la vida callejera que dificultan el desarrollo de estos niños fuera del mundo de exclusión social: no asisten a la escuela; carecen de los cuidados básicos de salud, seguridad y protección familiar; viven en condiciones desfavorables para su desarrollo físico y emocional; se encuentran en una posición de alta factibilidad de abusos por parte del sistema judicial; y están más expuestos a contraer enfermedades graves. Aun si los chicos son capaces de superar estos límites, si el plan de integración social significa una vida pobre, pero sin ‘libertad’, es una propuesta poco agradable para ellos. Como argumenta Murrieta (2008), hay mucho que perder y poco por ganar al dejar la calle, considerando los altos niveles de desempleo y pobreza en México.

Redondo (2002) explica que la pobreza tiene una relación directa con el sentido identitario de “inferioridad social”. Ella plantea que hay dos grupos estereotípicos de pobres: los pobres honestos y los “indigentes”. El primer grupo merece la caridad y la asistencia social. Por el otro lado, los pobres deshonestos o “indigentes” son personas que a menudo son capaces de trabajar, pero han elegido ser parásitos de la sociedad. En el primer grupo la pobreza se ve como una virtud y en el segundo como un vicio. A partir de la pubertad, los niños callejeros pasan del primer grupo al segundo, lo cual influye significativamente en sus procesos identitarios.

Redondo menciona varios nombres para los pobres del segundo grupo. Los que más me han llamado la atención para el propósito de esta investigación son “los desposeídos” y “los excluidos”. “Los desposeídos” es un nombre bastante adecuado para los chicos en situación de calle, ya que se refiere a su desposesión “de trabajo, de tierra, de vivienda, de

¹³ Lizcano también argumenta que los pobres son incapaces de una “organización familiar mínima,” la cual se reemplaza con la multitud de redes de organización social en las poblaciones marginadas.

educación, de salud, del conjunto de los derechos sociales que la modernidad postuló en términos de igualdad” (Redondo 2002: 18). Con respecto a “los excluidos”, De Venanzi y Hobaica (2003) parten de una perspectiva económica para argumentar que los niños callejeros, así como otros excluidos, conforman clases sociales. Estos autores consideran la estructura social y la división del trabajo de los niños callejeros, principalmente por edades y género. Al igual, argumentan que los niños callejeros ocupan lugares específicos en la división del trabajo, todo ello “mediante la predeterminada creación y meticoloso desarrollo de un capital social complejo” (2003: s/p). Dividen los oficios laborales de estos niños en tres grupos: el primero grupo incluye labores en el comercio no-formal, servicios y actividades de mendicidad; otro grupo engloba las actividades delictivas, como los robos menores que ofrecen beneficios inmediatos y la participación en redes criminales manejadas por adultos o jóvenes, que prometen movilidad social y protección personal; el tercer grupo que destacan es la prostitución infantil¹⁴ (2003). Según Robert Putman (1995), el capital de la clase social de los niños callejeros consiste en redes y relaciones sociales que les permiten lograr ciertos objetivos. Los niños callejeros, como clase social o subclase de los excluidos, se encuentran en la posición relacional de mayor opresión. La cultura y la identidad de estos niños están modeladas en gran parte porque están expuestos a acciones represivas por parte del sistema judicial sobre su vida cotidiana, por medio de “los laberintos de las agencias represivas” (De Venanzi y Hobaica 2003: s/p).

Etiquetar a los niños en situación de calle como pobres es una norma social, y en cuestiones económicas y materiales es difícil disputar esta clasificación. Lo que se vale cuestionar es si están más pobres en la calle o en el contexto que abandonaron. Stoecklin (2007) argumenta que los niños que llegan a la calle demuestran una búsqueda activa de superar las dificultades, abandonando un mundo de vida (sus hogares) por otro (la calle). Como menciona Murrieta (2008), los chavos callejeros destacan la diferencia de ser pobres y libres en comparación con ser pobres sin libertad. A menudo las OSC no toman esta idea en cuenta cuando instrumentan proyectos de intervención con los chavos. ¿Los chavos estarían de acuerdo con De Venanzi y Hobaica y se ubicarían a sí mismos debajo de la clase más pobre?, ¿la vida fuera de la calle realmente significa mejores oportunidades para ellos?, ¿los proyectos de integración social propuestos por las OSC ofrecen oportunidades para salir de la pobreza o

¹⁴ Esta última categoría es conflictiva, ya que hoy en día no se considera la prostitución infantil como un trabajo, sino que es reconocida como la explotación sexual comercial infantil (ESCI).

solamente salir de la calle? Las diferentes perspectivas de los chavos y de las OSC respecto a la pobreza generan otras interfaces entre los grupos.

1.3.1.3 Agencia y estigma

Los procesos de agencia y estigma se vinculan directamente con el planteamiento teórico de De Venanzi y Hobaica (2003) que ubica a los niños callejeros incluso debajo de los pobres en la escala de clases. Hace casi un siglo, Charles H. Cooley planteó el concepto de la *looking glass self* (una identidad de espejo), explicando que nuestra identidad resulta de cómo nos vemos y cómo nos ven los demás, por medio de un proceso dinámico y cambiante. Alessandro Pizzorno (2000, en Giménez 2004) argumenta que ésta significa que, en buena parte, nuestra identidad se define por otras personas. De la misma forma, Erving Goffman argumenta que los individuos estigmatizados actúan conforme las expectativas de los “normales” (1963:110). Cuando la sociedad etiqueta a los callejeros como vagos, drogadictos, casos perdidos, rateros, parásitos sociales, etc., los influye para que adopten estos atributos como parte de su identidad callejera. Como ya están etiquetados como criminales, adoptan el rol de delincuentes verdaderos (Stoecklin 2007: 84).

Por otro lado, Goffman nota la rebeldía de un individuo en contra de los estereotipos que otros le ponen. Él ofrece el ejemplo de la agencia de los niños y los adolescentes en su tendencia a manifestar su inconformidad respecto a cómo los adultos los quieren formar. Los chavos callejeros también reaccionan de esta manera; actúan conforme algunas expectativas sociales y en contra de otras. En otras palabras, el proceso de “callejerización” implica simultáneamente la influencia real de los estigmas en sus identidades y la rebeldía contra las expectativas sociales.

Similarmente, Valenzuela (1998) plantea que los procesos identitarios son conformados en relaciones más o menos conflictivas de auto y hetero-percepción (1998). Construye esta idea del planteamiento teórico de Jürgen Habermas (1989) sobre la conciencia de uno mismo, en la cual un individuo aprende a verse a sí mismo como lo vería otra persona. La complejidad de la identidad callejera resalta por las diferencias entre los hallazgos de Shaw (2002) y Irene Rizzini / Udi Butler (2001). Shaw encontró a niños que disfrutaron su posición social, asustando a la gente y gozando de la “libertad”, mientras Rizzini y Butler destacan cómo los niños callejeros desean ser tratados con respeto y se molestan por ser ignorados y rechazados. Igual que el

resto de los niños y jóvenes del mundo, podemos partir del supuesto de que los niños callejeros piensan que los adultos no los entienden y se ven a sí mismos de una manera muy distinta a como se les percibe en general. La compleja relación entre la concepción que uno tenga de sí mismo y la hetero-percepción de los callejeros, y cómo los lleva a procesos de agencia y estigma, es clave para entender su identidad.

También existen interfaces en las relaciones entre las OSC y los chavos debido a las diferentes reacciones que genera el estigma de vivir en la calle. Mientras las OSC tienden ver a los chavos como víctimas que requieren su apoyo, la reacción de un chavo ante el estigma callejero demuestra su agencia y puede ser muy variada. Los chavos pueden sentirse víctimas, pero también pueden reaccionar con resistencia o buscar estrategias para escapar del estigma. Es común que las OSC ignoren la agencia de los callejeros en este contexto, cuando en realidad ellos están respondiendo constantemente a los estigmas a su propia manera, y desarrollando capacidades mediante esta lucha identitaria.

1.3.1.4 Identidad callejera y modernidad urbana

Jorge Larraín (1997) identifica algunos procesos de la modernidad latinoamericana que se oponen al mito neoliberal que postula que el Tercer Mundo llegará a la modernidad siguiendo los pasos de los estadounidenses y los europeos. El primero es el enfoque del desarrollo en la esfera económica, pero el rechazo al desarrollo en las esferas sociales. La existencia de los callejeros se debe en gran parte a esta realidad, ya que el desarrollo económico beneficia principalmente a las elites, no a las masas pobres. Larraín también destaca el autoritarismo presente en la acción política, la administración de las organizaciones públicas y privadas, la vida familiar e incluso en la cultura popular de Latinoamérica. El autoritarismo promueve las salidas a la calle entre niños pobres y facilita la opresión de las poblaciones callejeras.

En tercer lugar, la modernidad latinoamericana ha carecido de la autonomía y el desarrollo de la sociedad civil. Las OSC siguen dependiendo de los dictados del Estado y la política. La miseria vivida por tantos pobres y la poca eficacia de las intervenciones con las poblaciones callejeras y otros grupos marginados se deben, en gran medida, a las carencias de la sociedad civil. Además Larraín destaca que la modernidad en América Latina se caracteriza por la marginalidad y la economía informal —realidades conocidas por todos los callejeros—. Finalmente, dejándonos con un poco más de optimismo, Larraín destaca la revaloración de la

democracia política y de los derechos humanos en Latinoamérica. Varios movimientos y proyectos en este ámbito se han desarrollado en los últimos 15 años, ofreciendo una nueva alternativa a los proyectos tradicionales de asistencia social para los grupos marginados (ibídem).

En suma, la modernidad urbana en Latinoamérica se distingue en varias formas de la modernidad en Estados Unidos y Europa. El desequilibrio entre el desarrollo económico y el desarrollo social, el autoritarismo, la falta de autonomía y desarrollo en la sociedad civil, la marginalidad y la economía informal son factores dominantes en la actualidad de México y el resto de Latinoamérica que no se notan tanto en el primer mundo. Aún falta ver el impacto de la reciente revaloración de la democracia y los derechos humanos en esta parte del mundo para las poblaciones marginadas.

A pesar de estas características especiales de la modernidad latinoamericana, domina el consumo de bienes materiales igual que sucede en el primer mundo. El mismo Larraín habla del “apego afectivo a cierto conjunto de objetos materiales” y plantea que “el sí mismo de un hombre es la suma total de todo lo que él puede llamar suyo” (1997: 25). En relación con las poblaciones callejeras, este planteamiento teórico es interesante, ya que casi no cuentan con posesiones materiales. Desde la perspectiva de Larraín, ¿significaría que su sentido de sí mismo es más débil?

Los posmodernos argumentan que tenemos una “libre elegibilidad” de nuestras identidades y “los individuos pueden cambiar de identidad cuando y donde quieran” (Giménez 2004: 35). Hoy en día existen más identidades colectivas que nunca a las cuales tenemos acceso gracias a la globalización (por medio de la televisión, el Internet, importaciones, etc.). Según la perspectiva posmoderna, podemos escoger atributos de estas identidades para construir una “identidad fragmentada”. Giménez critica este planteamiento argumentando que “la libertad de elegir entre diferentes ‘estilos de vida’ es de acceso restringido, queda fuera del alcance de la mayoría y está rígidamente condicionada por la estructura de clases” (2004: 38).

Hoy en día es posible encontrar los videojuegos y los servicios de cablevisión más caros en hogares de las colonias más pobres. Similarmente, hay un número significativo de gente de la clase baja que da prioridad a la ropa de marca sobre la nutrición y la educación de su familia. El hecho de que los callejeros ya son menos visibles y se parecen cada vez más a los otros

jóvenes urbanos de colonias populares, también es muestra de cómo los callejeros han alcanzado a poder elegir entre diferentes “estilos de vida” (Makowski 2010).

Como vimos en el estado del arte, Shaw (2002) reconoce la importancia de la relación de los niños callejeros con la modernidad —es parte del medio ambiente urbano del que no puede separarse. Él argumenta que el consumo de bienes materiales es uno de los principales intereses de los chavos callejeros. En la misma línea, la publicación de Quórum sobre los callejeros defenidos explica cómo “han ido incorporando... a distintas modalidades de consumo cultural juvenil, como asistencia a conciertos de bandas urbanas y a espectáculos públicos, acceso a internet a través de los cibercafés, uso de teléfonos celulares, fotografías y videos, que los incluye como consumidores...” (Makowski 2010: 57). Según Shaw, el acceso al consumo material contribuye a la eficacia de los proyectos de intervención con esta población. ¿Los chavos callejeros buscan superar la exclusión social y el estigma callejero por medio del consumo?

En la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), entre 21 millones de habitantes, es posible imaginar cómo podía sentirse confundido un niño callejero con respeto a su identidad, ya que pierde conexión con sus raíces étnicas y familiares, y se encuentra sin recursos en medio de un contexto exagerado de pluralismo cultural. No cabe duda de que la modernidad urbana y el consumo contribuyen a la nueva identidad callejera y su creciente complejidad. Quórum reconoce el efecto de la modernidad en los chavos que viven en la calle, pero falta ver cómo las OSC incorporan este hallazgo a sus proyectos de intervención para reducir las discontinuidades en las interfaces.

1.3.1.5 Callejerización y arraigo a la calle

La “callejerización” se refiere al proceso identitario de la adaptación a la vida en la calle. Toda transición del hogar a la calle involucra la ruptura de los vínculos familiares, así sea motivada por abuso, desplazamiento, sobrevivencia o la búsqueda de la libertad. Los autores que han escrito sobre el fenómeno de callejerización lo han dividido en etapas (Cárdenas, 2008; Cornejo, 1999; Lucchini, 1998; Pérez, J.M. 2003, Pérez, R., 2007, entre otros). Para este proyecto de investigación, retomo cinco etapas del proceso de callejerización: el nomadismo y el encuentro, el festejo, la profesionalización, la crisis del futuro y la juventud callejera.

El nomadismo y el encuentro: Cuando un niño llega a la calle, puede o no contar con contactos para integrarse a un grupo. Si no tiene amigos callejeros, será nómada hasta encontrar un grupo al cual pueda integrarse. Otros niños se “saltan” este paso y se integran directamente a un grupo callejero por medio de un contacto. Juan Martín Pérez (2009) explica que en México hay tres tipos de grupos callejeros. Los grupos escuela están en el centro y se reconocen por la capacitación de nuevos niños en la vida callejera, sus redes extensivas y los vínculos con instancias de apoyo. Los grupos de tránsito son menos estables y se forman por integrantes de paso. Estos grupos tienden estar en las centrales camioneras o por las principales salidas de la ciudad. Finalmente, hay grupos de arraigo que se encuentran en el periférico de la ciudad. Estos grupos tienen menos contacto con las instancias de apoyo y a menudo los forman chavos callejeros que han salido de los grupos escuela de la ciudad (Pérez, J.M., 2009). En el encuentro el niño pasa por un periodo de aprendizaje de habilidades para sobrevivir en la calle, que se puede considerar como una inducción a la vida callejera. El chavo va conociendo las dinámicas y las redes de la calle, los actores que le pueden apoyar y las amenazas. Empieza a sustituir a la familia y el hogar que dejó por un grupo y un territorio callejero.

El festejo: La segunda etapa de la callejerización es ésta; y es aquí cuando el niño más disfruta la libertad y la independencia. Ruth Pérez describe esta etapa como la fase de “enamoramiento” de la calle; es cuando el chavo vive la calle como un espacio “estimulante, creativo y recreativo” (2007: 33). Aprende estrategias básicas para sobrevivir, como charolear, “faqurear”, robar, limpiar parabrisas y aprovechar los apoyos de las OSC.¹⁵ Los niños chiquitos en especial aprovechan la “lástima social” en las actividades de mendicidad (Pérez, J.M., 2003). En esta etapa, el niño se cree más el “mito de la libertad” (Shaw, 2002); fortalece su posición en el grupo con el consumo de drogas y relaciones sexuales. Favores sexuales son aceptados como pago por alimentos, drogas o protección, especialmente de niños chiquitos, niñas y mujeres. Las drogas más comunes en el mundo callejero defecio son el “activo” (una mezcla de solventes cuyo ingrediente principal es el tolueno), la piedra (*crack*) y la mota (marihuana) (Makowski, 2010). El consumo de drogas y las relaciones sexuales se asocian con la libertad y ayudan a los niños a olvidar la miseria de su realidad.

¹⁵ “Charolear”- mendigar; “faqurear”- acostarse sobre vidrios rotos, normalmente en el metro para obtener dinero del público.

La profesionalización: La tercera etapa de la callejerización es la profesionalización, y se da hasta que el niño ha vivido en la calle por un periodo prolongado y se identifica a sí mismo como callejero. Ya ha logrado un estatus entre otros de ellos, una identidad individualizada, un apodo callejero y una posición en su grupo. “Las conductas de alto riesgo son parte de su cotidianidad: trasgresión de la ley, alto consumo de drogas, prácticas sexuales sin protección” (Cárdenas, 2008: 43). Cuenta con redes extensas para fines diversos, y cuestiones de resistencia, poder y rebeldía dominan su proceso identitario. Esta etapa se reconoce como el clímax de la vida callejera.

La crisis del futuro: De la profesionalización sigue la declinación para el callejero, o una crisis en el futuro. Aquí la vida callejera ha invadido al niño en su totalidad física, mental y emocional y vive en un estado de alta sensibilidad. El niño ya ha vivido traumas como el abuso, el encarcelamiento y la muerte de seres queridos; en este momento puede reflexionar sobre su futuro, ya que alcanza a ver el fin de su vida si sigue en la calle. El niño se encuentra sin oportunidades y sin esperanza para el futuro y la calle es nociva y peligrosa (Pérez, R., 2007). Se desilusiona y se da cuenta del alto costo de la “libertad” callejera. En el planteamiento teórico de Lucchini revisado en el estado del arte, esta etapa es su última oportunidad para superar el callejerismo (Lucchini, 1998).

La juventud callejera: Si un chavo pasa las cuatro etapas, llega a la juventud callejera. Ya ha pasado por centros tutelares o cárceles, anexos y casas hogar y conoce varios programas asistenciales y educativos dirigidos a poblaciones callejeras. Las drogas lo han afectado física y mentalmente, y la muerte lo espera por sobredosis, atropellado o algún hecho violento, pero la identidad callejera lo domina. “La calle es ambigua y el niño aprende a crear un equilibrio entre sus aspectos positivos y negativos” (Pérez, R., 2007: 33).

Mientras estas etapas de la callejerización ayudan a conceptualizar la vida callejera, el proceso es distinto en cada caso y es un error generalizarlos como una sola categoría “social homogénea en el plano psicosociológico” (Lucchini, 2007). A pesar de las semejanzas en los procesos de la callejerización, las experiencias afectan el proceso identitario de manera distinta a cada chavo (Lucchini, 1996).

El arraigo a la calle se fortalece a lo largo de la callejerización, por eso no puede ser considerado como un concepto estático. La pertenencia a uno o varios grupos callejeros es

parte clave de este concepto. Las prácticas de la vida callejera como charolear, faqurear, limpiar parabrisas, consumir drogas, dormir en espacios abiertos y moverse en las redes sociales de este mundo también fortalecen el arraigo a la calle. Los callejeros desarrollan una sensación de comodidad y seguridad con estas actividades, así como en sus redes de sobrevivencia. Aprovechan la identidad callejera con diferentes discursos, dependiendo del contexto de encuentro (Saucedo, 2009). A lo largo del proceso de la callejerización, los chavos van aprendiendo cómo sacar provecho del mundo callejero y otras fuentes de apoyo.

El chavo cuenta con diferentes habilidades y capacidades en las diferentes etapas de este modelo. Además, los factores de arraigo varían a lo largo del proceso. Surgen interfaces por no considerar el proceso de callejerización del chavo, en el momento de realizar la intervención con él. La calle es muy distinta para un chavo en la fase del festejo que para uno en la crisis del futuro, por ejemplo, y las estrategias de intervención deben diferenciarse con base en este análisis para realmente entender las situaciones de calle en que el chavo se encuentra.

1.3.1.6 Libertad de la calle

“Por la libertad” es la respuesta más común de un niño callejero cuando alguien le pregunta por qué vive en la calle. Muchos niños imaginan la calle como un lugar libre y divertido, sin la supervisión de adultos (Hecht, 1998; Pérez, J.M., 2003; Rizzini y Butler, 2003; Shaw, 2002). Ya vimos cómo esta noción se fortalece en las primeras dos etapas de la callejerización, ya que la calle es un espacio donde los niños pueden usar sus cuerpos como quieren, por medio de experiencias sexuales y el consumo de drogas¹⁶ (Azaola, 1993; Murrieta, 2008; Vogel y Mello, 1991 en Rizzini y Butler, 2003). Shaw explica que esta percepción de la ‘libertad’ se limita a no tener reglas y poder hacer lo que quieran cuando quieran; para ellos, “el aire libre equivale a la libertad” (2002: 11). Él explica esta noción como un mito de la libertad o una libertad imaginaria, ya que la vida en la calle está controlada por fuerzas opresoras como la pobreza, la inseguridad y la violencia. Eventualmente, “este contraste entre la mitología de la calle y su realidad chocará con el niño. Él debe elegir entre conformarse con la triste verdad o seguir luchando para recibir la vida prometida por los mitos” (ibídem).

¹⁶ Mientras es común el supuesto de que los niños se drogan para olvidar y quitarse el hambre, Shaw (2002), así como Rizzini y Butler (2003), mencionan que los niños afirman que consumen drogas porque les gusta el efecto que provocan.

La movilidad de esta población también se vincula directamente con la “libertad” o el proceso de autonomía que vive un niño callejero. Estando acostumbrados a un modo de vida no materialista, estos niños callejeros se mueven fácilmente entre puntos de pernocta y aun a otras ciudades. Juan Martín Pérez (2009) plantea que los niños callejeros son como los migrantes en el sentido de que pueden vincularse con otros grupos callejeros, en otras localidades, ya que son parte de la misma subcultura callejera.

La libertad de la calle es una atracción a menudo ignorada por las personas preocupadas por los niños callejeros, quienes tienden a ver a los niños como víctimas vulnerables que requieren ayuda para reintegrarse a la sociedad. Al contrario, por lo menos inicialmente, la calle es un espacio abierto y libre donde un niño puede disfrutar de todo lo que está prohibido en otros lados (Rizzini y Butler, 2003; Pérez, J.M., 2003; Shaw, 2002).

Las libertades de la calle tienen un precio alto, lo cual depende del contexto particular de cada chavo, así como de la fase de la callejerización en que se encuentre. La ausencia de responsabilidades, la posibilidad de consumir drogas y tener relaciones sexuales o simplemente no tener que responder a ciertas exigencias de los adultos y respetar normas sociales, son aspectos que ellos consideran positivos de la vida callejera y que pueden ser permanentes durante sus trayectorias. Hay que reconocer la complejidad de esta idea y las diferencias entre cómo los chavos y las OSC perciben “la libertad callejera”. Caracterizarlo como un simple mito puede producir interfaces en la relación con los chavos, ya que significa negar el valor de estas libertades para ellos. Las oportunidades fuera de la calle tienen que ser mayores que las de la calle para que tomen la decisión de dejarla.

1.3.1.7 Poder y resistencia

En su libro *Los dominados y el arte de la resistencia*, James Scott (2000) plantea que los dominados tienden a soportar su posición social, pero adoptan discursos ocultos como estrategias de rebelión. Basa sus argumentos en casos de esclavos y sus estrategias de resistencia contra sus opresores. En un sentido, los niños callejeros no son como los esclavos que describe Scott, ya que no tuvieron miedo a escapar del abuso u otra forma de opresión en sus hogares. Sin embargo, al llegar a la calle no superan la dominación; es más bien la transición de una dominación a otra y la adaptación de sus estrategias de resistencia a su nuevo mundo de vida.

Como explica Stoecklin, “Invisibles razones económicas fuerzan el niño a oscilar entre la violencia doméstica de los barrios bajos y la violencia pública en la calle” (2007: 84).

Scott plantea los conceptos de discursos públicos y discursos privados. Entre los niños callejeros, una de las estrategias de sobrevivencia más comunes, por ejemplo, es jugar la carta de despertar la lástima social. Cuentan historias de abuso y abandono (a menudo exageradas o inventadas) u ofrecen consejos en el metro como “no pegues a tus hijos” y “valora tu familia”, para conseguir limosna. Con los agentes de las instancias de apoyo también adoptan cierto lenguaje para acceder a los beneficios. Detrás de las tristes historias y los discursos institucionales sobre su plan de vida y sus intenciones a dejar las drogas y la calle, muchos callejeros se resisten al mundo de inclusión social y los esfuerzos de los educadores y otros actores que quieren intervenir con ellos.

Entre el grupo callejero, fuera de la vista del ojo público, regresan al discurso oculto con sus compañeros, tal vez burlándose de aquellos a quienes han engañado con su discurso público. Goffman reconoce esta práctica entre gente estigmatizada en general, notando cómo se burlan de sus relaciones con gente normal. “En son de chanza, representa escenas de degradación con uno de sus pares, a cuyo cargo se encuentra el papel del más cruel de los normales, mientras él interpreta momentáneamente el rol complementaria, para pasar de imprevisto a una rebeldía vicaria” (1963: 134). Por la misma línea, Norman Long (2001) explica cómo los niños negocian el poder, reconociendo que no es buena estrategia demandar el cumplimiento de sus derechos, por ejemplo, si su interés principal es la cobertura de sus necesidades inmediatas. Es más benéfico ponerse el disfraz y usar el discurso público que propone Scott para aprovechar la caridad de los individuos dispuestos a ayudarlos.

Valenzuela (1998) también argumenta que las identidades sociales se construyen en relaciones de poder e incluyen procesos de resistencia cultural. De principal interés aquí es el poder que los niños tienen a resistir los esfuerzos de otros a “ayudarlos.” En otras palabras, hay que reconocer el esfuerzo de los niños a defender su libertad y el control que ellos tienen sobre sus propias vidas, beneficios que se pueden perder en una institución. En su libro *Los niños de la correccional: fragmentos de vida*, Elena Azaola (1993) aborda el concepto de poder mediante niños encarcelados, la mayoría en situación de calle. Por un lado, ella nota que los niños que participaron en su estudio no podían ni imaginarse en una posición de poder ni siquiera como directores o vigilantes de la correccional, y aceptaron su posición de

subordinación con relación a estos actores. Por el otro lado, Azaola explica cómo los niños usan la sexualidad para demostrar su poder y autonomía. “Era como si dijeran: no tengo una casa, ni una familia ni ropa ni escuela ni libertad ni... pero tengo un cuerpo y una sexualidad sobre las cuales yo puedo mandar” (Azaola 1993: 52). Además, la autora nota cómo los violadores entre los niños de la correccional no se consideran “maricas” sino que se ganan el respeto de los demás niños por su posición de dominio (ibídem: 53).

Finalmente, con relación a estos procesos, hay que retomar los hallazgos de Murrieta (2008). Ella explica la permanencia de los niños en la calle como una forma de resistencia o una “rebeldía.” Destaca varios poderes de los niños callejeros, como su resistencia a participar en los programas de puertas abiertas o cumplir con las peticiones de los educadores. Ella plantea tres “campos de batalla” donde se ven el poder y la resistencia de los niños callejeros. Primero está la rebeldía ante la familia. Segundo, considera la relación de los niños con las instituciones, descritas como lugares sobre estructurados, a menudo con disciplina “militarizada”, maltratos y violaciones. Sus normas atentan contra la individualidad de los niños, y también separan a los grupos callejeros, ya que la mayoría atiende a un subgrupo específico de edad y género. Finalmente, considera la calle como el tercer campo de batalla, resaltando la violencia callejera, el abuso policiaco y la necesidad de una red de apoyo para subsistir (Murrieta 2008: 66).

Murrieta habla de la resistencia activa y pasiva entre los niños callejeros. La resistencia activa se ejemplifica con el constante pleito entre el niño y su abusador, la huida de la casa, la “retroflexión” en casos donde el niño se castiga a sí mismo, y la autodestrucción por los vicios de la calle. Por el otro lado, la resistencia pasiva se ve cuando el niño “busca bloquear o negar la experiencia” (Murrieta, 2008: 67), o cuando el niño considera que es el receptor de “castigos justos” (Azaola, 1993: 28). Murrieta también explica que el niño puede “proyectar” el abuso que recibe, pensando que “el que siente no soy yo, es mi cuerpo” o “negar” el abuso porque “necesita” de la relación (2008: 67).

Existe una lucha de poderes entre los interventores y los chavos, que refleja las interfaces que existen en sus relaciones. Los discursos son capacidades que los chavos han desarrollado dentro y fuera de la calle y deben ser reconocidos como habilidades que pueden ser útiles en otras actividades fuera de la vida callejera. Éste es poco reconocido por los

interventores, pero podría ayudar a generar vínculos con los chicos y así reducir las discontinuidades en las interfaces.

1.3.1.8 Apego

Todos los seres humanos nacemos con el instinto de buscar protección y contención emocional de otras personas cuando sentimos peligro, pues los seres humanos tenemos una necesidad innata de orden, seguridad y protección adecuada (Bloom, 1999). John Bowlby (1986)¹⁷ etiqueta a estas personas como “figuras de apego”. Generalmente son los padres o cuidadores del niño. Cuando el niño cuenta con estas figuras, tiende a desarrollar un “apego seguro”, lo cual facilita un desarrollo con confianza y otras relaciones seguras. Si las figuras de apego tardan en responderle o su respuesta es irregular, el niño desarrolla miedo a ser abandonado por la figura de apego, lo que Bowlby define como “apego ansioso”. Si las respuestas de la figura de apego son aun más irregulares, el niño pierde esperanza en la figura de apego y desarrolla un “apego evitativo”. El apego ansioso y el apego evitativo disminuyen la confianza y la habilidad del niño para desarrollar relaciones sanas. También reducen la resiliencia y debilitan la habilidad de superar experiencias traumáticas.

La ansiedad lleva al niño a buscar el confort propio y el control de sí mismo. Entre los chicos callejeros se nota esto en el alto consumo de drogas. También es común que desconfíen de la demás gente. Niños que han sido abusados físicamente a menudo demuestran comportamientos destructivos como la mutilación por propia mano, la asunción de riesgos, sexualidad compulsiva, actividades violentas y drogadicción (Bloom, 1999).

La Fundación Pro Niños de la Calle aplica pruebas psicológicas a los chicos que ahí atienden. Reporta que 49% presenta un apego evitativo y 40% entra en la categoría de apego ansioso (Garza, 2010); podemos ver la correlación directa entre el apego inseguro y la identidad callejera. Si el interventor no es consciente de los problemas de apego en el chico, es poco probable que pueda desarrollar un vínculo afectivo con él.

¹⁷ El trabajo de Bowlby también se usa como fundamento teórico en el modelo educativo de la Fundación Pro Niños de la Calle (véase Garza 2010).

1.3.1.9 Trauma

Dominick LaCapra explica que la experiencia traumática no es puntual, sino que tiene un aspecto evasivo: “[S]e relaciona con un pasado que no ha muerto: un pasado que invade el presente y puede bloquear o anular posibilidades en el futuro” (LaCapra, 2006: 83). La violencia, por ejemplo, tiende a ser normal para los niños callejeros. Azaola (1993) aborda la cuestión del abuso, explicando que el niño a menudo se ve a sí mismo como producto de una relación abusiva entre sus padres y así lo replica en todos los ámbitos de su vida. Ella plantea el ejemplo de la relación entre la sexualidad y la violencia; en su investigación con los niños de la correccional, menciona que las relaciones sexuales siempre implicaban abuso o la imposición de la voluntad de uno sobre la del otro (ibídem: 53).

LaCapra argumenta que una experiencia traumática puede influir a un niño aun cuando no la ha vivido directamente.

“Haber pasado por algo” alude tanto a la persona que ha tenido la experiencia como a aquellos que (acaso inconscientemente) se identifican con (incluso al extremo de ser acosados o poseídos por) ella, o a aquellos que empatizan con ella y simultáneamente reconocen y respetan la alteridad e incluso rechazan la identificación (LaCapra, 2006: 68).

El trauma que vive un ser querido puede tener graves consecuencias en un niño. Por ejemplo, ser testigo de abuso sexual y físico de un hermano o un amigo es una experiencia común entre los niños callejeros, la cual se puede convertir en un proceso de trauma para ambos, la víctima directa y el testigo.

Cuando un niño crece en un ambiente violento y es lastimado por la figura de apego, como es la norma en los chavos callejeros, todos sus sistemas de desarrollo pueden sufrir daños (Bloom, 1999). Estas experiencias y otros traumas tienden infiltrarse en la memoria no-verbal o memoria emocional. Bloom explica que los traumas son como una grabación permanente en la mente. Cuando no hablan de las experiencias, no se acuerdan de manera normal, sino que se quedan congeladas en el tiempo en forma de imágenes, fuertes emociones y sensaciones del cuerpo como olores, sabores y dolor. Con el paso del tiempo, la víctima puede llegar a ser insensible a las emociones y sentirse deprimido, alienado, vacío o aun muerto. Por eso muchos callejeros y otras víctimas del trauma adoptan conductas de riesgo y auto-destrucción, pues a menudo es la única manera en que se sienten vivos (ibídem).

Se busca evitar los recuerdos traumáticos y los síntomas de evitación empiezan a dominar las vidas de las personas traumatizadas. Así se sienten más y más alejadas de todo lo que da significado en la vida (ellos mismos, otra gente, un sentido de dirección y propósito, un sentido de espiritualidad, un sentido de comunidad). A veces desarrollan rabia y amenazan a otras personas. Muchos de los problemas sociales resultan del esfuerzo del individuo por manejar emociones abrumadoras. Estas acciones pueden ser efectivas en el corto plazo pero perjudiciales con el paso del tiempo. Niños que sufren del estrés abrumador desarrollan problemas de adaptación a lo largo de sus vidas que les afectan a ellos mismos, a sus familias y a la sociedad en general (ibídem). La reintegración social de un chavo callejero que ha crecido con falta de apego seguro y ha vivido diferentes traumas requiere, sin duda, apoyo psicológico.

En el contexto de los callejeros se abordan los traumas como parte de “la salud mental”. Juan Martín Pérez (2009) argumenta que esta categoría es más completa, ya que incorpora los efectos de las drogas, el estrés, la depresión y otras enfermedades junto con el trauma, todos los cuales influyen los procesos identitarios de los callejeros. Debido a la complejidad y a la abstracción de esta categoría, especialmente para los que no tenemos formación en el área de psicología, a menudo no se percibe la gravedad de los daños psicológicos en el diagnóstico del caso. Como explica Remus (2008), es imposible promover la resiliencia y la integración social sin enfrentar los traumas.

1.3.1.10 Resiliencia

La resiliencia es “la capacidad del ser humano para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas y ser transformado positivamente por ellas” (Melillo *et al.*, 2001: 85). Es necesaria para enfrentar y superar condiciones perjudiciales como el estrés postraumático y la exclusión social; generalmente esta teoría se utiliza en relación con los traumas. Según Boris Cyrulnik, “La negación y el mutismo permiten evitar el recuerdo doloroso, pero no pueden dar sentido a lo insensato. Este tipo de adaptación defensiva que evita el sufrimiento hace callar al herido y lo aísla, con lo cual le impide recuperar un lugar en la sociedad” (2008: 203). La teoría de resiliencia postula que es necesario que la víctima se reconozca aparte del medio con problemas y se analice a sí misma por medio de la introspección. Además, se necesitan habilidades para participar en un intercambio afectivo (algo difícil para personas con problemas de apego). Es un proceso proactivo del sujeto, pero también requiere el esfuerzo de

todo el marco ecológico de una persona: el individual, el familiar, el comunitario (servicios sociales) y el cultural (valores sociales) (Infante 2001).

Esta teoría ha evolucionado mucho desde sus inicios hace ochenta años. Hasta los años noventa se consideraba que aproximadamente 20% de la población no tenía la capacidad de ser resiliente. En otras palabras, la teoría planteaba que era imposible para una de cada cinco personas superar los traumas y las adversidades de la vida. Ahora la teoría dice que:

...la resiliencia se produce en función de procesos sociales e intrapsíquicos. No se nace resiliente ni se adquiere “naturalmente” en el desarrollo: depende de ciertas cualidades del proceso interactivo del sujeto con los otros seres humanos, responsable de la construcción del sistema psíquico humano (Melillo *et al.*, 2001: 87).

En relación con el objeto de estudio de esta investigación, la resiliencia ha sido considerada necesaria para reintegrar a los chavos callejeros a la sociedad. Lo que hace falta considerar es la resiliencia requerida para permanecer en la calle con tantas adversidades propias de la vida callejera cotidiana.

Aunque las investigaciones y publicaciones en este campo se han enfocado en la reintegración social de individuos, Cyrulnik presenta algunos casos que se pueden relacionar con la resiliencia en la vida callejera. Él plantea que “la manera más segura de fortalecer la creencia en un grupo es ejerciendo la persecución, pues ésta hace que el grupo se solidarice” (2008: 202). En el mismo libro argumenta que “el ambiente que atrae al niño para formar parte de una banda o un clan puede acarrear un problema espinoso. El sentimiento de pertenencia es tan protector que, si se le pide a un joven que pase a formar parte de una estructura social perversa, lo hará con felicidad” (ibídem: 206). Aquí podemos destacar dos factores de arraigo: primero vemos cómo la persecución de los chavos por servidores públicos, así como el estigma social pueden fortalecer la solidaridad de los grupos callejeros, y también se refuerza la idea de que la banda callejera sea el principal grupo de referencia para estos chavos.

A pesar de la necesidad de resiliencia para sobrevivir en la calle y llegar a ser un callejero profesional, la teoría plantea que para los niños que tienen problemas de apego y crecen con baja autoestima es más difícil ser resilientes. La baja autoestima es una causa común para la integración de niños y jóvenes a grupos marginales que les otorgan algún tipo de identidad, a menudo con el perfil de adictos o delincuentes. Pues, “alguna pertenencia que

garantice reconocimiento es mejor que ninguna, aun al precio de una grave patología” (Melillo *et al.*, 2001: 94).

No obstante, la teoría de la resiliencia apoya la idea de que un educador u otro sustituto de los padres pueden enseñarle a un chavo callejero a desarrollar apegos seguros (Remus 2008). Para promover la resiliencia con un apego seguro, hay que analizar los recuerdos del chavo con relación a las adversidades y traumas que ha vivido. Es fundamental contar con un ambiente seguro para este proceso terapéutico, donde no se avergüence de esa parte de su pasado, sino que se sienta orgulloso por haber sobrevivido (ibídem). Nuevamente se destaca la importancia de otros actores y el medio ambiente en el proceso de resiliencia.

Remus argumenta que hay que enfrentar y reconstruir el pasado para superar los traumas. Sin este proceso, el chavo sufrirá “looping,” o profunda represión en la expresión de emociones y sentimientos (2008: 384). Idealmente, la resiliencia se promueve con atención psicológica profesional. Sin embargo, educadores capacitados pueden proporcionar muchas de las habilidades y otros requisitos mencionados para enfrentar los traumas y promover la resiliencia.

En suma, hay que considerar la resiliencia reconociendo los elementos macrosociales y la diversidad de las estructuras sociales, y no quedarnos con el contexto general de “circunstancias adversas”. Como plantea Stoecklin, la resiliencia, así como el empoderamiento, requieren marcos socioculturales que permitan entender las estructuras sociocognitivas en el plano individual (2007: 93). Hay que considerar las capacidades simbólicas de los chavos como indicadores de su autonomía relativa y de la estructura social en la que viven. Desde esta perspectiva, podemos ver la resiliencia en las vidas cotidianas de niños y jóvenes en situación de calle cuando enfrentan y responden a circunstancias adversas. Por otro lado, reconocemos el valor de esta teoría en la atención psicológica que puede ayudar a los chavos a superar el *looping* que sufren por los traumas que no han enfrentado. A pesar de ser resilientes en sus vidas en las calles, los traumas siguen siendo grandes obstáculos para desarrollarse adecuadamente.

1.3.1.11 Autonomía

Stoecklin argumenta que la vida callejera no puede ser vista como una cuestión normativa de bien o mal, ya que los chavos desarrollan habilidades y capacidades respetables en este

contexto; la solidaridad y la mente crítica, por ejemplo, son componentes fundamentales de una sociedad democrática (2007:90). La habilidad de un niño callejero para adaptarse a un ambiente inestable muestra pensamiento autónomo. Stoecklin argumenta que por lo regular los adultos responsables no promueven el pensamiento autónomo de los niños en situación de calle, sino que lo desarrollan porque el chavo se encuentra en circunstancias donde tiene que crear estrategias para escapar el abuso.

Por otro lado, Cornelius Castoriadis sugiere que la autonomía es la respuesta a muchas de las injusticias que sufrimos viviendo en una sociedad heterónoma, donde atribuimos los imaginarios (las instituciones, leyes, derechos, creencias, etc.) a una autoridad extrasocial (Dios, los antepasados, el Estado, etc.) (Castoriadis, 1992). Antes que nada, hay que reconocer que somos nosotros, los miembros de la sociedad, quienes creamos y controlamos los imaginarios. Solo así es posible el cuestionamiento de las instituciones y la promoción de una sociedad autónoma (Castoriadis, 1993).

Castoriadis explica la autonomía como la propia limitación para el bien común; es una tensión constante entre libertad y disciplina. No se trata de simplemente ser libre, sino también de tener ciertos valores que limitan el interés egoísta. Por ejemplo, hasta qué punto es capaz de llegar un adicto para conseguir la droga, puede reflejar su grado de autonomía. ¿Lastimaría a otra persona para complacer su adicción? En una sociedad autónoma todos los miembros gozan de más derechos —que en una que no lo es—, gracias a una conciencia de bien común.

El desarrollo de la autonomía es parecido al desarrollo de la conciencia crítica que plantea Freire. Un individuo autónomo es alguien “capaz de criticar su pensamiento [y] sus propias ideas [...Tiene] la facultad de reflexionar, de regresar sobre lo que uno ha pensado y ser capaz de decir: ‘pienso esto porque me convence’” (ibídem). Cuando un callejero se queda con la mano extendida, quejándose de las injusticias sociales, se refleja claramente la heteronomía de la sociedad; él cree que la solución a sus problemas depende de otras personas. La falta del protagonismo, en este sentido, puede generar interfaces que dificultan los esfuerzos de las OSC para promover que dejen la calle y tengan proyectos de vida; si no se sienten capaces de cambiar las injusticias en sus vidas, es poco probable que se puedan desarraigar de la calle.

1.3.2 Segundo eje analítico: el mundo de la calle

1.3.2.1 La calle como territorio

Los estudios urbanos con diferentes enfoques muestran que la ciudad es un espacio en disputa (Hernández, 2008). Aunque la calle es un espacio público, el mundo callejero está dividido en territorios. Cada grupo de callejeros tiene su zona de trabajo y su espacio de pernocta. Los espacios de trabajo y otras actividades de la vida cotidiana son disputados por estos grupos, trabajadores del comercio informal, pandillas, etc. (De Venanzi y Hobaica, 2003; Murrieta, 2008). De Venanzi y Hobaica (2003) escriben sobre “un gran acuerdo social interno no sólo para defender su territorio sino también para proteger las pocas posesiones materiales que poseen” (s/p). Ellos explican que cada grupo de niños controla un espacio de la ciudad en el cual ellos conocen los recursos potenciales. Estos autores mencionan cómo los niños salen a otras zonas a robar para no predisponer a quienes les ayudan dentro de su propio territorio. Los espacios que los niños callejeros pueden territorializar son los que no están completamente controlados por la cultura dominante. Hay ciertas zonas de cada ciudad donde los niños son más rechazados o simplemente no se les permite estar ahí. En la clasificación de “puntos de encuentros” de niños callejeros en el censo del gobierno del Distrito Federal, DIF DF y UNICEF (2000), estas áreas se clasifican como “intermitentes”; son espacios de paso o de uso esporádico, pero no se pueden clasificar como territorios de los niños.

Los policías y otros vigilantes también juegan un rol importante en los territorios de la calle, ya que a menudo tienen la función de “limpiar” ciertas zonas (Murrieta, 2008: 53). Es común que los callejeros paguen a las autoridades para poder trabajar en cierta zona, especialmente en los oficios de cuida-coches y limpiaparabrisas, donde los territorios los comparten policías y callejeros. Las diversas estructuras de poder son elementos permanentes del territorio callejero.

Después de la policía, los que controlan los territorios de los espacios públicos suelen ser los callejeros profesionales que más tiempo lleven en el espacio y los que tienen mejores contactos. Sus relaciones con policías y otros actores en posiciones de poder, como inspectores del ayuntamiento o dueños de negocios en la zona, por ejemplo, les brindan poder sobre otros callejeros en el territorio. Integrarse a un territorio ya ocupado por otros chavos en situación de calle es un proceso complicado, pues mientras más gente trabaje o pida dinero en un

espacio significa menos ingresos para todos. Los territorios también pueden estar divididos por horarios, dando poder a diferentes actores durante el día, por la noche y los fines de semana, por ejemplo. Murrieta (2008) menciona pandillas de callejeros que entran a la terminal camionera en la noche, cuando no está ocupado por tantos ambulantes con quienes tendrían que disputar el territorio.

La territorialización se limita a espacios públicos, por lo regular cerca de los puntos de pernocta de los callejeros, y no incluye las zonas residenciales de las que han huido (véase De Venanzi y Hobaica, 2003 y Hecht, 1998). Ahora los límites geográficos ya son más extensos en la cultura callejera mexicana. “Hoy en día ser de la calle quiere decir pertenecer a múltiples espacios de la ciudad, incluso a distintas ciudades del país. La identidad callejera parece jugarse más en el tránsito que en la fijación al espacio” (Makowski, 2010: 75).

En suma, los territorios en la calle son controlados por los actores con más poder. Relaciones estratégicas y respeto por antigüedad en un territorio son primordiales para sobrevivir y permanecer en la calle. Hay una lucha constante por los mejores espacios en los lugares abiertos y semiabiertos de la calle donde se puede conseguir dinero y comida con facilidad. Para quienes logran tener cierto nivel de poder en estos espacios, la vida callejera es más cómoda, pues consiguen dinero para comida, drogas, videojuegos o cualquier otro gasto que tenga en menos tiempo y con menos esfuerzo, que, por ejemplo, un niño sin poder propio o contactos de poder; que, por ende, tiende a permanecer menos tiempo allí (Murrieta 2008).

1.3.2.2 Redes

Generalmente las necesidades básicas de un niño las cubre la familia, pero en el caso de los chavos callejeros, las ellos satisface gracias a las redes de sobrevivencia. Los chavos establecen relaciones para asegurarse cierto grado de bienestar (afectivo, emocional, solidario, protector) y desarrollan el sentido de pertenencia a un grupo, así como a otras redes y rutas cotidianas para la obtención de alimentos, drogas y techo (Cornejo, 1999). Debido al abuso policiaco y de otros predadores en la calle, los niños buscan contactos de seguridad y protección. Normalmente los chavos forman bandas de por lo menos tres miembros, para cubrir estas necesidades. Un niño recién llegado a la calle rápidamente se da cuenta de la urgencia de aliarse con chavos con más experiencia y conocimiento de la vida callejera (Rizzini y Butler, 2003).

Las redes sociales van reemplazando otras estructuras que el niño dejó cuando salió de su hogar.

Las redes son fundamentales para la sobrevivencia de un niño en la calle. Murrieta (2008) argumenta que estas relaciones son más importantes que el dinero o la comida, ya que sin ellas el niño no podría defenderse ni sobrevivir en la calle. Una estrategia de intervención en México ha sido atacar las redes de los niños, con la esperanza de sacarlos de la calle por agotamiento (Pérez, J.M., 2009).¹⁸ La respuesta de las poblaciones callejeras ha sido el desarrollo de redes más amplias y con flexibilidad para migrar a otras partes de la ciudad y aliarse con diversos grupos y actores. Quórum describe el fenómeno como:

...una suerte de capitalización en términos de acopio, expansión y diversificación de sus redes sociales (instituciones, ambulantes, puesteros, policías, narcos, padrotes, propietarios de bares y antros, taxistas, entre muchos otros), de disposición de dinero y droga, de profesionalización como marginados, de aprendizaje de ciertos oficios o desempeños laborales y de consecución de otros recursos que les posibilitan sobrevivir de manera diferente en la calle (Makowski, 2010: 59).

Juan Martín Pérez argumenta que las OSC tienen que aliarse con los otros actores en las redes de los chavos callejeros, ya que representan vínculos fuertes y son gente que puede tener mayor influencia en los niños (2009). Aparte de las relaciones que estos niños desarrollan para conseguir dinero, comida, drogas, ropa y otros bienes, establecen contactos para defender su territorio y sus posesiones, para poder trabajar en ciertos espacios y para protegerse de las autoridades. Como explica Murrieta

Las zonas dentro de las cuales pueden moverse dependen de las redes de apoyo, de las actividades económicas informales y del ánimo del niño para desplazarse. Una red extensa facilita la permanencia en la calle, dado que permite la movilidad y las opciones aumentan. Los niños ocupan espacios en donde son constantemente violentados y por eso tienen que desplazarse alrededor de la ciudad, buscando un lugar en el cual se asienten temporalmente y obtengan sustento o diversión. Los apoyos permiten este movimiento y esa apropiación de espacios (2008: 90).

El territorio de un niño o grupo de niños depende de sus redes de apoyo. Sin contactos, el niño no tiene la seguridad para moverse en ciertas zonas. Los chavos reconocen estos límites y parte de la profesionalización del callejero implica lograr cierta elasticidad de las redes, asegurando fuentes de apoyo en diversos lados. Al mismo tiempo, la elasticidad puede ser

¹⁸ Como ya vimos en el estado del arte, las salidas por agotamiento tienden a ser temporales (Lucchini 1998).

limitada por conflictos de otros miembros del grupo callejero, o establecida por el líder del grupo. Así, Murrieta explica cómo algunas niñas prohibieron que los más pequeños de su grupo fueran con los educadores de calle (2008: 84). Los lazos íntimos del grupo tienden a ser prioridad sobre las oportunidades para desarrollar relaciones externas.

Si el niño puede participar en relaciones de reciprocidad, ofreciendo un servicio o dinero, aumenta su poder. Por lo regular, las relaciones son de carácter vertical, donde el niño aprovecha la caridad del dueño de algún negocio o el público de cierta zona, por ejemplo. En estas relaciones, el niño no tiene poder, simplemente depende de la bondad del otro. Por otro lado, cuando el niño paga al policía por dejarlo trabajar en cierta zona, o cubre alguna función en un negocio, cuenta con cierto poder debido a la reciprocidad de la relación (Murrieta, 2008).

Finalmente, deseo destacar cómo las redes influyen de manera directa e indirecta en la permanencia de los niños en la calle. De manera directa, son las relaciones que los chavos requieren para cubrir sus necesidades básicas en la calle. Más allá, las relaciones de poder y reciprocidad que desarrolla cada niño afectan su carácter y su autoestima, aumentando su habilidad y su interés de sostenerse en la calle. “[Con] una red de apoyo amplia da seguridad [... el niño] se siente seguro de sí mismo, de su capacidad de seguir adelante. La carencia de apoyos provoca la huida [de la calle]” (Murrieta, 2008: 93).

1.3.2.3 Circuitos de desplazamiento

Ser callejero significa estar en movimiento. La inseguridad y la inestabilidad de la vida callejera ha llevado a los investigadores a plantear la idea de “nomadismo urbano” con relación a su modo de vida hoy en día (Makowski, 2010). Antes había más campamentos urbanos y “cantones” donde se establecían los chavos, pero el aumento de iniciativas de limpieza social casi los ha exterminado. Quórum plantea que la identidad callejera defecha es distinta hoy en día, ya que tiene “formas más fluctuantes e inestables de relacionarse y apropiarse de los lugares públicos” (Makowski, 2010: 76). Son menos puntos de encuentro fijos y la moda de vida callejera incluye la ocupación de varios espacios fuera de la vía pública.

Quórum define los circuitos de desplazamiento como “recorridos que tienen distintas estaciones y a través de los cuales se puede observar los modos con que los [callejeros] articulan los distintos espacios –públicos, institucionales, familiares y domésticos– por los que transitan” (ibídem) Con este concepto podemos reconocer como el territorio y las redes de los

callejeros se extienden más allá de la calle, incluyendo centros de día, anexos, reclusorios y hogares de familiares. La extensión del circuito de desplazamiento resulta en un ensanchamiento de la población, no una reducción. Ya no se ven grupos tan grandes de chavos en el centro de la ciudad, pero esto no significa que haya menos callejeros. Más bien son menos visibles, con estilos urbanos más parecidos a los de otros jóvenes de barrios pobres, y se reúnen en diversos puntos de encuentro debido al complejo y dinámico flujo de los chavos en estos circuitos.

Deseo destacar que las OSC son componentes de los circuitos.

...[M]ás allá de evidenciar esas formas de nomadismo urbano [el circuito de desplazamiento] hace patente que las instituciones en general que atienden a estos grupos de niños, niñas y jóvenes no aparecen como una alternativa distinta a la calle y a la situación de exclusión sino que, más bien, cumplen un rol de cierta funcionalidad en la reproducción de las condiciones de existencia de la población callejera (Makowski, 2010: 77).

Según este planteamiento, no solamente falta eficacia en los proyectos que pretenden generar procesos de inclusión social, sino que las mismas OSC forman parte de los circuitos de desplazamiento, promoviendo la identidad callejera y su modo de vida.

La vida callejera que cada chavo construye por sí mismo en la calle es distinta. Los actores, las experiencias y las percepciones del callejero en su territorio, sus redes de apoyo y su circuito de desplazamiento conforman el mundo de vida del que las OSC lo quieren desarraigar. El mero hecho de que las OSC estén dentro del circuito de desplazamiento callejero significa que son una fuerte interfaz en este rubro de las relaciones entre chavos y educadores.

1.3.3 Tercer eje analítico: intervenciones con callejeros

1.3.3.1 Asistencialismo

Las OSC sobreviven gracias a donativos y tienen que dar prioridad al financiamiento de sus proyectos. En gran parte por eso, el movimiento en los años ochenta de instrumentar proyectos pedagógicos ha estado en remisión, mientras los esfuerzos dirigidos a las poblaciones callejeras se construyen con base en la exigencia de donadores de resultados medibles. Como explican Graciela Cardarelli y Mónica Rosenfeld, los interventores ofrecen “recursos” que disputan “clientelas: los propios programas para sustentarse y permanecer, los políticos locales, los gobiernos municipales, las ONG” (2000: 53). Ricardo Fletes plantea el

mismo argumento: “ofrecen servicios, apoyo protección [y] amistad’ y el [callejero] en contraposición, adopta el papel de ‘preguntar, resistir, pedir, [y] solicitar también apoyo y protección” (2004: 183). Las prácticas asistenciales promueven relaciones de codependencia entre los chavos y las OSC.

La prioridad de los proyectos asistenciales generalmente es “atender” a más personas y, en muchos casos, los resultados son servicios duplicados. Cardarelli y Rosenfeld (2000) plantean la noción de una *welfare mix* (mezcla asistencial) construida por diferentes programas del gobierno y la sociedad civil. Esta atención asistencial puede tener un efecto adverso a las intenciones: en vez de superar la pobreza, la gente goza de su situación para poder recibir los beneficios ofrecidos por las diversas instancias. Retomando las palabras de Cardarelli y Rosenfeld, “El ciudadano ‘objetivo de las propuestas’ aparece más como un consumidor de la oferta de los programas que un sujeto de derechos sociales y políticos” (2000: 59). Los beneficiarios reconocen la necesidad de ser pobre o, en este caso, vivir en la calle, para mantener acceso a los apoyos.

La falta de coordinación entre las OSC y otras instancias dedicadas a las poblaciones callejeras es innegable en México. En la investigación de Quórum (2010), la mayoría de los sujetos de estudio identificó varias instancias de apoyo para callejeros.¹⁹ Como explica un educador de calle, “los chicos [...] han agarrado [a los educadores] como el bastón que les permite caminar sin muchos problemas y brincar de una institución a otra” (Makowski, 2010: 64). Ruth Pérez también argumenta que las entradas a las OSC “no siempre expresan aspiraciones a una vida diferente,” sino que los chavos utilizan a las OSC para facilitar sus vidas en la calle (2007a: 78).

Los proyectos preventivos dirigidos a trabajadores en la vía pública y otras poblaciones marginadas muestran la misma falta de comunicación entre las OSC. La ineficacia de estos proyectos, así como la persistencia del neoliberalismo que reduce empleos y promueve la migración urbana, han dado luz a más proyectos dirigidos a las poblaciones callejeras. Sólo en la ciudad de México existen cerca de cuarenta instituciones que atienden a niñas, niños y adolescentes en situación de calle (Pérez, J.M., 2009). El asistencialismo, argumentan Cardarelli y Rosenfeld, sirve como puente “de la marginalidad a la pobreza digna” (2000: 25), ya que no

¹⁹ Estos datos no se incluyen en la publicación, pero se encuentran en las bases de datos de las encuestas aplicadas, que el personal de Pro Niños amablemente compartió conmigo.

cambia su realidad, nada más brinda bienes a la gente viviendo en ciertas condiciones de carencia.

Por recursos limitados y la exigencia de los donadores a producir resultados en el corto plazo, hay poca comunicación entre las instancias que trabajan con poblaciones callejeras. Por eso es fácil para los chicos gozar de los apoyos asistenciales de varios proyectos sin realmente llevar a cabo un proceso de cambio de vida. Los educadores que participaron en la investigación de Ruth Pérez y Miguel Ángel Arteaga (2009) se quejaron de que la falta de comunicación entre los diferentes actores que intervienen con los chicos resulta en dobles manejos con éstos. Trabajo en redes, comunicación entre los interventores y posicionamiento en políticas públicas están todavía limitados a unos pocos actores en México. La realidad muestra muchos organismos trabajando con acciones aisladas que atienden a beneficiarios en vez de promoverlos como sujetos de derechos que participan en la planeación, instrumentación y evaluación de proyectos en su favor.

1.3.3.2 Relaciones afectivas

La gente que llega a ser educadora de los niños y jóvenes en situación de calle, por lo general tiene fuerte conciencia social pero a menudo carece de estudios relacionados con esta profesión. Esta realidad se debe a la falta de programas académicos en el campo de educación popular²⁰ y a los bajos salarios. Hay religiosos, así como sociólogos, psicólogos y gente que tiene su propia historia de pobreza y quiere apoyar a otros que están sufriendo la misma exclusión social que ellos han vivido. Un porcentaje significativo de educadores son ex-callejeros o viene de “colonias expulsoras” y se relaciona fácilmente con los sujetos por el conocimiento que tiene de los procesos identitarios que están viviendo.²¹ Los educadores sirven como ejemplos y para ofrecer una relación afectiva fuera de la calle a los niños; pero mientras los chicos cuentan con apoyo de sus grupos callejeros, las relaciones son inestables y carecen de afectividad. “Existe una tendencia a formar falsas amistades, con las implicaciones que conlleva su capacidad para desarrollar otras relaciones” (Bolton, 2006). En muchos casos

²⁰ En la ciudad de México, El Caracol y la UNAM coordinan el diplomado Participación educativa con poblaciones callejeras, fundado en 2005. Actualmente es el único programa de educación continua específicamente dirigido a educadores de calle en el país. Sin embargo, hay otros esfuerzos dirigidos a la profesionalización de este trabajo (véase Pérez y Arteaga 2009).

²¹ Valga mencionar que cuatro de los seis exniños callejeros que participaron en las investigaciones de Cárdenas (2008) y Latorre (2002), trabajaron como educadores en las instituciones donde crecieron. Otro había dejado este puesto para ser maestro y el último estaba esperando entrar de nuevo a la institución como educador.

el educador asume el rol parental, sirviendo como ejemplo, cuidador y principal fuente de apoyo moral para el niño. El educador puede ser el primer adulto con trabajo formal e ingresos estables que se interese de forma genuina por el niño. Un fuerte vínculo entre educador y niño puede servir como inspiración y motivación para considerar un cambio de vida y el desarraigo de la calle (Cárdenas, 2008; Lucchini, 1996; Pérez, J.M., 2003; Remus, 2008; Ruíz, 2006; Shaw, 2002). Sin embargo, esta relación pudiera ser contraproducente, como lo explica un educador de calle que participó en la reciente investigación de Ruth Pérez y Miguel Ángel Arteaga y argumenta que se desarrollan relaciones “utilitarias” y de “codependencia” entre los chavos y los educadores, que últimamente facilitan la sobrevivencia de los chavos en la calle (2009: 893).

Los niños callejeros dan prioridad a la aventura y la libertad sobre el cumplimiento de sus derechos y la inclusión social (Murrieta, 2008; Pérez, J.M., 2003; Rizzini y Butler, 2003; Shaw, 2002). Una vida “sobre-estructurada” con adultos que les imponen reglas y límites es poco deseable. Por esto, Shaw (2002) plantea llegar a los niños por medio de cuatro intereses principales: el respeto, la libertad, la diversión y la capacidad para consumir bienes materiales. Las OSC que ofrecen programas con alternativas a la calle que toman en cuenta estos intereses y las relaciones afectivas mencionadas arriba, tienen mejores probabilidades de ganar el interés de los niños y estimular cambios en sus procesos identitarios.

Long y Villarreal (1993) destacan la importancia de considerar los actores específicos (los educadores), no las instituciones formales, ya que lo más significativo son las redes de interés y los marcos de conocimiento que ellos comparten con los niños. La cadena entre los niños y las OSC tiene muchos eslabones débiles, y los educadores son los que pueden reducir las discontinuidades en las interfaces por medio de relaciones afectivas.

1.3.3.3 Concientización

La concientización significa llegar a un estado de entendimiento profundo del mundo para así liberarse de la opresión. En el caso del callejero, la concientización implica reemplazar el mito de la libertad por una nueva visión crítica que le permita moverse para mejorar su calidad de vida. Un chavo concientizado se ve a sí mismo como sujeto de derechos y se mueve para mejorar su realidad (Freire, 1981). Este planteamiento se relaciona con el argumento de LaCapra (2006) según el cual los procesos de trauma de los niños pueden estimularlos para promover cambios en su realidad.

Con la dirección de los educadores, los chavos pueden desarrollar una conciencia crítica y así dejar de ser víctimas de la exclusión social y reducir las violaciones a sus derechos. Freire (1981) explica que la intervención con los niños callejeros debe ser liberadora, emancipadora y humanizante, y debe esto ser logrado por medio de un proceso horizontal dialéctico con “educadores democráticos”. En las palabras de Ruth Pérez y Miguel Ángel Arteaga: “se busca la emancipación y responsabilidad de los sujetos para que sean protagonistas de sus vidas y no seres pasivos sin posibilidad de ejercer un cambio en sus trayectorias personales” (2009: 896).

Ernest Boyer (1995) propone usar las diversas historias y experiencias de los niños para guiarlos a entender la multitud de maneras en que los humanos están conectados y así establecer eslabones entre los distintos mundos de vida de los niños y los educadores y reducir las discontinuidades en las interfaces. La concientización es un acto colectivo en el que los educadores y los niños aprenden y transforman sus realidades, valorando la multiculturalidad, la comunicación, la solidaridad, la autonomía, la alegría y la esperanza (Cárdenas 2008). Long y Villarreal (1993) apoyan esta propuesta pedagógica pidiendo un intercambio y el flujo de información mutuamente benéfico entre los interventores y los beneficiarios.

La visión más radical de este proceso argumenta que los proyectos pedagógicos que logran una concientización en los niños callejeros los llevarían a un grado de activismo y participación política que les posibilite enfrentar sus opresores. John Dewey explica que, en vez de reproducir la sociedad existente, las intervenciones pedagógicas deberían desafiar el orden social para desarrollar y avanzar en la democracia (Kandel 1957). La conciencia crítica permite estimular la reconstrucción social para tener una sociedad más democrática con igualdad y justicia.

En México, los esfuerzos en favor de las poblaciones callejeras siguen siendo impulsados por las OSC, generalmente sin participación directa de los callejeros. A pesar de la moda de los ochenta, parece que hoy en día la pedagogía crítica no existe entre los proyectos de intervención con las poblaciones callejeras en México; pues todavía no se nota una participación activa de los callejeros en los proyectos y políticas públicas dirigidas a ellos. Las relaciones jerárquicas entre educadores y chavos también son responsables de las discontinuidades en las interfaces.

1.3.3.4 La interfaz

Tomando en cuenta todas las teorías que hemos visto aquí, la raíz del problema que pretendo abordar en los siguientes capítulos es la diferencia entre las perspectivas de los chavos y las OSC sobre la vida callejera y las discontinuidades que ésta genera en sus relaciones. El obstáculo principal para los proyectos de intervención con chavos en situación de calle es la interfaz social, definida por Norman Long y Magdalena Villareal como “el punto crítico de intersección entre distintos sistemas sociales, campos o niveles de orden social donde es más probable encontrar discontinuidades estructurales basadas en diferencias de valor normativo e interés social” (Long y Villareal, 1993: 147). Este proyecto de investigación busca destacar las diferencias en valores normativos e intereses sociales de los chavos callejeros, los educadores y las OSC en el D.F., y a pesar de ellas llevar a cabo procesos benéficos con los chavos en el mediano y el largo plazos.

Hay un supuesto general de que los niños callejeros, así como otros grupos marginados, no pueden ayudarse a sí mismos a cubrir sus necesidades básicas, ni responder de manera eficaz a sus circunstancias de vida (Long, 2001); y que por eso, necesitan el apoyo de las OSC, instancias de gobierno y los buenos samaritanos para sobrevivir y/o reintegrarse a la sociedad. Por otro lado, varios estudios han detectado cómo los niños utilizan los apoyos asistenciales de los diversos programas estratégicamente para facilitar su vida en la calle, en vez de salir de ella (Cardarelli y Rosenfeld, 2000; Cárdenas, 2008; Pérez, J.M., 2003; Scott 2000, entre otros).

El estudio de Bernardo Turnbull en 1998 sobre niños callejeros en la central camionera del sur de la ciudad de México reafirma este supuesto (Long, 2001). Consciente de esta práctica utilitaria, Turnbull quería saber por qué, con tanta frecuencia, los niños en situación de calle rechazan las ofertas externas de ayuda. Él utilizó un método participativo de investigación, para lo que instrumentó una serie de ejercicios para motivar a los niños a definir sus propios problemas y sugerir posibles soluciones. No obstante, los niños demostraron poco interés y escasa disposición para participar en el proyecto. Según Turnbull, se pusieron a la defensiva y rechazaron los esfuerzos que hizo el equipo de investigadores (alumnos de la Universidad Metropolitana), y las conversaciones casi siempre giraban en torno a las necesidades inmediatas —comida, dinero y ropa— (Long, 2001).

Las intervenciones generalmente se basan en relaciones de poder, autoridad y legitimación. Aun los proyectos de intervención que se basan en modelos participativos, “implican la idea de empoderar a la gente por medio de la intervención estratégica de ‘expertos ilustrados’” (Long, 2001: 88). Los proyectos están diseñados por profesionales cuya visión a menudo no es congruente con la de los beneficiarios. Long y Villarreal destacan las estrategias de los interventores para involucrar a los beneficiarios en proyectos con manejos manipuladores, “de vender sus auto-imágenes y de tratar de imponer auto-imágenes en ellos” (1993: 159). Ambas estrategias, de “educar o empoderar al pobre” o “imponerle la visión de la OSC”, causan choques entre los beneficiarios y los interventores, dejando poca esperanza para entenderse y lograr los cambios propuestos en el proyecto. Según Long, “Es más probable que éstos [procesos de intervención] evidencien y exacerben las diferencias culturales y los conflictos entre los grupos sociales, a que se llegue al establecimiento de percepciones comunes y valores compartidos” (2001: 88).

La visión de muchos interventores es que los niños en situación de calle tienen muchas carencias tanto materiales como de experiencias, y podrían tenerlas con una vida de inclusión social. Raramente consideran la abundancia de experiencias, herramientas y competencias que los chicos obtienen viviendo en la calle; tampoco consideran que los chicos viven en otro ámbito, con distintos intereses, imaginarios y valores.

Desde esta perspectiva, los proyectos de intervención con niños callejeros deben plantear como primer paso, lograr “una apreciación más completa de sus mundos de vida, conocimientos y prácticas sociales” (Long, 2001: 88); sin conciencia de la complejidad de la trayectoria callejera, es imposible intervenir efectivamente con los chicos. De acuerdo con Shaw (2002), dar prioridad a los intereses del niño es de suma importancia en este proceso. Las interfaces no se pueden eliminar de las relaciones entre chicos, educadores y OSC, pero sí se pueden disminuir las discontinuidades en ellas para mejorar los procesos con ellos en el mediano y el largo plazos.

La investigación de Quórum, que se basó en entrevistas con 421 niños y jóvenes en el D.F., reportó que la mayoría consideró que era mejor vivir al día que planear para el futuro (Makowski, 2010). Si los chicos callejeros no tienen una visión de largo plazo, hay poca esperanza de instrumentar “proyectos de vida” con ellos o aún de generar procesos de inclusión social, como pretenden hacer los programas de las OSC. Cuando no hay conciencia de

las diferencias entre los intereses de las OSC y los de los chavos, se generan discontinuidades en las interfaces.

Las interfaces entre los callejeros y las OSC son responsables de dos reacciones principales. Primero, los chavos pueden manejar discursos para aprovechar los beneficios de las OSC sin realmente involucrarse en procesos para desarraigarse de la calle. De esta manera, demuestran el poder que tienen de engañar a los educadores y usar los apoyos para facilitar sus vidas en la calle. Por otro lado, las interfaces generan conflictos debido a los intereses contradictorios y las relaciones de poder desiguales. Los chavos desdeñan los esfuerzos de los educadores por decidir cómo deberían vivir sus vidas. La falta de comprensión de esta resistencia por parte de las OSC fortalece la interfaz y genera más discontinuidades en las relaciones entre los chavos y los educadores.

Por otro lado, la mayoría de los entrevistados (69.4%) en la investigación de Quórum reportó que le gustaría cambiar su forma de vida. Este hallazgo nos da un rayo de esperanza para las intervenciones de las OSC. En teoría, estos chavos deberían estar abiertos a las intervenciones de las OSC; sin embargo, el éxito de estos procesos depende de vínculos entre los chavos y los educadores que superen la fuerza de las discontinuidades en las interfaces.

El desarrollo de estos vínculos implica un proceso continuo de negociación, adaptación y transformación de significados entre los actores (Long 2001). Éste no viene con la instrumentación de proyectos desde “arriba”, sino que requiere apertura a las iniciativas que salen de “abajo”. Es necesario que haya un cambio del paradigma de modelos de intervención a interacciones, procesos, estrategias, discursos y categorías culturales. Hay que estar conscientes de la diversidad en los grupos de actores en este campo; cada quien da un significado distinto a los medios y los fines relacionados con los proyectos de intervención.

Este proyecto de investigación parte del reconocimiento de las interfaces entre los chavos callejeros y las OSC, así como la codependencia, la lucha de poderes y la manipulación por ambos lados. Se pueden ver las intervenciones de las OSC como esfuerzos para convencer a los niños de que la inclusión social es superior a la vida callejera; pero primero hay que reconocer la diversidad de las perspectivas sobre este modo de vida que se presenta en el objeto de estudio de esta investigación.

1.3.4 Síntesis teórica

El marco teórico muestra la complejidad de la identidad callejera. Por un lado, la imagen del “niño de la calle” ha cambiado; los niños y jóvenes callejeros de hoy en día se parecen más a los de las poblaciones de los barrios populares. Ya es más difícil identificarlos, debido a su adopción de los estilos populares y su integración a la modernidad con otras prácticas y actitudes. A pesar de estos cambios, siguen con una cultura distinta, la cual propicia interfaces en sus relaciones con las OSC.

El alto valor que los callejeros le dan a la libertad y su agencia como actores en el mundo callejero son características que los educadores a menudo no consideran cuando intentan hacer intervenciones con ellos. La perspectiva de las OSC tiende ser miope y a verlos como parte de una problemática, limitando así la subjetividad de los chavos; por otra parte, suelen catalogar la libertad como un mito del mundo callejero. Buscan enseñarle al chavo que está equivocado y desde su visión normativa convencerlo de que la vida callejera es mala, en vez de entender sus valores y su decisión de vivir en la calle. Viviendo en la calle, los chavos desarrollan muchas capacidades simbólicas, como el pensamiento crítico y la autonomía, que generalmente no son reconocidas por las OSC en los procesos que buscan llevar a cabo con los chavos.

Mientras la teoría de la callejerización ayuda a plantear un esquema general para el proceso de arraigo a la calle, la trayectoria de cada chavo es diferente, pues pasan por espacios y experiencias distintos, construyendo diferentes realidades callejeras. El arraigo de un chavo depende de la red de apoyo que se ha construido, el territorio que se ha conquistado y el circuito de desplazamiento por el que ha pasado. Ignorar la individualidad de cada proceso con la instrumentación de programas basados en modelos generales, también genera discontinuidades en las interfaces entre las OSC y los chavos. De la misma manera, la reacción de cada chavo ante el estigma callejero es diferente. Cuando las OSC limitan su visión a la victimización de los callejeros, sin tomar en cuenta sus estrategias de resistencia y cómo el estigma puede afectar su permanencia en o salida de la calle, de nuevo se generan discontinuidades en las interfaces.

La salud mental de los chavos, específicamente con relación a sus experiencias formativas durante la infancia, es otro caldo de cultivo para las interfaces. El apego inseguro y

los traumas que los chavos han vivido no tienden a ser enfoques para las intervenciones, ya que requieren atención psicológica profesional. Estos problemas pueden bloquear el vínculo entre los educadores y los chavos, e impiden el desarrollo de otras relaciones afectivas necesarias para promover su integración social. Sin embargo, la resiliencia es un término en boga entre las OSC hoy en día. El problema es que la visión de esta teoría se limita a la posibilidad de salir de la calle. Con una perspectiva más amplia, vemos cómo los chavos demuestran su resiliencia enfrentando y respondiendo a situaciones adversas en la vida callejera cotidiana. Esta habilidad debería ser celebrada por los educadores y utilizada para fortalecer sus vínculos con los chavos; pero al contrario, es poco reconocida y escasamente mencionada en las propuestas de intervención.

El exceso de programas y servicios asistenciales dirigidos a las poblaciones callejeras ha llevado a las OSC a ser parte de las redes de sobrevivencia de los chavos, y así fortalecer su arraigo a la calle. Hasta ahora, los chavos siguen siendo objetos de intervenciones, considerados como beneficiarios en vez de cómo sujetos. Por otro lado, ellos aprovechan los apoyos inmediatos ofrecidos por las OSC, sin tener la intención cambiar su modo de vida. En suma, el posicionamiento de las OSC como parte de las redes de sobrevivencia genera la principal interfaz entre estos grupos: la búsqueda que hacen los chavos de apoyos para satisfacer sus necesidades inmediatas para seguir en la calle, y la búsqueda de las OSC de promover procesos de desarraigo de la calle.

Para generar los vínculos suficientemente fuertes para llevar a cabo procesos que sobrepasan de las interfaces, los educadores tienen que considerar los aspectos sociales así como los psicológicos de cada individuo. Hay que analizar su historia de vida y la vida callejera que el chavo haya construido para sí mismo, incluidas sus redes y territorios, así como las capacidades y habilidades que haya desarrollado en la calle. También hay que considerar los problemas de apego que el chavo pueda tener, los traumas que han vivido y la resiliencia que demuestra. Sin este abordaje comprensivo, las interfaces entre los chavos y las OSC inhibirán intervenciones eficaces.

CAPÍTULO 2:

EL MUNDO DE LAS OSC

La ciudad de México tiene más programas dirigidos a los niños y jóvenes callejeros que cualquier otra entidad federativa. Sin embargo, la problemática en la capital no ha disminuido. Según el Segundo Censo de Menores en Situación de Calle aplicado por UNICEF y el DIF-DF en la ciudad de México, en el año 1995 había 13, 373 niñas, niños y adolescentes en situación de calle. En 2006, el estudio “Niños, Niñas y Jóvenes Trabajadores en el Distrito Federal” realizado por las mismas agencias, reportó 14, 322 integrantes de la misma población (GDF, *et al.* 2006). Con este aumento, habría que preguntarse si estos programas no alientan a los niños a permanecer en la calle, en vez de ayudarlos a salir de ella.

Hay varias versiones de cada proyecto instrumentado por las OSC. El trabajo de campo de este proyecto muestra tres perspectivas generales de cada programa analizado. Primero, existe la versión oficial, que se utiliza para presentar el proyecto al público por medio de una página del internet, un modelo publicado, trípticos, difusión en la prensa, etc. Esta versión también se utiliza para allegarse fondos y presentar el proyecto a otras instituciones en foros, conferencias y redes. Generalmente, el diseño del proyecto oficial está dominado por el consejo directivo, el patronato, la dirección y/o un procurador de fondos, quienes tienen poca experiencia en la operatividad cotidiana de la OSC.

Por otro lado, los educadores conocen el proyecto oficial, pero lo adaptan a sus propios estilos pedagógicos y a la realidad que incluye procesos interrumpidos y paulatinos con varias recaídas a la calle, así como emergencias médicas, problemas con la ley y diversos desplazamientos, a menudo no reconocidos en el modelo oficial de la OSC.

En tercer lugar está la versión desde la perspectiva de los chavos que participan en el proyecto. Mientras algunos intentan seguir procesos para dejar la calle, otros participan solamente por los beneficios inmediatos (comida, baños, paseos, ropa, etc.); su percepción es muy distinta a la de la versión oficial y a menudo del proyecto descrito por los educadores también. Como nota Hecht, “Mientras educadores de calle en diferentes proyectos hablan de las metas grandes como mudanzas sociales y espirituales; los niños tienden mencionar los beneficios materiales” (1998: 175). Con base en estas tres perspectivas, aquí consideraremos los

programas de las OSC que participaron en este proyecto de investigación, con el fin de destacar los desacuerdos en los que las discontinuidades en las interfaces pueden sugerir.

Considero que los educadores, así como los programas, pueden ser categorizados por perfiles. Mientras son únicos en ciertos aspectos, he identificado algunos generales en ambos grupos. Comienzo con el análisis de los educadores siendo que ellos son el eslabón principal entre los chavos y las OSC. He agrupado a los educadores que entrevisté y/o acompañé en el campo en cuatro categorías que ayudan a entender sus relaciones y manejos con los chavos. Espero que esta presentación ayude a contextualizar sus comentarios que aparecen a lo largo de la tesis.

En la segunda parte de este capítulo presento cuatro categorías para los proyectos dirigidos a los callejeros. Retomo el asistencialismo del marco teórico, como el tipo de proyecto más atractivo para las poblaciones callejeras, pero el menos eficaz para promover una salida de la calle. Luego abordo los proyectos preventivos, generalmente dirigidos a poblaciones “en riesgo de calle”, las que trabajan en la vía pública y/o habitan zonas marginadas o “expulsoras” donde los niños están en alto riesgo de abandonar el hogar para vivir en la calle o para sacar su sustento de la calle. Este tipo de proyecto es la mejor manera de prevenir la callejerización por completo en el largo plazo, pero mientras tanto hay otras necesidades más apremiantes. Entre las OSC que participaron en este proyecto había quienes se enfocaron más en la reducción de daños para los chavos callejeros y quienes buscaron instrumentar procesos de salida de la calle. Exploro estas dos categorías y termino planteando las bases pedagógicas que considero necesarias para la eficacia de cualquier programa, sea de asistencialismo, prevención, reducción de daños o proyectos de vida.

Finalmente presento a las cuatro organizaciones participantes en este proyecto. He cambiado los nombres y algunos detalles sobre los educadores para proteger su identidad, y a veces me refiero a las OSC como instituciones A, B, C, D y E.

2.1 Perfiles de educadores

Si hay un elemento imprescindible para la funcionalidad de los proyectos es la participación de buenos educadores. Conocidos como “mairos”, tíos, maestros, o simplemente por su nombre, ellos son la herramienta principal para crear vínculos afectivos y efectivos entre el mundo

callejero y las OSC —ellos son los puentes para la relación entre las instituciones y los chavos en situación de calle—. Mónica Rabello de Castro, investigadora de niños callejeros en Río de Janeiro, explica que los educadores son quienes pueden “transformar a los niños de la calle en trabajadores... y que éste sería el camino para convertirlos en ciudadanos” (1997: 54). Ellos tienen la responsabilidad de formar los eslabones en las interfaces, detectando y previniendo las discontinuidades en los procesos con los chavos. “Es a través de esta relación cotidiana, una relación profesional pero que contiene afecto y emociones, que los programas llegan a los niños” (ibídem: 56).

Savina Geerinckx destaca las siguientes cualidades requeridas para ser buen educador de calle: verdadera motivación y compromiso, determinación, entusiasmo, creatividad, integridad, madurez, un sentido de responsabilidad, paciencia, compasión, empatía, cuidado, militancia, fiabilidad y auto-crítica. También se debe tener habilidades de escucha activa y habilidades psicosociales, conocimiento y comprensión de niños en general, comprensión profunda de la calle, habilidades para trabajar en equipo, la capacidad para fomentar y aplicar la participación (2006: 71).

Las personas que llegan a trabajar en proyectos con niños y jóvenes callejeros generalmente tienen fuerte conciencia social, pero pocas cuentan con estudios relacionados con el cargo de “educador de calle” o con experiencia en el campo. Como Geerinckx explica, no existen programas de formación para armar educadores con conocimiento sobre el mundo la calle y la teoría a disposición de los académicos sobre las problemáticas más comunes entre los chavos callejeros (ibídem: 72). Ésta se debe a la falta de programas académicos en el campo de educación social y recursos para capacitaciones entre las OSC. Sin carreras dirigidas a esta profesión, los educadores llegan con historias diversas. Hay religiosos, así como sociólogos, psicólogos y gente que tiene su propia historia de pobreza o “callejerismo”, que quiere apoyar a otros que están sufriendo la misma exclusión social. Hay otros que sienten que tienen una deuda con la sociedad o con la humanidad y buscan pagarla con una labor social.

Generalmente los educadores de calle llegan a abordar a los chavos para convencerlos de aprovechar los beneficios ofrecidos por su programa. Por medio de su trabajo, logran tener cercanía con ellos y conocimiento del mundo de cada chavo; aprenden solos sobre la marcha y de sus errores. En los mejores casos, los educadores comparten sus experiencias entre sí, participan en evaluaciones de los proyectos y aportan ideas al modelo educativo de la institución. Desafortunadamente, estas prácticas son excepciones a la norma, y la mayoría de

los programas es diseñada desde las áreas directivas, sin perder de vista la necesidad de conseguir fondos para la institución.

La fortaleza principal que noté con respecto a las OSC en mi trabajo con los educadores fueron las relaciones de confianza y afecto con los chavos, que permitieron el análisis de sus necesidades, oportunidades para atenderlas y en ciertos casos el planteamiento de proyectos de vida fuera de la calle. La relación afectiva que puede desarrollarse entre el educador y el chavo es de suma importancia para promover una salida activa de la calle (Cárdenas, 2008; Lucchini, 1998; Pérez, J.M., 2003; Remus, 2009; Ruíz, 2006; Shaw, 2002). Los educadores también sirvieron como ejemplos de la vida no callejera y enseñaron cómo las amistades pueden cruzar las líneas sociales. Los chavos construyen “grupos familiares” en la calle, pero normalmente carecen de una figura paterna o materna, la cual puede ser cubierta en ciertos sentidos por un educador de calle.

Los dos estudios que encontré específicamente sobre el proceso de reintegración social de chavos en situación de calle (Cárdenas, 2008 y Latorre, 2002), destacan la importancia del educador en el proceso de desarraigo de la calle. El educador tal vez sea el primer adulto con trabajo formal que tiene interés genuino en el chavo. Las relaciones afectivas fueron más evidentes con unos educadores que otros, pero estuvieron presentes en todos los procesos de desarraigo que conocí.

Tuve la oportunidad de trabajar con 23 educadores de las cuatro OSC que participaron en este estudio, de los cuales entrevisté a 12 sobre su trabajo y las organizaciones donde colaboraron. Cada educador tenía su propia historia de vida y sus razones específicas para realizar esta labor. En el análisis de los educadores que participaron en esta investigación me encontré agrupándolos en cuatro perfiles: los religiosos, los expertos por experiencia, los humanitarios y los académicos del campo.

2.1.1 Religiosos

La religión tiene un fuerte vínculo con lo tocante a apoyo a poblaciones marginadas o la caridad. Por eso es común encontrar religiosos en las OSC; guiados por su fe, buscan conectar con los chavos a través de ella. Pueden o no tener estudios relacionados con esta labor, pero sus acciones tienden ser guiadas más por el corazón y la compasión que por esbozos académicos.

De las cuatro organizaciones que participaron en esta investigación, solamente Programa Niños de la Calle tiene fundamentos religiosos. Sin embargo, hay diversos grupos religiosos que forman parte del escenario callejero. Existen varios comedores y centros de rehabilitación dirigidos por cristianos y católicos. Además hay misioneros que llegan con los chavos para invitarlos a retiros espirituales o simplemente a compartir la palabra de Dios con ellos. Tales grupos también trabajan en las cárceles.

Las educadoras de PNC que agrupé en este perfil utilizaron mensajes religiosos como base de sus intervenciones con los chavos. Los chavos de la calle a los que más atraían, generalmente eran los interesados en cuestiones religiosas, aunque estas educadoras trabajaron con todos. También noté que su compasión promovía el asistencialismo, dando todo lo que pudieran a los chavos, tanto en cuestiones materiales así como afectivas. Nunca escuché a los chavos criticarlas, al contrario, muchos las percibieron como figuras maternas.

2.1.2 Expertos por experiencia

Considero expertos por experiencia a los educadores que llevan por lo menos cinco años trabajando con poblaciones callejeras. Ya conocen bien el mundo callejero y han aprendido a sobrellevar muertes, sobredosis y encarcelamiento de los chavos. Generalmente cuentan con una base teórica para guiar su trabajo, pero sobre todo se han formado por sus propias experiencias en calle, como educadores y/o como callejeros. Ser educador o colaborar en proyectos con poblaciones callejeras ya es su proyecto de vida, pues de los cuatro perfiles que identifiqué, es el que tiene más probabilidad de perdurar en el puesto.

La regularidad del fenómeno de ex chavos de la calle que trabajan como educadores se menciona en los textos de Cárdenas y Latorre, quienes encontraron que cuatro de los seis casos de éxito estudiados así lo hicieron en las instituciones donde crecieron, otro había dejado este puesto para ser maestro, y el último estaba esperando poder entrar de nuevo a la institución como educador. Un fuerte vínculo con un educador de este perfil puede servir como inspiración y motivación para que el chavo siga sus pasos.

2.1.3 Humanitarios

Los humanitarios también se guían por el corazón. Ellos son educadores que buscan ayudar a los chavos sin un compromiso académico o religioso; simplemente han decidido servir a los que menos tienen. En realidad, todos los educadores pueden ser vistos como humanitarios; sin

embargo, hay quienes no se han involucrado en esta labor por una identidad religiosa o académica, ni como resultado de una historia trágica relacionada con la calle. Esta gente está en las OSC porque piensa que la gente tiene el deber de promover el bienestar humano. El humanitarismo también se reconoce como la aceptación de todos los seres humanos simplemente por ser otro ser humano, superando los puntos de vista sesgados sociales, los prejuicios y el racismo en el proceso. Ellos luchan en contra del estigma y la discriminación de las poblaciones callejeras.

2.1.4 Académicos del campo

Los académicos del campo son personas apasionadas por las teorías relacionadas con el mundo callejero. Generalmente son sociólogos, antropólogos o psicólogos que han escrito sobre poblaciones callejeras y/o participan actualmente en un programa académico que se relaciona con su trabajo. Ya vimos que nada más existe un programa académico dirigido específicamente a educadores de calle en México, pero hay un sinnúmero de tesis de licenciatura, maestría e incluso doctorado que han sido escritas sobre el fenómeno en diferentes campos de las ciencias sociales.

Mientras llevaron buenas relaciones con los chavos, estos educadores tendieron a ser menos afectivos. Los vi más como investigadores que como figuras paternas, pero sus aportaciones teóricas a sus equipos de trabajo eran de mucho valor. En varias organizaciones noté cómo este perfil complementaba a los otros tres que carecían de bases académicas.

2.2 Los educadores de esta investigación

En Fundación Pro Niños de la Calle entrevisté a cuatro educadores sobre sus labores, y colaboraron con entrevistas sobre los sujetos y jugaron roles importantes en los discursos de los chavos sobre la institución y sus propias trayectorias. *Rodolfo* tenía doce años cuando entró a la organización. Se fue a colaborar a otra OSC durante dos años, pero regresó a Pro Niños en 2004, lo que lo ubica en el perfil de experto por experiencia. Fue reconocido por todos los chavos por su larga trayectoria en calle y su ley cardinal del trabajo era, “si la vida en la calle es una fiesta, en Pro Niños hay que hacer una fiestonón”. Había colaborado en las tres áreas operativas del modelo original (trabajo de calle, centro de día y opción de vida) y conocía la visión, la misión y la historia de la OSC como la palma de su mano. Su pasión para su trabajo y

su fe en el modelo de Pro Niños era impresionante. Rodo participó en el diseño del modelo educativo y basaba todas sus labores en él. Él analizaba los casos con mucha atención y buscaba actualizar su comprensión de la problemática constantemente. Rodo no veía ningún valor en las investigaciones académicas en el campo y me dijo directamente que la única razón por la que me permitía acompañarlo a calle era porque su jefa le exigió recibirme. Sin embargo, aprendí mucho de él y contestó todas mis preguntas con detalle.

Octavio era compañero de Rodo y egresado de la licenciatura en Trabajo Social en la UNAM. Al contrario de Rodo, a Octavio le apasionaba el lado teórico del trabajo con callejeros, por lo que lo incluí en la categoría de académico del campo. Él seguía vinculado con la universidad y me invitó a varias conferencias relacionadas con el marco teórico de mi proyecto. Siempre estaba pensativo y era reservado, pero infundía una paz que daba confianza a los chavos para hablar con él y acompañarlo al Centro de Día. Tenía cuatro años trabajando en Pro Niños y también creía en la eficacia del modelo de la asociación.

En Centro de Día entrevisté a dos educadores humanitarios, *Efrén* y *Karina*. Ambos tenían varios años trabajando en la asociación y creían en el modelo de Pro Niños. Eran “buena onda” con los chavos, les prodigaban mucho afecto y organizaban actividades “chidas” para ellos. Se divertieron haciendo su trabajo y noté el profesionalismo amoroso en ambos cuando lloraron en la “graduación” de un chavo del programa.

Aunque no los entrevisté sobre su trabajo, hay otros tres educadores de Pro Niños que deberían ser presentados. *Tere* era conocida y muy querida en la calle por muchos niños. Trabajó muchos años en Casa Alianza antes de entrar a Pro Niños. Era vista como una figura materna por muchos chavos que habían pasado por estas instituciones y era común que pasaran a Pro Niños a saludarla. Uno de mis alumnos en el RPVN le mandaba cartas y una vez le envió una medalla que había ganado en una competencia de box allí adentro, y me explicó que era ella la persona que más lo quería en el mundo. Ella era la humanitaria que más admiraba por su compromiso con los chavos y su profesionalismo amoroso.

Paco también entró en el perfil de educador humanitario; empezó trabajando en el área de limpieza y mantenimiento en Pro Niños, pero los educadores notaron que les simpatizaba a los niños y le ofrecieron un puesto en el equipo operativo. Me contaba historias de los sujetos principales con una luz especial en los ojos y a veces hasta con lágrimas. Después de hablarme de cuatro sujetos durante dos horas de reflexiones, me dijo: “Quiero agradecerte, Daniela.

Contar estas historias y pensar en las trayectorias de estos chavos que quiero tanto me cargó las pilas y me acordé por qué estoy aquí”. Los chavos también hablaron mucho de Paco cuando salió el tema de Pro Niños –era uno de los educadores más populares de la institución.

Finalmente, *Esmé* era la persona en Pro Niños que más disposición tuvo para ayudarme durante mi trabajo de campo. Tenía ganas de estudiar una maestría y valoraba mucho la investigación académica. Llevaba nueve años en la asociación y también recibía vistas frecuentes de los chavos que habían pasado por ahí. Por su larga trayectoria exitosa en Pro Niños la considero una experta por experiencia. Igual que Rodo, ha trabajado en las tres áreas y ayudó con el diseño del modelo operativo de la asociación. Utiliza bases teóricas combinadas con experiencias empíricas en su análisis de los casos y los aborda con todo su corazón. Esmé era parte importante de Pro Niños a los ojos de los chavos.

En Casa Alianza no tuve la oportunidad de conocer bien a sus educadores. Acompañé a *Sara* y a *Patricio* en tres ocasiones, pero la conversación quedó en un nivel cordial pues no se esforzaron en responder con amplitud mis preguntas sobre su labor. Ambos eran jóvenes recién egresados de la universidad. Sara tenía diez meses en Casa Alianza y Patricio ya llevaba dos años y medio en el equipo de calle. Hasta donde alcancé percibir, los dos eran humanitarios encaminados por carreras en ciencias sociales. Fui canalizada con el trabajador social, *Sergio*, y con la psicóloga, *María*, para revisar los expedientes de los sujetos de estudio, pero nunca tuve oportunidad de verlos trabajar con los chavos. Sobre el trabajo entrevisté a dos educadores de trabajo de calle; el primero de ellos era conocido en la calle por su apellido, *Pérez*, y tenía casi una década en Casa Alianza; los chavos que participaron en este proyecto lo conocían bien. Aunque no lo acompañé a calle, sus respuestas en la entrevista que le realicé sobre su trabajo y algunos chavos que tenían vínculos con él, me hicieron agruparlo con los expertos por experiencia. El otro educador que entrevisté sobre su trabajo fue *Pepe*. Él era el mayor de los educadores de calle y me platicaba de las bases teóricas de su práctica que no aparecieron en el modelo de Casa Alianza. Estaba estudiando un diplomado en adicciones y consideraba la falta de conocimiento en este campo como una de las principales deficiencias de las OSC. Lo ubiqué en el perfil de académico del campo.

En EDNICA nada más había dos personas vinculados con el área de calle, ya que las otras dos educadoras del centro trabajaban exclusivamente con el proyecto preventivo dirigido a las familias que vivían en la colonia Morelos. *Juan* era el encargado del proyecto con callejeros y, desde mi punto de vista, es el educador más inteligente entre los que conocí en el trabajo de

campo. Estudió psicología en la UNAM, pero nunca terminó su tesis para titularse. Sin embargo, conocía a todos los autores de mi marco teórico y había realizado un análisis profundo y coherente del caso de cada chavo que asistía al programa. Juan no tenía una relación afectiva con los chavos, pero su diagnóstico acerca de sus necesidades aportaba mucho al trabajo de EDNICA. *Olegario* estuvo en el puesto de Juan durante ocho años y conocía bien a los chavos que asistían al programa, aunque no interactuaba mucho con ellos. Por su larga trayectoria en EDNICA, lo considero un experto por experiencia.

En Programa Niños de la Calle, todos los educadores eran cristianos, pero sólo noté que la psicóloga, *Tomasa*, y la educadora *Perla* basaban su práctica en la palabra de Dios, por lo que decidí ponerlas en la categoría de educadoras religiosas. Tomasa era considerada una figura materna por muchos chavos; era muy paciente, mostraba mucha compasión y daba todo lo que podía a los chavos. Algunos chavos estaban enamorados de Perla, que era guapa y tenía una energía muy positiva, cantaba canciones cristianas y siempre estaba sonriente. *Salomón* era el educador que más tiempo tenía en la asociación. Él vivió en la calle durante su juventud y decidió dedicar su vida a ayudar a otras personas a enfrentar los mismos problemas que él superó. Cuando hice mi investigación ya llevaba más de veinte años trabajando con poblaciones callejeras. Era muy activo en la congregación de su iglesia, pero su práctica con los chavos se basaban más en la comprensión de sus problemas por su propia experiencia en calle y se guiaba con el corazón. Salomón era reconocido y respetado por mucha gente en la calle así como en las cárceles donde iba a compartir la palabra de Dios los fines de semana. No tuve mucho contacto con *Luis*, el otro educador que entrevisté sobre PNC y su trabajo, ya que él iba a calle los días que yo asistía al centro. Las pocas veces que observé sus interacciones con los chavos no noté el mismo discurso religioso que escuché de Tomasa y Perla. Luis era más humanitario –tenía mucha paciencia y era una persona muy tranquila. A pesar de no trabajar directamente con él, sus aportaciones por medio de la entrevista que le realice fueron significativas.

A pesar de la preparación, las habilidades y los conocimientos de un educador, hay que destacar que existen muchos límites fuera de su control en el campo. Las discontinuidades en las interfaces entre las OSC y los centros de rehabilitación contribuyen a la ineficacia de estos programas con las poblaciones callejeras. Además, existe una multitud de factores de arraigo a la calle que juegan en contra de los esfuerzos del educador. Cuando acompañaba a los educadores de calle, el sol, el rechazo o la ausencia de los chavos, la tristeza y las

discontinuidades en los procesos eran demasiado y eso me desgastó. No podría imaginar trabajar día tras día durante tantos años en esas circunstancias.

Estos obstáculos, junto con la falta de recursos debido a las bajas prestaciones y a la inestabilidad del financiamiento de los proyectos son causa de una alta rotación de educadores en la mayoría de los programas. Éste ha sido el caso en CODENI desde su fundación hace siete años. Me impresionó conocer a tantos expertos por experiencia en México, que hubiesen permanecido tanto tiempo en el puesto de educador. Sin embargo, por cada educador de este perfil, existen otros cinco recién egresados de la universidad que duran pocos años, si no es que meses, en las instituciones. Existe el fenómeno de educadores “chapulines” también, como vimos en el caso de Rodo, que pasan de una OSC a otra, generalmente buscando mejores condiciones de trabajo.

2.3 Perfiles de proyectos

Además de las perspectivas generales de los proyectos de los diferentes actores, también hay diferencias en las estrategias de las OSC. En esta investigación he encontrado cuatro rubros para categorizar las acciones de los programas enfocados a los niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle: los que buscan proporcionar apoyos asistenciales, los que buscan prevenir el “callejerismo”, los que buscan reducir daños y los que buscan apartar al chavo de la calle. Para cerrar esta sección, propongo una quinta categoría: la búsqueda por empoderar a los chavos como sujetos autónomos con derechos.

2.3.1 Proyectos asistenciales

Como vimos en el marco teórico, los financiadores de las OSC que trabajan con poblaciones callejeras son responsables en gran parte por la popularidad del modelo asistencial, ya que quieren ver “resultados” cuantitativos de sus inversiones, con proyectos que tienen acciones medibles y metas alcanzables en el corto plazo. Los proyectos financiados por entidades gubernamentales, así como muchas fundaciones, tienen que terminarse y comprobar los gastos al final de cada año fiscal. Así, ofrecen financiamiento para proyectos que vayan de uno a doce meses, y las OSC reportan los números de platos servidos, despensas entregadas, niños llevados de paseo, participantes en talleres, etc. Como explica Stoecklin, “hay una tensión entre la escala de tiempo necesaria para entender e impactar positivamente las dinámicas sociales, y la

perspectiva de una rehabilitación a corto plazo que todavía atrapa muchas ONG en la lógica de competencia” (2007: 95).

La salida de la calle es un proceso paulatino que generalmente no se consolida en un año. Forzadas a adaptarse a los lineamientos de los financiadores, las OSC enfocan sus esfuerzos a proyectos asistenciales, a menudo perdiendo de vista los procesos de desarraigo de la calle. En el mejor de los casos, los interventores logran una reducción de daños de los efectos de la calle en sus beneficiarios; pero para hacer eso, se posicionan como parte de sus redes de sobrevivencia y facilitan su permanencia en la calle.

Además, la prioridad cuantitativa de las instituciones tiende a generar servicios duplicados, ofreciendo recursos y servicios a “clientelas” (Cardarelli y Rosenfeld). Irma Rizzini (1993) distingue dos tipos de asistencialismo: la caridad y la filantropía. A final de cuentas uno depende del otro y lo único que realmente logran es mantener el orden social y a los “beneficiarios” en sus respectivas posiciones de marginalidad. En vez de superar la pobreza, la gente depende de su identidad de pobre para recibir los beneficios ofrecidos por las diversas instancias.

La falta de coordinación entre las instituciones se ejemplifica con casi cualquier usuario de los programas. Como veremos en el capítulo cinco, los sujetos de esta investigación reciben apoyos de la sociedad civil, grupos religiosos y proyectos de gobierno. La mayoría de estos programas es dirigida específicamente a poblaciones callejeras; si los chavos salen de la calle, pierden estos beneficios. En vez de lograr el objetivo de ayudarle a la gente a mejorar su calidad de vida, muchos proyectos promueven la identidad de sus beneficiarios como “pobres necesitados” y, en el mejor de los casos, sirven como puente “de la marginalidad a la pobreza digna” (ibídem: 25).

Con tantos proyectos asistenciales es casi imposible instrumentar un modelo distinto. Los chavos conocen bien “el menú de apoyos” y rápidamente abandonan los programas más exigentes y menos asistenciales, para recibir apoyos con menos esfuerzo. Un chavo que conocí en calle con el equipo de Casa Alianza me comentó que “En la institución E se pasan de lanza, hasta nos quieren cobrar el jabón ahora. Por eso ya no vamos p’ allá”. *Flaca* (15 años,

Garibaldío)²² tenía un resentimiento parecido hacia la institución B, pues una vez fue a su centro de día, pero no le gustó cómo la atendieron. Se había caído de unas escaleras y no podía caminar bien; se esforzó en curar su herida:

Yo me trataba con el activo, con la marihuana y con la piedra. Y dije “ah, pues me voy a *institución B* a ver si me ayudan”, y lo único que hicieron era ponerme una gasa. Nada más la gasa y que yo me la pusiera, ¡lo único! Ya de allí pues ya no me fui. Si estás adentro sí te atienden bien pero a mí me la negaron... Con *institución C* no es así.

Cholo (24 años, Garibaldío), al igual que Flaca, prefiere la institución C, pues dice que “Lo más chido de todos es con la institución C. Allá comes dos veces, siempre hay agua caliente... te regalan ropa y puedes ver la tele...”.

Así, vemos que la disputa por clientes entre las OSC que Irma Rizzini (1993) detectó en su análisis del contexto de Río de Janeiro también existe en México. Si el proyecto no ofrece apoyos asistenciales u oportunidades que los chavos aprecien, asistirán a otra institución que les ofrezca mejores beneficios. La trayectoria de *Huesos* (20 años, Garibaldío) ejemplifica la norma de los chavos de pasar por varias instituciones: “Primero conocí a los de Casa Alianza – a Paco, a Pérez y a Patricio... me llevaron a Pre-comunidad. De allí dejé de ir y empecé a ir a Pro Niños”. Luego *Huesos* volvió a asistir a Casa Alianza durante dos o tres meses y después iba sólo al Centro de Día de Pro Niños. “Como un mes iba [a Pro Niños,] poco tiempo. Ya de allí conocí a los tíos [de PNC,] empecé a venir al servicio”. Los chavos pueden pasar de una institución a otra sin problema, ya que hay poca comunicación entre ellas, o tal vez les importa más aumentar el número de beneficiarios que coordinar procesos.

Por cualquier razón, hay poco contacto intencional entre las OSC. Trabajo en redes, colaboración entre las OSC y el gobierno, e intervenciones en políticas públicas están todavía limitados a unos pocos actores.²³ “Supuestamente tenemos una reunión mensual con institución A, pero ya van dos meses seguidos que me cancelan en el último minuto”, me contó el coordinador de calle de institución B en una ocasión. El contexto que conocí mostraba muchos organismos trabajando en acciones aisladas que atienden a beneficiarios que generalmente aprovechan los servicios de varias OSC y/o programas del gobierno sin planes

²² Algunos de los chavos que participaron en este proyecto de investigación se presentan con detalle más adelante, pero para ayudar a contextualizar sus comentarios a lo largo del texto, después del nombre ficticio incluyo su edad y la ubicación del grupo callejero a que pertenece.

²³ La única OSC que trabajaba en el campo de políticas públicas durante mi estancia en México fue El Caracol, A.C. (véase *Derechos*, 2010). La red más activa de OSC en este campo fue Quórum, que incluye Pro Niños, EDNICA y a tres otras OSC (véase Makowski, 2010).

para dejar la calle. Como Sarahí (24 años, Canal del Norte) pregunta frecuentemente a su educador en EDNICA, “¿por qué pierdes tu tiempo si sabes que no vamos a cambiar?”.

2.3.2 Proyectos preventivos

No todos los programas son asistenciales; también hay muchos proyectos que se clasifican como “preventivos.” Estos proyectos principalmente se dirigen a niños trabajadores o niños de las colonias expulsoras, más que a los chavos en situación de calle. De hecho, muchos de ellos excluyen a callejeros, argumentando que tienen otro perfil y podrían ser una mala influencia para los otros beneficiarios del programa. Es un argumento válido, ya que es común que los niños cuenten con contactos en situación de calle antes de abandonar sus hogares (Aptekar, 1988; Dimenstein, 1991; Hecht, 1998). Los proyectos preventivos buscan evitar la “caída” a la calle, generalmente mediante el reforzamiento de otros espacios como la escuela y la familia. Hay una gran diversidad de esfuerzos preventivos, incluyendo proyectos de apoyo académico, actividades deportivas, talleres formativos, trabajo social, atención psicológica y otras actividades lúdicas.

En un país donde casi la mitad de la población vive en pobreza, candidatos para participar en estos proyectos sobran; por eso, hay pocas instancias que dan seguimiento a los chavos que abandonan los procesos. Es fácil justificar los casos que se dan de baja; si uno no quiere ayuda, hay otros chavos que aprovecharán la oportunidad. Sin embargo, si los casos más difíciles quedan fuera de estos proyectos, realmente ¿qué tanto ayudan a solucionar el fenómeno del callejerismo?

Ya vimos que es raro que un chavo en situación de calle en México no conozca las OSC que atienden a poblaciones callejeras. En muchos casos, la relación entre el chavo y el mundo de las OSC empieza con algún proyecto “preventivo” antes de comenzar el proceso de callejerización. Si el chavo ya está acostumbrado a recibir el apoyo de una institución, su integración al mundo callejero puede ser más fácil, pues las OSC forman parte de las redes de sobrevivencia de los chavos en el mundo callejero, a menudo contribuyendo a su arraigo a la calle.

2.3.3 Proyectos para reducir daños

Hay programas que han aceptado que menos de 20% de los chavos que llegan a vivir en la calle sale de este modo de vida. Con base en esta realidad, buscan trabajar con los chavos de manera

más realista. En vez de luchar contra viento y marea con la intención de desarraigarlos de la calle, optan para reducir los daños que vienen aparejados con la vida callejera. Estos programas apoyan a los callejeros sin condicionar el apoyo a su intención a salir de la calle.

Gente de las instituciones que buscan promover salidas activas de la calle tiende a criticar a estos programas y verlos como asistenciales, argumentando que contribuyen al arraigo de la calle. Sin estos programas, dado que sería más difícil sobrevivir en la calle, se dejaría la calle por agotamiento. Según los educadores que critican este modelo, quienes se dedican a la reducción de daños no enfrentan el reto más difícil para un educador de calle: promover el desarraigo. Generalmente los proyectos de reducción de daños fomentan la higiene, ofrecen talleres formativos y educativos, brindan atención psicológica y médica y cuentan con un comedor. Los educadores de estos programas llevan procesos con los chavos pero no necesariamente se enfocan en la salida de la calle. Algunos me explicaron que era parte del enganche para después promover una salida de la calle, pero otros defendieron su labor desde la perspectiva humanitaria, diciendo que estaban garantizando los derechos de los callejeros y mejorando su calidad de vida hasta donde era posible. Ya sea que sean realistas o menos ambiciosos que quienes promueven salidas de la calle, tres de los cuatro programas ofrecieron apoyos de este tipo, sin importar que el chavo pretendiera dejar la calle o no.

Lo que no podemos negar es que estos proyectos han salvado y han prolongado vidas. Internan a chavos en centros de rehabilitación cuando están a punto de morir, consiguen atención médica para chavas embarazadas, enseñan sobre los riesgos de enfermedades, sobredosis y relaciones abusivas, y cubren necesidades básicas con donativos de alimentos, medicina y ropa. Solamente podemos imaginar lo que sería del mundo callejero sin los programas dedicados a la reducción de daños –tal vez más chavos dejarían la calle debido al agotamiento o quizás nada más aumentaría la miseria de sus vidas y bajaría la expectativa de vida de los chavos callejeros a menos de 25 años.

2.3.4 Proyectos para promover salidas de la calle

A pesar de los esfuerzos de las OSC, los chavos en situación de calle tienden a dar preferencia a la aventura y la libertad sobre el ejercicio de sus derechos y la inclusión social (Shaw, 2002; Pérez, J.M., 2003; Rizzini y Butler, 2003). Una vida institucionalizada con adultos que imponen reglas y límites es poco deseable. Por ello, Shaw sugiere llegar a los niños por medio de sus intereses principales (el respeto, la libertad, la diversión y la capacidad de consumir bienes

materiales). El programa que toma en cuenta estos intereses comienza a minimizar las discontinuidades en las interfaces entre los chavos y la institución para poder promover oportunidades fuera de la calle.

Para todos, la decisión consciente de realizar cambios significativos en la vida tiende a ser promovida por mejores oportunidades –un mejor trabajo, una ciudad más atractiva, mejores ingresos, etcétera–. Esto aplica para los chavos callejeros también; si no creen que puedan alcanzar una vida mejor fuera de la calle, no van a tomar una salida activa. Todos los participantes de este proyecto tenían una casa donde podrían vivir o conocían refugios y casas hogar donde podrían quedarse, pero de todos modos eligieron quedarse en la calle.

En su análisis de varios proyectos con niños y jóvenes en situación de calle en África, Savina Geerinckx destaca la necesidad de realizar evaluaciones constantes de los programas para asegurar que sigan ofreciendo oportunidades en la sociedad cambiante. Por ejemplo, se requieren estudios del mercado regulares para saber si habrá oportunidades de trabajo para los egresados de proyectos de capacitación en oficios. Hay que ver cuáles habilidades están en demanda en el mercado laboral local y si los cursos del proyecto pueden adaptarse para diferentes oportunidades de empleo (Geerinckx, 2006).

Geerinckx también argumenta la necesidad de promover diferentes habilidades en los programas para asegurar oportunidades. La primera categoría que plantea es *livelihood skills*. Aquí entran las habilidades vocacionales o, en el contexto de la calle, habilidades de supervivencia. Estas habilidades deben tener relevancia con respecto a sus preocupaciones inmediatas y garantizar un buen futuro. La otra categoría que plantea es *life skills*, como la toma de decisiones, el pensamiento crítico, talentos creativos, las habilidades de mantener relaciones sanas, de plantear metas, de lidiar con el estrés y resistir la presión de los pares, etc. En suma, *life skills* son las habilidades que permiten el chavo enfrentar las demandas y los desafíos de la vida cotidiana (ibídem).

Shaw (2002) plantea que para muchos jóvenes la buena vida se relaciona con el consumo. Según su análisis, el placer del consumo no es tener, sino conseguir. En la calle, los niños pueden conseguir dinero y bienes, aunque las cosas no duran mucho tiempo y a menudo se quedan sin ningún capital. Sin embargo, dada su condición con poca formación académica y laboral, pueden ganar mucho más dinero con los oficios callejeros que en un empleo formal. Manejar dinero les da un sentido de poder. *Caballo* (20 años, Garibaldío) me contó:

Cuando ando bien metido en la piedra, saco hasta 800 varos (pesos) en un día limpiando [parabrisas.] Cada que junto 100 o 150 voy y compro y fumo y sigo limpiando, así sin dormir ni comer ni nada. ¡Imagina cuánto dinero tendría si no fumara!

Shaw argumenta que la calle no es lo que esperaban muchos niños, pero “[se] insinúa que el deseo se cumplirá mañana”, y esta esperanza no existe en los barrios pobres donde viven sus familias (2002: 19). Los chavos en situación de calle ya tienen intereses y sueños fuera de la calle, pero les falta el camino para alcanzarlos; éste es el reto de las organizaciones que pretenden promover salidas activas de la calle.

2.3.5 Proyectos para empoderar a los chavos

En cualquiera de estos rubros es posible realizar proyectos que se basen en los derechos y busquen empoderar a los chavos y promover la autonomía. Es más difícil empoderar a los chavos con los proyectos asistenciales, ya que estos programas generalmente condicionan los apoyos a la marginalidad del beneficiario, sin pedir nada a cambio, pero el asistencialismo se puede complementar con la pedagogía. La concientización siembra el pensamiento crítico en los chavos –no solamente reconocen las violaciones de sus derechos sino que buscan garantizarlos–. Sea para reducir daños o para desarrollar un proyecto de vida fuera de la calle, la idea es que el chavo sea el protagonista en el proceso, que sea quien promueva los cambios que quiere en su vida. El primer paso es que el chavo se convierta, de objeto pasivo, beneficiario de apoyos, en sujeto activo que se mueve para minimizar las violaciones de derechos y mejorar su calidad de vida.

Más allá de preocuparse por su propio bienestar y procurar soluciones para sus problemas, es la promoción de la autonomía social entre los callejeros. Como veremos en los capítulos tres y cuatro, existe un sentido de solidaridad dentro de las bandas callejeras y se cuidan mucho entre sí. La promoción de la autonomía social implica que superen el sentido de exclusión social para que valoren el bienestar de los miembros de la sociedad. Solo así comenzarán a medir sus acciones en relación con el bienestar de los demás. La ley cardinal de la autonomía social, según Castoriadis, es no actuar de ninguna manera que perjudique a otras personas. Este valor es de suma importancia para los chavos que siguen en calle, si esperamos reducir los estigmas y la discriminación que sufren, así como los daños que causan a la sociedad por su estilo de vida que a menudo incluye vandalismo, la apropiación, pero no necesariamente el cuidado, de espacios públicos y robos menores.

2.4 Las OSC participantes en esta investigación

La decisión de enfocar mi estudio en el Distrito Federal se debe a la intención de llegar a conclusiones que impacten proyectos con poblaciones callejeras alrededor del país. El D.F. tiene la mayor concentración de niños y jóvenes en situación de calle en el ámbito nacional, así como el mayor número de programas de intervención con ellos. Su experiencia tiende ser respetada por las OSC en otras ciudades, hasta el punto de replicar sus programas en algunos casos.²⁴ Como las ideas y prácticas de las OSC en el D.F. regularmente son difundidas a otras instancias en el ámbito nacional, espero que los resultados de este proyecto de investigación también sean útiles fuera de esta ciudad.

Por medio de mi participación en conferencias y foros nacionales con OSC que trabajan con niños y jóvenes en situación de calle, ya tenía ubicada las instituciones más activas en el campo de feño antes de llegar. Las aproximadamente 40 OSC que ahí hay relacionadas con poblaciones callejeras y/o infancia marginada incluyen casas hogar, comedores, albergues, centros de rehabilitación, centros de día y organizaciones que coordinan eventos especiales como retiros, torneos deportivos y otros festejos. Que yo sepa, solamente seis cuentan con proyectos de trabajo de calle (abordaje y vinculación inicial con chavos que viven en la calle): Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P., Casa Alianza A.C., EDNICA, I.A.P., Programa Niños de la Calle, A.C., el Caracol, A.C. y Fundación San Felipe de Jesús, I.A.P.

Presenté mi propuesta de investigación a todas estas instituciones con excepción de San Felipe, debido a mi falta de contacto con alguien dentro de la asociación cuando empecé el trabajo de campo. En las OSC participantes, conocí a dos educadores que habían trabajado en San Felipe antes, así que tuve la oportunidad de aprender un poco sobre el proyecto por medio de ellos. Rodo de Pro Niños me contó que,

...gente de la comunidad asumió el proyecto y se formó San Felipe de Jesús. EDNICA estaba a cargo dos años, y yo estuve allí. En el tercer año, se independizó y queda en manos de la comunidad. Estaba operando en la parroquia San Felipe de Jesús, por eso se llama así...yo me quedé un año más pagado por San Felipe de Jesús, ya no por EDNICA. San Felipe se formó su propio patronato, pero si viene de la escuela de EDNICA, eso no se puede negar.

²⁴ En 2004 se fundó Puente de los Niños, A.C. en Guadalajara, replicando el modelo de Fundación Pro Niños de la Calle, por ejemplo, y Ministerios de Amor, que nació en el D.F., ya tiene casas hogar en Monterrey, Guadalajara y Cuernavaca.

El equipo de calle de San Felipe trabajaba en zonas fijas (parte de Chapultepec, Tacubaya, Observatorio y la Barranca del Muerto) y no tuvo contacto con los grupos de enfoque de este proyecto. También por eso no conocí el proyecto personalmente.

En un inicio, participé con el Caracol. Cuando llegué al trabajo de campo en agosto de 2009, fui a conocer la asociación y presentarles mi proyecto. Realicé observación participante en su centro de día en cinco ocasiones y entrevisté a dos chicos allí. Desafortunadamente, el equipo estaba pasando por muchas transiciones durante este tiempo, incluyendo la salida de su director y varios educadores. Con tantos cambios, pasaron dos meses sin poder coordinar ninguna salida a la calle con el equipo, y opté por concentrar mi investigación en las otras cuatro OSC. Sin embargo, las publicaciones y los proyectos de políticas públicas por el Caracol han aportado mucho a este proyecto.

De las OSC que participaron en este proyecto de investigación, Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P. y Casa Alianza, A.C. trabajan con poblaciones callejeras hasta los 21 años de edad. El Programa Niños de la Calle, A.C. y EDNICA, I.A.P. atienden a jóvenes más grandes, aunque sus puertas están abiertas a niños también. Todos atienden a jóvenes de ambos sexos menos Pro Niños, que trabaja solamente con varones. Los cuatro proyectos son reconocidos en el ámbito nacional y los diez sujetos principales de esta investigación han participado en dos o tres de ellas.

2.4.1 Fundación Pro Niños de la Calle, I.A.P.

“Pro Niños” trabaja con chicos de diez a 21 años de edad que viven en la calle, con la intención de desarraigarlos y reintegrarlos socialmente. Su misión es: “Entender y atender en forma personalizada a chicos que viven en la calle, acompañándolos en un proceso gradual que les permita elegir otra opción de vida, facilitándoles las condiciones para que permanezcan en ésta”. En su página *web*, a finales de 2010, se puede leer que más de 760 niños había cumplido exitosamente el programa de Pro Niños, y que de éstos, 85% permanecía en la opción de vida elegida.

Inició su labor con los niños en situación de calle en 1993, y formalizó su modelo educativo entre 1996 y 1997. En el año 2010, se publicó la versión más reciente de este modelo llamado *De la calle a la esperanza* (Garza 2010). La información presentada aquí la tomé de este libro, de entrevistas con educadores en la institución y de mi experiencia de observación participante en las diferentes fases del programa.

2.4.1.1 El modelo de Pro Niños

La estructura de Pro Niños se basa en tres teorías. La primera es la del apego desarrollada por John Bowlby. Esta teoría destaca tres estilos de relaciones o apegos de los niños: seguro, ansioso y evitativo, y se utiliza para entender las emociones y los comportamientos de los chicos abordados por Pro Niños. En las pruebas psicométricas que Pro Niños aplica, solamente 11% de los chicos muestra un apego seguro (Garza 2010). Los apegos ansiosos y evitativos identificados en el otro 89%, reflejan baja autoestima y relaciones personales inadecuadas, “ya sea porque no se sienten merecedores del cariño o porque niegan la necesidad o el deseo de establecer relaciones con los otros” (ibídem: 14).

La teoría del trauma y las contribuciones de Sandra Bloom también se toman como base para el modelo de Pro Niños. Se considera esencial tomar en cuenta el daño emocional provocado por experiencias violentas en la historia de un chico, ya que estas experiencias interfieren con el funcionamiento mental, las relaciones interpersonales y cómo el chico se ve a sí mismo (ibídem). El modelo de Pro Niños destaca la necesidad de abordar y tratar los traumas para mejorar su autoestima y enseñarles a vincularse con otros de manera no violenta.

La tercera teoría utilizada para este modelo es la de la modificabilidad cognitiva estructural de Reuven Feuerstein. Muchos chicos en situación de calle no tienen la capacidad para responder a retos en los distintos ámbitos de su vida (escuela, trabajo, familia, etc.). Según Feuerstein, ocupan el apoyo de los educadores para modificar las deficiencias en sus relaciones interpersonales y así mejorar su desempeño en estos ámbitos. Los educadores se consideran como mediadores que representan la cultura, los valores y otra manera de ver el mundo; ellos deben servir como ejemplos para responder adecuadamente a los estímulos y retos.

El modelo se fundamenta en la subjetividad de los chicos. Plantea que los dos requerimientos para que un chico deje la calle de forma definitiva son: una decisión clara del chico y que cuente con oportunidades para mejorar su vida. La función de los educadores es estimular al chico para que tome la decisión de dejar la calle y brindar el apoyo necesario con un vínculo afectivo, un ambiente seguro y un interés sincero en su desarrollo y sus procesos de transición.

El modelo educativo se divide en tres o cuatro etapas, dependiendo del caso. Pro Niños trabajaba con más de 100 casos en cualquier momento durante mi estancia con ellos. Las tres etapas principales son: Trabajo de Calle (TC), Centro de Día (CD) y Opción de Vida

(OV). La cuarta etapa, solamente para chavos que eligen una vida independiente en la etapa de OV, es la Casa de Transición a la Vida Independiente (CTVI). Las tres primeras etapas se dividen en tres fases: vinculación, consolidación y transición. En todas las fases de todas las etapas el trabajo con los chavos se incluye el juego intencionado que lleva a los chavos a “reflexionar, analizar, entablar relaciones o comunicar estados de ánimo [...así como a] comunicar las ideas, las percepciones y los sentimientos” (Garza, 2010: 19). Por medio de un enfoque lúdico en todas las etapas, la pedagogía de Pro Niños intenta mejorar la percepción que los niños tienen de sí mismos, fortalecer sus relaciones con otros, desarrollar capacidades creativas y habilidades de pensamiento y adquirir hábitos saludables.

El ‘Trabajo de calle’ es la etapa de acercamiento y abordaje del niño, y su objetivo es acercar a los niños al centro de día, como me explicó Rodolfo:

No creemos que la calle es el lugar adecuado para una intervención efectiva con los chavos; por eso no buscamos información sobre sus historias de vida ni pedimos que reflexionen sobre la vida... eso les toca hacer en las otras fases... Sería como pedirle a un alcohólico que se dejara de tomar dentro de un bar...

Tampoco buscan tener una relación afectiva con los chavos o forjar una amistad, sino “una relación cordial”. Esta práctica los diferencia de la policía y otros interventores de la calle, que llegan a preguntarles muchas cosas. Sin embargo, a menudo la información fluye como resultado de juegos y convivencias, y ésta se incluye en el informe de ingreso a al centro de día. Por ejemplo, en una ocasión Rodo empezó a contar algo a un chavo en su primer abordaje: “Allí por donde vivo en Xochimilco...”. El chavo lo interrumpió para decirle: “¡yo también soy de Xochimilco! ¡Allí está toda mi familia...!”.

Lo que sí buscan es saber el verdadero nombre del chavo, ya que el uso de apodos callejeros va en contra de su pedagogía. Esta práctica se respeta en todas las áreas de Pro Niños con la intención a regresarles su identidad verdadera y distanciar al chavo de su identidad callejera.

El equipo de calle considera que es menos efectivo abordar a grupos que trabajar procesos personalizados con casos individuales. “Los chavos no son objetos, son sujetos. El cambio de vida está en las manos del niño, no el educador”, me explicó Octavio. El educador generalmente trabaja con uno o dos chavos en determinado lugar; se hacen citas con algún un chavo en específico. La intención aquí es hacerlos sentir especiales y establecer un compromiso personal con el educador de calle.

Son tres educadores y un coordinador en el área. Cada educador trabaja aproximadamente en tres zonas en cualquier momento y cada uno cuenta con el apoyo de un voluntario todos los días. La mayoría de los puntos de encuentro está cerca de estaciones del metro; de hecho no buscan a chavos que estén a más de 30 minutos de alguna estación. En la oficina tienen un mapa de la ZMCM donde marcan los puntos de encuentro, así como una base de datos donde archivan las notas de los recorridos diagnósticos (cuántos callejeros de cada rango de edad se observan en cada punto). Recorren cada zona tres veces antes de concluir que no hay chavos allá en un dado momento. Así mismo, después de hacer esta conclusión o trabajar con chavos en una zona, la dejan de visitar durante aproximadamente tres meses para "no volver a ser parte del paisaje urbano...si pasas constantemente pierdes impacto," explicó Paco.

Realizan actividades lúdicas en la calle, y su herramienta principal es los malabares.²⁵ Por medio del juego, los educadores buscan ganar el interés y la confianza de un chavo, así como prepararle para asistir al Centro de Día. Cada encuentro debe de cortarse en el clímax, ya que el chavo siempre se acuerda del final del último encuentro. Si se quedan demasiado tiempo, el chavo va a pensar "ya regresó a aburrirme otra vez..."

Lo más tiempo que puede trabajar un caso en calle es un mes. Después de un mes el educador "está quemado," explicó Rodo. En este tiempo el proceso con el chavo pasa por las tres fases mencionadas arriba:

- a. Vinculación: Esta fase dura de cinco días a dos semanas con el objetivo de crear presencia en el territorio del chavo. Según Rodo, la intervención es más efectiva si el chavo se acerca al educador en vez de que el educador lo aborde. Los malabares ayudan a propiciar esto, ya que el educador puede llamar su atención jugando cerca del punto de encuentro. En esta fase las dinámicas son de puro juego. Intentan alejar al chavo de su espacio para jugar, invitándolo a un parque cercano, por ejemplo. También se desarrollan "acuerdos de convivencia" que incluyen "cero drogas, respeto mutuo, y terminar lo que inicias". Prefieren "acuerdos" a "reglas" porque reflejan una corresponsabilidad y se desarrollan en conjunto, en vez de ser impuestos.

²⁵ El diábolo, o el "yoyo chino", es el juego de abordaje más utilizado por Pro Niños. En 1999 un grupo de Cirque de Soleil brindó una capacitación a educadores de calle defechos en este arte/juego.

- b. Consolidación: En esta fase se refuerzan los acuerdos de convivencia. Puede ser que pasen del juego a manualidades (hacer máscaras, por ejemplo). Cuando el chavo ya está cumpliendo con los acuerdos, lo invitan al centro de día. “Si te diviertes con nosotros, debes checar en el centro de día. Está mucho más chido”. Normalmente, el educador y el voluntario planean algo más especial para plantear esta invitación, como invitarlo a comer una torta en el parque ese día. Dicen que los chavos se ganan estas invitaciones y que solamente invitan a “niños especiales”.
- c. Transición: Normalmente intentan llevar a cabo la transición al centro de día entre lunes y miércoles, ya que si se integran el jueves o el viernes, se corta la semana muy pronto. Alguien del equipo de calle pasa por el chavo en la mañana y lo lleva al centro de día, ya que “no están listos para ser responsables todavía”, explicó Paco. Con diez días de asistencia continua al centro de día, se considera como un proceso cumplido para el equipo de calle, pero siguen recogiendo al chavo en la mañana.

El ‘Centro de Día’ ofrece actividades a los chavos de 9:00 a.m. a 4:30 p.m. de lunes a viernes en un ambiente que estimula su desarraigo de la calle y un plan de vida fuera de ella. El espacio está pintado de colores y las paredes están adornadas con fotos de los casos de éxito y trabajos hechos por los niños. Hay un patio donde juegan fútbol y basquetbol, un cuarto con una mesa de futbolito, tres salones (uno con computadoras y libros, y otro con una televisión de pantalla grande), baños amplios con lavaderos y regaderas, y un comedor para atender hasta 50 personas a la vez.

Mientras pasa por esta etapa, el chavo generalmente sigue durmiendo en la calle y pasando los fines de semana sin vínculos de la asociación. La idea es que el chavo logre comparar la vida callejera con la suciedad, la indignidad, el desorden y el duelo con el CD que ofrece oportunidades para crecimiento, seguridad y estructura. Generalmente el proceso en esta etapa implica de dos a tres meses de asistencia regular.

- a. Vinculación: El primer día el chavo está acompañado por el educador de calle que lo invitó y recibe dos cambios completos de ropa y un espacio para guardarlos. Desde su ingreso, los educadores buscan establecer el contraste entre la vida con Pro Niños y la vida en la calle. Lo importante de esta fase es que el chavo se sienta seguro en el espacio y acepte los acuerdos de convivencia (respeto, llegar temprano, participar, cero

drogas, cero violencia). Aún no se le hacen preguntas directas sobre su historia de vida y la vida callejera. Por lo regular un chavo pasa de tres a cuatro semanas en esta fase.

- b. Consolidación: Aquí los educadores buscan que el chavo reflexione sobre su vida y diseñe un plan de vida con estrategias claras para lograr sus objetivos. En esta fase, el chavo comienza a trabajar con un educador de OV (opción de vida), que le pregunta sobre su historia de vida y compila un expediente institucional sobre el caso. Po lo general esta fase dura de seis a diez semanas.
- c. Transición: Esta fase se desarrolla en conjunto con la consolidación. Junto con el educador de OV el chavo considera las diferentes opciones de vida y comienza a planear el proceso.

El día en el CD se organiza con una combinación de actividades fijas y variables. Todos los días el chavo pasa por el proceso de recepción, hace su aseo personal, lava su ropa, desayuna y come en el centro. Las actividades variables se organizan por temas semanales. Hay doce temas que se manejan en CD, cuatro para la fase de vinculación y ocho para la etapa de consolidación. Cada tema tiene tres objetivos y entre diez a 15 actividades de las cuales el educador puede escoger para trabajarlos.

Cuadro 2.1: Temas tratados en el centro de día de Pro Niños

Temas semanales para la fase de vinculación	Temas semanales para la fase de consolidación	
Los acuerdo del centro de día	Las adicciones	Mis relaciones con las personas
Mi paso por centro de día	La familia	Mi cuerpo y mi sexualidad
El cuidado de mi persona	Las opciones	Mi modo de vida
Mis relaciones con los demás	Mis decisiones	Mi plan de vida

La población del CD se divide para la realización de estas actividades, así, los nuevos ingresos participan en el espacio de vinculación, y los que llevan procesos más avanzados acuden a las actividades de consolidación. Todas las actividades tienen la intención de que el chavo se “reconozca a sí mismo como persona con derechos y capaz de tomar decisiones que lo lleven a construir, para sí mismo, mejores condiciones de vida” (Garza, 2010: 53). La planeación diaria para las dos fases incluye actividades de movimiento, creatividad y reflexión, y cada actividad se realiza con énfasis en un objetivo específico relacionado con el tema

semanal. Cada viernes se llevan a los chavos de paseo y regularmente realizan campamentos con la población del CD.

‘Opción de Vida’ se instrumenta simultáneamente al proceso del chavo en el centro de día. Los educadores trabajan con los chavos principalmente en el CD, acompañando los en sus actividades. Por medio del acompañamiento, van construyendo relaciones afectivas y compilando los expedientes. Al final de su proceso en el CD, el expediente incluye datos generales, un resumen del caso con aportaciones de educadores de las tres fases, la historia de vida del chavo, una hoja de salud, datos familiares, su plan de vida, estudios psicológicos,²⁶ y evaluaciones de su proceso en cada fase.

El objetivo de OV es promover la decisión del chavo de dejar la calle definitivamente. Él puede elegir regresarse con su familia, entrar a una institución residencial o empezar un proceso para vivir de manera independiente. Para las tres opciones de vida (familia, casa hogar y vida independiente), si el chavo es adicto a alguna sustancia, el primer paso es canalizarlo a un centro de tratamiento.

Las fases de OV se organizan de manera distinta:

- a. Cambio de la situación de vida: En esta primera fase del proceso de OV, el educador y el chavo desarrollan un plan de vida mientras éste participa en las actividades de consolidación del CD. El plan toma en cuenta lo que desea lograr el chavo y su perfil psicológico (situación familiar, edad, habilidades, etc.). Se establece contacto con la familia y el chavo recibe atención médica y psicológica.
- b. Transición: Ya que se concreta el plan de vida, el chavo pasa una o dos semanas preparándose para el cambio y asegurándose de que su decisión es la correcta, o no. Se le hace una fiesta de despedida en el centro de día donde recibe un “paquetevayas” con ropa, zapatos y artículos de aseo personal. Esta fiesta sirve también para motivar a los demás chavos.

Si las condiciones son adecuadas, lo ideal para Pro Niños es reintegrar al chavo a su familia. Una reintegración exitosa implica un trabajo profundo con la familia para entender por qué el chavo dejó su hogar y dilucidar cómo evitar que suceda de nuevo. El educador establece contacto con la familia y realiza un diagnóstico inicial antes de llevar al chavo a casa. Si se

²⁶ A cada chavo se le aplican siete estudios psicológicos durante su proceso en CD. Los resultados de estas pruebas sirven para hacer la recomendación para el nuevo entorno de su opción de vida (véase Garza 2010: 46).

considera viable la reintegración, generalmente se le acompaña a realizar tres o cuatro visitas familiares antes de que el chavo se quede allí.

Muchos chavos no quieren regresar a sus hogares o las condiciones no son adecuadas para su reintegración, generalmente por cuestiones de violencia o drogadicción. En estos casos se busca una institución residencial para el chavo. De todos modos, OV busca incluir a la familia en este proceso para conseguir sus documentos legales y para que la familia sepa dónde se encuentra el niño. Pro Niños tiene convenios con varias casas hogar dentro y fuera del D.F. y se plantean opciones diferentes para cada chavo, dependiendo de su perfil y la apertura de la institución para recibirlo. El educador de OV acompaña al chavo el día de su ingreso y se establece una cita para visitarlo dos semanas después.

- c. Acompañamiento: Con base en el vínculo afectivo que se genera en OV, se considera importante acompañar a cada chavo durante ocho a 14 meses a partir de su salida del CD.
- d. Vinculación: Durante los primeros dos meses el educador visita al chavo cada 15 días. Si éste regresó con su familia, el educador trabaja acuerdos con los integrantes del hogar para facilitar el proceso de reintegración, y también busca vínculos en la comunidad, como becas y servicios médicos y psicológicos, para fortalecer el proceso y mejorar las condiciones del hogar. Si está en una casa hogar, el educador lo apoya en los procesos de integración y le ofrece ayuda complementaria.
- e. Consolidación: Después de los primeros dos meses, el educador visita al chavo una vez al mes para ver cómo va en la escuela o el trabajo y cómo van sus relaciones personales. Si está con su familia, las visitas involucran a los otros miembros del hogar. Si está en una institución se busca sacarlo a pasear y platicar sobre sus avances y cómo se siente en el espacio. Esta fase dura tres meses en canalizaciones a una casa hogar, y ocho meses en casos de reintegración familiar.
- f. Cierre: El chavo recibe tres visitas durante el proceso de cierre (una por mes). Ahora se considera que puede continuar con su plan de vida independientemente del apoyo de Pro Niños y su educador de OV, pero se deja claro que las puertas de la institución permanecerán abiertas para él.

Existen pocas instituciones residenciales para callejeros mayores de 16 años. Hasta 2008, el equipo de OV se apoyó en albergues temporales mientras el chavo aseguraba empleo y ahorra dinero para cubrir sus gastos. En este año, Pro Niños abrió la Casa de Transición a la

Vida Independiente como cuarta etapa en su modelo, y ahora casi todos los que eligen la opción de Vida Independiente, entran a ella.

La ‘Casa de Transición a la Vida Independiente’ tiene como objetivo “ofrecer un ambiente seguro y predecible que favorezca el desarrollo de habilidades y competencias para la vida independiente”. Hay camas para diez chicos de entre 16 y 21 años. La selección así como el proceso allí son rigurosos. Cada chico tiene a un educador con quien trabaja su plan de vida personal y todos participan en actividades de meditación, académicas, laborales, comunitarias y recreativas. Generalmente el proceso dura entre año y medio y dos años, tiempo durante el cual el chico pasa por cinco fases, en las que va ganando libertad, privilegios y adquiriendo responsabilidades en cada una. Los dormitorios de la casa también están divididos en fases:

- a. Inicio: En esta fase de inducción, el chico está sujeto a supervisión continua y no puede salir de la casa sin la compañía de un educador. Se adapta a los horarios, acuerdos y el nuevo estilo de vida en la CTVI. El inicio generalmente dura un mes.
- b. Vinculación: La mayoría de las actividades se lleva a cabo dentro de la casa, pero el chico también comienza con el estudio o la capacitación laboral. Esta fase dura aproximadamente tres meses.
- c. Consolidación: El chico ya tiene más libertad y responsabilidades. Debe cumplir con sus tareas de la casa, actividades académicas y capacitación o trabajo remunerado. Debe contribuir con parte de su sueldo para los gastos de la casa y empieza a llevar un plan de ahorros. Esta fase dura de ocho a diez meses.
- d. Salida: El chico ya tiene trabajo estable y ahorros, así como completa libertad para organizar sus tiempos y cumplir con sus actividades. Ayuda con algunas actividades administrativas de la casa. Esta fase dura de tres a cuatro meses.
- e. Cierre: El chico sale de la CTVI y vive de manera independiente. Tiene visitas regulares de su educador y citas para visitar la casa. El proceso de cierre dura aproximadamente tres meses.

La casa tiene cinco recámaras y un baño grande en la planta alta. Abajo hay una sala de estar con televisión, una biblioteca con computadora, la cocina, la oficina de los educadores y un cuarto para consejerías. El equipo se compone por un coordinador, ocho educadores, cuatro voluntarios de tiempo completo y un cocinero, así como terapeutas, un asesor y un instructor de Aikido, considerados como personal externo. Los educadores se dividen en tres

turnos: matutino, vespertino y nocturno y el coordinador trabaja de lunes a viernes de 8 a.m. a 5 p.m.

2.4.1.2 Prácticas y perspectivas de los educadores de Pro Niños

Durante mi trabajo de campo tuve la oportunidad de entrevistar a educadores de Trabajo de Calle, Centro de Día y Opción de Vida. Me impresionó la congruencia entre sus discursos y el modelo de Pro Niños. Fue obvio que todos conocían bien el modelo y trabajaban con base en él. De las cuatro OSC, solamente los educadores de Pro Niños hicieron referencia al modelo cuando me hablaron sobre sus prácticas. Ellos mismos participan en la evaluación y las modificaciones del modelo y así logran mayor coherencia entre su práctica y la propuesta escrita. Aquellos a quienes entrevisté dijeron que su función y su trabajo en Pro Niños eran muy claros. Sólo Rodo me confesó que prefería el enfoque anterior a las últimas modificaciones del modelo, pues pensaba que se había perdido el lugar destacado que se daba al hecho de realizar actividades estimulantes y divertidas en TC y CD. Según él, hay que abordar la primera etapa y la mayoría de la segunda como si de una fiesta se tratara, para mantener el interés de los chavos.

El equipo reconoce el valor del profesionalismo amoroso que se desarrolla con los chavos, y todos sus miembros están conscientes de la importancia de ver a los chavos como sujetos, no como objetos. Como plantea el modelo, los acompañan en su toma de decisiones en vez de hacer planes por ellos. Esta pedagogía fue evidente en las prácticas de todos los educadores que observé en Pro Niños.

En general, los educadores consideraron que había un buen balance de tiempo para trabajo de escritorio y trabajo directo con la población. Además, se realizaron juntas diarias en cada área y semanales entre las áreas para facilitar la comunicación. Gozan de una fuerte base de voluntariado y tienen más educadores que cualquier otra OSC en el campo. La integración del voluntariado y las propuestas que aportan, así como la integración de los equipos en cada área, también fueron destacadas por los educadores entrevistados como fortalezas de Pro Niños. En ningún momento escuché quejas sobre colegas o voluntarios, y las interacciones que observé siempre fueron respetuosas y solidarias, como los saludos a todo el equipo cada mañana con un abrazo. Todos parecían compartir el compromiso con la causa y creer en su labor y la de los demás integrantes de Pro Niños. La cantidad de personal permitía el desarrollo de vínculos personales con los chavos para lograr lazos afectivos y relaciones de confianza,

necesarios para estimular el cambio de vida. La armonía del equipo generaba un ambiente laboral sano con un toque festivo por las actividades del centro de día.

A pesar de los tiempos de trabajo de escritorio, dos educadores confesaron que a menudo falta documentación clara de los procesos, así como comunicación entre las áreas. “Por ejemplo, a veces faltan hojas de ingreso con la canalización de nuevos chavos y Consolidación [de CD] no está informado de los procesos de Opción de Vida”, explicó Efrén. También faltaba cubrir ciertos temas importantes en el CD (p.ej. violencia).

Como es común en las OSC, los educadores reclamaron que la toma de decisiones se hiciera desde el patronato, pues estaba más alejado de la realidad y aparentemente les preocupaban más los resultados cuantitativos que los procesos. Escuché varias quejas de los educadores acerca de que a menudo el patronato no aprobaba sus propuestas con la suficiente celeridad, pues estaba formado por gente sin experiencia directa en el mundo callejero. Los educadores estaban muy conscientes de la cambiante realidad en la calle y la necesidad de construir un nuevo perfil de beneficiario que incluya a indígenas, trabajadores, adictos y callejeros que duermen en hoteles, por ejemplo. Según dos educadores, faltaba la apertura del patronato para ampliar el perfil. También noté la participación en el CD de varios chavos albergados en Casa Alianza y Coruña (casa hogar del IASIS). El hecho de que estos chavos ya no durmieran en la calle facilitaba los procesos de desarraigo, pero este tipo de casos no se mencionó en el modelo, quizá porque podría ser interpretado como doble manejo. ¿Por qué se necesitan dos instituciones para atender al mismo chavo?

Mientras las relaciones entre educadores son buenas, varios de ellos se quejaron de que la dirección no reconocía sus logros, así como de los salarios bajos que percibían, y me explicaban que eso podría limitar su compromiso con Pro Niños. Octavio resumió, “Hay incongruencias entre las expectativas para el chavo y los recursos y apoyo brindado al educador”.

También percibí los choques culturales con voluntarios extranjeros. Algunos chavos no hacían caso a los voluntarios en CD, y no vi que los educadores los apoyaran para hacer valer su autoridad. Asimismo, dado que no todos los voluntarios hablaban bien español, decían groserías delante de ellos y fingían que no entendían sus peticiones. Efrén sugirió que Pro Niños ofreciera cursos de español para los voluntarios para atender esta debilidad. También noté que algunos educadores mandaban a los voluntarios por material a otro lugar, por

ejemplo, y que evidenciaban la diferencia jerárquica con los chavos. Los voluntarios preparaban las actividades y jugaban con los chavos, pero no vi que opinaran sobre los manejos educativos y no tuvieron acceso a los expedientes de los chavos. Su falta de conocimiento sobre las historias de los chavos complicaba aún más sus interacciones con ellos; e incluso Karina opinó que el exceso de voluntarios en CD era una debilidad de la institución.

2.4.1.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a Pro Niños

Pro Niños tenía buena reputación entre los chavos que conocí en la calle; aun entre los que no habían participado allí. Las únicas críticas que escuché en la calle provenían de dos mujeres que fueron excluidas del proyecto por su sexo. Caballo (20 años, Garibaldío) resumió el consenso general de los chavos diciendo, “[El padre Chinchachoma]²⁷ era bien chido. Ayudó a un chingo de niños de la calle, era de los más chingones. Ahora Pro Niños y Los Tíos (PNC) son los más chidos, ¿no?”. Gracias al estable financiamiento del proyecto, los servicios eran los más lujosos de entre las OSC del ámbito. Los espacios estaban bien equipados y los educadores de calle contaban con los juegos más novedosos para sus abordajes. Toño (17 años, Taxqueña) me describió la CTVI así:

Después me iban a llevar a la casa de Pro Niños. Está chida esa casa. Me dijeron que ya de ahí de la clínica te puedes venir. Tienen computadora. Cuando llegas duermes en tu cuarto, tú solo, y ya como al mes o dos meses ya te juntan y duermes con dos o tres chavitos. La capacidad nomás es para seis. Yo me había ganado un lugar, pero pues ya no.

Sobre todo, los chavos me contaron sobre los paseos semanales con el centro de día y los campamentos que se realizaron semestralmente. Socio (19 años, Garibaldío) me contó que

Allá [en el Caballito] nos visitaba el Carlos de Pro Niños. Era la banda con los chavos. Dicen que se fue a Alemania. Ya ves cuando se van de campamento nos quedábamos la noche, bueno todo el día en Pro Niños y ya al otro día a las siete ya nos vamos. Y estuvo chido cuando se quedaba el Carlos y Paco. Nooo, era la bandota. Nos compraron pollo rostizado, pan, chocomilk, sopa Maruchan, bien chido. Sacaron la grabadora y vimos películas. Voy a ir a las oficinas a saludar a Tere. Tere González es la bandita conmigo, Santi también.

²⁷ Cada chavo entrevistado conoció personalmente, o por lo menos por su reputación, al padre Chinchachoma. Lo reconocieron como “lo mejor” que ha llegado a ayudar a los niños de la calle. Su pedagogía con los chavos se basaba principalmente el castigo de sí mismo, pegándose en la espalda con su cinturón o quemándose el brazo con su cigarro, diciendo que alguien tenía que pagar por los pecados de los niños. Noté cicatrices en los cuerpos de varios chavos que vivieron con él y adoptaron estas prácticas del castigo de sí mismos, a partir de su muerte en 1999. El impacto del padre Chinchachoma en el mundo callejero defeño merece mucho más atención y análisis, pero eso no es posible en esta tesis.

El valor de las relaciones afectivas entre Socio y unos educadores de Pro Niños fue reafirmado cuando fui a visitarlo en el Reclusorio unos meses después y me pidió avisarles que estaba encerrado, con la esperanza que lo fueran a visitar.

Cuando pasó esta señora me acordé de Tere González de Pro Niños. ¡Ésa me puede ayudar! Na'más dile que tienes que ir a ver acá... al Socio. Diles que me vengan a ver. Sí pueden ¿no? Van a decir que qué exigente. Sí te sabes el número, ¿no?, porque no sé cómo se llaman (para apuntar sus nombres en mi lista de visitas). Santiago no sé qué...

A pesar de la exigencia de los educadores de llevar procesos con los chavos, algunos entrevistados comentaron cómo utilizaron los servicios del centro de día sin intenciones de dejar la calle. En palabras de Ricardo (24 años, Canal del Norte)

En Pro Niños nomás fui a los servicios, nunca me quedé. Me daban opciones de casa, me llevó Rodolfo y el abuelo que pasaba en su vochito y ahí me decían, “no es a fuerza que estés encerrado, si quieres salir adelante, pues va. Nosotros lo que brindamos pues, este, es que vengas a asearte, a comer y pues ya ahí en fuera a la calle” Estuve yendo como tres meses... Todos esos programas, EDNICA, Casa Alianza, Pro Niños, Coruña, todos éstos los veo igual, yo sólo iba por el apoyo, pero... y sí pueden ser una opción, pero yo no quiero.

Varios educadores reconocieron el “utilitarismo” que se fomentaba con las asistencias que brindaron, destacando los paseos semanales para los participantes en CD, y cómo dan dos comidas calientes por día y baños con agua caliente. Como en todas las OSC, hay chavos que gozan de estos servicios sin realmente interesarse en un proceso de desarraigo de la calle. Ruth Pérez también encontró esto en su trabajo de campo con Pro Niños, citando a un chavo:

Íbamos a Pro Niños. Luego allí fuimos a varios paseos; pero allí la empezamos a agarrar de hotel, nada más entrábamos, comíamos, nos bañábamos y nos salíamos. Por eso ya no nos dejan entrar ahorita, porque dicen que nada más estamos jugando; que allí es nada más para que vayas a participar y quieras salir de la droga (2009: 90).

Pro Niños era la única institución donde noté esta exigencia de llevar un proceso de salida de la calle. En los centros de día de EDNICA y PNC había chavos que llevaban más de cinco años en los programas sin salir de la calle. Por otro lado, existía el riesgo que los niños desarrollaran una dependencia a Pro Niños. *Almohadas* (19 años, Zócalo) me contó su experiencia en Pro Niños de la siguiente forma:

Luego fui a Pro Niños. Nos llevaron a Cuernavaca, Morelos de campamento. Iban unos japonesitos... Ya no me acuerdo cómo se llama (el centro de rehabilitación) donde me llevaron, pero me escapé luego luego y regresé a Pro Niños y nos

llevaron a las minas de Querétaro y nos metimos con cascos con luces y nos daban playeras y había hoyos profundos donde sacaron la plata y el oro, pues. Y ya no fui.

Este comentario ejemplifica la preocupación de Efrén cuando me comentó que “Hasta hay chavos que regresan a la calle para poder entrar de nuevo a Pro Niños”. Casi todos los chavos que abandonaron sus procesos de OV regresaron a la institución, demostrando la sinceridad de las relaciones afectivas entre los chavos y los educadores, así como el aprecio que los chavos tenían por la institución. El problema surgía cuando estas relaciones eran más significativas que las que se encontraron en su opción de vida.

Las incoherencias entre el modelo de Pro Niños, la práctica de sus educadores y la visión que los chavos tenían de la OSC eran mínimas. Los educadores entendieron la perspectiva de los chavos sobre Pro Niños y reconocieron las fortalezas y debilidades del proyecto. La principal incongruencia parecía relacionarse con la relación jerárquica entre el equipo operativo y el patronato, vinculada a través de la dirección. El nuevo perfil callejero era un tema de conversación candente durante mi tiempo con Pro Niños. Los educadores reconocían la disminución en la población de “niños de la calle” y la necesidad de abrir el perfil del beneficiario. El centro de día a veces contaba con más educadores y voluntarios que chavos en la época en que estuve allí. A pesar de la resistencia del patronato a reconocer este problema, en aquel entonces ya asistía al centro un chavo otomí de 15 años que vivía con su madre y su hermana en un predio ocupado por puros migrantes indígenas. El chavo estaba en alto riesgo; ya había abandonado la escuela, trabajaba vendiendo dulces en la calle y estaba experimentando con el activo. Su proceso en el centro de día era bueno y si logra salir con éxito del programa, muy probablemente se deba a que los educadores interrumpieron un proceso de callejerización. La eficacia de la instrumentación del modelo de Pro Niños es de los mejores ejemplos que he visto en el mundo de las OSC; sin duda este equipo tendría el mismo éxito con un proyecto más orientado a la prevención.

2.4.2 Fundación Casa Alianza México, I.A.P.

Casa Alianza nació del proyecto *Covenant House* en Nueva York, Estados Unidos, iniciado por un sacerdote franciscano en 1969 para proteger a los niños neoyorkinos que viven en la calle. Hoy en día, *Covenant House* tiene proyectos en Guatemala, Nicaragua, Honduras y México. Casa Alianza México atiende a niños y niñas de 12 a 21 años de edad de manera integral. Aparte de ser una casa hogar, tiene proyectos de educación sexual, espiritualidad, trabajo social,

reintegración familiar, prevención y atención a adicciones, atención psicológica y psiquiátrica, proyectos para una vida independiente y apoyo jurídico.

A diferencia de las otras instituciones que participaron en este proyecto de investigación, no logré conseguir una copia del modelo educativo de Casa Alianza, así que la información aquí expuesta viene de su página de internet (<http://www.casa-alianzamexico.org/>), de su anuncio en <http://acciontrabajo.com.mx/>, de una entrevista no-estructurada con el director de Casa Alianza, de entrevistas semiestructuradas con el equipo de Trabajo de Calle, y notas de mi diario de campo de cinco días de observación participante en el área de Trabajo de Calle.

2.4.2.1 El modelo de Casa Alianza

En las palabras del director, la institución atiende a “niñas, niños y adolescentes con dependencia en la calle y jóvenes en abandono social”. Su misión es “contribuir de manera sustentable a la protección y atención de niñas, niños y adolescentes en situación de calle, víctimas de explotación sexual o sujetos a adicciones, para ayudarlos a incorporarse a la sociedad de forma funcional y autosuficiente”. Su modelo parte de dos conceptos, de los que se deriva el nombre de la institución: ‘Casa’ y ‘Alianza’. “La ‘Casa’ se entiende como un espacio diferente a la calle, un espacio digno y seguro donde vivir, jugar y desarrollarse. La ‘Alianza’ se entiende como un vínculo singular que se desarrolla con el niño y la niña, fundamentado en respeto absoluto y amor incondicional” (<http://acciontrabajo.com.mx>). El modelo se divide en cuatro etapas: el programa de calle, el programa residencial de integración, el programa residencial de reconocimiento y el programa residencial de fortalecimiento.

El ‘Programa de Calle’ se encargaba de los primeros vínculos con chavos en situación de calle así como del seguimiento con chavos que abandonan sus procesos en Casa Alianza para regresar a la calle. El equipo de calle se componía por un coordinador y cuatro educadores, y contaba con un espacio nombrado Pre-comunidad, que servía como centro de día para chavos en situación de calle. Ofrecía baños, desayuno y actividades de 8:00 a.m. a 1:00 p.m. lunes a viernes. Un miembro del equipo de calle se encargaba de este espacio mientras los demás hacían recorridos por los puntos de encuentro de poblaciones callejeras. El proceso con un chavo por lo regular iniciaba con su participación en Pre-comunidad. Desde este espacio se coordinó su ingreso al programa residencial. Lo mismo aplicaba para los chavos que abandonaban sus procesos con Casa Alianza: debían pasar de nuevo por Pre-comunidad antes de reingresar a la casa hogar.

Era común para los otros educadores regresar Pre-comunidad con chavos a lo largo de la mañana. Era un espacio muy reducido de dos pequeños cuartos y un baño; había una mesa con cuatro sillas, un librero con libros y juegos y una pequeña bodega con ropa y otros materiales. El educador a cargo del espacio coordinaba actividades con los chavos y promovía su ingreso a la casa hogar.

La segunda etapa es la de 'Integración'. De acuerdo con la presentación de Casa Alianza en acciontrabajo.com.mx, por lo regular los chavos pasan aproximadamente cinco meses en esta etapa, pero el director me explicó que esta fase solamente dura de quince días a tres meses, según el nivel de abuso de drogas o abuso físico. Puede suceder que los reingresos que salen de las etapas tres y cuatro pasen más rápidamente por la integración, mientras el plan de cinco meses se aplicaba a los nuevos ingresos. El modelo de atención aquí se enfoca a la resolución de crisis y al "establecimiento de pautas de conducta cotidiana con base en un ámbito de respeto, protección, salvaguarda, amor y escucha" (<http://acciontrabajo.com.mx>).

Después de pasar por la etapa de Integración, los chavos entran a la de 'Reconocimiento', de seis a nueve meses. Aquí se buscaba identificar las fortalezas y capacidades de los chavos. Entraban a una escuela o un programa de capacitación en oficio, con el fin de generar cambios en el estilo de vida y construir alternativas a la vida callejera.

Finalmente, los chavos que lograron cumplir con la tercera fase entraron a la etapa de 'Fortalecimiento'. Los que llegaban a esta última etapa del programa residencial llevaban por lo menos un año en Casa Alianza. Según su página de internet, aquí empiezan a trabajar un plan para la vida independiente o el plan de reintegración familiar. En preparación para la vida independiente, cuando estaba yo en trabajo de campo, Casa Alianza ofrecía cursos de capacitación en oficios como productos de piel y serigrafía, así como cursos de computación y cocina, por ejemplo. En esta etapa la intención es ayudar a los niños a trabajar en el desarrollo de habilidades para administrar recursos y tiempo, así como ahorrar dinero para su proyecto de vida independiente.

Casa Alianza tiene varias casas hogar. Una se encontraba en el mismo espacio de Pre-comunidad y las oficinas centrales por Av. Reforma en el corazón del mundo callejero defenío. Este centro era fácil de ubicar, ya que ahí había entre tres y quince niños y jóvenes callejeros drogándose fuera de la puerta principal en cualquier momento de día o noche. Se ubica a media cuadra de la Plaza Zarco, punto de pernocta para aproximadamente 25 jóvenes

callejeros y conocido por la venta de activo, y era una referencia principal para todos los chavos en situación de calle de la zona centro de la ciudad. También hay una entrada al metro Hidalgo allí, así como el templo de San Judas de Tadeo, frecuentado por cientos de ellos. En este inmueble atendían a los varones de primera y segunda fases. Los niños con procesos más avanzados pasaban a otras casas ubicadas por el rumbo de Taxqueña, la misma zona donde se están las casas de las niñas. Casa Alianza también contaba con un centro para madres adolescentes y otro para jóvenes. Las casas tenían las puertas abiertas, así que los chavos podían pedir su egreso y salir. Los chavos que cumplían con todas las etapas de Casa Alianza y egresaron por medio del programa de reintegración familiar o de vida independiente todavía tenían que cumplir con dos años de ‘Seguimiento’ por parte del equipo de trabajo social.

Varios de los sujetos de este proyecto de investigación participaron en el de Ollin que Casa Alianza antes tenía en Iztacalco. Esta casa era para adolescentes y jóvenes con fuertes adicciones. El inmueble le fue prestado a Casa Alianza durante varios años, pero fue en el año 2006 se los pidieron y el programa dejó de existir. Los chavos podrían ingresar directamente a Ollin o ser canalizado allí desde los otros programas de Casa Alianza temporalmente. Según *Oso* (25 años, Guerrero), “También cuando te drogabas mucho en Casa Alianza te mandaban a ¿cómo se llama? desintoxicación en Ollin”.

2.4.2.2 Prácticas y perspectivas de los educadores de Casa Alianza

De las cuatro OSC, Casa Alianza fue donde realicé menos observación participante. El equipo de calle me recibió cordialmente, pero no logré relaciones personales como fue el caso con educadores en las otras tres OSC; por eso tengo poco material sobre sus perspectivas pedagógicas. Tampoco participé en las etapas residenciales, y solamente tuve la oportunidad de conocer tres casas, que se manejaban con alta seguridad, aunque se consideraban “de puertas abiertas”; sin embargo, era necesaria una llave para salir y los educadores siempre tenían las puertas cerradas para evitar que los chavos se escaparan.

Me tocó asistir a un concierto de cumbia en la casa de avenida Reforma. Por ser un evento especial, no vi mucha interacción entre los educadores y los chavos. Sin embargo, noté la alta seguridad. Ni los educadores de calle que trabajaban en otra parte del mismo centro podían entrar a la parte de la casa hogar donde fue el evento sin pedir al “poli” que les abriera con llave.

También fui con Sara y Patricio a la casa de primera fase de las niñas en Taxqueña que se llama Comunidad Quetzal. En esta ocasión estaban intentando reintegrar a una niña que había abandonado su proceso en la casa seis semanas antes. En cuanto llegamos, la rodearon cuatro educadores (entre los de calle y los de la casa) para intentar convencerla de quedarse. La casa contaba con cinco educadoras, una psicóloga, una trabajadora social, una enfermera y personal externo contratado para dar talleres o cursos, por ejemplo. Al igual que la casa de Reforma, la puerta principal de la Comunidad Quetzal siempre estaba cerrada con llave.

Finalmente, conocí la casa de segunda fase para niños en Taxqueña, donde fui a entrevistar al psicólogo sobre algunos sujetos de estudio que participaron en este proyecto de investigación. Como en las otras dos casas, había alta seguridad. Solamente había dos chavos allí cuando fui, ya que los demás estaban en la escuela; no vi ninguna interacción significativa entre los educadores y los chavos, ya que me atendieron puntualmente y salí directamente después de la entrevista. Con mi experiencia limitada de Casa Alianza, poco puedo reportar sobre las perspectivas y las prácticas de los educadores; sin embargo, puedo compartir algunas notas sobre mi experiencia con el programa de calle y algunos comentarios de las entrevistas que apliqué que cabe destacar aquí.

El equipo de calle salía a distintos puntos de encuentro de lunes a viernes con el objetivo de realizar “abordajes y sensibilización.” La población de calle era conocida; en general los chavos a los que se abordó cuando me uní a los recorridos ya habían pasado por la etapa residencial de Casa Alianza antes. Según el director, la visión de Casa Alianza es “no sustentarlos en calle”. Los educadores llevaban juegos y convivían con los chavos en varios puntos durante el día. A diferencia de lo observado en Pro Niños, cuando yo los acompañé, estos convivios generalmente fueron grupales, aunque en dos ocasiones llegamos a un punto con la intención de abordar a un chavo en específico.

La mayoría de los chavos que conocí en calle habían tenido varios ingresos a Casa Alianza. “Casi todos los de Taxqueña son hijos de Casa Alianza”, me presumió Pérez. El alto número de salidas y reingresos de estos chavos no parecía ser una preocupación para el equipo, ya que veían el desarraigo de la calle como un proceso paulatino con varias recaídas. Pérez ayudó a explicar esta perspectiva controversial,

...el tiempo que pasan en las instituciones sí va a impactar de alguna forma en su vida. A lo mejor no en el momento, pero tarde o temprano les va a caer el veinte y muchos de los valores y aprendizajes que adquieren en las instituciones sí reducen

el daño y el impacto en su vida como callejeros... A veces este tipo de éxito no está contabilizado porque no se incluyen en los números que se reporten a los donantes; pero sí se contempla en cuanto a la reducción del daño que van a invertir en los tiempos que están dentro de las organizaciones, porque sí va a repercutir bastante. Puedes notar este impacto por ejemplo en comparación a los jóvenes que nunca fueron asistidos por instituciones. Hay diferencias en cuestiones de violencia y en el mismo deterioro, en su descuido y su aseo personal... entonces te digo que no es lo que se espera de nuestro trabajo, pero sí de alguna forma repercute. Nunca vamos a saber para quién trabajamos en realidad porque puede ser en algún momento lo que uno trabajó con nosotros le sirva cuando esté llegando a Pro Niños, va a llevar cosas. O igual cuando llegan con nosotros después de estar en otra institución trae consigo cierta formación. Se lleva algo de cada uno de los lugares.

Esta perspectiva, que se basa en la reducción de daños, ayuda a aceptar el gran número de recaídas a la calle y la alta población de jóvenes callejeros que había pasado por Casa Alianza. No lograron salir de la calle, pero por lo menos la institución había tenido una influencia positiva en ellos.

El desempeño variaba mucho entre los diferentes educadores que conocí, dependiendo de su personalidad, su experiencia y su visión. No noté un discurso institucional como el de los educadores de Pro Niños. El único comentario con base teórica que escuché vino de Pepe, quien me platicó de cinco principios que, según él, contribuyen a la salida de un niño de la calle. El primero es ‘urgencia’ o bien la necesidad de escapar de algo en la calle, como atender una enfermedad, o después de un accidente. El segundo es ‘opción’, cuando se presenta una posibilidad para su vida que pudiera ser más agradable que la calle. El tercero se define como la ‘comunicación de valores’, cuando el chavo tiene a un educador como modelo para seguir. El cuarto es ‘estructura’. Según Pepe, los niños necesitan estructura y límites, y los encuentran en las instituciones y no en la calle. Por último menciona el ‘santuario’ y la posibilidad de ser libre de vicios y los peligros de la calle. Son buenas bases para analizar las diferentes estrategias que se pueden instrumentar con los chavos, pero falta llevar el análisis más allá para considerar la diferencia entre salidas temporarias, como las de los sujetos de este proyecto que habían pasado por Casa Alianza en varias ocasiones, y las salidas permanentes.

Sara y Patricio llegaron con los chavos con una sinceridad de quererles ayudar. Demostraron empatía en sus esfuerzos para convencerlos de regresar con nosotros a Pre-comunidad. En dos ocasiones les llevó casi una hora convencer a los chavos de acompañarnos; si bien lograron convencerlos de pasar por Pre-comunidad, no siguieron sus procesos allí ni regresaron a las casas hogar. Un educador me dijo que era importante el número de chavos que

pasaba por Pre-comunidad cada mes, así que valía la pena este esfuerzo, aun si no había esperanza de llevar un proceso con el chavo en este momento. Igual que para el equipo de calle de Pro Niños, el objetivo principal de los educadores de Casa Alianza era convencer a los chavos a asistir a Pre-comunidad. Una vez que llegaban los chavos a Casa Alianza, el proceso pedagógico lo llevaban a cabo otros educadores. En resumen, no noté un proceso pedagógico en la calle con estos educadores, más bien iban con la intención a canalizar a niños a Pre-comunidad o convencerlos de regresar a las casas hogar de donde habían salido.

Nunca vi a más de tres beneficiarios a la vez en el espacio de Pre-comunidad, pero Pérez me contó que habían tenido hasta 17 chavos allí en un día. Tampoco noté mucha estructura del espacio. Con una población fluctuante y reducida, parecía ser un espacio donde principalmente trabajaban los ingresos de los chavos a la casa hogar de manera personalizada. Generalmente pedían la participación de los chavos en este espacio antes de (re)ingresarlos a la etapa residencial. Sin embargo, dependiendo del proceso previo del chavo en la institución, o de las necesidades inmediatas, el equipo decidía si tenía que participar en Pre-comunidad antes de entrar a la casa hogar o no.

Por fin, es importante mencionar la diferencia entre la práctica y el modelo respecto a las reintegraciones familiares. El modelo plantea que la reintegración a la familia se realiza después de un año en Casa Alianza, pero los chavos que yo conocí que fueron reintegrados a sus familias por medio de esta institución, no permanecieron tanto tiempo allí. Con tantas salidas e ingresos interrumpiendo el proceso, parece difícil lograr un año de atención continua para cumplir con el planteamiento del modelo. Además, en la siguiente sección veremos cómo las experiencias en las casas hogar pueden contribuir al proceso de callejerización; por eso, puede ser mejor reintegrarlo más pronto que tarde, a pesar de los lineamientos del modelo institucional.

2.4.2.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a Casa Alianza

De las instituciones que participaron en este proyecto de investigación, Casa Alianza es la que cuenta con más opciones internas para los chavos, entre cursos, capacitaciones en oficios y proyectos de educación formal. Sin embargo, varios sujetos consideraron que existían mejores oportunidades en la calle. Anselmo Gilberto (18 años, El Puente) me explicó que en Casa Alianza:

Me metieron a trabajar a una lavandería industrial. Nomás estaba lavando toallas todo el día. Y de allí... después fueron unos amigos para San Luis (Potosí) y les dije si no me llevaban. Según éstos, se iban para el Norte y “van, ¿si no me llevan?”. Y “no, pues que no vas a aguantar el frío”, y me quedé con las ganas de ir. Y después, en la primera quincena que llegó un amigo y me dice, “no, pues están allá. ¿No te quieres ir?”. No, pues me fui para San Luis. Era mi primera quincena que acaba de cobrar \$1,500. Cobré el martes y el miércoles en la mañana, mi hora de salida del trabajo era a las 7. Entonces salí como a las 6:30 y, ¿qué?, ¿a dónde iba?, “no, que ya no voy a trabajar”.

Según lo que me explicó Sergio, el programa de trabajo requería que los chavos depositaran el 100% de sus ganancias para sus ahorros para la Vida Independiente. Esta práctica generaba conflicto con algunos chavos que conocí, lo que es entendible si aceptamos la propuesta teórica de Shaw sobre el consumo. Los chavos quieren tener el poder de consumir bienes materiales y gastar dinero; muchos no aprecian la práctica de ahorrar. El último egreso de *Lento* (22 años, Garibaldío) se relaciona con este conflicto. Sergio me contó que “Él entró a trabajar, inició su proceso de Vida Independiente y pues la idea es que ahorrara. Y a la primera quincena, al solicitarle sus ahorros, su pagó, no lo quiso dar y solicitó su egreso. Eso fue la última vez”. Encontré a Lento más tarde, el mismo día de esta entrevista con Sergio, y le pregunté sobre esta situación. Me dijo que, efectivamente, había entrado a trabajar en el equipo de limpieza del metro y recibió su primer pago. Según Lento, ese mismo día encontró un billete de \$500 tirado en el piso y lo usó para comprar ropa y zapatos nuevos. Al ver la ropa y los zapatos nuevos, los educadores lo acusaron de haber usado parte de su paga para comprarlos y no creyeron su historia del billete encontrado, por eso se salió. Parece claro, en el caso de Lento, el interés de poder tener acceso a parte de sus ganancias. Sería interesante saber cuántos otros chavos han abandonado el proyecto de Vida Independiente por situaciones parecidas.

El tema más común que escuché en la calle sobre Casa Alianza fue justamente con relación a la enorme cantidad de veces que los chavos entraron y salieron de la institución. Así como Pérez presumió que casi todos los chavos de Taxqueña habían sido “hijos de Casa Alianza,” los chavos del Puente se ufanan del número de veces que habían pasado por la casa hogar. Toño (17 años, El Puente) me contó que

Donde sí he estado es en Casa Alianza, he estado como 30 veces y en Pro Niños igual. Es que yo iba y venía. Iba a Casa Alianza una semana, me escapa de Casa Alianza y me iba a Pro Niños. De Pro Niños me llevaban a Casa Alianza, y así me volvía a salir e iba otra vez. Me gusta más Alianza, más que nada porque ahí viví mucho tiempo, y ahí sí te dan todo. Para mí lo chido antes era que iba y engordaba

y echaba relajo y me salía otra vez, venían y me buscaban y me iba otra vez. Yo no más iba a engordar la tripa.

Este desplazamiento parecía ser contagioso entre los chavos que frecuentaron Casa Alianza. Se dieron cuenta de que podían entrar y salir sin problemas. La manera en que Anselmo Gilberto (18 años, El Puente) me contó su última salida de Casa Alianza ejemplifica el juego de poderes producto de la práctica de “puertas abiertas” en la institución. En sus palabras: “A Casa Alianza ya nomás ingresé, les pedí mi ingreso y sí me lo dieron en la mañana, pero en la tarde... le dije a la directora “¿No me sacan?”, y me dijo, “sí”, y le dije “ah! ¿A poco me retan?”, y que me saca. Dice “Dale permiso, va a salir”. Y ya anduve en la calle, allí por Hidalgo”.

Ruth Pérez (2007b) registró la frecuencia de entradas y salidas en su trabajo de campo con el programa Luna de Casa Alianza. Presenta una tabla de las entradas y salidas de cuatro chavos del programa durante un periodo de tres meses (Anexo 2). Aparte de la frecuencia, Pérez anotó, “de veinticinco entradas, 18 lo fueron por motivos ajenos a los establecidos por la institución... buscan obtener un beneficio material o un apoyo moral y, por otra parte, asegurarse la posibilidad de un retorno a la institución” (Pérez, 2007b: 28). Más que un medio para salir de la calle, estos chavos, así como los que yo conocí en mi trabajo de campo, utilizaron Casa Alianza como parte de su red de sobrevivencia y circuito de desplazamiento como callejeros. Tantas interrupciones en sus procesos a menudo tuvieron como consecuencia que llegaran a los 18 años sin tener ningún plan de vida.

Desde la perspectiva de los chavos, los procesos de reintegración familiar fueron poco profundos y rápidamente regresaron a la calle. Toño (17 años, El Puente) me explicó que “Después de los siete años, cuando me fui [de mi casa,] después como a los nueve años, me llevaron de Casa Alianza con mis abuelitos; fue cuando falleció mi abuelita. Y como que no me acostumbro a mi casa, como que son más lujos, o no sé, me siento más cómodo con los de aquí”. Toño no recordó cuánto tiempo estuvo con sus abuelos, pero me contó que no hubo seguimiento por parte de Casa Alianza mientras vivía allí y que regresó a la calle sin generar problemas en su familia o con la institución. También ejemplifica la práctica de los chavos de ir a Pro Niños a pedir su ingreso a Casa Alianza. Esme reportó que “Vino a saludar a Pro Niños y pidió su ingreso a Casa Alianza, donde estuvo un mes. Salió y se fue a Taxqueña donde ha permanecido hasta la fecha”. No fue claro por qué no llegaron directamente a pedir su

reingreso a Casa Alianza. Tal vez tenía que ver con conflictos generados en sus últimas salidas o porque preferían el centro de día de Pro Niños a Pre-comunidad.

Ya como mayores de edad, algunos chavos se arrepintieron de no haber aprovechado las oportunidades que tuvieron en Casa Alianza. Como explicó Socio (19 años, Garibaldío) desde el Reclusorio:

La verdad sí me arrepiento porque, lo que es, tuve la oportunidad en Casa Alianza. Ya me iban a dar curso. Me dijo “nel, ya estás un poco más grande y te vas a tener que ir al Cedex (para estudiar la primaria) y del Cedex luego luego a tu curso”. “Cámara”. Pero al chile, lo que es, lo desaproveché. Y todavía hasta Pepe me iba a buscar un buen, y Pérez, “Cámara, puto, vámonos”. “No, que ahorita...”.

En ningún momento durante mi trabajo de campo noté que algún chavo menor de los 18 años de edad se preocupara por la posibilidad de no poder entrar ya a Casa Alianza. Su actitud era igual a la de Socio cuando era menor de edad: “Nel, pues todavía tengo tiempo. Otro día voy con ellos”, fue la actitud que percibí. Aarón (18 años, El Puente) también parecía ver a la institución con nostalgia, pero seguía esperando otra oportunidad de apoyo, aunque ya era mayor de edad. “Ya perdí la cuenta [de cuántas veces he estado en Casa Alianza]. Entraba y salía a cada rato. Ahora ya no puedo estar, pero sí me pueden ayudar para conseguir un trabajo”, me explicó.

Otros chavos se dieron cuenta que no les gustaba estar encerrados. Como explicó Ricardo (24 años, Canal del Norte), “A Casa Alianza también iba, me daban opción también de que me quedara, pero a mí no me gusta estar encerrado. Yo siempre les he hablado lo que es, para qué voy a ser hipócrita, si al rato van a saberlo igual”.

Aunque en apariencia la institución mantiene las puertas abiertas, ocho chavos me contaron historias sobre cómo se escaparon de Casa Alianza brincando por la azotea o que no regresaron cuando los educadores les dieron permiso de salir a la tienda. *Mupet* (18 años, El Puente) me contó:

Tenía como 13 años cuando nos escapamos de Casa Alianza. Ese día que se suben los guardias atrás de nosotros. Éramos cinco y ¿ves que entrando a Casa Alianza hay unas de esas (tablones) que están arriba de la caseta? Pues... caminamos todo por ahí, y que nos brincamos, y que ahí estaban los guardias. Y que nos echamos a correr, y que se nos olvida una mochila y había varios polis afuera. ¡Pues que me regreso por ella! ¡Y que nos vamos y que nos vamos al metro!... nos echamos a correr y no nos agarraron. El único que se quedó en la casa fue Santo porque él nos ayudó a escaparnos.

Termura (18 años, El Puente) reforzaba la idea del escape de Casa Alianza cuando me comentó:

El chiste es que he entrado y salido varias veces de Casa Alianza. Como cinco (veces); siempre me escapaba. Brincaba por la azotea. ¿Ya ves que está grandote? Me trepaba a los tubos como chango y me subía... Todas las veces que he salido de Casa Alianza, me escapo porque nunca me dejan salir... había veces que no duraba nada. Me iba en la mañana y salía en la noche.

Estas historias son de la casa que está sobre la avenida Hidalgo. La casa de Ollín que estaba en la delegación de Iztacalco tenía otra reputación: "En Ollín te dejaban salir. Las puertas estaban abiertas. Allí en frente estaban las canchas, al lado estaba la tienda, y podías salir. Era la mejor casa de todas. Fue la que más me gustó de todas. Nada más en mi locura me fui. Ya cuando regresé ya no había nadie", me contó Mupet (18 años, El Puente). Cholo (24 años, Garibaldío) coincidía con Mupet. Él me dijo: "Estuve en Hidalgo y luego en Iztacalco. Ollín queda en Iztacalco, es otra casa de Casa Alianza, pero es más chida. Te da más atención... ya para la vida independiente. Yo trabajaba en una pollería... pero me empecé a drogar machín, machín, machín, machín, y me tuve que ir. Ya tenía como 17 años".

La norma de abandonar los proyectos en Casa Alianza por la vida callejera involucraba el uso de drogas. Aparte de Cholo, varios otros chavos relacionaron sus fracasos en la institución con las drogas. *Cariño* (18 años, El Puente) es un buen ejemplo del fuerte vínculo que tienen los chavos entrevistados con las drogas, a pesar de las intervenciones de Casa Alianza: "He entrado y salido, entrado y salido... cinco, ¡seis veces! [La última vez salí] por problemas de adicción... Hay permiso los fines de semana de salir, y una vez salí, se me ocurrió venir a ver a los del Puente y ya no regresé". Santo (21 años, El Puente) me contó que empezó a consumir activo dentro de la institución.

Me agarraron y me trasladaron por acá a Casa Alianza. Y fue cuando empecé a conocer la mona.²⁸ La probé la primera vez, me gustó... dentro de Casa Alianza por parte de un amigo, Armando Pérez... Pues duré allí hasta los 18 prácticamente. Entré y salí fácil más de 16 veces... estaba, estaba estudiando. Terminé el curso de serigrafía. Estaba estudiando la secundaria, me aburrí, la dejé. Después me metieron a un curso de sastrería. Estaba a punto de terminarlo, me enojé, le grité a la maestra, pegué en la mesa y me expulsaron.

Santo y Socio me contaron otra historia sobre el uso de drogas en Casa Alianza, según la cual los cacharon y tuvieron que dejar la casa hogar un 24 de diciembre. En las palabras de Socio, así pasó:

²⁸ "Mona"-papel desechable o un pedazo de trapo mojado con activo.

Es que ese día ya estábamos bien al tiro.²⁹ Ya lo habíamos hecho. Ya ves los *biters* que venden para la mota, ¿para que no ponchen?³⁰ Yo tenía uno [allá en Casa Alianza.] Ajá, me lo dieron. Ese día había llegado bien pacheco³¹ ya ¿no? Me dice Chupón, “no, yo también tengo mota”. “A ver saca”. Y sí sacaron ¿no? Y ya nos la empezamos a fumar en el *biter*, así un día, otro día, cuando no nos poníamos a jugar fútbol, para que no se dieran cuenta los consejeros. Ya después, otro. No pues yo traje unas monas. Las mamilas³² que vendían ¿no? No pues, “cámara,³³ saca una mona”. Vamos a festejar la navidad en la azotea ¿no? Cámara, nosotros le decíamos “Acapulco” [a la azotea de Casa Alianza] ¿no? porque lo habíamos arreglado con unas bancas, y como si estuviéramos en un balneario. ¿Ves que hay camas para que tomes el sol? Nos subíamos bien alucinados y nos subíamos nuestras jarras de agua y acá. Y ya después nos bajamos y ya habíamos quedado de acuerdo que iban a venir estas morras.³⁴ Vamos a andar bien pachecos en la fiesta. Cámara ¿no? En corto ¿no? Yo voy a pedir permiso para salir un rato. Voy a traer mota. Y dice Santo, “No pues a mí me van a pagar”. Porque a ellos les pagaban por la serigrafía. Y me dice, “no, pues yo compro el activo”. “Cámara. ¿Cuántas vas a comprar?”, “No, pus dos”. Yo y mi carnal nos fuimos según a dar un rol y ya teníamos lo de la mota y en corto, ¿no? Ya llegábamos con la mota y nos la pasábamos bien. El Santo también, ese güey casi no olía porque era uno de los aplicados ahí, y, este, casi no sospechaban de él. Más porque como olía a lo de la serigrafía no se iban tanto acá.

Ya nos llegó la noche, llegaron las morras y nos dimos un toque,³⁵ acá. En la noche nos había sobrado mota y activo y nos echamos un toque ¿no? y agarramos y rompimos unos pelones, y como que estábamos comiendo pelones y dice la mona. Acá ¿no? Yo estaba bien calladito para que no nos terciaran, hasta trapeamos el cantón en la noche. ¡fun, fun! Trapeamos un buen de pino. Trapeamos chido y creo que era Noche Buena, y acá oliendo a pino. Entró el consejero y dijo, “¿a que huele?”, “No pues huele a pino”, “Cámara, va”. Ya la salvamos ¿no?, y dijimos, “no pues ya la hicimos” ¿no?, pero no, que empiezan a hacerse desastre ¿no? El Chupón no. Él estaba en el otro dormitorio, pero es que como el dormitorio, el baño estaba junto, y anexados los dos dormitorios. O sea nos podíamos ver en el baño. Y estábamos acá y empiezan a hacerse desastre el Santo y la Chiquita. Y en eso dije, “cálmense hijos de la chingada”. Y el Rodrigo nos vio acá, ¿no? El consejero nos vio medios sospechosos ¿no?, “¿A que huele?”, “No, pues huele a pino”, “Cámara, chavos. Ya duérmanse. Ya no quiero que hagan desastre. Si no, los voy a sacar a dar vueltas a la cancha”. “Sí Rodrigo”. Y ya nos acostamos, y otra vez, a hacer el desastre. Y yo, “Cámara hijos de la ñonga. Nos van a torcer”. Ya después dije, “pus cámara, yo también”. Llega el Rodrigo y nos dice, “los veo bien acá. Sóplame. No, tú hueles a activo. ¿Dónde está la mamila?”.

No, pus yo tenía todo. Yo tenía la mota y el activo. El activo lo tenía en mi oso, la mota la metí abajo del colchón y en mi cartera, y empieza a buscar. “No Rodrigo,

²⁹ “Estar al tiro”-estar listo, estar atento.

³⁰ “Hitters”- pequeñas pipas para fumar marihuana o *crack*; “ponchar”- hacer un cigarro de marihuana.

³¹ “Pacheco”- pasado, con el influjo de la marihuana.

³² “Mamila”- pequeña contenedor lleno de activo.

³³ “Cámara”- “ya está”, ok.

³⁴ “Morras”- chicas.

³⁵ “Toque”- fumada de marihuana.

si quieres levanta el colchón”. “¡Pero esto ya fue!”, ¡al chile!”,³⁶ acá. “Empezamos mañana el aseo general del comedor”. “No, no, tiene que salir la lata”. “Ya la tiramos a la azotea”. Que se sube a ver y nos dice, “no hay nada”. No, pus ya valió queso.³⁷ En corto, y que empieza a revisar todo en el dormitorio. Que le ve el hoyo a mi oso y dice “Ahhh ya te torcí”. ¡Pum! que mete la mano y que saca la mamila. Y yo dije, “ya valió queso”. “A ver, ¿qué traes en la cartera?”. Que la abre y la bolsa estaba casi nueva, y que le arrebató la cartera. “A ver dámela. ¿Qué traes ahí?”, “No, pues es que traigo cosas personales”, y acá ¿no? “No, no, yo tengo que revisar esa cartera”. Le digo, “nel Rodrigo”. Lo que es ¿no?, y que ve la mota y que me bajó de la escalera. “No, que acá te vamos a sacar”. Y le digo “pues ya sácame”, pues ya bien mono ¿no? “Ya sácame”, lo que es ¿no? “En últimas, ya no quiero estar aquí. Ya me quiero echar unas monas allá afuera”. “¿Ahh sí?, Poli”, porque tienen radios ¿no? “Poli, ábrale a Socio ya le vamos a dar su egreso”. Llegó el poli y ya nos careamos bien Rodrigo y yo, ¿no? Y yo seguía de insistente “Nel, sácame y acá...y es más déjame ir por mis cosas”. Y ya llego al dormitorio y que empiezan de locos el Santo y la Chiquita, “No, carnal, si te van a sacar a ti también que nos saquen a nosotros. Nosotros también fuimos. ¿Qué tranza? Mira, aquí está mi mona”. No pues en corto que nos agarramos y que nos subimos a la azotea y que nos vamos. ¿Se brincaron? Sí. Nos estaban choreando y no nos iban a dejar salir, y en corto ¿no? Y ya nos vieron arriba y en corto. El que sí se quedó fue mi carnal el Chupón, y ya. Nos quería cambiar un toque por un chocho, pero nel nosotros para qué queríamos chochos.³⁸ Ah, pues también el Tolteca se salió, el Santo, la Chiquita y yo. La neta no teníamos dónde quedarnos. Íbamos dando el rol hasta que me acordé y les dije, “ya sé dónde nos podemos quedar, en Centro Médico”. En corto nos fuimos a quedar arriba de una cabañita. Ahí se notaba que también se quedaban, había un buen de periódico. Ahí nos quedamos un rato, nos pasamos la primera noche, pero estuvo chido.

Esta historia de Socio y Santo nos deja con varios ejemplos de la perspectiva de los chavos sobre Casa Alianza. La confianza de poder entrar de nuevo facilitaba la solidaridad de los otros chavos con Socio y la salida grupal. Los diferentes grupos de “hijos de Casa Alianza”, dentro y fuera de la institución en cualquier momento, también promovían el movimiento entre las casas hogar y los puntos de pernocta en la calle. Aunque no fue así en este 24 de diciembre, generalmente los chavos tenían con quién llegar en la calle saliendo de una institución. Además, notamos el uso de drogas dentro de la institución y el constante contacto con el mundo callejero. Su vínculo con la calle mientras estuvieron en Casa Alianza no parecía debilitarse tanto. La ex-novia de Socio se quedó en Casa Alianza un tiempo después de que él salió y ella comenzó a visitarlo en el Garibaldío camino a la escuela todos los días para consumir una mona y pedir la ayuda de su novio con la tarea de matemáticas. También es normal encontrar a niñas de Casa Alianza en El Puente. Salen de las casas con permiso para ir

³⁶ “Al Chile”- de verdad.

³⁷ “Valer queso”- arruinarse por descuido.

³⁸ “Chochos”- metanfetaminas.

a la tienda y pasan a visitar a los chavos de El Puente y consumir una mona. En ocasiones, estas “visitas” duran días, semana o meses. Pérez me explicó que la cercanía de El Puente con las casas de niñas era una de las características más atractivas del punto para los chavos que se quedaban allí.

Casa Alianza jugaba un rol importante en el mundo callejero infantil en el D.F. La institución había tocado las vidas de la mayoría de chavos en situación de calle en la ciudad. Tal vez ése no sería el caso si fueran más rígidos o estrictos sobre los reingresos y las consecuencias cuando un chavo abandona su proceso. Como veremos en los siguientes capítulos, los “hijos de Casa Alianza” que se quedaban en El Puente demostraron tener valores y una autonomía sorprendente para un grupo de jóvenes callejeros. Seguramente Casa Alianza merece parte del crédito por esta formación. La cuestión que queda entonces es si la institución se conforma con generar un impacto de “reducir los daños de la vida callejera” y ser una buena influencia en los chavos que pasan por sus programas, o si miden su éxito con los chavos que realmente logran desarraigarse de la calle.

Con base de mi escasa experiencia con esta OSC, diría que sí contribuyen “de manera sustentable a la protección y atención de niñas, niños y adolescentes en situación de calle, víctimas de explotación sexual o sujetos a adicciones”, como plantean en la primera parte de su misión. Lo que no vi entre los chavos e historias que conocí en mi trabajo de campo fue el cumplimiento de la segunda parte su misión –la incorporación de los chavos “a la sociedad de forma funcional y autosuficiente”. No conocí a los jóvenes que han cumplido exitosamente con sus procesos en Casa Alianza que seguramente existen; no obstante, el número de jóvenes que dejaron procesos truncos allí y eligieron la calle sobre las oportunidades ofrecidas por la institución, llama la atención.

2.4.3 Programa Niños de la Calle, A.C.

El Programa Niños de la Calle, A.C. (PNC) empezó a trabajar en México con niños en situación de calle en 1991. Inicialmente, el programa fue financiado por Visión Mundial, dándole la seguridad económica para atender a niños con tres perfiles diferentes: el niño callejero, el niño trabajador y el niño en alto riesgo. En 2007 dejó de recibir apoyo de Visión Mundial y ha tenido que cortar programas y servicio por falta de recursos económicos.

Esta OSC tiene un origen evangélico, pero su pedagogía no se basaba en la religión; aunque todos ‘los tíos’ (educadores de PNC) que trabajaban allí durante mi trabajo de campo

eran cristianos e involucraron su fe en su práctica con los beneficiarios. Cuando empecé el trabajo de campo con PNC, los chavos eran atendidos en el Centro de Rescate, dividido en dos espacios: el Módulo de Reducción de Daños (Módulo) y el Programa de Calle-Patio (Patio). Módulo era un centro de internación para chavos callejeros, ubicado en el mismo inmueble que el Patio en la colonia Doctores. El programa del Módulo se cerró al final de 2009 por falta de recursos y los chavos que estaban ahí internados se integraron a la Casa HOVDI, otra casa hogar de PNC para niños menores sin proceso de calle. Al final de 2010, solamente cuatro chavos del Módulo permanecían en el nuevo ambiente. No tuve la oportunidad de conocer el proyecto del Módulo personalmente, así que esta sección se concentra solamente en el proyecto del Patio.

2.4.3.1 El modelo del Centro de Rescate, PNC

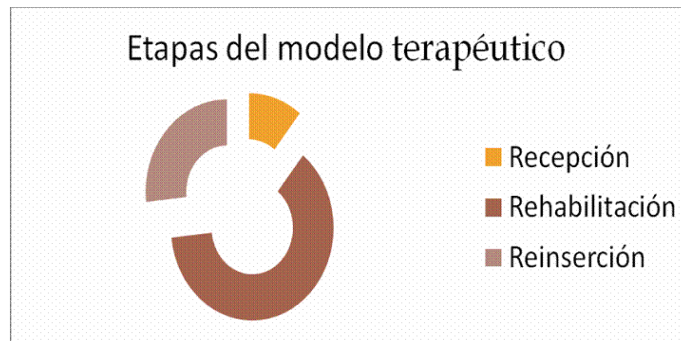
La misión de PNC es “Dignificar las condiciones de vida de niñas, niños y jóvenes que viven en calle, o están en riesgo de vivir en ella, impulsando su desarrollo integral a través de acciones preventivas y de rescate en el ámbito individual, familiar y social, en el marco de sus derechos”. El Programa busca promover valores de solidaridad, cariño y lazos familiares, así como apoyar a los niños y jóvenes que viven en las calles de la ciudad de México.

El Centro de Rescate (reducido al proyecto de Patio durante mi trabajo de campo) tiene como objetivo general que los chavos “sean incluidos en procesos de promoción del desarrollo humano y social, para que gradualmente salgan de la calle”. Su objetivo específico es “Brindar a los niños, niñas y jóvenes que viven en calle, un ambiente de orden, cordialidad y fraternidad, afecto y toda clase de ayuda y de servicios en los aspectos de albergue, alimentación, vestido, aseo personal, de atención médica, psicológica y dental, de formación, de reforzamiento de valores integrales, de educación, espirituales, culturales, recreativos, de capacitación y entrenamiento para la vida independiente, jurídicos y en general asistenciales”.

Su modelo es más simple que los de las otras instituciones.³⁹ La metodología del programa se divide en tres etapas: recepción, rehabilitación y reinserción; de ellas, la segunda es la más extensiva.

³⁹ Aunque no logré conseguir una copia, el director de Casa Alianza me enseñó el modelo en una entrevista, de más de 200 páginas.

Imagen 2.1 Etapas del modelo del Centro de Rescate, PNC



En la etapa de ‘recepción’ los educadores diseñan las primeras estrategias de intervención con el chavo. Sobre el trabajo de calle, solamente explica que los educadores visitan diversas zonas de calle para el seguimiento de casos específicos y el abordaje de chavos. Antes de iniciar el proceso de rehabilitación se dan a la tarea de desarrollar relaciones significativas y amistosas para llevar a cabo el proceso de desadaptación gradual de la vida callejera. Durante la primera etapa se hace un diagnóstico general de las diferentes áreas del caso (familiar, social e individual) y determinan si el niño está dispuesto entrar en un proceso con PNC. Si le interesa, se inicia un registro de información y se definen servicios de consultas con especialistas u otras instituciones.

La etapa de ‘rehabilitación’ se realiza con diversas actividades en Patio y Calle. Aquí los procesos incluyen espacios terapéuticos, actividades productivas, espacios de organización de la vida cotidiana, actividades re-educativas, actividades artístico-culturales, actividades de asistencia a la salud, asambleas comunitarias y la oferta de una red de servicios institucionales.

La tercera etapa de ‘reinserción social’ es aquella donde los chavos ponen en práctica en la comunidad real y familiar las habilidades, destrezas, formas de relación y formas de solucionar los conflictos, incorporadas durante la rehabilitación. El modelo destaca cuatro procesos presentes en esta etapa:

- La Gradualidad al pasar tiempo fuera de PNC y el mundo callejero.
- La Separación de las redes callejeras y la comunidad terapéutica.
- La Pertenencia a un espacio de la comunidad fuera del mundo callejero.
- La Autonomía para tomar sus propias decisiones a favor de una sana red familiar y social.

Los educadores trabajan con los chavos de la tercera etapa para desarrollar estos procesos con el fin de desarraigarse de la calle y lograr otro estilo de vida más sano y estable.

2.4.3.2 Prácticas y perspectivas de los tíos de PNC

Durante mi tiempo con PNC, las salidas a la calle fueron limitadas debido el recorte de personal, pero innecesarias para llenar el Patio día tras día, pues la llegada de nuevos chavos al Patio con amigos beneficiarios era algo común. Por eso, a diferencia de Pro Niños y Casa Alianza, los primeros abordajes de estos casos se realizaron dentro de la institución; una minoría de los casos se abordaba en la calle. De hecho, la diferencia más notable entre la versión oficial del proyecto y las prácticas que observé entre los tíos fue en la etapa de recepción. Llegaron hasta 40 beneficiarios por día, y el equipo de dos ‘tíos’ estaba completamente sobrepasado por las demandas inmediatas de los chavos y la instrumentación de actividades con ellos.

Después de cuatro meses participando en la institución noté que la psicóloga estaba haciendo expedientes de algunos de los chavos con participación más constante o un interés por salir de la calle. Le pasé copias de las historias de vida que había redactado para ayudar con este proceso, ya que con excepción de algunos que habían estado en el Módulo, no había datos registrados sobre los chavos. De los chavos que asistieron al Patio durante el año que yo participé en PNC, sólo una minoría cumplió con diagnóstico formal. Los asistentes eran tantos que resultaba prácticamente imposible realizar esta actividad con tan pocos educadores en el equipo.

En la etapa de rehabilitación, se siguió una rutina de desayunar, tomar baños, lavar ropa, participar en actividades y/o en el Círculo de Confianza, ver la televisión, comer y limpiar el Patio para promover una estructura en la vida cotidiana. El Círculo de Confianza sirvió como espacio terapéutico en el programa. Como actividades productivas hubo cursos en la producción de jabón y cuadros de polyester. Ofrecieron ejercicios escolares y hojas para colorear como actividades reeducativas y s artístico-culturales, así como paseos al cine y al bosque de Chapultepec. Cortaron el pelo, quitaron los piojos, limpiaron heridas y regalaron medicamentos como actividades de asistencia a la salud, y tuvieron asambleas comunitarias donde los educadores dieron avisos sobre eventos especiales y cambios en el programa. Observé que la red de servicios institucionales incluía canalizaciones a centros de rehabilitación

y casas hogar, el pago y el acompañamiento a servicios médicos y atención psicológica. En este sentido, brindaron todas las actividades mencionadas en el modelo.

El círculo de confianza se restringió a los que tuvieron una participación más regular en el programa, y para entrar a los talleres productivos también se requirió un proceso previo con el chavo. Fuera de estos dos espacios, todos los asistentes tuvieron acceso a las otras actividades descritas como parte de la etapa de rehabilitación. Aunque ésta no implicaba un programa profesional de desintoxicación, Perla me explicó que uno de sus objetivos principales es que los chavos dejen la droga: “que los jóvenes al ingresar aquí al Patio dejen de consumir... que dejen de consumir aunque sea unas cinco horas, que es el tiempo que están aquí en el lugar”.

El Círculo de Confianza era un espacio de terapia grupal reservado para los chavos con mejor participación en el Patio. Allí se hablaba de los sentimientos y los problemas que estaban enfrentando en la vida como callejeros. Tomasa describe el espacio así:

Lo principal (espacio de intervención con los chavos) es el Círculo de Confianza, donde les pedimos que expresen todo lo que sienten, todo lo que quieren. Aun si sea una tontería para los demás, que la digan. Incluso tolerar que se rían de repente o que se burlen o que hagan algún comentario, ¿no? Pues hay que intervenir de la mejor forma, pero hay que aguantar hasta esto, hasta que ellos aprendan a comportarse a respetar poco a poco. Y darle valor a este espacio porque a ellos también les va a tocar el momento a expresarse allí [...es] una atención en el área de salud mental que era lo que nos faltaba anteriormente y nos estamos capacitando para poder hacerlo.

El Círculo lo dirigió un tío, y duraba de 30 minutos a una hora. A pesar de que en el Círculo sólo pudieron participar quienes tuvieron mayor asistencia en el programa, no todos aprovecharon el espacio, y varios chavos se quedaban dormidos en las sesiones. Por otro lado, hubo lágrimas y momentos de sinceridad cuando los chavos confesaron sus miedos y reconocieron sus errores. Estos momentos fueron experiencias impactantes para todos los participantes, y en varias ocasiones noté cómo estimularon procesos para que dejaran la calle. Salomón explicó el programa así: “A través del Círculo de Confianza, la terapia, que los chavos comienzan a tratar a su situación mental, a dignificar el estilo de vida de ellos. El Círculo de Confianza es la herramienta principal y la otra es el trabajo, lo que hacen con los cuadros y este tipo de cosas (en las actividades productivas). Son los dos vínculos más fuertes que tenemos para la rehabilitación de los chavos”.

También se ofrecieron talleres en donde se trataron temas importantes para el programa, como la sexualidad, la drogadicción, artes y oficios, y las relaciones familiares, abiertos a toda la población. A menudo un tío coordinaba una actividad educativa o artística para los demás chavos, mientras que los que llevaron procesos participaron en el Círculo de Confianza.

Durante mi trabajo de campo, el Patio sirvió como centro de día para chavos de la calle de ambos sexos hasta los 30 años de edad, aunque también se atendió a varios que tenían “28 años” desde hacía media década. Hasta mediados de 2010, de martes a viernes, llegaron diferentes grupos de chavos a desayunar, bañarse, comer, lavar su ropa, participar en la terapia grupal u otra actividad y normalmente ver una película. Dependiendo del grupo, les tocó acceso al Patio una o dos veces por semana. Como la demanda para entrar rebasaba las capacidades del pequeño equipo en un espacio limitado, los tíos dieron prioridad a los grupos con integrantes más jóvenes. De todos los centros de día que conocí en México, el Patio tenía la población más alta, atendiendo a más de 100 callejeros por semana.

Sin el espacio del Módulo fue más difícil promover salidas de la calle entre esta población, por lo que el proyecto empezó a enfocarse en la reducción de daños por medio de apoyos asistenciales, y ocasionalmente apoyó a algún chavo para ingresar a un centro de rehabilitación o recibir atención médica. A diferencia de Pro Niños, la práctica no demostró el objetivo de desarraigar a los chavos de la calle; fue más parecida a la que percibí en Casa Alianza, aportando al bienestar de los chavos con espacios educativos y terapéuticos, pero aceptando que pocos iban a salir de la calle. La visión a menudo parecía enfocarse en la primera actividad de la primera etapa: “desarrollar relaciones significativas y amistades”. En las palabras de Perla:

...que ellos se sientan acompañados, porque tal vez con las relaciones que llevan allí afuera tengan acompañamiento pero no es bien inducido. Estar con los chavos, darles este tiempo... escucharlos porque muchas veces lo que ellos quieren es la atención. Que ellos platicuen y nosotros estar con ellos para escucharlos y responder en lo que cabe en nuestras posibilidades para ayudarlos.

Tomasa describió el proyecto de la siguiente manera:

...es una intervención integral, porque no solamente viven con hambre, con frío y con la necesidad de atención afectiva, sino que vienen con un cúmulo de emociones, de sentimientos, de necesidades internas, que no se atienden con los alimentos, ropa y juegos que aquí les brindamos. Hay que intentar ser más empáticos con ellos y meternos un poquito más en su ser. Todas las actividades

son importantes si hay una interacción con ellos, desde que te piden la ropa, yo de repente les digo, “¿Qué necesitas? ¿Qué quieres?”. Y, por ejemplo, me dicen, “una playera, tía”. Y les digo, “A ver, ¿de qué color? ¿manga larga o manga corta? ¿con dibujitos?...”, dándoles a ellos la importancia de qué es lo que ellos quieren... En las clases cuando le damos una actividad no escolarizada y ellos me dicen, “tía, tía, califiqueme”. Y les encanta que le ponga MB (muy bien) y una carita feliz. Ésta es otra interacción y atención a sus necesidades internas de hacerlos sentir importantes y orgullosos.

En este comentario de la psicóloga también vemos la importancia que los tíos dan al desarrollo de relaciones afectivas, la cual no se refleja en el modelo institucional.

Mientras era evidente el gran valor que para los tíos tenía el desarrollo de relaciones significativas con los chavos, también noté una tensión entre el equipo de educadores. Hay varios perfiles de educador entre los tíos de PNC, desde una que contaba con estudios profesionales en servicios psicosociales con jóvenes, hasta otro que vivió seis años en la calle como joven y ya tenía más de 20 años trabajando con callejeros. Esta diversidad puede enriquecer la labor de la OSC, pero algunos educadores mencionaron la falta de comunicación y de coordinación entre el equipo con relación a los procesos que pretenden llevar a cabo con los chavos.

2.4.3.3 Prácticas y perspectivas de los chavos en relación a PNC

A diferencia de Pro Niños y Casa Alianza, los chavos no llegaron al Patio por abordajes en la calle, sino por medio de otros chavos. Muchos de ellos todavía se referían a la institución como Visión Mundial, aunque no había estado vinculada con esta fundación durante varios años. Cacho (20 años, Juárez) me contó que llegó a PNC

...con una pata rota. Bueno no rota, quebrada... Me caí y unos chavos de allí de Juárez me llevaron... contra mi fuerza de voluntad (se ríe). Y ya llegamos allí a Visión y el tío Eduardo me subió al módulo... y ya me quitó el yeso y me salí. Y luego ya me volvieron dar chance de entrar y ya me ayudaron con un apoyo para entrar a trabajar. Estuve trabajando aquí en la Biblioteca de México que está en Balderas. Estuve allí como tres meses, cuatro meses. Después de allí, pues, ya me salí de Visión Mundial.

Casi siempre había un chavo nuevo cuando iba yo a Patio, lo que se debía en parte a su apertura para atender diferentes perfiles de callejeros. Como me explicó Caballo (20 años, Garibaldío), “Lo chido de Patio es que vamos todos juntos. Ahí en Casa Alianza no entras si eres mayor de edad, Pro Niños tampoco, y tampoco entran morras allí, pero con los tíos todos pasan”.

Su apertura para recibir a todos causaba más problemas que solamente interferir con los procesos de recepción. A pesar de que se revisaba a los chavos antes de entrar, en varias ocasiones se les sorprendió consumiendo drogas en los baños. En el torneo de voleibol de 2010 algunos chavos de El Puente, que no llevaron procesos con PNC, entraron con activo y tuvieron un enfrentamiento con un tío cuando comenzaron a consumir. Aarón (18 años, El Puente) recordó este día después platicando conmigo: “¿Sí estabas, una vez que fuimos a Visión y hubo problemas? Y nada más dijeron ‘Aarón, Cariño’, y todos nos paramos. Ninguno se quedó sentado”. Igual que cuando sorprendieron a Socio y Santo drogándose en Casa Alianza, notamos la solidaridad entre los chavos al enfrentarse con los miembros de la OSC en esta situación. Se salieron todos juntos, abandonando el torneo. El superávit de servicios para chavos en situación de calle les permite actuar así. Igual que como sucede en Casa Alianza, los chavos del Puente fueron aceptados de nueva cuenta en el Patio cuando se presentaron de nuevo, sin repercusiones.

Caballo dio otro ejemplo del poder que algunos chavos sintieron con relación a PNC. Salomón lo sorprendió intentando llevarse algunos DVD de la institución en su mochila y fue suspendido de El Patio durante dos semanas. Sin embargo, Caballo no regresó a la institución durante cinco semanas y cuando lo encontré en la calle me dijo: “Deja que me extrañen un poco más y regreso”. Durante este tiempo los tíos preguntaban regularmente por él, ya que era de los pocos que realmente llevaba un proceso en la institución.

Por otro lado, fue muy claro el aprecio que algunos chavos tenían por los tíos y sus relaciones afectivas con ellos. Jocelyn (20 años, Garibaldío) agradeció a los tíos por ayudarle con el entierro de su hermano cuando fue atropellado. “Lo velamos y lo enterramos. Gracias a Dios, ¿no? Bueno, gracias a Dios y a los tíos. Fue con la ayuda de los tíos”. Flaca (15 años, Garibaldío) también apreciaba mucho el apoyo que recibió del psicólogo y el equipo de PNC en general: “Los tíos... sí te escuchan y te llevan al doctor. Como Caballo está enfermo, lo llevaron al doctor, ¿no? Luego, luego se preocuparon por él, ¿no?... y esta vez que me dolió el estómago, que ‘vamos al doctor’, luego, luego ‘vamos al doctor’... fue esta Tomasa. No me llevó al doctor pero me compró mi suero... fue la que me dio el Pokemon y una cobija”.

Fue solamente con el acompañamiento de Tomasa que Flaca concedió entrar a un centro de rehabilitación algunas semanas después de esta entrevista. Abandonó la institución después de la primera noche, pero regresó a PNC gracias a su relación afectiva con Tomasa.

La relación más significativa que noté en PNC fue aquella entre Sarahí (25 años, Canal del Norte) y Salomón. Cada viernes ella le llevaba dinero y cosas para su hermano en el Reclusorio Oriente, quien le entregaba las cosas cuando iba de visita a ver a varios chavos encarcelados allí. Cuando llegué al trabajo de campo, uno de los sujetos principales asistía a la institución D de lunes a jueves, y solamente iba a PNC los viernes. De pronto dejó de asistir a la institución D, y cuando le pregunté por qué, me contestó,

Honestamente, ¿quieres que te diga algo? Yo no le veo futuro a la institución D. Hasta el ambiente es diferente. Aquí [en PNC] se siente más tranquilo. Aquí tenemos más atención. Aquí nos enseñan cosas. Pero la institución brinda más apoyo. En la institución D hasta que meten activo y allí están drogándose en el baño. El trato es diferente, hay más respeto. Entre nosotros los que venimos, hay más respeto. Luego nos dan clases, pero ahorita no sé por qué no. Hay un círculo que se llama Círculo de Confianza y entramos y platicamos cosas, decimos qué queremos. Hay más apoyo, legalmente, cuando nos enfermamos nos llevan al médico, nos compran el medicamento, brindan ropa, nos dan consejos, pues sí, es muy diferente. Los tíos se preocupan por nosotros. Luego hacen paseos, también. O sea, aquí sí le veo futuro. Mi hermano Óscar me habla aquí del reclusorio los martes y me dice, “Ay, ya junta para un cuarto para cuando me salga tengo a dónde me vaya”. Es a quien mandamos cosas y dinero. El tío Salomón se las lleva. Como el sábado pasado le llevó jabón, champú, crema, rastrillos... le va a meter un amparo para que salga.

En general, la percepción de los chavos sobre PNC era positiva, aunque pocos llegaron a la etapa de reinserción. Algunos solamente aprovecharon los servicios asistenciales y la oportunidad de estar atendidos con toda la banda sin restricciones de edad o género. Otros realmente valoraron sus relaciones con algún tío, y dependieron de este vínculo afectivo y apoyos personales brindados por el equipo.

Durante mi trabajo de campo, el Patio recibió a más callejeros que cualquier otra OSC en la ciudad. En 2009 se atendió ahí a más de 400 chavos con los apoyos asistenciales y morales. Por la crisis económica de la institución, en septiembre de 2010, el Patio dejó de atender a todos los mayores de 22 años de edad que no participaban en un taller productivo, y la población bajó en 90%. También cortaron el horario de servicios y dejaron de dar comida, solamente un desayuno frío. Cuando los tíos cortaron los apoyos asistenciales e intentaron exigir que los chavos llevaran un proceso productivo para seguir gozando de los otros apoyos, la deserción del proyecto fue impresionante. Llegué a ver el espacio con dos o tres chavos los martes, cuando un mes antes había 30 chavos con participación regular en este horario. Desde entonces no he vuelto a ver el Patio lleno. El equipo se ha reducido a dos educadores nada más y sobre todo atienden a los ocho jóvenes que participan en el taller de poliéster. He

acompañado a Salomón a calle en varias ocasiones desde la caída del proyecto y es como el flautista de Hamelín cuando llegamos a los grupos; da tristeza ver a un educador tan valioso desaprovechado por falta de recursos.

¿Por qué se cayó el proyecto del Centro de Rescate? Hasta donde yo podía percibir, fue por la falta de congruencia entre su modelo y las prácticas. Hacía falta justificar su modelo de reducción de daños y aprovechar los recursos para llevar a cabo más procesos con los participantes que asistían al Patio. Con tanta demanda de las poblaciones callejeras, el equipo se limitaba a atender las necesidades inmediatas de los 400 chavos que aparecían en su puerta, haciéndole imposible instrumentar el modelo y cumplir con la planeación del proyecto. Yo observé una cadena continua de discontinuidades en las interfaces entre los chavos y los educadores, los educadores y la dirección y la OSC y los benefactores a lo largo del tiempo pasado durante mi trabajo de campo, resultando en el fin del proyecto que atendía a más chavos de la calle que cualquier otro en el ámbito nacional.

2.5.4 EDNICA, I.A.P. (Educación con el Niño Callejero)

EDNICA se fundó en 1989 para apoyar a los niños callejeros, niños trabajadores y niños que viven riesgos asociados a la calle, así como a sus familias. Aparte de sus programas de intervención directa con estas poblaciones, EDNICA busca “que la comunidad y las organizaciones que están dentro de las zonas en las que intervenimos, reflexionen y generen cambios de actitud respecto a cómo enfrentar y/o prevenir el fenómeno del callejerismo infantil”. Además, el folleto institucional y su página web explican que el quehacer institucional se fundamenta en la importancia de “fomentar la participación de actores clave de la sociedad para desatar iniciativas a favor de las poblaciones en situación de calle que les garanticen mejores condiciones de vida”. En este ámbito, EDNICA participa en varias redes, tiene un programa de radio y publica una revista académica sobre la lucha de los derechos de la niñez y la juventud en Iberoamérica.

Durante mi tiempo en campo, EDNICA contaba con tres centros comunitarios en la ciudad de México: uno en el Ajusco, uno en Xochimilco y uno en la colonia Morelos. De los tres centros, solamente el de Morelos tenía un programa activo con callejeros. Cuando llegué al lugar, el Centro de Xochimilco estaba intentando levantar el proyecto de calle, pero el educador aún no lograba convencer a los callejeros de la zona de venir al Centro Comunitario. En la misma zona había un centro de IASIS que ofrecía baños y comida por cinco pesos, sin

exigir la participación de los chavos en actividades educativas. Con esta competencia, el educador no lograba atraer beneficiarios al programa de EDNICA. Además, la población callejera de la zona era más vieja, había incluso varios padres de los niños que participaban en el programa de Niño en Riesgo y Trabajador. Acompañé al educador de calle de EDNICA Xochimilco en cuatro ocasiones, pero no encontramos chavos con el perfil para mi proyecto; por eso decidí enfocar mi trabajo con EDNICA en el Centro Comunitario Morelos.

2.4.4.1 El modelo de EDNICA

EDNICA busca “movilizar y fortalecer el capital humano” en las comunidades que cuentan con poblaciones callejeras. Su misión es “Fomentar iniciativas a favor de la infancia y de la juventud en riegos asociados a la calle que, basadas en los derechos humanos y en corresponsabilidad con diferentes actores de la sociedad, generen acciones y servicios que les permitan participar en procesos que los lleven a trascender sus condiciones de vida”. Las intervenciones con poblaciones marginadas se dividen en cuatro programas:

- Programa de Calle
- Programa de Niño en Riesgo y Trabajador
- Programa de Familias
- Programa de Red Social y Comunitaria.

El modelo de intervención de todos los programas se basa en los derechos humanos y los derechos de la infancia. Cada programa tiene cuatro fases de trabajo:

- Fase 1: Vínculo y confianza.
- Fase 2: Desarrollo de habilidades.
- Fase 3: Desarrollo de planes individuales.
- Fase 4: Canalización y seguimiento.

A pesar de ser el programa más pequeño de EDNICA, el Programa de Calle cuenta con un manual operativo de 268 páginas, en donde se detalla extensivamente cada una de las cuatro fases. Cada fase debe durar de tres a nueve meses y ningún chavo debe permanecer durante más de tres años en EDNICA. El manual incluye formatos para registrar cada actividad y dar seguimiento a los pasos de cada fase. El texto también explica cada procedimiento con pasos numerados y diagramas de flujo.

El objetivo del programa es que los niños, niñas y jóvenes callejeros mejoren sus condiciones y desarrollen paulatinamente un plan de vida alternativo a la vida en calle. La Fase 1 está dedicada a establecer contacto institucional con chavos que viven en la calle. El manual

incluye un guía para los recorridos de calle y explica el proceso institucional para verificar que un chavo cumpla con el perfil que se busca para el programa, cómo abordarlo e cómo iniciar el diagnóstico del caso. También explica la importancia de desarrollar vínculos y confianza con los chavos, así como establecer acuerdos con ellos. Especifica cómo medir el éxito en cada uno de estos pasos de la primera fase e incluye un procedimiento de análisis profundo de los puntos y zonas de encuentro. El análisis considera los diversos tipos de vínculos dentro de las redes comunitarias de los chavos de la zona, factores de arraigo y desarraigo, y los grados de vinculación y confianza con los chavos para establecer los acuerdos necesarios para su ingreso a la Fase 2.

En la Fase 2 se busca impulsar el desarrollo de competencias de los beneficiarios en tres ámbitos fundamentales: conocimientos, habilidades y actitudes. En esta fase, el educador sigue desarrollando el diagnóstico de cada beneficiario, pero comienza con la integración del chavo a las actividades del Centro Comunitario. El manual especifica el procedimiento para el ingreso diario, desde los preparativos que debe realizar el educador antes de abrir el centro cada mañana, a la revisión física de los chavos para prevenir la entrada de armas y drogas; incluye un formato para evaluar las actitudes de los chavos al momento de su entrada cada día. Después viene una detallada descripción sobre el procedimiento de regaderas, el uso de los lavaderos y el aseo de los espacios de trabajo en el centro, con el fin de promover la higiene, mejorar la autoestima de los beneficiarios y responsabilizarlos sobre el uso y el cuidado de las instalaciones. A diferencia de las otras OSC, el manual exige que los chavos traigan su propio jabón y otros artículos del baño, o que paguen una cuota de recuperación para obtener este material en EDNICA.

La Fase 2 también incluye un tratamiento de acupuntura con el objetivo de ofrecer un espacio de contención emocional y promover la reducción del daño por adicciones, así como curaciones de heridas y golpes. Además, el manual explica el procedimiento para las intervenciones en crisis y el procedimiento de apoyo emocional para que “el beneficiario/a logre una revaloración positiva de los acontecimientos y de sus relaciones interpersonales; para que identifique los recursos con que cuenta para enfrentar la situación actual que le afecta”.

Otro enfoque de la Fase 2 es proporcionar un espacio que permita la sana e higiénica alimentación de los chavos de manera corresponsable; al igual que en el procedimiento de las regaderas y los lavaderos, los chavos deben dar una cooperación para la comida. Todos dan

una aportación económica y apoyan al cocinero: van por las tortillas y se ocupan de la limpieza de las ollas después de la comida.

Al inicio de cada semana, los chavos en Fase 2 deben participar en la planeación semanal de actividades, encargándose de proponer actividades, definir roles y acordar horarios. Todos deben firmar la planeación al final de esta sesión. La planeación puede incluir salidas recreativas; para llevar a cabo un paseo, se requiere la firma de todos los participantes en los acuerdos antes de salir y una evaluación de cada asistente por el educador después del paseo.

El modelo plantea que en el Centro Comunitario se desarrollan diversas actividades educativas mediante temáticas específicas referidas al desarraigo callejero con el fin de fortalecer las habilidades y competencias de los chavos. El programa también incluye talleres para el desarrollo de competencias laborales, con el objetivo de modificar la representación social que los chavos se han formado acerca del trabajo, así como para que los chavos logren incorporarse a uno “no callejerizante”.⁴⁰ Finalmente, el programa incluye talleres de habilidades tecnológicas para el desarrollo de la psicomotricidad, la creatividad y habilidades lógico-mentales. En la sección de la Fase 2 del manual también se explica el procedimiento que se debe seguir para la salida del centro a final de la jornada de atención, y cómo registrar y evaluar el desempeño de cada chavo durante el día.

En la Fase 3, el educador identifica qué chavos ameritan el desarrollo de un plan individual. Se concluye su diagnóstico (dentro de los primeros tres meses de iniciar esta fase) y se impulsa la construcción participativa de estrategias para el desarrollo de su plan personal. El manual explica el procedimiento para darle seguimiento y reorientación. Esta fase incluye entrevistas individuales con los chavos y la elaboración de cartas descriptivas para el desarrollo de las actividades diagnósticas. En el análisis del caso del chavo que pasa a esta fase se incluyen los siguientes puntos: desarrollo de actividades de sobrevivencia, violencia (transversal), adicciones, identidad (autoconcepto, autoimagen), relaciones sociales, familia, itinerancia (utilitarismo) institucional y salud.

En la Fase 3 también se busca identificar y hacer contacto con los miembros positivos de las redes sociales de los chavos. En base del diagnóstico se trabaja en el diseño de estrategias para el plan individual para el chavo; el modelo propone que el educador defina las

⁴⁰ Se refiere a actividades callejerizantes como aquellas que comprometen la integridad y la dignidad de quien las realiza, así como las que fortalecen la representación social utilitaria, como infundir lástima, para obtener un ingreso.

estrategias y llegue a acuerdos con él. La participación del chavo en este proceso es secundaria a las acciones del educador, que es quien tiene que coordinar y aplicar entrevistas, llenar varios formatos sobre el diagnóstico y el proceso, así como proponer opciones viables para llevar a cabo el plan. Finalmente, se destaca el procedimiento para seguir los acuerdos de manera mensual y llevar a cabo las entrevistas de seguimiento.

Aparte del plan individual, en esta fase los chavos deben participar en un campamento cuyo objetivo es proporcionarles experiencias vivenciales de desarraigo y un espacio estructurado para pernoctar fuera del ámbito callejero. No es muy clara la relación de esta actividad con el resto de las actividades de la Fase 3.

La Fase 4 y la Fase 3 Comparten varios procedimientos. Aquí se busca brindar la atención especializada requerida por el beneficiario con servicios externos a EDNICA, así como incorporarlo a otros espacios de desarrollo humano. El manual explica cómo seleccionar los casos de egreso y cómo desarrollar e instrumentar un plan de trabajo para el cierre del proceso, que debería involucrar la participación activa del chavo. A los chavos que egresan de EDNICA en la Fase 4 se les da un reconocimiento en un evento comunitario.

Después de su egreso se monitorea el caso durante seis meses con llamadas telefónicas y visitas al hogar o institución donde se encuentre el chavo. En esta sección también se explica el procedimiento para que el educador desarrolle y mantenga un directorio de otras instancias a donde se puedan ir los egresados de EDNICA. La canalización del chavo debe fortalecer el proceso individual y también puede darse como conclusión del proceso con EDNICA. El educador debería investigar varias opciones para atender las necesidades destacadas en el diagnóstico del chavo, y después presentárselas para tomar una decisión entre los dos. El manual incluye los formatos y procedimientos para llegar a acuerdos con el chavo y llevar a cabo la canalización. A diferencia de los de las otras OSC, el manual de EDNICA no destaca el procedimiento para la reintegración familiar. En su lugar, se incluye la opción de vinculación comunitaria para integrar el chavo a un espacio fuera de la calle con miembros positivos de su red social. En esta sección explica el seguimiento requerido para evitar, o en su caso superar, la codependencia y relaciones nocivas en la vinculación. Finalmente, el manual expone cuál es el procedimiento para mantener la bitácora de seguimiento para monitorear la estabilidad de los chavos en sus procesos de canalización o vinculación.

2.4.4.2 Prácticas y perspectivas del educador de EDNICA

El Programa de Calle del Centro Comunitario Morelos es responsabilidad de un solo educador con el perfil de académico. De lunes a jueves acudieron jóvenes callejeros de la zona a EDNICA para participar en el programa. Durante el tiempo que pasé con ellos, la población participante tenía entre 16 y 30 años de edad. En general, asistían entre ocho y quince callejeros por día, y aproximadamente la mitad de los beneficiarios participaban de manera irregular, acudiendo durante unos días y luego desapareciendo para varias semanas.

De las cuatro OSC, la población de beneficiarios de EDNICA era la más dañada por la vida callejera. Muchos chavos tenían dificultad para caminar y comer por haber consumido tanto activo. Los casos más graves de daños psicológicos se encontraron en esta población, también. Durante mi tiempo con la asociación murieron tres beneficiarios del programa en la calle.

Las condiciones del centro eran más modestas que las de otras OSC. El área del programa de calle contaba con unas repisas donde se guardan los trastes, ollas y material para talleres. Algunos chavos guardaban su ropa y otras pertenencias personales allí, también. Había dos mesas y 12 bancos de plástico que se usaban para comer y para realizar las actividades de capacitación para el trabajo (hacer pulseras, aretes y collares) una vez a la semana. También había una televisión y máquina de DVD, que constantemente tocaban una variedad de reggaetón y rock de los discos piratas que los chavos traían. Ocasionalmente algún chavo llevó una película, que se veía antes y después de la actividad del día. Las películas y la música de los chavos reflejaban la violencia cotidiana que vivían afuera del centro en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad.

A pesar de la adversidad de las circunstancias, Juan intentó seguir el detallado y exigente modelo resumido en la sección anterior. Noté algunas modificaciones y excepciones que hacía, para adaptarla a la realidad en que estaba trabajando. Por ejemplo, todos se bañaron, con o sin jabón, a pesar de la regla institucional que exige que cada chavo tenga su propio jabón y su toalla. De hecho, nunca vi una toalla en el centro. Se realizaba la planeación semanal cada lunes, pero casi siempre era la misma. Cada día de la semana los chavos participaban en una actividad diferente (fútbol, computación, arte y reflexión sobre la vida) y generalmente respetaban el mismo plan de: reflexión los lunes, arte/capacitación para el trabajo los martes, computación los miércoles y fútbol los jueves. Dependiendo de la disponibilidad de la

homeópata, se incorporó el tratamiento de semillas (llamado cupuntura) para tratar sus adicciones y ocasionalmente participaron en otras actividades y algunos servicios brindados por talleristas o voluntarios externos.

Durante mi tiempo con EDNICA, Juan acompañó a algunos chavos a servicios médicos y a otros a canalizaciones a centros de rehabilitación, pero la gran mayoría de su tiempo lo dedicaba a la realización de las actividades cotidianas, así como a dar pláticas en una secundaria pública cada semana, también participaba en una red con otras OSC e instancias del gobierno. Por eso le quedaba poco tiempo para coordinar procesos personales y hacer recorridos en la zona.

Dada la gravedad del estado de salud de los chavos en el programa, era poco común que llegaran a las tercera y cuarta fases del modelo institucional. Según Juan, en los últimos nueve años, el Centro Morelos nada más reportó un caso de alguien que dejó la calle siguiendo el modelo planteado en su manual operativo. Han tenido beneficiarios en las cuatro fases, pero sólo uno ha logrado desarraigarse completamente de la calle. Esto no quiere decir que el proyecto sea un fracaso; si bien, debido a que los recursos son tan limitados y a las características del perfil de los beneficiarios el enfoque debería ser de reducción de daños, en vez de intentar promover salidas de la calle.

El proyecto ayudaba a los chavos de varias maneras. Pasaban unas horas sin drogarse, se bañaban, comían “sanamente”,⁴¹ y participan en actividades educativas. Juan tenía relaciones significativas con varios chavos y un interés sincero en ayudarlos; pero no era idealista y reconocía la realidad de la situación. Con tanto daño y arraigo, la idea de desarrollar una nueva vida fuera de la calle no era una propuesta realista para los participantes del programa.

A la mitad de mi estancia en calle llegó un chavo al centro con otro perfil. Alfredo, se quedaba en la calle pero no consumía. Había asistido a la escuela y era un buen artista. Este chavo ofreció a Juan un rayo de esperanza y la posibilidad de realmente egresar a alguien del programa exitosamente. La historia de vida que contaba no cuadraba y tenía problemas de salud mental, pero también tenía muchas características de resiliencia y mucho menos arraigo a la calle que los demás chavos del programa. Cuando terminó mi trabajo de campo estaban

⁴¹ Normalmente las cooperaciones para la comida eran de entre dos a cinco pesos por beneficiario, así que su dieta en EDNICA se limitaba a huevos, arroz, salchicha, salsa, tortillas y a veces pollo. De vez en cuando alguien traía dinero extra y daba diez pesos para las tortillas o saborizante para el agua, pero normalmente tomaban agua de la llave y compartían medio kilo de tortillas entre todos.

buscando un trabajo para él y enfrentando el problema de superar la flojera de cumplir con una vida estructurada. Aunque el manual estipula que cada fase debe durar de tres a nueve meses, el proceso con Alfredo fue acelerado, ya que aún no estaba arraigado a la calle. Esperar más tiempo hubiera significado promover el arraigo.

Juan reconoció que cuando se realizaron actividades de la tercera fase (Desarrollo y Planes Individuales), los chavos ya tenían sus discursos sobre sus planes de vida, los más populares eran regresar con la familia o empezar una, dejar las drogas, y rentar un cuarto. En sus palabras, “son herramientas que nosotros como educadores exigimos que expongan, porque ya saben qué responder. Saben qué decir, saben qué no decir, saben todo el discurso. No va a cambiar mediante un taller, tiene que ser un trabajo terapéutico fuerte”.

De la misma forma, las canalizaciones se realizaron sin la esperanza de desarraigar al chavo de la calle, sino de prevenir su muerte. Algunos chavos se internaban en anexos por tres meses cuando llegaron a “tocar fondo” y realmente estaban en riesgo sus vidas. En ningún caso de canalización lograron mantenerse limpios o dejar la calle por más de dos semanas después de su egreso de estos programas. Como veremos en el capítulo cuatro, los centros de rehabilitación servían como un descanso del vicio, para recuperarse un poco y poder durar otra temporada en la calle.

La incompatibilidad de la realidad callejera del Morelos con las últimas fases del modelo de Programa de Calle ha llevado al equipo del Centro Comunitario a concentrarse más en el trabajo preventivo con niños en riesgo y familias que viven ahí, e invertir menos en el proyecto con callejeros.

2.4.4.3 Prácticas y perspectivas de los chavos sobre EDNICA

No conocí a ningún chavo fuera del Morelos que hubiese participado en EDNICA, por lo que mi conocimiento se limita a los beneficiarios que participaron en el programa durante mi trabajo de campo. El nivel de daño que presentaban estos chavos también complicaba este análisis, ya que no era posible distinguir entre lo que era producto de sus fantasías, discursos y opiniones sinceras. Dos meses antes de ser atropellado, Rulas (24 años) ya no podía beber sin popote o caminar bien por tanto que temblaba su cuerpo. Sin embargo, me contó de su plan

para llegar a ser veterinario con la ayuda de EDNICA, recuperar a sus hijos (que nadie conocía) y volver con su familia.⁴²

Como vimos arriba, a Sarahí (25 años) le gustaba preguntar al educador de EDNICA, “¿por qué pierdes tu tiempo si sabes que no vamos a cambiar?”. Según el educador, “Es una frase que tiene muy hecha ella. Es súper hábil. Sabe sobre todos los discursos de las instituciones, las drogas, las enfermedades, los proyectos de vida”. Aún a los 25 años, Sarahí seguía usando EDNICA y PNC como apoyos principales en su red de sobrevivencia. Como ningún beneficiario del Programa de Calle en EDNICA “cambiaba”, tal vez Sarahí se sentía más cómoda asistiendo allí, entre otros que tampoco lograrían dejar la calle. Según ella, decidió dejar de asistir a EDNICA cuando hizo el plan de rentar un cuarto con sus hermanos, pues consiguió el derecho de entrar más días a PNC con su plan de juntar dinero. Sin saber si realmente tenía la intención de rentar un cuarto o no, podemos relacionar este discurso con su entrada a PNC. Tal vez la compañía de chavos menos dañados que los beneficiarios de EDNICA le dio más esperanza. Cuando hablé con Juan sobre su salida, su respuesta fue pesimista. “Ahora entiendo que ella está buscando la oportunidad de rentar un departamento. Me da mucho gusto pero, ¿qué con su consumo? Ella sabe que no va a funcionar, pero lo niega porque tiene esperanzas de que de alguna manera funcione”, me explicó.

Otro elemento del programa que no se aplica es el límite de tiempo que un chavo puede participar en él; los tres sujetos principales de este estudio que participaron en EDNICA estuvieron más de tres años. Marcos (19 años) y Mario (21 años) me presumieron que fueron de los primeros que asistieron al Centro Comunitario cuando se abrió, siete años antes de mi llegada. La permanencia de estos chavos en el programa, aun con procesos interrumpidos, demuestra la importante posición del programa en la red social de sus beneficiarios. Un educador de otra institución que trabajó con estos dos chavos años antes me comentó: “Algo que ayudó a que Marcos se arraigara más todavía al punto de Morelos... para mí en lo personal es que haya llegado EDNICA al lugar... Algo que a mí no me gusta de la metodología de EDNICA es, ‘bueno, vamos a tirarle a la reducción del daño, que siga aquí pero que se bañe; que siga aquí pero que sepa que puede comer mejor o conseguir un trabajillo, pero no importa que siga aquí’”.

⁴² Cuando Rulas murió, EDNICA intentó avisar a su familia durante un mes, pero no fue posible localizar a ningún familiar.

Justamente como argumenta este educador, en vez de ver la OSC como apoyo para salir de la calle, parecía que los chavos la habían incorporado como parte fundamental de su vida callejera en la colonia Morelos. Por otro lado, el discurso de Mario (21 años, Canal del Norte) en sus entrevistas conmigo ofrece una perspectiva distinta. Él me comentó: “Me gustaría hacer algo para cambiar mi situación, me gustaría dejar las drogas... para lograrlo voy a EDNICA... Hace como cinco meses me acompañaron a un centro de rehabilitación, un anexo. Estuve tres meses en ese lugar y aguanté sin drogarme. Los maestros me hacían visitas”.

No vi procesos exitosos de las fases tres y cuatro cuando estaba en EDNICA, pero sí vi relaciones afectivas con el educador, así como el interés sincero de aprender cómo usar la computadora y participación activa en los otros talleres. Los chavos se identificaban con EDNICA. A pesar de que otros centros en la zona que regalaban jabón y comida, y probablemente tenían instalaciones más lujosas, estos chavos eligieron ir al Centro Comunitario Morelos por el sentido de pertenencia.

De las cuatro OSC, noté menos congruencia entre las tres perspectivas de EDNICA que en cualquier otra. El educador tenía muchas dificultades para cumplir con las exigencias de seguir el modelo, sabiendo que los chavos no podrían reintegrarse a la sociedad. De la misma forma, los chavos armaron sus discursos para cumplir con las exigencias de la institución, pero tampoco demostraron un interés sincero de dejar la vida callejera. En realidad, creo que todos en el Centro Comunitario Morelos, desde el coordinador –que antes fue educador del Programa de Calle– hasta los otros educadores del Programa Niño en Riesgo y Trabajador y el Programa de Familias, y los mismos beneficiarios, todos sabían que el objetivo del programa tenía que ser la reducción de daños, no el desarraigo de la calle. Este objetivo no concuerda con la visión progresiva de la institución y a lo mejor por eso no se modifica su modelo, pero los límites de los beneficiarios son claros. Conuerdo con Juan, estos chavos requieren procesos terapéuticos individuales y profundos para enfrentar los daños psicológicos, traumas y abusos que han padecido en la vida callejera, antes de pensar en desarrollar un plan de vida con ellos.

2.5 Conclusiones preliminares sobre las OSC

Los programas escritos de las cuatro OSC están estructurados por fases. Todos dividen los procesos con los chicos en tres a cinco etapas, desde el abordaje a la salida activa de la calle. El Cuadro 2.1 resume el diseño de cada programa.

Cuadro 2.2: Las fases de los programas analizados

Pro Niños	Casa Alianza
<ol style="list-style-type: none"> 1. TRABAJO DE CALLE (TC) 2. CENTRO DE DÍA (CD) 3. OPCIÓN DE VIDA (OV) 4. CASA DE TRANSICIÓN A LA VIDA INDEPENDIENTE (CTVI) 	<ol style="list-style-type: none"> 1. PROGRAMA DE CALLE 2. ETAPA DE INTEGRACIÓN 3. ETAPA DE RECONOCIMIENTO 4. ETAPA DE FORTALECIMIENTO 5. SEGUIMIENTO
PNC, Centro de Rescate	EDNICA, Programa de Calle
<ol style="list-style-type: none"> 1. RECEPCIÓN 2. REHABILITACIÓN 3. REINSERCIÓN SOCIAL 	<ol style="list-style-type: none"> 1. VÍNCULO Y CONFIANZA 2. DESARROLLO DE HABILIDADES 3. DESARROLLO DE PLANES DE VIDA 4. CANALIZACIÓN Y SEGUIMIENTO

De acuerdo con mis experiencias con las cuatro instituciones, Pro Niños fue la más coherente entre el modelo escrito y la práctica de los educadores. La participación activa del equipo operativo en el diseño del modelo contribuía mucho a esta concordancia. Como no conocí personalmente las fases residenciales de Casa Alianza, ni conseguí copia del manual educativo, no puedo decir si los procesos realmente siguen el modelo. Sin embargo, la alta frecuencia de salidas por parte de los sujetos de esta institución sugiere el incumplimiento del objetivo de integrarlos a la sociedad. En el caso de PNC no vi procesos en la tercera fase, pero la OSC cumplía su misión de reducir daños en las poblaciones callejeras. Finalmente, en el caso de EDNICA, noté que se dedicaba especial atención a la segunda fase. Debido a que todo el programa estaba a cargo de un solo educador y a los altos niveles de daños entre los participantes de este proyecto, no era viable desarrollar procesos en las otras fases.

Cada OSC y sus educadores tienen un papel importante en las vidas de sus beneficiarios, y hay una diversidad notable entre los perfiles de callejeros atendidos por las diferentes instituciones. Niños recién llegados al Puente de Taxqueña, por ejemplo, requieren

una intervención muy distinta a la que se hace con jóvenes que llevan más de una década en las calles de la colonia Morelos. Todos los beneficiarios entrevistados dicen que los programas les brindan una ayuda importante. Lo que se requiere analizar más a conciencia es si la “ayuda” que brindan estos proyectos reduce los daños de la vida callejera, facilita su permanencia en la calle o promueve su salida de ella.

Durante mi trabajo de campo conocí a personas que habían tenido trayectorias de más de 20 años en la calle, y que tenían relaciones afectivas con educadores de varias OSC. Estas relaciones les servían en casos de emergencia y a veces para apoyos asistenciales, a pesar de haber salido de la infancia hace años. Ningún educador entrevistado reconoció que su labor promoviera el arraigo a la calle, aunque varios admitieron que había asistencialismo por parte de las OSC y que los chavos aprovecharon los beneficios sin llevar procesos serios para dejar la calle. Éstos son obstáculos que los educadores deberían enfrentar en su lucha por formar vínculos en las interfaces entre el mundo callejero y el mundo de las OSC, para así empoderar a los chavos y promover la autonomía, pero ¿cómo se mide la eficacia de estos esfuerzos?

El único lugar en el que escuché el discurso de “casos de éxito” fue en Pro Niños, donde realmente enfocaban su trabajo en un modelo lineal que llevaba a los chavos a dejar la calle. Todos los educadores que entrevisté tenían una respuesta inmediata sobre los casos de éxito para cada área y para Pro Niños en general. Básicamente, cuando un niño pasa de una etapa a otra y permanece un tiempo en ella, se considera un caso de éxito para el área a cargo de la transición, y cuando un niño permanece en su opción de vida, se habla de un caso de éxito para la institución.

Luis de PNC, por otro lado, tenía otra perspectiva. Él me explicó,

Nosotros podemos dar muchos consejos, muchos mensajes, favores, ayudarles con todo pero tenemos que llegar a su forma de pensar para que salga de ellos el cambio. Porque pueden cambiar por agradar al educador o a otra persona, pero es un cambio muy esporádico. Realmente el cambio que ellos requieren debe salir de su interior. Entonces ¿cómo lo podemos lograr? Como te decía, solamente dando consejos, ejemplos, testimonios de personas que han dejado las drogas, nada más así.

Para Salomón la idea de éxito es otra. Según él: “Anteriormente llevamos a los chavos con sus familias y pensamos que era un éxito. Después pensamos lo mismo de tenerlos en una casa hogar, pero tampoco. Y de lo que nos hemos dado cuenta es de que si un chavo en su proyecto de vida comienza a independizarse, comienza a trabajar, deja la zona y todo esto,

pues sí es un éxito para ellos”. Es interesante cómo su visión evolucionó de una perspectiva que se enfocaba en el éxito del educador, a un enfoque del éxito del chavo como sujeto activo. En ambos comentarios vemos cómo los educadores de PNC responsabilizan a los chavos de realizar los cambios en sus vidas.

En EDNICA no abordé el tema de casos de éxito con Olegario y Juan, y en Casa Alianza nada más Pérez me habló de esta idea:

Son jóvenes que se deterioran menos... el promedio de vida en la calle es entre los 25, 28 años, pero bueno hay jóvenes que logran buscar por ellos mismos formar sus familias fuera de calle o reintegrarse y vivir de otra manera pero fuera de la calle. A veces este tipo de éxito no está contabilizado porque no se incluyen en los números que se reporten a los donantes. Pero sí se contempla en cuanto a la reducción del daño que van a invertir en los tiempos que están dentro de las organizaciones porque sí va a repercutir bastante.

Al parecer, la idea del éxito es muy subjetiva, y varía entre los chavos, los educadores y las OSC, hacía que sea imposible de medir. Esto contribuye a la ausencia de resultados y datos duros en los proyectos. ¿Cómo mides el éxito de un programa? Se puede contar con los apoyos asistenciales –cuántos platos se sirvieron, cuántos chavos asistieron al centro o cuántas playeras se repartieron, por ejemplo, pero en ningún modelo o entrevista detecté indicadores para medir la reducción de daños, el cambio de conciencia o el empoderamiento de los chavos—. Solamente Pro Niños tenía un parámetro claro para detectar la eficacia de su labor: que el niño decida, o no, dejar la calle y mantenga, o no, su opción de vida (aunque a menudo este proceso incluye varias recaídas a la calle).

* * *

En junio de 2012 se rumoraba en las OSC que el proyecto de Pro Niños se había caído casi por completo con la salida de Lourdes Garza, la directora que publicó el modelo educativo de la asociación. Juan había salido de EDNICA, desilusionado del proyecto que dirigió durante tres años. El centro principal de Casa Alianza de avenida Reforma estaba a la venta y PNC se había reducido a dos educadores con un promedio de cinco chavos atendidos por día. Cada institución debería de tener una lista de factores que contribuyeron a los problemas que enfrentaron en este momento, pero me imagino que la falta de resultados y datos duros era una causa significativa en los cuatro casos.⁴³

⁴³ Aunque Pro Niños tiene un indicador claro para medir el éxito de su modelo, el menor número de menores de edad viviendo en la vía pública le hacía imposible reportar las mismas cifras que antes. Ésta, combinada con la

CAPÍTULO 3:

EL MUNDO CALLEJERO Y LA CONTEXTUALIZACIÓN ESPACIAL

La calle es un espacio público asociado con el contexto urbano. Generalmente se diferencia la calle de los espacios privados, como el hogar, y de espacios más familiares como la iglesia, la escuela, el trabajo, etc. Entre la gran diversidad de personas que pasan por las calles, se encuentra un sinnúmero de percepciones de este espacio. Hay quienes lo ven como un espacio peligroso, pues ahí se topan con desconocidos y existe más probabilidad de que alguien les haga daño que en un espacio más familiar. Hay otros, a menudo los jóvenes, que ven la calle como un espacio libre, donde la gente no los conoce y, por tanto, es posible actuar sin miramientos. Esta última es la perspectiva asociada con muchos chavos que llegan a la calle en búsqueda de la libertad o la autonomía que no encuentran en sus hogares (Shaw, 2002).

Patricia Murrieta (2008) analiza esta idea, y considera lo bueno y lo malo de la calle desde la perspectiva de los niños callejeros en el Distrito Federal. Por el lado positivo, la calle es un espacio donde se encuentran las condiciones mínimas e indispensables para vivir; ahí se simplifica la vida. También es posible encontrar el afecto y la protección entre otros callejeros, así como el reconocimiento y el aprecio que tal vez faltaban en el entorno de abuso y maltrato de los hogares abandonados por ellos. En la calle pertenecen a un grupo, algo importante para cualquier adolescente. Además, la calle les brinda encuentros que promueven una sensación de poder por las oportunidades que éstos pudieran implicar como la posibilidad de robar, decepcionar a adultos y abusar de niños más pequeños o recién llegados a la calle. Finalmente, reconocemos que la calle es un espacio donde el niño o el joven es independiente y libre de tomar sus propias decisiones, consumir drogas, tener relaciones sexuales, etcétera.

Por otro lado, no es posible ignorar las malas condiciones de la vida en la calle. Hay varias características de la calle que no les gustan a los chavos como la dificultad para conseguir atención médica y la abundancia de enfermedades resultado de una mala dieta, la falta de higiene, el sexo desprotegido y el alto consumo de drogas. La norma de abuso físico entre los callejeros y de servidores públicos, por ejemplo, también son aspectos negativos de la calle. Mientras la mayoría consume drogas, los chavos reconocen los daños que les causan y a

resistencia del Patronato a abrir los apoyos a otros perfiles de chavos en situación de calle (trabajadores, adictos, migrantes), parecía ser la causa principal de sus problemas.

menudo asocian las adicciones con la calle. Los chavos entrevistados por Murrieta también reconocieron la dependencia que tenían de otros individuos para sobrevivir en la calle como una característica negativa de su forma de vida, si bien, como veremos más adelante, las redes callejeras son indispensables para la sobrevivir en la calle. Por otro lado, las relaciones afectivas y el apoyo de otros callejeros, no compensan la soledad y la ausencia de una estructura para la vida (Murrieta, 2008).

El último censo del Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS), que se realizó entre noviembre de 2008 y febrero de 2009, reporta una población de 2,759 callejeros en el Distrito Federal. Más de un cuarto de la población (740 personas) se componía por jóvenes de entre 18 y 29 años de edad y 81% era del sexo masculino. Casi la mitad (1,162 personas) se concentraba en dos de las dieciséis delegaciones del D.F., Cuauhtémoc y Venustiano Carranza.⁴⁴

Por medio de las OSC presentadas en el capítulo dos comencé a conocer diferentes grupos de chavos alrededor de la ciudad. Fui en días diferentes al Patio para conocer las poblaciones de varias zonas que participaron en PNC. Con el educador de EDNICA recorrí la colonia Morelos, principalmente visitando los tres puntos de encuentro de donde provenía la mayoría de los participantes del programa. Con Pro Niños y Casa Alianza participé en varios recorridos en los que conocí los puntos de encuentro de chavos en situación de calle por las paradas de metro de Taxqueña, Barranca del Muerto, Pino Suárez, Lagunilla, Buena Vista y Juárez, así como los del monumento de El Caballito en la avenida Reforma, la Plaza de la Solidaridad, el Parque Alameda, el panteón de San Fernando, la glorieta de Garibaldi y el Garibaldío.

La mayoría de los chavos del Garibaldío ya había asistido a PNC. A diferencia de lo sucedido con el grupo de Juárez (el otro punto donde varios jóvenes tenían el perfil que buscaba para mi proyecto en la delegación Cuauhtémoc), con el del Garibaldío sentí confianza gracias al apoyo que recibí desde un inicio por parte de Socio. Siguiendo su ejemplo, varios de los chavos que llevaban más tiempo en el baldío expresaron interés en mi proyecto y me invitaron a acompañarlos a trabajar (limpiar parabrisas, charolear o faquirear en el metro).

El grupo del Puente de Taxqueña recibió mucha atención de Pro Niños, Casa Alianza y PNC, ya que era el único que permanecía en la ciudad con una alta concentración de menores

⁴⁴ Veremos por qué estas delegaciones tenían zonas receptoras en las secciones sobre la zona de Garibaldi (en la delegación Cuauhtémoc) y la colonia Morelos (en Venustiano Carranza).

de edad. Como explicó Salomón de PNC, “Ya no hay niños de calle, y los chavos de Taxqueña son como el último recurso que tenemos todas las instituciones. No hay otros. Ya son poblaciones callejeras, y tú ves a los que vienen aquí, ya son bien viejos”. Era común que los educadores de estas OSC se encontraran a gente de otras instituciones en el Puente, pues el grupo representaba un fenómeno en riesgo de extinción y generaba un exceso de atención. Estos chavos estaban acostumbrados a ser visitados por educadores, misioneros, vecinos, reporteros y otros interventores, y eso facilitó mi acercamiento.

De los tres grupos que participaron en EDNICA, solamente me sentí cómoda con uno. Por su vínculo con los comerciantes de Canal del Norte, los chavos de este grupo no robaron y controlaron su consumo en cierto nivel. Además, tenían una trayectoria más amplia con las OSC participantes en este proyecto que los otros grupos que asistieron a ENDICA.

Debido al éxito que tenía en conseguir entrevistas e invitaciones para acompañar a los chavos del Garibaldío por mi amistad con Socio, uno de los líderes del grupo, busqué implementar la misma estrategia en El Puente. Mi relación con chavos respetados y hasta admirados por los demás miembros de cada grupo rápidamente me dio acceso a otros chavos con el perfil de sujeto que buscaba, pues participar en el proyecto los vinculaba con el líder y les generaba más beneficios como comida, refrescos o cigarrillos que yo les diera como compensación por ayudarme en la investigación.

La dinámica en Canal del Norte era diferente. El grupo era más pequeño y desarrollé las relaciones de manera más personal, dentro de EDNICA o junto con Juan cuando íbamos a realizar trabajo de calle. Además, Olegario me pidió que no ofreciera ninguna compensación a los chavos por su participación en mi proyecto, lo que cambió la dinámica con este grupo.

En las siguientes páginas analizaremos a estos tres grupos de jóvenes callejeros. En la primera parte del capítulo presento a los sujetos y a otros personajes relevantes para el estudio en cada zona. Examino el contexto espacial de los tres grupos y los recursos que se encuentran en cada una de las zonas, considerando en específico el punto donde duermen, así como las redes y el sentido de territorio que se han desarrollado. Aquí incluyo planos dibujados por un integrante de cada grupo en donde se registran sus redes de sobrevivencia. Estas imágenes sirven para fortalecer el análisis comparativo de las diversas perspectivas del mundo callejero. En este contexto, también retomo la relación que cada grupo tiene con las cuatro OSC de este

proyecto. Al final considero las semejanzas y diferencias de los tres grupos, con la intención de profundizar nuestra comprensión de la complejidad de la cultura callejera.

En la segunda parte del capítulo reviso otros espacios fuera de la calle, pero comunes en las trayectorias de vida de los sujetos de esta investigación. A pesar de no estar en la calle, las experiencias de los chavos en estos espacios contribuyen a su identidad como callejeros y su arraigo a ella. Veremos la presencia de los sujetos de estudio en estos espacios en las trayectorias que se presentarán en el siguiente capítulo.

3.1 Tres grupos de jóvenes callejeros en el D.F. y sus redes de sobrevivencia

Los tres grupos analizados en este proyecto de investigación se encuentran en zonas distintas de la ciudad. Sus puntos de pernocta, así como sus redes de sobrevivencia, son muy variados. No obstante, comparten algunas características. Los tres se ubican cerca de alguna parada del metro, donde hay movimiento constante de gente y actividad económica. El costo de transporte –tres pesos– es accesible para los chavos callejeros.⁴⁵ Es un espacio conductivo para charolear, robar, faqurear y realizar otras actividades por compensación económica. A pesar del bajo costo, es común que los chavos hagan amistad con los policías del metro para que los dejen pasar gratis. Hay prácticas comunes a los tres puntos, como la constante presencia y uso del activo, un sentido de pertenencia al grupo y arraigo a la zona y redes de sobrevivencia. A pesar de estas semejanzas, cada grupo tenía características que lo diferenciaban de los otros. La migración entre puntos de pernocta era común entre los chavos, pero durante el tiempo que duró mi trabajo de campo hubo poco movimiento entre estos tres grupos, y la cultura callejera se vive de maneras muy distintas entre éstos.

⁴⁵ Hasta enero de 2010 costaba sólo dos pesos.

3.1.1 El Garibaldío y la zona de Garibaldi



El Garibaldío, visto en las imágenes 3.1 y 3.2, es una casa abandonada que se encuentra sobre el Eje Central a dos cuadras del Eje 1 Norte en la delegación de Cuauhtémoc del Distrito Federal. La propiedad lleva por lo menos cinco años habitada por jóvenes callejeros. Según los chavos, primero era un antro y luego una fábrica de botas, hasta que se quemó, pero no supieron decirme hace cuántos años fue esto. La población del predio era fluctuante, pero durante mi trabajo de campo había 16 chavos de entre 13 a 24 años de edad que fueron residentes del baldío por periodos prolongados, cuatro chavas del barrio que regularmente se encontraban allí, un señor de 42 años y un promedio de cinco perros en cualquier momento.

Los miembros del grupo se presentan en el cuadro y en el diagrama 3.1, con círculos representando a los hombres y cuadrados para las mujeres. Los códigos para cada individuo concuerdan con sus categorías en este estudio (sujetos principales, sujetos secundarios y otros miembros del grupo) y sus números en el cuadro, que incluye el “apodo” que cada sujeto eligió para este proyecto,⁴⁶ sus edades y notas sobre relaciones o roles significativos dentro del grupo. El diagrama muestra libremente la jerarquía de los miembros del grupo incluidos en el cuadro y su vínculo con el grupo. Las elaciones amorosas están marcadas con una línea y las líneas punteadas significan separaciones en tales relaciones o del espacio. Los chavos que dejaron el

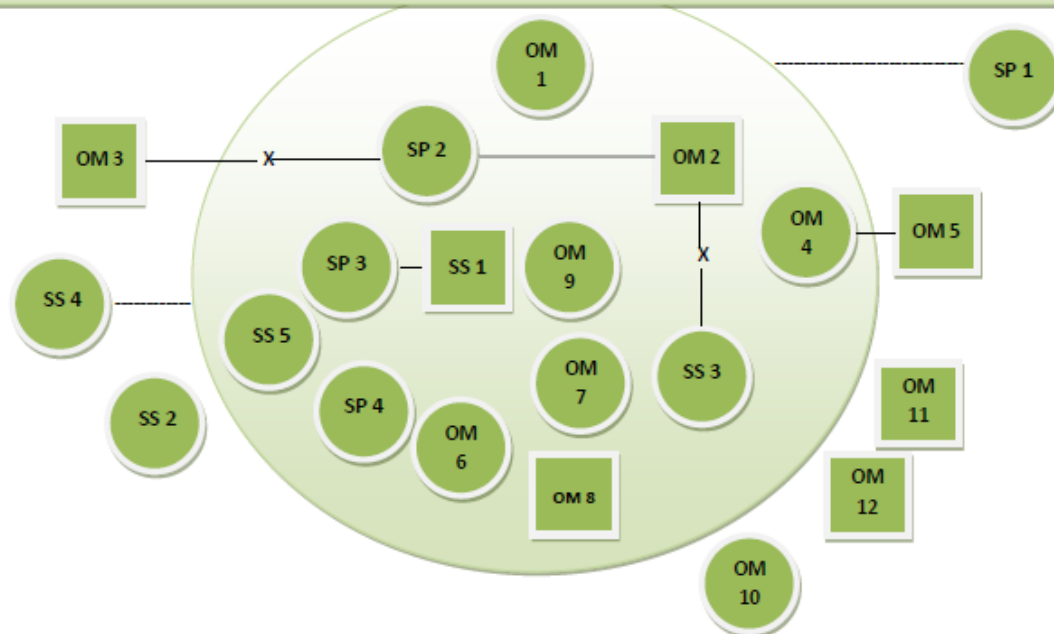
⁴⁶ En general, los sujetos eligieron con emoción un nombre artístico para el texto. En los casos en que no propusieron un nombre, yo lo escogí.

Garibaldío durante mi trabajo de campo, o solamente se quedaban allí ocasionalmente, están fuera del círculo. Finalmente, intenté ubicar a cada chavo cerca de los otros miembros del grupo con quienes mantiene relaciones afectivas.

Aparte de los sujetos principales y secundarios que participaron en entrevistas conmigo, y los educadores de las OSC que ya se presentaron en el capítulo tres, entrevisté a otros tres actores significativos en el mundo callejero de esta zona. Josué tenía 11 años trabajando como terapeuta familiar en un centro de rehabilitación ubicado por la Plaza Garibaldi y era visitado a menudo por varios chavos del baldío. El padre Mateo dirigía un comedor para gente en situación de calle a cuatro cuadras del baldío desde hacía nueve años; conoció a todos los chavos del Garibaldío personalmente. El tercer entrevistado en la zona fue don Álvaro, que creció en el barrio y tenía un puesto de comida en la misma cuadra que estaba el baldío. Los chavos decían que él los dejaba usar el baño y a veces les regalaba comida. Su hermano “cuidaba” el baldío, y a pesar de las broncas que habían tenido por incendios y vandalismo, tenían una buena relación con don Álvaro.

Cuadro 3.1 Sujetos y otros personajes significativos relacionados con el Garibaldío							
Sujetos principales (SP)		Sujetos secundarios (SS)		Otros miembros del grupo (OM)			
1	<i>Lento</i> , 22 (ex-líder)	1	<i>Flaca</i> , 15 (novia de <i>Caballo</i>)	1	<i>Mamá Choncha</i> , 42	7	<i>Cobijas</i> , 20
2	<i>Socio</i> , 19 (novio de <i>Kika</i> y <i>Ponchis</i>)	2	<i>Yori</i> , 24 (ocasional)	2	<i>Ponchis</i> , 18 (novia de <i>Copetes</i> y <i>Socio</i>)	8	<i>Kayla</i> , 15
3	<i>Caballo</i> , 20 (novio de <i>Flaca</i>)	3	<i>Copetes</i> , 21 (novio de <i>Ponchis</i>)	3	<i>Kika</i> , 17 (novia de <i>Socio</i>)	9	<i>Joshua</i> , 14
4	<i>Jocelyn</i> , 20	4	<i>Huesos</i> , 20 (Casa Hovdi, PNC)	4	<i>Piedras</i> , 18 (novio de <i>Yesenia</i>)	10	<i>Pin-pon</i> , 17 (hermano de <i>Copetes</i> , ocasional)
		5	<i>Cholo</i> , 24	5	<i>Yesenia</i> , 19 (vecina, novia de <i>Piedras</i>)	11	<i>Sara</i> , 16 (vecina, hermana de <i>Ponchis</i> y <i>Rubí</i>)
				6	<i>Roxana</i> , 18	12	<i>Rubí</i> , 14 (vecina, hermana de <i>Ponchis</i> y <i>Sara</i>)
Informantes de la zona				OSC que trabajan en la zona			
<i>Josué</i> (terapeuta familiar, centro de rehabilitación en la zona)				Casa Alianza			
<i>Padre Mateo</i> (coordinador de un comedor para gente en situación de calle)				Pro Niños			
<i>Don Álvaro</i> (empresario de la cuadra y hermano del cuidador del baldío)				Programa Niños de la Calle			

Diagrama 3.1: Chavos del Garibaldío



Mamá Choncha (OM1) era travesti y regularmente tenía relaciones sexuales con diferentes chavos del grupo. Algunos chavos se burlaban de él, pero de alguna manera se le respetaba en el grupo y todos agradecieron cuando asumió el rol de cocinero. En dos ocasiones durante mi trabajo de campo fue a vivir con su familia, pero no se ausentó del baldío por más de un mes.

El líder legendario del Garibaldío durante varios años fue Lento (SP1). Durante mi trabajo de campo, él ya se quedaba en la Casa de Cuauhtémoc⁴⁷ y había dejado las drogas. Todavía era admirado por los del baldío y chavos de otros puntos del mundo callejero defecio.

Los que tenían más antigüedad en ese lugar después de Lento y por ello gozaban de cierto poder eran Socio (SP2), Caballo (SP3), Piedras (OM4), Huesos (SS4) y Cholo (SS5). Cada uno de ellos pasó un periodo fuera del baldío durante el tiempo que compartí con el grupo, pero siempre mantuvieron un fuerte vínculo con el lugar. Socio estuvo en la cárcel en dos ocasiones por cuatro y dos meses, respectivamente; Caballo se fue con su novia Flaca a vivir con su familia durante casi 15 días en dos ocasiones; Piedras iba a la casa de su madre o rentaba cuartos de hotel con su novia Yesenia regularmente; Huesos pasó dos estancias prolongadas en las casas hogar de PNC;⁴⁸ y Cholo se fue a Acapulco, donde vivía su familia, en

⁴⁷ Una OSC de la colonia Guerrero sin mucha estructura, que por \$30MXN al día proporcionaba una cama y dos comidas, donadas por el IASIS, para gente en situación de calle.

⁴⁸ En el tiempo en que yo terminé esta tesis, llevaba más de un año en esta casa hogar y tenía un trabajo estable.

diciembre de 2009 por dos meses y luego en octubre de 2010, en ambas ocasiones después de meterse en problemas por robar a gente de la zona.⁴⁹

Copetes (SS3) y Cobijas (OM7) también eran residentes regulares del baldío, aunque los dos estuvieron en la cárcel por robo durante el tiempo que estuve con el grupo. Tenían fama de ser muy violentos cuando tomaban, por lo que no eran tan respetados como los chavos mencionados arriba. Por otro lado, debido a los altos grados de violencia y de drogas que manejaban en su vida, su estado de salud era peor que el de los demás chavos del lugar.

Joshua (OM9) tenía problemas psiquiátricos y no controlaba su violencia. Su vida pasaba entre su casa, el baldío y el Consejo Tutelar para Menores. A pesar de toda la violencia que había en el baldío, con el alto consumo de *crack* y la falta de control sobre quién entraba, la opinión del grupo era unánime que Joshua, quien pesaba tan solo 30 kilos, era el más peligroso y el más temido entre los chavos del grupo.

Yori (SS2) no tenía la misma reputación de peleonero, pero su fuerza física y su larga trayectoria en la calle le habían granjeado el respeto de los demás en el baldío; pasaba más tiempo con el grupo de El Caballito de la avenida Reforma porque su novia generalmente se quedaba allí. También pasaba temporadas en la casa hogar del Caracol y la Casa de Cuauhtémoc.

Igual que Mamá Choncha, Jocelyn (SP4) y Roxana (OM6) eran travestis. Mientras toda la historia de vida de Jocelyn es de calle, Roxana se fue de su casa en Guanajuato cuando salió del clóset a los 17 años. Regresó a su casa en dos ocasiones durante mi trabajo de campo, y siempre que me veía me pedía prestado mi celular para mandar un mensaje a su mamá. Jocelyn iba y venía entre Buena Vista y el Garibaldío. Pasaba aproximadamente seis meses del año en cada lugar.

Kayla (OM8) era una niña lesbiana que intentaba pasar por niño;⁵⁰ decía que sus padres habían muerto y que no tenía otra familia. Excepto ella, todas las demás chicas del baldío eran parejas de los chavos. Flaca (SS1) conoció a Jocelyn en un centro de rehabilitación y dos meses después de haber salido de la clínica se encontraron en la Plaza Garibaldi un día que Flaca estaba paseando sola por allí. Jocelyn la llevó al baldío por el tiempo en que yo llegué a hacer mi trabajo de campo y ahí comenzó su noviazgo con Caballo y su proceso de callejerización.

⁴⁹ Cholo falleció en noviembre de 2011, atropellado fuera del baldío.

⁵⁰ Falleció por sobredosis en abril de 2010.

Socio y Kika (OM3) tenían más de cinco años juntos. En un principio, se quedaban en la avenida Reforma, pero se cambiaron al baldío donde era más seguro para Kika, así que ella también era respetada en el grupo por su antigüedad en el lugar. Tres semanas después de que Socio fue encarcelado por primera vez, en febrero de 2010, a ella se la llevaron a una casa de alta seguridad para niñas prostitutas, donde permaneció hasta después de que terminé mi trabajo de campo.

Cuando Socio salió del reclusorio en mayo de 2010 y nadie sabía dónde encontrar a Kika,⁵¹ estuvo tres semanas sin pareja, pero después se hizo novio de Ponchis (OM2) que era novia del Copetes. Durante la mayor parte del tiempo que pasé ahí en trabajo de campo, Ponchis y sus dos hermanas, Sara (OM11) y Rubí (OM12), estuvieron en casas de alta seguridad también, ya que las tres trabajaban como sexoservidoras en la avenida Reforma. Cuando no estaban encerradas, vivían entre el cuarto que renta su abuela en la Plaza Garibaldi y el Garibaldío.

Pin-pon (OM10), el hermano de Copetes, vivía con sus papás pero periódicamente iba a pasar dos o tres semanas con Mamá Choncha en el baldío y, como él me explicó, “a echar desmadre un rato”. Había otros chavos que iban de tiempo en tiempo, entre ellos unos sobrinos adolescentes de Jocelyn y un señor de 28 años conocido como *el gringo*, que se juntó y tuvo un hijo con una educadora de calle. El gringo recaía al baldío periódicamente, pero siempre se quedaba al margen del mundo callejero por su apariencia europea y trayectoria como parte de una familia de clase media.⁵²

Algunos de los seis hijos de la señora Lupe, quien controlaba la venta de activo en la zona, también frecuentaban el baldío, pero no los conocí bien. De esta familia solamente tuve contacto directo con Yesenia (OM5). Ella también trabajaba como prostituta y se juntaba con varios chavos del baldío, pero principalmente andaba con Piedras. Por el poder de su familia en la zona, los chavos le temían. En julio de 2010 decidió que no me quería cerca de los chavos del baldío y un día amenazó apuñalarme con una navaja cuando fui con Cholo a buscar a Socio. De allí en adelante tuve que hacer citas con los chavos para verlos a la salida del metro Garibaldi y no arriesgarme a toparme con ella allí en el baldío.

⁵¹ A cumplir los 18 años, Kika regresó a la zona y sigue juntándose con los mismos chavos, en otro punto de pernocta.

⁵² Cuando yo terminé este trabajo, ya llevaba más de un año en calle con los chavos del baldío. También acompañó a Socio a Guadalajara en una ocasión y se quedó en la casa de Oliver, un educador de CODENI.

Aparte de esta población había un flujo regular de otros jóvenes y adultos que llegaban para drogarse, pero no se quedaban allí. Pérez, de Casa Alianza, describió al grupo así:

El tamaño del grupo ha subido y bajado con el paso del tiempo. No los veo tan organizados como el grupo de Taxqueña, pero sí ha existido un grupo de cuatro a cinco que han permanecido allí de manera constante, entre ellos Piedras, Socio, Kika. Ha habido familias completas que han llegado allí, y han permanecido durante un tiempo. Son varios pisos, y gente diferente ha llegado a ocupar diferentes partes del inmueble.

Es una casa de cuatro pisos con tres cuartos chiquitos, uno grande y espacios abiertos en cada nivel. La planta baja sirve principalmente como entrada y basurero. Durante los primeros ocho meses de mi trabajo de campo, no había puerta, nada más una cobija colgada en el marco de la puerta principal que da a la calle. A finales de marzo de 2010, el dueño de la propiedad puso una puerta para bloquear la entrada; cuando terminé esta etapa de la investigación, la puerta seguía puesta. Socio explicó,

Es que ya habíamos tirado varias puertas, ¡hasta una que pusieron con ladrillos! Ésta (la puerta sellada) sí, ya no, porque ya nos dijo (el hermano de don Álvaro) que si la tiramos van a venir por nosotros y nos van a encerrar, pero nos dio chance a quedarnos si no tiramos la puerta y si no hacemos desmadre... por eso mejor tiramos los ladrillos de arriba (donde estaba la ventanita) pa' entrar y salir.

La relación con el hermano de don Álvaro era de tolerancia pasiva. Hubiese sido difícil mantener a los chavos fuera de la propiedad después de tantos años de arraigo en el lugar. Sin embargo, según Pérez, la última puerta, la que conocí, tenía un efecto significativo:

En actualidad no hay acceso para prácticamente nadie, excepto para los cinco, seis que viven por allí. La puerta la han tumbado muchas veces... pero en esta ocasión, como que ya están más grandes y quieren conservar su privacidad y en este sentido esta puerta ayuda a que no lleguen otros chavos, porque en temporada de lluvias es el lugar donde muchos han estado yendo, pero ahora no hay tanto acceso para todos.

Antes la mitad del terreno era un jardín, pero cuando llegué, la basura llegaba a medio metro de altura, así como en el resto de la planta baja, menos en un pequeño cuarto al lado de las escaleras donde dormía Cholo. Atrás había otra escalera de caracol, pero casi no se utilizaba, “nada más para escapar del dueño y (como lugar escondido para) paniquearnos⁵³ cuando fumábamos piedra”, explicó Socio.

⁵³ “Paniquearse”- sentir pánico por los efectos del crack.

El primer piso nada más contaba con una pequeña ventana, que luego hicieron más grande para poder salir cuando el dueño cerró la entrada. Al lado de la nueva salida había un colchón y atrás había “un hoyo de emergencia para aventarnos a la basura de abajo”. Había otro cuarto chiquito con un colchón donde generalmente dormían dos o tres personas.

En el segundo piso había otro cuartito y el cuarto grande que se conocía como “la cocina”. En el cuarto chiquito dormía la Mamá Choncha con Jocelyn, Roxana y a veces alguna pareja. Este piso ya no tenía fachada y la parte de adelante que daba a la calle se conocía como “la sala”, “con vista panorámica a la Plaza Garibaldi, con música de mariachi las 24 horas, todo pagado”, presumió Caballo que dormía allí con Flaca. Aparte de su colchón, había dos sillones y un par de sillas. En la azotea había dos tinacos que no servían. El espacio se usaba principalmente como baño, tendedero de ropa, y “el mini Acapulco”, donde algunos chavos a veces subían a tomar el sol. La ropa la lavaba en otro lado, ya que el Garibaldío no contaba con agua, pero a menudo la traían mojada para tender en la azotea.

Hasta antes de la instalación de la nueva puerta había mucho movimiento en el baldío, pero los residentes se apropiaron de ciertos espacios. Por ejemplo, Flaca me contó que

Allí en el cuarto donde se quedan el Socio y la Kika yo me quedaba antes. Yo lo tenía bien limpio, bien arreglado... antes nada más era mío y lo tenía bien arreglado. Se metieron a fumar piedra y los corría. O sea sí se iban a acostar un rato, a cotorrear un rato, nada más fue así que fumaron marihuana o activaron, o un cigarrito, o alcohol... lo único, pero piedra que fumarán delante de mí, no.

Yo siempre percibía un ambiente de tolerancia en el baldío. Los pisos permitían la coexistencia de varios estilos de callejerismo en el mismo espacio, como los travestis (Mamá Concha, Jocelyn y Roxana), expresos muy violentos (Copetes, Yesenia, Piedras y Cobijas) y niños recién ingresados al mundo callejero (Kayla, Fernando y Flaca). Sin embargo, la diversidad de callejeros y prácticas en el espacio no siempre se controló con armonía. Una vez Yori me contó:

Lo que me gusta del baldío es que no hay reglas, y lo que no me gusta es de que, o sea, al dormirte no sabes si vas a amanecer o no vas a amanecer... así porque no es un lugar seguro y entra y sale cualquier pinche culero y no sabes quién está al lado tuyo, o quién va a subir con malas intenciones o a darte cuello,⁵⁴ o sea eso si duermes, pero luego como no estás con seguridad, no duermes bien.

⁵⁴ “Dar cuello”- matar.

Aparte de respetar la puerta que fue instalada, el grupo instrumentó otras estrategias para mantener algo de control sobre el espacio. Salomón, el educador de PNC, me contó que “De pronto ellos expulsan a uno u otro del baldío. Así pasó con el Cobijas... y con el Copetes, lo sacaron por peleonero. Aunque hay mucha violencia en el baldío, ellos tienen sus reglas, sus normas”.

Lo que los habitantes del Garibaldío tenían en común era la práctica de usar drogas. Era un lugar donde fácilmente se podía conseguir y consumir cualquier sustancia. Muchos reconocieron que las adicciones eran la razón por la que seguían viviendo en un espacio tan sucio y peligroso, pero raramente el temor los convencía de abandonar el espacio. La siguiente plática que tuve con Flaca ejemplifica esto.

Flaca: No me gusta nada [del baldío.] No me gusta porque está sucio. Estoy porque me drogo, no me gusta estar así. No tengo lo mismo que tenía en mi casa. Me baño en casas hogares, como en casas hogares, tengo que pedir comida, pedir dinero, cosas, cosas que no hacía yo...

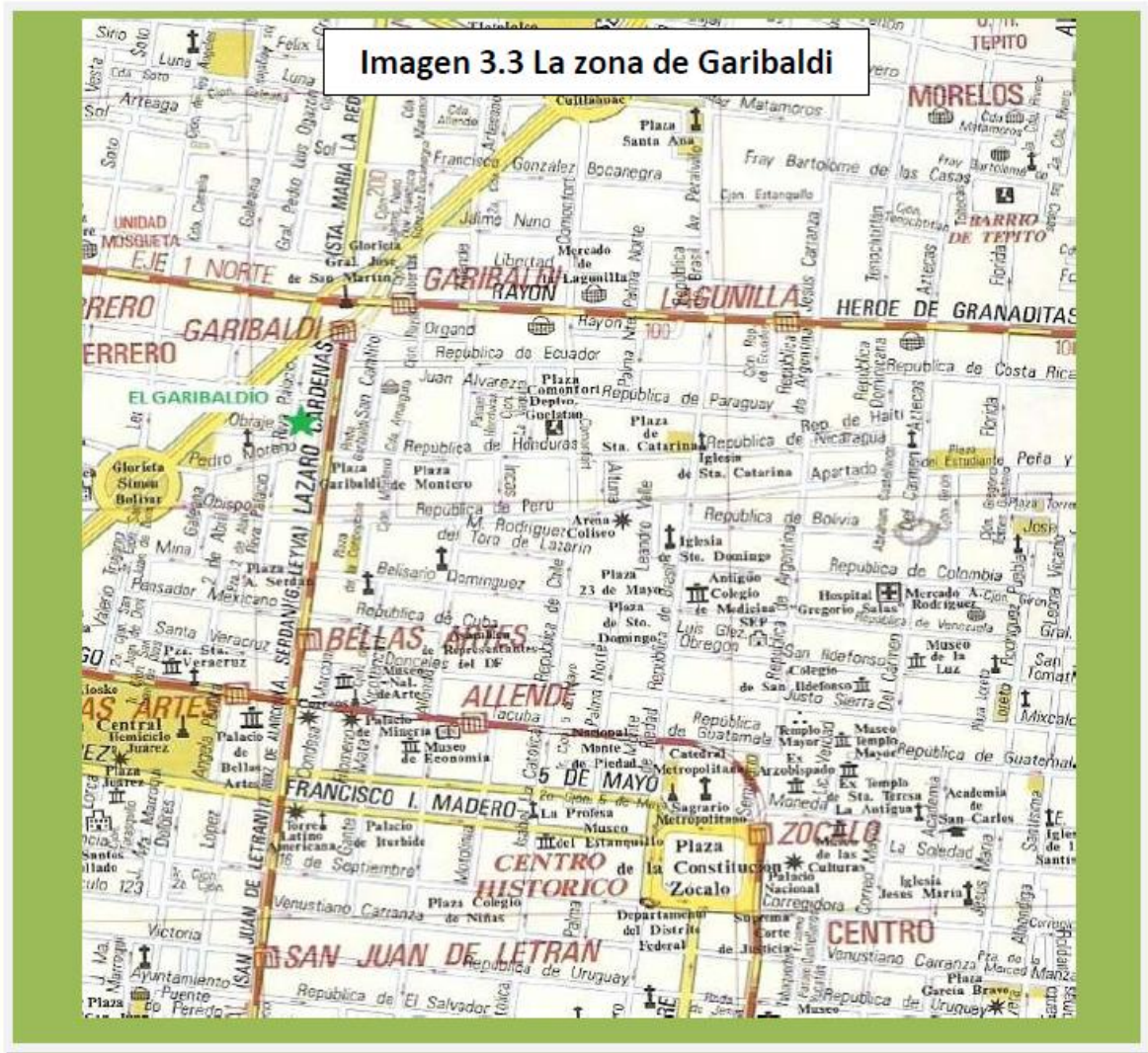
Yo: ¿Y por qué ya no se quedan en el hotel?

Flaca: Ay no, es mucho dinero. Y pos allí arriba no hay ratas en el baldío.

A pesar de la diversidad de callejeros que había en ese lugar, la solidaridad entre ellos por sufrir las mismas adicciones y estigmas, era evidente. Debían soportar la inseguridad, la constante pérdida de sus posesiones, la suciedad, las ratas y a menudo la mala compañía, para contar con un espacio fuera de la vía pública para dormir y consumir drogas. A pesar de la violencia y el flujo de gente, el Garibaldío los resguardaba de la vista de los extraños, de la policía y de la lluvia. Para los chavos era un poco mejor que dormir en la calle. Cuando le pregunté a Copetes si se identificaba como callejero me respondió que “Casi no, pos porque allí estoy en el baldío”. Aunque reconocieron los aspectos negativos del baldío, los chavos de este grupo sabían que sus condiciones de vida como callejeros podrían ser mucho peores.

El Garibaldío, marcado con la estrella verde en la imagen 3.3, está en la colonia Guerrero de la delegación Cuauhtémoc. Es una de las siete colonias más conflictivas de la delegación y se destaca por su alto nivel de movimiento con atracciones turísticas, oficinas gubernamentales y alta concentración residencial. Específicamente en la Guerrero hay cuatro estaciones de metro, 40 centros recreativos y 24 centros de salud (Reintegra, 2006). El centro

histórico del Distrito Federal y las colonias más antiguas de la ciudad a su alrededor, se encuentran en la delegación Cuauhtémoc.



Durante esta investigación, esta delegación contenía dos extremos de la población defeña. En la Cuauhtémoc estaban algunas colonias de clase media alta, como la Condesa y la Roma, así como varias colonias populares, notorias por el crimen y las drogas, como son la Guerrero, la Doctores, la Lagunilla y el barrio de Tepito. La delegación se distinguía por ser de los municipios con mayor actividad económica del país, y tenía el primer lugar a nivel nacional en producción bruta total (INEGI, 2004). Había zonas con una fuerte concentración de políticos, empresarios y turistas, pero a unas cuadras era posible encontrar zonas de tolerancia para la venta de drogas, productos pirata y servicios sexuales, con una alta concentración de poblaciones callejeras.

El área se presta mucho para el desarrollo de un territorio económico para los callejeros. Había varios cruceros lucrativos para limpiar parabrisas y a unas cuadas del baldío está la zona más famosa de la ciudad por sus cantinas. Socio me contó que “Los viernes y sábados vamos a pedir a la plaza... ¡una vez un gringo me dio 200 varos!”.⁵⁵ Además se ubica cerca de la Alameda y del mercado de Tepito, puntos que eran buenos para charolear y robar. Josué, el terapeuta familiar que entrevisté en un centro de rehabilitación de la zona me contó que: “Los comerciantes se molestan mucho en ocasiones con los chavos que andan en situación de calle porque los agreden, porque piden, pero ya no piden, exigen. Incluso aquí de nuestra institución cuando tenemos comida suficiente los apoyamos, pero cuando no hay se molestan y creen que es nuestra obligación darles de comer”.

A diez cuadas del baldío había varios grupos religiosos que brindaban comida gratis a los callejeros, como el Comedor Vincentino, A.C., Fundación Renace, I.A.P., el comedor de los Coreanos y “el de las monjas”. Los chavos también tenían detectado a varios vendedores de comida por la zona que les daban de comer a cambio de ayudarles recoger sus puestos, barrer o sacar la basura, y además había una tienda de 7-11 que servía como parte de la red de los chavos del Garibaldío. Caballo me contó que “Cada noche, como a la una de la mañana, nos dan todas las donas que sobran del día y a veces café. Las donas y café con un gallo⁵⁶ son de ley. Es la cena para la banda”. También estaba el mercado 2 de abril a cinco cuadas del baldío. El basurero del mercado estaba abierto y los chavos, a menudo guiados por la Mamá Choncha, lo esculcaban para buscar comida. “Sacamos comida, ropa... una vez encontramos un pantalón ¡y traía \$200 baros en la bolsa!”, me dijo Socio.

La mayoría del grupo se presentaba en el Patio de PNC una vez a la semana para bañarse y lavar su ropa. Algunos, especialmente los que tenían pareja, tenían el hábito de frecuentar los hoteles baratos de la zona que valían entre \$90 y \$160 pesos la noche. Allí se bañaban y lavaban su ropa; yo percibí que generalmente se sentían menos callejeros cuando se quedaban allí, y presumían que podían juntar dinero para este gasto. Socio me los describió así:

Lo más bara⁵⁷ es el Morelia, de allí sigue Manolete en \$105, y luego el Mirasol, no tiene cable pero sí hay tele a color, \$100 cuesta. El Trébol cuesta \$130, fines de semana \$150, y las Américas sí está cariñoso⁵⁸ y no hay cable. Lo más caro es el Ferrol, vale \$160, pero está chido porque tiene cable con tres canales porno y sus

⁵⁵ “Varos”- pesos mexicanos.

⁵⁶ “Gallo”- cigarro de marihuana.

⁵⁷ “Bara”- barato.

⁵⁸ “Estar cariñoso”- costar caro.

dos vasos de vidrio para tomar, tiene su botella de agua, tiene control en las llaves para cambiar la tele, tiene teléfono y allí en el baño tiene esta madre para las viejas, para cubrir su pelo cuando se bañan... En el Ferrol, el Trébol y las Américas hay cobertores, y en los otros nada más cobijas.

Había varios vendedores de activo, *crack* y marihuana cerca del baldío, pero los precios eran más elevados que en la Morelos. Algunos chavos del baldío presumían de tener los mismos contactos que los vendedores de la zona y generalmente iban hasta las calles Libertad, República de Chile o Panaderos en la Morelos para comprar. Era una zona de alta tolerancia y generalmente los banqueros⁵⁹ no les decían nada por estar moneando⁶⁰ en la calle. “Antes no había niños de la calle, han llegado de otros lados. Los policías nada más les piden para el refresco y los dejan seguir drogándose en la calle”, explicó don Álvaro, que llevaba 52 años viviendo allí. Josué, del centro de rehabilitación, confirmó este comentario, describiendo la actualidad callejera de Garibaldi así:

La zona es muy conflictiva la verdad, pero no es la gente de aquí, porque todos los que andan en situación de calle vienen de afuera. Incluso los vecinos tienen problemas porque [los callejeros] han llegado a robar la gente que vive aquí mismo, y dan informes a las autoridades pero las autoridades, no sé cuál sea su manera de trabajar... en lugar de erradicar eso, cada día tenemos más gente aquí... Sabemos que el consumo de drogas es ilegal, entonces ¿dónde están las autoridades que les prohíban consumir en la calle? Cuando ya pierden el control y no tienen dinero para seguir consumiendo sus sustancias es cuando roban. Y sabiendo ellos quiénes son, no hacen nada las autoridades. No sé cómo trabajan realmente.

La avenida Reforma, así como el parque Alameda de esta zona eran conocidos por la prostitución de los niños y jóvenes callejeros. El padre Mateo me dijo:

...aquí es bien fácil encontrarte a un chavo e irte a acostar con él pagándole 40 pesos, ¿no? O pagas \$80 para el hotel, pero a él le conviene porque lo dejas dormir en una cama, no duerme en la calle. Luego los maricos..., bueno los que tienen estas preferencias, pues es gente que piensa y tiene un puesto pero de todos modos se aprovechan. Se aprovechan de la falta de cariño, de la falta de muchas cosas que tienen estos chavos para, pues para comprarlos, ¿no? Por 40, 80 pesos, o a veces hasta por comida se los echan. Hay MUCHA prostitución masculina, muchísimo y vete a la Alameda, no nada más aquí.

Pérez de Casa Alianza también comentó sobre la explotación sexual comercial infantil en la zona y el mercado de sexoservidores:

⁵⁹ “Banqueros” / “bancarios”- policías que patrullan las banquetas y el metro a pie; se considera el nivel más bajo de policía.

⁶⁰ “Monear”- consumir activo.

Antes todas las niñas (del Garibaldío) eran explotadas sexualmente, aquí sobre Reforma, afuera del Tropicana. Sigue este corredor y todas las niñas que han estado en este lugar sin duda han sido explotadas sexualmente, y para sus parejas yo creo que de alguna forma les ha servido para conseguir recursos para seguir consumiendo *crack*, ¿no?... llega a haber jóvenes más grandes con este tipo de experiencia que pueden motivarlos para realizar estas actividades para generar recursos, o los mismos taxistas u otras personas que consumen este tipo de cosas, señalan a quién quieren. Eso lo hemos visto. “Ella la de la faldita, de la blusita rosa... dile que le doy 200”... todas estas niñas que han estado en este lugar han vivido y sobrevivido este tipo de experiencia... y bueno los mismos policías yo creo que son consumidores de este tipo de servicios de las niñas.

Me enteré de que todas las chavas incluidas en el cuadro 3.1 participaban en este mercado, con la excepción de Kayla y Flaca, quienes llevaban poco tiempo en la calle. La concentración de drogadictos en esta zona también ofrecía la oportunidad de comprar por mayoreo y vender cantidades pequeñas para sacar ganancia. Socio me contó cómo apoyaba su economía con este negocio:

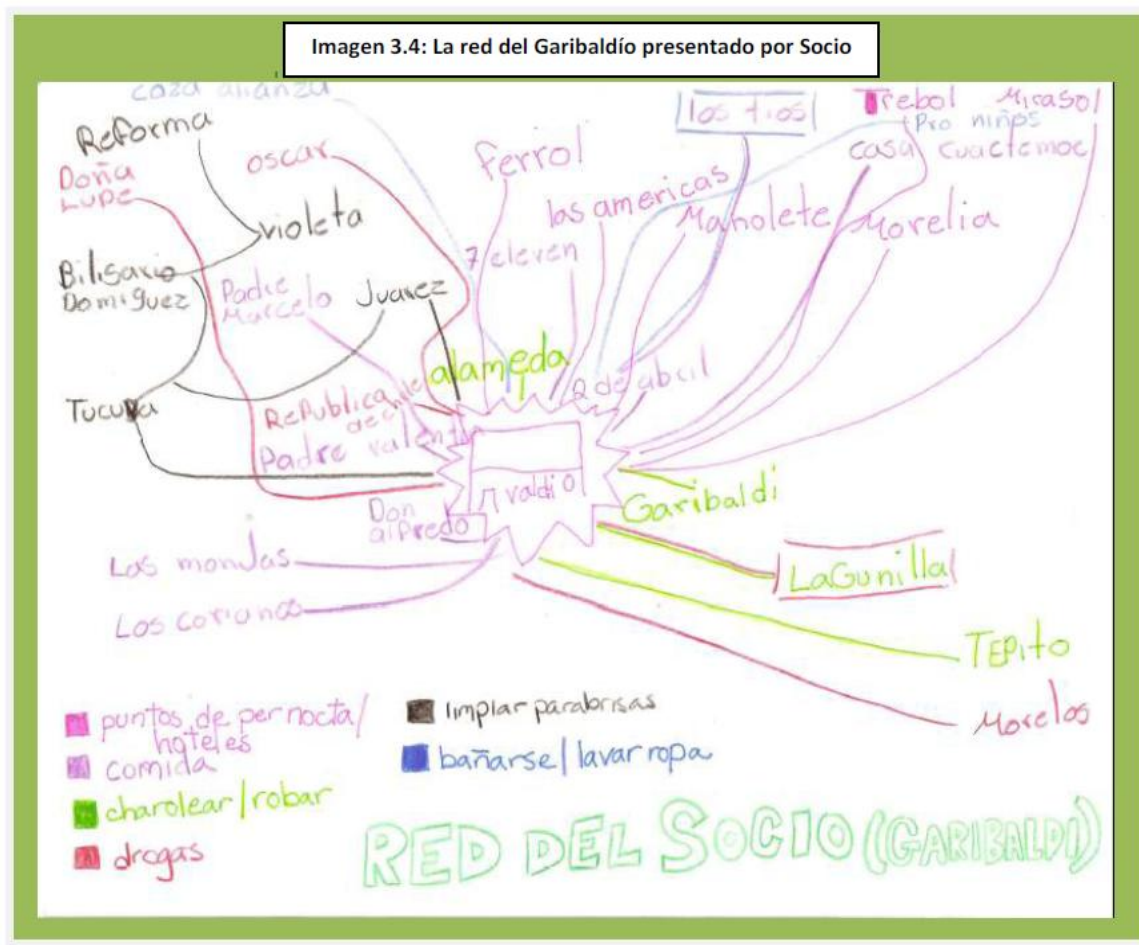
Los viernes y los sábados ya como a la una de la mañana, compraba una botellita (de activo) de 355 ml de a 30 (pesos)... me iba a la Plaza Garibaldi y ya me ponía a monear, y me veían cuando moneaba y pues ya me llamaban los chavos, que acá si tenía activo y si les vendía una mona, un pañuelo de kleenex a cinco baros para que me compraran más. Sacaba de 3 a 4 varos⁶¹ de la botella.

Como parte de las celebraciones del Bicentenario se renovó la Plaza Garibaldi y en el segundo semestre de 2010 aumentó el número de detenciones de callejeros que conocía en la zona por daños a la salud. El esfuerzo de las autoridades para disminuir la tolerancia y la inseguridad de la zona fue notable.

Para entender mejor las redes de los chavos, pedí a Socio que me dibujara un mapa y marcara los puntos de pernocta, dónde consiguieron comida, dónde iban a charolear, robar y trabajar, dónde compraban drogas y dónde iban a bañarse y lavar ropa. El resultado se presenta en seguida como Imagen 3.4. Las distancias entre cada punto no están muy bien representadas en el dibujo, pero las direcciones sí. Del baldío, el punto más lejano destacado en el dibujo es el Patio de PNC (“los tíos”), que se encontraba a cuatro paradas por el metro o aproximadamente 30 minutos caminando.

⁶¹ 300 o 400 pesos mexicanos.

Imagen 3.4: La red del Garibaldío presentado por Socio



Socio tenía más de cinco años viviendo en la zona y consideraba los puntos destacados en este dibujo como parte de su territorio. A pesar de tener más de tres años en el baldío, a veces Socio iba con su novia Kika a quedarse en uno de los hoteles señalados en rosa. Para la venta de drogas, Socio marcó la calle República de Chile y la colonia Morelos, así como a dos vendedores allí en Garibaldi. “Pero na, Doña Lupe, Óscar, todos de allí por Garibaldi venden bien caro. Mejor voy y lo compro al mismo que les vende a ellos”, me explicó, después de haberlos incluido en su dibujo. Me presumió que los vendedores de los otros puntos lo conocían y que él tenía derecho de pasar a sus casas, no solamente comprar de los que trabajaron en las esquinas. Pocos chavos del baldío tenían este derecho. Señala en negro los cruceros donde va con otros chavos del baldío a limpiar parabrisas. Estos puntos también se consideran como parte del territorio de Socio y sus amigos, ya que en una ocasión vi cómo corrieron a otros limpiadores del semáforo de la calle Violeta. En verde destacó la Alameda, la Plaza Garibaldi y las zonas de la Lagunilla y Tepito donde va a charolear y a robar. Vale la pena mencionar que Socio no tenía otros apoyos en las áreas en donde iba a robar; cuidaba las

relaciones y su reputación en las zonas donde tenía una alta concentración de ayuda. Como explica Ruth Pérez con respecto a su propia investigación en el mundo callejero defeano, “si actuaron sin tomar en cuenta las consecuencias de sus acciones, les resultaría muy difícil lograr una mejora de sus condiciones de vida” (2007a: 75). Como observé en las salidas de Cholo del baldío, robar cerca de casa puede promover un desplazamiento, ya que es más probable que sean reconocidos y cachados.

Las OSC que los habitantes del baldío frecuentaban (Casa Alianza, PNC o “los tíos” y Pro Niños) están identificadas con azul como lugares donde se bañan y lavan su ropa. Socio reconoció que PNC cubre su desayuno y comida cuando va allí, así marcándolo con morado también. Como otras fuentes de comida, Socio incluye los comedores de los coreanos, de las monjas y del Padre Marcelo, así como el centro de rehabilitación del padre Valentín, que a veces regala la comida que sobra de sus internos a los callejeros de la zona. También marca el Mercado 2 de Abril en donde esculcaba el basurero y el 7-11 que regalaba el café y las donas que sobraban cada noche. Finalmente incluye la Casa de Cuauhtémoc (donde se quedaban Lento y a veces Yori), que repartía comida a más de 200 callejeros de lunes a viernes.

3.1.2 Las OSC y el Garibaldío

Como se ve en el dibujo de Socio, tres de las cuatro OSC que participaron en este proyecto de investigación intervenían con este grupo: Pro Niños, Casa Alianza y Programa Niños de la Calle. Según los chavos, aunque ellos podían acudir a muchos centros de apoyo, estas organizaciones eran las únicas que les daban seguimiento en la calle. Como vimos en el capítulo anterior, Pro Niños no atiende a niñas y Casa Alianza solamente atiende a chavos y chavas de hasta 18 años de edad.⁶² La mayoría de los integrantes del grupo ya quedaba fuera de los parámetros de Pro Niños y Casa Alianza; por eso el grupo iba “con los tíos”. Flaca y Kika no iban a Casa Alianza porque sus novios, Caballo y Socio, no las podían acompañar por ser mayores de edad. Joshua tampoco iba a Casa Alianza porque no entraban sus amigos. Sin embargo, cuando acompañé a los educadores de Pro Niños y Casa Alianza al baldío, los chavos nos recibieron con hospitalidad, y los vínculos afectivos entre los educadores y los chavos eran evidentes. En fin, nunca escuché críticas de la población del Garibaldío sobre ningún educador de calle de estas OSC.

⁶² En algunas ocasiones apoyaron a “hijos” de 18 a 21 años, aunque no podían entrar a la casa hogar.

Durante mi tiempo de trabajo de campo supe de varias visitas de Pro Niños al baldío, pero no entró ningún chavo al centro de día de este lugar. Paco, de Pro Niños, invitó a Socio y al Caballo como casos especiales para la CTVI, a pesar de su edad, pero no fueron más de dos veces. Joshua estaba dispuesto entrar, pero solamente acompañado por un amigo. Varios de los chavos más grandes habían participado antes en Pro Niños y todos me contaron de los buenos tiempos que pasaron allí; todos sus recuerdos de Pro Niños eran positivos.

Ya vimos en el capítulo dos que “los tíos” aceptaban a ambos géneros con hasta 30 años o a veces incluso más grandes,⁶³ así que los del Garibaldío podían entrar todos juntos. Después de algunas semanas de asistencia regular, los tíos pedían al chavo a entrar al Círculo de Confianza, pero no le exigían que tomara una opción de vida fuera de la calle o que entrara a la fase residencial, como sucedía en las dos otras OSC que trabajaban con este grupo. Durante mi tiempo de trabajo de campo, la relación del grupo del Garibaldío con los educadores de PNC cambió. En ciertas épocas, el grupo tenía derecho de asistir los martes y jueves, pero a veces subía la población de otros grupos y los limitaban a un día por semana. Cuando asistieron, los chavos gozaron de desayuno y comida, regaderas con agua caliente y productos de aseo personal gratuitos, así como de la oportunidad de lavar su ropa y ver la tele. Algunos comentaron que les agradó la oportunidad de compartir sus sentimientos e ideas en el Círculo de Confianza, pero otros no. Cholo resumió los sentimientos del grupo una vez que me dijo, “Antes la onda era el padre Chinchachoma,⁶⁴ en paz descanse. Ahora los tíos son los más chingones porque no discriminan y la neta está chido allí”. No cabe duda de que entre las OSC el grupo del Garibaldío estaba más vinculado con PNC que cualquier otra, y los tíos fueron quienes más oportunidad tuvieron de impactar en sus vidas.

Aunque logré conocer a todos los chavos que regularmente se quedaban en el baldío, nunca me llegué sentir totalmente cómoda allí. Cuando llegábamos a visitar a algunos sujetos, nunca sabíamos quién estaría fumando *crack* ahí, y mi presencia siempre alteraba la dinámica del baldío. En dos ocasiones incluso jugué ajedrez con Caballo en la sala, con vista hacia la plaza Garibaldi, y pasamos un tiempo tranquilo sin ser yo el centro de atención, pero en general, mi entrada al baldío los distraía.

⁶³ Al final del 2010 cambiaron su política para solamente aceptar chavos hasta los 22 años de edad, con excepción a los que participaron en los talleres de trabajo.

⁶⁴ Exdirector de Hogares Providencia, I.A.P. que, en su tiempo, fue la OSC más grande de México dedicada a atender a niños de la calle. Véase nota de pie #26 en la página 120.

Los adictos de fuera normalmente llegaban al primer piso a fumar, mientras que el segundo piso era territorio exclusivo de los sujetos de este proyecto. Si había personas drogándose allí, Socio me pedía pasar rápidamente, ya que no era posible identificarlas en la oscuridad. Las condiciones de suciedad e insalubridad también me incomodaron, así como el ver a los chavos heridos después de haber participado en peleas dentro del baldío. La amenaza de Yesenia fue la gota que derramó el vaso en cuanto a mi decisión de limitar mi observación participativa en el baldío.

Tampoco me sentía muy cómoda caminando sola por la zona. Cuando algún chavo me acompañaba, por lo regular procuraban guiarme para evitar encuentros con otras poblaciones callejeras de la zona, como los grupos que se quedaban fuera del Teatro Blanquita, en la esquina del Eje Central y Pedro Moreno, y en la glorieta del metro Garibaldi. Sin embargo, en varias ocasiones fui víctima de la mendicidad agresiva en esta zona. Si bien nunca pude ser considerada como parte de la banda, sí logré conocerla lo suficiente como para relatar lo aquí expuesto sobre las relaciones entre el grupo y con otra gente de la zona, así como sobre el territorio en que los chavos del Garibaldío se movían dentro y fuera de la calle.

3.1.2 El Puente y la zona de Taxqueña



Este punto de pernocta, visto en las imágenes 3.5 y 3.6, era de los más poblados del mundo callejero defenido. La población del grupo de niños y jóvenes siempre fluctúa de entre 20 a 35 integrantes con entre 12 a 23 años de edad, y dos a cuatro perros. El grupo construyó su hogar bajo un puente a cien metros de la principal central de transporte en el sur de la ciudad. Su

espacio consistía de un área techada por el Puente de 20 por 15 metros. Arriba del punto pasaban cuatro carriles viales y a un lado otros seis.

Presentaré al grupo del Puente de la misma forma que lo hice con el Garibaldío. El constante flujo de chavos entre el Puente y Casa Alianza, así como su tamaño, no permitían que yo conociera a toda la población que frecuentaba el lugar. Sin embargo, tuve la oportunidad de conocer a 21 integrantes del grupo, los cuales se presentan en el cuadro 3.2. Los sujetos principales y los secundarios participaron en entrevistas conmigo. Aunque llegué a conocer bien a varios otros miembros del grupo, respeté la petición de la directora de Pro Niños de no entrevistar a menores de edad.⁶⁵

Los otros cuatro informantes de la zona eran interventores con los chavos, pero de cuatro posiciones distintas. “El apá”⁶⁶ tenía una lonchería cerca del Puente y regalaba comida a los chavos seis días por semana desde junio de 2009. *Greñas* era un estudiante de sociología de la UNAM que conoció al grupo por medio de la madre de su novia, otra vecina que era conocida como *la jefa*⁶⁷ entre los chavos y también llegaba a regalarles cosas y ofrecer su apoyo. Greñas quería empoderarlos para defenderse contra el abuso policiaco y los otros peligros de la vida callejera, pero los chavos lo consideraban más como un amigo que como interventor por los chavos. Noé también era estudiante de la UNAM y vivía con su abuela en un departamento cerca del Puente. Conoció a los chavos cuando dos de ellos ayudaron a su abuela a cargar su despensa desde Soriana hasta su departamento un día en noviembre de 2009. Desde diciembre de ese año, Noé organizó varias colectas para los chavos con el grupo cristiano Vida Estudiantil que él coordinaba en la universidad. También intentaba visitarlos una vez por semana; los invitaba a la iglesia y a veces a ver partidos de fútbol o a participar en otras actividades recreativas. Finalmente entrevisté a los cuatro educadores del programa de Hijos e Hijas de la Ciudad del DIF-DF, quienes visitaban al grupo cuatro o cinco veces por semana. Realicé una entrevista grupal con ellos y su jefe inmediato en las oficinas del DIF para conocer su visión del grupo y las intenciones de su labor. Como el diagrama 3.1, el diagrama 3.2 representa las relaciones entre los miembros del grupo y su jerarquía; a cada persona del Cuadro 3.2 le corresponde un código de determinada categoría (SP, SS u OM) y un número donde aparece su apodo.

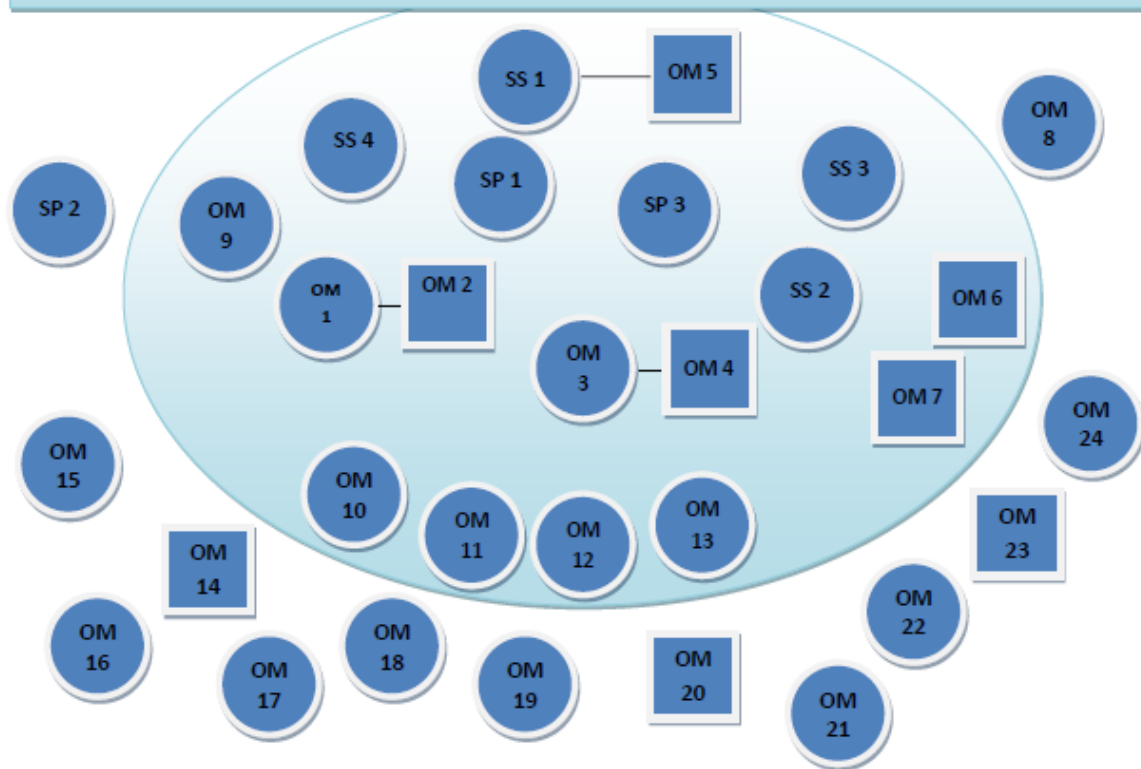
⁶⁵ Me enteré de que Toño solamente tenía 17 años hasta que llegué a ver su expediente en Pro Niños. Me dijo que tenía 18 para poder entrar al proyecto.

⁶⁶ “Apá”- papá.

⁶⁷ “Jefa”- madre.

Cuadro 3.2: Sujetos y otros personajes significativos relacionados con el Puente					
Sujetos principales (SP)		Sujetos secundarios (SS)		Otros miembros del grupo (OM)	
1	Toño, 17	1	Santo, 21 (líder, novio de Miranda)	1	Jimmy, 15 (novio de Andrea)
2	Aarón, 18	2	Anselmo Gilberto, 18	2	Andrea, 16 (novia de Jimmy)
3	Mupet, 18	3	Cariño, 18	3	Lorenzo, 15 (novio de Sandy)
Informantes de la zona		4	Ternura, 18	4	Sandy, 15 (novia de Lorenzo)
El apá (regala comida al grupo)		OSC que trabajan en la zona		5	Miranda, 15 (novia de Santo)
Greñas (estudia sociología, quiere empoderar al grupo)		Casa Alianza		6	Lady, 19 (madre de Estrellita)
Noé (vecino, miembro de grupo cristiano)		Pro Niños		7	Estrellita, 1 (hija de Lady)
DIF, Programa de Hijos e Hijas de la Ciudad		Programa Niños de la Calle		más aprox. diez otros chavos de 14 a 20 años, en cualquier momento	

Diagrama 3.2: Chavos del Puente



A diferencia del Garibaldío, el Puente tenía un líder claro, Santo (SS1). Era un chavo alto, fuerte y muy talentoso. Fue seleccionado para el equipo de Street Soccer del D.F. –el único miembro del equipo que realmente vivía en la calle–. En dos ocasiones me ganó en

ajedrez y era el único chavo que conocí en la calle que mostraba interés en los libros. Santo contaba con el respeto y el apoyo de todo el grupo. Un día, al final de 2009, fue detenido acusado de secuestro cuando una señora llegó con la policía a recoger a sus hijos de nueve y once años del Puente. Los niños habían salido de Casa Alianza y llegaron a quedarse en el Puente. De inmediato los demás chavos del grupo fueron al DIF y se consiguió el apoyo de una abogada para que Santo saliera el mismo día. No conocí bien a su novia Miranda (OM5), pero en este grupo, el porcentaje de mujeres era menor que en el Garibaldío, y el tener una pareja contribuía al respeto que el grupo le profesara a un chavo.

Los otros chavos que tenían tiempo en la calle y habían ganado cierta posición en el grupo eran Toño (SP1), Mupet (SP3), Pedro Juan (OM8), E.T. (OM9), Anselmo Gilberto (SS2), Cariño (SS3) y Ternura (SS4). Todos eran fuertes físicamente y contaban con trayectorias largas entre la calle y Casa Alianza. Toño fue visto más como un líder pasivo, ya que era amigo de Santo y los demás poderosos del grupo, pero siempre estaba a su lado. Mupet era muy fuerte y se drogaba poco; sus aventuras y viajes alrededor del país le granjearon el respeto del grupo. Pedro Juan no quiso participar en el proyecto. Estaba en proceso con la CTVI de Pro Niños durante mi estancia en calle, tiempo durante el cual recayó en varias ocasiones a la calle. E.T. también participaba con Pro Niños y Casa Alianza esporádicamente, pero ya era un callejero profesional con un fuerte arraigo. Anselmo Gilberto era encantador; siempre recibía cordialmente a los visitantes que llegaban al puente y por eso se beneficiaba un poco más de los apoyos. Cariño tenía una trayectoria dura de callejerización que le había llevado a ganar el respeto de la banda. Su trayectoria incluía experiencias con drogas pesadas y robos, e incluso había tenido encuentros con la Agencia Federal de Investigación (AFI). Al igual que Anselmo Gilberto, era encantador, por eso le habían puesto el apodo de Cariño. Ternura era aventurero como Mupet; me contó que una vez llegó hasta Estados Unidos y fue detenido por Migración. La diferencia era que él siempre andaba con otro chavo, Pepe, al que consideraba su hermano; pero recientemente Pepe había regresado a su casa, y aparentemente a la escuela.

Aarón (SP2) también se había ganado el respeto del grupo por su larga trayectoria en la calle, pero era diferente de los chavos mencionados arriba por el proceso en que se encontraba. Como veremos en el siguiente capítulo, Aarón había tenido mucho éxito en el proyecto de Vida Independiente de Casa Alianza; tenía un bebé y quería tener una familia fuera de la calle.

Estaba en una lucha paulatina de separación del Puente y quería limitar su relación con los otros chavos allí. Sin embargo, era reconocido y respetado por todos en el punto.

Aparte de Santo y Miranda, había otras dos parejas en el Puente. Jimmy (OM1) y Andrea (OM2), y Lorenzo (OM3) y Sandy (OM4). Los cuatro eran menores de edad y habían estado en Casa Alianza. Eran físicamente atractivos y eran admirados por los demás chavos, ya que son raros los noviazgos en el Puente. Por ser más jóvenes con trayectorias más cortas como callejeros, los posicioné más abajo en el mapa.

Mientras muchos de los chavos de los tres puntos decían que habían tenido hijos, Lady (OM6) era la única que tenía consigo a su hija, Estrellita (OM7), ahí en la calle. La bebe era considerada como parte de “la familia del Puente,” y la cuidaban entre todos. No obstante, era una preocupación constante que las autoridades llegaran por Estrellita, aunque eso no aconteció durante mi estancia en trabajo de campo. Lady y Estrellita estuvieron en una casa hogar para madres jóvenes en situación de calle, pero Lady prefiere la calle. Tenía el mismo tiempo como callejera que los chavos más respetados en el punto.

Como miembros del grupo sin poder, destaco a Slash (OM12), Dormilón (OM10), Enano (OM13) y Mikey (OM11). Slash y Enano eran de los más jóvenes en el Puente y tenían poco tiempo en calle. Respetaban a los más grandes y a menudo noté la admiración que sentían hacia Santo y los otros que llevaban más años en la calle. Dormilón tenía muchos años en la calle, pero a diferencia de los chavos mencionados arriba, no controlaba sus adiciones y parecía tener un leve atraso mental; era de los más dañados del grupo. Pasó aproximadamente dos meses en Casa Alianza durante mi estancia con el grupo y se recuperó bastante bien, pero cuando terminé mi trabajo de campo, ya había vuelto al Puente. Aparentemente, Mikey era el único homosexual del grupo; por ello dejó su casa en Guanajuato. Él fue reintegrado a su familia como OV de Pro Niños en noviembre de 2009; sin embargo, para Navidad ya había regresado al Puente. Era un payaso talentoso y un chavo simpático que evitaba tener problemas con los demás. La única razón por la que no tenía una posición más alta en la jerarquía era soledad, debida a que era el único homosexual del grupo que había salido del clóset.

Finalmente, toca el turno a Gordis (OM14), una chava muy callada con problemas de sobrepeso que se definía como lesbiana y no interactuaba mucho con los demás chavos del grupo. Supuestamente se prostituía, pero los chavos me dijeron que se juntaba con una señora

de aproximadamente 45 años la última vez que salió del Puente durante mi tiempo en el campo. Me pareció interesante que este grupo de adolescentes la aceptara, al igual que a Mikey, así como verla “moneando” sola entre tantos chavos.

Por último, incluyo a otras diez personas en el mapa (OM 15-24) para reflejar el número de chavos que generalmente se encuentra en el punto. Las chavas no permanecían mucho tiempo allí; muchas de las que conocí en el Puente se iban a puntos más céntricos, como El Caballito o Juárez, para trabajar como sexoservidoras o regresaron a los hogares de Casa Alianza que se encontraban por la zona.

A pesar del alto nivel de movimiento (nunca encontré la misma población allí dos veces), era un grupo excepcionalmente unido que se apoyaba mucho entre sí y se organizaba cada día para hacer el aseo, así como para conseguir comida y activo. El grupo tenía reglas: estaba prohibido consumir *crack* en el punto o robar en la zona, y todos tenían que cooperar con el aseo y los gastos comunes. Esta realidad reflejaba la influencia de sus estancias en Casa Alianza y otras OSC en el modo de vida del grupo. Casi siempre estaban tendidas las camas y contaban con una escoba para barrer, así como con cubetas para recoger la comida de la lonchería del *apá*, ubicada a tres cuerdas del Puente, y se turnaban la responsabilidad de lavarlas. Una educadora de Hijos e Hijas de la Ciudad describió el grupo así:

Ellos son tan unidos que no van a dejar a alguien que no haya salido a trabajar sin comer y sobre todo las mujeres, que siempre las están tratando de cuidar y de proteger, que tengan su comida, su desayuno, sus antojos, etc. Entre ellos mismos se protegen y si alguien llega a darles algo se lo reparten, ellos no guardan cosas para después, ellos mismos ya saben que las personas les están llevando cosas.

Se cuidaban como una familia, que veremos con más detalle en el siguiente capítulo. Durante una temporada, cada quien cooperaba con diez pesos para comprar el activo por mayoreo, que duraba día y medio, pero como algunos consumían más que otros, decidieron que sería mejor organizarse en grupos más pequeños. Rodolfo de Pro Niños destacó el rol de Santo en la organización del grupo: “Él es un líder que los ha organizado. Llegó a un punto que ya no juntaban la lana, ya no cooperaban para la comida, pero de repente de nuevo lo vuelvan a retomar. Se tomaron hasta paseos los domingos”.

Se alternaban para cumplir con el rol de contador/secretario, cuya responsabilidad era juntar el dinero para cualquier gasto y llevar una lista de las aportaciones de cada quien. También se coordinaron para festejar los cumpleaños de los miembros del grupo. Toño me explicó estos

festejos como una de las cosas que le gustaban del Puente. Según él: “Está chido, compramos pastel, adornos, comida, mota y caguamas, hasta cuando fue el cumple de Estrellita, la hija de Lady, compramos una piñata también. Compramos el pastel entre cuatro, luego otros dos los adornos y así. En otros grupos no hacen eso”.

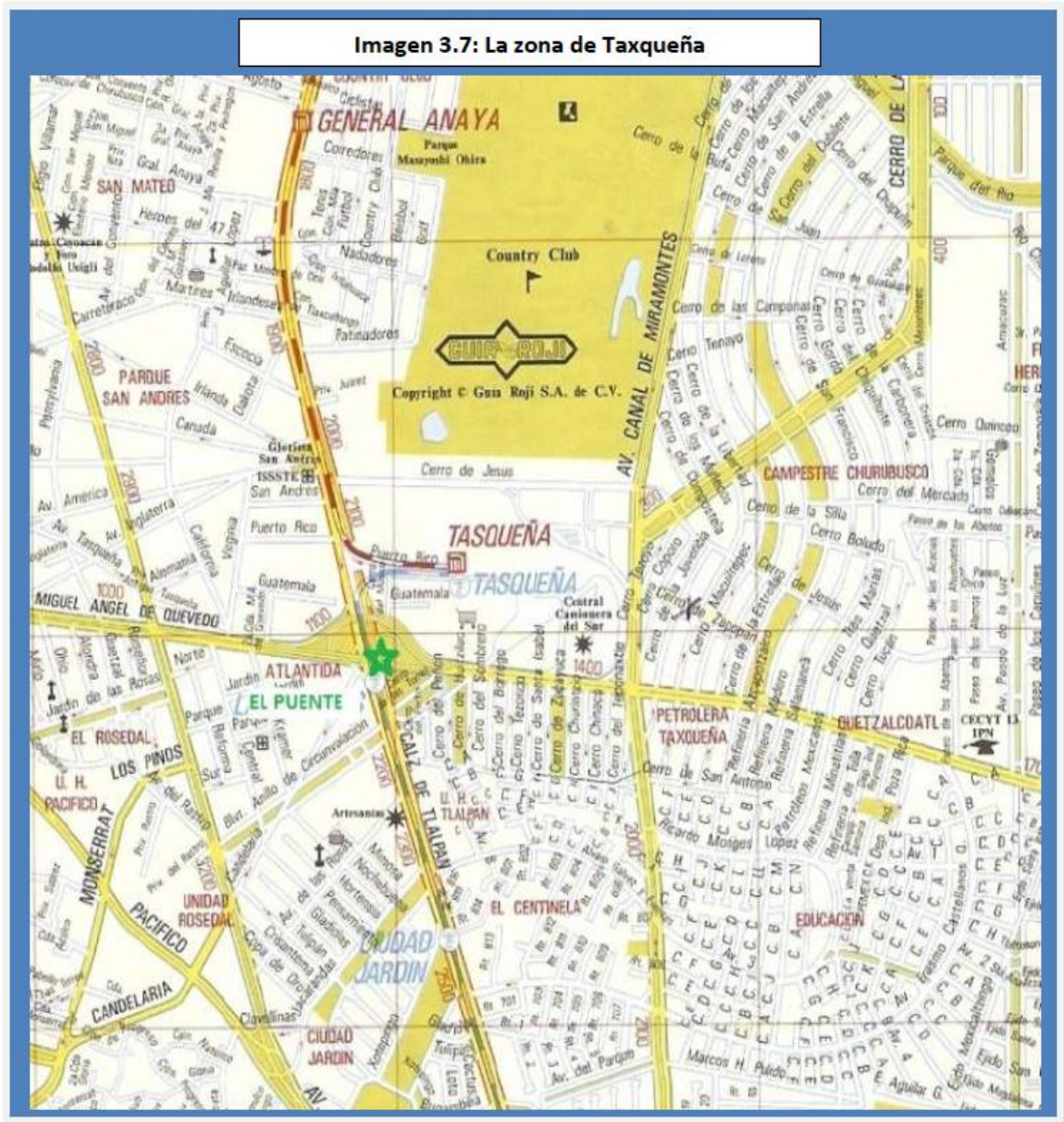
Otra educadora de Hijos e Hijas de la Ciudad también destacó esta práctica en su descripción del grupo: “han llegado hasta a hacer horarios para irse a trabajar, ellos están organizados. Se protegen y por eso lo llaman comuna, todo es para la comunidad, todo se reparte y hasta el dinero de hecho cuando hacen fiestas. ‘Fulanito va a cumplir años, vamos a hacer fiesta y juntamos todo lo que ganamos’. De hecho esos días no hay nadie porque todos se van a trabajar y hacen la alcancía para comprar sus litros de activo”.

Así, notamos cómo este grupo estaba más integrado que el grupo del baldío. Había ocho colchones, alfombra, un sillón, una silla, un montón de ropa sucia en la esquina y dos altares, uno de San Judas y el otro del equipo de fútbol las Chivas y la Santa Muerte. Atrás de una pared había un basurero de la delegación. Los encargados del basurero les dieron chance de conectar un cable a la luz por el lado de su pared, para poder ver una pequeña televisión con DVD que orgullosamente compraron, y regularmente me presumieron los recibos. La televisión estaba prendida las 24 horas al día y generalmente votaban para elegir el programa sin generar conflictos, pues nada más se pueden ver dos canales.

En el punto más alto del espacio estaba un trofeo que ganaron en noviembre de 2009 en un torneo de fútbol para callejeros, organizado por políticos de otra delegación. Habían colgado varias lonas de plástico en la reja para tener privacidad y no ser vistos desde la calle. Un lado de su hogar se abría a un espacio amplio de pasto donde jugaban fútbol, se bañaban y a veces cocinaban en una fogata. Había una llave de agua de la delegación en este espacio que usaban libremente y un hoyo del alcantarillado sobre el que pusieron una llanta como asiento para usarlo como sanitario.

La delegación de Coyoacán, donde está Taxqueña, la habitan principalmente personas de clase media y media alta. La reacción de los vecinos y los gobernantes de Coyoacán ante la presencia del grupo en el punto que se destaca con una estrella verde en la imagen 3.7, era diversa. Cuando llegué con ellos, el grupo llevaba poco más de un año en el Puente. Al parecer, al inicio tuvieron más problemas con los vecinos y policías de la zona, pero con el paso del tiempo iban integrándose a la comunidad. Al inicio de mi tiempo con el grupo, Ternura me

explicó: “Lo que no me gusta de allí es que la gente, los vecinos de allí no nos quieren. Antes los polis nos veían moneando y nos llevaban. Ahora nos preguntan, 'no, ¿de dónde son?', 'de allí del Puente', 'no pues váyanse a dormir’”.



Santo respaldó el comentario de su compañero en una entrevista poco después, diciendo: “Antes ni nos querían ver ni parados ni en el Oxxo, no podíamos ir al parque, prácticamente no podíamos salir (del Puente) porque ya tuvimos a los cicleros⁶⁸ siguiéndonos viendo qué hacíamos... no podíamos ni salir del Puente porque los cicleros nos decían "no puedes

⁶⁸ “Cicleros”- policías que andan en bicicleta.

estar aquí, estás robando...”. Mupet también mencionó la lucha que habían librado para superar el estigma de la gente de la zona:

...empezamos a tener problemas porque varia gente decía que andábamos robando nosotros. Y como al lado de nosotros dormía un viejito, él empezaba a robar los tapones de los carros, y empezaba a decir que éramos nosotros y nos metía en problemas, ya hasta que lo agarraron. Y la gente empezaba a decir que andábamos robando nosotros y quién sabe qué... luego íbamos a las canchas a jugar y hablaban a las policías que no nos querían ver allí. O sea por cosa que no es cierto, ¿no?, empezamos a tener problemas. Pero ahorita no tenemos tantos. Muchas veces nos han querido correr de allí. Por lo mismo te digo que dicen que robamos y todo, y no es cierto. Antes llegaba mucha la policía y se metía así a la fuerza y nos pegaban y todo. Y ya nos empezaron a ayudar [los de DIF] y los de la basura que viven a lado de nosotros y ya se dieron cuenta que no hacíamos nada nosotros.

El grupo recibía apoyo de varios vecinos, no solamente el apá, la jefa y Noé. El sofá, la alfombra y dos colchones fueron regalos de gente de la zona, pero parece que estas personas no reconocían que sus apoyos promueven el arraigo de los chavos a la zona y la vida callejera en general. En las palabras de un educador de Hijos e Hijas de la Ciudad,

...sus vecinos son fuente importante de comida, ropa, cobijas, hasta a veces los llevan a comprarles tenis, y los vecinos son peculiares, son los mismos que les dan ropa, calzado alimentos, etc., y luego se quejan de ellos, de que siguen ahí, y ¿cómo no van a seguir ahí si les están dando con qué sobrevivir?, y ahí es donde sus redes de sobrevivencia empiezan, por la caridad de la gente...

Pérez de Casa Alianza respaldó este argumento del educador de Hijos e Hijas de la Ciudad, describiendo la zona como,

...todo lo contrario de lo que existe aquí en la Guerrero y la Morelos, como es una zona prácticamente residencial que no se compara. Los mismos que hoy en día se quejan y no quieren verlos, son quienes han propiciado que esta situación haya crecido de manera tan desmesurada. La misma gente fue quien les empezó a dar dinero, comida, servicios y empezaron a quedarse allí... pero no hay tolerancia en la zona por su consumo. Los vecinos se quejan muchísimo de ellos. Sin embargo, muchos de estos vecinos han generado su permanencia en la zona.

Mientras siempre ha habido callejeros en esta zona, por la central camionera y la parada de metro de Taxqueña, el tamaño de este grupo y su posición por el otro lado de la avenida Miguel Ángel de Quevedo eran novedad. Fui testigo del rechazo de los vecinos un día que estaba entrevistando a Mupet y Cariño en el parque que queda a una cuadra del Puente. Llegó una patrulla con tres policías. Los chavos estaban acostumbrados a los interrogatorios de los policías y de inmediato se bajaron del columpio donde estábamos sentados, para hablar con los

oficiales. Los policías dijeron que estaban respondiendo a una llamada, que unos chavos del Puente estuvieron drogándose y tomando alcohol en el parque. Ya que vieron mi credencial del CIESAS y encontraron solamente unos cigarros, la grabadora y tres jugos de naranja, nos dejaron seguir allí.

A lo largo del tiempo que duró mi trabajo de campo con este grupo, vi diferentes facetas de su relación con la policía. Hubo peleas con palos y tubos entre el grupo y los policías, pero también hubo convivencias en las que compartieron comida. El apá presumió que él había ayudado a mejorar la relación entre los chavos y los policías; los policías que comían regularmente en su lonchería decían que eran “sus muchachos”, y en una ocasión le avisaron cuando iban a intentar sacarlos del Puente. Según el apá, los policías ya no se metieron tanto con el grupo. Cabe notar que parecía haber una marcada diferencia entre su relación con la policía bancaria y con los ciclistas.

Santo: Últimamente hasta les invitamos (a los policías) a tomar un café.

Ternura: Nos hemos portado bien y no nos hacen nada (los ciclistas)... pero los bancarios no nos quieren.

Anselmo Gilberto: Ni los queremos.

Santo: Conmigo (los ciclistas) son con los que menos broncas he tenido. Ya pasan y “quiúboles”.⁶⁹

Ternura: Los malos son los puros bancarios... Los otros polis me caen bien porque luego me dan de comer o me disparan un chesco.⁷⁰

En otra entrevista, Toño confirmó este sentimiento diciendo, “los que me caen mal son los bancarios, ¿no?, porque vienen y se sienten muy locos y nos pegan. No todos, pero algunos vienen y dicen que son acá y nos quieren pegar. Me caen mal estos güeyes”. Siendo el principal grupo de callejeros en la zona, su relación con los policías era más personalizada que en los otros puntos. Una educadora de Hijos e Hijas de la Ciudad contó que, “Los policías en bicicleta a veces los van a visitar, se están aliando con ellos, y en ese sentido es una estrategia de sobrevivencia, lejos de ser una amenaza. Algunos de ellos hasta les dan a los policías la comida que les dejan”. Los chavos del Puente entendieron el poder que tienen los policías y la importancia de llevar una buena relación con ellos. Aarón me contó de los problemas que había tenido con los policías de la zona:

Aquí, arriba del Puente peatonal me jaló un policía. Bueno me han jalado varias veces, por estar allí, por ser como soy. Sólo que bueno, me defiende. Había ido a

⁶⁹ “Quiúboles”- ‘¿qué onda?’, saludo común.

⁷⁰ “Chesco”- refresco.

acompañar a una compañera. Le despedí y de regreso me paran los policías y decían que estaba molestando a la gente y no era cierto. Solamente querían molestar, y pues empezamos a discutir. Me dijeron que era ratero y les dije que no era cierto, si fuera ratero traería un uniforme y una placa. Y le dije que si me quería golpear por qué no me golpeaba enfrente de la gente. Por qué nada más cuando estoy solo, cuando nadie le ve... hay muchos policías que sí conocemos y les hablamos bien. Nada más nos dicen que estemos tranquilos, que no hagamos maldades. Ahora no tenemos muchas broncas con ellos.

Su comentario también refleja cómo se había mejorado la relación entre los chavos y los policías, pero es claro que el conflicto entre los grupos persistía.

La mayoría de los chavos trabajaba en el metro como faquires, payasos o vendedores de paletas (para “aportaciones voluntarias”). Casi todos tenían las espaldas llenas de cicatrices por faquirear, pero “con el activo no duele tanto... y la gente sí se mocha”,⁷¹ explicó Ternura. Anselmo Gilberto me contó que era mejor trabajar por la mañana.

Anselmo Gilberto: Por la tarde el metro se llena de faquires y vendedores. En la mañana no más eres tú... Nada más trabajamos de General Anaya a Chabacano porque así es la base. Como hay otros que traen otra ruta, otra base, vendedores, si te vean allí te bajan nada más.

Toño: Y te pegan.

Anselmo Gilberto: Si nos agarran, sí nos llevan y nos piden para el refresco. Te llevan a la Candelaria por andar faquireando.

Conseguir un territorio en el metro fue un logro notable para los chavos del Puente. El derecho a trabajar en el metro era difícil de lograr en la ciudad de México. Existía una mafia que cobraba cuotas a los vendedores y controlaba quién podía trabajar en ciertas líneas. Como comentó Anselmo Gilberto, los de Taxqueña eran los únicos faquires a los que la mafia les daba derecho de trabajar de General Anaya a Chabacano, una trayectoria de ocho paradas, y generalmente podían faquirear en este tramo sin problema. El coordinador de Hijos e Hijas de la Ciudad comentó lo siguiente sobre el tema de la economía en el grupo:

Los muchachos [del Puente] sobreviven porque han podido crear una pequeña red con los comerciantes, sobreviven porque hacen de faquires, en un tiempo de actores, algunos de ellos ya tienen como su rutina, se levantan, se arreglan relativamente, desayunan su mona, se van al metro a faquirar, trabajan un tiempo, algunas horas y regresan. Algunos son como muy estructurados, han creado una red importante con los comerciantes, algunos, a lo mejor no son todos. Y también han aprovechado los espacios de paso que hay, son las formas que usan para obtener recursos, pedir dinero en el Puente, etc. Han sabido aprovechar esos

⁷¹ “Mocharse”- dar algo (en este caso dinero).

espacios, que de alguna forma les pueden dejar ingresos. Esto estrictamente en lo económico, que vaya, creo que es importante.

Es interesante notar cómo dividieron los espacios de su territorio para diferentes actividades. En el Puente peatonal que cruza Miguel Ángel de Quevedo generalmente me encontraba a un chavo del Puente charoleando en cualquier momento de la tarde. Entre 8 a.m. y mediodía era posible encontrar a varios chavos faquireando en su territorio del metro. A parte de su jardín, utilizaron el parque al lado del Puente peatonal, una cancha de fútbol rápido de unos departamentos que quedan por la lonchería del acá, y un puesto de videojuegos en el mercado de Taxqueña, como sus espacios recreativos.

En el mercado de Taxqueña no tenían relaciones cercanas con mucha gente. Iban a menudo a los videojuegos y saludaban a algunos vendedores cuando pasaban de camino al metro, pero no detecté actores que pertenecieran a su red de sobrevivencia. Un día de febrero de 2010 estaba entrevistando a Cariño en un puesto de comida del mercado cuando dos jóvenes llegaron corriendo hasta donde estábamos nosotros, uno persiguiendo al otro. Justamente atrás de donde estábamos sentados, el primero tropezó con un diablo de carga. El otro lo agarró allí mismo y empezó a acusarlo de haberle robado su celular. Sin decir nada, Cariño se levantó y desapareció. Minutos después regresó con un policía, quien arrestó al ladrón. Cariño me explicó que siempre acusaban a los del Puente por los robos en la zona, por eso fue a buscar la policía. El chavo al que le habían robado agradeció a Cariño, y nos sentamos de nuevo a comer. Luego la señora que nos estaba sirviendo comentó que tal vez el ladrón venía del Puente, obviamente sin saber que allí se quedaba Cariño. “¿Ya ves?”, me dijo Cariño. Después de la comida nos acercamos a los policías para ver qué había pasado, y otro le preguntó a Cariño si conocía al ladrón. Santo me comentó,

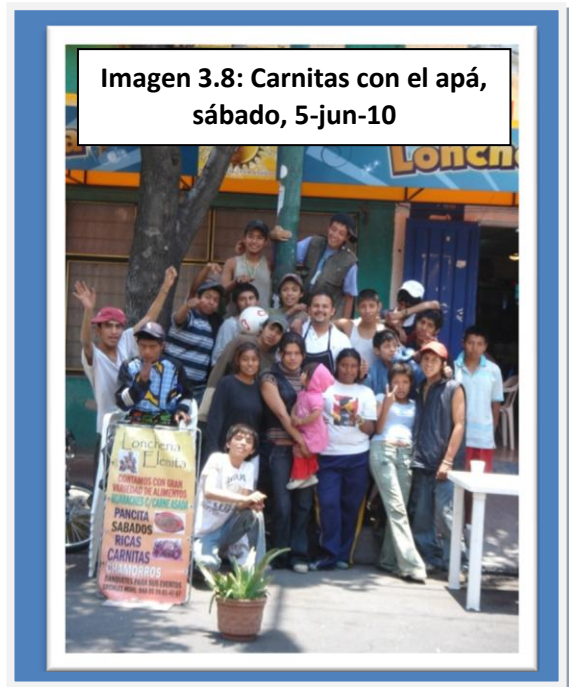
Es muy común... pasa algo, y en los primeros que piensan es en nosotros. Dos veces Lalo entregó a los rateros. Allí enfrente de la reja donde estamos, Lorenzo vio que estaban intentando abrir un carro de los vecinos y como en este tiempo nos tenían así como muy pecados, de hecho llegaron y nos dijeron “aguas porque están robando y piensan que son Uds.”. Esta vez salió y los correteó hasta el tren ligero y los entregó a la poli del tren ligero, le habló a las policías y ¿sabes qué hicieron? Los dejaron ir.

A pesar de su esfuerzo, era muy difícil superar el estigma de ser un joven callejero en la zona, pero el grupo lo consideró parte de la situación. Una educadora de Hijos e Hijas de la Ciudad comentó que,

Algunos comerciantes son los que se sienten más afectados... los más cercanos, por ejemplo, donde está la puerta hay un laboratorio dental, luego está un local como de cortinas, entonces les molesta tanto la presencia de estos chavos que a veces pueden llegar hasta a difamarlos. Sin decir, ‘claro que son santos y que no hacen nada,’ sin embargo exageran las situaciones, y pues bueno, son los que constantemente se están quejando, pero tampoco se han organizado para tener una respuesta favorable a su petición de sacarlos de ahí.

Por otro lado, el que más los había apoyado había sido el apá. Además de dar comida a todo el grupo seis días por semana, juntaba donativos de los vecinos para los chavos, y para navidad organizó una colecta especial. No obstante, según el apá, había más gente de la zona que no estaba de acuerdo con el apoyo que les brinda, y me dijo no conocía a nadie más que les ayudara. Sus clientes entre semana eran de las oficinas de la zona y se quejaron de la presencia de los chavos cuando llegaban a comer allí. Por eso el apá comenzó a darles la comida en botes para llevar de lunes a viernes. Me dijo que poco a poco los vecinos los estaban aceptando.

Un sábado acompañé al grupo a comer carnitas fuera de su lonchería. Después de la comida, el apá les compró un balón y jugaron fútbol en el camellón. Unos chavos se querían ir después de comer, pero Santo no los dejó. “No es gratis, güey. Te tienes que quedar a jugar, también”. Se me hizo interesante notar la interfaz aquí. El apá pensó que estaba dando algo más a los chavos, invitándolos a quedarse a jugar fútbol, mientras algunos chavos lo vieron como obligación para mantener una buena relación con el apá.



La institución gubernamental Hogar Puente de Vida quedaba a cinco paradas del metro Taxqueña. Allí ofrecían baños con agua caliente y lavaderos para gente en situación de calle. Sobre todo las mujeres que se quedaban en el Puente acudieron a este centro. En dos ocasiones pasé por Puente de Vida con educadores de Pro Niños y Casa Alianza, pero no conocí el programa personalmente. Anselmo Gilberto explicó que allí, “nada más llega uno a bañarse. Te bañas, lavas ropa y ya. A veces sí dan comida o si llevas tu comida te la pueden preparar allí. Hay una señora que la prepara”.

Otro punto importante en la red de este grupo era la tlapalería que quedaba a una cuadra del Puente. Allí vendían latas de activo en \$30, “pero está muy caro y dura bien poquito”, me explicó Andrea. Por eso los chavos iban todos los días hasta la colonia Morelos para comprarlo. Diego de Casa Alianza comentó con respeto a las adicciones del grupo, que:

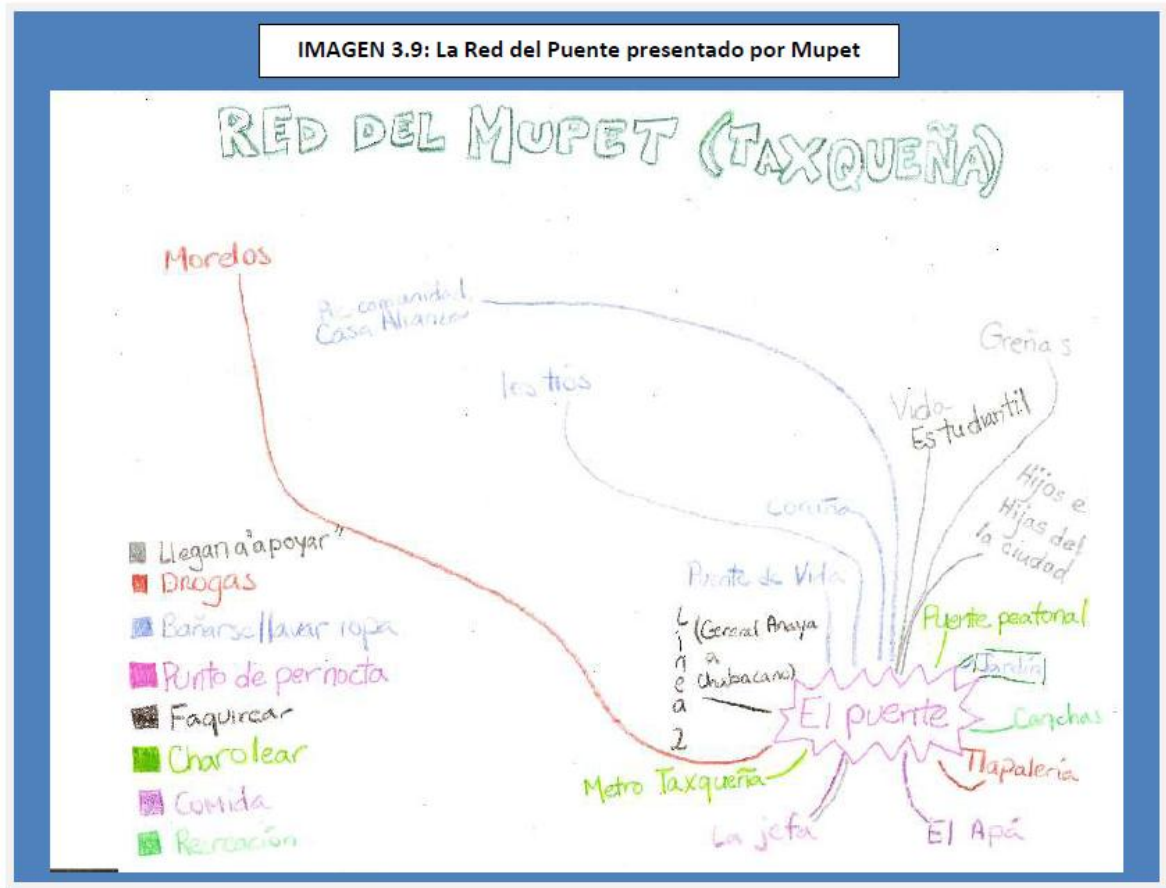
Todo el grupo, incluso los niños entre 15 y 16 años, tiene un nivel de consumo bastante fuerte que no les va a permitir tomar una decisión... no consumen *crack*, pero activo, marihuana y alcohol, sí. Pero hay varios de allí que tienen una historia con el *crack* y por eso han llegado a robar y caer al tutelar. Como es el caso con chavos del baldío, llegan al punto que dicen, “ya estuvo”, y dejan esta droga, pero en realidad nada más sustituyen una sustancia por otra, porque al final de cuentas nunca dejan de consumir.

Los chavos me contaban que habían consumido más antes, o que antes habían consumido *crack* y chochos, pero ahora nada más consumían activo y marihuana. Creo que me confiaban por influencia de los interventores en el grupo. De los tres grupos, noté que aquí era donde tenían más conciencia sobre los daños que causan las drogas. Aunque había otros callejeros por la zona, la falta de más grupos grandes también contribuía a este discurso. A diferencia de Garibaldi y la colonia Morelos, el consumo de drogas no se toleraba en Taxqueña y les generaba problemas con los vecinos y con la policía.

La imagen 3.9 es la red del grupo según Mupet. Con la misma intención que con Socio del Garibaldi, le pedí que me ayudara con el ejercicio para entender mejor su territorio y su red de sobrevivencia. Le ayudé a hacer el dibujo en marzo de 2010, ya que Mupet no sabía escribir.

El principal contraste entre el dibujo de Mupet y el de Socio es cómo Mupet incluyó a algunos de los interventores que llegaron al puente, como el DIF (Hijos e hijas de la ciudad), el grupo cristiano Vida Estudiantil de la UNAM, y el Greñas. A diferencia de los otros grupos, varios apoyos de la red de Taxqueña tenían servicio a domicilio, facilitando la vida en la calle de este grupo aún más.

IMAGEN 3.9: La Red del Puente presentado por Mupet



El trayecto que debían hacer los del Puente para comprar el activo en la colonia Morelos, por lo regular les tomaba más de una hora, pero en caso de emergencia o flojera, iban a una tlapalería a la vuelta. Estos dos puntos están marcados con rojo en la imagen 3.9. Por los 30 pesos que les costaba una lata en la tlapalería, podían conseguir casi tres veces más activo en la Morelos, debido a que allí rebajan el thinner con otras sustancias más económicas.

Mupet mencionó varios centros de día como lugares para bañarse y lavar ropa, aunque podía realizar estas actividades en su propio jardín. Con azul destacó dos de la sociedad civil: Casa Alianza (Pre-comunidad) y PNC (los tíos), y dos del gobierno: Puente de Vida e IASIS (Coruña). Con el color verde claro, Mupet marcó el metro y el Puente peatonal de la zona como puntos estratégicos para charolear, y con negro el territorio de los faquires del Puente, de General Anaya a Chabacano por la línea dos del metro.

Con el color morado indicó que el apá y la jefa eran sus fuentes principales de comida, y finalmente mencionó como punto recreativo las canchas de una unidad de departamentos que se encontraba a pocas cuadras del Puente.

3.1.2.1 Las OSC y otros interventores en el Puente

No podemos negar la constante presencia de interventores en este punto. A diferencia del Garibaldío, donde sentí miedo de entrar como no-callejera, era raro llegar al Puente y no encontrar a otros visitantes allí. Todos los días recibían visitas de diversos interventores y regularmente pasaban las chavas de la Comunidad Quetzal de Casa Alianza también. Los chavos disfrutaban las visitas, ya que los interventores llevaban juegos, comida, ropa o algo más para el grupo cuando iban. Con los apoyos que llegaban hasta su puerta, a veces los que no habían ido a trabajar salían con más beneficios al final del día, nada más por gozar de la identidad de “niño de la calle” sin importar que estuviesen nada más tirados en los colchones con una mona en la mano Anselmo Gilberto me presumió la alta cantidad de visitas que recibían en el lugar, explicando que habían ganado la confianza de la gente que venía a regalarles cosas. “Está bien que nos visite tanta gente porque nos tienen confianza. Muchos piensan que si entran van a salir sin celular, pero no somos así. Aunque somos de la calle, no somos rateros”, me contó.

A diferencia de Anselmo Gilberto, Rodolfo de Pro Niños vio el lado negativo de esta práctica y tanta gente involucrada con ellos, argumentando que,

Ahorita tienen una sobre-atención, una sobre-protección... por allí la delegación quería quitar a los chavos. Con que quitara la reja, sería una ganancia muy buena para desarraigar a los chavos de este punto. Pero los de Casa Alianza me contaron que cuando querían sacarlos, los del DIF lo impidieron. ¡No manches! ¿Qué tipo de gente, con qué tipo de pensamiento, con qué poca experiencia y tan poco profesionalismo puede hacer eso? A pensar que “¡Es que los derechos de los niños!”, ¡Más atropellados están sus derechos estando allí!

Los educadores del programa Hijos e Hijas de la Ciudad del DIF-DF se presentaban cuatro o cinco días a la semana para convivir con ellos por medio del juego y otras actividades lúdicas. Varios chavos me comentaron que eran los más chidos de todos los educadores que llegaban porque cotorreaban con todo el grupo. Santo me compartió su opinión sobre ellos diciendo,

[Los educadores del DIF] se acercan más a ti y no dicen “tú eres menor, tú eres mayor”, aplican la misma atención a todos. Los otros ya ni se sienten a platicar contigo, menos si tú los acercas... los del DIF una hora que están con nosotros pero es una hora bien convivida, nos ofrecen apoyos, apenas hicimos un concurso de papalotes. Y Casa Alianza o los demás vienen y pueden estar hasta tres horas pero ni te hablan.

Aunque oficialmente el programa de Hijos e Hijas de la Ciudad nada más apoyaba a niños y mujeres embarazadas o con hijos menores de edad, los educadores incluyeron a todo el grupo cuando iban a trabajar en el Puente. El coordinador del programa me explicó por qué trabajaban así:

...nosotros no estamos a favor de ningún tipo de discriminación, aparte estamos seguros de que esto nos sirve, porque a veces el que funge es el líder, a veces quien surte del activo no es necesariamente nuestra población objetivo sino son otros que están en el punto quienes nos van a permitir esos primeros acercamientos, quienes nos van a “invitar” a pasar primero a su espacio, a su casa, y de ahí nosotros ya agarraremos las estrategias, las definiremos para poder trabajar más conforme a como es la población. Por eso nosotros no podemos hacer distinción únicamente con los menores... en el caso de los mayores se da una especie de consejería de orientación, no se puede formalmente canalizarlos a instituciones pero se pueden dar los acompañamientos y la facilitación para que ellos accedan a estas instituciones.

También los visitaron los equipos de trabajo de calle del Instituto de Asistencia e Integración Social (IASIS) del gobierno defenó para llevarlos a su centro de día a bañarse, jugar y comer. No logré una entrevista con los del IASIS, pero al parecer brindaron un apoyo totalmente asistencial –los recogieron en una camioneta, los llevaron para pasar un rato en su centro de día y después los regresaron al Puente, sin buscar llevar procesos de intervención con los chavos–. Según los artículos que salieron en el periódico *Reforma* durante mi estancia durante mi trabajo de campo, el plan instrumentado por el IASIS con este grupo, llamado Taller casa para la vida, implicaba que “personal del IASIS acude diariamente al distribuidor vial... donde viven los niños, para invitarlos a pasar un par de horas en el albergue Coruña, donde les ofrecen bañarse, ropa limpia, comida y espacios para hacer deporte, y después los regresan a la ‘comuna’” (Balderas, 2010). Mupet agradeció el apoyo asistencial del IASIS, diciendo: “Los de [IASIS] también se me hacen chidos porque al menos se preocupan por nosotros, ¿no? Al menos se dan el tiempo de venir un rato con nosotros a ver que andamos limpios y comemos algo. Ya, pues, chido por ellos comemos”.

Por otro lado, los educadores de las OSC notaron cómo el IASIS solamente facilitaba la vida en el Puente y promovía el arraigo de los chavos a la calle. Pérez, me explicó:

En algún momento nosotros fuimos a observar cómo estaba trabajando IASIS y era como una novedad. “No sé, creo que se les acabaron los colchones. Vamos a tirar ésos y vamos a comprarles nuevos. Y les vamos a llevar allí al doctor...”. O sea, les van a llevar todo. La falta de experiencia y de recursos y de gente capacitada en el gobierno genera que este tipo de pendejadas sigan incrementando

el problema. Y están interviniendo, no porque les preocupe realmente la situación o porque quieren ayudar a los niños, sino porque hay una presión súper difícil... contra ellos.

Rodolfo, de Pro Niños, respaldó lo dicho por Pérez: “¿Ya escuchaste qué están haciendo los de IASIS? Van por ellos en camionetas, les dan de comer, juegan fútbol, ¡qué chingón! A nosotros nos partieron el queso con dos chavos que estábamos trabajando, con eso”.

Más opciones de apoyo asistencial en el menú de instituciones para los de Taxqueña disminuyeron su interés en esforzarse a dejar la calle. En adición a las instancias de gobierno, llegaron varios individuos de la zona a intervenir con ellos. Noé, de Vida Estudiantil, me dijo, “Ahora traigo comida con más cuates cada dos, tres semanas, pero personalmente yo vengo como dos veces por semana, pero no traigo



Imagen 3.10 Visita de Vida Estudiantil a regalar chamarras de invierno al grupo, 14-dic-09

cosas, nada más vengo a platicar con ellos”. Un educador de Hijos e Hijas de la Ciudad notó la presencia de otros interventores también. Según él: “...muchos grupos religiosos van y llevan cosas, hasta los llevan de vacaciones. Un día vamos a buscarlos y no están y después vuelven y es que se los llevaron de vacaciones a Acapulco. Y tienen su agenda, no pueden ir a ciertas actividades porque ya tienen programados sus campamentos o sus cosas”.

El Greñas me dijo que venía para “promover procesos de resiliencia en la banda”. Luego me explicó, “lo que hacemos más bien es esta vinculación a partir de sus necesidades... más bien dejar el vínculo para que ellos después sepan con quién dirigirse”. Él tenía contacto con y conocimiento de varias instituciones que podían ayudar a los chavos del Puente, especialmente con respecto a las violaciones de sus derechos. A veces acompaña a su novia y a su suegra, la Jefa, quienes vivían en la zona y pasaban regularmente para regalarles comida y ofrecer apoyo en lo que necesitaran. Según Mupet, “La chida es la jefa porque a pesar de que tenga cosas que hacer nos dedica un poco de su tiempo y para mí es bien chido”.

Una señora que se llamaba Esperanza también pasó a convivir con ellos e invitarlos a su iglesia. “Yo también estaba así como ellos, hasta que recibí a Cristo. Por eso vengo”, me explicó. También conocí a un grupo de investigadores de la UAM que iban a hacer una película sobre el grupo, llamada “Bajo el Puente”, y Camila, una estudiante de maestría de Suecia que les llevaba comida y otros regalos a cambio de entrevistas.

Finalmente había reporteros de los periódicos *Reforma*, el *Metro* y el *Houston Chronicle*, y los equipos de televisión del Canal 11, Canal 28 y Cadena 3 que iban para hacer reportajes del grupo. Como un educador de Hijos e Hijas de la Ciudad me explicó,

Han estado últimamente muy famosos, han habido varias personas para entrevistarlos. Y al principio estaban muy emocionados, pero después estaban decepcionados porque vieron que al final todo eso trajo consecuencias y de alguna forma ellos relacionaron algunos actos como consecuencia de las entrevistas. Muchos se esconden y no dan las entrevistas. Además les pareció fuerte la forma en cómo los llamaban en el periódico, creo que decía ahí los niños sin amor, o algo así, y como que eso los regresó a su parte real, porque ellos sienten que están en su familia... esa misma semana, fue Cristina Pacheco, es una periodista muy reconocida con compromiso social de Canal 11, tiene un programa que se llama “Aquí nos tocó vivir”.

Las emociones del grupo después de esta época de fama se reflejan en esta conversación con Santo y Greñas:

Santo: Lo que salió en el periódico era que teníamos mejor organización que cualquier... no que cualquier pero sí que la mayoría de los adultos.

Greñas: Pero cuando llegamos estaban sacados de onda porque decía que hasta microondas tenían.

Santo: Se equivocaron los pendejos. Que estufa que sala... jaja.

Mupet quedó más resentido con la prensa y comentó, “Los únicos [de los que nos visitan] que me caen mal son los reporteros que luego vienen. Me caen bien gordos”. La atención que tanta prensa puso en este punto durante mi trabajo de campo también se debía a las quejas que los vecinos habían interpuesto ante los gobernantes de Coyoacán. El coordinador del programa de Hijos e Hijas de la Ciudad explicó,

Pues todo empieza con la inconformidad de los vecinos, que ya nos los quieren tener ahí. Empiezan a ejercer cierta presión concretamente hacia el delegado. En un acto público del delegado de Coyoacán la prensa los acorrala y les dice “¿qué van a hacer con los chavos de Taxqueña?, ¿Y cuál es la estrategia?”. Entonces, obviamente mal, no había ningún plan y dicen “sí, ya tenemos un plan”... y apenas al otro día sale un plan, y es un supuesto plan de trabajo sin un verdadero estudio. Si algo nos queda claro es que ni IASIS ni la delegación Coyoacán están al tanto de

la dinámica del punto. Llegaron a conocerla, pero IASIS no tiene trabajo de campo en el punto. La delegación Coyoacán no tiene ni personal para trabajo en campo en ese punto. Pero son ahora quienes abanderan esto y la verdad a mí se me hacen muy graves las declaraciones que hacen.

Más atención al grupo resultaba en más intervenciones, a menudo sin un plan pedagógico o sin pensar en las consecuencias de sus acciones en el largo plazo. Los recursos invertidos en este grupo por diversos interventores fácilmente rebasaron la suma total de recursos recibidos por todos los otros grupos de callejeros que yo conocía en el D.F.

Las mismas tres OSC que intervinieron con los del Garibaldío trabajaron con los chavos del Puente: Casa Alianza, Pro Niños y PNC. La frecuencia de las visitas de los educadores de estas OSC variaba dependiendo de los procesos que llevaban con los integrantes del grupo en un dado tiempo. Como se refleja en los comentarios arriba, el personal de las tres organizaciones reconocía que había demasiadas cucharas en la sopa de El Puente. Los chavos tenían un abanico de opciones de actividades y apoyos todos los días, ya que formaban uno de los grupos más grandes y con más jóvenes de la ciudad. A diferencia de los otros dos puntos, en adición a las OSC aquí llegaron vecinos, religiosos, medios e instituciones públicas para “ayudarles”. Pérez de Casa Alianza resumió esta realidad diciendo,

Somos demasiados interventores que llegan con ellos, y ninguno de nosotros ha llegado a ser tan contundente para erradicar una situación tan grave. Cada quien va a aportar su metodología de manera aislada... ya ha llegado la prensa, televisoras, ya llegaron estudiantes, entonces todos los que van y meten allí su cuchara de alguna forma sacan algo... Por ejemplo ¿las escuelas qué hacen? Llegan los estudiantes, dicen que van a hacer una peli que se llama, “Bajo el Puente”. Pero tú ves allí a las estudiantes y los niños recargándolas, tocándolas, sin ningún tipo de respeto, ¿no? Entonces, ¿qué tipo de control o sistematización hay para un trabajo con ellos? Es como seguir sobreexplotando la situación con ellos. Entonces, no hay algo que está impactando de manera real en el trabajo. Todos estamos trabajando de manera aislada... no logramos coordinarnos... es bastante difícil la situación, es bastante compleja, y no se va a solucionar de manera aislada. Se necesita lograr coordinarse de alguna forma y no todos estamos de acuerdo con las metodologías que los demás tienen.

Los chavos reconocían el poder de estas relaciones. ¿Por qué esforzarse para dejar las drogas y la calle, si en El Puente consiguen todo (menos el vicio) gratis, simplemente por ser “de la calle”? “La neta sí nos va bien. Como no somos manchados y acá, mucha banda nos apoya”, reconoció Santo.

El grupo se reconocía como “los hijos de Casa Alianza”, y la mayoría tenía múltiples ingresos y salidas de esta institución. Cabe destacar otra vez la relevancia de varios hogares de

esta institución en la zona de Taxqueña. En varias ocasiones cuando yo estaba en El Puente llegaron niñas de una de estas casas a visitar al grupo. Según ellas, salieron de mandado y aprovecharon a pasar por ahí, “para una mona y a saludar a la banda”, como me explicó Sandy. Pérez de Casa Alianza reconoció esta dinámica diciendo, “uno de los fuertes de este punto es el hecho de que llegan muchas niñas allí. Entonces es hacerse parejas, vivir en la calle sin reglas... y al final de cuentas es muy atractivo e incluso atrae a otros chavos por tener niñas bonitas, jóvenes allí”. Rodolfo de Pro Niños también reconoció este factor de arraigo y me explicó que

La mayoría de los chavos que empezaron a llegar (a Taxqueña) eran desertores de Casa Alianza, y todo empieza porque allá están las casas de Casa Alianza cerca. Y antes cuando estaban en las torres, había chavos que no habían estado en Casa Alianza allí y las chavitas (de Casa Alianza) los veían y los empezaron a cotorrear y hasta pasar unas noches allí, pero no se quedaban todo el tiempo. Después los chavos iban de Hidalgo a visitar a las chavas (en las casas por Taxqueña) y se empezaron a quedar por allí. Y me parece que así fue este éxodo de los chavos de Alianza a plantearse allí debajo del Puente en Taxqueña. Alguien encontró el lugar, le gustó y empezó a hablar a los demás, “Aquí nos podemos ver luego, luego, ¿por qué nos vamos hasta Reforma?”. Y tener a las chavas allá le da más arraigo a este punto.

Los educadores de Pro Niños solamente trabajaban casos específicos en el grupo, y no llegaron a platicar con todo el grupo. “Nosotros dejamos de ir unos meses porque otra de las verdades absolutas es que si permaneces mucho tiempo, o eres parte del grupo o eres parte del paisaje urbano”, me explicó Rodolfo. Noté la calidez de la recepción con que recibieron a los educadores de Pro Niños los del grupo después de una ausencia prolongada. Sin embargo, como la mayoría ya tenía más de 18 años, sabían que ya no eran elegibles para los apoyos de Pro Niños.

Algunos chavos de este grupo empezaron a ir con los tíos de PNC durante mi trabajo de campo. Iban irregularmente y en dos ocasiones se salieron antes de la hora porque un miembro del grupo tuvo broncas allí. En estas situaciones me llamó la atención cómo la solidaridad del grupo valía más que el apoyo de cualquier OSC. Se apoyaban entre sí y se movían juntos. En otra ocasión noté que un chavo del Puente, al que no conocía bien, estuvo “moneando” durante un torneo de voleibol dentro de PNC. Cuando le dije que los tíos lo iban a sacar, nada más se rió. Salomón de PNC me comentó: “A mí me sorprendió que vinieran todos los de Taxqueña el día que jugó México, el martes pasado. Y tienen muchas opciones, saben que el martes hay tal actividad aquí, en otra institución hay otra cosa y así, todos los días.

Ellos programan sus actividades a su conveniencia. Vienen y algunos chavos dicen, ‘sí me gusta,’ y a él que le gusta regresa”.

La relación de las tres OSC con los chavos del Puente era de frustración. Por tantos apoyos que recibían, era casi imposible convencerlos de que había mejores opciones para ellos fuera de la calle. Como educadora, a veces me sentí mal por contribuir a los apoyos para este grupo cuando los invité a comer a cambio de una entrevista, pero sabía que mi aportación era poca en comparación con todos los demás que recibían.

En una ocasión Slash me preguntó, “¿Quién te manda a cuidarnos?”. Este chavo buscaba relacionar a los interventores con las instituciones y entender el interés de cada quien con el grupo. A diferencia de cuando estaba en el Garibaldío, nunca me sentí insegura con el grupo, aunque a menudo incomoda viendo como los interventores facilitaban su permanencia en la calle sin darse cuenta. Como comentó Pérez de Casa Alianza, el problema principal es la falta de comunicación, coordinación e interés común entre los interventores. Además, como argumentó Rodolfo, “son chavos muy fantasiosos como... el E.T. que dice, 'Es que aquí vamos a lograr la vida', con esta fantasía tan cañona...”. Con tanto apoyo es fácil entender de dónde sale esta fantasía. Aunque dudo que logren hacer la vida allí, con el apoyo que recibieron durante mi estancia en calle y el progreso que estaban logrando respecto a su relación con los policías y los vecinos, los alumnos de la UAM podrían llegar a hacer varias secuelas a su película “Bajo el Puente”.

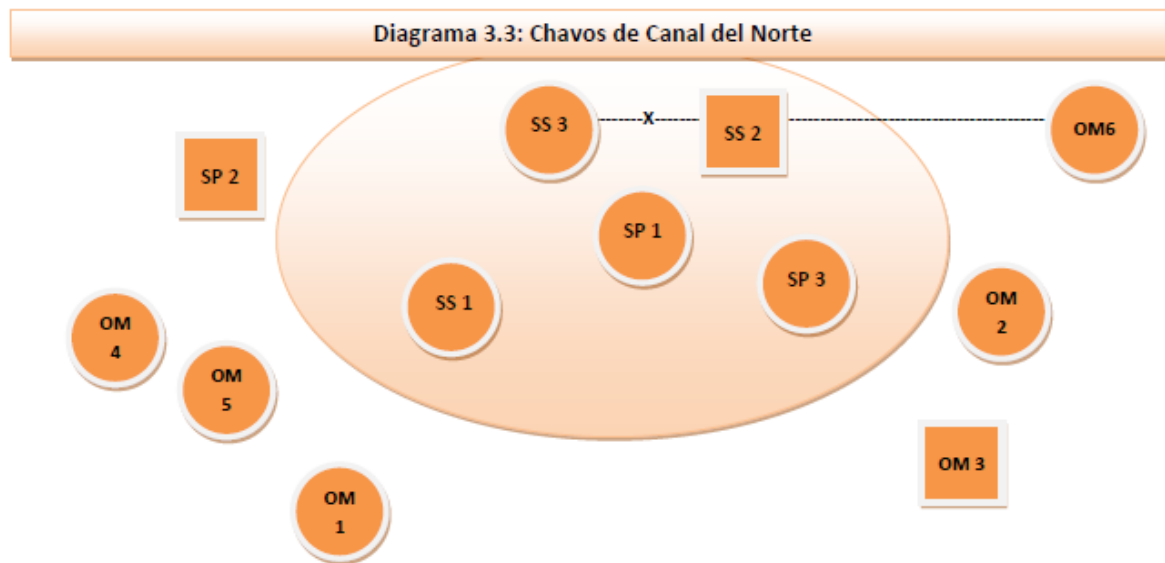
3.1.3 Canal del Norte y la zona de Morelos



El tercer grupo es el único de los tres que no contaba con techo o un espacio fijo del que se hubieran apropiado. Debido a los operativos policiacos impulsados por la delegación de

Venustiano Carranza, estos chavos se tenían que cambiar del lugar donde dormían periódicamente. Principalmente migraron de un pedazo de pasto al lado de la entrada del metro Canal del Norte (dirección Martín Carrera) y un pequeño jardín entre la banqueta y la calle Aluminio, al lado del mercado de carnes, a dos cuadras del metro. Por lo general, se quedaban entre tres y cinco chavos a dormir juntos en cualquiera de estos puntos.

Cuadro 3.3: Sujetos y otros personajes significativos relacionados con Canal del Norte					
Sujetos principales (SP)		Sujetos secundarios (SS)		Otros miembros del grupo (OM)	
1	<i>Marcos</i> , 20	1	<i>Gordo</i> , 27	1	<i>Darío</i> , 28 (ocasional)
2	<i>Sarahí</i> , 25 (ocasional)	2	<i>Candy</i> , 19 (ex-novia de <i>Gil</i> , novia de <i>Ricardo</i>)	2	<i>Mateo</i> , 18 (hermano de <i>Mario</i> y <i>María</i> , ocasional)
3	<i>Mario</i> , 21 (hermano de <i>Mateo</i> y <i>María</i>)	3	<i>Ricardo</i> , 24 (líder, novio de <i>Candy</i>)	3	<i>María</i> , 19 (hermana de <i>Mario</i> y <i>Mateo</i>)
Informantes de la zona			OSC que trabaja en la zona		
Dueños de la tienda de abarrotes			Ednica		
<i>Doña Candelaria</i> , vendedora ambulante					
<i>Gus</i> , vendedor de papas fuera del metro					



Los chavos de Canal del Norte se presentan en el cuadro y la diagrama 3.3, de la misma forma que se presentan los del Garibaldi y El Puente en las secciones previas. Los cuatro hombres que se encuentran dentro del círculo pasaron gran parte de su infancia en las calles de esta zona y eran reconocidos por la gente de ahí como hijos de Canal del Norte. Ricardo (SS3)

tenía más de diez años en la colonia Morelos. En general, era el preferido de los comerciantes para ayudarlos a montar sus puestos. Anteriormente, fue el novio de Candy (SS2), una chava de 19 años que trabajaba como sexoservidora en la zona y presumía su habilidad para chinear⁷² a sus clientes para robarles.⁷³ Ricardo fue recogido por un operativo nocturno de la delegación en julio de 2009 y estuvo encerrado en un anexo durante tres meses. Durante este tiempo perdió su posición con los comerciantes de la zona y su novia se hizo novia de Gil (OM6). En marzo de 2010, otro chavo que trabajaba en los puestos lo acusó por robo de su celular y cayó preso en el Reclusorio Norte. Supuestamente salió del reclusorio en mayo de 2010, pero no regresó al punto durante el resto de mi tiempo con el grupo. Ricardo recuperó el liderazgo del punto mientras Gil estuvo encarcelado, pero no volvió a juntarse con Candy.

Marcos (SP1) era un chavo homosexual que tenía una serie de relaciones con hombres mayores de la zona. Dormía en la óptica a la salida del metro, pero mantenía los mismos hábitos callejeros de siempre. Trabajaba haciendo mandados para la óptica y otros comerciantes de la zona.

Mario (SP3), Mateo (OM2) y María (OM3) eran tres hermanos que llegaron a la calle hacía más de una década. Durante su infancia, los tres se quedaron juntos, pero María falleció en 2005. Mateo migraba entre diferentes puntos de la colonia Morelos y Mario se había arraigado a Canal del Norte y el programa de EDNICA.⁷⁴ En general, Mario entraba dos veces por año a un centro de rehabilitación para recuperar fuerzas y regresar a lo mismo en la calle. Su grado de consumo era más alto que el de Marcos y Ricardo, y trabajaba haciendo mandados por la zona.

Gordo (SS1) llegó a la zona hace 20 años cuando sus papás fueron asesinados en un negocio de narcotráfico. Estaba muy deteriorado física y mentalmente, pero todavía ayudaba a los puesteros. El nivel de sus fantasías era impresionante, ya que regularmente hablaba con sus compañeros de calle y el educador de EDNICA sobre un cuarto que rentaba, o hijos y posesiones materiales que tenía, pero nada de eso existía. Al inicio de 2010, una tía lo llevó a vivir con ella al Estado de México. La familia era de clase media y en su casa Gordo tenía su propia habitación y la oportunidad de trabajar en un taller mecánico con un primo. Sin embargo, Gordo regresaba a Canal del Norte con frecuencia. La última vez que lo vi, me dijo

⁷² “Chinear”- poner en estado inconsciente a una persona haciendo presión en ciertos puntos del cuello.

⁷³ Candy falleció a principios de 2011 por sobredosis en el punto de pernocta del grupo.

⁷⁴ Mateo fue expulsado de EDNICA a inicios de 2009 cuando escupió activo en la cara del coordinador del Centro Comunitario Morelos.

que sus tíos habían vendido la casa para irse a vivir a Acapulco y que él ya había conseguido un trabajo en un restaurante de tacos *gourmet* y que estaba rentado un departamento en la Morelos. La historia era completamente inventada.

Darío (OM1), Jorge (OM4) y Fer (OM5) eran otros callejeros de la zona que a veces se juntaban en Canal del Norte y asistían esporádicamente a EDNICA. Darío sufría de retraso mental y obesidad, pero como Mario decía, “tiene un corazón de oro.” No conocí bien a Jorge y Fer, pero regularmente me los encontraba con el grupo afuera del metro, y Marcos me comentó que a veces dormían allí.

Finalmente, Sarahí (SP2) llegaba a quedarse con este grupo en ocasiones. Ella migraba principalmente entre este punto, la Candelaria, Garibaldi, la Soledad y Portales. Era como una figura maternal para los chavos de este grupo, pero nunca se quedaba más de una semana con ellos.

Aparte de los sujetos principales, sujetos secundarios y el maestro Juan, que coordinaba el proyecto de calle de EDNICA Morelos, entrevisté a otros cuatro actores de la zona. La tienda de abarrotes a la salida del metro era de una pareja de aproximadamente 55 años de edad. Ellos abrieron la tienda en 2006 y trabajaban allí seis días a la semana. Mario, en especial, había logrado un lugar en sus corazones. Gus vendía papas a la francesa a la salida del metro, justamente donde dormían los chavos. Pasaba largas horas en compañía de los chavos todos los días. Finalmente, doña Candelaria tenía un puesto de bolsas al otro lado de la avenida. Desde 2007, los chavos le habían ayudado a montar y desmontar su puesto todos los días. Los cuatro entrevistados conocían a todos los sujetos de este estudio y ayudaron a explicar su vida cotidiana, ya que se habían apropiado del mismo espacio público.

Seis días a la semana se ponía el tianguis a la salida del metro, que se extendía aproximadamente cinco cuadras. En este mercado vendían varios tipos de comida, ropa, discos y películas pirata, productos de limpieza y litografías, entre otras cosas. Los chavos conocían a la mayoría de los vendedores y los saludaban cuando pasaban por allí. Cuando eran niños tuvieron otras opciones para conseguir dinero, pero ya la mayoría de ellos sobrevivía solamente gracias a los vendedores de la zona, quienes eran su principal forma de ingreso económico y fuente de comida. Doña Candelaria me explicó esta dinámica: “Mira, a la señora de los tacos le ayudan, y les da de comer y aparte les da su dinerito. Yo no, si tengo comida, ya les convido de mi comida. Allá con las quesadillas, les hace lo mismo, les da su comida y aparte les da su

dinerito”. El maestro Juan también reconoció la relación entre los ambulantes y los chavos, argumentando que,

Los principales actores ahí son los comerciantes, porque es una fuente de manutención económica, finalmente la sumatoria de todo esto da una como cierta unidad, en donde los chavos tienen como su papel importante, los chavos en esas condiciones laborales vienen bien para los comerciantes, es una mano de obra casi regalada, aguantan malos tratos, es como un ecosistema ¿no?, es el equilibrio que se puede ver, económico, afectivo... incluso hasta perverso ¿no?

Los tres chavos con más arraigo al punto y a EDNICA llevaban gafetes identificándolos como empleados de negocios de la zona para evitar problemas con los policías, el de Mario decía que trabaja en la tienda de abarrotes, el Gordo se identificaba como empleado del puesto de papas a la francesa de Gus, y Marcos traía un gafete con el nombre de la óptica donde dormía. Los tres chavos pasaban la mayoría de sus jornadas laborales sentados en el piso (a menudo dormidos) cerca de los negocios, esperando que les pidieran hacer un mandado o ayudar con otra tarea. Los empleados de la óptica les daban chance de usar el baño allí, y los chavos de este punto generalmente se bañaban cuatro días a la semana en EDNICA.

Doña Candelaria me explicó que mientras eran bien recibidos y apoyados por la mayoría de la gente de la zona, su presencia evocaba sentimientos mezclados. En sus palabras,

Hay gente que no los quiere, como todos, ¿no? Con nosotros se llevan bien y nos ayudan. Pero hay hasta gente que no nos quiere porque estos chavos están aquí. Ahora ya casi no, pero unos vecinos antes nos decían que por nuestra culpa estaban aquí y que los consentimos y todo eso. Pero muchas veces una trata también de echarles la mano. Si yo necesito un mandado, una mercancía, van y la traen, es gente buena, son buenos niños, no son groseros con la gente, son muy honrados... El único problema es con el vicio...

Gus también comentaba que él no tenía problema con ellos y aprovechaba su presencia para que le ayudaran con mandados: “Yo a Ricardo, bueno casi a todos, a Gordo, a Mario, siempre les he mandado, por decir, al mercado, les doy un billete de 100 de 200 pesos, de 20, de 30, de 50 pesos, ‘ve allí y tráeme esto’. Si costó siete pesos, los tres pesos me regresan de cambio. Nunca son abusivos de que ‘me quedé con el cambio’, eso no”.

Los chavos eran parte del escenario urbano aquí. Conocían a la mayoría de los vecinos y, a diferencia de los de Taxqueña, eran aceptados y hasta vistos como hijos de los vendedores de la zona. Otra vendedora me comentó: “Yo conozco al Gordo desde hace 20 años ya. Creció aquí en la calle entre todos nosotros. Y los hermanos Mario y Mateo también llevan muchos

años con nosotros, igual él Marcos”. El maestro Juan notó la relación entre los chavos y los comerciantes y me explicó que, “Los comerciantes son los que más hacen vínculos con ellos, laborales y en algunos de los casos afectivos, hay algunos casos en donde incluso han vivido en casas de los comerciantes”.

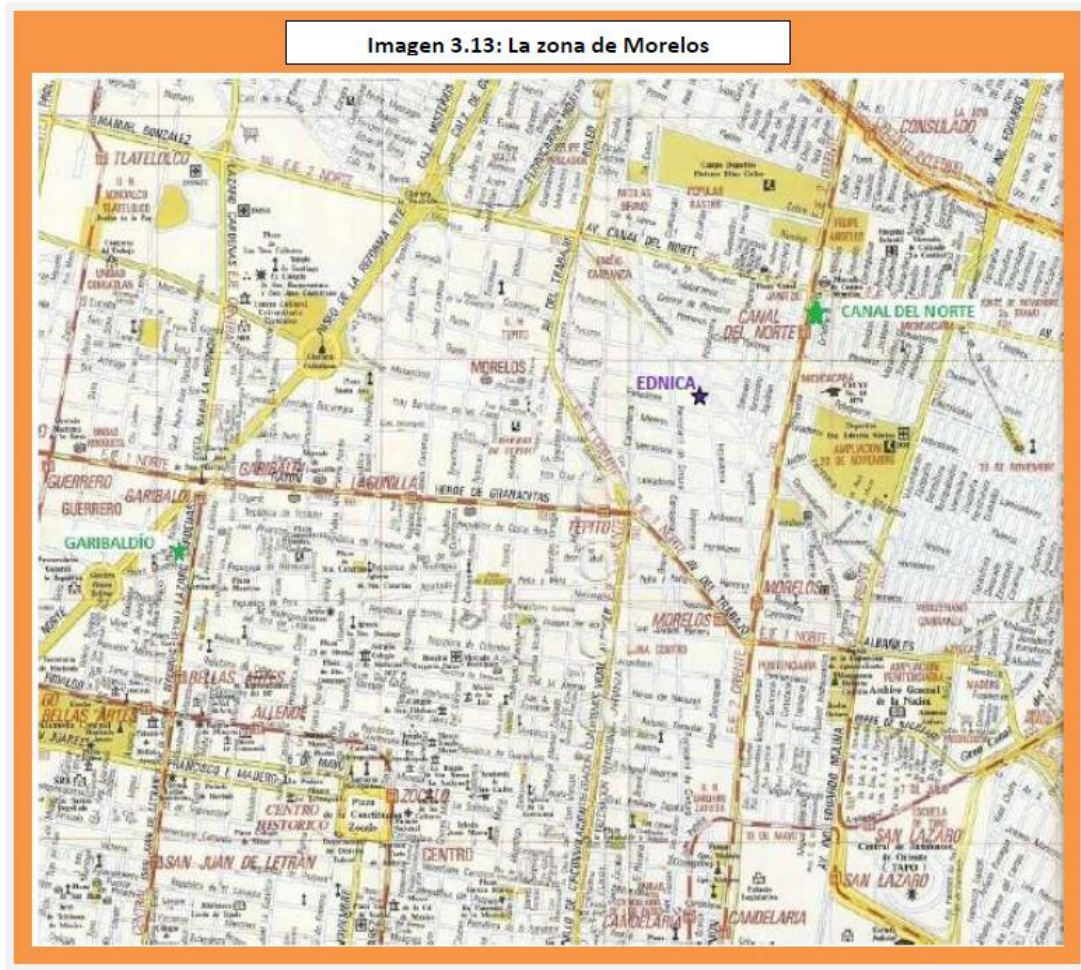
Dependiendo del momento, Ricardo o Gil eran quienes tenían más contactos con puesteros de la zona y mayores ingresos. A diferencia de Santo, estos chavos no eran líderes del grupo, ya que su posición no implicaba control sobre los demás chavos; simplemente tenían acceso a más beneficios. Según el maestro Juan, Candy generalmente se juntaba con el “alfa” del punto y aprovechaba sus ingresos para quedarse en el hotel con él. Ella se deterioró mucho en mis últimos meses con el grupo, cuando Gil fue internado y Ricardo no regresó con ella. Intentó regresar a su casa, pero a la semana volvió a quedarse con los chavos afuera del metro.

El punto de Canal del Norte se encontraba en una de las partes más seguras de la colonia Morelos. En comparación con la parada del metro Morelos, aquí había menos violencia y los vecinos eran de una clase más alta que los que vivían a unas cuadas hacia el sur o hacia el oriente. Olegario me explicó como los barrios de la Morelos varían:

A diferencia de Circunvalación para acá... (hacia EDNICA) hay calles como enrejadas; eso es señal de que la gente procura más su seguridad... Los chavos andan del lado de la calle Yurécuaro, pero no entran a las calles enrejadas. Aquí (por EDNICA) son más unidades habitacionales, condominios... De este lado (de Circunvalación) hay más violencia, sobre todo para los chavos que pernoctan... por eso ahora ves más chavos ahí que en metro Morelos (que en Canal del Norte).

El punto de pernocta de Canal del Norte, que se destaca en la imagen 3.12, junto con el Centro Comunitario Morelos de EDNICA y el Garibaldío, se consideraba como parte de la colonia Morelos, aunque el correo postal manejaba diferentes colonias dentro de la Morelos. Todos los barrios de esta zona eran marginales y se dividieron entre las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza. Rafael Xelhuanzi, un psicólogo de la UNAM que realizó un servicio social con EDNICA Morelos, explica que la zona se caracteriza por el hacinamiento, el sentido de pertenencia de sus habitantes, la abundancia de drogas, adicciones y violencia, el temprano inicio de la vida sexual, abandono de la familia por parte del padre/esposo, el machismo, el ideal de la solidaridad familiar (la cual rara vez se alcanza) y la falta de planeación por el futuro (Xelhuanzi, 2009).

La marginación de la colonia permeaba el asfalto. Las calles estaban llenas de basura, grafitis y gente. Había pocos árboles y los pequeños espacios de pasto a menudo servían como espacios de pernocta o baños para las poblaciones callejeras de la zona. Los olores de activo, *crack*, orines y excremento eran la norma alrededor del Centro Comunitario de EDNICA. Xelhuantzi argumenta que, “La comunidad de la colonia Morelos ha aprendido que no tiene posibilidades, acostumbrándose a estar sometida a una historia plagada de imposibilidades, cosa que no sólo sucede en la comunidad sino también en los individuos” (ibídem: 136).



La densidad de la población también se notaba, pasando las puertas de la multitud de vecindades, a cualquier hora del día; siempre había gente parada en las puertas y los pasillos. Aparte de la venta de drogas, se encontraba todo tipo de pequeños negocios, a menudo como parte de los hogares. También había una alta concentración de grupos de Alcohólicos Anónimos y otros centros de rehabilitación para drogadictos. En la noche, el ambiente se hacía

con música reggaetón a todo volumen y arrancones de carros. Identifiqué tres principales temas para definir la zona de Morelos: la violencia, la religión y la tolerancia.

A pesar de la buena relación entre los chavos y la mayoría de los vecinos, la violencia de la zona era parte de su vida cotidiana. La conciencia violenta de los chavos se reflejaba en las películas que llevaron a ver en EDNICA, la música que escuchaban, los dibujos que hacían, y en el vocabulario que usaban entre sí. En una ocasión cuando yo estaba en EDNICA, Pamela, una chava de 15 años que se quedaba por el metro Morelos llegó después de haber sido golpeado en la cara con un *block* de concreto por su novio, otro beneficiario de EDNICA. El novio inventó la habían atacado unos chavos que pasaron en un coche cuando él no estaba, y Pamela respaldó su historia, a pesar de que casi la mató (imagen 3.14). Aunque gozaban de buenas relaciones con los comerciantes, en general los chavos tenían problemas con otros callejeros y chavos de la zona, así como con los policías.

Todos los otros actores de la zona, así como los educadores, reconocieron la magnitud de violencia en la zona y cómo afectaba ésta a los chavos. “Los de calle son vulnerados precisamente por esta imagen violenta de los que viven allí. Los de calle son como desechables. El día que quieren golpear a alguien, agarran a un callejero”, explicó el maestro Juan. Doña Candelaria reiteró la realidad violenta de la zona y la victimización de los callejeros, diciendo, “Los agreden mucho por robarles sus cosas, hasta los han quemado – a Marcos Gordo y Gil–. Son otros los que los agreden por quitarles dinero, su vicio o su ropa, de los que andan aquí también pero más de paso”. Finalmente, Gus me dijo,



No falta el chamaco que anda por aquí moneando y cuando ve que ellos son menores, digamos en físico, luego les pegan, les quitan su activo. Los policías luego son los que son unos manchados, porque estos cabrones siempre lo que quieren es nomás chingar, porque nunca he visto que ayuden. Luego los revisan y si no les encuentran el activo, aunque traigan dinero se los quitan, y allí ya son chingaderas. A lo mejor si les quitaran el vicio, o a lo mejor un arma que puede ser peligrosa, allí sí, digo ‘no, pues sí,’ pero pues el dinero ¿por qué se los quitan?

La religión era otra característica innegable de la zona. Las calles estaban llenas de altares religiosos, generalmente de la Santa Muerte, San Judas Tadeo, la Virgen María o el Señor de Chalma. Fue notorio el respeto que la gente de la Morelos tenía a los altares cuando pasaban frente a ellos, “aunque sólo sea ésta una ojeada o persignarse apresuradamente” (Xelhuantzi, 2009: 134). Playeras con estas imágenes, así como tatuajes eran la moda entre los residentes de la Morelos. Regularmente pasaban procesiones religiosas por la avenida Circunvalación, algunas a la iglesia de la Santa Muerte que estaba en el corazón de la Morelos en la calle Panaderos, y otras de la Virgen María que iban hasta la Villa.⁷⁵

Finalmente, hay que reconocer que era una zona de alta tolerancia. “Los policías ya no te hacen nada por las drogas... nada más si andas robando”, me explicó Mario. Un día estaba con el maestro Juan en el cruce del Eje 2 y Circunvalación intentando convencer a una chava con nueve meses de embarazo de entrar a una casa hogar para no dar a luz en la calle. Ella y otro chavo se fueron corriendo con su activo, pensando que nosotros la íbamos a llevar por la fuerza, sólo para toparse con una camioneta de policías a la vuelta de la esquina. Pensé que los policías nos iban a ayudar al darse cuenta del daño que la chava le estaba causando al bebé que estaba a punto de nacer, pero solamente los revisaron buscando dinero y se fueron, sin importarles que siguiera consumiendo en la calle.

Era común encontrar gente fumando *crack* y “activándose” en la calle cuando iba caminando desde la parada del metro hasta EDNICA. “Bien saben los policías donde están los puntos de venta de drogas. Los policías son tan corruptos con esta gente que se vuelven intocables. A lo único que pueden llegar es a golpearlos y humillarlos, porque saben dónde venden la droga, pero no van”, argumentó el maestro Juan. La zona estaba llena de puntos de venta de drogas con los precios más baratos de la ciudad, promoviendo la alta concentración de callejeros en un área limitada, y su presencia llegó a ser una norma aceptada en la comunidad. Igual que en los otros lugares, el maestro Juan reconoce cómo la aceptación de las poblaciones callejeras por la comunidad y el apoyo que los vecinos brindaban a estos individuos contribuían a su permanencia en la calle: “La colonia los acoge y hasta les dicen con cariño, ‘son los drogadicto, un borrachito’. Cómo hablan con normalidad ante el fenómeno, y allí los mantienen. ‘Ay nos sobró comida, pues dásela a ese pobre güey’. Y es de esta manera como perpetúan su estancia allí y van a seguir buscando qué comer por esta zona. Son como los perritos. Está cabrón”.

⁷⁵ “La Villa”- La Villa de Guadalupe, Basílica de la Virgen Guadalupe.

Gente tirada en las banquetas era parte del escenario de esta zona, así como callejeros que ya habían perdido el control de su sistema nervioso por el consumo de sustancias prohibidas. Estos chavos se caían con frecuencia o estaban a punto de ya no poder caminar; les dificultaba comer con cubiertos y les temblaba todo el cuerpo.

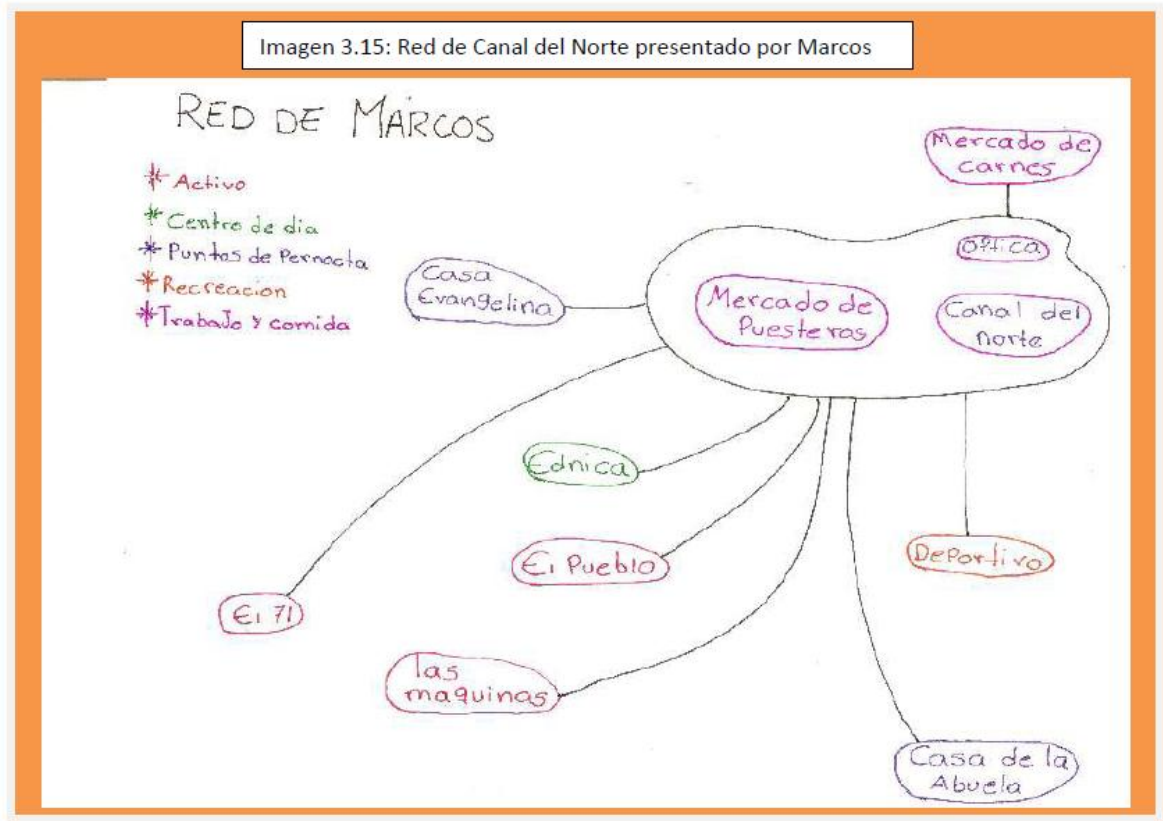
A pesar de los daños físicos, el sentido gregario de la colonia era innegable. Todos los chavos del punto llevaban por lo menos cinco años en la Morelos. Sarahí se mudaba de lugar con regularidad, pero tenía ocho años frecuentando Canal del Norte y dijo que se sentía “en casa con la banda de allí”. El maestro Juan explicó este fenómeno diciendo,

Por ejemplo el caso de Gordo él tiene una familia, una cama, una casa, comida, come todos los días, descansa, hace muy pocas cosas en su casa, sin compromisos... uno prejuzaría ¿no?, que güey... ¿cómo no se queda en su casa?, ¿le gusta la mala vida? Sin embrago, el asunto es de fondo, que imposibilita a Gordo verse fuera, fuera del núcleo éste, donde él tiene un lugar, cierto prestigio, una serie de cosas; él necesita como reafirmar esta parte... como de tener un cierto núcleo de amigos. La gente le dice Gordo, porque ése era su apodo desde que era un mocoso de nueve años... y andaba por aquí.

La misma realidad se notó en otro estudio de caso realizado por Ruth Pérez. Ella explica que “el modo de vida que lleva, le permite acceder a cierto reconocimiento social –en los ámbitos local e informal– y esquivar más fácilmente las relaciones de poder” (2007a: 83).

La red de sobrevivencia de esta zona se refleja en la imagen 3.14 dibujada por Marcos. El dibujo de Marcos es más personalizado que los de Socio y Mupet. Él marca su territorio principal con un círculo que incluye el punto de pernocta y vida cotidiana –el metro Canal del Norte, la óptica donde dormía y trabajaba entre semana, y el mercado de puesteros que proporcionaba la mayoría de los ingresos y comida al grupo–. El dibujo también incluye el mercado de carnes como punto relacionado con la procuración de comida y trabajo del grupo. Evangelina es una vecina que había apoyado a Marcos y permitía que viviera en su casa un tiempo. Marcos también pone la casa de su abuela como punto de pernocta, aunque no la visitó a lo largo de mi tiempo en campo. La única OSC utilizada por los chavos era EDNICA y se destaca en verde. Los puntos de venta de activo que el grupo frecuentaba, conocidos como el 71, el pueblo y las máquinas, están marcados en rojo. Finalmente, Marcos marca el deportivo donde va con EDNICA a jugar fútbol, como el espacio recreativo del grupo.

Imagen 3.15: Red de Canal del Norte presentado por Marcos



3.1.3.3 Las OSC y Canal del Norte

Durante mi trabajo de campo, la única organización que trabajaba con este grupo era EDNICA. Como no había menores de edad en el punto, ni quejas significativas de los vecinos, había poco interés en intervenir con ellos. Sobre todo, las otras OSC reconocían la zona por la venta de drogas a los chavos de otros puntos de la ciudad. El monopolio que tenía EDNICA en la zona le ayudaba a evitar los problemas que enfrentaban las OSC en Taxqueña, donde los interventores competían para trabajar con los chavos. Ésta también limita el sentido de poder que los callejeros sentían sobre las OSC por tener varias opciones. “En algún momento algunos de los muchachos han participado simultáneamente en más de una institución, pero en este momento la mayoría que vienen constantemente aquí, principalmente vienen acá”, Olegario me explicó, distinguiendo el rol de las instituciones en la red de este grupo en comparación con el de Garibaldío y el Puente. El maestro Juan también marcó esta diferencia entre la dinámica con el Puente y Canal del Norte diciendo, “Llegan a pasar, pero esporádicamente, grupos religiosos. Hacen como su trabajo evangélico en la calle, solamente eso, son inmediateistas, religiosos finalmente ¿no? No hay necesidad de coordinar trabajo con otros interventores”.

Aunque EDNICA no tenía el obstáculo de otros interventores que les facilitaran la vida a estos chavos en la calle, su desarraigo seguía siendo bastante complicado. El centro comunitario ofrecía regaderas y comida a los chavos que a final de cuentas les hacían más cómoda la vida callejera. Cuando llegué a campo, Marcos presumía, “Tengo seis años en EDNICA. Soy el que más tiempo tiene aquí, fui de los primeros que invitaron”. El sentido de pertenencia a la Morelos y al Centro Comunitario, la fuerte red de apoyo que se habían construido con los ambulantes, el mercado de drogas y la tolerancia de callejeros en esta zona eran trabas bastantes difíciles de superar en el esfuerzo del maestro Juan para promover cambios en las vidas de estos chavos.

La tolerancia que noté en la Morelos era parecida a la del ambiente de Garibaldi; en contraste, nunca vi a otro extranjero en la Morelos. No había sitios turísticos, oficinas u otra atracción para gente que no viviera en la zona o buscaba drogas. En dos ocasiones, se paró la policía para ver si estaba perdida, ya que era muy extraño ver a una gringa en esta parte de la ciudad. No me daba mucha confianza caminar sola por la calle, con excepción de la zona de Canal del Norte. Allí en el punto de encuentro con los chavos, el único problema que tuve fue con el señor que trabaja en la óptica y siempre quería hablar conmigo, impidiendo mis esfuerzos para realizar observación participante con los sujetos. Aparte de él, me sentí cómoda con los demás actores de la zona, que me saludaban y, al asociarme con EDNICA, me agradecían por mi labor con los chavos. La buena recepción que recibí por parte de la gente de Canal del Norte, refleja las relaciones afectivas que existían entre los chavos y los comerciantes de la zona.

Como EDNICA era una parte tan significativa de las vidas de los chavos que se quedaron en Canal de Norte, mi asociación con la OSC facilitaba mi integración a su mundo y sus vidas personales. La historia plagada de imposibilidades que plantea Xelhuanzi (2009) sobre la colonia Morelos y la gente que vivía allí fue justificada según mi experiencia allí. La norma de la violencia y la tolerancia de esta zona, sin el contraste de gente de clase media o alta, generaba interfaces profundas entre los chavos y las personas que querían ayudarles a salir de la calle.

3.2 La diversidad dentro de la cultura callejera

Entre estos tres grupos hemos visto varias semejanzas y diferencias. El callejero defeño, de cualquier punto, comparte una identidad. La migración entre grupos es relativamente común y en varias ocasiones noté una solidaridad inmediata entre ellos cuando se conocieron. Los callejeros eran una minoría en la ciudad que sufría la misma exclusión social, enfrentaba los mismos retos y sobrevivía con estrategias parecidas. Por otro lado, la cultura y la tolerancia de cada zona, el tamaño y la estructura de los grupos, el espacio físico de cada punto y las relaciones de cada grupo con interventores, había producido realidades distintas para los diferentes grupos callejeros en el D.F.

La lucha de cada grupo por apropiarse de los espacios públicos dependía en gran parte de la tolerancia en cada zona y la cultura del barrio. Como vimos con la interrupción de la policía durante mi entrevista con Cariño y Mupet, en Taxqueña era difícil drogarse en espacios públicos. Podríamos decir que era una zona de clase media, intolerante sobre el consumo de drogas, y los vecinos no querían el grupo allí, pero al mismo tiempo otros vecinos daban apoyos al grupo que últimamente contribuían a su arraigo a la zona. La lucha del grupo contra los bancarios y los bicicleteros era parte de su vida cotidiana y el precio que tenían que pagar por vivir fuera de la zona receptora en las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza.

En Garibaldi, había más tolerancia debido a la alta población de callejeros en la zona. Sin embargo, ésta disminuyó con las renovaciones a la Plaza Garibaldi. La presencia de turistas y profesionistas en la zona limitaba la tolerancia. En mis recorridos de la zona con los chavos de este grupo, noté que no le temían a los bancarios, y hasta consumieron activo delante de ellos, pero a los que pasaron en patrullas sí les daban miedo.

En la Morelos había más tolerancia. No noté que hubiese presión por parte de los vecinos para prevenir el consumo en espacios públicos, y no había profesionistas ni atracciones turísticas en la zona. Más bien, la presencia de callejeros y el uso de drogas eran parte de la cultura y del escenario público de la zona. No obstante, Canal del Norte era el único punto de los tres en el que había operativos policiacos que recogían a los chavos de la calle y los encerraban en anexos contra su voluntad. Era justamente la tolerancia de la zona lo que permitía estas violaciones a los derechos humanos, también. Así la lucha contra la policía era normal en los tres grupos.

Como lo demuestran los mapas de los integrantes de cada grupo, hay mucha variación entre sus estructuras. Todos los entrevistados reconocieron a Santo como el líder de Taxqueña, pero en los otros grupos, esta figura no existía. En el Garibaldío, Lento era el líder anteriormente, pero nadie había tomado su lugar en el mismo sentido de tener autoridad sobre los otros miembros del grupo. La Mamá Choncha tenía una posición superior entre el grupo por su edad y su larga trayectoria como callejero, sobre todo, y otros chavos fuertes que llevaban varios años en el baldío también tenían posiciones de poder en el grupo, pero ninguno se destacaba como líder. En Canal del Norte, el alfa era quien controlaba el mercado con los puesteros. Gil y Ricardo eran chavos menos deteriorados y con más fuerza física que los otros miembros del grupo, resultando en más oportunidades de trabajo entre los puesteros para ellos. Con más ganancias, podían complacer a Candy y acceder a más lujos. Sin embargo, no tenían una relación de liderazgo con los demás chavos del punto. Los otros miembros del grupo respetaban a Gil y Ricardo, y admiraban sus logros, pero no los veían como líderes.

También cabe notar la diferencia en el tamaño de los tres grupos. En el Puente siempre había chavos nuevos, ya que la migración entre este punto y Casa Alianza era constante. Llegaba a haber hasta 40 chavos allí, la mayoría menores de edad. Generalmente cuando llegaba yo, los chavos estaban viendo la tele, jugando cartas y/o fútbol, actividades que no se realizaban en los otros puntos. En el Garibaldío pasaba mucha gente a drogarse en la privacidad de una casa abandonada. A diferencia de Taxqueña, los que llegaban eran adultos y generaban una sensación de inseguridad entre los residentes del baldío. El desplazamiento de miembros del grupo a centros de detención, Acapulco u otros puntos de la zona era común, pero la población que dormía en el baldío raramente pasaba de quince personas. El grupo más pequeño era el de Canal del Norte, con cinco o seis residentes regulares y otros cuatro o cinco que iban de paso. Todos los integrantes de este último grupo tenían largas trayectorias en la colonia Morelos y no llegó ningún chavo nuevo al punto mientras yo acompañaba el grupo.

Por ser un espacio completamente abierto, el punto de Canal del Norte no era atractivo para otros chavos. No había techo, privacidad o protección. Las únicas atracciones que percibí ahí punto eran la cercanía con puntos de venta de drogas, su relativa tranquilidad en comparación con otras partes de la colonia Morelos, el apoyo de varios comerciantes así como acceso al baño de la óptica.

En contraste, el Puente tenía muchas características de un verdadero hogar, incluyendo alfombra, luz, agua potable, muebles y adornos. El Puente servía como techo, protegiendo el

punto de la lluvia, y las lonas que había colgadas brindaban algo de privacidad. Las paredes estaban adornadas y generalmente se mantenía limpio el espacio, compartiendo las responsabilidades del aseo entre el grupo. Como notamos en los comentarios de los chavos, la policía a menudo los mandaba de regreso al Puente; pero mientras no salieran de allí, se mantenían parcialmente escondidos del ojo público, y su presencia era tolerada en la zona.

El Garibaldío brindaba hasta más privacidad del ojo público, especialmente considerando que había varios cuartos dentro de la casa. Por esta estructura, el espacio podía ser compartido entre pequeños subgrupos. Aunque no contaba con agua o luz, se consideraba una casa, bastante diferente del espacio abierto ocupado por el grupo de Canal del Norte.

La última diferencia entre estos grupos que quiero destacar es su relación con los interventores y la diversidad de apoyos que entran a sus redes. Vimos ejemplos de las redes construidas por cada grupo, ilustrando cómo los chavos aprovechaban los diversos apoyos comunitarios. La red de los chavos del Garibaldío contenía varios comedores y centros de día. Conocían a puesteros en la zona, pero las relaciones entre ellos y los callejeros parecían ser más tensas que en el caso del grupo de Canal del Norte. Tal vez con tantos comedores en Garibaldi, y el 7-11 que cubría su cena todas las noches, los del baldío no requerían incorporar individuos a su red; o tal vez el rechazo de los vecinos era más fuerte, como notó Josué del centro de rehabilitación. Los chavos de Canal del Norte solamente tenían relación con una institución, EDNICA (y, en el caso de Mario, con unos anexos en donde podía tomar vacaciones de la calle). Aparte de esta OSC, su red se formaba por individuos en la zona. Finalmente, los chavos del Puente prácticamente sobrevivían gracias a los interventores que llegaban con ellos. Gozaban de diversos apoyos de vecinos, OSC e instancias del gobierno. Tantas opciones de asistencia les dieron un poder sobre los interventores y se daban el lujo de rechazar los apoyos que demandaban esfuerzos de su parte.

Se reconoce la identidad callejera y la norma de migración entre puntos de pernocta, pero el sentido de pertenencia a un grupo y una zona parecía ser más fuerte. Los chavos se identificaron por zona más que por ser callejeros. Mientras utilizaron el discurso de ser “de la calle” para charolear o cuando trabajaban como faquires, dentro del mundo callejero la identidad se basaba en el punto de pernocta. Las primeras preguntas entre los chavos, cuando se conocieron en una OSC por ejemplo, generalmente eran algo así como, “¿Dónde quedas? Órale, ¿conoces a Fulano? ¿Todavía se junta el Mengano por allí?”. Si un chavo se quedaba en

la Morelos, por ejemplo, se sabía que su entorno era más duro que el de los chavos del Puente, que evitabas muchas broncas de la calle por estar en una zona de clase media.

En PNC, el punto de pernocta determinó qué días un chavo podía acudir a los servicios del Patio. Esto reflejaba y reforzaba el sentido de pertenencia a las zonas y la solidaridad entre chavos del mismo punto. Había peleas entre grupos, como veremos en el siguiente capítulo con el testimonio de Mupet sobre los problemas entre el grupo del Puente y los chavos del Zarco. La identidad con un punto, o una zona, traía consigo la idea que el chavo tuviera cierto territorio y una red construida allí. Lograr un territorio y construir una red eran tareas difíciles y paulatinas, explicando el arraigo de los chavos a ciertas zonas. Con excepción de algunas chavas, la migración tendía a ser entre puntos relativamente cercanos, como el Caballito, el Garibaldío y la Casa de Cuauhtémoc, así permitiendo el uso de la misma red de sobrevivencia ya establecida en la zona.

Finalmente, valga destacar la presencia de interfaces entre los tres grupos y las OSC que intervinieron con ellos. Los tres grupos reconocieron a las OSC como puntos que les brindaban comida y donde podían bañarse y lavar su ropa. De alguna manera, los chavos consideraban a las OSC como parte del mundo callejero, mientras que éstas consideraban que sus programas ayudaban a desarraigar a los chavos de la calle. El número de OSC relacionadas con cada grupo, así como el tipo de relación y los servicios ofrecidos variaban, pero el hilo común entre los tres grupos de callejeros era la utilización estratégica de alguna(s) OSC para sobrevivir en la calle.

3.3 Otros espacios del mundo callejero

Mientras la mayoría de los chavos en un punto compartía los mismos contactos en sus redes, sus trayectorias como callejeros eran bastantes diversas. Había quienes seguían en contacto con algún familiar y pasaban temporadas en casa, y otros que llevaban más de una década sin dormir en un hogar familiar. Había chavos que recurrían regularmente a anexos y centros de rehabilitación y otros que nunca habían estado internados en centros de este tipo. Algunos sujetos tenían varias entradas a consejos tutelares y/o reclusorios, mientras otros habían evitado estas experiencias. Había quienes frecuentaban casas hogar y/o centros de día, y quienes no. Algunos chavos tenían largas trayectorias como viajeros con etapas prologadas en

Acapulco u otras partes de la república, y otros que habían pasado toda su vida callejera en la misma parte de la ciudad.

Considero que las trayectorias de estos chavos son circuitos de desplazamiento, en los que han pasado por diferentes contextos de exclusión dentro y fuera de la calle. Aunque algunos puntos de estos circuitos son espacios privados, parece que la identidad callejera se fortalece a lo largo de sus trayectorias. Para cerrar este capítulo, reviso los tipos de puntos que se encontraron en estos circuitos y cómo contribuyen a la callejerización. En el siguiente capítulo examino las trayectorias, o circuitos de desplazamiento, de los diez sujetos principales de este estudio. A pesar de estar fuera de la calle, veremos cómo estos puntos son parte del mundo callejero y cómo contribuyen a la identidad callejera y el arraigo a la calle.

3.3.1 Casas de parientes

A menudo la entrada al mundo callejero es paulatina. Un niño hace contactos en la calle y empieza a pasar más tiempo allí. Va separándose del hogar poco a poco hasta que pasa la noche en la calle. Luego es común que regrese por temporadas cortas al hogar o a la casa de otros parientes mientras va desarrollando su arraigo a la calle. Como vimos en los modelos teóricos de la callejerización de Lucchini y otros en el primer capítulo, estos puntos pueden servir como escapes temporales de la calle. Además, el chavo puede quedar más decepcionado cuando se reintegra con la familia con expectativas falsas. Generalmente, la familia sigue teniendo los mismos problemas que promovieron la salida inicial del niño. A diferencia del momento de su primera salida, el chavo ya tiene diversos contactos en la calle y a menudo le da menos miedo salir otra vez. Además, no podemos negar las atracciones de la calle para estos chavos, aun cuando no tienen problemas en su casa. La tía Tomasa me contó sobre una recaída de Caballo:

Cuando Caballo salió [del módulo del Programa Niños de la Calle] en un arranque de molestia, enojo y temperamento arrebatado, dijo “voy a continuar estudiando, les voy a demostrar. Voy a mi casa”. Estuvo allí algunos días y después me decía, “es que no sé qué me pasa. Estoy bien allá, sé que me están ayudando y mi hermano tiene muchas esperanzas en mí, pero este carácter que tengo, ni yo a veces lo aguanto. No tolero, no aguanto cualquier cosa”. Y así se iba por cualquier situación, por cualquier cosa.

Ya vimos en el capítulo tres cómo las OSC buscan reintegrar a los chavos a sus familias. Casa Alianza da particular importancia a la reintegración familiar (Thais 2001). Mupet

contó lo siguiente sobre su reintegración con la ayuda de Casa Alianza y su posterior regreso a calle.

De Casa Alianza me llevaron con mi familia...Ya empecé a trabajar, pero me regresé porque estaba viviendo con mi hermano (y su familia). Y como nadie trabajaba más que yo, y cuando yo no trabajaba se molestaba--se enojaba de ¿por qué estaba de huevón? Mi hermano no trabajaba y su mujer no decía nada, o sea todo iba para mí. Entonces un día me aburrí de esto y ya no regresé tampoco.

De igual manera, la reintegración familiar es una de las tres opciones de vida en el modelo de Pro Niños, junto con el ingreso a una casa hogar o la preparación para la vida independiente. Observé esfuerzos de los educadores para restablecer las relaciones de los chavos con sus familias en las cuatro OSC que participaron en este proyecto de investigación, aun en EDNICA que no incluye esta actividad en su manual. Desafortunadamente, sin seguimiento del proceso de reintegración y cambios significativos en todos los involucrados, hay poca esperanza de que el chavo no recaiga; y cada recaída tiende a ser más profunda en el mundo callejero, alejándolo más del hogar que abandonó.

3.3.2. Casas hogar

Entre los diez principales sujetos de estudio de este proyecto de investigación destacaron más de 20 casas hogar donde se habían quedado durante sus trayectorias como callejeros. Como vimos en particular con los comentarios de los chavos del Puente, es común para ellos entrar y salir de la misma institución varias veces. Para las OSC, “la reintegración es un proceso largo y se debe ser paciente e indulgente”, por eso permiten tantas salidas y reingresos de los chavos (Pérez, R. 2007b: 38). Sin embargo, cada salida brinda nuevas experiencias y contactos en la calle, los cuales contribuyen a la callejerización.

Muchos chavos que entrevisté declararon que no les gusta estar “encerrados” en casas hogar, pero todos han pasado por estos espacios. En algunos casos, sus ingresos son forzados, como la mayoría de los ingresos a Casa de Todos, donde los chavos llegan canalizados por el AFI o el Consejo Tutelar. Cariño compartió sus historias con esta casa hogar, demostrando cómo la experiencia no promovió ningún desarraigo de la calle:

Como estuve vendiendo piedra me agarraron y me llevaron al HUMON, para narcóticos. Me tenían en un cuarto, me investigaron y de allí me llevaron a una casa hogar, a la Casa de Todos. Estuve como una hora nada más porque como me metieron a bañar y agarré la toalla de otro chavo y peleé y me sacaron.

Por otro lado, en muchos casos los chavos entran por su propia voluntad, como los ingresos a Casa Alianza. Santo explicó su experiencia en esta casa hogar diciendo,

Pues duré allí (en Casa Alianza) hasta los 18 (años) prácticamente. Entré y salí fácil más de 16 veces... estaba estudiando. Terminé el curso de serigrafía. Estaba estudiando la secundaria, me aburrí, la dejé. Después me metieron a un curso de sastrería. Estaba a punto de terminarlo, me enojé, le grité a la maestra, pegué la mesa y me expulsaron.

Recordamos que la callejerización de Santo comenzó en Casa Alianza, ya que allí fue donde conoció a otros chavos con experiencia en la calle y también donde probó el activo por primera vez. Sin importar si las entradas eran voluntarias o no, estas instituciones son parte importante de las redes callejeras y marcan experiencias significativas en las trayectorias de todos los chavos en este proyecto de investigación.

3.3.3. Reclusorios y Consejos tutelar

Especialmente entre los chavos que consumen *crack* y metanfetaminas, es común caer preso por robo. Otros sujetos de este proyecto fueron encarcelados por la venta de drogas o por pelear en la calle. Como me explicó Cariño, “[Los chochos] son pastillas, unos verdeditos así chiquititos, como tachas, pepinillos... cuestan 12 pesos, bueno, ahorita están en 20. Pero los dejé porque me provocaban robar... como que me borra la cinta y como que me hacen otra persona”. Un chavo de Relaciones Exteriores, Almohadas, me explicó su “caída” de tres meses al Reclusorio Norte diciendo, “Me prestó dinero el Muletas para mi vicio, y le di mi discman hasta que le pagaba, pero ya que le iba a pagar los había vendido. Nos pusimos a pelear y alguien habló a la policía, y como es minusválido el güey, me agarraron a mí”.

Para todos los chavos que entrevisté sobre sus estancias en los centros de detención, fueron experiencias impactantes que les dejaron con miedo a regresar; pero también dijeron que salieron peores, y por eso las recaídas de chavos callejeros a los centros de detención son tan comunes. En una entrevista dentro del Reclusorio Norte, Pollo, un callejero de la zona de Garibaldi de 21 años me explicó, “Estamos en la universidad del crimen. Cada quien cuida lo suyo y aprendes cómo sobrevivir como un criminal, aquí adentro y luego cuando sales también”.

Como veremos en el siguiente capítulo, las detenciones en la trayectoria de Lento fueron regulares. Él resumió esta parte de su circuito de desplazamiento así:

La primera vez que caí tenía 13 años. A veces me quedaba 22 días hábiles, dos meses... pero después ya no me mandaron al Consejo; me mandaron a Cedín en Tlalpan. Estuve un año, nueve meses. Nos daban pijamas con chancas, nos bañábamos con agua fría, marchábamos. Cuando te portabas mal te daban una madriza. Después caí al Correccional San Fernando y allí fue más pesado. Allí me aventé seis meses, y empecé a ver la vida diferente. Cada rato había golpes; incluso agarraban los cepillos de dientes, los sacaban filo y te picaban con ellos. Allá adentro te tienes que defender. No debes de dejar que te quitan las botas. Luego quieren que les lavas la ropa... que seas su monstruo.⁷⁶ Y no, no debe de ser así.

Las experiencias de Lento tras rejas lo formaron para ser el líder del Garibaldío y una leyenda en el mundo callejero. Ser encarcelado es especialmente duro para los callejeros, ya que no cuentan con visitas o apoyo externo. Los otros internos y los custodios reconocen a los chavos como callejeros y es común que reciban apodos por la zona de calle de donde vienen, reforzando su identidad como callejeros. Cuando visité a Socio en el Reclusorio Norte me comentó, “Como ya está el Chiquilín, ¿te acuerdas de él, el que vende piedra? Pues como ya me conoce, les dijo que vengo de Garibaldi, y por eso me dicen ‘Gari’”. Si bien no quieren caer presos otra vez, la temporada en reclusión puede reforzar la identidad callejera de estos chavos y los hábitos criminales, a pesar de estar tan lejos de la libertad de la calle en estas etapas de sus circuitos de desplazamiento.

3.3.4. Anexos y clínicas de rehabilitación

Igual que sucede con respecto a las casas hogar y los hogares de parientes, hay callejeros que usan los centros de rehabilitación para tomar vacaciones de la calle. Como explicó el maestro Juan, “Mario es muy dado al anexo. A diferencia de Marcos y Sarahí, él sí toma sus vacaciones de calle en los anexos. Cuando ya se ve súper mal, accede a irse al anexo. Pasa tres meses allí, se siente otra vez vigoroso y vuelve a la dinámica callejera”. En casos como el de Mario, estos centros son espacios significativos en la trayectoria callejera.

De la misma manera que la callejerización de Santo comenzó en Casa Alianza, la de Flaca comenzó en el centro de rehabilitación donde conoció a Jocelyn. Al encontrarse después en la calle, Jocelyn la invitó al baldío donde Flaca permaneció durante la mayor parte del tiempo de mi trabajo de campo. Es común que los callejeros establezcan nuevas relaciones con otros callejeros en estos centros, y que les ayudan a ampliar sus redes callejeras. Mientras existe la intención apoyar a los chavos a salir adelante de sus adicciones, los centros que ofrecen atención gratuita a poblaciones callejeras, no tienen proyectos efectivos para la reintegración

⁷⁶ “Monstruo”- el que es explotado por otros presos en los centros de detención.

social. Así, dejan poca esperanza para el chavo cuando sale y su única red de apoyo está en la calle.

Conocí a chavos que le tienen más temor a estos centros que a la cárcel. En diciembre de 2009, el Caracol A.C. denunció la trata y la explotación laboral y sexual de callejeros en el centro de rehabilitación conocido como Los Elegidos de Dios (Salgado, 2009). Hay una historia de operativos de limpieza social en el D.F. que recogen a callejeros contra su voluntad para encerrarlos en tales centros, si bien la reciente publicidad del fenómeno ha ocasionado desalentar estas prácticas. Los traumas que se generan en estos centros también pueden contribuir a su callejerización. En el siguiente capítulo veremos cómo el abuso sexual que Toño experimentó en uno de estos centros ha obstaculizado su rehabilitación voluntaria a pesar del apoyo de Pro Niños, por lo que no ha podido tomar una opción de vida fuera de la calle.

3.3.5 Otras ciudades de la república

Algunos chavos se arraigan al mundo callejero de feño y se quedan en la misma zona toda la vida, pero hay otros más aventureros que aprovechan la libertad de ser callejero para viajar fuera de la ciudad. El destino más común para los chavos que participaron en este proyecto de investigación era Acapulco, pero también me contaron historias de viajes a Veracruz, Guanajuato, Guadalajara, Tijuana y hasta Estados Unidos. Ternura me contó,

Llegamos (de Acapulco al D.F.) en diciembre de 2008. Venimos caminando. Hicimos cinco días. Es que veníamos moneando toda la carretera. Es que él y yo teníamos eso que a ver quién aguantaba más y no sé qué. Has de cuenta... lo agarramos casi, casi de aventura nosotros. De ir y conocer y... cinco días. No... fueron como más, fueron como ocho.

Siempre está presente una sensación de libertad en las historias que los chavos me contaron sobre sus viajes, lo que se contrapone al planteamiento de Shaw como un mito. En los viajes es común conocer a más callejeros y otros proyectos de apoyo que ayudan a sobrevivir en la calle de otras localidades. “Me iba a Tampico, me iba a Matamoros, me iba a Puebla, me iba a Poza Rica, iba a Tizayuca, me iba a Pachuca, me iba a varios lugares...Yo solo. Desde los nueve años empecé a viajar yo solo. Así me iba de *ride*”, me contó Mupet. Las estrategias de sobrevivencia, el sentido de libertad, y las relaciones que desarrollan los chavos en estas experiencias también contribuyen a su formación como callejeros.

3.3.6. Hoteles

La estancia en hoteles es más común para chavos que tienen parejas o los que se dedican a la prostitución. Como vimos con el comentario del padre Mateo, es común que los sexoservidores, se queden en la habitación que el cliente ha pagado por la noche completa. Hay chavas que exigen a su pareja la renta del cuarto, así como chavos que insisten en quedarse en el hotel por la seguridad de sus parejas. En otros casos, dos chavos cooperan para rentar el cuarto, viéndolo como una salida de la calle. Rodolfo de Pro Niños me mencionó que los hoteles siguen siendo parte del circuito de desplazamiento. “Para Jocelyn, salir a una vida mejor puede ser en la misma calle: ‘estoy en el hotel, no importa si paso todo el día drogándome en la calle, estoy en el hotel, cabrón’. Pero yo le digo a Jocelyn, ‘hijo, no te engañes. Eso es engañarse y nada más tú lo estás creyendo, yo no’”.

Como vimos con el comentario de Socio en la sección 3.1.2, varios hoteles en la Guerrero y la Morelos brindan un escape inmediato de la calle, con tarifas accesibles para la economía callejera. Cuando yo acompañaba a chavos a faqurear en el metro, pude constatar que en una hora sacaban suficiente dinero como para cubrir el costo del cuarto. En los hoteles donde se quedaban generalmente había muchos otros huéspedes callejeros, y los chavos mantenían la misma vida cotidiana callejera; la única diferencia era que dormían atrás de una puerta cerrada.

Estos puntos del circuito de desplazamiento ilustran aún más la complejidad del mundo callejero. Las redes sociales y relaciones de poder determinan los territorios y el arraigo de los chavos a diferentes zonas. También muestran cierta estabilidad en su modo de vida, ya que siguen rutinas en la explotación de recursos. Ya saben dónde regalan comida cada día de la semana y a qué hora tienen que acudir a cada punto para alcanzar los beneficios. En las palabras de Socio,

Chécate. Los lunes, primero vamos con las monjas y luego con el padre Marcelo, o a veces al revés. Los martes con los tíos, o a veces con los coreanos. Los miércoles tenemos el menú de las monjas, Cuauhtémoc o el padre Marcelo, y los jueves igual. Los viernes nada más están las monjas, pero chido porque es desayuno y comida, y ya los sábados con el padre. ¿Domingos? Puro 7-11 y al morro.

Ruth Pérez explica que, “Día tras día, transitan por los mismos espacios, explotan los mismos recursos, se relacionan con las mismas personas: sus acciones cotidianas no son improvisadas: saben a dónde ir para pedir dinero y a quién acudir en caso de emergencia” (Pérez, R. 2007a:

76). No obstante, la expansión de las redes y la migración entre los callejeros, ya sea entre puntos de pernocta de feños o a otras ciudades, contribuye a la abstracción de los territorios. Si no tuvieran tantas oportunidades para expandir sus redes, ¿aumentarían las salidas de la calle por agotamiento, o se verían obligados a buscar nuevos contactos y ampliar su territorio? La respuesta depende de cada caso. Lo que no se puede negar es la extensión del mundo callejero fuera del centro de las dos principales delegaciones receptoras y la relativamente fácil integración de los chavos a diferentes espacios, dentro y fuera de la calle, y hasta en otras ciudades gracias a una cultura callejera común.

Las trayectorias y los circuitos de desplazamiento que se analizan en el siguiente capítulo muestran la expansión del mundo callejero fuera de la calle. Como explica Ruth Pérez, la definición de chavos “de la calle” no significa que ellos habiten este espacio tiempo completo, sino que “utilizan los espacios públicos como lugar de vida” (2007b: 73). Es poco efectivo intentar intervenir con chavos callejeros sin considerar los diversos puntos por los cuales han pasado en sus circuitos de desplazamiento, así como la extensión de las redes de apoyo que han construido para vivir y sobrevivir en la calle.

CAPÍTULO 4:

IMAGINARIOS, TRAYECTORIAS E IDENTIDADES CALLEJERAS

En las siguientes páginas analizo los cuatro imaginarios más prevalentes en los discursos de los chavos callejeros que conocí durante mi trabajo de campo. Presento estos imaginarios citando lo dicho por los sujetos de esta investigación con la intención de compartir el sentido que ellos mismos les dan, para después realizar un análisis más completo del arraigo a la calle de estos individuos.

En la segunda parte del capítulo presento un modelo para analizar el arraigo a la calle, construido desde el marco teórico y el proceso de análisis y construcción de casos con el material empírico de esta investigación. El modelo sirve para analizar las trayectorias callejeras de los diez sujetos principales y considerar por qué tantos chavos siguen en la calle a pesar de la abundancia de esfuerzos por desarraigarlos de este mundo de vida e integrarlos a la sociedad.

4.1 Imaginarios callejeros

La calle es un espacio público, inundado de imaginarios de todas las clases y segmentos de la sociedad. Desde la perspectiva Castoriana, los imaginarios se manifiestan en dos dominios: la psique y el histórico social. En el primer dominio, la psique crea representaciones, deseos y afectos por medio de la ‘imaginación radical’. Se denomina ‘radical’ porque es una creación original, no la combinación o repetición de representaciones previas. En el segundo dominio, es un ‘imaginario social’; es la reproducción y la consolidación de sistemas de significación social. Una vez creadas, ‘las significaciones imaginarias sociales’ se cristalizan, se legitiman y se solidifican, llegando a conformar ‘imaginarios sociales instituidos’ (Hurtado 2008: 88). El ‘imaginario social instituido’ evoluciona con los esfuerzos de los miembros de la sociedad.

En las siguientes páginas presento cuatro imaginarios sociales instituidos del mundo callejero defecho: la familia, la fe, el escape y la identidad callejera. Estos temas salen frecuentemente en los discursos de los chavos en los tres grupos de este estudio. Aquí veremos

cómo los primeros tres imaginarios contribuyen a la identidad callejera y fortalecen el arraigo de los chavos a la calle.

4.1.1 La familia y el grupo callejero

Las definiciones de familia son muy variadas, algunas apelan a la consanguinidad y otras no. Partiendo de la teoría general de los sistemas de Ludwig Von Bertalanffy y de una perspectiva psicosocial, se considera a la familia como un grupo de individuos con lazos sanguíneos o conyugales quienes se asisten en el cuidado de sus vidas. Wikipedia,⁷⁷ por otro lado, define familia simplemente como la unión de personas que comparten un proyecto vital de existencia, en el que se generan fuertes sentimientos de pertenencia al grupo.

Las perspectivas de los chavos que entrevisté se dividen entre estas dos definiciones. Todos aludieron a sueños de tener una familia, ya sea con relación a sus padres y hermanos, a formar una familia con una pareja o construir una familia con los chavos de su grupo de pernocta. Esta última idea de una familia no incluye consanguinidad y solamente se presentó en un grupo. Por otro lado, conocí prácticas de reintegración familiar en las cuatro OSC, en las cuales la visión de familia se basa en lazos consanguíneos, con excepción de algunos casos que involucraron familias adoptivas. A pesar de compartir el valor de la familia, el imaginario callejero se diferencia significativamente de la perspectiva institucional.

De los tres grupos, los chavos del Puente son los únicos que consideran su grupo en términos familiares. Si bien otros chavos llaman a otros miembros de sus grupos “carnales” o “hermanos”, no llegan a hablar de todo el grupo como una familia. Entre los chavos entrevistados en el Puente, casi todos se refieren al grupo como su familia y otros mencionaron que el grupo responde mejor a sus necesidades afectivas que sus parientes sanguíneos. Cuando pregunté sobre la diferencia entre los grupos de calle y las familias, obtuve las siguientes respuestas de los chavos del Puente:

Toño: Yo creo que los veo como mejor que una familia, porque aquí siempre he vivido y me han dado mis cosas, son como una familia. Con todos me llevo bien, le hablo bien a Santo, con el que ando mucho es con Santo.⁷⁸

Aarón: A veces pensamos los que vivimos aquí que somos una familia; ahorita nos peleamos, al rato nos contentamos, pero nos cuidamos unos a otros, aunque hay muchos problemas, nos cuidamos unos a otros. ¿Sí estabas, una vez que fuimos a

⁷⁷ <http://es.wikipedia.org/wiki/Familia> consultado el 9 de mayo de 2011.

⁷⁸ Santo es el líder del grupo de El Puente, según todos los chavos entrevistados, así como los educadores.

Visión (PNC) y hubo problemas? Y nada más dijeron “Aarón, Cariño” y todos nos paramos. Ninguno se quedó sentado. Eso es una familia. En la calle construimos una familia... Somos más unidos. Hay más unión. Hay más apoyo, cuidado, amor. Con la salud, nos apoyamos. Ellos podrían ser mis mejores amigos... No importa dónde vivamos, somos una familia.

Mupet: Veo como una familia a todos. Los considero como una familia porque nos apoyamos, como dice Cariño; nos apoyamos, nos ayudamos y, como en todas las familias, hay problemas, hay pleitos pues así también entre nosotros, por eso no me saca tanto de onda porque es como si estuviera con mi familia.

Anselmo Gilberto: Somos una familia porque pues nos apoyamos en todo. Yo siento que es la familia que nos faltó. No sé, tal vez con la familia no estás cómodo o por equis cosa no te sientes a gusto y pues ya estás acá y te sientes a gusto y pues ya como sea pues te tratan bien. Y se siente bien...

Ternura: En mi casa casi no hubo apoyo ni comprensión y aquí nos entendemos unos a otros, yo creo porque hemos vivido casi lo mismo. A veces nos peleamos, pero es muy rara vez. En mi casa mi papá le pegaba a mi mamá o me pegaba a mí o a mis hermanas, por eso yo estoy aquí... (Los del grupo) se preocupan bien por ti. Si ven que no has comido te dicen “pues ve a comer” y si ven que te pones mal o grave, hacen lo que pueden para llevarte al hospital. Lo que pueden hacer por uno, ¿no? Sí, nos cuidamos unos a otros.

Cariño: Me siento mejor con el grupo de calle que con mi familia porque nos apoyamos unos a otros, tratamos de darnos cariño. Es una familia porque hay cariño, hay enojos, así como una familia.

Por otro lado, este grupo cuenta con el apoyo de dos vecinos con quienes también se relacionan como familiares. Al señor que les regala comida seis días por semana, suficiente para alimentar a todo el grupo incluyendo sus tres perros, se dicen ‘el apá’ (papá). Su nombre verdadero es Salvador y me comentó con orgullo que los policías de la zona dicen que los chavos del Puente son “los muchachos de Chava”. Además cuentan con una señora que también les regala comida y los apoya cuando enfrentan otros problemas. A ella le han puesto el apodo de ‘la jefa’, nombre común para referirse a una madre de familia en México. Estas personas no pertenecen al grupo en sí, pero por su capacidad y su disponibilidad de proporcionar ayuda al grupo, son vistos como los padres de familia.

Los chavos del Puente han construido un imaginario de la familia en la calle, según el cual la familia se relaciona con ideas de seguridad, cariño y apoyo, pero no necesariamente con consanguinidad. En este imaginario, contar con el apoyo familiar en la calle claramente fortalece su arraigo a ella. Toño dijo que el grupo es “mejor que una familia”, y Aarón dijo que el hecho de tener el apoyo familiar del grupo supera lo negativo de vivir en la calle. Mupet

argumentó que “es como si estuviera con mi familia”, y Anselmo Gilberto describió el grupo como “la familia que nos faltó”. Ternura y Cariño dijeron que se sienten mejor con el grupo que con sus familias. En un plano otro, todos reconocen la importancia de una familia, y parece que intentan llenar este vacío en sus vidas con el grupo.

El valor de la familia es una de las principales razones por las que las OSC ofrecen proyectos de reintegración familiar, a partir de la idea de que los chavos en situación de calle necesita el apoyo, el cariño y el sentido de pertenencia de la familia. El imaginario familiar construido en el Puente se contrapone con este supuesto, restando valor a la reintegración familiar y fortaleciendo el arraigo de la calle. Justamente el reconocimiento del valor de la familia nos ayuda a entender la permanencia de los chavos en este punto en la calle, pues es en ese lugar en donde tienen a su familia, sino es que algo mejor que una familia.

Olegario de EDNICA notó figuras similares a las del apá y la jefa en Canal del Norte:

Simbólicamente sí depositan entre sus pares fantasmas familiares, llamándolos “padres” o “hermanos”. Pero cuando tú hablas con las personas de su red social, ellos dicen no ser familiares, dicen que solo los apoyan pero no es nada más. Ellos hacen un imaginario de familia y simbólicamente sí sustituyen estas pautas relacionales de familia, pero no lo son.

De nuevo, reconocemos el valor que los chavos dan a la familia y sus esfuerzos por construir un imaginario familiar en la calle.

Aunque no es evidente la presencia de una figura paterna dentro los grupos, cada punto tiene un líder o alfa al que se le considera “el chido” del punto. Las teorías sociológicas de la familia reconocen las jerarquías, junto con las alianzas y las coaliciones, como una variable principal en la estructura familiar (Minuchín, 1974). Los otros miembros del grupo tienen diversos papeles, que demuestran que hay una organización en sí. Los más chicos “piden”, los que son conocidos en Tepito o Morelos van para allá a buscar drogas, y en cada punto hay una chava considerada el trofeo del líder. En Canal del Norte, así como el Garibaldío, las chavas cambian de pareja en relación con los cambios de liderazgo dentro del grupo.⁷⁹

A pesar del imaginario familiar construido en el Puente, algunos de estos chavos sueñan con algo mejor. Varios mencionaron que una familia debe ayudarte a dejar la droga y darte cierto cariño que generalmente no se comparte entre los chavos del grupo. En las palabras de Cariño y Mupet:

⁷⁹ Santo se mantuvo como líder de El Puente, y Miranda fue su novia a lo largo de mi tiempo en campo.

Cariño: Yo digo que el cariño de mi familia es más fuerte que aquí, porque sí nos tenemos cariño pero no es lo mismo, no sientes lo mismo, lo mismo de un abrazo de un padre que de un amigo. Como que es más fuerte el cariño de la familia, de mis padres. Como dice el dicho: “la sangre llama”.

Mupet: Sí cambian unas cosas [entre la familia y el grupo callejero] porque pues no tienes el mismo cariño de tu papá, o que te diga tu papá: “ven, yo te quiero”. Pero pues en lo demás me siento a gusto porque al menos sé que tengo a alguien, al menos tengo un techo (el Puente) donde quedarme, sé que si no he comido pues va a llegar alguien y va a decir “pues vamos a comer” y todo, y es algo padre, los considero a todos mis hermanos, estamos juntos.

Es interesante mencionar que en ambos casos citados aquí los chavos salieron de sus casas debido al maltrato de sus padres, pero siguen apreciando el afecto que recibieron o anhelan. En general, hay una diferencia marcada entre la imagen de la madre y la del padre en los testimonios de estos chavos. La figura materna se idealiza más, mientras hay más resentimiento con relación a los padres, a menudo por abuso físico hacía el niño y/u otros miembros de la familia. Los sentimientos expresados por Cariño y Mupet sobre sus familias variaron drásticamente en las diferentes conversaciones que tuve con ellos a lo largo de mi tiempo en campo.

Jocelyn tiene una relación de amor y odio con su madre, quien también está en situación de calle. Fui testigo en tres ocasiones de cómo se peleaban a golpes y se dejaron de hablar durante más de una semana. En otras ocasiones, Jocelyn se refería a ella como su “madrecita sagrada”, y la defendía a capa y espada. En la entrevista sobre su familia, cuando le pregunté cómo habían fallecido sus hermanos gemelos, me respondió que “No fue la culpa de mi mamá. Fue la culpa de Ismael. Ismael Sánchez. Es mi papá. Éramos cuatro del mismo padre, Elisa, yo y los gemelos”. Noté el mismo esfuerzo en defenderla que cuando me contó de las cicatrices que le cubren el lado derecho del cuerpo: “La que tuvo la culpa fue mi madrina... y a mi mamá la encerraron. Decían que era [mi mamá] y no es cierto. Mi mamá nunca me hizo ningún daño”.

Socio presenta a su padre con la misma idealización, a pesar del sufrimiento que padeció cuando vivió con él. Paco de Pro Niños reflexionó sobre el imaginario que Socio ha construido con relación a su padre, quien falleció cuando tenía ocho años: “Está cabrón que el único referente que le queda en la mente lo destroce, ¿no? Hay que ponerlo en un pedestal con una vitrina para que no se ensucie más”.

Marcos tiene un imaginario parecido sobre su madre fallecida. “¡Ay, cómo la extraño! La extraño todos los días y aún lloro por ella, mucho”. La relación de Marcos con su madre fue tan disfuncional que nadie sabía dónde encontrarlo a tiempo para avisarle del entierro; sin embargo, solamente me habló de ella en el contexto de una relación llena de amor y cariño.

Los imaginarios de Cariño, Mupet, Jocelyn, Socio y Marcos tienen origen en gran medida en el dominio del psique y hasta podrían ser clasificados como fantasías cuando consideramos el abuso y la negligencia que estos chavos sufrieron a manos de sus padres y madres. Sin embargo, estas fantasías muestran una manifestación del dominio histórico social también. Alrededor del mundo, se le da más valor al imaginario social de la familia que al de cualquier otro grupo; por eso, alguien sin familia o con una familia abusiva se considera pobre. Los imaginarios fantasiosos que estos chavos construyen sobre sus familias, así como la afirmación de los chavos del Puente de que han construido algo mejor que una familia, podrían ser esfuerzos encaminados a no sentirse tan carentes en un mundo que da tanto valor a la familia.

En el caso de Mario, se puede ver el mismo esfuerzo y/o el efecto del discurso del anexo en su imaginario de la familia. Me comentó lo siguiente durante su internación en un grupo de Narcóticos Anónimos:

Sí extraño a mi mamá, sí extraño a mis hermanas, pero como dicen “aquí (en el anexo) tienes tu familia”, lo veo bien. Es un cambio porque cuando estaba en la calle, así con mis hermanos de la calle, ellos nomás agarraban, se acercaron y “¿qué onda?” y lo primero que hacían era, “¿quieres una mona? ¿Quieres un jalón de marihuana? ¿Quieres una piedra?” o “acompañame por una piedra y ahorita te disparo una”. Y aquí no.

Su respuesta representa una confusión de tres imaginarios familiares –el sanguíneo–, sus “hermanos de la calle” y su familia del anexo. Mario tiene una relación de amor y odio con su madre, parecida a la de Jocelyn, pero a pesar de la infancia abusiva y negligente que vivió con ella, dice que la extraña. El imaginario que Mario ha construido con estas tres “familias” diferentes también puede ser visto como un intento de reafirmar su valor en el imaginario familiar universal, a pesar de las carencias que tuvo con su familia consanguínea.

Las instituciones comparten el imaginario familiar universal y consideran que la reintegración es la opción ideal para un chavo, si las condiciones lo permiten. Como vimos en el capítulo tres, Pro Niños invierte mucho esfuerzo en manejar este tipo de canalización, incluyendo el seguimiento con la familia durante un año después de que el chavo vuelve a casa.

Casa Alianza publicó un libro sobre su proyecto de reintegración familiar (Thais 2001). A pesar del detalle del proyecto reflejado en el libro, educadores de otras instituciones criticaron el proyecto de Casa Alianza diciendo que casi siempre reintegran a los chavos a sus familias, pero es raro que se queden allí. La complejidad de los problemas personales de los chavos y sus padres, así como conflictos entre miembros del hogar, son obstáculos grandes para la reintegración familiar. De los sujetos principales de este proyecto, cinco de los seis que llevaron procesos en Casa Alianza fueron reintegrados sin éxito a sus familias. En el otro caso, no hubo oportunidad de reintegrarlo debido a las rupturas en sus procesos con la OSC. Rodo de Pro Niños argumentó:

Si quieres regresar con tu familia, lamentablemente vas a encontrar las mismas circunstancias, porque no ha sucedido nada allí adentro. Entonces regresas a lo mismo, y vas a salir por lo mismo. Y es algo que chavos siguen experimentando, pero no lo han aprendido. Sí hay familias que cambian cuando sale el niño, pero hay otras que no. Hay que verificar si la familia ha cambiado de una forma segura, y esta forma segura es la visita de un educador, y que le da la atención y el acompañamiento necesario.

Esta triste realidad contribuye a la complejidad del imaginario de la familia en el mundo callejero. El valor de la familia no disminuye en la calle, se complejiza. Los chavos buscan sustituir las relaciones disfuncionales con otras e idealizan a sus familias consanguíneas de forma fantásica para ocultar los traumas que han sufrido y su carencia con respecto a estas relaciones tan valoradas socialmente. Al mismo tiempo, es una estrategia para soportar el dolor y sobrevivir estas pérdidas tan fuertes.

Sin embargo, por lo menos en un nivel subconsciente, los chavos callejeros reconocen su carencia en el imaginario universal de la familia. El sentido de falta contribuye al estigma y la identidad callejera, ya que los chavos se consideran diferentes de la “gente normal” que cuenta con familias consanguíneas que realmente ofrecen apoyo y cariño a sus hijos. El sentimiento de inferioridad que promueve sus esfuerzos para construir otro imaginario familiar en el contexto callejero, contribuye al arraigo a la calle y a la identidad callejera. Los chavos argumentan que han formado una familia en la calle y crean fantasías de relaciones idealizadas con parientes fallecidos o lejanos. Para que salgan de la calle, es deseable que persista la ilusión de ser parte de una familia “normal” en el imaginario universal de la familia, algo no compatible con la vida callejera.

4.1.2 La fe

Hace más de 40 años, Oscar Lewis y Larissa Lomnitz notaron el gasto elevado en objetos religiosos que observaron en sus estudios sobre los marginados en el D.F. La misma valoración de estos objetos e imágenes era evidente entre los chavos callejeros hoy en día. Casi todos lucen collares, pulseras o hasta tienen tatuajes de símbolos religiosos. Aunque escuché discursos cristianos y conocí a algunos devotos a la Virgen María, hay dos figuras que predominan en el imaginario religioso en la calle: San Judas Tadeo y la Santa Muerte.

La Iglesia católica presenta a San Judas Tadeo como “el santo de las causas difíciles y desesperadas”, pero algunos educadores de Pro Niños dicen que es “el santo de la mona y el reggaetón”. Caballo dice que cree en él “porque es el rey de los ladrones y te protege”. El día 28 de cada mes, miles de fieles pasan por la Plaza Zarco y el templo de San Hipólito en el



Imagen 4.1

Altar a San Judas Tadeo en el Puente

pulseras.

centro de la ciudad de México, casi todos callejeros y de las colonias marginadas de la zona metropolitana. Hay policías presentes, pero hay una tolerancia ahí hacia el consumo de drogas estos días, ya que no es posible controlar a tantos consumidores juntos. La plaza, e incluso la iglesia, se llenan del olor a marihuana y activo. Los devotos de las colonias marginadas llevan playeras con la imagen de San Judas, así como collares, rosarios y pulseras, además llevan figuras del santo, algunas de hasta dos metros. Los callejeros generalmente llegan con menos adornos, pero cuando menos traen collares y

El 28 de marzo de 2010 tomé un taxi en la colonia Morelos. El chofer me comentó que era una zona peligrosa para una chava como yo, pero que por ser el día 28, estaba más segura, ya que todos los ladrones y delincuentes se encontraban en el templo San Hipólito. En dos ocasiones que asistí a este encuentro, otros devotos intentaron abrir mi mochila sin que me diera cuenta en medio del desorden de las masas entrando a la iglesia.

En el Puente de Taxqueña hay un altar a San Judas al lado de la televisión. Allí los fieles dejan las monedas para comprar velas, flores y otras ofrendas. Anselmo Gilberto me explicó

que “Cuando se va uno a trabajar y te dan monedas de a 10 y 20 centavos, llegamos y las ponemos ahí, más que nada para las velas. Cada que se le acaba, se le ponga, se le acaba, se le ponga... todos los días. También se le echan de a peso, pero luego llegan y se las roban”.

Entre los devotos del Puente, este imaginario religioso se maneja en niveles diferentes. Santo, el líder del grupo, tiene un tatuaje grande de San Judas en la parte superior de su brazo derecho. Menos obsesionados, pero siempre creyentes, había varios chavos, como Mupet, quien me contó:

Para mí, San Juditas es algo bonito. Yo sé que si le pido algo, no a lo mejor dinero ¿verdad? Sé que dinero no me va a dar eso, ya es por mí mismo. Pero si le pido que cuide a mi familia, a mis hermanos, pues yo sé que sí lo hace ¿no? Yo le tengo mucha fe... y me gusta ir todos los 28. Me gusta ver cómo va varia gente, cómo lo adoran. Sí hace muchos milagros, pero depende también tú cómo se lo pidas, y con qué se lo vas a pagar. Pues él no te pide nada, pero pues a veces no sé... poniéndole una veladora, manzanas, no faltar a su misa del 28.

Finalmente, hay quienes se definen como creyentes simplemente para ser parte del grupo. Ternura reconoció esto entre sus compañeros, diciéndome: “De hecho, algunos creen pero no saben ni por qué creen en él. Antes, de hecho, sí creía por lo mismo de que al ver a toda la banda acá con su San Judas y que es el patrón y no sé qué, entonces yo también me ponía esas madres como adorno”. Toño parece ser de las personas a quien Ternura se refirió, por considerarse creyente como una manera de complementar su identidad callejera. En sus palabras:

Creo en San Judas, pero poco, no mucho. Sí rezo a veces pero no me gusta como varios que van y le piden cosas ¿no? Me late más como ir, no sé, a darle gracias por la vida... A veces le dejo las monedas a San Judas en su altar y sí siento que está bien porque toda la gente que va a la Villa es gente así normal y los que van a ver a San Judas es gente de calle, que se drogan o que roban o con problemas más así de mentalidad, gente que ha robado, recapacita y cree.

Así, vemos cómo ser creyente de San Judas fortalece la identidad con el grupo y a su vez la identidad callejera. Al igual que sucede con la falta de una buena familia consanguínea, la devoción a San Judas crea un vínculo entre el grupo; lo que se acentúa el día 28 de cada mes cuando el grupo va en grupo al templo de San Hipólito, llevando las tres estatuas de San Judas que tienen en el altar. Van entre 15 y 25 chavos del Puente y la solidaridad de un grupo de jóvenes callejeros tan grande, unido por su fe, atrae la atención de la mayoría de la gente que pasa en esta peregrinación mensual. Cuando fui con ellos, sentí que los otros pasajeros del metro, e incluso otros devotos afuera de la iglesia, percibían al grupo como una amenaza.

Los del Puente tienen problemas con el grupo de la plaza Zarco, así que estas excursiones a menudo resultan en peleas. Cariño confesó que “Lo que no me gusta es que, los problemas que tenemos con los demás chavos, de Portales, de Zarco. Cuando vamos los 28s a San Juditas, donde están todos allá afuera, luego nos peleamos”. Las peleas no siempre se limitan a otros grupos de callejeros; también tienen enfrentamientos con los policías de la zona. Mupet me contó uno de estos encuentros problemáticos durante mi estancia en campo:

Tenemos pleitos con los polis de allá de Hidalgo.⁸⁰ Íbamos saliendo del metro y ya veníamos toda la bola, toda la banda e iban pasando varios boinas⁸¹ y quien sabe quién dijo “¡Arriba las manos!”. Y en eso agarran y que los empiezan a corretear los boinas. Ya iban a agarrar a Cariño, pero se echó a correr, hasta se tropezó en las escaleras. Fue Uriel, el Correjón, que dijo “arriba las manos”, y que lo agarran y que le empiezan a pegar. Y que escupe a un poli, que le escupe en su cara. Se pone a corretearlo y que le pega otra vez. Pero ese día nos pegaron y hasta un señor iba a pasar y le dice al poli y el poli le dice, “pues ya pásele chingao”, y que lo mazapanea. Están bien acá los polis.

La plaza y la iglesia están llenas todo el día cada 28, pero los de Taxqueña prefieren ir más tarde. Ir en la noche contribuye a la sensación de miedo que el grupo provoca, ya que los asaltos en el D.F. aumentan cuando baja el sol. Pero Santo dice que su elección de este horario tiene otra razón:

Ya como a las siete, ocho, ya nos vamos, porque éste es el momento cuando menos gente hay, cuando puedes pasar más libre. Aparte me gusta ir en las noches porque ya en la noche es cuando recogen los puestos y por ejemplo salimos de la iglesia y nos vamos recorriendo de Hidalgo a Bellas Artes charoleando pulseras, lo que te den. Llegamos y le decimos, “disculpa, ¿no tiene una pulserita rota que le sobre por allá que le regales para mi San Juditas?”. Y ya te dicen, “agarra una de las de allí”.

Ser parte de este grupo y sentir su poder también puede ser un factor que contribuya al arraigo de los chavos al grupo y a la calle en general.

Los del Garibaldío y otros grupos de callejeros tienden asistir a San Hipólito en grupos más pequeños a lo largo del día. Van de uno a tres chavos, pero siempre se encuentran con más conocidos allí. Muchos ni entran a la iglesia, pero les gusta el ambiente de la plaza Zarco estos días donde se pueden drogar libremente y socializar “con la banda”. En este espacio el estigma desaparece, ya que la moda callejera es la norma y todos están consumiendo activo y fumando marihuana en un espacio público.

⁸⁰ Hay una salida del metro Hidalgo en la Plaza Zarco.

⁸¹ “Boinas”- policías que trabajan en las estaciones del metro.

Es posible ver a los devotos en diversos puntos de calle, así como chavos que no son creyentes, pero traen adornos regalos de amigos creyentes. Con la siguiente declaración de Yori, vemos cómo las imágenes de San Judas no necesariamente representan la devoción, sino una norma de la moda callejera.

(Traigo) éste (un collar) porque me lo dio Kika y luego se enoja cuando no me pongo sus cosas, porque ya me lo había quitado y lo traía en la bolsa y me dijo que me lo pusiera y acá... y como es un regalo... esto (una pulsera) me lo regaló Jocelyn. Luego no traigo las cosas que me dan acá de San Judas por lo mismo que no creo, pero luego se molestan.

Adornos de San Judas son la moda entre estos chavos y contribuyen a fomentar la identidad callejera. En varias ocasiones la pulsera y el collar de San Judas que traía me ayudaron a ser aceptada por callejeros que no conocía. El imaginario ofrece un vínculo entre gente socialmente excluida con el mismo estilo de vida, y mi solidaridad con ellos en el ámbito de la fe contribuía a que aceptaran mi presencia en su entorno.

Pero entre los chavos de Canal del Norte no es tan fuerte el imaginario de San Judas, ya que en la colonia Morelos se celebra más la Santa Muerte. “Siendo (la colonia Morelos) como de los pioneros en traerla le agarra un plus o una simpatía por la Santa Muerte. Se podría decir que éste es el auténtico barrio de la Santa Muerte, aquí fue el primero”, argumentó Olegario de EDNICA. Igual a San Judas, la Santa Muerte se asocia mucho con las poblaciones callejeras. “Los que creemos en la Santa Muerte somos más los rateros, los de la calle”, me explicó Cariño. También la Santa Muerte es popular entre policías, narcotraficantes y soldados, y es de las imágenes religiosas más comunes en las cárceles. Paco de Pro Niños me contó que

Antes de encontrarlo en la calle, yo lo veía en los judiciales. Tengo unos amigos que son guardaespaldas. Estos güeyes traen sus muertes grandes, así como de 10 cm y le colgaban mil milagros. Y decían “No, esta navajota que traigo aquí pues es por ella que no morí, por eso la traigo...”. Y pues bueno está chido ver cómo personas que están como vulnerables o tal vez en riesgo de perder la vida o algo así, que pueda pasar entre la pandilla o problemas en la calle, como se asocian con ésta.

De hecho, el arzobispo primado del Santuario Nacional del Ángel de la Santa Muerte, David Romo Guillén, está preso por el delito de secuestro. A diferencia de San Judas, la Santa Muerte es condenada por la Iglesia católica, aunque los fieles se consideran a sí mismos católicos. Las calles de la colonia Morelos, y en específico el barrio de Tepito, están llenas de altares de “la flaquita” o “la niña blanca”, como es llamada con adoración por sus seguidores. A pesar de

tener más de 2 millones de creyentes en el país, el culto todavía no es reconocido por el gobierno mexicano.

Se celebra los días primero de cada mes en una capilla en la colonia Morelos y el ambiente es parecido al de la plaza Zarco los días 28. Pero según Sarahí, “Tú ve a un chavo que va a la misa de San Judas de Tadeo y se va drogando, y ve a un chavo que va a la iglesia de una Santa Muerte y no, por respeto, como que le guardan más respeto”.

Varios de los chavos entrevistados para este proyecto dijeron que no son devotos, pero que la respetan, o que antes eran fieles, pero ahora no. Algunos expresaron temerle a la Santa Muerte cuando pregunté sobre ella. Flaca me contó por qué dejó de creer en ella:

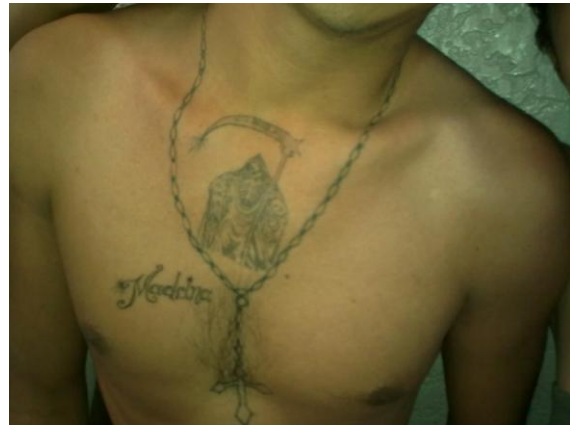


Imagen 4.2
Tatuaje de la Santa Muerte

Allí donde nos quedábamos en el hotel, yo tenía mi altar (de la Santa Muerte) y él (Caballo) tenía su altar. El de su San Judas al lado del colchón y lo mío al lado de la televisión. Y yo le ponía su veladora, su manzana, su rosa, sus cuadros, su dinero, sus dulces, sus rosarios, sus oraciones. Y allí tenía yo un osito... y allí con el osito tenía mi cuadro de la Santa y tenía su rosario y se veía bonito. Ya después su cara [del osito] se le empezó a cambiar, se veía como que asustado. Y cada que llegábamos o cuando yo estaba allí sola, sentía que me miraba.

Algunos chavos del Puente también se asustaron con la Santa Muerte cuando creían en ella. Mupet me contó que se le apareció,

...la negra.⁸² Y pues al menos yo digo que ella no ha de querer que yo crea en ella o quién sabe; por eso ya no creo en ella, pero pues la respeto. No me dijo nada, nada más se me apareció así, grande, una negra y ya de ahí pues empecé a creer en San Juditas Tadeo, pero de ahí la empecé a respetar a la flaquita.

Cariño tenía otra historia sobre un encuentro con la Santa:

Fíjate que yo, como mi tía ahí en Acapulco tiene un altar así grandote de la Santa Muerte, yo le robaba su dinero a mi tía y a la santita. Y un día, este, creo se enojó la santa. Y yo estaba en el baño así bañándome, y como que la vi pasar así... y ya

⁸² Hay imágenes de la Santa Muerte de colores diferentes, que sirven para diferentes propósitos. La azul es para pedir ayuda en lo relacionado con el plano profesional, la dorada es para atraer dinero, la amarilla es para solucionar problemas de manera rápida, la ámbar transparente es para las adicciones, la verde para los problemas legales, la café es para salir de problemas, la negra representa la protección total y la morada sirve para reforzar cualidades psíquicas.

que la primera vez. La segunda vez ya me estaba quedando dormido y estaba el altar así enfrente de mi cama y que la veo otra vez. Ya hasta que le confesé a mi tía la verdad, “es que la neta tu flaquita como que me ha estado molestando”. Que agarra y me dice “ven”. Que me agarra la mano y dice, “Cierra los ojos, tapate los oídos”. Y no sé qué empezó a hablar con ella, a rezarle y hasta le puso unas manzanas y no sé qué tanta cosa le prometió. Y así ya me dejó de molestar. Y así como que ya me dio miedo y ya no quise creer en ella.

Sarahí también dejó de ser devota de la Santa Muerte por petición de su hermano, pero me contó cómo le ayudó a salir de un grave problema cuando creyó en ella.

Antes era muy devota, a ir a sus misas, a prender su veladora, hacer promesas, a prometerle cosas y hacerlas... Tenía yo un problema, me querían meter a la cárcel, bueno a la Corrección, todavía era menor de edad, pero estaban esperando que cumpliera 18 años... y un chavo que no tenía mamá, ese chavo me dijo “Anoche soñé a mi mamá y mi mamá te quiere ayudar”. Y yo dije “¿Tu mamá? Pero si tú no tienes mamá”. Y me dijo “Sí tengo mamá. Es la que siempre me ha cuidado”. Y se me quedó viendo y todo y ya fue cuando me dijo que nunca le prometiera nada (a la Santa Muerte) que no le pudiera cumplir, que siempre primero estaba Dios y después estaba ella, porque Dios le mandaba ella. Y ya, empecé así a creer así... Yo la soñé, y soñé que ella me decía que me fuera, que yo iba estar bien, y yo me fui a Acapulco. Pero yo me preocupaba porque sentía que me buscaban y así. Y ya después regresé y mi caso ya se había cerrado... Y desde allí le empecé a tener fe... pero como dicen que es del diablo, si pides cosas malas, sí te las cumple. Yo nada más pedía que me cuidara, que me diera el sustento, el vestido, calzado, la comida, que me alejara de mis enemigos, que me escondiera de ellos. Yo no pedía cosas así malas.

Sarahí dice que el chavo que la llevó a su primera misa de la Santa Muerte no tenía madre, pero, igual que varios chavos que ella conoce, se refiere a la Santa Muerte como su mamá. En este sentido podemos ver cómo la devoción a la Santa Muerte no solamente promueve una solidaridad entre los chavos en situación de calle, como San Judas de Tadeo, pero también se utiliza para sustituta de las madres que algunos chavos han perdido, como parte del imaginario familiar alternativo que intentan construir en la calle.

De la misma forma, dentro del imaginario de la fe en la calle, pero fuera de estas dos corrientes principales, en el caso de Jocelyn parece que la Virgen Guadalupe hace las veces de madre sustituta.⁸³

Yo creo en la Virgen de Guadalupe, pero por primero y delante está Dios, en segundo está Jesús, y en tercero está la Virgen de Guadalupe, pero creo más en la Virgen de Guadalupe. Pues, la Virgen fue madre, ¿no? La Virgen vio a su hijo morir. Y no tanto porque haiga visto a su hijo morir. O sea yo, como les he dicho

⁸³ Su madre fue encarcelada durante la mayoría de la infancia de Jocelyn.

a muchas personas, yo no le hago la barba a Dios, ni a Jesús ni a la Virgen de Guadalupe, pero la Virgen fue madre y es la que me está apoyando ahorita en las malas y en las buenas. Ella es mi luz de día, luz de noche y luz en mi dormir, o sea en mis sueños es mi luz. O sea es luz, amor y fe, es la Virgen de Guadalupe.

La reconstrucción familiar con imágenes religiosas como intento de superar los traumas de las familias disfuncionales en las cuales estos chavos nacieron, también contribuye a la complejidad de la identidad callejera y su sentido de pertenencia a este mundo.

Por otro lado, hay varios grupos cristianos que hacen intervenciones con los chavos e influyen en su fe también. La mayoría de los anexos son cristianos y hay varios grupos que llegan a los distintos puntos de pernocta en la calle a llevar a los callejeros para anexarse o a retiros espirituales con nombres como “Rápido y Furioso” y “Los Transformers”. PNC también tiene una base cristiana, aunque no la impone en sus beneficiarios. Encontré pocos chavos que se identificaran como cristianos; de los que entrevisté, nada más dos se identificaron así. Aarón conoció el cristianismo en una casa hogar y se ufana de ser el único cristiano en el grupo de Taxqueña. “Me gusta el cristianismo. Lo conocí en Adulam (una casa hogar). Oro a diario, nomás porque he estado bien. Doy gracias”. Mario también dice que es cristiano, pero cree en la Virgen Guadalupe y San Judas, “pues no más porque mi hermana, que en paz descansa, creía en [San Judas.] Nomás por eso voy luego a su iglesia”. Él dice que dejó de creer en la Santa Muerte por ser cristiano:

Bueno sí me he metido varias veces en esta religión (de la Santa Muerte), pero ya no. Bueno yo estaba platicando con una hermana cristiana. Estábamos platicando, comentando sobre la biblia y todo eso, y ve que dice: “no creas en imágenes ni en retratos”. Y yo le platicué de la Santa Muerte y me dijo: “te voy a decir una cosa Mario”. Era mi novia. La hice mi novia. Y me dijo, “No, tú no puedes creer en eso”. Y le digo, “¿por qué?”. Y me dijo, “No, eso de la Santa Muerte, Dios venció a la muerte para que viviéramos nosotros”. Y me dijo, “Eso, a lo que le llaman la Santa Muerte, eso es el diablo”. Yo le dije, “A poco...”. Y me dijo, “Sí. No debes de creer en eso. Si tú estás en la religión cristiana, o sea te puedes meter a la cristiana, a la católica, a la de la Santa Muerte o en los otros”. Y me dijo “¿en quién crees más?”. Y le dije, “yo, en el señor Jesucristo, padre de Jehovah”. Y me dijo, “pues ahí está. Tienes que creer nomás en una sola religión”.

Es común para los chavos moverse entre diferentes imaginarios religiosos durante su proceso de callejerización, a menudo por la moda o por influencia de otros chavos. La primera vez que Socio estuvo en la cárcel creía en la Virgen Guadalupe. “Creo en Dios y en mi virgencita. Tengo aquí mi tarjeta que rompieron. Ellos la rompieron –los de allá [del dormitorio seis del reclusorio norte] –. Como creen en la Santa Muerte, allá hay muchas Santas

Muertes”. Pero cuando Socio salió del reclusorio empezó a creer en San Judas. Cariño también mencionó cómo ha cambiado de fe desde su mala experiencia con la Santa Muerte en la casa de su tía.

Aquí en el DF otra vez andaba con una chava que creía en la Santa Muerte, y como que era muy celosa la Santa Muerte. Pero yo en ese tiempo como que creía en mi Virgencita, pero tiene que dejar la devoción a la Virgencita porque es muy celosa la Santa y te puede pasar algo y acá. Y ya como que no creo en la Virgencita y ya empecé a creer en San Juditas Tadeo y me quedé con él, y pues las cosas que le he pedido pues no me las cumple luego luego, pero al paso el tiempo como que sí me las cumple.

El mundo callejero está lleno de religión. Los adornos religiosos son parte de la imagen y la moda callejera; las misas de San Judas y la Santa Muerte fueron las reuniones más grandes de callejeros que vi durante mi experiencia de trabajo de campo y reafirman la identidad callejera entre los asistentes. Los altares son parte del escenario de los territorios de los tres grupos estudiados, manteniendo este imaginario como una presencia permanente en sus vidas. En las palabras de Olegario de EDNICA, “En cuanto a la fe y las creencias, son chavos en la práctica muy ortodoxos y eclécticos porque creen en todo y tampoco creen en nada”. No se puede negar la presencia de este imaginario en el mundo callejero, aun si no se quiere ser religioso. Para Toño:

No creo en nada, bueno en ningún santo, no soy católico. Creo en San Judas, pero poco, no mucho. Sí rezo a veces pero no me gusta como varios que van y le piden cosas ¿no? , me late más como ir, no sé, a darle gracias por la vida.

La fe en el mundo callejero defeno es una mezcla de símbolos, creencias y espacios profundamente vinculados con la identidad callejera. Los chavos cambian su devoción de un santo a otro, así como regalan y reciben collares y pulseras con imágenes de estas figuras. En algunos casos la Santa o la Virgen llenan el vacío dejado por una madre ausente. En otros casos, estas figuras los protegen de los peligros de la calle o de ser aprehendido por los delitos que cometen. En general, las imágenes religiosas ofrecen una sensación de acompañamiento y amparo a los chavos en un mundo de vida dominado por la soledad.

4.1.3 El escape

La palabra escape se mencionó con frecuencia cuando los sujetos me narraban aspectos de sus vidas como callejeros, como el haber escapado de sus casas, de policías, de anexos y de casas hogar. Por otro lado, algunos mencionaron la manera en que las drogas les ayudan a escapar la

realidad de sus problemas temporalmente. Copetes me confesó que “Cuando peleo con mi chava, cuando mi mamá está enojada conmigo, busco refugio en la droga”. En el mismo tenor, Yori me dijo, “Me pongo bien pedo. Así me olvido de todo. Me pongo a tomar allí en el semáforo y estoy trague y trague, trague y trague. Le doy ocho pesos al policía para su refresco y ya... ya puedo estar allí tomando y nadie dice nada. Me pongo a tomar, a monear...”. Lento también me explicó cómo buscaba “escapar” de sus problemas con las drogas antes de salir del Garibaldío.

Me di cuenta que una pipa y una piedra pues era ficticio. Era sólo un momento de felicidad... un rato de... era para olvidar, para escapar de la realidad, pa' que no me sintiera solo, pa' que luego si tenía hambre no me diera hambre... era como un rato de diversión, pero cuando se acaba este rato de diversión llegaba la soledad y decías “chale. ¿Por qué me la fumé? mira como estoy, todo mugroso”.

Aunque la idea de “escape” era común en el discurso de las drogas, todos los chavos que lo mencionaron, reconocieron que era una salida temporal y que en cuanto pasa el efecto reaparecen los mismos problemas.

En las historias que relatan los escapes de policías, instituciones y casas, no noté una preocupación por consecuencias posteriores; al contrario, percibí una actitud de que siempre habrá otra opción u otra oportunidad. Para algunos chavos, los escapes siempre son parte de sus vidas y constantemente están corriendo. Cuando tienen problemas en un lugar, simplemente van a otro. Tales transiciones o escapes son relativamente fáciles, ya que por lo general no tienen pertenencias ni responsabilidades que llevar a cuestras. En mi trabajo de campo era normal perder contacto con un chavo justo por esta razón. “¿El Cholo? Lo están buscando porque andaba robando. Se fue de vacaciones del barrio un rato, nada más hasta que se enfríen las cosas”, me explicó Caballo en una ocasión. Socio también mencionó cómo los problemas con la ley resultaron en una serie de desplazamientos para él.

Es que estábamos en la Raza. Pero yo iba con unos vales que les dicen el Chale y el Chuky. Pero ese güey ya estaba bien chocho, pero yo estaba normal ¿no? Y ese güey me dijo, “que tranza, vamos a ejecutar”.⁸⁴ Y yo le dije “va, pero aquí no”. Yo le dije, “Nel. Ya sabes, en el barrio no. Vámonos a la pro hogar,” que estaba ya en corto el punto. No quiso y nos subimos a un micro y en corto empezamos a ejecutar. Pero no nos dimos cuenta que al lado estaba una patrulla y un güey les dice, “nos están asaltando” ¿no? En corto que nos echamos a correr y nos echaron dos plomazos en las patas pero ninguno nos dio... Yo sí la libré ¿no? Luego luego me fui al cantón de la familia adoptiva ¿no?... Me había salido otra vez y ya iba a regresar pero me dijeron que me moviera porque me dijeron que ya había ido la

⁸⁴ “Ejecutar”- realizar un robo armado.

policía judicial a buscarme. Dije “va”. Me abrí de ahí un rato. Ya después de eso ya no regresé porque me llevaron a Casa Alianza, después en Reforma y después en Garibaldi.

A veces corren con suerte, como en este caso de Socio, y evitan la detención; pero también escuché varias historias sobre escapes de los centros de detención después de haber sido sorprendidos. Si tener la certeza de que estas historias sean completamente verdaderas, demuestran la fuerte presencia del imaginario del escape en el mundo callejero. Yori me contó de cinco escapes.

De Promese me escapé pero regresaba. Centro de Reintegración para Drogadictos quién sabe qué. Así estaban las bardas de altas, así (como 4 metros). Es como una corre,⁸⁵ como una tutelar para menores allá en Veracruz. Fue el primer lugar donde me llevaron. No veía ni los carros; estaba así encerrado y tenía malla también de cielo. Y yo me escapé porque con unas pinzas que robamos de una carpintería que había, nos rompimos unos alambres e hicimos un hoyo no muy grande, apenas si cabíamos. Mi primer escape fue de allí, lo hice como a los 11, 12 años. No era solamente yo, éramos tres, uno que se llamaba Jorge y el otro que se llamaba Lázaro, pero regresamos. Nada más fuimos a dar un coto,⁸⁶ porque mi mamá estaba al pendiente de mí allá. Me iba a ver e iba a dejarme lo que me hacía falta. Entonces nada más fuimos un rato a la playa... Porque también me pude haber quedado en la playa pero pensé en mi mamá, “no pues está pagando, ¿no? ¿Y cómo me voy a fugar de la casa hogar si no estoy ni en un anexo ni en la cárcel?”. Estaba bien. Y me regresé. No me dijeron nada. Me dejaron entrar luego, luego. Nos decían “A ver, ¿por qué se salieron?”, “Nah, pues ya estaba aburrido, quería darme una vuelta”. “No pues, sabes qué, no los podemos dejar salir”. Mi encierro era de un año tres meses y me lo aventé completo y ya me fui luego, luego a la casa de mi mamá. Y ya supuestamente estaba readaptado a la sociedad.

Elegí esta historia de las cinco, porque refleja la autonomía desde la perspectiva de Castoriadis. Aquí vemos la tensión entre el mito de libertad que se encuentra en la vida callejera y la disciplina. En este caso, Yori no siguió corriendo; más bien se escapó para demostrar que podía, para reafirmar que lo podía hacer a pesar de estar detenido, pero regresó al pensar en su madre, o sea, para el bien común.

Como veremos en la siguiente sección, los circuitos de desplazamiento de los jóvenes callejeros están llenos de centros de detención. A pesar de estar encerrados con tanta frecuencia, siguen buscando la libertad en la vida callejera; sus trayectorias muestran un escape tras otro. En una entrevista dentro del anexo, Mario me contó:

⁸⁵ “Corre”- Centro Correccional Juvenil para infractores menores de 18 años de edad.

⁸⁶ “Dar un coto”- Cotorrear, dar una vuelta.

Una vez cuando estaba aquí (en el anexo de Drogadictos Anónimos, Un Nuevo Día), el año pasado, me escapé. Me mandaron a la panadería de la salida aquí en San Lázaro y me eché a correr y ¡bum! Esa misma noche, ese mismo día, fue 4 de enero, estaba drogando de nuevo en la calle. Ya estaba tres meses pero era en el 2008 y me escapé el 4 de enero de 2009.

Esta historia de Mario también sirve como un ejemplo de cómo el escape se usa para sentir que pueden controlar su propia vida. Generalmente las internaciones en los anexos son de tres meses, pero “yo aún no estaba listo para salir”, me explicó. La satisfacción de sentirse libre, después de haber estado internado o detenido, es parte de las trayectorias de varios chavos. La historia de Sarahí muestra cómo la vida callejera a menudo comienza con un escape.

Cuando estaba chiquita estaba en Protección Social, pertenece al gobierno. Parecía una cárcel de niños, allá en Azcapozalco. Éramos puros niños así chicos y dos niños vieron que yo me desesperaba mucho y ellos me dijeron cómo salirme. Porque como había muchos cristales, y nos cuidaban en la noche y nos contaban así y todo, me dijeron que me pasara así agachadita, que no me vieran en los cristales. Y ya llegué a una puerta... y ya los chavos me estaban esperando afuera. Y ya luego me ayudaron en un carro a escaparme, lo arrimaron, un carro abandonado, lo arrimaron hacia la pared para que yo brincara para poderme escapar. Yo buscaba a mi hermano Óscar. Lo encontré hasta después de como un año y medio. Andaba en la calle preguntado y así, pero no lo encontraba porque me hermano se había ido a Acapulco.

Según Sarahí, tenía nueve años cuando escapó de Protección Social. Aun a esta temprana edad buscaba la libertad de la calle. A lo largo de los últimos 16 años, su trayectoria callejera cuenta con varias historias de escape, incluyendo la que registré en la sección anterior cuando la Santa Muerte la salvó de la ley, dirigiéndola a Acapulco.

El escape es parte fundamental del imaginario de la libertad callejera. Las trayectorias de los sujetos de este proyecto incluyen estancias en centros de detención y encuentros violentos con la policía. Los chavos tienen que separar sus detenciones de su percepción sobre la libertad de la vida callejera para seguir con la ilusión del “mito” que plantea Shaw. La Tía Tomasa de PNC me compartió esta reflexión de los chavos sobre la libertad en el Círculo de Confianza:

Ayer me dijeron en el Círculo que les gusta México por la libertad, porque saben que en otros países matan a los niños de la calle. Pero al preguntarles, ¿realmente tienen libertad? Se quedaron pensando y luego dijeron, “no, pues realmente no porque cuando estamos allí durmiendo, llegan los policías u otros chavos y no nos dejan dormir, hasta nos dan patadas, o nos encierran o hasta la muerte... a lo mejor nos vemos mal tirados allí”. Ellos hacen estas reflexiones; la mayoría llegan a este punto cuando ya son grandes y piensan que han perdido mucho tiempo y

muchas oportunidades para la escuela, para el trabajo... a veces hasta para ser papá.

Esta reflexión demuestra el reconocimiento del mito de la libertad, pero parecen ser los más grandes quienes tienen esta perspectiva. La mayoría de los sujetos de este estudio todavía persiguen la libertad ansiada en la calle, en un escape tras otro, pues el ser callejero requiere una trayectoria de escapes.

Sin embargo, hay que reconocer que a menudo los escapes en las trayectorias de estos chavos son de peligros y abusos reales. No podemos ver “la libertad” de la calle como una dicotomía, o sea, como una realidad o un mito; es más compleja. Sí existen libertades en la calle; los chavos pueden consumir drogas, tener relaciones sexuales y vivir sin responsabilidades de empleo y estudios formales. Más bien, el mito que plantea Shaw tiene que ver con el alto costo de las libertades de la calle y la norma del escape para mantener este estilo de vida.

5.1.4 Ser callejero

Los tres imaginarios vistos hasta ahora (el intento de crear otro imaginario de la familia, el imaginario de la fe callejera, predominado por San Judas de Tadeo y la Santa Muerte, y la constante necesidad de escapar) son parte de la identidad callejera. Castoriadis explica que el imaginario histórico social permite la creación de identidades. La solidaridad que los chavos sienten en compañía de otros que carecen del apoyo familiar, la abundancia de imágenes religiosas y la norma del constante desplazamiento guiado por escapes, son parte de la realidad callejera que conocí en esta investigación. Al mismo tiempo, elementos del dominio de la psique, como los traumas que han sufrido y sus deseos, juegan un papel importante en la identidad callejera.

Como vimos en el primer capítulo, la identidad es un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad (Berger y Luckmann 1968). Los testimonios de los chavos reflejan sentimientos de rechazo y victimización, así como la existencia de un fuerte estigma por ser callejero. No obstante, sus palabras también demuestran el lado positivo de esta identidad con relación a sus estrategias de sobrevivencia. Qué tanto sacan provecho de los beneficios de “ser callejero” y qué tanto sufren por esta identidad, afecta el interés de cada quien en salir de la calle o seguir con el desarrollo continuo de su identidad callejera.

El estigma marca la diferencia entre “la gente normal” y “nosotros los callejeros” para estos chavos. Goffman define a “los normales” como aquellos que no se diferencian de forma negativa de las expectativas en consideración (1963: 5). En este caso, desde la percepción de los chavos, son las personas con familias que entran al imaginario universal, que participan en sectores religiosos sin afiliaciones callejeras y que no tienen que escapar de nada. El efecto del estigma en los chavos es de humillación mezclado con rencor hacia la gente que los perjudica. Sus testimonios reflejan la complejidad del estigma y las emociones que provocan. Aarón me dijo que los callejeros generan miedo en la gente normal.

Hay mucha gente en la calle que dice, “ay, tengo miedo”, o “no me gusta como es”, pero pienso que esas personas se equivocan. Porque si vieran cómo nosotros realmente vivimos no es lo mismo. Nosotros convivimos, nos apoyamos con comida, defensa, protección... es como una familia.

Por otro lado, Jocelyn destaca el estigma con un sentido de rechazo por la gente normal:

Mira, la gente te puede decir, “pinche mugroso”. Se tapan la nariz, y pues sí te hace enojar. Hay gente que me ha dicho eso, pero yo digo, “Cuando te mueras te vas a apestar más, hasta la verija. Te va a apestar, perdón por la palabra, el pito”. Y te lastima cuando la gente te rechaza. Porque mal o bien, todos somos igual, todos somos hijos de Dios. Seamos de calle, seamos ricos, seamos pobres, seamos lo que sea, todos somos igual.

El estigma que siente Jocelyn tal vez es excesivo en comparación lo que mencionan sus compañeros, ya que tiene características de los tres tipos identificados por Goffman (1963). Las quemaduras que padeció siendo bebé le dejaron con una deformidad física, su adicción al activo, su homosexualidad y su desempleo ejemplifican fallas de carácter individual, y ser moreno y callejero representan estigmas tribales.

Toño nota la victimización y el sentimiento de explotación provocados por el estigma, diciendo:

A veces como que también me han visto así como sexualmente, me dicen “¿te quieres ganar una moneda?”, Pues así, a veces me dan lástima, algunos me han ofrecido hasta 300 pesos, unos no más 100, 50 pesos. Una vez fui con uno, nomás le hice sexo oral y ya me dio 300 pesos. Me siento después raro ¿Por qué lo hice si a mí me gustan las mujeres?

Goffman argumenta que la gente estigmatizada actúa para encajar en el papel que la gente normal espera de ellos (1963: 110). La sociedad espera que los chavos callejeros se prostituyan, consuman drogas, roben, pidan, etc. ¿Podría ser que adoptan estas actividades para cumplir con su visión de la identidad callejera y sentirse más vinculados al grupo? Por lo menos los del

Puente insisten en que no roban a pesar de las acusaciones constantes que les achacan cualquier robo en la zona. Como me explicó Cariño:

Más que nada de que cuando estabas más chavo, el ser de la calle, la gente te ve como con más lástima. “Mira ese pobrecito niño”. Y hasta te dan dinero, te invitan a comer, te dan ropa, así como que la gente te consiente mucho, ¿no? Y al paso del tiempo ya vas creciendo y ya no te ven igual, ya no te ven tan lindo y dicen, “Maldito drogadicto, maldito ratero”. O sea, nomás porque te drogas ya sienten que robas.

En general, los chavos comentan que sufren más el estigma ahora como jóvenes que cuando eran “niños de la calle”. El estigma asociado con el niño en situación de calle se relaciona primordialmente con la victimización, y tiende ser visto como merecedor de limosna y apoyo. Por otro lado, el joven callejero ya se ve como delincuente, drogadicto, amenaza o parásito de la sociedad. Los chavos perciben cómo la gente los ve de esta forma y comienzan a aceptar que su presencia da miedo a otras personas; ya es parte de su identidad como callejeros. Varios chavos notaron el cambio reciente en el estigma que sufren, pasando de ser “niños de la calle” a “indigentes”. Mupet comentó:

Tantito te vas echando una mona y van caminando... y hasta agarran su monedero porque te ven. No es chido vivir en la calle. No es chido porque cuando eres chiquito tienes el amor de todas las personas y hasta te dan posada y “quédate en mi casa”. Pero pues vas creciendo y todo empieza a ser muy diferente. Te empiezan a tratar de otra forma. Ya no eres el mismo niño de antes.

En el caso de Lento, este cambio en el estigma le ayudó a dejar la calle. Él me comentó:

Cuando uno es chavo, le vale queso, ¿no? Se le hace fácil todo. Pero cuando crece uno y llega a pedirle dinero de la gente y la gente ya no te da y dice “no, ya estás grande, ponte a trabajar, ¿no?”, o te dice hasta “pinche mantenido”. Uno empieza a crecer y se da cuenta que va a llegar un momento en que vas a tener que luchar sólo ¿no?

Por el otro lado, este cambio en el estigma ha resultado en la práctica de la mendicidad agresiva por otros chavos. Como explicó Socio:

Sí, ya les tengo que llegar acá, “¿qué tranza, carnal? No me niegues una moneda, carnal”. Se paniquean y en corto sacan, acá. Cuando veo que están marros si les llego acá... a las que sí respeto más que nada son a las jefas allá afuera ¿no? Ahí sí, no, porque a ellas aunque luego no les pidas te dicen “toma m’ijo, una moneda”, o “cómete esto”.

Yori también relacionó su actual práctica de la mendicidad con el miedo que provoca en las personas:

Nomás les pido la moneda y luego me la dan. Voy así sin nada, sin cunis,⁸⁷ sin nada, me acerco al carro y “señor, regálame una moneda”, y ya. Luego cierran su vidrio porque sienten que le voy a robar, pero digo “no te asuste güey, no te voy a robar, ni te enojés, mejor regálame algo de tomar”.

Por un lado, esta sensación de poder puede ser vista como un aspecto positivo de la identidad callejera por los jóvenes, contribuyendo a su arraigo y confianza en la calle, a pesar del sufrimiento que manifiestan sentir por el estigma. Stoecklin reconoce que este estigma contribuye a que los chavos se hagan delincuentes, argumentando, “del momento en que ser vagabundo se considera una ofensa, la criminalización de niños en situación de calle provoca más delincuencia... como ya tiene la marca de un criminal, toma el rol de un verdadero delincuente” (2007: 84).

Para las mujeres, la transición entre el estigma de ser niña a ser una joven en situación de calle puede ser menos marcado. Sarahí no notó tanta diferencia en su transición a la edad adulta con respecto a su relación con el público. Ella me contó,

Hay mucha gente que es indiferente, y hay mucha gente nos ve mal, pero quién sabe. Yo sí he tenido suerte de que hay mucha gente que me estima mucho. Aquí me estiman mucho. Así me ve y “hija, niña, ¿qué haces?”. Antes hasta los del activo me compraban de comer, cuando estaba más chica. Me decían “báñate” y me metía yo a bañar. Me cuidaban, bueno así que no me hicieron cosas. Y en muchos lugares me conocen y me han tomado aprecio así.

Por ser mujer y por su práctica de mendicidad disfrazada por la “venta” de dulces, Sarahí sufre menos del estigma de ser callejera. Cuando sale la oportunidad de adoptar el papel de víctima para acceder apoyos, los chavos aprovechan las circunstancias de la misma forma que Sarahí. Como explicó Luis de PNC,

Los chavos son bien abusados porque cuando vean una situación donde van a sacar provecho de su identidad como callejeros, sí son callejeros. Pero cuando están en otro ambiente y quieren darse el lujo de ser otra persona, toman otra identidad. Son dos aspectos diferentes pero ellos los toman a su conveniencia.

Los discursos de víctima se usan faquireando en el metro, ofreciendo un consejo a las familias “para que sus hijos no terminen sufriendo en la calle como nosotros”, y cuando piden dinero, siempre es para “un taquito” y nunca para la droga. A veces sus discursos son sobre ser víctima y a veces “echan un rollo” sobre algún plan para mejorar sus vidas, pidiendo para el pasaje para regresar a su casa, por ejemplo. Algunos chavos tienen intenciones sinceras, pero otros se reservan estos discursos, como los “discursos públicos” planteados por Scott (2000),

⁸⁷ “Cunis”- droga.

simplemente para sacar provecho. Mario tiene una gran variedad de discursos de víctima que utiliza para beneficiarse de diferentes situaciones. Uno de ellos aparece en su expediente de la red Quórum.⁸⁸

La vida en la calle es triste, porque no estoy con mi familia, quisiera regresar con ellos, pero una vez me corrieron porque llegué muy drogado. Ahora vivo en la calle, duermo sobre la Av. Canal del Norte, ahí donde están los tacos. Para sobrevivir, me subo a cantar al metro, porque soy cantante cristiano, y con el dinero que gano voy a comer, o a veces en el mercado del rastro me regalan comida.

En este discurso Mario no menciona nada de sus adicciones o las oportunidades que ha tenido a salir de la calle y regresar con su familia, aunque en otras entrevistas conmigo él reconoció que en gran parte sigue en la calle por su propia decisión.

En el imaginario de la identidad callejera hay un choque entre la ira que los chavos sienten por ser juzgados por la “gente normal” y el deseo de no ser discriminado. Mupet parece haber aceptado su vida como callejero, con todo lo que implica en cuanto apoyo y rechazo.

Si alguna gente se diera la oportunidad de conocernos a lo mejor ya no dirían, pues sí dirían que drogadictos, pero a lo mejor no somos lo mismo. No somos rateros, no robamos. Sí pedimos pero a veces hasta chambeamos, y por eso que también nos lanzamos a lo de los vidrios,⁸⁹ porque si les pides dinero no te dan por lo mismo de que ya eres grande. Fíjate, si trabajo pues nos piden papeles, si pido no me dan, si robo me encierran ¿qué hago? Si estudio no tengo papeles, si quiero trabajar me piden papeles, si vendo chocolates luego se aguadan. Si vendo paletas luego me las como. Ya no tengo otra de cómo salir, me tengo que poner a vender cocos. Ya para todo te piden papeles, o no quiero lastimar el cuerpo y como ya estamos bien cortados no es confianza, que acá.

Mupet intenta justificar su posición en la calle y su falta de habilidad para integrarse a la sociedad por no tener sus papeles en orden y por tener el cuerpo cortado debido a su “trabajo” como faquir. Las cicatrices que esta actividad les han dejado son consideradas como “símbolos del estigma” según el modelo de Goffman (1963), ya que son marcas permanente pero no congénitas.

Como vimos en los testimonios anteriores, otros chavos admitieron que el estigma en verdad les afecta y destacan cómo la vida se vuelve cada vez más difícil para un joven en la

⁸⁸ Quórum se presenta como “una alianza operativa que desde 2005 articula esfuerzos interinstitucionales para fortalecer el impacto social de organizaciones especializadas en la atención de niños, niñas y jóvenes que viven y trabajan en las calles” (Makowski, 2010).

⁸⁹ A “faqurear” en el metro.

calle. El psicólogo de PNC también ha notado que muchas veces actúan como si estuvieran orgullosos de ser callejeros, pero su discurso cambia en el Círculo de Confianza: “Dicen, ‘híjole, la gente no cree en nosotros”, o “quisiera tener un trabajo o atención médica permanente, o quiero tener mis papeles”. Pero a veces esta chispita de esperanza les sirve para decir, “ya no quiero ser de la calle”. Hay chavos que si aspiran a tener un futuro fuera de la calle. “Porque no toda la vida vamos a estar en la calle, ¿no? Yo pienso que algún día vamos a querer tener una familia o algo así”, me explicó Anselmo Gilberto, por ejemplo. Su compañero Aarón me explicó el estigma así:

No es que lo aceptes, porque sabes que no eres así. Tal vez te molesta. Sí lastima y te duele. A cualquier persona que le dices algo, se ofende. Pero pues en la calle hay que aprender a vivir con eso. Pero hay otros que dices, “tal vez tenga razón. Ya pasó mucho tiempo. Ya es hora cambiar”. Es la gente buena que nos dice las verdades.

Para cerrar esta sección con un rayo de esperanza para el futuro de estos chavos, retomo las palabras de Cariño:

Te voy a decir una cosa... yo a veces amezco y pienso “no toda mi vida voy a vivir aquí”. Yo tengo pensado tener mi familia. A lo mejor no un carro, no una casa, pero sí tener un techo donde estar. Yo me pongo metas chicas, no grandes. Como que mi vida son unos escalones, porque siento que si vuelo o corro me puedo *trompezar* y otra vez.

* * *

Antes de ver las trayectorias de los sujetos principales, quisiera retomar algunos puntos de los cuatro imaginarios revisados aquí. Primero vimos que el arraigo a la calle generalmente incluye el arraigo al grupo, que puede ser visto hasta “mejor que una familia”, según algunos chavos de Taxqueña. Los miembros del grupo comparten estigmas, adicciones, historias traumáticas de abuso y rechazo, y, sobre todo, la falta de amor de una familia consanguínea. Vimos cómo recurren al grupo, así como a figuras religiosas, para llenar el vacío dejado por la familia de origen. Con el imaginario de la fe en el mundo callejero, notamos cómo la creencia en algún poder sobrenatural específicamente vinculado con los callejeros, como son San Judas Tadeo y la Santa Muerte, les da un sentido de seguridad para seguir en la calle, a pesar de la exclusión social y otros peligros que se enfrentan. Con relación al imaginario del escape, retomo la complejidad de la noción de la libertad de la calle. Vimos ejemplos de escapes de

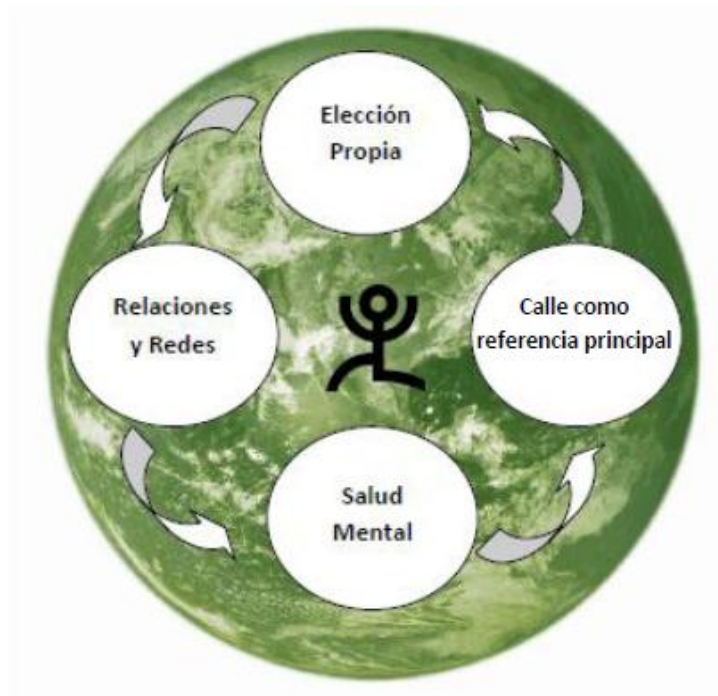
peligros reales, así como escapes autónomos, simplemente para sentir que se tiene control sobre la propia vida y no estar encerrado. Al alcanzar la edad adulta, el estigma callejero cambia; los chavos se dan cuenta de que asustan a otra gente y sienten un rechazo más marcado, lo cual se integra a su identidad como callejeros. Con esta transformación de la identidad callejera se hace la reintegración social aún más difícil, pues la distinción entre ellos y la gente “normal” es más marcada. Así se quedan atrapados en sus circuitos de desplazamiento, fluctuando entre los puntos de pernocta de la vía pública y los otros espacios del mundo callejero revisados al final de capítulo cuatro.

4.2 Circuitos de desplazamiento y el arraigo a la calle

Como la gran mayoría de los chavos callejeros, cada uno de los sujetos incluidos en este proyecto proviene de un contexto familiar de pobreza, abuso y miseria. No obstante, este contexto no explica la callejerización de estos niños y jóvenes. Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política y Desarrollo Social (CONEVAL), hay aproximadamente 20.8 millones de niños pobres en el país (2008), y obviamente la mayoría de estos chavos no son callejeros. Entonces, ¿qué más promueve a la callejerización?, y ¿por qué tan pocos niños de entre los que llegan a vivir en la calle, se reintegran a la sociedad?

La identidad callejera y los otros imaginarios que la conforman solamente constituyen parte de la compleja razón por la que cada uno de estos jóvenes sigue arraigado a la calle. El resto de este capítulo se dedica a la presentación de diez historias de callejerización y el análisis de su arraigo a la calle. Para profundizar mi análisis del arraigo de estos casos, planteo cuatro categorías analíticas en el modelo 4.1. Estas categorías son resultado de un proceso inductivo, del análisis concienzudo de material descriptivo acumulado en el trabajo de campo con conocimientos preexistentes y los planteamientos teóricos presentados en el capítulo 1. Servirán para guiar la exploración del arraigo de las diez historias presentadas en esta sección.

Imagen 4.3: El arraigo al mundo callejero



La primera categoría analítica que planteo para explicar el arraigo de los chavos a la calle es **la elección propia**. Los sujetos con condiciones dentro de este rubro cuentan con una posición importante en la calle, éxito como callejeros profesionales y/o gran capacidad de gozo por la aventura y la libertad. Del marco teórico retomo el planteamiento teórico de la callejerización, y me enfoco sobre todo en las categorías de “la profesionalización” (Lucchini 1998) y “la juventud callejera” (Pérez, R. 2007a) para esta categoría. También, entran las teorías de poder y resistencia (Murrieta 2008, Scott 2000), con relación al desarrollo de diversas estrategias de sobrevivencia y empoderamiento en la calle.

La segunda categoría que planteo es la de **relaciones y redes en la calle**. Esta categoría toma en cuenta cómo los chavos se arraigan al desarrollar relaciones afectivas con otros callejeros, generalmente una pareja o una fuerte amistad. Asimismo, entran los que se arraigan al grupo en general, construyendo un imaginario familiar sustituto que cubre sus necesidades básicas de afecto, apoyo y seguridad. El desarrollo de relaciones con otras personas de su territorio, en las que se encuentran seguridad y una fuente estable de apoyo para seguir viviendo como callejeros también se analiza en esta categoría. Como vimos en el capítulo uno, la mayoría de los estudios sobre niños, adolescentes y jóvenes en situación de calle reconoce la necesidad de estas relaciones para que un chavo permanezca en la calle

(Bayat, 2000; Cornejo, 1999; Murrieta, 2008; Rizzini *et al.* 2007, entre otros). Específicamente, la estabilidad de estas relaciones y la ganancia de un territorio pueden contribuir fuertemente al arraigo.

La tercera categoría, **la calle como referencia principal**, se usa para analizar los casos de chavos con pocas experiencias en contextos no callejeros. Aquí consideramos a los chavos que nacieron en situación de calle o que llegaron a la calle con hermanos u otros miembros de sus familias a una edad temprana. En esta categoría también se considera el arraigo de chavos que no tienen familias o han perdido contacto con ellas, dejándolos sin redes familiares en contextos no callejeros. Por último, considero aquí el discurso de “gente normal” *vs.* “nosotros, los callejeros”, ya que refleja la fuerte identificación que algunos chavos tienen con la calle en comparación con cualquier otro espacio de vida. Los casos incluidos dentro de esta categoría se basan con el marco teórico de la identidad (Berger y Luckmann 1968; De Venanzi y Hobaica, 2003; Giménez, 2004; Hecht, 1998; Melucci, 2001; Rizzini y Butler, 2003; Valenzuela, 1998) y se analizan en luz de la teoría del estigma (Goffman, 1963).

La cuarta y última categoría analítica, **salud mental**, es la más compleja. Aquí se consideran las ilusiones que aparecen en los discursos de los chavos. En específico, notamos casos de auto-engaño con la idea de que ya no son callejeros o que pueden lograr una salida de la calle sin apoyo, a pesar de sus trayectorias de recaídas a este estilo de vida. También consideramos las fantasías desproporcionadas de los chavos y casos de trastornos neurológicos y otras condiciones psiquiátricas que limitan el desarrollo de un plan de vida. Asimismo, los traumas sufridos por las pérdidas de familiares y otros seres amados se analizan en este rubro. Finalmente, vemos aquí el factor de arraigo más común, la drogadicción. Hay pocas investigaciones sobre la adicción al activo, la droga más consumida por callejeros en el D.F., y mi conocimiento en el campo de dependencias químicas es limitado; sin embargo, es claro que el uso de las drogas es una de las principales atracciones y uno de los atributos de la vida callejera. Las bases teóricas para el análisis de estos casos incluyen el apego (Bloom 1999, Bowlby 1986), el trauma (Herman 1992, LaCapra 2006) y la resiliencia (Melillo y Suárez 2001, Remus 2008).

* * *

Intento aquí contar las siguientes historias de vida con las voces de los sujetos y los educadores que han trabajado con ellos a lo largo de sus trayectorias como callejeros. Las citas son los dichos del sujeto de cada historia, si no indico otra fuente.

4.2.1 Toño, 17 años, El Puente

Toño nació en el Valle de Chalco del Estado de México. Solamente tiene un hermano menor, que también está en situación de calle. Toño salió de su casa a los ocho años, "por maltrato... Aquí (en la calle), si me drogo es porque quiero, en mi casa a veces hasta me daban droga fuerte, mi mamá o mis tíos tomaban y me daban. Así me decían: 'ten, tómatelas, no seas niño'. Después de que tomaba llegaba mi padrastro y me decía que por qué había tomado y me pegaba". Inicialmente me contó que apenas iba en el kínder cuando se fue de su casa, pero después mencionó que iba en segundo de primaria.

Cuando llegó a la calle, lo hizo solo hasta el metro Cuatro Caminos. "Sí tuve miedo, pero no lloré." Allí encontró a otros niños y se fueron a quedar en otro punto de pernocta por el metro Indios Verdes. Estos chavos ya iban a Pro Niños, así que Toño empezó a asistir también. "Llegué a una propuesta de Opción de Vida, pero no la tomé." Según Rodolfo de Pro Niños, quien trabajó con Toño en esta época, "En la calle todo era muy fácil para ellos, como eran niños bonitos, la gente les daba dinero, les daba trabajo, les daba comida, entonces no tenían broncas. Creo que de allí empezó su arraigo a la calle".

A los diez años entró a Casa Alianza. Según el trabajador social a cargo de su caso, "el problema con Toño, digo, ya venía con el consumo, pero empezó a tener contacto con otros chavos de calle y pues empieza a salir a consumir". Regresó a Indios Verdes a los 12 años, y ahí aumentó su consumo del activo y la marihuana. Empezó a quedarse en diferentes puntos de calle y seguía un proceso intermitente con Casa Alianza, con varios ingresos y salidas de la casa hogar.

En una ocasión Toño fue reintegrado por Casa Alianza a la casa de su madre en Valle de Chalco; pero se salió de ahí unas semanas después por la misma razón que antes. Luego pasó un tiempo en calle, pero está confundido en cuanto al orden de los eventos o tiempo en los distintos puntos. Estuvo un tiempo por la avenida Reforma cerca de Casa Alianza y la Central Camionera del Norte, en donde lo agarraron en un operativo y lo llevaron al anexo Luz

a la Vida en Toluca. Esta internación fue una experiencia traumática de abuso físico, psicológico y sexual.

Nos metían en un cuarto, y ahí había mucho popo y todo eso. Eso era para los que se portaban más mal. Era un cuarto normal, oscuro, no tenía ventanas y te metían el tiempo depende de lo que hicieran. Lo máximo era como una semana, te llevaban tu comida ahí y tenías que hacer del baño ahí, así. A mí me metieron ahí porque me empecé a reír cuando un chavo subió, subió a tribuna y dijo algo y yo me empecé a reír. Primero me pegaron, después me metieron en el cuarto.

Un día después de aproximadamente tres meses allí, le mandaron a pedir dinero para el anexo en la calle y Toño se escapó y regresó al D.F. Se quedó cerca de cuatro meses por el metro Indios Verdes y pasó un mes fuera del metro Morelos. A lo largo de este tiempo, siguió vinculado con Casa Alianza; cuenta que en la casa hogar tuvo un noviazgo con una educadora que se llamaba Vanessa, pero ya no trabaja allí. El trabajador social de la institución asegura que ésta es una fantasía de Toño.

Cuando tenía 14 años, Casa Alianza lo llevó a la casa de su abuela en el estado de Puebla, donde permaneció cinco meses trabajando en el campo. Según el expediente de Toño en Pro Niños, “Con los abuelos por lo menos contaba con comida. El niño comenta que la madre lo restringía sin alimentos. No le permitía tomar nada que ella no le diera”.

Toño dice que regresó al D.F. porque la abuela murió. Fue a Pro Niños y le ayudaron a entrar de nuevo a Casa Alianza. Al cabo de un mes, Toño salió y se fue a Taxqueña donde ha permanecido hasta la fecha, con dos ingresos más a Casa Alianza y dos procesos en Pro Niños. Desde que llegó a Taxqueña, pasó cuatro meses detrás del supermercado Soriana, antes de cambiarse al Puente. Cuando inicié ahí mi trabajo de campo, Toño llevaba aproximadamente un año en el Puente; me dijo que fue de los primeros en llegar a este punto y en ese entonces había menos niños.

No es muy claro el orden en que se dieron las estancias en los diferentes puntos de calle, así como el contacto con las instituciones y la familia. Lo que sí entendemos es la importante presencia de Casa Alianza y Pro Niños a lo largo de su infancia en la calle.

Donde sí he estado es en Casa Alianza, he estado como 30 veces y en Pro Niños igual. Es que yo iba y venía. Iba a Casa Alianza una semana, me escapa de Casa Alianza y me iba a Pro Niños. De Pro Niños me llevaban a Casa Alianza, y así me volvía a salir e iba otra vez. Para mí lo chido antes era que iba y engordaba y echaba relajo y me salía otra vez, venían y me buscaban y me iba otra vez. Yo nomás iba a engordar la tripa.

Toño está consciente de que pronto cumplirá los 18 años y ya no contará con el apoyo de estas instituciones. También reconoce que no recibirá apoyo con la misma facilidad la calle como cuando se quedaba por Indios Verdes.

Ahora es más difícil que la gente te dé dinero, antes era más fácil, pedías y te daban; la gente decía como “pobre niño” y así, y ahora siento que, pues igual, la gente dice que eres ratero o llaman a la policía. Varias veces me ha tocado que pido una moneda y llaman a la policía, que los estoy molestando. Algunos se espantan... Te dan 5 o 10, pero así como a la fuerza, así como que se espantan. Unos dicen “pues ya estás huevudo, ya ponte a trabajar”. Tienes que buscar la forma.

Cuando yo comencé mi trabajo de campo, Toño estaba asistiendo a Pro Niños. En enero de 2010 iba a entrar a una clínica de rehabilitación y después a pasar a la CTVI. Llegando a la clínica se asustó y abandonó todo el plan. Según el coordinador de Opción de Vida, “Llevamos a los chavos [a las clínicas] con la idea que se queden, ¿no? Pero allí sacó algo nuevo que era que él había estado en anexos. Que lo habían llevado a la fuerza cuando era muy pequeño y que lo habían violado adultos... Hay un trauma allí”. Poco después Toño regresó a Pro Niños a retomar el proceso, pero nuevamente se asustó antes de entrar a otra clínica.

Luego empezó a asistir a Pre-comunidad con Casa Alianza, pero también abandonó el proceso por el consumo de activo. Con su 18avo cumpleaños por llegar, y estos fracasos recientes con las OSC, en mi última entrevista con Toño, éste me explicó,

Ahorita estoy pensando en irme a mi casa, por Chalco, con mis tíos. Nomás he ido a visitarlos, pero me han dicho que me quede. Hay un primo pero ya está grande, el luego también me dice que me vaya a quedar a su casa. Él es mecánico. Yo sé algo de mecánica, aprendí en un trabajo por aquí.

Tiene claro que no quiere ser un adulto “indigente”, pero el primer sería lo más difícil; debía salir de la calle para empezar a construir otra vida.

El arraigo de Toño

El arraigo de Toño incluye características de las cuatro categorías analíticas. Él llegó a la calle más joven que el promedio y ha pasado tiempo en varios puntos de la ciudad. Es reconocido por los educadores de las diferentes instituciones, así como por los diferentes grupos de chavos. En palabras de Rodó de Pro Niños,

Es un líder pasivo. Le gusta que lo respeten, que lo vean de esa manera... tiene todo su currículum en calle, por eso los chavos no necesariamente lo admiran, pero lo respetan. Porque es un chavo muy pasivo, sí se llega a pelear, pero no es de los que ha sobresalido por la pelea. Toño es un líder más carismático y más pasivo.

Su discurso citado arriba sobre la necesidad de usar la mendicidad agresiva, muestra la habilidad de adoptar nuevas estrategias para adaptarse a su nueva realidad como joven callejero.

Con relación a la categoría de relaciones y redes en la calle, vimos cómo Toño se ha quedado en varios puntos de calle en el D.F. y que considera al grupo del Puente como una familia. En sus propias palabras, “Yo creo que los veo como mejor que una familia porque aquí siempre he vivido y me han dado mis cosas, son como una familia”. Estas relaciones afectivas con otros miembros del grupo contribuyen fuertemente a su arraigo.

El hermano menor de Toño también está en situación de calle, lo que lo ubica también en la tercera categoría del modelo de arraigo. Vemos, asimismo, en varias ocasiones que Toño se menciona a la “gente normal” con respecto a él (un callejero). Me preguntó en una ocasión, “Oye, ¿y tú novio es normal o es de calle?”. Su comentario acerca de que la gente devota a la Virgen Guadalupe es gente “normal”, mientras que los que creen en San Judas son callejeros, en la primera parte de este capítulo, también refleja esta distinción que Toño hace. Otro comentario que me hizo relacionado con sus experiencias con los anexos: “Una vez que me sacaron a mí a pedir dinero a la gente y me dieron como \$200 pesos. Es que la gente sí da o da comida, gente así, normal”. Estos comentarios reflejan la dimensión de su identidad como callejero y cómo Toño se siente más cómodo en el mundo de la calle que con gente no-callejera.

Por último, el arraigo de Toño a la calle en apariencia entra en la categoría de salud mental, debido a las situaciones traumáticas por las que ha pasado y su adicción al activo. Fracásó en su última experiencia en Opción de Vida con Pro Niños por el trauma de abuso sexual y físico que vivió en el anexo Luz a la Vida siendo niño. Su incapacidad para entrar a otro centro de rehabilitación para atender sus adicciones por esta experiencia es uno de los principales obstáculos para que Toño deje la calle.

4.2.2 Aarón, 18 años, El Puente

Aarón nació en el D.F. pero lo mandaron a vivir con su abuela en el pueblo de Ixpilla, Veracruz, cuando tenía seis meses de edad. Tiene tres medios hermanos y todos son de padres diferentes. Hasta los nueve años no tuvo contacto con su mamá, “ni conocí una foto de ella”.

A esta edad regresó a vivir con ella en el D.F. pero no se adaptó y anidó un sentimiento de rechazo por parte de su madre y sus hermanos. “Luego nos poníamos a discutir que por qué esto, que por qué a mí me molestaba porque habla mucho de su hijo José Luis que está trabajando. Y yo le decía “no me importa, yo sé que puedo ser mejor que él”. En una de estas discusiones, cuando Aarón tenía diez años, decidió irse la calle.

De salirme de mi casa llegué para acá (Taxqueña), yo solo. Primero me quedaba en la central. Luego me fui, me llevaron los de Casa Alianza, regresé... andaba por Hidalgo, Zócalo, un día llegué a Tlatelolco, ya andando por ahí conocí a Toño y por eso empecé a ir a Pro Niños, estuve un rato ahí.

En Taxqueña se quedaba con un chavo más grade y los educadores de Casa Alianza sospechaban que estaba abusando de Aarón sexualmente cuando lo abordaron a los 12 años. Igual a Toño, empezó a entrar y salir de la institución regularmente. Antes de cumplir los 18 años, Aarón pasó por Casa Alianza seis veces y aprovechaba los contactos que hizo adentro para expandir su red de apoyo en la calle.

A diferencia de Toño, el circuito de desplazamiento de Aarón incluye más instituciones y viajes fuera de la ZMCM.

He estado en muchos lados, en Veracruz, en Acapulco, en la calle, no recuerdo con quién fui. A Veracruz fui con un chavo que se llama Rafa, y ahí estuve más de una semana. Ya luego me regresé otra vez a Casa Alianza. Me salí, ahí estaba Toño, luego me fui al Zócalo, del Zócalo me llevaron a Adulam,* y ya luego estuve en Villa Margarita,* que ahora es para mujeres, ya luego me salí, estuve yendo a Pro Niños, estuve en Coruña,* me salí regrese a Casa Alianza, estuve en Casa Alianza, me salí, estuve en la calle, me empecé a drogar más...
(* casas hogar)

Entre su paso por las instituciones ha intentado regresar a la casa de su madre en varias ocasiones, pero sigue resentido por el repetido rechazo que siente por parte de ella.

Luego a veces me molesta que las mamás de algunos compañeros vienen y lloran y les dicen, “vente hijo, vámonos”. Al principio así como que te da coraje, y yo pienso que si mi mamá viniera, pues yo me iría con ella, corriendo... La verdad, la última vez que fui con mi mamá me dijo que había dicho mi hermano que por qué no me iba. Yo sí le dije que “si él tiene un buen trabajo, ¿por qué no te ayuda? Yo al menos vengo a verte”.

A los 16 años se enamoró de Melisa, una chava en situación de calle de la zona de avenida Reforma, a quien conoció en Casa Alianza. En esta época, Aarón tenía una fuerte adicción al *crack*. Cuenta que durante aproximadamente cinco meses limpiaba parabrisas sin parar y gastaba más de 300 pesos diarios en la droga. La pasión que sentía por Melisa le ayudó

a dejar el *crack* y regresar solamente al consumo de activo. A los seis meses del comienzo del noviazgo, Melisa quedó embarazada y los dos entraron a Casa Alianza en búsqueda de una vida juntos fuera de la calle.

Aarón entró al programa de Vida Independiente e iba muy bien. Según el trabajador social de Casa Alianza,

Empieza un proceso de atención en adicciones, empieza el proceso de Vida Independiente, termina la secundaria, lo contratan en la empresa de Dish (cablevisión), pero empezó a desesperarse mucho en el sentido de que quería que todo fuera rápido. De encontrar un buen trabajo pensó que iba a poder irse con Melisa inmediatamente... Aarón lo que quería era también darles chance a dar una vuelta, ir al cine, como una pareja normal. ¿Pero una pareja normal en qué sentido? Ella tiene 16 años y él tenía 17 y estaban bajo custodia de la institución.

Aarón salió de Casa Alianza con el plan de vivir con su madre y seguir trabajando, hasta que Melisa terminara su proceso en la institución. Encontró los mismos problemas de siempre con su familia, terminó con Melisa, y de nuevo se encontró drogándose en la calle.

El arraigo de Aarón

En la segunda categoría analítica del modelo que propongo, la trayectoria callejera de Melisa, madre de su hijo, ha fortalecido el arraigo de Aarón a la calle. Sin embargo, cuando terminé mi trabajo de campo ahí, ella y el bebé estaban viviendo en la casa de su mamá, y al parecer Melisa no había vuelto a calle desde el parto. Esta salida podría ser una motivación para que Aarón también salga. Por otro lado, Aarón dijo que considera al grupo de Taxqueña como su familia. Se nota cómo su visión se va adaptando al mundo callejero, y justifica el haber vuelto a la calle después de estar fuera un tiempo. “A veces, aunque no lo quieras, uno anda más feliz así. Yo conozco a muchas personas que pueden hacer lo que ellos quieren, como ellos quieren, sin necesidad de ir a la escuela y así muchas cosas. Y pues no, mejor les gusta estar así”, me contó Aarón una vez.

También sabemos del rechazo constante de su madre y su hermano cuando Aarón intentó regresar a casa. Cuando le pregunté sobre su padre, me dijo que era policía pero que no lo quería conocer. “Como que ya pues, cada quién que haga su vida. A veces sí le preguntaba a mi mamá quién era él, y pues me decía que pues era otra persona, que era esto, que era lo otro. Mi mamá solo se juntó con el papá de mi hermano el más grande, con el mío no”.

Dentro de la cuarta categoría analítica Aarón se engaña a sí mismo al pensar que no requiere apoyo de nadie para salir de la calle. Por eso ha abandonado sus procesos en Pro Niños y Casa Alianza. Según sus propias palabras, “Mi mentalidad es así, que yo sé que puedo solo”. Este argumento viene del discurso que ha escuchado en muchas instituciones, acerca de que el cambio tiene que venir de él, pero según Rodo de Pro Niños, Aarón ha contorsionado la idea:

Aarón ha pasado por tantos procesos en tantos lugares que se ha comprado el discurso, de muy mala forma, y por eso dice “Yo solo puedo”... Pero por supuesto que este discurso lo ha comprado porque todos le decimos, “todo está en tí”. Lo analiza y lo normaliza y dice, “claro, en mí está y yo soy él que puede, solo”, sin darse cuenta que finalmente sí hay un contexto social que le va a poder ayudar, que al final la fuerza de voluntad sí es de él, pero no es la fantasía de que “yo soy el todopoderoso que puede solo”.

A pesar de seguir creyendo que no requiere apoyo para salir de calle, reconoce la adicción con relación a su arraigo. “Obvio que me drogo porque ya no es para olvidar a veces, es como una adicción, es lo que me da tristeza. Pero hay momentos en los que dices, sí pues no se puede de la noche a la mañana. La coca es lo más adictivo y la pude dejar. Todo se puede dejar”. Aarón ha dejado la calle en varias ocasiones. Es el único sujeto que ha terminado la secundaria y ha llegado a ocupar un empleo en una empresa nacional. Quiere salir del mundo callejero, pero por los factores de arraigo mencionados aquí, sigue recayendo. En nuestra última entrevista Aarón me dijo,

Ahora nada más estoy dejando que el tiempo pase. Todavía es temprano. Todavía me puedo recuperar. Bueno, los mexicanos dicen que “nunca es tarde para nada”, y sí, nunca es tarde. Tal vez ahorita no estudio. No sé si mañana vaya estar estudiando. Tal vez hoy no me bañe, tal vez mañana sí. Este tiempo no he trabajado, pero tal vez mañana me haga rico, ¿no? Pero para una persona como nosotros, después de tanto tiempo así, es difícil cambiar.

4.2.3 Mupet, 18 años, El Puente

Mupet es el más chico de diez hermanos de una familia de Agua Fría, Puebla. La familia vivía en pobreza extrema y Mupet nunca entró a la escuela. Su madre falleció cuando tenía nueve años.

El día que falleció, mi papá no me llevó a su entierro de mi mamá. Yo estaba amarado. Mi papá me amaró con una cadena. Había una cama donde me tenía amarado. Desde que falleció mi mamá, me empecé a ir de mi casa y ya no

regresaba, y cuando llegaba a mi casa mi papá me pegaba, me amaraba, me tenía amarado.

Sus salidas de casa se prolongaron ya que aprendió cómo sobrevivir solo. “Luego tardaba años en regresar a mi casa, dos años. Me iba a Tampico, me iba a Matamoros, me iba a Puebla, me iba a Poza Rica, iba a Tezauca, me iba a Pachuca, me iba a varios lugares, yo solo. Desde los nueve años empecé a viajar yo solo. Así me iba de ride”. Mupet desarrolló diferentes estrategias de sobrevivencia –robaba, charoleaba y se aprovechaba de la buena voluntad de la gente, se quedaba en las casas de diferentes señoras que le querían ayudar–.

Llegó a México a los 11 años, pero ya conocía el activo y sabía sobrevivir en espacios públicos. Era más difícil quedarse en la calle en otros lados, porque “casi no hay chavos de la calle y luego luego te quieren meter a una casa hogar”. En México se movía entre varios puntos por la avenida Reforma, así como el metro Chabacano, la colonia Doctores y finalmente a varios puntos de Taxqueña.

Mupet sufre de un leve retraso mental y tiene problemas para hacer relaciones de espacio-tiempo. Según el psicólogo de Casa Alianza, no se acuerda bien hace cuánto tiempo pasaron y cuánto duraron los eventos de su historia, ni puede ordenarlos con claridad. Ha viajado por muchos lados y su historia de vida incluye etapas prolongadas en Acapulco, donde estaba internado en la casa hogar del DIF (Plutarca), y el anexo Camino a la Vida. También mencionó que pasó un tiempo en una casa hogar en Puebla (Casa de la Familia Poblana). Su historia está llena de escapes de su casa, casas hogar, anexos y policías, que me contaba con mucha emoción.

Estaba cerrada la puerta (del anexo) y que me brinco, que le robo su ropa a un chavo que le decían el Chutaró; que le robé toda su ropa, sus tenis. Luego a un chavito le robé su dinero. Que me brinco y que me regreso pa’ México y paso un puente por un río y que me pongo a bailar. Tenía 15 años. Pasé por un río, que me echo un bañito, y en eso que me sale un bato con una pistola. Me quita todo, ya no más me quedé con mi ropa y me regresé bien chato.

En el D.F. su participación con las OSC incluye a Pro Niños, Programa Niños de la Calle y Casa Alianza. Al parecer ha elaborado un relato fantasioso sobre su involucramiento en Ollin, la casa de rehabilitación de Casa Alianza. Mupet cuenta que estuvo ahí durante un año y que sus procesos en Ollin fueron muy importantes en su formación, pero el psicólogo lo clasifica como “de la población vacacional” que se quedaba unos días, o cuando mucho dos semanas.

Por otro lado, ingresó siete veces a Casa Alianza, pero según Mupet estuvo “¡Como 52 veces! (reía). Es que me salía, regresaba, me salía, regresaba. No acabé ni mi curso de cocina. No acabé mi curso de computación”. En su última estancia en la institución, lo llevaron a vivir con un hermano.

Estuve nada más ¿qué? cuatro meses. Me regresé porque estaba viviendo con mi hermano, su mujer, la hija de la señora y la bebé de la niña, de la chava más bien. Y como nadie trabajaba más que yo, y cuando yo no trabajaba se molestaba, se enojaba de ¿por qué estaba de huevón? Mi hermano no trabajaba y su mujer no decía nada, o sea todo iba para mí. Entonces un día me aburrí de esto y ya no regresé tampoco.

Durante mi trabajo de campo, Mupet estaba a gusto en Taxqueña. Considera al grupo como su familia y tiene amistades con varios compañeros de más de cinco años; ha realizado varios viajes, así como ingresos y egresos de Casa Alianza con ellos. Va a faqurear al metro todos los días y al parecer controla sus adicciones mejor que la mayoría del grupo. Según Mupet, nunca ha probado el *crack*, ni las metanfetaminas. “Hay drogas bien pesadas que tu cuerpo ya a veces no aguanta. Es como yo... el activo, las monas, antes me gustaban mucho. Ahora ya no soportó ni el olor. Me encantó más la mota. Como que te relaja más. No te hace tanto daño”.

El arraigo de Mupet

Mupet es el más aventurero de los sujetos principales. Su trayectoria como callejero está llena de viajes por toda la república; cuenta de viajes en grupo y solo. “Casi toda mi vida la viví en la calle... o luego me iba con amigos, pero luego me separaba porque luego ellos no charoleaban, y yo sí. Luego no hacían nada y yo sí.” Como Mupet comenzó a viajar solo desde los nueve años, no tiene miedo de estar o conocer nuevos lugares. En este sentido, vemos que se ha arraigado a la calle por gusto propio.

A pesar de su independencia como aventurero, su historia refleja la solidaridad que siente con los chavos del Puente y cómo los ve como su familia. Tiene varios años conviviendo con la mayoría del grupo y siente confianza y seguridad con ellos. “Los quiero mucho, aunque quiero más a mi familia.”

Mupet es algo rebelde, y en las entrevistas que le hice percibí la diferencia que encuentra entre las normas callejeras y las normas de la sociedad. Si bien no usó el discurso de “gente normal” como Toño, sí se identifica como callejero.

Me voy fumando, caminando en la calle y pasan los policías y no me dicen nada, ¿qué me pueden decir? Yo siento que a la gente no les va a molestar, pues a algunos sí por el humito, son bien estrictos, es gente que ya de plano... La gente a veces te critica y a veces tiene unos problemas así más acá y ni se fijan. A mí cuando me critican yo a veces sí me molesto. Yo les digo “¿pues qué? es mi vida, no es tu vida”.

Esta actitud de resistencia que ha adoptado hacia la sociedad también lo vincula con la tercera categoría analítica del modelo de arraigo.

La cuestión de la salud mental fue destacada por el psicólogo de Casa Alianza, quien notó un ligero retraso mental en Mupet y su incapacidad para ordenar los eventos de su vida de forma cronológica o recordar la duración de los mismos. Sus estancias en Ollin duraron días, no meses como él decía, por ejemplo. Estos problemas, su falta de educación formal y su adicción a la marihuana también contribuyen fuertemente a su arraigo a la calle. Mupet reconoce su adicción, pero argumenta que la controla.

Cómo quieren hacer los polis que la gente deje de fumar marihuana. A mí es algo que me gusta. Lo puedo llamar ¿qué?, una adicción mía. Porque cuando tengo ganas de hacer algo, fumo y al menos me controlo, me tranquiliza. Para mí es como un placer, y no lo hago acá por hacer. Y sí fumo pero donde no haiga gente, donde no haiga escuela, donde no haiga nada.

Básicamente Mupet considera que la vida callejera es su mejor opción. Parece no tener la preocupación que muestran Toño y Aarón de dejar la calle. Cuando le pregunté si le gustaría tener otro modo de vida me contestó,

Yo no me siento mal de vivir en la calle porque pues yo siempre lo he hecho. Y pues la gente a mí como me vea, con perdón de la palabra, a mí me vale verga, ¿no? Su vida es su vida; mi vida es mi vida. Mientras no se metan conmigo, yo no me meto con ellos. Y no me importa que me discriminen que me digan “ay pobrecito, chamaquito”. Ya estás acostumbrado a que la gente se asuste y ya no me importa, si yo ya sé que no lo voy a hacer. Ya total que si agarra su bolsa pues que la agarre y si quiere pensar eso pues que lo piense.

4.2.4 Marcos, 20 años, Canal del Norte

Marcos nació en San Miguel de Allende, Guanajuato y es el cuarto de seis hermanos en su familia. A los siete años se fue con sus padres a vivir en San Juanico, Estado de México, y sus hermanos se quedaron en Guanajuato con la abuela paterna. Los recuerdos de San Juanico de Marcos son de alcoholismo y drogadicción en la casa. También cuenta que fue abusado

sexualmente por un tío en ese entonces. Su madre empezó a salir a la calle para escapar del abuso de su pareja y Marcos la acompañaba. Ella a veces trabajaba de mesera en fondas o bares, y en ocasiones se prostituía.

Marcos conoció otros niños en la calle y empezó a acompañar a dos muchachos de la zona de trabajo de su madre al metro La Raza. Probó el activo por primera vez a los ocho años. “Un día salí de la casa y empecé a quedarme allí.” Una señora iba al metro a regalar comida al grupo de niños que se quedaba allí; fue ella quien lo llevó a la casa hogar Cenáculo de Guadalupe cuando tenía nueve años. Marcos permaneció nueve meses ahí, pero “como no me gusta estar encerrado, me salí”. También pasó un mes in Casa San Francisco y tres meses en Hogares Providencia. “Nunca me gustaron las casas hogar, siempre me escapaba”.

Llegó a quedarse en el parque por el metro Morelos con otros seis o siete niños de 11 a 14 años de edad, en una caja de tráiler abandonada, junto con un señor de 28 años de edad al que le decían “El Chaparro”, que les consiguió activo y comida a cambio de favores sexuales. En este tiempo Pro Niños ya estaba trabajando con Marcos y otros dos o tres chavos del grupo, pero al Chaparro no le gustaba que fueran al centro de día. Rodó recuerda que “una tarde que fui a este punto y éste tal Chaparro está en los columpios y veo que Marcos corre, se acerca al Chaparro, lo abraza y le empieza a besar la espalda, y el morro tenía como 12 años. Impactante”.

Cuando Marcos tenía 12 años, su mamá falleció en un asalto a la cantina donde trabajaba por La Villa. Él se enteró después del sepelio, ya que tenía poco contacto con su familia. En este entonces su padre ya se había ido a trabajar a Estados Unidos. Al parecer se fortaleció su relación con el Chaparro en este tiempo, pero Marcos también empezó a desarrollar relaciones con otra gente de la zona, sobre todo con los recolectores del tiradero de basura del mercado. Marcos le mencionó a los educadores de Pro Niños, varios señores de la zona que le daban chance de quedarse con ellos, e intentó conmovierlos con su triste historia como estrategia de sobrevivencia. Olegario explica que “Él sabe generar lástima y así se ha ganado la vida, y esto lo ha arraigado a calle... con Marcos tenemos este cuadro delimitado y súper legible, de la lástima en su proceso de callejerización.”

Cuando Marcos tenía 14 años, EDNICA abrió el Centro Comunitario Morelos cerca de su punto de pernocta. Marcos fue de los primeros chavos en participar en el centro de día. A lo largo de los últimos seis años ha tenido participación regular con EDNICA, pero también

ha llevado varios procesos, y tomó dos opciones de vida con Pro Niños. Cuando tenía 15 años, Pro Niños lo canalizó a una clínica de rehabilitación en León, Guanajuato, pero escapó a los dos meses y volvió a la colonia Morelos. Dos años después lo mandaron a otro centro en Oaxaca, de donde se salió después de apenas un día. Me contó la historia de su regreso:

...me fui caminando por toda la carretera, no había ni casas. Pedí un taco, me lo dieron, después me seguí caminando, en eso me hice así (extendió el dedo para pedir un ride) a ver si me daban un aventón. Se paró un camión y me decía un señor... “¿A dónde vas?” Le digo “Voy aquí al D.F.” le digo, “Aquí a la Ciudad de México”. Dice “Sí, súbete. No hay problema”. Le digo, “Sí, porque la verdad me siento muy mal”, le digo, “aparte de que nadie me quiere dar un aventón”. Me dice “Ya, súbete, yo te comprendo porque yo también pasé lo mismo”. Fue la onda esos chavos, ¿eh? Me invitaron una torta, un agua, un refresco, unas papas. Y ya me quedé dormido, me desperté e iba por Puebla (se ríe) contento, contento ¿eh? Y ya me dejaron aquí en el metro los Reyes la Paz. Aparte de que me dieron comida, me dieron como 30 pesos. “Toma para que puedas llegar bien a tu destino”. Le digo “Está bien, gracias”.

A los 14 años Marcos conoció a Don Memo, un señor con más de 60 años, quien lo invitó a vivir con él. Cuando los educadores de Pro Niños le preguntaron por qué Don Memo lo llevaba y a veces lo recogía de la institución, Marcos no era sincero sobre su relación con el señor. Según su expediente en EDNICA,

Don Memo apoyaba a Marcos, dándole albergue, comida, ropa, amistad y compañía; no obstante, la relación también estaba basada en chantajes mutuos, falta de límites y tolerancia en el consumo de sustancias adictivas. El dato no fue corroborado, puesto que Marcos siempre lo negó, pero presuntamente, la interacción estuvo basada en sexo recompensado.

Marcos siguió viviendo con la hermana de Memo después de su muerte, hasta que la señora lo sorprendió drogándose en la casa. Este regreso a pernoctar en calle fue durante mi estancia en trabajo de campo. A las pocas semanas comenzó a dormir dentro de una óptica a lado del metro Canal del Norte.

Marcos inspira preocupación debido a su apariencia. Se baña tres o cuatro veces por semana en EDNICA y siempre usa gel y perfume. Trabaja nada más de mandadero y cuidador de la óptica y otros puestos a la salida del metro. De los chavos del punto, es el que más parece controlar su drogadicción al activo. Cuenta con una percepción alta de los daños y riesgos asociados con el consumo de sustancias adictivas, debido a sus numerosos procesos en diversas instituciones, y no presenta tanto deterioro derivado del consumo, aunque consume diario.

Al final de mi estancia en trabajo de campo fue canalizado entre EDNICA y Pro Niños a otro centro de rehabilitación en Guanajuato, donde permaneció aproximadamente un mes, pero Juan de EDNICA me contó que “me dijeron que un día salieron a pasear a la plaza y se echó a correr sin explicación”. Regresó a Canal del Norte y retomó su relación con la óptica, los comerciantes y el Centro Comunitario.

El arraigo de Marcos

El arraigo de Marcos a la calle se puede relacionar con las cuatro categorías del modelo planteado aquí. Ha profesionalizado su identidad como callejero. Varios de sus contactos de fuera de la calle lo apoyan de diversas maneras (albergue, dinero, ropa, actividades, relaciones afectivas), mientras sigue manteniendo un estilo de vida callejero. Marcos duerme en la óptica que cuenta con medio baño, se baña en EDNICA, viste con corbata y lentes, y usa perfume y gel. Aunque siempre huele a activo, nunca lo vi con una mona en la mano; el uso de drogas no concuerda con la imagen que él quiere dar. Se define como “poco callejero” debido los beneficios que obtiene de sus amistades, su higiene y su apariencia que lo diferencia de los demás callejeros de la zona. El maestro Juan explicó su profesionalización diciéndome,

Ahora está metido en la óptica, que es de la misma dinámica de generar lástima⁹⁰ y este tipo (el encargado de la óptica) es muy propenso a caer en estos chantajes morales. Entonces está en una situación muy parecida, que encontró otra persona que lo deja quedarse en un sitio y no hay ejercicios de corresponsabilidad, y eso lo lleva otra vez a desencadenar el consumo y seguir en la dinámica callejera.

Con excepción de cuando duerme en la óptica, Marcos pasa todo su tiempo en el mundo de vida callejero, entre la vía pública y el centro de día de EDNICA. Igual a Mupet, se siente cómodo con su estilo de vida y su posición dentro de su territorio.

Las relaciones y redes que Marcos ha desarrollado en la colonia Morelos son de los principales factores de arraigo para él. Desde la muerte de su mamá ha buscado el amor y el afecto en la calle con un discurso profesional sobre la triste historia de su infancia. Como explicó el maestro Juan,

Marcos tiene una historia que le ha permitido ceñirse el traje de callejero y le va muy bien porque es muy hábil para generar lástima. En esta habilidad ha encontrado la forma de subsistir en el medio. Bastaría con revisar sus historias con las redes sociales. Genera lástima y de ésta genera un ingreso, tal vez por medio del

⁹⁰ Se refiere a que es igual a su estancia en la casa de la hermana de don Memo después de su muerte.

trabajo, pero inicia con la lástima. Sabe generar lástima y así se ha ganado la vida, y esto lo ha arraigado a calle.

Marcos conoce a la mayoría de los comerciantes de la zona. Siempre los saluda y procura mantener una buena relación con ellos. Él no roba, y los comerciantes confían en él para hacer mandados y otros pequeños trabajos que le permiten cubrir sus gastos de alimento y drogas.

Aunque no cuenta con padres, tiene otros familiares que están dispuestos ayudarlo a salir de la calle, así como gente en diferentes OSC. Ha estado en casas hogar y conoce otros contextos fuera de la calle; sin embargo, la calle es su referencia principal, y la trayectoria de su madre en este ámbito también contribuye a su atracción a la calle.

Los otros factores de arraigo en el caso de Marcos se encuentran en la cuarta categoría del modelo. Su preocupación por la higiene personal y hecho de que no siempre duerme en la calle lo llevan identificarse como “poco callejero.” Marcos siente que está en nivel arriba que los otros callejeros de la zona, porque cuida su apariencia física y duerme en la óptica; es una ilusión que se ha formado, o una manera de engañarse a sí mismo, que utiliza para justificar su estilo de vida, negando la realidad de que todas sus actividades las realiza en el mismo contexto callejero.

Marcos dice que fue abusado sexualmente por su tío y que esto lo llevó a calle. La prostitución y el provecho que saca de relaciones afectivas con hombres mayores, sea debido a este abuso o no, también contribuyen a su permanencia en la calle. La madre de Marcos fue un ejemplo para él y lo llevó a tener una fuerte fijación hacia la figura femenina. El maestro Juan me explicó,

Su madre, de alguna manera, es lo que él aspira como fantasía. Su mamá fue prostituta, fue adicta, de algún modo vivió su vida con la misma moral que Marcos como callejero. Como su mamá, Marcos intercambia sexo por algo. Sus intercambios sexuales con los chavos del núcleo de Canal del Norte han sido por esta necesidad de compañía, pero también porque saca alguna ganancia económica –lo llevan a hoteles o le procuran comida... y eso es muy normal en chavas de calle, que están con chavos porque no quieren esforzarse y quieren que los mantengan. Entonces creo que en la fantasía de Marcos cabe especular en la fijación a la figura femenina de su madre.

Podemos ver esta fijación en su relación con don Memo, para el que en realidad no era como un hijo adoptivo sino como su mujer. Otro trauma significativo en la vida de Marcos fue la muerte de este señor. El maestro Juan me contó,

Según Marcos, (don Memo) falleció encima de él teniendo relaciones. Marcos reprime este trauma y los demás. Lo reprime... incluso la estructura machista en la sociedad mexicana no permite que un homosexual fácilmente se involucre con la familia. Entonces la parte sexual es como la parte oscura, es como estos secretos a voces donde no es tan sencillo hablar de algo así. No se niega ni se acepta. Su práctica lo desnuda.

La pérdida de don Memo, así como la de su madre, también afectan la salud mental de Marcos y contribuyen a su callejerización.

La vida de Marcos está llena de lados oscuros. No está cómodo con su adicción, ni su sexualidad ni su identidad como callejero. Sin embargo, no se puede negar que éstas son las características principales de su verdadera identidad. La incapacidad de reconocer y aceptar que tiene un modo de vida 100% callejero, junto con su habilidad para vivir bien en este ámbito, acaban con cualquier esperanza de que Marcos salga de la calle en su estado actual.

4.2.5 Mario, 21 años, Canal del Norte

Mario viene de una familia de seis hermanos en Ecatepec, Estado de México. Debido a las adicciones de sus padres y la pobreza en que la familia se encontraba, los seis niños entraron a un albergue de monjas cuando Mario tenía 11 años. Dentro del primer año, Mario, su hermano Mateo de diez años y su hermana María de 12 años se fugaron del internado. María llevó sus hermanos al paradero de Pantitlán y los presentó a sus amigos choferes.

Al tercer día de que me quedé en calle con mi hermana comencé a drogarme y desde ahí me seguí drogando. Un chofer de nombre Casimiro me enseñó a drogarme con activo. Con él me empecé a drogar. Me enseñó a manejar también. Mi hermano Mateo fue el que me enseñó a pedir dinero.

Los hermanos se quedaron en Pantitlán cuatro años y adoptaron varias estrategias para sobrevivir en la calle. Mario vendió cacahuates los primeros dos días, pero luego comenzó a cantar en el metro con su hermano,

Bueno para empezar yo no me creía niño de la calle. A los 11 años fue cuando empecé a cantar en el metro. Después seguí en la calle pero fui a mi casa y ya después siempre decía que era un chavo de la calle porque así decía mi carnal. Luego después decía, “Buenas tardes, señores pasajeros. Como Uds. comprenderán, yo soy un chavo de la calle. Yo no tengo muchos requisitos para empleo para tener un trabajo seguro, pero yo vengo a ganarme la vida honradamente cantándoles estas canciones y espero no les moleste”, y ya empecé a cantar. Luego yo me iba solito. Cantaba cinco canciones en cada vagón... O

cuando estaba enojado con mi mamá decía, “señores pasajeros, buenas tardes, como Uds. comprenderán yo soy un chavo de la calle. Yo no tengo papá ni mamá. Espero que las canciones que les voy a cantar no les vaya a molestar”, y ya empezaba a cantar.

Dice que ganaba hasta \$500 en tres horas y había mucha gente que le regalaba comida, así que gastaba la mayoría de sus ganancias en la droga. Mario comenzó frecuentar los anexos de rehabilitación a los 15 años. “Él sí toma sus vacaciones de calle en los anexos. Cuando ya se ve súper mal, accede a irse al anexo. Pasa tres meses allí, se siente otra vez vigoroso y vuelve a la dinámica callejera”, explicó el maestro Juan.

Alrededor del mismo tiempo que Mario comenzó a frecuentar los anexos, los hermanos migraron al metro Canal del Norte con su padre, quien ya se quedó en calle también. En el 2005, cuando Mario y Mateo estaban en un centro de rehabilitación, les llegó la noticia de que su padre había fallecido. “Se ahogó”, me explicó Mario. “Es que tomó agua de la fuente, luego de la llave y luego alcohol.” En Canal del Norte conocieron a los educadores de Pro Niños. El equipo de calle invirtió mucho con ellos, pero por el consumo y el fuerte vínculo entre los tres, nunca se logró su asistencia regular al centro de día.

Luego fue abordado por el equipo de Casa Alianza, pero Mario solamente duró dos días en la casa hogar.

No me escapé, fue cuando murió mi hermana (María) de SIDA, cáncer y el activo. Un día cuando estaba allí, no me habían dicho nada, pero el siguiente día cuando velaron a mi hermana, me dijeron que se había muerto, y me salí. Me iba a saltar por la puerta que tiene picos pero me dijeron, “bájense”. Iba con otro chavo. Nos dijeron, “Bájense, ahorita les abrimos”. Y ya nos abrieron y nos fuimos. Y yo salí llorando e iba pasado allí por Zarco y escuché de lo más alto de la iglesia de San Judas, escuché la voz de mi hermana que decía, ‘Mario, no llores’”.

A partir de este evento, sus internaciones han sido en anexos con una duración máxima de cuatro meses.

Desde 2005 Mario se ha quedado en Canal del Norte. Como Marcos, es conocido y bien recibido en la zona, y ha desarrollado un fuerte arraigo a la colonia Morelos. “Lo que me gusta de la Colonia Morelos es que hay mucha gente, conozco a muchas personas y algunas de ellas me ayudan o me quieren ayudar.”

Mario tiene buena participación en EDNICA y demuestra regularmente su capacidad para dejar la droga cuando entra a los anexos. Sin embargo, no ha podido hacer un plan

personal para salir de la calle. “Me gustaría hacer algo para cambiar mi situación; me gustaría dejar las drogas, para lograr esto voy a EDNICA... Hace como cinco meses me acompañaron a un centro de rehabilitación, un anexo, estuve tres meses en este lugar y aguanté sin drogarme. Los maestros me hacían visitas.” Como explicó Paco de Pro Niños, “Yo me acuerdo que tenía la fantasía de estar mejor. Nunca supo cómo, tratábamos de ir a reflexión, como poner diferentes escenarios alcanzables y preguntar cuál era mejor, ¿no? Pero él solo quería estar mejor, quería estar bien”. Mario volvió a internarse durante los últimos cuatro meses de mi estancia en calle. En mi última visita estando él en el anexo me contó,

Mi plan de vida es ya no drogarme más, quisiera ir en estos días a La Villa para jurarle a la Virgen de Guadalupe que ya no me drogare más. Me gustaría tener mi propia familia, mi esposa y mis hijos, y mira, aunque no me crean aquí en el barrio, yo tengo una casa allá en Xochimilco a donde me gustaría vivir acompañado para ya no sentirme solo.

A las dos semanas de esta entrevista, el maestro Juan me contó que Mario había regresado a Canal del Norte donde había retomado a la vida callejera como si nunca la dejó.

El arraigo de Mario

Igual a Marcos, Mario ha aprovechado su triste historia para generar lástima social en su beneficio en la calle. También ha logrado una buena relación con los comerciantes de Canal del Norte, y cuenta con la misma red de apoyo en la zona. La dueña de la tienda de abarrotes que está al lado de su punto de pernocta describió a Mario así: “Es bien lindo este niño. Una vez estaba bien pasado su hermano allí en las copias, afuera del Internet. Allí estaba Mario sentado y cargando a su hermano, y tapándolo para que no tuviera frío. Nosotros lo queremos muchísimo.” Podemos decir que Mario ha hecho su vida en esta zona, y está cómodo con el estilo de vida que tiene. Cuenta con el apoyo de los comerciantes, los servicios de EDNICA, acceso amplio a las drogas y varios anexos que lo reciben de vacaciones cuando toca fondo, aproximadamente una vez por semestre.

Otro factor de arraigo para Mario es el callejerismo familiar. Su padre y su hermana fallecieron en calle, y su hermano también se queda en la colonia Morelos. Como la calle ha sido el espacio principal en su contexto familiar durante la última década, este modo de vida es aceptable y “normal” para Mario. Sin embargo, su arraigo es más complejo. Reconoce los problemas de la calle, especialmente cuando se interna en el anexo. Durante la entrevista que tuve con él cuando fue internado, me contó:

Te digo, estando en la calle yo he visto varias muertes de varios de mis amigos de la calle, pues mira, Adrian, Óscar... varios chavos que estuvieron conmigo en la calle, en la actividad, ya se murieron por la misma de la droga, y mi hermana y todos ellos. Y lo que no me gusta luego de la calle es de que luego te niega la familia o algo así, y te echa de menos. Pero estoy bien aquí ¿no? Con mi padrino y con varias personas puedes hablar y llevarla tranquilo.

Además de estos factores de arraigo en las tres primeras categorías del modelo, la permanencia de Mario en la calle tiene que ver, en gran parte, con su salud mental. Como ejemplifican las palabras de Paco anteriormente, todos los educadores entrevistados que han trabajado con él reconocen su incapacidad de realizar un plan de vida. El maestro Juan notó lo mismo, y me dijo: “Ante la posibilidad de realizar algo concreto, él elige la fantasía... Entonces para que Mario dé un paso más allá, tendría que ver con una reestructuración completa de cómo él se conoce la vida y cómo está construyendo la vida para él. Es una reestructuración de su forma de vivir”.

La muerte de María le pegó muy fuerte debido a su cercana relación. Esta pérdida, así como los problemas que tiene con su madre, han contribuido a su incapacidad para separar las fantasías que crea en su mente, de su vida real. Mario habla constantemente del amor y sus novias ficticias, y cómo todas le han roto el corazón. El maestro Juan destacó esta ilusión, relacionándola con la idealización del amor maternal del que carece, así como de su hermana María.

Se enamora con facilidad porque también está idealizando una madre. Es bien sabido que los callejeros tienen esta polivalencia sexual, perros, mujeres, niños, adultos, con esta necesidad de contacto fraterno, amistoso, amoroso. Mario puede ver una persona dos minutos y hacer toda una fantasía tremendísima de amor, donde se enamora, donde él sufre, donde él se victimiza. Y ésta domina las fantasías de Mario, esta sobre-idealización de una pareja y una madre. Las historias que inventa sobre sus relaciones con las mujeres son rarísimas, todas trágicas donde él siempre sale herido, lastimado, vulnerado...

A pesar de su infatuación con el amor, ningún educador entrevistado sabía de un noviazgo real en la historia de Mario. En una ocasión durante mi estancia en trabajo de campo, cuando una chava del Centro Comunitario intentó besarlo, Mario se espantó. Después el maestro Juan me explicó, “Involucrarse en un sentido más físico, menos del pensamiento, haría que reestructurara su imagen de la mujer. Entonces él es incapaz de trascenderlo”. En otras palabras, su ilusión de amor le impide tener relaciones amorosas en su vida real.

Las fantasías que toman el lugar de acciones concretas para Mario, junto con su fuerte consumo de sustancias, le mantienen arraigado al territorio de Canal del Norte, donde cuenta con una fuerte red de apoyo que permite una vida callejera estable para Mario, y donde puede seguir con sus fantasías e ilusiones, negando los dolores de su vida real en la calle.

4.2.6 Sarahí, 25 años, Canal del Norte

Sarahí es de la delegación de Xochimilco en el Distrito Federal. Tiene tres hermanos menores. Cuando Sarahí tenía ocho años, su madre dejó la familia, motivada por el abuso físico y la drogadicción de su esposo. El abandono estimuló la salida próxima de los tres hijos mayores del hogar. Durante mi estancia en trabajo de campo, su hermano Óscar estaba pagando una condena de seis años en el reclusorio por robo y Omar se quedaba con un grupo grande de callejeros por el metro Juárez. Misael, el más chico vivía con la abuela.

A los nueve años, Sarahí fue internada en una casa hogar de Protección Social, pero se escapó y fue a buscar a su mamá y a Omar en la calle. Pasó un año y medio hasta que pudo encontrar a su hermano, ya que se había ido a Acapulco. Empezó a quedarse con un grupo de chavos por el metro General Anaya. Recuerda que “había problemas con los Taxqueña y no me dejaron ir los chavos. A veces fuimos pero me cuidaron. No me dejaron tener novio tampoco. Estaba muy chiquita”.

Cuando Omar regresó de Acapulco, se encontraron en la calle. Sarahí volvió a ver a su mamá cuando tenía 11 años. “Mi hermano Omar la encontró, pero ya tenía otra pareja y nunca volví a vivir con ella. En junio o julio (de 2009) se murió, creo”. Sin contacto con sus padres, los hermanos se cuidaron entre sí en la calle.

Cuando yo estaba chiquita y como ya andaba en la calle, mi hermano Óscar siempre me llevaba mi desayuno. Me compraba nopal de los chiquitos tiernitos y me decía que me los comiera así. Y yo le decía, “No, hermano.” Y me decía, “sí, mira, no saben a nada. Saben como xoconostle”. Y me hacía que me los comiera. Cuando me enfermaba de la gripa cuando estaba chiquita, mi hermano Omar me curaba, con ajos y té de canela con un limón. El ajo me pasaba como si fuera una pastilla. Por eso es que ahora las pastillas casi no me hacen afecto, tardan, porque mi hermano Omar me daba medicina así naturista.

A veces en compañía de sus hermanos y a veces sola, Sarahí empezó a conocer diferentes puntos de calle y cuenta que la gente siempre la cuidaba. Llegó a quedarse con un

grupo grande de niños en las coladeras por el museo Frank Meyer en el centro de la ciudad. Allí la abordaron los de Casa Alianza, pero regresó a las coladeras después de estar una semana en la casa hogar. Poco después, los educadores de Hogares Providencia, se le acercaron, cuando esta institución la dirigía el padre Chinchachoma. Allí le gustó más y estuvo aproximadamente cuatro años.

A los 12 años era representante del hogar. Me encargaba de la casa sábado y domingo. Y gané un viaje a Canadá en agosto... Todavía tengo, ¿Cuál es el librito verde? Es el pasaporte, ¿no? Todavía lo tengo. Con ese librito entré al reclusorio como tres veces. Es que antes no era tanto problema entrar al reclusorio, antes era más fácil.

A pesar del buen proceso que llevaba en Hogares Providencia, Sarahí empezó a consumir activo otra vez, y un día la tía a cargo de su casa la encontró drogada. De acuerdo con las normas de la institución, la metieron un tiempo en “la jaula” (un cuarto oscuro), para que reflexionara sobre sus acciones. Después de dos días en la jaula llegó otra niña que llevaba activo. Al cacharlas drogándose en la jaula, el padre Chinchachoma empezó a pegarse a sí mismo en la espalda con un cinturón. “Yo lloraba y le pedía ‘ya no se pegue, padre’, pero ya después en vez de meternos a la jaula otra vez, nos llevó a Benedetti's a comer”.⁹¹ Poco después Sarahí salió a la calle otra vez, “por el vicio.” Nunca volvió a quedarse en Hogares Providencia, pero dice que fue en varias ocasiones a saludar al padre.

Después de su egreso de Hogares Providencia pasó un mes en Ministerios de Amor, pero en general se fortaleció su arraigo a la calle y comenzó a pasar entre grupos diferentes por toda la ciudad.

Me he quedado en la Morelos, la Raza, la Cande, en Taxqueña, General Anaya, Portales, Ermita, en las coladeras de Potrero, en las coladeras del Franz Mayer, en Zarco, en Solidaridad –en la plaza de Solidaridad antes de que nos pasaron para el Zarco, en el Panteón– en San Fernando, en Juárez, en Bellas Artes, en Anaquino, en el Metro Normal, en Cuitláhuac, en Colegio Militar, en Chapultepec, también.

Como ya mencioné, a los 14 años Sarahí tuvo a su primera hija. El papá de la niña, el Gato, también es callejero, pero los dos se quedaron en la casa del padre de Sarahí cuando nació. Después de un mes, el Gato las abandonó y poco después Sarahí también regresó a calle.

Yo me fui con ella cuando mi hija tenía como dos meses. Ya tiempo después yo me metí a trabajar en una fábrica de antenas y Kío, que en paz descanse, cuidaba a

⁹¹ Véase nota a pie de la página 120.

mi hija –él y otros dos, el Reyna y Panque, y esta Marisol, pero Marisol se la llevaba a su casa, y allí la bañaba Marisol, la cambiaba y le daba de comer–. Y luego su papá se la quedaba una semana y luego yo una semana, pero ya luego no me la quiso entregar. Él se quedaba en la calle y a mi hija la tenía en su casa con su mamá.

Cuando su hija tenía un año, “me anexaron, y los del anexo se la llevaron con mi abuela. Ya va a pasar a sexto [de primaria] yo le puse Noemí Yuritzi Páez Arizpe, pero mi abuela la registró como María Ofelia”.

A los 16 años, Sarahí volvió a embarazarse en la calle, ahora de Pato. “Mi otro hijo, Samuel, está en Monterrey con la familia de su papá. Se lo llevó su abuela, la mamá del Pato. Él es de Nuevo León”. La pérdida de sus hijos la ha llevada a adoptar un rol maternal o paternal en su relación con sus hermanos y otros chavos en calle. Salomón del Programa Niños de la Calle explicó, “Para Sarahí el rol maternal lo juega con sus hermanos y no con sus hijos. Pero yo creo que realmente porque nunca los pudo tener ni nada. Ella me dice que al chiquito se lo llevaron y nunca lo regresaron y no lo registró ni nada”. El maestro Juan reconoce este mismo comportamiento, pero propone que el abandono de su madre ha llevado a Sarahí a tomar,

más el rol de papá que de mamá. Expresa su amor de una manera más fuerte, más dominante. No es como otras mujeres en la calle que buscan la protección, busca hombres que le apoyan pero que andan detrás de ella... Y toma este rol paternal con sus hermanos... es la idea que el hombre es el que procura, el que abastece, y ella se ha jugado así, y más con su hermano que está en cárcel. Ella no procura ir a visitarlo con comida o demostrarle afecto personalmente... da las cosas a Solomón para que se las lleve. Sus expresiones amorosas van más de la mano con esta idea paternal, puede ser como ella lo aprendió de su padre.

El arraigo de Sarahí

De todos los sujetos, Sarahí es la que más condición de arraigo tiene en el área de elección propia. Ella cuenta con el respeto que se ha ganado en el mundo callejero defeno por estancias en varios puntos de pernocta a lo largo de los últimos 15 años. Es una mujer poderosa, que logra utilizar a los chavos sin enamorarse. Como explicó Salomón, “Es muy acosada. Como el martes, ella traía un chavito como de unos 15 años. Y ‘cárgame la mochila’, y esto y el otro, ¿no? Pero no es una chava promiscua, ¿no? Es muy selectiva con sus novios y trata de durar con ellos”. En una ocasión la encontré llorando afuera de EDNICA. Cuando le pregunté qué tenía, me contestó: “Es que me enamoré.” Ella lo veía como una debilidad para su persona como callejera.

Sarahí tiene más movilidad que cualquier otro chavo de los que conocí en mi trabajo de campo, aunque su círculo está en especial en Canal del Norte, la Soledad, Garibaldi, Taxqueña y Portales. Es una callejera profesional y ha trabajado mucho para lograr su posición en la calle, no solamente en la colonia Morelos como Marcos y Mario, sino en varios de los principales puntos del mundo callejero defebrero. Ganar tanto respeto y apoyo en otro estilo de vida es inimaginable para Sarahí. Según el maestro Juan, “Es reconocida en todas partes... en ningún punto deja de ser esta Sarahí impositiva, esta Sarahí reconocida por su violencia que ejerció en su momento, reconocida por sus años en calle y ésta la lleva a un pedestal”. Además tiene una reputación más digna, ya que vende dulces en vez de charolear.

Me gusta vender paletas, a mí casi nunca me ha gustado pedir dinero sin dar nada, porque luego la gente se pone “ay que no, que ponte a trabajar”. Y más sin embargo con las paletas les digo “pues te estoy dando una paleta”. Si les estoy vendiendo una paleta, no les estoy diciendo “regálame”. Y ya me conocen y me dice, “Ay hija, ¿ya comiste? Come”. Luego me dicen, “No puedo comer dulce porque tengo diabetes pero ten una moneda. Cómprate un agua”.

Su éxito como callejera también se debe a las redes y relaciones que tiene en la calle, así como a su facilidad para aprovechar los beneficios que le puedan brindar las instituciones. Sarahí ha participado en varias casas hogar, clínicas, anexos y centros de día de manera utilitaria; ella pasa por las instituciones como pasa por los puntos de pernocta en la calle. Cuando empecé a hacer mi trabajo de campo, Sarahí asistía de lunes a jueves a EDNICA e iba a Patio de PNC los viernes para dejar dinero y regalos para su hermano con Salomón, quien lo visitaba en el reclusorio. De pronto dejó de asistir a EDNICA y consiguió permiso para participar en Patio dos veces por semana. El maestro Juan reflexionó,

Sarahí es una persona que tiene un historial impresionante de instituciones, si alguien sabe cómo manejar el discurso de calle es ella... sabe con quién acercarse para obtener ciertas cosas, si yo vuelvo a ir a esos lugares es para ciertas cosas. Si alguien sabe moverse en instituciones y tiene un colmillo gigantesco y tremendo es Sarahí, y por ende ella sabe utilizar esas cosas, de manera más sofisticada que los demás chicos.

Su larga trayectoria en calle le ha llevado sentirse segura en este mundo, haciéndolo su espacio de referencia principal. De hecho considera que en general el ámbito ha mejorado desde que llegó.

Fíjate. Antes la calle era más pesada. Antes los policías te pegaban... fueras hombre o mujer, chiquito o grande, te pegaban. Antes la calle era más pesada, pero antes la población era más que es ahora actualmente. Y ahora actualmente existen más derechos para nosotros. Y ahora disminuyó la población en la calle.

Para muchas mujeres, la inseguridad en la calle es de los aspectos más negativos de este estilo de vida, pero Sarahí es una excepción a esta norma.

Además creció con dos hermanos en la calle. Así, como vimos con Mario, la presencia de familiares en calle hace la vida callejera más aceptable para ella. Aparte de Oscar y Omar, considera a otra gente de la calle como sus familiares. “En la calle me cuidan. Hay muchos chavos que me cuidan y en mi casa no. En la calle me escuchan y en mi casa no. Son como mis hermanos de calle, pero a mis dos hermanos [de sangre] sí los quiero mucho. La mayoría de los chavos con que me junto son así”.

En adición a su gusto por la vida callejera y las relaciones y redes con que Sarahí cuenta, hay cuestiones de salud mental que también contribuyen a explicar su arraigo a este ámbito. Justifica su estilo de vida con la práctica de mendicidad disfrazada, “vendiendo” paletas, lo que la sitúa en un nivel más alto en comparación con otras callejeras; no es de las chavas que requieren una pareja para protección, o que pide limosa. Así vemos como Sarahí se miente a ella misma sobre su realidad –no estar “tan mal” como otros chavos, se considera estar bien en la calle–. El maestro Juan me contó,

Ella me ha dicho, “ay, ¿por qué pierdes tu tiempo si sabes que no vamos a cambiar?”. Es una frase que tiene muy hecha ella. Es súper hábil. Sabe sobre todos los discursos de las instituciones –las drogas, las enfermedades, los proyectos de vida–. Pero se niega la posibilidad de trascender esta opción de vida, y cada vez que puede lo anuncia, “no estoy dispuesta a cambiar...no es que no pueda”.

Sin embargo, batalla con las adicciones y llega a requerir internación en anexos por lo menos una vez al año. Igual a Mario, estas estancias son más como descansos de la calle que intentos a dejar la droga de manera permanente.

Finalmente, recordemos los traumas que Sarahí ha sufrido con el abandono de su madre, la pérdida de sus hijos y hasta la muerte del padre Chinchachoma, director de la única casa hogar que realmente le agradó durante su infancia. El problema fundamental es que Sarahí no habla de estas experiencias. Como vimos con Bloom (1999), la resiliencia requiere que uno enfrente los traumas que ha vivido si se espera que los supere.

Cuando terminé mi trabajo de campo Sarahí decía que quería rentar un cuarto con sus hermanos cuando Óscar saliera del reclusorio. ¿Es simplemente un discurso para seguir aprovechando las OSC a pesar de su edad o si realmente espera hacer eso en el futuro? Y si realmente lo espera, ¿es una fantasía o un plan factible?

4.2.7 Lento, 22 años, Garibaldío

Lento salió de su casa cuando tenía seis o siete años, por el abuso que sufría de su padre. Primero andaba cerca de su casa en Chimalhuacán, Estado de México con otro niño, pero pronto le recogió una señora y lo invitó a su casa. Lento recuerda que se quedó con la señora durante una semana hasta que lo dejó en Casa Alianza, donde vivió aproximadamente tres años. Como los chavos de Taxqueña, Lento entraba y salía de Casa Alianza. Conoció el mundo callejero del centro de la ciudad con otros niños de la casa hogar. Inicialmente se juntaba en las coladeras de la Alameda y anduvo en las calles por las paradas de metro de Hidalgo, Garibaldi, Morelos y la Guerrero. Tomó el camino de la delincuencia y terminó pasando gran parte de su infancia tras las rejas.

Empecé a robar y me empecé a juntar con malos amigos. Empecé a conocer lo que eran las drogas. Estuve encerrado en el Consejo Tutelar para Menores... robaba celulares, carteras, cadenas... Caí seis veces, cinco veces y la chispé, pero salí y no entendí. Caí en lo mismo, pero ya no me mandaron al Consejo, sino a Cedín⁹² en Tlalpan... Después caí al Correccional San Fernando y allí fue más pesado. Allí me aventé seis meses, y empecé a ver la vida diferente. Cada rato había golpes. Incluso agarraban los cepillos de dientes, les sacaban filo y te picaban con ellos. Allá adentro te tienes que defender. No debes de dejar que te quiten las botas. Luego quieren que les laves la ropa... que seas su monstruo. Y no, no debe de ser así.

En la calle, Lento ganó una posición poderosa con sus habilidades para las peleas. “Recuerdo que mi papá me decía: “Te pego para que no cualquier güey en la calle te dé tus cocos. Ud. tiene que ser la pura verdura”. Al mismo tiempo aumentó su consumo de sustancias tóxicas y pasó por varios anexos entre los centros de detención. A los 15 años intentó escapar de sus problemas y comenzar una nueva vida en Estados Unidos. Llegó a Tijuana con otro chavo callejero que tenía familia allí.

Fuimos en tren y de allí en camiones de aventón nos fuimos como pudimos, lavando tráileres, este, charoleando, pidiendo dinero... Andaba en la calle allá. Me quería ir para Los Ángeles. Andaba juntando basuras, tirando la basura de las farmacias, de las tiendas, cualquier abarrotes... y me dijeron si me quería ir a una casa hogar que estaba allí que tenía albercas, televisión y no sé qué tanto, que había canchas de básquetbol... pero me la aplicaron. No tenía nada. Me dijeron 'sólo por hoy te vas a quedar. Mañana te vas', y así me trajeron... Estaba peor que la cárcel.

⁹² CEDIN fue el Centro de Diagnostico e Internamiento. Hace unos años cambió a Comunidad de Tratamiento para el Adolescente.

Allí me enseñaron valorar varias cosas. De allí me escapé. Me mandaron por un termo de café y ya no regresé. Me fui y me vine para México.

Según Lento, estuvo un año nueve meses en el anexo de Tijuana, pero llegando al D.F. volvió a drogarse. Entraba y salía de varios anexos, entró un par de veces más a Casa Alianza y migraba entre diferentes puntos de calle, hasta que se quedó en el Garibaldío cuando tenía entre los 16 y 18 años de edad. Aquí se fortaleció su reputación callejera y se ganó el respeto y el temor de más chavos. Hoy en día, chavos más jóvenes con menos trayectoria en calle saben que Lento era el líder del baldío. “Yo me aventé como unos cinco años allí en este baldío o más yo creo, estarme drogando... pero antes estaba pesado allí. No cualquiera llegaba a fumar. Lo robaban. Yo allí me tuve que aventar varios tiros. Allá adentro aprendes a meter las manos. Te vuelves un perro de pelea.”

Le pusieron el apodo de “Lento” porque se tarda en contestar cuando le habla, y le contó a la psicóloga, María, de Casa Alianza que escuchaba voces. María lo diagnosticó psicosis transitoria con señales de esquizofrenia. Fue en este entonces que Lento tocó fondo y se anexó de nuevo, ya tomando su condición más en serio.

Cuando salí del baldío me fui a un anexo y me compuse, Fuente de Vida, allí en San Pedro, Xochimilco. Es muy bueno ese anexo, ¿eh? No hay golpes, no hay ni terapia que te lastime verbalmente sino hay unos padrinos que te hablan lo que es. Después de oír tantas cosas, y de vivir varias cosas, como que ya veo la vida mejor... Fui a hacer mi cuarto y quinto paso.⁹³ Pos la neta sí me latieron. Fui a escribir tres días de escrituras⁹⁴ sin dormir. Te quieres dormir y te despiertan de unas mazapanazos (se ríe). Y así te traen con pura terapia dura a la cabeza. Las quemas allí. Tú ves cuando las queman pero tú no las debes de tocar. Él que las quema es otra persona. Sí sirve si tú quieres. Tienes que ir al 100%. Si vas al 90% no funciona.

Lento llevaba aproximadamente un año sin drogarse cuando lo conocí. Llevó a su equipo callejero a ganar el torneo de básquetbol en PNC y allí le cambiaron el apodo a “Talento”. Estaba estudiando la secundaria abierta con mucho compromiso y trabajando medio tiempo en una imprenta cuando terminé mi trabajo de campo. Los demás chavos de calle lo siguen respetando y en varias ocasiones escuché comentarios como “Si Lento puede salir del vicio, yo también puedo”.

A pesar de sus logros de cambiar la delincuencia y la droga por el deporte y el estudio, el mundo callejero seguía siendo su referencia principal. Se quedaba en la Casa de Cuauhtémoc,

⁹³ Se refiere a los pasos del programa de los 12 pasos de Narcóticos Anónimos.

⁹⁴ Las escrituras son cuando uno escribe su historia de vida.

una casa hogar para callejeros que cobra 30 pesos la noche, ofreciendo literas para 30 personas y comida donada por el gobierno. El consumo de sustancias y el grado de violencia en la casa eran bastante altos durante el tiempo que pasé ahí. Cuando salí del D.F., Lento estaba preocupado porque el grupo religioso que había prestado la casa a Cuauhtémoc la quería retomar. Como explicó Salomón, “cobra a los chavos y realmente no tiene condiciones saludables para un albergue para chavos. Es un baldío”.

El arraigo de Lento

Lento es el “menos callejero” de los sujetos. Tiene claro que no quiere ser callejero y busca salir de esta cultura por medio de la educación formal. Cuando terminé mi trabajo de campo, Lento estaba a punto de terminar la secundaria y ya tenía la reputación entre los chavos de ser “el que dejó la droga y salió de calle”. A pesar de estos grandes avances, Lento sigue en el entorno callejero. Vive en un refugio para callejeros, sigue asistiendo al patio de PNC y visitando Pro Niños; sus relaciones y redes sociales siguen siendo básicamente callejeros. Al dejar la droga, su posición en calle no se vio afectada, le siguen profesando el mismo respeto, pero ya no porque sabe pelear, sino porque fue capaz de controlar sus adicciones y el arraigo al baldío. “Él es como una especie de líder. Antes era como el jefe. Muchos lo respetan a Lento”, explicó Salomón.

A parte de su posición importante en el mundo callejero, las únicas otras características de arraigo aparentes en la historia de Lento son cuestiones de salud mental. Su posición actual, con aspiraciones y acciones concretas de cambiar su vida, pero todavía inmersa en el mundo callejero, puede ser vista como una forma de engañarse a sí mismo. “Después de oír tantas cosas, y de vivir varias cosas, como que ya veo la vida mejor. Como que digo '¡No mames! ¿Cómo yo estoy haciendo esto?'. Y yo solo y yo solo. Como si respirara ahora mejor así (inhala profundamente). Ahora me siento bien." También me contó que tenía tres años sin drogarse, pero Socio me dijo que aún se drogaba en ocasiones cuando yo recién llegué para hacer mi trabajo de campo.

El otro factor de salud mental que es probable que esté contribuyendo a su arraigo es la psicosis transitoria junto con las señales de esquizofrenia detectadas por el psicólogo en Casa Alianza. Sin tratamiento, estas enfermedades mentales podrían ser obstáculos en su proceso de desarraigo de la calle. Desde pequeño Lento se formó con golpes en su casa, la calle, anexos y

centros tutelares. Esta formación se nota claramente en su reflexión sobre la vida callejera ahora,

Me doy cuenta que uno agarra de pretexto el que sus padres le pegaron, porque la familia no lo quería, cualquier pretexto... Agarran cualquier pretexto para drogarse o hacer cosas que no deben de hacer... pero tú eres tú, tu papá es tu papá. Ya tienes que cortar este pinche cordón umbilical... si no haces nada por ti, nadie en esta vida lo va a hacer. Siempre vas a seguir como un parásito. Va a pasar la demás gente y te va a pisotear. Es lo que pasa, cuando un chavo se droga, ni puede defenderse. Es como dicen 'antes, antes eras tú; ahora ya estás tierno'.

Lento es un chavo fuerte en todos los sentidos; tengo la esperanza de que siga por este camino guiado por la educación formal, y realmente logre desarraigarse del mundo callejero.

4.2.8 Jocelyn, 21 años, Garibaldío

"Jocelyn" nació como "José", hijo de la señora María, una madre callejera que tuvo diez hijos con cinco hombres diferentes. Rodo de Pro Niños contextualiza la situación familiar de Jocelyn diciendo, "Viene de una familia 100% callejera, 100% del reclusorio. Más de la mitad de los hermanos están en reclusorios". Su madre se quedaba entre hoteles y la calle cuando no estaba en la cárcel, pero ella pasó diez años de la infancia de Jocelyn tras las rejas. Cuando Jocelyn tenía 15 meses de edad, la amante de María llegó a su cuarto de hotel y la encontró en la cama con un hombre. Para vengarse le lanzó agua hervida a Jocelyn, que le causaron quemaduras de tercer grado en la cara y en todo el lado derecho del cuerpo. "La que tuvo la culpa fue mi madrina. Bueno no es mi madrina, se llama Violeta. Y a mi mamá la encerraron. Decían que era ella y no es cierto. Mi mamá nunca me hizo ningún daño. Me cuidó Ángel, una lesbiana que era novia de Andrea, hasta que pude moverme."

Cuenta que a los siete años empezó a escapársele a su madre para irse con otra niña de 11 años a consumir activo a la Plaza Garibaldi. Estuvo aproximadamente un año con su hermano Juan Luis en la casa hogar Infantil Guadalupano, donde los otros niños le pusieron el "chicharrón" de apodo. Los hermanos salieron cuando Jocelyn tenía diez años y empezaron a quedarse con un grupo de niños y jóvenes en Buena Vista donde desarrolló un fuerte arraigo a la zona en gran parte debido a los servicios asistenciales brindados por una parroquia y un centro del gobierno llamado Casa del Niño, cerca de su punto de pernocta. Según los

educadores de Pro Niños, estas instancias evitaron su integración al centro de día, ya que estaban más cerca y no pedían que los niños se comprometieran ni se seguían procesos.

Cuando Jocelyn tenía 12 años, los hermanos se fueron a quedar con su hermana Melania y otro grupo de niños en la colonia Doctores. Se sentaban a charolear fuera de la farmacia que está al lado del metro Niños Héroes y dormían en alguno de los diferentes predios. Aquí los hermanos fueron abordados por la gente de Casa Alianza cuando estaban quedándose en el Titanic. Según Pérez, “Era un terreno baldío abandonado cercado por cuatro paredes y estaba lleno de agua y de hecho había pescaditos. Y construyeron una casa allí”.

De ahí se cambiaron a otra casa abandonada llamada “la casona”, pero hubo un asesinato allí entre chavos de calle y otro joven. El gobierno intervino con el grupo y los hermanos fueron internados en una casa hogar llamada Villa Margarita. Jocelyn y sus hermanos permanecieron poco tiempo allí. Regresaron a la misma zona con otros chavos del grupo y empezaron a quedarse en un edificio sobre la avenida Cuauhtémoc, en el que los dos primeros pisos estaban ocupados por comunidades otomíes, y las otras plantas por este grupo grande de jóvenes. Con respecto a esto, los de Casa Alianza recuerdan un suceso traumático vivido por Jocelyn cuando un chavo “muy intoxicado” arrojó a su cachorro por la ventana del sexto piso.

Jocelyn asistió a Pre-comunidad así como al centro de día de Pro Niños ocasionalmente, pero ninguna de las organizaciones llevó procesos significativos con él. Pérez de Casa Alianza me contó sobre la ocasión en que pudieron intervenir más con Jocelyn:

En este lapso de tiempo muere otro de sus amigos Álvaro Guzmán Pérez. Este niño se enfermó en este edificio por las condiciones de insalubridad que había. Para llegar al tercer piso tenía que empezar a tomar un tanque de oxígeno porque ya la aroma era bastante pesada y las condiciones de insalubridad eran bastante fuertes. Había que saltar un colchón completamente mojado de orines y excremento para poder llegar a la sala donde ellos estaban. El consumo de *crack* y solventes terminó con la salud de este niño que estaba muy aligado a ellos. Entonces lo bajamos los educadores y lo llevamos al hospital y finalmente muere en el hospital de Santa Anita... algunos de los niños decidieron (entrar a Casa Alianza). Y al raíz de éste surgió “no pues ahora sí le voy a echar ganas, yo no quiero morir como él”. Después del velorio, el entierro y toda esta euforia triste de este momento Jocelyn termina por regresar sin concluir ningún proceso real en la institución.

La pérdida de este amigo, lo llevó a tomar una salida de agotamiento emocional, pero como predice el modelo de Lucchini, fue una salida temporal.

Los hermanos deambularon entre la colonia Doctores y la Buena Vista, pero ya como adolescentes empezaron a separarse más, aunque Jocelyn seguía preocupándose mucho por Juan Luis y Melania. Cuando Jocelyn tenía 18 años, vivió otra situación traumática con la muerte de su hermano.

Haz de cuenta que yo salí el (día) 25 del anexo, de la clínica que está aquí en Garibaldi, de la Obrero Mundial. Y en la noche me voy a quedar allí en un carro, allí por Garibaldi, porque quería ver a mi mamá. Y como no la vi, como me ganó el sueño, me quedé en un carro allí por Garibaldi. Llego el 26 a las doce del día y me grita un chavo, David, “¡Córrele! Que tu hermano está tirado; se está muriendo”. Y yo dije, “¿Cómo que mi hermano está muriendo si acaba de salir del Consejo?”⁹⁵ Está bien mi hermano”. Y cuando yo llego mi hermano ya está tapado y muerto. Sentía que el mundo se me venía abajo, ¿no?, ¿Por qué? Porque era mi hermano, el que estaba en las buenas y las malas conmigo, ¿no? Sí te voy a decir que nos peleábamos y todo eso, pero jamás aprendí a valorar las cosas. Lo velamos y lo enterramos. Gracias a Dios, ¿no? Fue con la ayuda de los tíos [de PNC].

Desde muy pequeño estableció una relación afectiva con Salomón de PNC, y la muerte de Juan Luis estimuló un acercamiento con él. Sin embargo, aunque esta pérdida fue más dolorosa para Jocelyn que la muerte de Álvaro, no lo llevó a salir de la calle. Según Salomón,

Cuando falleció su hermano me dijo, “¿sabes qué? Cuando me dieron las noticias quería sentarme en una estaca”. Y le dije, “pero eso es violarte”. “Sí, sí, sí, quería sentir dolor”. Y después de su muerte fue cuando volvió a ser totalmente homosexual, hace como dos años. Se destapó totalmente.

Dice Jocelyn que “floreció” a los 15 años, pero hasta la muerte de su hermano empezó a vestirse como mujer. Cuando yo llegué a mi trabajo de campo, Jocelyn tenía un año quedándose en el Garibaldío, pero todavía pasaba temporadas en Buena Vista. Tuvo relaciones con otros homosexuales que se quedaban en ambos puntos, y salía con otro travesti del baldío a talonear.⁹⁶ Cuando hablaba de prostituirse presumía, “soy de 150 (pesos) para arriba.”

Nunca fue encarcelado por robo, pero se contaban varias historias de cómo robaba a la gente que intentaba ayudarlo. Salomón explicó,

Jocelyn roba, pero no roba con violencia, roba a la gente que conoce. Si tú les das dinero para ir por unos refrescos, ya no regresa. Por ejemplo, va a Buena Vista y agarra confianza con los vendedores y lo mandan a traer mercancía, y se va con el dinero y ya no regresa. O cuando le tienen confianza y lo meten a una casa, se saca la grabadora o algo, y es por eso que se cambia tanto de lugar. Hasta ahorita, nunca ha caído preso.

⁹⁵ “Consejo”- Consejo Tutelar de Menores.

⁹⁶ “Talonear”- prostituirse, pedir dinero.

El arraigo de Jocelyn

Con respeto a su arraigo a la calle, Jocelyn es otro chavo que puede ser identificado como callejero profesional. Se aprovecha la buena voluntad de las personas. Las quemaduras en su cara y la mitad del cuerpo le ayudan a generar lástima y conseguir limosna, a pesar de ser mayor de edad. Ya cuenta con una amplia red de apoyo en Garibaldi y Buena Vista, así como con facilidad de moverse en el mundo callejero de sexo recompensado, dándole la oportunidad de frecuentar los hoteles de estas zonas.

La gran cantidad de familiares callejeros de Jocelyn contribuye a establecer relaciones en este ámbito, pues el ser hermano, hijo, primo y tío de otros callejeros en el D.F., le ayuda a ampliar su red de apoyo. Este contexto familiar realmente restringe las oportunidades de Jocelyn de dejar de la calle, ya que es el único mundo de vida que conoce. Rodolfo de Pro Niños considera que, “la calle es la referencia principal de toda la familia”. Con excepción de sus cortas temporadas en algunas casas hogar, Jocelyn no conoce más que la vida callejera.

Además de tener la calle como referencia principal y del grado de profesionalización que ha logrado como callejero, vemos varios factores en su historia que entran en la categoría de salud mental. Jocelyn se engaña a sí mismo con sus ilusiones. “En su fantasía, siempre ha buscado mostrar que él tiene otro nivel y que es mejor que otros callejeros; hasta que se compara con Shakira y gente famosa. Siempre está fantaseando así”, me contó el tío Samuel de PNC. En sus pláticas conmigo, Jocelyn fantaseaba con que era novio del hijo del dueño de McDonald’s y que había estudiado la preparatoria, por ejemplo. Rodolfo de Pro Niños también destacó este comportamiento en Jocelyn, explicando,

Para él, salir a una vida mejor puede ser en la misma calle: ‘Estoy en el hotel, no importa si paso todo el día drogándome en la calle, estoy en el hotel, cabrón’. Pero yo le digo a Jocelyn, ‘hijo, no te auto-engañes. Eso es auto-engañarse y nada más tú lo estás creyendo, yo no.’

Su historia de vida está plagada de traumas, desde haber sido quemado cuando era bebé, hasta el haber sufrido las muertes de su amigo Álvaro y de su hermano Juan Luis, y todo el estrés que viene con el cambio de género durante la juventud. Nunca ha recibido atención psicológica para enfrentar estos traumas. Aunque es más abierto que Sarahí, no aprovecha los programas de apoyo psicológico en las instituciones. “Aquí, cuando entra al círculo de confianza, se duerme, y realmente nada más le interesa el apoyo asistencial. No es como otro chavo que quiere estudiar o lograr algo, nunca ha tratado de avanzar en esto”, explicó el tío

Samuel de PNC. Todo eso, que contribuye a formar las fuertes ilusiones que se traslucen en el discurso de Jocelyn, junto con las adicciones a varias sustancias, deja poca esperanza de que conozca la vida fuera de la calle. En palabras de Rodolfo de Pro Niños, “su único marco de referencia es la calle, no hay otra cosa para él, porque nunca tuvo una casa, nunca tuvo un hogar.”

4.2.9 Caballo, 20 años, Garibaldío

Caballo es de Ecatepec, Estado de México. Su padre se fue a trabajar a Estados Unidos cuando su esposa estaba embarazada de Caballo. Cuando Caballo tenía nueve meses, su madre y su hermano fueron a reunirse con el padre, dejándolo al cuidado de su abuela materna. Pasaron dos años para que ellos regresaran a México, e inicialmente Caballo se resistía a aceptar a su madre. Además, sus padres tomaban mucho en ese entonces y le pegaban, según él, incluso más que a su hermano mayor o al que nació después.

Al entrar a la escuela, Caballo presentó problemas de conducta y recibió atención psicológica y psiquiátrica en programas gratuitas del gobierno. La situación del hogar mejoró cuando los padres entraron a un grupo cristiano y dejaron de beber alcohol. Sin embargo, Caballo siempre se resistió a la imposición de esta religión, afirmando que era católico. Caballo vendía chocolates en la plaza Coacalco y empezó a pasar la noche en un cerro con otros chavos que conoció en la calle cuando tenía ocho años. A los diez años conoció a los educadores de calle de Casa Alianza en la plaza Coacalco, pero entró a la casa hogar hasta los 15 años. Estuvo allí cuatro meses. Retomó sus estudios y fue reintegrado a su familia.

Se quedó seis meses ahí pero finalmente regresó a la avenida Reforma con los amigos que conoció en Casa Alianza. Ahí aumentó su consumo de activo y empezó a consumir *crack*. Pronto fue abordado por Pro Niños, donde tomó su opción de vida de entrar a Paidea, una clínica de rehabilitación. Cumplió el proceso de tres meses y fue reintegrado a su familia otra vez. Sin embargo, el terapeuta reportó daño neurológico y notó que le costaba trabajo reflexionar sobre su situación y que tenía un temperamento muy fuerte, factores que lo llevaron a abandonar a su familia de nueva cuenta.

Después de su proceso en Paidea y la reintegración a la casa familiar, volvió a entrar a Casa Alianza donde permaneció dos meses. Al salir de ahí empezó a quedarse en el Garibaldío

y su consumo del activo así como de *crack* seguía aumentando. Sin embargo, Caballo no reconoce su adicción como tal, pues piensa que se droga “porque me gusta”.

A los 18 años entró al módulo de PNC y comenzó a estudiar la secundaria. “Era otra personita allá. Exigía su Axe (desodorante) y su champú, tenía su cama y empezaba a tener un sentido de pertenencia...”, recordó el tío Tomás, quien trabajó con él en módulo. Pero después de cuatro meses tuvo un ataque de ira contra un educador. La tía Tomasa recordó que gritó, “¡Van a ver! Voy a mi casa y voy a seguir estudiando. Les voy a demostrar.” Sin embargo, al mes Caballo ya estaba nuevamente en el Garibaldío.

Cuando yo llegué, empezaba su relación sentimental con Flaca, quien apenas iniciaba su proceso de callejerización. El perfil de estos novios es parecido, en cuanto a que sus familias son de clase media y quisieran que sus hijos estuvieran en casa. Durante mi tiempo con ellos, se fueron en dos ocasiones a vivir con la familia de Flaca, pero no permanecieron ni un y volvieron al baldío.

La familia de Caballo reconoce los problemas de violencia y alcoholismo que sufrió siendo niño. Los padres han dejado esos comportamientos por su nueva fe y siempre han participado activamente con las instituciones donde su hijo ha estado, dispuestos a apoyarlo en su readaptación social. Como se explica en su expediente de Pro Niños, “dejaron de beber y las relaciones de pareja mejoraron así como la relación con sus hijos, desde entonces han tratado de ayudar a Caballo siempre y cuando él lo solicite, ya que también han comprendido que no pueden cambiar a su hijo si él no lo desea”.

Es un muchacho muy inteligente y es bueno para el dibujo. Ha ganado torneos de ajedrez en PNC y tuvo buen rendimiento académico en la escuela. También es muy trabajador. Todos los educadores entrevistados sobre su caso se quedaron con una imagen de él trabajando mucho y ninguno lo relacionó con la delincuencia. Tiene ganas de salir adelante, pero su temperamento, mezclado con su adicción, lo impiden. Admira mucho a su familia y quiere que estén orgullosos de él. “Mi hermano anda con los anti-narcotraficantes. Él anda armado y lo mandan a capturar a los narcotraficantes. Me dijo que si terminaba la secundaria me iba a meter allí con él... estaba en mi casa pero la regué. Podría estar en mi casa o ya sería un militar como mi hermano.” La última vez que lo vi, seguía con un alto consumo de sustancias, limpiando parabrisas por avenida Reforma y quedándose en el Garibaldío, todavía

con sueños de ser militar como su hermano, pero ya sin esperanzas. “No, pos la regué. ¿Ya qué? Ni modo, ¿verdad?”.

El arraigo de Caballo

Caballo es muy trabajador y le gusta la droga, pero, a mi parecer, no está en la calle por elección propia. Tiene amigos callejeros, pero no tiene el mismo arraigo al grupo que otros sujetos. La callejerización de su novia es parte de este problema, pero tampoco ella está en la calle por elección propia. Durante mi tiempo en trabajo de campo, se fueron a vivir con los papás de Flaca dos veces, cada vez durante cerca de 15 días. Regresaron a la calle en ambas ocasiones para consumir activo. La pareja se apoya mutuamente para salir y regresar al Garibaldío y al mundo callejero, tomando la decisión juntos. El acompañamiento mutuo hace que el golpe a la conciencia sea menos fuerte.

Siguiendo el modelo de arraigo que planteo, los demás factores del caso de Caballo se encuentran dentro de la categoría de salud mental. Vimos que le detectaron daño neurológico cuando estaba internado en Paidea y que recibió atención psiquiátrica en dos ocasiones siendo niño. Su llegada a la calle también pudiera relacionarse con la ausencia de sus padres durante la primera infancia de Caballo. Como vimos con Bloom (1999), la falta de un apego afectivo durante este periodo de la infancia puede dificultar el sano desarrollo de otras relaciones para el chavo.

Finalmente, el alto grado de consumo de Caballo es un factor que lo arraiga a la calle. A pesar de tantos programas de rehabilitación en la trayectoria de Caballo, sigue sin reconocer su adicción. "Yo [me drogo], porque me gusta. No porque me pegan ni porque me... no pos no... porque me gusta. Yo no lo hago para olvidar mi realidad, no porque soy adicto. Llevo diez años en la droga porque me gusta." Él requiere atender estos factores de salud mental si realmente espera seguir los pasos de su hermano y lograr una vida productiva fuera de la calle.

4.2.10 Socio, 19 años, Garibaldío

El papá de Socio, Michel, se fue a trabajar un tiempo a Estados Unidos. De regreso conoció a Yahira en Tijuana. Se enamoró de ella y la trajo a vivir con su familia en Coacalco, Estado de México. A partir de ese momento comenzaron muchos problemas, pues la familia del señor no aceptó a su mujer, ya que estaba embarazada. La relación de la pareja fue inestable, hubo

alcoholismo y pleitos. Sin embargo, tuvieron dos hijos, Socio y una niña. Con frecuencia dejaban Coacalco por los problemas entre Yahira y su suegra. De regreso a la ciudad, en una de estas ocasiones, se estaban quedando en un hotel en la colonia Guerrero. Según cuenta la familia, Yahira salió a buscar unos tacos de barbacoa y nunca regresó. Michel llegó solo a Coacalco con sus hijos. A partir de este lamentable evento, el señor Michel empezó a alcoholizarse en exceso, al grado de perder el juicio. Durante este periodo, Socio convivió mucho con su padre, y vivían prácticamente en situación de calle; viajaban y Socio acompañaba a su padre a donde quiera que fuera. La familia mencionó que continuamente había sido necesario sacar a Michel de la cárcel, debido a que robaba y mendigaba por la calle totalmente alcoholizado, siempre en compañía de Socio. Mientras tanto, a su hermana menor ya la habían dado en adopción a una pareja de doctores, sin pedir datos de contacto a la familia adoptiva. Se sabe que la abuela de Socio ofreció a ambos niños, pero esta pareja sólo quiso quedarse con la niña, debido a que era güerita y Socio era más bien moreno.

Socio recuerda haber pasado aproximadamente dos años en Veracruz con su padre. Se quedaban en un baldío y Socio se movía solo; pedía limosna en las calles mientras su papá pasaba la mayor parte del día tomando alcohol del 96. Luego ayudó en un taller a cuidar a un niño más chiquito. “[Los del taller] me pagaban con comida y me la llevaba para compartirla con mi papá. [Mi papá] siempre me cuidaba mucho. Yo era su consentido. Nunca me pegaba”.

Un día la familia de Coacalco recibió una llamada del departamento de policía en Veracruz. Habían detenido al señor Michel y a su hijo, y reportaban que el papá estaba en fase terminal por cirrosis hepática. La familia mandó al niño con una tía abuela en San Martín Texmelucan, Puebla. El papá estuvo ocho meses viviendo entre el departamento de su hermana Paty y el de su mamá, antes de morir. Socio nunca tuvo la oportunidad de despedirse de él; tenía ocho años cuando falleció.

Socio no se adaptó al hogar de su tía abuela en Puebla, y lo mandaron de regreso a Coacalco poco después de la muerte de su padre. Allí se quedó al cuidado de sus tíos Paty y Hugo. Ambos tíos trabajaban en un *table dance* en este tiempo, y Socio y sus primos se quedaban con la supervisión de su prima mayor. Un día la familia se enteró de que Socio les había pedido a su prima Sofi y a una vecinita que se bajarán los calzones. Aunado a esta situación, su abuela lo rechazaba constantemente, lo golpeaba y lo maltrataba, por lo que sus tíos decidieron buscar otro hogar para el niño, mismo que encontraron con la familia Guzmán. Por todo esto, Socio tenía mucho resentimiento hacia sus tíos, pues piensa que prácticamente

lo regalaron. “Como no podía estar ahí cuidándolo, tuve que buscar otra opción y una amiga que vive en la Raza me dijo, ‘Mándamelo, yo tengo casi puros varones, así que no va a ver problemas’”, me explicó su tía Paty.

“Los Guzmán eran muy buenos conmigo, pero nunca me querían tanto como a sus propios hijos”, recordó Socio. Tampoco se adaptó al hogar y unos días después de cumplir los 14 años, la familia lo llevó a Casa Alianza donde rápidamente se integró a un grupo de niños callejeros. “Salimos como cinco veces. Nos quedamos allá por la Procu, en el Caballito, en el Zarco... pero siempre nos dejaron entrar (a Casa Alianza) de nuevo.” Así empezó su proceso de recallejerización y el arraigo al mundo callejero de la zona centro del D.F.

Aproximadamente un año después de que fue dejado en Casa Alianza, se le “reintegró” con la familia Guzmán. Los educadores arreglaron las cosas para que estudiara la primaria aunque nunca fue registrado y carecía de acta de nacimiento. El señor Guzmán estaba trabajando en Estados Unidos en este tiempo y mandó una maquina de DVD a la familia. “Estaba bien chida. Todavía no había de éstas en México.” Socio la llevó a la escuela a presumirla y se perdió. Le dio mucho miedo regresar a la casa. Así que se fue al centro y retomó su vida callejera. Desde entonces no ha visto a su familia adoptiva.

Después de romper el vínculo con su familia adoptiva, fue atendido por varias instituciones, incluyendo Casa Alianza y Pro Niños. “Es súper amoroso, compartido... deja que se desborde...”, explicó Esme de Pro Niños. A los 15 años conoció a Kika de 13 años en el punto de pernocta afuera de la Procuraduría por la avenida Reforma y se hicieron novios. En 2005 empezaron a tener problemas en este punto de pernocta. “Nos quitaron las cosas... ya no nos querían allí. Un bato que ya está encerrado me enseñó el baldío. Iba a ser más seguro para Kika [en el baldío] porque no entraba tanta gente.” Desde entonces, Socio se quedaba en el Garibaldío, y asistía regularmente al patio de PNC y se mantenía con facilidad en esta zona, hasta que cayó preso.

Aparte de Kika, pasó mucho tiempo con su mejor amigo, el Chupón, quien dejó la calle a los 17 años con el apoyo de Pro Niños y estaba estudiando la preparatoria durante mi estancia ahí. Paco de Pro Niños me explicó que esperaban que la salida de Chupón facilitara el que Socio dejara la calle también:

Algo que sí le pegó mucho es cuando Chupón decide desafanarse del grupo. Se me hace que sí le da una buena dosis de realidad a Socio. Yo no sé cuánto, de qué

manera lo habrá sufrido o vivido o llorado, pero creo que es uno de los tal vez muchos momentos que ha tenido en la vida que sí lo han marcado. Tú los veías y decías, “estos güeyes sí son carnales”. Los veías y decías, “de verdad estos chavos sí se quieren un montón”. Y cuando Chupón se va, digo, “Qué chido porque seguro que Socio le sigue los pasos, ¿no?”.

Durante su infancia tuvo dos problemas legales. El primero surgió cuando se estaba quedando en Coruña (una casa hogar del IASIS). “¿Ya ves que los viejitos se quedan por la entrada y siempre están allí afuera sentados en sus sillas? Pues dejaron una silla de ruedas afuera. Un compa se subió y nos la llevamos. Le dijimos al poli que íbamos a la tienda y [el poli] pensó que mi compa estaba discapacitado. Ya conocíamos a un señor que realmente era discapacitado por ahí. Pasamos con él y le vendimos la silla en 50 baros”.

El segundo problema fue por el robo de un tanque de gas. Un chavo que se quedaba con Socio en el baldío consiguió una estufa y algo de carne. “Nada más faltaba el gas para hacer una súper cena... Se puede brincar del baldío a las casas de atrás y allá vimos un tanque. Entonces nos brincamos para subirlo, nada más que esta casa era de un judicial y nos pelamos...”. En ambas ocasiones pasó menos de un mes en el Consejo Tutelar.

En febrero de 2010, Socio fue detenido en la zona de Garibaldi por el robo de un *discman*. Por ser su primer delito como adulto, después de tres meses en el Reclusorio Norte, le rebajaron la sentencia a dos años, ocho meses y salió libre con la condición de pagar su sentencia con jornadas de trabajo. Cuando llegó al baldío no encontró a Kika. Se rumoró que ella se había ido con un chavo de Tepito y estaba prostituyéndose en la Av. Reforma. Nadie del baldío la había visto en más de dos meses. También se rumoró que la habían picado en Tepito y estaba muerta. Socio tocó fondo.⁹⁷

“Estuvimos juntos cinco años. Desde [que falleció] mi papá, es la única persona con quien realmente he podido contar en mi vida.” Socio estuvo casi tres semanas fumando *crack* en el Garibaldío hasta que lo encontraron los educadores de PNC y empezaron a trabajar con él de nuevo. En ese momento mi relación con Socio empezó a cambiar y pasé de ser investigadora a educadora, y me esforcé en pedir informes sobre Kika. Pasamos su foto y datos a Casa Alianza, al Caracol y a la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, pero ninguna institución encontró información sobre el caso.

⁹⁷ Kika apareció dos semanas después de que Socio se fue a Guadalajara. Estaba en una casa de seguridad para niñas prostitutas, pero salió cuando cumplió los 18 años. Estuvo en la calle tres semanas antes de ser encerrada en la cárcel de Santa Martha por robo agravado de una señora embarazada, quien abortó como consecuencia del asalto.

Socio ya había faltado las primeras jornadas de trabajo para la libertad condicional de su sentencia por el robo del discman. “Como ya falté dos, si voy ahora me van a encerrar otra vez.” Entre el equipo de educadores de PNC, la psicóloga y yo, empezamos a trabajar un plan de vida con Socio. Él sabía que caería de nuevo en el reclusorio si seguía en el Garibaldío. Dejó de consumir *crack* y asistía con regularidad y participaba bien en las actividades del Patio. Retomamos contacto con sus tíos en Coacalco por primera vez en cinco años, y empezamos los trámites para registrarlo. Todos coincidimos en que no iba superar su arraigo a la calle si seguía en el D.F.

Se armó un plan en Guadalajara, donde viviría en el albergue de Ombudsman, A.C. con una beca laboral por medio de CODENI. El plan era que yo lo llevara personalmente para acompañarlo en su integración. Tres semanas antes de nuestra fecha de salida, Socio fue detenido de nuevo por no haber cumplido con sus jornadas de trabajo. Negocié su salida con la juez y se me encomendó su custodia, justo a tiempo para irnos a Guadalajara.⁹⁸

Comenzó bien, trabajando en una imprenta y cumpliendo con sus jornadas de trabajo en pos-penitenciaria. Se le registró, con el apoyo del DIF Tlaquepaque, para sacar su acta de nacimiento y se hicieron los trámites necesarios para que pudiera estudiar en el IEEA y obtener su certificado de la primaria. Sin embargo, a los dos meses empezaron sus recaídas a la calle y después de un largo año de discontinuidades en las interfaces, volvió a ser un callejero profesional. Ahora se mete por las cortinas de los negocios para robar en las noches y se queda en una casa abandonada en el centro de Guadalajara.

Como fue agarrado por la policía, Socio no tuvo ni la oportunidad de despedirse de sus amigos, y según el modelo de Lucchini (2001), su salida podría ser clasificada como de expulsión, lo que aumenta la probabilidad de su regreso a la calle. Por otro lado, su salida podría corresponder a la segunda modalidad de la categoría de salida activa del mismo modelo. Un evento necesario (el riesgo de ser encarcelado durante varios años) sirvió para que Socio se cuestionara su línea biográfica. Contaba con una nueva alternativa diferente a la de la calle y una nueva imagen personal como trabajador en la imprenta y estudiante, pero al parecer el cambio que aconteció en su línea biográfica no fue suficientemente radical para superar la identidad callejera.

⁹⁸ Cuento más de esta historia en el Anexo 1.

El arraigo de Socio

Socio tiene características de arraigo dentro de las cuatro categorías del modelo que planteo. A lo largo de su trayectoria en la calle ha logrado una posición importante y adquirido las habilidades de un callejero profesional. Frecuentaba cuatro comedores, un centro de día y tenía varias otras fuentes para conseguir comida gratis. Limpiaba parabrisas, robaba, faquireaba en el metro y vendía activo en la Plaza Garibaldi antes de su extracción del D.F. Además, Socio valora las relaciones con los educadores de calle, y reconoce que lo pueden ayudar cuando lo necesita. Paco de Pro Niños me contó,

Después de un tiempo que yo no había ido al baldío, llego con una voluntaria alemana y había mucha banda que no conocía. El único era Socio y Kika. Varios de ellos eran mucho más grandes que Socio y empezaron a molestar a la voluntaria, empezaron a fastidiarme a mí, pidiendo dinero y todo y Socio, a pesar que estaba súper drogado, mucho más que ellos, fue así de, “aguanten güeyes, él es Pepe y lo conozco desde hace mucho tiempo y no se pasen...”, y acá. Y se me hizo muy chido porque es como confirmar esta imagen que tenía del chavo, súper noble, y bien fiel a lo que conoce y aprecia.

Durante mi estancia para mi trabajo de campo era de los más respetados en el baldío. Aunque no defiende su posición con fuerza física como Lento, por antigüedad y experiencia contaba con el respeto de todos los habitantes del predio.

Aparte de su éxito como callejero que lo llevó a quedarse en el Garibaldío por elección propia, su arraigo tiene que ver con las relaciones y redes que ha construido. El dominio del territorio de Garibaldi, así como de Tepito y el centro, le ayuda a mantener el respeto de los demás callejeros y otros habitantes de la zona. En las palabras de Paco de Pro Niños: “Siempre ha sido su referente principal Garibaldi y se ha movido en las zonas cercanas –Reforma, el Caballito– y a desplazarse a Tepito por activo o piedra”. Socio confirmó su arraigo a este territorio cuando le pregunté por qué no se fue con unos amigos a Acapulco, “Nel. No me gusta salir de México, neta. A mí no me late salir de mi territorio. Aparte la droga está bien cara allá”.

Además, Socio siempre tenía alguna novia callejera que se quedaba con él en el baldío. Sin relaciones familiares fuera de la calle, esta pareja y otros amigos le brindaron las únicas relaciones afectivas en su vida.

Los primeros años que Socio pasó en la calle y la actual idealización que se ha hecho de la relación con su papá también contribuyen a su arraigo. Se siente rechazado por su familia, y

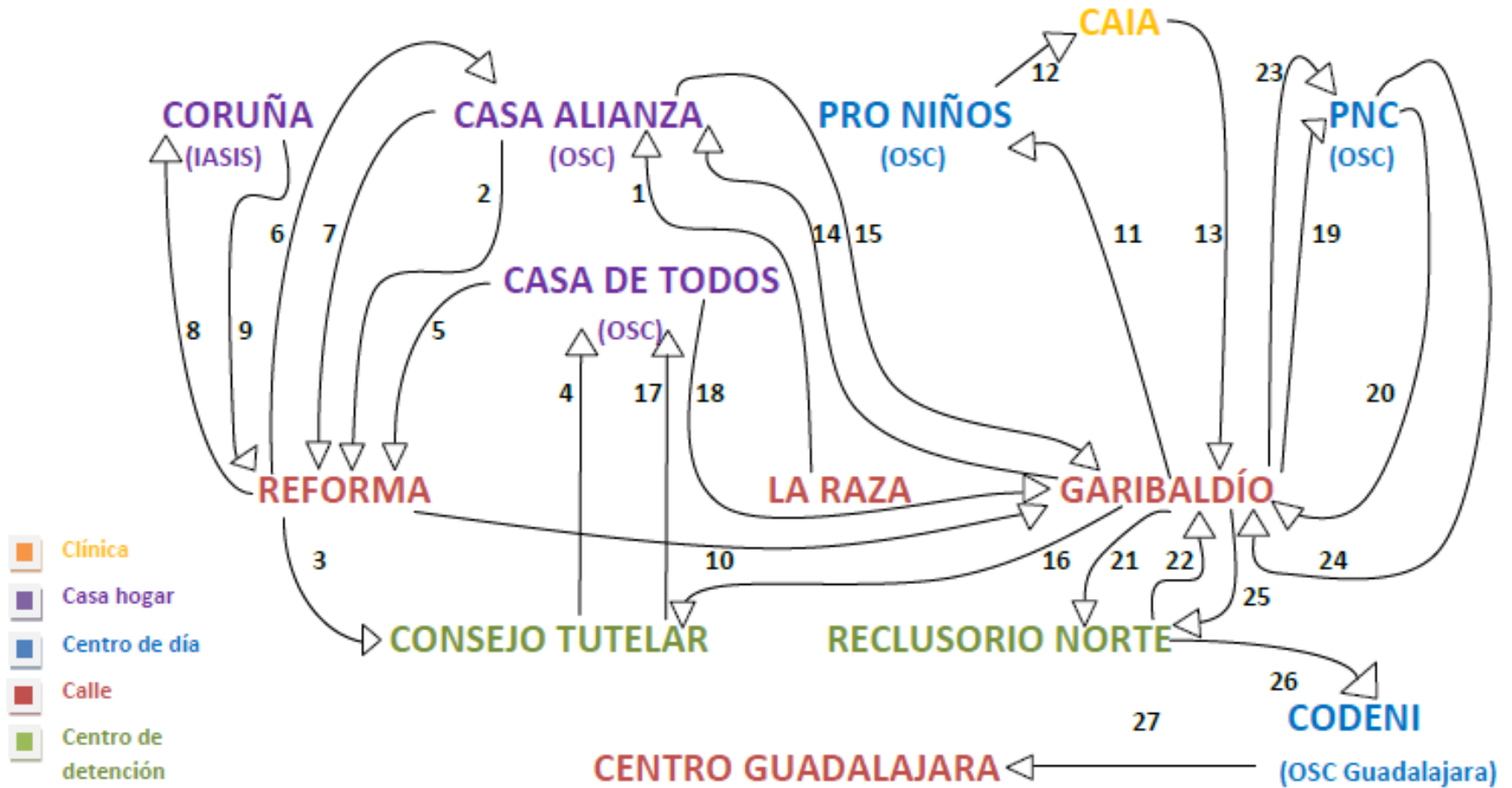
lo expresa cuando dice que sus tíos y sus padres “adoptivos” nunca lo quisieron tanto como a sus propios hijos. Por eso, justifica su decisión de seguir los pasos callejeros de su padre.

Finalmente hay que mencionar los traumas que le han dejado esta vida y sus adicciones al *crack* y al activo como cuestiones de salud mental que contribuyen a su arraigo. El abandono por su madre cuando tenía dos años, la temporada de su infancia que pasó en la calle con su padre y el fallecimiento de éste cuando Socio tenía ocho años, el rechazo que siente por parte de sus tíos y su familia adoptiva, el sentimiento de abandono que sufrió de nuevo cuando Chupón fue reintegrado a su familia y con la aparente muerte de Kika, han dejado cicatrices psicológicas en Socio. La recurrencia de estos golpes en su vida le ha llevado a decir que quiere morir a los 25 años y vivir sin sueños de un posible futuro lejos de la calle. Según el modelo que planteo, hay poca probabilidad de que Socio deje la calle, pero aún tengo esperanzas. Cuando lo vi en enero de 2012 le dije, “te espero cuando estés listo para dejar la droga”, y siempre que me visita, lo primero que le pregunto es si ya ha tocado fondo. Espero que algún día de éstos la respuesta sea afirmativa.

* * *

La trayectoria de cada callejero presentado pasa por estancias en muchos espacios fuera de la vía pública. En varios casos han pasado más tiempo detenidos o en otras instancias que en la calle. El constante movimiento de la vida callejera se puede notar en la imagen 4.2 que refleja el circuito de desplazamiento de Socio, destacando las casas hogar, los centros de día, centros de detención, zonas de calle y clínicas por los que ha pasado desde su salida del hogar de su familia adoptiva a los 14 años.

Imagen 4.4: Circuito de Desplazamiento de Socio



A pesar de pasar tanto tiempo en puntos fuera de la calle, los diez sujetos siguen enganchados en el mundo callejero. Los factores de arraigo presentados con las diez historias de vida arriba se resumen en El cuadro 4.1.

Cuadro 4.1 Arraigos a la calle

	Elección propia			Relaciones y redes			Calle como referencia principal			Salud mental			
	Posición importante en la calle	“Éxito” como callejero profesional	Gusto por la aventura y la libertad	Pareja callejera	Territorio	Grupo como familia	Familia en la calle	Rechazo de la familia	Gente normal vs. callejeros	Ilusiones	Trastornos mentales	Pérdidas	Adicciones
Toño	X					X	X		X			X	X
Aarón				X		X		X	X	X			X
Mupet			X			X			X		X	X	X
Marcos		X			X		X			X		X	X
Mario		X			X		X			X		X	X
Sarahí	X	X	X			X	X			X		X	X
Lento	X									X	X		
Jocelyn		X			X		X			X		X	X
Caballo				X				X			X		X
Socio	X	X		X	X	X	X	X	X			X	X

Hay que aclarar que el número de factores destacados por un sujeto en este análisis no representa la fuerza del arraigo; el grado del síntoma registrado varía entre los sujetos. Tampoco se pretende que sea un análisis completo de su arraigo, ya que se limita a ejemplos que salieron en el corto periodo de trabajo de campo de este proyecto de investigación. Seguramente hay más chavos que están en la calle por la aventura y la libertad de los que incluyo aquí, simplemente no tengo evidencia de este factor de arraigo en los testimonios que recabé. A pesar de sus límites, este análisis nos permite entender la complejidad del trabajo de las OSC que pretenden desarraigar a los chavos de la calle y reintegrarles a sus familias u otros espacios de la sociedad. Los imaginarios del mundo callejero, así como los factores de arraigo destacados aquí, reafirman su identidad como callejeros y contribuyen a las interfaces entre su mundo de vida y las OSC, las cuales son el enfoque del siguiente capítulo.

CONCLUSIONES

Como resultado de una investigación antropológica reflexiva, en la que he desempeñado roles que van desde el de investigadora, educadora, aprendiz, activista, hasta figura materna, he asumido nuevas posturas con base en la investigación presentada aquí. En los últimos tres capítulos empíricos hemos visto la presencia de las interfaces en el mundo callejero. Los chavos, educadores, OSC y otros actores en el campo tienen perspectivas distintas sobre la calle en sí y las necesidades de apoyo para las poblaciones callejeras. Dedicaré este último capítulo al análisis de las interfaces en el mundo callejero y las aportaciones de este proyecto.

C.1 Las interfaces en el mundo callejero

La complejidad del mundo callejero se refleja en las notables diferencias en cómo los chavos, los educadores y las OSC, así como las fundaciones de segundo piso⁹⁹ y las instancias de gobierno lo describen. Cada quien tiene su perspectiva y muchos manejan varios discursos sobre la calle con motivos diferentes. Los diversos actores consideran diferentes características de la calle como positivas y negativas, y sus percepciones del “interés superior del callejero” y la “vida digna” son diversas, también. Estas diferencias en valores normativos e intereses sociales crean interfaces entre los agentes en el mundo callejero. Es fundamental estar consciente de todas las perspectivas para reducir las discontinuidades en las interfaces que existen entre las tres figuras principales de este proyecto de investigación (chavo, educador y OSC).

En mi trabajo de campo encontré, al igual que Ruth Pérez, que era común que los chavos y las OSC tuvieran una relación de confrontación, “que obedece a una oposición entre sus respectivos intereses y representaciones” (2009: 85). La perspectiva más común de las OSC es que los callejeros viven en un espacio inadecuado, enfrentando peligros y violaciones a sus derechos constantemente; están allí por necesidad o por circunstancias fuera de su control, que los llevan a arraigarse a la calle sin saber que existe algo mejor o sin otras opciones. El trabajo de estas organizaciones es instrumentar proyectos para atender esta problemática social y ayudar a los chavos a tener una vida digna fuera de la calle. Los proyectos usualmente están

⁹⁹ Fundaciones que financian proyectos de las OSC.

diseñados por “expertos” y son puestos en marcha por educadores y voluntarios de la institución.

Siguiendo con generalizaciones, desde la perspectiva de los chavos, la calle es un mundo de vida donde pueden lograr posiciones de poder, a pesar de la multitud de carencias en sus vidas (educativas, económicas, familiares). Para ellos, la cultura callejera ofrece varios beneficios, como comida gratis, el libre consumo de drogas y oportunidades de ganar dinero sin compromisos formales. Las responsabilidades de la vida callejera son limitadas; por lo general pueden vivir cotidianamente cómo ellos quieren. Cuentan con redes de apoyo para cubrir sus necesidades e intereses inmediatos con relativa facilidad; si no padecen alguna enfermedad u otra circunstancia extraordinaria, generalmente viven de manera cómoda en la calle.

Muchos educadores reconocen la incompatibilidad entre las propuestas de las OSC y los intereses de los chavos. Ellos intentan adaptar su trabajo a las innegables interfaces entre estos grupos, formando una tercera entidad de agentes para este análisis; valoran su experiencia en la calle y sus relaciones afectivas con los chavos, frecuentemente argumentando que la gente que diseña los modelos no conoce la realidad de la calle, y que, en vez de ayudar, complican el trabajo, planteando metas inalcanzables y limitando su labor con la exigencia de actividades ineficaces. Es común que los educadores salgan de este campo de trabajo decidiendo que están enfrentando un reto imposible, atrapados entre chavos que no quieren salir de la calle en el futuro inmediato y un modelo inefectivo de la OSC que quiere forzar este proceso.

En este capítulo examinaré la interacción de estos tres grupos y otros actores en el mundo callejero y las interfaces que existen debido a las diferencias en sus percepciones del callejerismo. Veremos cómo la calle es un mundo de vida basado en relaciones de codependencia, explorando las interfaces que he detectado en cinco rubros centrales: los intereses de los diferentes agentes en el mundo callejero, los modelos vs. la práctica real de las OSC, los derechos humanos, poder y resiliencia, y libertad y autonomía.

C.1.1 Los intereses de los diferentes agentes en el mundo callejero

Como vimos en el capítulo dos, las labores de las OSC que trabajan con chavos callejeros se pueden dividir en dos grandes rubros: las que buscan promover su salida de la calle y las que buscan reducir los daños dentro del mundo callejero. Aún los modelos que plantean la salida

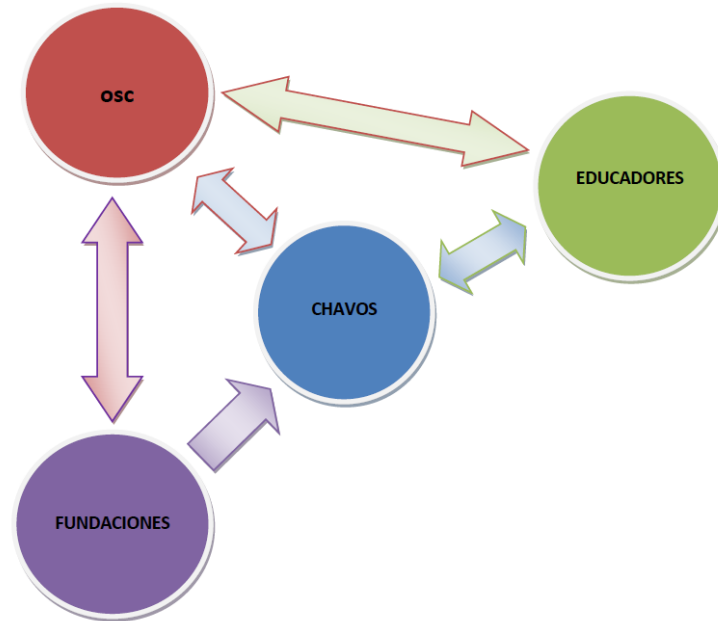
de la calle como objetivo reconocen que sólo una minoría de los participantes en sus programas quiere dejar la calle. Su trabajo es convencerlos de que podrían lograr una vida mejor fuera de la calle si estudian, consiguen un trabajo formal y dejan las drogas. Son pocos los chavos que adoptan esta visión y deciden (re)integrarse a la sociedad. Sin embargo, los modelos de las cuatro OSC de este proyecto plantean etapas finales fuera de la calle.

Debería ser más simple: los programas son para los que quieren dejar la calle, los que no quieren (o no se logran persuadirlos), no deberían participar. Pero existe una codependencia importante entre los agentes involucrados en los programas de apoyo (imagen C.1). Las OSC tienen que reportar números a las fundaciones y otros benefactores que financian sus proyectos; necesitan mostrar que están “ayudando” a cierta cantidad de participantes para justificar los costos de sus programas. Los educadores necesitan el trabajo; así que también tienen que reportar números a sus jefes, aun si consideraran que sería más valioso brindar acompañamientos más personalizados a menos casos. En una ocasión, cuando fui con Rodo de Pro Niños al Puente, un chavo le dijo a otro, “no creas que eres especial, güey, es nada más el chorro que usan para engancharnos. A él le pagan cien varos por cada chavo que lleva al centro de día”. Aunque los educadores no trabajan por comisiones, para el joven era claro que los educadores dependen de los chavos. En otra ocasión, cuando llegué por un chavo con educadores de Casa Alianza, el niño sacó el folleto de otra institución que había conocido la tarde anterior, y claramente nos explicó que aquélla era una mejor opción, ya que allí ofrecían dos comidas y había canchas de fútbol. Ya sea que su interés en el otro centro haya sido sincero o no, este caso ejemplifica la lucha de poderes entre los educadores y los chavos. En varias ocasiones me pareció que para los chavos era un reto seguir en la calle, y que los que se internaron perdieron el respeto de algunos miembros de la banda. Al mismo tiempo, los chavos también dependen de los apoyos asistenciales (comida, ropa, regaderas, atención médica) de las OSC para vivir en la calle, así como de las relaciones afectivas que tienen con los educadores.

En la imagen C.1 vemos cómo las fundaciones, OSC y los educadores dependen de los chavos. Las fundaciones también dependen de las OSC para instrumentar proyectos con los chavos, y éstas de los recursos de las fundaciones y del trabajo de los educadores, quienes dependen de las OSC (e indirectamente de las fundaciones) para cobrar sus salarios. Los chavos también dependen de las OSC para obtener los apoyos y de los educadores para

acceder a ellos; igual que los educadores, su dependencia de las fundaciones es indirecta, por medio de las OSC.

Imagen C.1: Relaciones de dependencia en el mundo callejero



Entonces, si la mayoría de los chavos no pretenden dejar la calle en el futuro inmediato, ¿cómo se pueden justificar las intervenciones con ellos? De ahí salen los proyectos que buscan reducir los daños de la vida callejera, una propuesta menos vendible al público y a los benefactores, pero definitivamente más realista y alcanzable. Tales programas son más susceptibles a las críticas del asistencialismo y al argumento de que en realidad fomentan o facilitan la vida callejera y, por ende, la delincuencia.

Mientras varios educadores y directores de las OSC que participaron en esta investigación reconocieron las prácticas asistenciales de su institución, las justificaron con el argumento de que son necesarias para acercarse a los chavos, responder a sus necesidades inmediatas y complacer a las fundaciones de segundo piso y a otros benefactores que exigen resultados cuantitativos de los proyectos. En otras palabras, el asistencialismo es comúnmente visto como un medio para fortalecer las relaciones entre las OSC y los chavos, y así llevar a cabo las intervenciones pedagógicas para promover el desarraigo de la calle y reducir los daños comunes de la vida callejera.

Los chavos reconocen el interés de las OSC de promover su desarraigo de la calle, pero no consideran que su aceptación de los apoyos asistenciales contribuya a este proceso. Como explica Ruth Pérez, “Lo que realmente importa [a los chavos,] no es encontrar alternativas a la calle, sino aprovechar de la mejor manera posible las oportunidades existentes con el fin de permanecer en la calle” (2009:90). En las cuatro OSC noté la facilidad que tuvieron los chavos para recibir apoyos en los centros de día y participar en las actividades educativas, formativas o terapéuticas, aun cuando no tenían la intención de dejar la calle. Por eso se puede argumentar que los servicios asistenciales facilitan la vida callejera y hasta promueven el arraigo a la calle, ya que las instancias que los ofrecen se vuelven parte de sus redes de sobrevivencia.

Las OSC y los educadores a los que entrevisté tienen un interés sincero en el futuro de los chavos; realmente quieren promover procesos con ellos para mejorar su calidad de vida y salir de la calle. Si bien los chavos llegan a establecer relaciones afectivas con educadores e integrarse a los programas de las OSC, las oportunidades y los beneficios del mundo de vida callejero a menudo siguen siendo más atractivos que las oportunidades que las OSC ofrecen fuera de la calle. Por eso, las OSC sirven principalmente para fortalecer las redes de apoyo de los callejeros. Esto se ejemplifica con los casos de chavos que abandonaron sus procesos de OV en Pro Niños para regresar al centro de día (CD), donde tienen acceso a mejores beneficios. Algunos buscan explotarlos rápidamente, y otros son más cuidadosos para no perder mejores oportunidades más adelante, pero el interés en los apoyos inmediatos guía su participación en las OSC. Todos los educadores y chavos entrevistados en este proyecto reconocieron que no asistirían a los centros de día si ahí no se ofrecieran apoyos asistenciales. El abandono del proyecto de Patio en PNC por los chavos, cuando se redujeron los recursos, ejemplifica esta verdad.

La manera en que los diversos agentes valoran los programas de apoyo causa otras discontinuidades en este rubro de interfaces. Desde la perspectiva de las OSC, los chavos son víctimas de injusticias sociales y requieren apoyo institucional. Se consideran fundamentales para atender las necesidades inmediatas de las poblaciones callejeras, así como para ayudar a que dejen la calle. Por otro lado, los chavos perciben a las OSC como parte de sus redes extensivas de sobrevivencia, y se ufanan de no depender de ninguna institución, sino de simplemente gozar de los diferentes apoyos. Pocos chavos reciben ayuda de una sola instancia, pues generalmente frecuentan varios centros, comedores y/o refugios en cualquier momento de su trayectoria callejera. Ellos gozan de los apoyos de las OSC que mejoran sus condiciones

de vida en la calle, brindándoles una sana alimentación, regaderas, atención médica y ropa, por ejemplo. Cuando desaparece una OSC o un chavo pierde el derecho de entrar allí, se adapta su rutina y busca otras opciones para acceder a los apoyos perdidos.

En suma, las interfaces relacionadas con los diferentes intereses de los agentes en el mundo callejero se basan en las distintas percepciones de la calle y la calidad de vida allí. Durante el semestre que pasé en Río de Janeiro también entrevisté a chavos y educadores de cuatro OSC del mundo callejero carioca. Les pregunté si se podría tener una vida digna en la calle. Si bien solamente dos chavos y dos educadores de los 26 entrevistados contestaron de manera afirmativa a esta pregunta, por alguna razón todos se quedan allí. La mayoría de los chavos toma la decisión consciente de permanecer en la calle, a pesar de los esfuerzos de las OSC, educadores, fundaciones e instancias de gobierno de apoyarlos para salir de la calle.

Las discontinuidades en las interfaces se podrían reducir replanteando los modelos de las OSC, así como los discursos de los otros agentes para no enfocarse sólo en la salida de la calle. Superar la dicotomía calle/no calle y plantear objetivos relacionados con la promoción de valores, derechos y la vida digna en la cultura callejera permitiría el desarrollo de la autonomía sin la presión de desarraigarse de la calle. Las estimaciones más generosas reportan que 20% de los chavos callejeros logra dejar la calle. Así, los modelos de las OSC vistos en este estudio, de los cuales todos terminan con etapas fuera de la calle, son poco eficaces. Si nos basamos estrictamente en los modelos oficiales de las OSC, los logros en la formación personal de los chavos que participan en sus programas e interactúan con los educadores, casi no se perciben. Hemos visto el impacto que las OSC tienen en los hábitos y valores de los chavos, me parece que con otro enfoque podrían ser aún más eficaces.

C.1.2 Los modelos vs. la práctica real de las OSC

Una de las principales tensiones para las OSC es la necesidad de presentar proyectos vendibles, muchos de los cuales no son factibles. Se plantean números y la preocupación fundamental se vuelve cumplir con lo prometido, y a menudo el precio es no llevar procesos de calidad con los participantes. La dependencia en el financiamiento de las fundaciones genera una cadena de interfaces que incluye el mito de que los educadores de calle reciben comisiones para cada chavo que ingresan al centro de día, por ejemplo.

En general, el compromiso de brindar resultados cuantitativos en el corto plazo es incompatible con la generación de las relaciones de confianza necesarias para promover valores, autonomía y el desarraigo de la calle. La presión para dejar la calle rápidamente puede complicar los procesos de profesionalismo amoroso necesarios para reducir las discontinuidades en las interfaces entre los chavos y los otros agentes. La desconfianza en las relaciones personales es una norma de la vida callejera, debido al instinto de sobrevivencia y la constante soledad producto de los repetidos cambios en los grupos. Ganarse la confianza de un chavo para trabajar de manera efectiva con él requiere tiempo que generalmente no cuadra con los calendarios de los proyectos financiados por fundaciones.

El enfoque de los chavos de satisfacer necesidades e intereses inmediatos también choca con la visión de los educadores de llevar procesos de largo plazo. Ya vimos cómo las OSC aceptan el desarraigo como un proceso lento que generalmente involucra varias recaídas a la calle. Para los educadores y las OSC es parte del proceso; pero entre los callejeros existe otra perspectiva. Noté un sentimiento de orgullo entre algunos sujetos de su capacidad de “valemadrismo” y de abandonar sus procesos sin pensarlo dos veces. “¿A mí qué? No sería la primera vez que me quedé sin nada”, escuché decir a un chavo cuando estaba considerando dejar el centro después de un desacuerdo con su educador. De nuevo, aquí notamos la lucha de poderes entre las OSC y los chavos: “Si me exigen demasiado, me voy”, es la actitud de éstos. Ya han sobrevivido momentos así y saben que los superarán otra vez; habrá otras oportunidades y otra gente dispuesta a ayudarles más adelante. Por otro lado, las OSC consideran que son recaídas o interrupciones temporales en sus procesos, tal vez experiencias necesarias para valorar su proceso de desarraigo de la calle. Esperan hasta que el chavo deje el orgullo o toque fondo, e intentan retomar el proceso.

Otras discontinuidades mencionadas en el capítulo cuatro se relacionan con los centros de rehabilitación. Las OSC consideran la internación de un chavo en estos espacios como un paso significativo en su desarraigo de la calle, pues estando en estos centros no están físicamente en la calle. Por otro lado, muchos chavos piensan que estos centros son parte de sus redes dentro del mismo mundo callejero, ya que ahí están con otros callejeros que traen consigo rasgos significativos de la cultura callejera. Mientras pocos educadores son capacitados en cuestiones de las adicciones, todas las OSC cuentan con contactos de centros de rehabilitación para canalizar a los chavos antes de (re)integrarlos a las casas hogar o a sus familias, o instrumentar proyectos de vida independiente con ellos. Sin embargo, existen pocos

convenios formales con estas instancias, y las relaciones en el D.F. están un poco tensas por la reciente ola de denuncias de la sociedad civil por casos de abuso en anexos.¹⁰⁰ Desde la realidad callejera, vimos cómo algunos chavos aprovechan estos centros como un lugar para tomar vacaciones de la calle, especialmente los de “puertas abiertas” y los que trabajan con modelos de internamiento de tres meses.

También se notan discontinuidades con relación a las casas hogar. Las OSC tienden a plantear una dicotomía entre estas instituciones y la calle. Según las instancias de gobierno que han coordinado censos de las poblaciones callejeras, un chavo institucionalizado no está en situación de calle. Las OSC tienden a compartir esta perspectiva. Por ejemplo, Pro Niños considera el ingreso de un chavo a una casa hogar como un “caso de éxito” para el área de Opción de Vida si permanece allí cierto tiempo. Desde la perspectiva de las OSC, entrar a una institución es salir de la calle.

Con las historias de los chavos vimos otra realidad. Al igual que en los anexos, ellos consideran las casas hogar como parte del mundo callejero y sus circuitos de desplazamiento. Algunos siguen visitando los puntos de pernocta de sus amigos en la calle mientras duermen en una casa hogar. Salen y entran con grupos de amigos callejeros, y hasta incorporan hábitos de la calle a su vida en las casas hogar, como el consumo de drogas que vimos en las historias sobre Casa Alianza. El caso de Santo visto en el capítulo dos, muestra cómo el proceso de callejerización puede comenzar en una casa hogar donde el niño conoce a otros chavos callejeros que consumen drogas y tienen vínculos con la calle.

El otro contexto que las OSC han planteado como dicotomía es la reintegración familiar en comparación con la vida en calle. Igual que en el caso de la canalización a una casa hogar, la reintegración familiar se considera como caso de éxito para las OSC. Muchas dejan al niño con su familia y se lavan las manos de la responsabilidad, una vez que queda al cuidado de otros adultos.¹⁰¹ Lo que a menudo no consideran las OSC es que el niño ya ha salido de esa casa, donde vivió con esos adultos, y ahora ya cuenta con una red de apoyo más amplia en la

¹⁰⁰ Véase la Recomendación 13/2011 de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal sobre el caso de “Los Elegidos de Dios” Poblaciones callejeras que fueron objeto de trata, al ser integrados en contra de su voluntad en una supuesta institución de asistencia y rehabilitación para las adicciones llamada ‘Los Elegidos de Dios’ que no fue supervisada por parte de la autoridad. Además de ser trasladados a dicha institución con aquiescencia de diversas autoridades con motivo de operativos de limpieza social”.

¹⁰¹ El modelo de Pro Niños incluye seguimientos durante un año después de la reintegración familiar, y el de Casa Alianza también incluye esta etapa, aunque no escuché testimonios de los chavos sobre estas visitas.

calle, a la cual fácilmente puede reincorporarse si hay problemas familiares. Bordonaro (2010) expone que la inestabilidad en la casa promueve un movimiento autónomo del chavo, que en realidad sirve como un catalizador de empoderamiento callejero.¹⁰²

Rodolfo de Pro Niños explica que muchas veces el chavo regresa a su casa con la fantasía de que su familia habrá cambiado, y cuando enfrenta los mismos problemas que antes, regresa a la calle. Tres de las cuatro OSC de este proyecto destacan la reintegración familiar en sus modelos, pero ningún chavo mencionó este proyecto como algo benéfico de las OSC. Como Rodolfo explicó sobre el caso de Aarón en el capítulo cuatro, los chavos parecen tener la visión de que no requieren el apoyo de una OSC para reintegrarse con sus familias; si quieren regresar a casa, pueden ir solos.

De nuevo, hay que superar la dicotomía calle/no calle. Sacar el niño de la calle no significa que se ha sacado el callejero del niño. Muchos chavos siguen con la identidad callejera aun estando en casa, en un anexo, en la cárcel o en una casa hogar. La cultura callejera se compone de redes extensivas con espacios dentro y fuera de la calle. Las OSC tienden a usar las salidas (a menudo temporales) para contabilizar “casos de éxito” de sus programas, pero en realidad saben que una mínima parte de estos casos dejará por completo la vida callejera. Así como en el primer rubro, la falta de herramientas para medir el impacto real del trabajo de las OSC genera discontinuidades en las interfaces entre todos los agentes involucrados.

Casi todos los chavos en situación de calle a los que he preguntado sobre el futuro me contestan que sí tienen planes de dejar la calle algún día.¹⁰³ Me han compartido su sueño de estar bien, rentar un cuarto, estar con su familia o trabajar. Lo que no tienen es un plan para llegar a este punto desde su realidad actual en la calle. Un plan de largo plazo para lograr este cambio de vida con el apoyo de una OSC, choca con las normas de pensamiento instintivo en el mundo callejero. Para instrumentar un plan de vida, los chavos tendrían que dar prioridad a sus sueños para el futuro sobre los deseos inmediatos, algo incongruente con la conciencia callejera. La idea de ahorrar dinero, estudiar varios años y dejar las drogas es incompatible con la mentalidad callejera, donde raramente se planea el siguiente día, mucho menos meses o años venideros.

¹⁰² Thomas de Benítez (2011: 48-49) analiza la literatura sobre la ineficacia de esta práctica en el ámbito mundial.

¹⁰³ Sirva mencionar que éste puede ser un discurso engañoso.

Los modelos de las OSC no toman en cuenta este modo de pensar, con lo que generan discontinuidades en las relaciones entre los educadores y los chavos cuando intentan instrumentar proyectos de vida. Como vimos en las historias de Aarón y Lento, la exigencia en el programa de Casa Alianza de ahorrar 100% de sus ganancias, sin contemplar el deseo de los chavos de consumir bienes, puede causar una ruptura entre la OSC y el chavo. No había actividades dirigidas al desarrollo de habilidades para realizar proyectos de mediano y largo plazos en ninguno de los cuatro modelos que yo incluí en mi investigación.¹⁰⁴

Finalmente, los esfuerzos de las OSC de ser menos asistencialistas y promover las salidas de la calle fueron notables en los cuatro modelos. Sin embargo, cuando aumentan la exigencia de la participación de los chavos en las actividades educativas y terapéuticas con la intención de promover su desarraigo de la calle, los chavos pueden reaccionar con el desarrollo de mejores discursos. Cuando los chavos llegaron a ser incluidos en el Círculo de Confianza en PNC, por ejemplo, su participación a menudo era forzada. Fueron excepción las sesiones de esta actividad donde no había al menos un chavo dormido. En el mismo contexto de la lucha de poder, los chavos resienten la exigencia de participación en cualquier actividad que sea contra su voluntad. Como explica Long, “a menudo se cuele la noción de ‘externos poderosos’ que ayudan a los ‘sin poder.’ Éste es el dilema central en la planeación y el diseño de los medios para el perfilar el cambio. Este dilema no se elimina al enfatizar las metas de participación y empoderamiento” (2001: 176). El querer forzar el desarraigo de los chavos de la calle genera resistencia y discontinuidades en las interfaces.

La exclusión de los educadores y los chavos en el diseño de programas contribuye a las discontinuidades en relaciones entre los agentes, promoviendo una resistencia a las actividades instrumentadas de manera forzosa. También falta la cultura de evaluación entre las OSC. Existe una competencia del mejor modelo en papel, pero los resultados son fácilmente manipulables. A veces reportan las salidas temporales de la calle como casos de éxito y todos los chavos que reciben apoyos asistenciales se consideran participantes en sus programas que promueven salidas de la calle, por ejemplo. Los discursos de los chavos sobre sus intenciones de dejar la calle para seguir beneficiándose de los apoyos asistenciales y los números presentados por las OSC como logros en sus programas, promueven discontinuidades en las interfaces entre todos los agentes considerados en este análisis.

¹⁰⁴ El proyecto de CTVI de Pro Niños reconoce esta debilidad entre los chavos y busca trabajarla con ellos, pero como no realicé observación participante en esta fase del modelo, no puedo hablar sobre su eficacia.

C.1.3 Los derechos humanos

El tercer rubro de interfaces que he identificado entre los agentes del mundo callejero se relaciona con los derechos humanos. En las décadas de los años ochenta y noventa, el tema de derechos comenzó a aflorar con regularidad en la agenda política de México, así como en muchos otros países latinoamericanos (*Derechos* 2010). En el ámbito mundial, podemos presumir que la Convención de los Derechos del Niño es el acuerdo internacional más ratificado. Más y más gobiernos y OSC alrededor del mundo están cambiando sus proyectos reactivos y protectores por modelos que abordan a las poblaciones callejeras y otros grupos marginados con base en los derechos (Thomas de Benítez 2003). La ciudad de México ha participado activamente en este cambio y ahora existe una conciencia de derechos entre las poblaciones callejeras y las OSC que trabajan con ellas. Esta conciencia de los derechos es un gran logro, pero no necesariamente significa más justicia e igualdad. Enseñamos que el gobierno tiene que garantizar los derechos especificados en las diferentes convenciones y leyes que se han ratificado, pero sabemos que falta mucho para que las poblaciones callejeras gocen de todos estos derechos.

Hay un terreno común de los agentes con respecto a los derechos. Los educadores, las OSC, las fundaciones, los chavos y aun las instancias de gobierno comparten una postura en contra del abuso de servidores públicos y “la muerte social” que implica la negación de derechos humanos por su condición social hasta la desaparición física como consecuencia del modo de vida callejero” (*Derechos* 2010:15).

También comparten una postura contra la criminalización de la pobreza. En palabras de la Declaración sobre el Derecho a la Ciudad de las Poblaciones Callejeras, “El país atraviesa por un momento grave donde la seguridad se convierte en un paradigma sobre el cual las poblaciones que viven en alta exclusión social son el primer foco de alerta para las autoridades, el resultado: discriminación y criminalización hacia estos grupos sociales” (Alianza 2011). Durante las últimas décadas ha habido varios planes y operativos de “limpieza social” en el D.F. y otras partes de la república con el fin de expulsar a las poblaciones callejeras. Los callejeros son detenidos y corridos de espacios públicos para mejorar la imagen de la ciudad.

Estas prácticas se ejemplifican en las acciones de la administración de Andrés Manuel López Obrador con la contratación del ex-alcalde de Nueva York, Rudolph Guiliani para

replicar su plan de “cero tolerancia”. En específico, las recomendaciones de Guiliani en contra de los derechos de la poblaciones callejeras incluyeron, “Recuperar espacios públicos” (núm. 121), “medidas efectivas de control para evitar la proliferación de franeleros y limpia-parabrisas” (núm. 123) y “atención a los niños de la calle e indigentes” (núm. 124). A mediados de 2010, la ciudad había aplicado 137 de las 146 recomendaciones del Plan Guiliani (Corona 2010). Las recomendaciones de limpieza social de las poblaciones callejeras han sido instrumentadas principalmente en el programa Ciudad Bonita, en 2004, acciones de preparación para la visita del Papa en 2006, y en el programa Manos a la Obra, en 2007.

En respuesta a las prácticas de limpieza social en América Latina surgió el movimiento del Derecho a la Ciudad. La *Carta mundial por el derecho a la ciudad* proclama que:

El Derecho a la Ciudad es definido como el usufructo equitativo de las ciudades dentro de los principios de sustentabilidad, democracia, equidad y justicia social. Es un derecho colectivo de los habitantes de las ciudades, en especial de los grupos vulnerables y desfavorecidos, que les confiere legitimidad de acción y de organización... (Foro 2004).

Este derecho todavía no está muy reconocido en el campo mexicano, pero ofrece esperanza para prevenir y terminar con las acciones de limpieza social que violan tantos derechos de las poblaciones callejeras.

A pesar de que los discursos de derechos se usan en las instancias de gobierno, las fundaciones, las OSC, los educadores y los chavos, aquí también se encuentran interfaces entre los agentes. Existe una gran brecha entre los discursos de los agentes y la verdadera promoción de los derechos de las poblaciones callejeras. Algunas discontinuidades se generan con la victimización de los chavos. Es común para todos los agentes ubicar a los callejeros como objetos pasivos cuando se habla de derechos. Son las pobres víctimas del abuso policiaco, de los operativos de limpieza social, de la discriminación, y un sinnúmero de otras violaciones de sus derechos. En este sentido, ellos tienen conciencia de sus derechos, pero está fuera de sus manos el poder exigir que se respeten; son el gobierno, los servidores públicos y las Comisiones de Derechos Humanos y las OSC los que pueden promover los derechos de estas pobres víctimas.¹⁰⁵

¹⁰⁵ En la ciudad de México la única OSC que conocí con un programa de políticas públicas que promoviera la práctica de denunciar las violaciones a los derechos humanos entre los callejeros fue el Caracol, A.C. Aun los

La victimización de los chavos propicia la separación entre ellos y los otros agentes, posicionando a los otros en un nivel más alto. Esta diferenciación fortalece la identidad callejera con la idea de que los demás trabajan para ayudarles porque no pueden ayudarse ellos mismos. En específico, los niños en situación de calle son vistos como “objetos de protección” y “necesitados de tutela”. Conocida como “Discriminación Tutelar”, esta tendencia violenta los derechos de los niños y jóvenes callejeros, “ya que no se escucha su opinión en los temas que les afectan, les niega su calidad de sujetos de derechos... En la intención de ayudarles se les disminuye en su calidad humana” (*Derechos* 2010: 7).

A pesar de los discursos que plantean a los otros agentes como defensores de los derechos con proyectos que garantizan y promueven los derechos de las poblaciones callejeras, de nuevo faltan evaluaciones para medir los logros reales en este ámbito. No está claro si los proyectos con enfoques de derechos realmente son efectivos o se quedan en el ámbito de los discursos.

Otro problema significativo es la tendencia a sacrificar un derecho por otro. Por ejemplo, conocí varios casos donde las autoridades separaron a niños de sus familias que vivían en la calle. Este acto viola el artículo 5¹⁰⁶ de la Convención sobre los derechos del niño a cambio de garantizar los derechos a la educación y a la atención médica que una casa hogar puede garantizar. La declaración sobre el derecho a la ciudad de las poblaciones callejeras declara que:

Ninguna acción pública que se realice buscando garantizar cualquier derecho humano puede vulnerar otros, es decir, para las poblaciones callejeras esto debe traducirse en políticas y programas que no criminalicen la pobreza, y que observen los principios de Supervivencia y Desarrollo, fortaleciendo las redes comunitarias y familiares, en donde la institucionalización sea una medida de último recurso (Alianza 2011).

En fin, las diversas perspectivas y opiniones sobre “el interés superior de los chavos” generan más discontinuidades en las interfaces. Para reducir estas discontinuidades hay que promover la participación de los callejeros en el diseño de políticas públicas y programas destinados a

programas del Caracol carecieron de la participación activa de los callejeros en las iniciativas para garantizar sus derechos.

¹⁰⁶ Artículo 5 de la Convención sobre los derechos del niños: “Los Estados Partes respetarán las responsabilidades, los derechos y los deberes de los padres o, en su caso, de los miembros de la familia ampliada o de la comunidad, según establezca la costumbre local, de los tutores u otras personas encargadas legalmente del niños de impartirle, en consonancia con la evolución de sus facultades, dirección y orientación apropiadas para que el niño ejerza los derechos reconocidos en la presente Convención”.

garantizar sus derechos. Hasta que sean sujetos activos en esta lucha, la discriminación y las violaciones de sus derechos seguirán.

C.1.4 Poder y resiliencia

Tratar a los callejeros como objetos de protección y necesitados de tutela genera discontinuidades en las interfaces del cuarto rubro también. Como en cualquier espacio de vida, la calle ofrece enseñanzas y experiencias formativas. A lo largo de la callejerización, los chavos se empoderan aprendiendo estrategias, desarrollando habilidades y adquiriendo herramientas para sobrevivir y mejorar sus vidas en la calle. Los callejeros profesionales tienen varias maneras de generar recursos y obtener lo que quieren. Entre los sujetos de este estudio, por ejemplo, se incluyen buenos chantajistas, faquires, payasos, limpiaparabrisas, vendedores y malabaristas.

Sin embargo, los proyectos de las OSC que estudié aquí no reconocieron o aprovecharon estas capacidades de los chavos. Si bien no estoy a favor de fomentar la idea de que faqurear o limpiar parabrisas sea un “trabajo”, ni de celebrar la elección del chavo de vender drogas, por ejemplo, los educadores podrían partir del conocimiento y las habilidades de negocios que ya tienen los chavos para explorar otros posibles proyectos de vida. Sobre todo, hay que reconocer cómo el chavo responde de manera efectiva a las circunstancias de su vida, ampliando sus redes de apoyo para satisfacer sus necesidades y cumplir sus deseos, demostrando capacidades admirables en cualquier ser humano. Reconocer las capacidades, los talentos e intereses de los chavos es fundamental para desarrollar relaciones afectivas con ellos y reducir las discontinuidades en las interfaces. Un educador puede ser “la bandota”, pero no significa que el chavo confíe tanto en él como para confiársele por completo en un reto tan grande como salir de la calle. En muchos casos, los educadores les caen bien a los chavos, pero siguen existiendo barreras entre sus mundos de vida que impiden el desarrollo de verdaderas relaciones afectivas. La falta de reconocimiento de las habilidades y los conocimientos de los chavos contribuye a la construcción de estas barreras. Hay que preguntar qué tan estrechas deben ser las relaciones afectivas que los otros estudios en el campo consideran fundamentales para las salidas de la calle. Las discontinuidades en las interfaces requieren ser consideradas en el análisis del impacto de estas relaciones.

Las OSC y los educadores asumen la responsabilidad de proponer oportunidades para los chavos, incluyendo centros de rehabilitación, casas hogar, la reintegración familiar, capacitaciones en oficios y programas de educación formal. Realizan diagnósticos de los chavos, les presentan oportunidades u opciones de vida que concuerden con las capacidades de su perfil y a menudo los apoyan en el proceso de adaptación al nuevo espacio. Lo más común es partir de los contactos del educador o la OSC y convencer al chavo de aprovechar una oportunidad con uno de ellos. En ningún caso encontré que los diagnósticos o procesos que evalúan las capacidades de los chavos promovieran que los chavos crearan oportunidades por sí mismos como parte de su proceso de integración social.

La generación de oportunidades es una de las principales capacidades desarrolladas por los chavos. Ellos saben detectar potenciales fuentes de apoyo y cuentan con diversas estrategias para conseguir dinero. Algunos son estafadores profesionales que cuentan con una variedad de discursos que han creado para las diferentes fuentes de apoyo. Para sobrevivir en la calle han tenido que desarrollar capacidades para generar oportunidades que no requieran recursos, tales como limpiar parabrisas con su camisa, hacer instrumentos aprovechando los desperdicios o recuperar botellas de vidrio para faqurear son estrategias de sobrevivencia cotidianas de los callejeros. Producir algo de la nada es una habilidad poco común que podría ser celebrada por las OSC y redireccionada para ayudar en el proceso de integración social. Si a los chavos se les considera como “necesitados” que requieren el apoyo de las OSC para conseguir empleo, por ejemplo, esto podría provocar efectos adversos, pues los chavos, indignados, buscan mostrar su poder sobre los educadores, consumiendo drogas dentro de las instituciones, y obteniendo apoyos asistenciales sin llevar procesos con las OSC.

La resiliencia de los callejeros no solamente se trata de la superación de sus traumas para poder reintegrarse a la sociedad; también se evidencia en la calle en su camino hacia la autonomía. Día a día estos chavos sobreviven situaciones traumáticas y siguen en sus propias luchas; la resiliencia es indispensable para llegar a ser callejero profesional. En su libro *Los Patitos Feos*, Cyrulnik (2008b) describe la resiliencia como la resistencia al sufrimiento —la misma idea podría describir la vida cotidiana en el mundo callejero—. La mayoría de los sujetos de este estudio cuenta con las características que Cyrulnik usa para definir a las personas resilientes: tienen una notable habilidad para resolver problemas, afrontan la realidad con recursos variados, son aptos para manejar relaciones interpersonales, tienen sentido del humor y son

independientes. Las únicas características que faltarían, según la lista de este autor, serían la voluntad y la capacidad de planificación.

Si bien la resiliencia es necesaria para salir de la calle, se señalan varios factores que las OSC podrían incorporar a sus programas con los chavos, tales como actividades que promuevan el desarrollo de la habilidad para planificar sus vidas. Las relaciones afectivas que pueden ser desarrolladas con educadores también son un factor importante. Según Cyrulnik (2007), el afecto ayuda a superar las dificultades y a reubicarse en el mundo de una manera más sana y segura. Mientras hay diversos tipos de afecto, el educador puede transmitir lo que Cyrulnik nombra “seguridad afectiva”, necesaria para superar las múltiples adversidades involucradas en salir de la calle.

Por otro lado, es fundamental atender los trastornos mentales en el proceso de promover su integración social. Muy pocos programas incluyen atención psicológica para este fin. Mientras existían terapias grupales, así como la aplicación de pruebas psicométricas, no había proyectos de detección y tratamiento de traumas en las OSC que participaron en esta investigación. Como vimos en varias historias del capítulo cuatro, la salud mental puede ser un factor sustancial en el arraigo de los chavos a la calle.

En fin, la resiliencia es un fenómeno bastante complicado y necesario para permanecer en la calle, así como para salir de ella. La lucha de poderes y la falla común de las OSC de no reconocer las habilidades de los callejeros significan más trabas en la labor de los educadores. Las presiones para atender a muchos chavos también dificultan el desarrollo de las relaciones afectivas tan fundamentales para el desarraigo de los chavos de la calle. Esta investigación quedó lejos de poder explicar la complejidad de la resiliencia de los callejeros, pero por lo menos su relevancia en las interfaces exploradas aquí es innegable.

C.1.5 Pobreza, libertad y autonomía

El último rubro de interfaces que planteo tiene que ver con las diversas perspectivas sobre la pobreza, la libertad y la autonomía. Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), existen tres diferentes tipos de pobreza en México: alimentaria, de patrimonio y de capacidades. Desde nuestra perspectiva, los callejeros sufren las tres formas, pero dentro del mundo callejero existe otra perspectiva. Para empezar, las normas del

patrimonio son diferentes. Como vimos con el testimonio de Cariño, se reducen las expectativas:

Te voy a decir una cosa, yo a veces amanezco y pienso que no toda mi vida voy a vivir aquí. Yo tengo pensado tener mi familia. A lo mejor no un carro, no una casa, pero si tener un techo donde estar. Yo me pongo metas chicas, no grandes. Como que mi vida son unos escalones, porque siento que si vuelo o corro me puedo trompezar y otra vez.

Fuera de la calle las expectativas cambian, tener un carro y una casa es una norma social, pues si no logras obtener estos bienes, eres pobre. Al mantenerse dentro del mundo callejero, se eliminan estas expectativas hasta cierto punto, simplemente porque no existe la pauta de acumular bienes materiales.

De la misma forma, se elimina la pobreza alimenticia con la construcción de redes de sobrevivencia. En los tres grupos de estudio, la necesidad de comida fue cubierta por varias fuentes de apoyo que incluían puestos de comida, tiendas de abarrotes, comedores y mercados. En ningún momento de la investigación los chavos manifestaron preocupación por la comida. Como callejeros profesionales cuentan con las capacidades para conseguir comida y cubrir otras necesidades; su conciencia callejera se enfoca a cubrir los deseos y necesidades inmediatas.

En suma, dentro del mundo de vida callejera, la percepción de pobreza cambia: no sufren de la pobreza alimenticia, las normas patrimoniales se consideran desde una cultura en que la posesión de bienes materiales es poco común, y los callejeros profesionales no son pobres en lo que a capacidades se refiere.

Si consideramos a un callejero profesional desde los estándares manejados por el Coneval para clasificar la pobreza, éste entraría en la categoría de pobreza extrema con carencias en las tres áreas; o bien, de acuerdo con la propuesta de De Venanzi y Hobaica (2003), podríamos considerar a los callejeros como una nueva clase social debajo de la pobreza extrema. Más allá de los factores y categorías para medir diferentes tipos de pobreza, hay que considerar la conciencia de una persona. Más allá del dinero, los bienes, educación, formación o acceso a comida que uno posea, la pregunta más importante es si la persona se considera pobre. Hay muchos argumentos en favor de una vida simple y la habilidad de vivir en el

presente sin preocuparnos por el futuro o por el pasado, y en este sentido hay algo de admirable en la cultura callejera.

Muchas OSC y educadores comparten la perspectiva de Shaw (2002) según la cual la “libertad de la calle” es un mito. La etapa de la callejerización conocida como la fiesta (Lucchini 1998) pasa rápidamente, pero muchos chavos pasan el resto de sus vidas intentando recuperarla, o, como plantea Shaw, en búsqueda del mito de la libertad.

Por otro lado, la libertad es citada por los chavos como uno de los principales atractivos de vivir en la calle. El desconocer la libertad como valor de la calle produce discontinuidades en las relaciones entre los educadores y los chavos. Mientras los chavos reconocen que muchos derechos humanos son violados en la calle, destacan el valor de no tener que seguir reglas o ser regañados. Esta libertad, según las OSC, es negativa. La autoridad es necesaria para mantener orden en las instituciones, dar estructura a las vidas de los chavos y para reintegrarlos a la sociedad. En las palabras de Ruth Pérez,

...para las instituciones la calle es absolutamente incapaz de satisfacer las necesidades, tanto materiales como afectivas de los niños y los jóvenes, ésta representa para ellos un espacio de aprendizaje, de juego, de libertad, de autonomía y de socialización; un espacio en el cual se reconocen y se valoran sus competencias... Mientras que las instituciones se perciben a sí mismas como lugares donde prevalecen el respeto, el intercambio, la tolerancia y la apertura... desde la perspectiva de los jóvenes constituyen ante todo espacios donde imperan la norma, la obediencia, la restricción, la subordinación y la limitación (2009: 85-86).

Las OSC plantean que los educadores enseñan a los chavos, poniendo límites claros. Desde la perspectiva de los chavos callejeros, no tener que responder a adultos y tener cierto poder y control sobre sus vidas, es un beneficio innegable de la vida callejera. Vimos esto en la sección sobre el imaginario del escape en el capítulo cuatro. La calle es donde ellos pueden controlar sus propias vidas, por lo menos en lo tocante a las decisiones cotidianas. Generalmente se levantan a la hora que quieren, se bañan, trabajan, comen y se drogan cuando quieren y van a donde quieren sin tener que pedir permiso o avisar a nadie. Al menos así me lo contaron todos los chavos entrevistados para esta investigación. Sin embargo, Rodo y Pérez argumentaron que uno de los principales atractivos de la casa hogar para los chavos era la estructura. Puede ser que eventualmente se cansen de este beneficio de la vida callejera, pues la libertad se disfruta más con medida.

Además, muchos han sufrido situaciones traumáticas a manos de autoridades absolutas, como víctimas de diferentes abusos, lo que les ha generado una visión bastante negativa sobre cualquier figura autoritaria. Si la libertad callejera es un mito o no, el valor dado a la calle por los chavos puede ser caracterizado como interfaz, ya que complica los esfuerzos de las OSC para promover sus salidas de este ámbito. Si los educadores piensan que el chavo busca estructura y el chavo realmente busca libertad, por ejemplo, habrá una discontinuidad inmediata en la relación.

También es importante reconocer las discontinuidades causadas con relación al valor dado a los otros miembros del grupo callejero. Las OSC están conscientes de la necesidad a desarraigar al chavo del grupo de manera personalizada; lo que a menudo no reconocen es el gran valor que tiene el grupo para el chavo. Como vimos en el capítulo cuatro, algunos chavos aseguran estimar más a su banda de la calle que a su propia familia. También vimos ejemplos en el capítulo dos de cómo los chavos abandonaron las OSC para demostrar su solidaridad con sus amigos. Mientras es común escuchar discursos de los chavos sobre la falta de un futuro si permanecen con su banda en la calle, pocos abandonan su grupo. En general, la fidelidad de los chavos entre sí es más fuerte que sus vínculos con las instituciones, y cuando los educadores menosprecian a la banda se generan otras discontinuidades en la interfaz. La miseria ama la compañía y mientras haya otros chavos en una situación igual o peor, el chavo podrá justificar su estancia en la calle. Como explicó Paco de Pro Niños sobre el caso de Socio, “Seguro si se queda solo en el baldío con dos perros sería una historia distinta”.

Además, la identidad de los chavos se construye a partir de la banda como su principal grupo de referencia. Su reconocimiento social en este entorno permite la construcción de una identidad positiva para el chavo, ya que la banda le reconoce atributos que no se le reconocen en otros espacios. Generalmente son los miembros de las bandas quienes les ponen los apodos, que a menudo llegan a tomar el lugar de sus nombres reales. De la misma manera, los integrantes del grupo van tomando los lugares de los miembros de la familia. “Cuando el joven pierde, total o parcialmente los lazos con su familia, cuando rompe con la escuela y otras redes de convivencia, construye paralelamente nuevos lazos en la calle” (Pérez 2009:138). La mayoría de sus relaciones afectivas, si no todas, es con los otros miembros de este grupo y son ellos quienes mejor conocen al chavo.

Estas discontinuidades pueden ser la causa de que pocas OSC busquen promover la autonomía o los derechos y valores en la calle.¹⁰⁷ La autonomía callejera es de los principales obstáculos para las OSC que buscan sacarlos de la calle.

Los grupos de jóvenes de la calle de la ciudad de México no aspiran de manera consciente a alguna legitimación o diferenciación social; no hacen alarde de su identidad; no reivindicán su ruptura con la sociedad, ni pretenden que ésta reconozca sus formas de vida. Saben que tienen la posibilidad de optar por otra alternativa de vida a través de las instituciones de asistencia; pero permanecen en la calle, aunque sin declarar explícitamente que “prefieren” este modo de vida (Pérez, 2009: 145).

Sobrevivir en la calle requiere autonomía, para evitar y enfrentar peligros, construir redes, defender el territorio y ganar el respeto de otros chavos. Ellos necesitan la autonomía para aceptar los apoyos gratuitos e inmediatos de las OSC; en esta relación pueden asumir el rol de víctimas necesitadas en una sociedad heterónoma y neoliberal. Sin embargo, la autonomía es parte fundamental de cultura callejera.

Tomando la definición de Castoriadis que dice que la autonomía es la propia limitación para el bien común, como en cualquier población, entre los callejeros defensores hay un gran rango de autonomía social. Hay chavos que roban, abusan de la confianza y parecen sólo preocuparse por sí mismos; pero también es en las poblaciones callejeras donde he visto los actos más fraternos de generosidad, apoyo y solidaridad en mi vida. En el grupo de El Puente vimos cómo se pusieron de acuerdo sobre las reglas del espacio, en favor del bien común. En todos los grupos existía el hábito de ofrecer la comida a todo el grupo antes de comer. A veces quien compartía se quedaba con una sola papita o galleta, pero siempre compartían con los demás. Muchos chavos tenían la costumbre de regalar cosas como collares, pulseras, poemas y dibujos a la gente que aprecian; a tal punto que daba la impresión de que consideraban que las cosas materiales servían más como regalos que como pertenencias propias. La solidaridad del grupo para defender a uno de los suyos contra otros chavos, la policía o educadores también era de las más fuertes que he visto. A pesar del estereotipo de estos adolescentes y jóvenes como delincuentes, sus actitudes morales eran parecidas, si no es que mejores, que las de otras subculturas respetadas y estimadas (véase también Connolly y Ennew 1996).

¹⁰⁷ Como ya lo mencioné, el Caracol, A.C. fue la única OSC que conocí en el D.F. que realizaba trabajo de calle sin el fin de invitar a los chavos a su centro de día para promover sus salidas de la calle.

C.2 Aportaciones

Las OSC a menudo tienen un discurso sobre los chavos en situación de calle que los describe como un grupo homogéneo, y en los capítulos anteriores también hemos visto algunas características comunes que podrían ser usadas para describir la “cultura callejera”. Los chavos desarrollan estrategias parecidas para vivir y sobrevivir en la calle y comparten imaginarios así como diversos factores de arraigo. Es importante estar conscientes de estas semejanzas y rasgos de la cultura callejera, así como de la individualidad de cada caso. Las discontinuidades en las interfaces pueden surgir cuando los educadores no reconocen la trayectoria y el modo de vida particular de un caso. Las redes, el territorio y los circuitos de desplazamiento son distintos en cada situación, creando realidades heterogéneas con diferentes factores de arraigo. Este reconocimiento es imprescindible para crear un vínculo afectivo con el chavo y ganar su confianza. Todos merecen ser reconocidos como individuos, sujetos de derechos y actores productivos, con personalidades, intereses, experiencias y capacidades propios para vivir dignamente dentro o fuera del mundo callejero.

Las experiencias que tuve en los diversos roles que jugué aparte del de investigadora (educadora, activista, figura materna, etc.) toman la forma de aportaciones significativas para el proyecto. En mayo de 2012 regresé a visitar a los chavos de los tres puntos de encuentro.¹⁰⁸ En los tres grupos los sujetos de este proyecto me presentaron a los nuevos integrantes como educadora. Debido a esta identidad, los chavos me contaron sus problemas, me pidieron el favor de internarlos en algún centro de rehabilitación y me preguntaron sobre otros chavos y educadores. Ser vista como educadora me permite acceder a información de los sujetos de estudio y sobre el objeto de estudio.

La experiencia que he tenido con Socio desde el momento en que negocié su salida del Reclusorio Norte en noviembre de 2010 y lo traje a Guadalajara, también debería ser reconocida como una de las aportaciones brindadas a esta investigación. De nuevo, sostengo que mi decisión de intervenir de esta manera puede ser muy criticable, siendo investigadora así como educadora, y en este momento no tengo la certeza de haberle ayudado. Sin embargo, lo estrecho de nuestra relación contribuyó a mi perspectiva sobre la vida callejera. Las discontinuidades en las interfaces siguen entre nosotros, a pesar de estar fuera de su territorio y el mundo callejero defecho, dejándome con muchos retos y momentos de reflexión sobre las

¹⁰⁸ Debido a que fueron desplazados, los tres grupos se encontraron en otras ubicaciones en las mismas zonas.

interfaces. Por otro lado, su facilidad de adaptarse al mundo callejero tapatío destaca la fuerza y la extensión de la cultura callejera.

Mi participación continua en CODENI y las redes de la sociedad civil también fortaleció esta investigación, ya que me permitió acceder a las presentaciones de nuevas publicaciones que salieron durante mi trabajo de campo e incluso a bases de datos y otros materiales no publicados que se utilizaron para los proyectos publicados (Garza 2010, Makowski 2010, Red Internacional de Trabajadores Sociales de Calle y Dynamo Internacional 2008, entre otros). Este rol también facilitó mi comunicación con directivos de las OSC y específicamente con el Caracol y otros miembros de la Alianza Mexicana de Poblaciones Callejeras. Por estos contactos conocí las iniciativas de políticas públicas relacionadas con las poblaciones callejeras en el D.F. y los conflictos entre la sociedad civil y diferentes órganos del gobierno en relación con desplazamientos e intervenciones con diferentes grupos de callejeros.

Finalmente, es pertinente reconocer las contribuciones de mi estancia con el CIESPI en Río de Janeiro al proyecto. Allá participé directamente en el proyecto nacional de políticas públicas para niños en situación de calle y tuve la oportunidad de comparar proyectos de la sociedad civil y el gobierno con callejeros brasileños con los que analicé en el D.F. Además, pude acceder a muchas más publicaciones sobre niñez en situación de calle alrededor del mundo para incluir autores como Lorenzo Boronaro, Mark Connolly, Judith Ennew, Mónica Rabello de Castro y Daniel Stoecklin, entre otros.

Tomando en cuenta la diversidad de experiencias y roles que enriquecieron mi trabajo de campo, ofrezco tres planteamientos innovadores para concluir esta investigación. El primero es teórico y se trata de abordar la autonomía y la resiliencia como factores de arraigo a la calle, el segundo es práctico y considera el juego de prácticas de las OSC en el mundo callejero, y el tercero es estratégico, planteando las interfaces como oportunidades para la concientización y la promoción de una autonomía de derechos entre los callejeros.

C.2.1 La autonomía y la resiliencia como factores de arraigo al mundo callejero

La primera aportación de este proyecto que me gustaría destacar es la relevancia de la autonomía y la resiliencia en el mundo callejero. De nuevo, éstos son conceptos teóricos que han sido relacionados con los callejeros, pero sobre todo con relación a las salidas de la calle, y no se han explorado dentro del mundo de vida de la calle. Siguiendo el planteamiento de Castoriadis, hay que promover una conciencia de que somos nosotros, los miembros de una

sociedad, los que creamos y controlamos los imaginarios. Solo así podemos esperar que los callejeros u otros grupos tomen acciones en favor de la autonomía. De la misma manera, se requiere promover una conciencia autónoma en favor del bien común, en vez de intereses propios.

Stoecklin (2007) es el único teórico que encontré que ha considerado la autonomía dentro de la cultura callejera. Él destaca la habilidad de los chavos callejeros para adaptarse a un ambiente inestable como evidencia del pensamiento autónomo, y también argumenta que la autonomía se desarrolla con la necesidad de crear estrategias para escapar a los abusos. Si tomamos las lecturas de Castoriadis y Stoecklin en conjunto, vemos cómo los chavos ya demuestran características autónomas y de ahí la posibilidad de promover la autonomía dentro de la cultura callejera, a pesar de si el fin de la intervención es el desarraigo de la calle o la reducción de daños.

Con relación a la resiliencia vimos cómo Remus (2008) se basa en esta teoría para la estrategia de reintegración social que propone, según la cual el niño recibe atención psicológica para salir del *looping* de los traumas que ha vivido y un educador le enseña el apego seguro. Pro Niños también menciona la resiliencia en su modelo de intervención. En general, los autores relacionan la resiliencia con la idea de “recuperar un lugar en la sociedad” (Cyrulnik 2008: 203). ¿Una posición en el mundo callejero no es un lugar en la sociedad? La pertenencia al grupo callejero, que es fortalecido por su persecución (ibídem), complejiza este planteamiento teórico con relación a las poblaciones callejeras. Superando la dicotomía calle-no calle, vemos cómo los chavos responden a los traumas cotidianos dentro de la cultura callejera con el apoyo de la banda y otras estrategias de sobrevivencia, algo que no he encontrado en las lecturas que revisé.

De todas las teorías exploradas en este proyecto de investigación, el arraigo a la calle es la menos desarrollada y una de las más relevantes para mi tema de estudio, y es indisoluble de la autonomía y la resiliencia que se encuentran en la calle. Existe una adicción en la calle aparte de la de las drogas: una adicción a la vida callejera, que resulta en la adopción de la “identidad callejera”. Ésta puede ser fortalecida por el sentido de pertenencia al grupo y la solidaridad del mismo, que se recrudecen como resultado de la persecución de que son víctimas los chavos y el estigma contra ellos.

A lo largo de este texto he utilizado el concepto “identidad callejera”, pero mi intención no es categorizar a la gente con una sola identidad. Dentro del mundo callejero hay ámbitos sociales, y a pesar de cumplir con todas las características de callejeros que planteo en esta tesis, hay quienes no se identifican a sí mismos como callejeros. Como explicó Copetes en una entrevista en PNC, “Casi no [soy callejero ya,] pos porque allí estoy en el baldío”. Desde su perspectiva, solamente los que duermen en la banqueta son callejeros.

De nuevo encontramos percepciones diferentes, en nuestro intento por simplificar y categorizar a las personas. Las instituciones que se dedican específicamente a la reintegración social de los chavos siguen presas de una visión dicótoma, viendo la calle como mala y las normas sociales como buenas. Son pocos, aun entre los callejeros, los que consideran que se puede tener una vida digna en la calle, pero son muchos los que optan por permanecer allí. Claro que hay otros factores de arraigo que los mantienen ahí, como las drogadicciones y la falta de mejores opciones en otros espacios, pues dejar la calle involucra mucho más que una decisión consciente.

En general, la perspectiva de las OSC sobre el callejerismo y la identidad callejera es muy distinta a la perspectiva callejera. Es difícil encontrar a un educador o una OSC que no considere que los callejeros sean uno de los grupos sociales más marginados y pobres de nuestra sociedad. Las OSC y los académicos analizamos la identidad callejera con una lista de características afiliadas con lo que definimos como una cultura callejera. Sin embargo, sobran casos de chavos que encajan con este perfil y que no se identifican a sí mismos como callejeros.

Ya hemos visto que en la cultura callejera los chavos pueden ser personas importantes y respetadas, mientras el resto de la sociedad tiende a estigmatizarlos con miedo o con lástima. De la misma manera, vimos que sus capacidades valen más en el entorno callejero. Los oficios callejeros les permiten ganar más dinero en menos tiempo y sin las exigencias de un empleo formal. Finalmente, en el mundo callejero están permitidas varias prácticas no aceptadas por la sociedad, tales como el uso de drogas, la diversidad sexual, las fantasías, la violencia y la falta de higiene personal, entre otros. En fin, hay muchos argumentos válidos de los chavos para permanecer en la calle, los cuales reflejan diferentes factores de arraigo.

Por el otro lado, la vida callejera implica sufrimiento, tristeza y soledad, y la mayoría de los chavos manifiesta tener sueños de un futuro fuera de la calle, por lo menos con un techo y

una pareja. Podemos argumentar que estos sueños no se materializan porque generalmente los callejeros carecen de la habilidad de realizar planes para el mediano y el largo plazos, pero los factores que se consideran positivos también promueven la permanencia en la calle.

Ambos, Socio y Ponchis, habían dejado las drogas, tuvieron empleos formales y al parecer estaban adaptados a vivir en casa con diferentes educadores en Guadalajara. Socio ya llevaba más de seis meses fuera de la calle cuando se fue de viaje al D.F. y recayó a la vida callejera, dejando todos sus logros atrás. ¿Por qué?, ¿fue el deseo de ayudar a Ponchis cuando la encontró tirada en el baldío adicta a la piedra, o había otras razones?

De la misma forma, Ponchis había pasado por un programa de rehabilitación internada durante tres meses. Salió y estaba trabajando como asistente de educadora en CODENI, con niños trabajadores en el centro de Guadalajara. Un fin de semana se fue a México para presumir sus logros a su familia y amigos, y en unas cuantas horas ya había vuelto a la vida callejera. Dejó un closet lleno de ropa, el trabajo que le gustaba tanto y las oportunidades para salir adelante, para quedarse en el baldío con cuatro amigos fumando piedra otra vez.

Aunque sabía de la alta frecuencia de recaídas a la calle, no lo esperaba de Socio ni de Ponchis. Aparentemente lo tenían todo en Guadalajara y estaban felices. Los dos tenían discursos de agradecimiento y superación de la calle, decían estar seguros de que no querían volver a las drogas o dormir en la calle otra vez. Sin embargo, al entrar al Garibaldío, algo cambió en ellos; el arraigo a la calle los agarró con una fuerza inconmensurable y olvidaron toda lucha que habían librado para tener una vida fuera de la calle. Esta teoría implica algo más que el libertinaje, las amistades en la calle y el gusto por las drogas, hay otras fuerzas que contribuyen a las recaídas y la permanencia de los chavos en la calle, aun cuando existen oportunidades más atractivas y factibles fuera de la calle.

Considero que la atracción tiene que ver con las características autónomas que observé en los tres grupos de estudio. En general, los chavos en esta investigación rechazaron las normas sociales y buscaron vivir sus vidas sin opresión política o social, a menudo citando la libertad como una de las razones principales para estar en la calle. Además, las estrategias de adaptación y sobrevivencia que desarrollan en la calle son testimonio de sus habilidades del pensamiento autónomo.

Contradictoriamente con la teoría de autonomía, la propia victimización también predomina en las poblaciones callejeras. Muchos chavos se ven a sí mismos como necesitados,

que dependen de la asistencia social. Aunque dicen que les gustaría dejar la calle, no perciben una manera concreta de hacerlo ni desarrollan un plan para lograr este reto. En las palabras del educador Juan de EDNICA, “Para Mario es más sencillo sólo pensar las cosas que actuarlas. Ésta es una máxima humana, no solamente para ellos, para todos. Es muy sencillo hacer un plan, lo difícil va a ser realizarlo”. “Quiero estar bien, regresar con mi familia, dejar la droga, rentar un cuarto...”, son sueños para ellos, pero raramente vienen acompañados por un plan de acción para lograrlos, y menos por intentos.

Retomando el planteamiento de Castoriadis, vemos un ejemplo claro de cómo los callejeros atribuyen su sufrimiento a autoridades extra-sociales (la burguesía, el Estado, Dios, etc.), en vez de asumir la responsabilidad de mejorar sus circunstancias. De nuevo utilizan pretextos para seguir en la calle: sus historias de vida llenas de abuso, trauma y tragedia; no tuvieron la oportunidad de hacer algo con sus vidas; debido a la burocracia de nuestra sociedad, falta de papeles para ingresar a la escuela o conseguir trabajo formal; – y la sociedad los juzgará y discriminará si cumplen con las leyes o no. Retomando las palabras de Mupet,

Fíjate, si trabajo pues nos piden papeles, si pido no me dan, si robo me encierran ¿qué hago? Si estudio no tengo papeles, si quiero trabajar me piden papeles, si vendo chocolates luego se aguadan. Si vendo paletas luego me las como. Ya no tengo otra de cómo salir, me tengo que poner a vender cocos. Ya para todo te piden papeles, o no quiero lastimar el cuerpo [trabajando como faquir] y como ya estamos bien cortados no es confianza, que acá.

Es claro que hay mucho por hacer para promover la autonomía, que los chavos asuman la responsabilidad de buscar mejores alternativas en sus vidas e impulsar procesos de cambio para atender los problemas que identifican en sus entornos.

Sin embargo, la autonomía social, de acuerdo con la definición de Castoriadis, se percibe en los costumbres que observé en los grupos callejeros, y puede ser una atracción hacia la vida callejera, especialmente para los chavos que carecen de amor y apoyo en los hogares que abandonaron. Recordemos que Castoriadis explica la autonomía como la propia limitación para el bien común; es una tensión constante entre libertad y disciplina. Mientras muchos adoptan la identidad de víctimas en público para beneficiarse de la lástima social, entre ellos existe una solidaridad que refleja la autonomía grupal. Los ejemplos más obvios los encontré entre los chavos del Puente cuando organizaron festejos de cumpleaños entre todos, se repartieron las labores de aseo y se organizaron como grupo para apoyar a otros miembros de

la banda cuando tenían problemas, pero la solidaridad autónoma de los tres grupos era innegable.

La lealtad de los chavos que participaron en esta investigación también fue notable; recordaron con claridad a los educadores, amigos y otros individuos que los habían apoyado y manifestaron su disposición de dar todo por ellos. También algunos discursos y acciones reflejaban la autonomía social entre los chavos. Algunos aseguraron que nunca robaban a señoras o que buscaban ayudarlas sin buscar recompensa a cambio, por ejemplo, pero en general sus aportaciones para el bien de la sociedad fueron limitadas. En este sentido, la autonomía social que percibí se circunscribía al entorno callejero y a algunos contactos en sus redes de sobrevivencia, como los educadores.

Para los chavos callejeros puede ser difícil desarrollar una conciencia autónoma que beneficie a gente más allá de su propia banda. Cuando un niño llega a la calle tiene que desarrollar estrategias de sobrevivencia, pensando en sí mismo. Por ejemplo, el niño aprende robar, usar discursos manipuladores y aprovechar las buenas intenciones de otras personas para sus propios intereses. Rápidamente se da cuenta de la utilidad de posicionarse como víctima y gozar de los apoyos asistenciales. La callejerización comienza con una visión dicotómica: los que tienen más deberían dar y los que tienen menos deberían recibir. La autonomía implica romper esta dicotomía y reconocer que todos tenemos la capacidad, la responsabilidad y el derecho de dar, así como de recibir.

La autonomía de los callejeros es especialmente importante para promover la cohesión social y mejorar los problemas sociales que todos vivimos. Una sociedad autónoma donde se valoran los derechos de todos solamente se logrará con acciones de los miembros más discriminados y más marginados, a menudo etiquetados como delincuentes y criminales. Se requiere un cambio de conciencia de víctima a empoderado –un movimiento de objeto pasivo a sujeto activo–. Hay señales autónomas que ya existen en el entorno callejero que pueden ser destacadas, celebradas y utilizadas para promover una autonomía de derechos que beneficie a todos.

A pesar de su exclusión, son miembros de la sociedad. La promoción de la autonomía requiere la adopción de una perspectiva de igualdad para todos los ciudadanos (registrados o no ante el gobierno) y el reconocimiento del potencial que todos (incluyendo a los callejeros)

tenemos para reducir la opresión, la discriminación y la injusticia desde nuestras posiciones particulares en la sociedad.

Por otro lado, vemos cómo los chavos luchan contra abusos y traumas, mostrando rasgos de resiliencia en la vida cotidiana callejera. Esta resiliencia también fortalece el arraigo de los chavos a la calle, pues son señales de fuerza que les ayudan a ganar respeto en el entorno. Existe la perspectiva de que los débiles son quienes no aguantan la vida callejera, lo que motiva a los chavos a soportar más abuso y arraigarse a la calle, y el abuso llega a ser una norma en su modo de vida.

Si los chavos no fueran tan resilientes ante los golpes de la vida callejera, sería más fácil promover sus salidas de este entorno por agotamiento. Recuerdo una vez en que Socio llegó a mi casa sangrando de la cabeza con moretes en todo el cuerpo –casi no podía ni caminar–. Según su historia, estaba afuera de un antro y un chavo más grande le quiso quitar su activo. Cuando no se lo dio, cuatro amigos del chavo lo agarraron a golpes y le rompieron una caguama en la cabeza. La siguiente mañana, cuando se despertó, yo estaba segura de que ya había tocado fondo e iba a querer internarse. Sin embargo, se levantó, me agradeció y se fue cojeando de la casa sin siquiera aceptar el desayuno que le ofrecí. “Así es la vida callejera, hay que seguirle hasta la muerte”, me dijo.

La permanencia de un chavo en la calle no es fácil, tiene que crearse una red de apoyo y ganarse un lugar en el territorio para llegar a ser callejero profesional. El entorno carece de estabilidad, y los desplazamientos pueden ocurrir en cualquier momento. El éxito como callejero no se logra sin resiliencia para aguantar la interminable cadena de cambios y decepciones.

Al mismo tiempo, aunque los chavos de esta investigación muestran resiliencia ante diversos golpes de su vida cotidiana para permanecer en la calle, muchos siguen sufriendo por traumas de sus pasados. Las fantasías, el consumo de drogas y el abuso de niños más pequeños son consecuencias comunes a los traumas. También es común que pierdan la confianza de otras personas y se vuelvan más introvertidos, haciendo más difícil para los educadores desarrollar un vínculo afectivo con ellos. En estos casos se requiere otro tipo de resiliencia que puede ser promovida con atención psicológica profesional. Al contrario del primer tipo de resiliencia que mencioné como necesario para permanecer en la calle, sin atención psicológica para superar los traumas, o sea la falta de resiliencia, puede contribuir al arraigo a la calle.

Hemos visto la relevancia de la salud mental en las historias de vida de los callejeros y la importancia de su rol en las interfaces y el arraigo a la calle. Es común que los chavos utilicen la fantasía como estrategia de afrontamiento para los traumas que han vivido. Como explicó Juan de EDNICA, es más fácil pensar (o imaginar) que actuar. Con la fantasía, varios sujetos construyeron vidas imaginarias fuera de la calle que les ayudaron a negar la miserable realidad de sus vidas. Me contaron de parejas ficticias, cuartos que rentaron e hijos imaginarios. Se requiere atención psicológica profesional en estos casos para permitir el desarrollo de vínculos con educadores e intervenciones eficaces con estos callejeros.

C.2.2 El juego de prácticas de las OSC en el mundo callejero

En el capítulo dos vimos las diferentes posturas sobre los modelos educativos en el objeto de estudio. A grandes rasgos, las OSC tienen un modelo diseñado que tiende a ser distinto a las prácticas cotidianas de los educadores. Aun en Pro Niños, los educadores reconocieron el incumplimiento de ciertas tareas planteadas en el modelo, como la entrega de las hojas de diagnóstico del equipo de calle al equipo del centro de día. Sin embargo, este modelo es el que la OSC promueve para financiar sus operaciones. Los educadores tienen otra perspectiva más realista de cómo trabajar con los chavos. Reconocen la regularidad de recaídas, la ilegalidad de muchas estrategias de sobrevivencia y prácticas comunes de los chavos, el desinterés de muchos de dejar la calle y la paciencia que se requiere para ganar su confianza y llevar a cabo cualquier proceso con ellos. Por otro lado, los chavos tienen su propia agenda para la relación que llevan con las OSC. Saben que necesitan discursos para acceder a ciertos apoyos y que hay reglas que deben respetar, pero reconocen su habilidad de sacar provecho de las OSC sin cumplir con los procesos que se les exigen o un plan de vida para salir de la calle.

La oportunidad de trabajar con cuatro OSC me permitió analizar y comparar sus diferentes modelos educativos. En cuanto a sus rasgos generales, EDNICA y PNC pueden ser vistos como proyectos que se dedican a la reducción de daños en la vida callejera, mientras Pro Niños se ocupa de la reintegración social, y Casa Alianza se encuentra con un pie en ambos campos estratégicos. En vez de abogar por un modelo u otro, siento que ambas estrategias son válidas y necesarias dependiendo del caso. Hay jóvenes callejeros decididos a seguir en la calle, haciendo casi imposible llevar a cabo un proceso efectivo de reintegración social con ellos. Sin embargo, ellos no deberían ser excluidos de los apoyos sociales que buscan asegurar sus derechos humanos; ahí es donde entran los proyectos con un enfoque de reducción de daños. Por otro lado, los niños recién llegados a la calle no tienen por qué pasar por el proceso de

arraigo o la callejerización. La mayoría de ellos puede ser “rescatada a tiempo” por una organización como Pro Niños, que les puede brindar varias opciones de vida fuera de la calle.

Yo propongo una tercera práctica que busque empoderar a los chavos con la concientización y la promoción de una autonomía basada en derechos, sin importar si salen de la calle o no. El cambio de conciencia que se pretende lograr con este enfoque resulta en sujetos que no solamente reconocen sus derechos, pero también toman acciones para asegurarlos. Además, sus intereses se basan en un bien común, estando conscientes de su habilidad y su deber de apoyar a otras personas.

El enfoque que propongo para pasar de discursos de derechos a acciones tiene dos líneas. La primera es empoderar a los chavos para que luchen por los derechos que no tienen garantizados. Esto requiere otro paso más allá que quejarse sobre las faltas del gobierno; hay que desarrollar un plan factible para garantizar los derechos dentro del contexto en que se encuentran. Por ejemplo, en mayo de 2012 estaba en México cuando una chava abortó sin saber que estaba embarazada. Los chavos necesitaban de alguien con una identificación oficial para internarla en el hospital. Yo los había visitado el día anterior y les dejé mi número de celular con una de sus amigas. Me marcaron y me pidieron que los apoyara para que la recibieran en el hospital. Fácilmente hubieran podido haberse quedado quejándose de cómo los hospitales no los quieren recibir, pero aprovecharon los recursos disponibles para asegurar el derecho de atención médica a la chava. Esta estrategia es complementaria tanto del asistencialismo como de los modelos de intervención que buscan reducir daños.

La otra línea que propongo es reconocer el derecho de ser callejero. La esencia de los derechos humanos es la igualdad para todos. Todo ser humano debería tener acceso a oportunidades para crecer en la sociedad por medio de la educación, servicios de salud, la no discriminación y el empleo, pero, sobre todo, los derechos humanos tienen que ver con el respeto humanitario. Mientras alguien no perjudique a otras personas, debería tener el derecho de vivir como quiera. De nuevo entran los educadores aquí. Aun cuando un chavo elija vivir como callejero, él puede adoptar una conciencia de respeto hacia los demás miembros de la sociedad. Los chavos no tienen derecho, por ejemplo, a obstruir el paso público, defecar en la calle, robar o lastimar a otras personas. Necesitamos promover una conciencia de autonomía social, donde los callejeros piensen en las otras personas antes de pensar en sí mismos.

Con el profesionalismo amoroso y el diagnóstico personal de cada chavo, los educadores están en posición de empoderarlos para promover una autonomía de derechos en sus vidas. En las entrevistas con los chavos sobre sus interacciones con las OSC, lo que más destacaron en sus recuerdos positivos de estas experiencias fueron los vínculos con los educadores.

Por medio de las historias de vida y de otras entrevistas con los sujetos, hemos visto el valor de cada OSC y sus educadores para los chavos que han participado en sus programas, aun cuando siguen en la calle. Colaborar en una OSC es una labor humanitaria y cada ser humano tiene necesidades, capacidades e intereses distintos. Es ilógico pensar que un modelo pudiera proponer la mejor opción de vida para todos los chavos callejeros; se requieren diferentes modelos para trabajar con la diversidad que se encuentra entre las poblaciones callejeras. Justamente la idea de “instrumentar” proyectos o “intervenir” con las poblaciones callejeras, limita la posibilidad de empoderar a los chavos para que sean capaces de tomar decisiones sobre sus propias vidas. A pesar de las intenciones de la práctica, hay que pensar en realizar proyectos con ellos, viéndolos como sujetos activos y como conductores de sus propias vidas.

C.2.3 Las interfaces como oportunidades para la concientización y la promoción de una autonomía de derechos entre los callejeros

Espero haber mostrado la relevancia de las interfaces en las relaciones de las OSC y los educadores con los chavos en situación de calle. Las rupturas en el objeto de estudio de esta investigación pueden reflejar hasta una mayoría de los procesos estancados con OSC en el mundo callejero. En otras palabras, estas diferencias son la causa de que aproximadamente 80% de los chavos callejeros no se reintegre a la sociedad.

Hasta ahora me he enfocado en las discontinuidades en las interfaces y las rupturas en los procesos con los chavos, pero las interfaces pueden ser muros o pueden ser puentes. Para concluir me gustaría ver desde la perspectiva contraria y considerar las interfaces como campos de oportunidad. Es justamente en los espacios de interfaz donde se permite identificar los tipos de procesos que se pueden llevar a cabo con los chavos para promover la autonomía y convertir los discursos sobre los derechos humanos en acciones.

El actor clave para reducir las discontinuidades, o bien para aprovechar las oportunidades en las interfaces, es el educador. Son los educadores quienes cuentan con la

voluntad y el interés para desarrollar una relación afectiva con los chavos, y se encuentran en la posición perfecta para lograrlo. Los educadores sirven como el Puente entre las OSC y los chavos; necesitan estar empoderados y capacitados para estar conscientes de las oportunidades y los desafíos en la interfaz y encontrar la manera de construir y fortalecer vínculos con los chavos en estos espacios.

En el mundo callejero defecio, los educadores son vistos con respeto y aprecio, y tienen un impacto significativo en las vidas de las personas que viven en situación de calle. Si bien siguen vinculados a la calle, todos los sujetos de este estudio reconocen los impactos positivos que los educadores y las OSC han tenido en sus vidas. Algunos reflexionan sobre ellos con nostalgia: “hubiera aprovechado las oportunidades”, “depecioné a los educadores”, “son personas muy buenas”. Las únicas críticas que escuché de los chavos sobre las OSC tenían que ver con la falta de apoyos asistenciales y de cómo se limitan los servicios a ciertos perfiles de callejeros (niños o los que pretenden dejar la calle, por ejemplo). En general, los testimonios de los chavos con relación a las OSC participantes en esta investigación fueron bastante positivos.

Sin embargo, una cosa es que los chavos tengan respeto a los educadores y las instituciones que los emplean, y otra es ver si éstos realmente han tenido un impacto significativo en sus vidas y de qué manera. En este momento, no puedo decir que las intervenciones de los educadores aumentan la probabilidad de que los chavos dejen la calle, pero sí creo que los apoyan para ser mejores ciudadanos y mejores seres humanos. Los educadores pueden lograr mucho con los chavos simplemente con el profesionalismo amoroso. Estas relaciones rebasan los límites sociales de relaciones aceptables, permitiendo que un “profesionista” desarrolle un vínculo afectivo con un “delincuente”.

El aprecio que los chavos sienten por algunos educadores permite que valoren sus consejos. En este sentido, los educadores están en la posición de romper la dicotomía calle/no-calle o callejeros/gente “normal”. A pesar de la discriminación que sufren, los callejeros son parte de la sociedad y tienen el derecho y la responsabilidad de participar en su mejora.

La vida que cada uno de nosotros está experimentando actualmente es una oportunidad para crecer; cada individuo se enfrenta a las situaciones y a los desafíos necesarios para su propio proceso de evolución como “ser”. La labor humanitaria de las OSC y los educadores se enfrenta al reto de apoyar a individuos en situaciones de marginación, sin

juzgarlos y sin imponer las respuestas a sus problemas, pues la percepción de un interventor es meramente una idea en un infinito de perspectivas sobre cómo enfrentar las dificultades de la vida. El apoyo efectivo viene con la necesidad de trabajar de manera horizontal con los individuos que uno pretende apoyar, reconociéndolos no solamente como sujetos activos, pero como los propios protagonistas, directores y dramaturgos de sus vidas. Aún cuando un chavo se encuentre sin familia o amigos, y sin ninguna posesión material más que la ropa que traiga puesta, tiene cierto control sobre su vida; y el poder de tomar las decisiones al respecto vale todo en estas ocasiones.

Reconociendo las interfaces como campos de oportunidad, los educadores pueden promover la concientización entre los chavos. Nuestras oportunidades para evolucionar como seres en esta vida se relacionan con la conciencia –cómo percibimos el mundo y nuestro lugar en él, cómo interactuamos con y apoyamos a otras personas, y cómo responder a los retos de nuestras vidas cotidianas, por ejemplo–. La evolución de víctima a empoderado es esencial para este proceso de crecimiento. ¿Qué puedo hacer yo para mejorar mi vida y las vidas de los demás? Para llegar a esta perspectiva, primeramente el chavo tiene que desarrollar un ojo crítico con respecto al entorno.

Retomando a Freire (1981), para promover la concientización, se busca instrumentar intervenciones liberadoras, emancipadoras y humanizantes por medio de procesos horizontales dialécticos con “educadores democráticos”. Hay que reflexionar sobre la vida y definir los cambios que uno quiere, para luego encontrar la manera de promoverlos.

En esta investigación, el estigma y la discriminación fueron los disgustos principales de los sujetos de estudio con relación a la identidad callejera. La respuesta de algunos chavos fue utilizar el estigma como pretexto para cumplir con los estereotipos negativos de los callejeros. Si la sociedad ya los percibe como ladrones, drogadictos y parásitos sociales, ¿por qué esforzarse en ser buenos ciudadanos? “De todos modos me van a ver así y a tratarme como ratero”. Este tipo de respuesta refleja falta de concientización.

Los chavos concientizados superan esta visión, reconociendo la injusticia de la discriminación y enfrentándola. Santo, el líder de los chavos del Puente, tenía esta visión. Él insistía en el cumplimiento de reglas, incluyendo no consumir *crack* en el Puente y no robar en la zona. De esta manera, Santo buscaba combatir el estigma que experimentaban por parte de los vecinos por ser callejeros.

Sirva recordar que de los tres puntos, el Puente fue el más estable y el que contaba con la mayor población fija. La estructura en el modo de vida de este grupo, que claramente reflejaba valores y hábitos enseñados en Casa Alianza, Pro Niños y otras instituciones, es la causa de la relativa estabilidad del grupo. Sin embargo, fue un grupo muy diverso y pocos compartieron el valor de la concientización de Santo y algunos otros líderes del grupo. Esta concientización que reconocí fue relativa también; Santo y el resto del grupo no tenían interés en participar en políticas públicas o en promover cambios sociales más allá de su entorno inmediato; su fin era simplemente evitar problemas en su territorio.

Junto con la concientización, los educadores se encuentran en posición para convertir el discurso de derechos en acciones para construir una autonomía de derechos. Actualmente la conciencia de derechos entre los callejeros y las OSC está permeada por las quejas de abusos y faltas de diferentes organismos del gobierno. De esta manera, los callejeros son objetos pasivos, víctimas de abusos y negligencias por parte de las autoridades. Lo que los programas de intervención deberían buscar, es el desarrollo de una consciencia que defienda y asegure los derechos de todos, ya que un mundo más justo empieza con las ganas de todos para crearlo. El primer paso es que los chavos superen la identidad de víctima o “pobre niño de la calle” que merece limosna, y comiencen a moverse para asegurar sus derechos, a pesar de las injusticias y dificultades que se les presenten.

Aun más allá, está la esperanza de que el chavo desarrolle una conciencia de autonomía social y “derechos para todos” en la que sus acciones demuestren un interés por el bienestar de los demás. Los chavos callejeros no tienen “derechos garantizados por el gobierno”, pero si hay “libertades” que se pueden ejercer adecuadamente para acceder a los derechos mencionados en las diversas leyes y convenciones que se han firmado, pero a menudo no se respetan (Shaw 2003). No hay mucha esperanza para los que sigan esperando justicia con la mano extendida; hay que levantarse y promoverla.

Uno de los aspectos del callejerismo que más me inquieta es cómo tantos chavos se quedan estancados en la vida callejera, sin buscar maneras para mejorar sus circunstancias; dejan que las adicciones los lleven al final de la vida, un fin miserable. El preocuparse por sus derechos (la salud, la libertad, una vida digna) muestra una lucha en contra de las tristes normas de la vida callejera. Esta preocupación tiene que existir en los chavos que pretenden reintegrarse a la sociedad, así como para mejorar la calidad de vida de los que siguen viviendo en la calle. Los callejeros no solamente son víctimas de violaciones de derechos, también

pueden ser promotores activos de sus derechos en la lucha para crear un mundo con más justicia e igualdad para todos.

En marzo de 2012 se realizó un operativo de desalojo en el Puente, en donde 150 granaderos de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal sacaron a 33 chavos y los llevaron a una casa hogar. Dejando a un lado la fuerza excesiva de este operativo, ¿cuáles derechos fueron violados?, ¿existe el derecho de tomar un espacio público para uso privado si no están perjudicando a nadie al vivir allí? Esta pregunta es debatible, pero estas acciones de limpieza social no son una respuesta efectiva a la problemática de poblaciones callejeras. El desalojo forzado no va a evitar que regresen a vivir a la calle; ya no se quedan bajo el mismo puente y la banda se dividió en grupos más pequeños, pero no sorprende que su arraigo a la calle no desapareciera con un operativo de granaderos.

* * *

En suma, a pesar de tantas discontinuidades en las interfaces, los educadores son respetados y admirados por los chavos, y se encuentran en una posición en la que les es posible influenciar sus vidas. No siempre podrán promover salidas de la calle, pero se puede impactar en la conciencia callejera y promover una autonomía de derechos entre ellos. Ser un buen educador de calle requiere grandes esfuerzos mentales, emocionales y físicos. Los educadores desarrollan vínculos afectivos con chavos que caen presos, sufren graves abusos y a menudo mueren muy jóvenes por sobredosis, enfermedades o por ser atropellados. Por cada “caso de éxito” que supera la calle, hay por lo menos cuatro que siguen allí. Las prestaciones y los salarios en este campo laboral son limitados y los gastos son altos. Sin embargo, las ganancias que ofrece esta labor para el crecimiento como ser humano son de las más altas que conozco.

Los educadores son los puentes entre las OSC y los chavos; son quienes pueden promover salidas de la calle, reducir daños y empoderar a los chavos con la promoción de la autonomía y los derechos humanos. Sin embargo, no existen las condiciones laborales ni políticas para que desarrollen relaciones afectivas con los chavos o instrumenten otras estrategias para atender las problemáticas detectadas en el mundo callejero. El verdadero empoderamiento de los chavos callejeros vendrá con el empoderamiento de los educadores por medio de capacitaciones, mejores prestaciones laborales y la profesionalización de la labor de educador de calle.

Cierro estas reflexiones reiterando mi infinito respeto a todos los educadores comprometidos con las poblaciones callejeras por aguantar los grandes retos cotidianos. También repito mi agradecimiento a PNC, EDNICA, Pro Niños y Casa Alianza por abrir sus puertas y brindarme la oportunidad de aprender de los educadores y chavos que enfrentan el desafío de relacionarse con gente de otros ámbitos, con perspectivas distintas, a menudo sufriendo la incompreensión, la soledad y la frustración, pero que de todos modos siguen con la admirable lucha para crecer juntos y reemplazar las discontinuidades en las interfaces con oportunidades.

ANEXO 1:

NARRATIVA DEL PROCESO CON SOCIO EN GUADALAJARA

Cuando me fui de México a mediados de diciembre de 2010, Socio estaba integrado a la casa hogar de Ombudsman cumpliendo con jornadas de trabajo en el sistema pos-penitenciario y trabajando en la imprenta del padre de Oliver, el educador de CODENI que se quedaría como tutor de Socio en mi ausencia. Socio pasó las vacaciones navideñas con sus compañeros del refugio y se reintegró a CODENI y sus otras actividades a partir del inicio de 2011. Al principio de febrero, Socio empezó a tener problemas en el refugio cuando alguien robó las cosas de su cajón. Decepcionado y molesto, decidió irse a México con Toña, una travesti de 15 años que también se quedaba en el refugio. Le tomó dos días llegar al Garibaldi y se quedaron allí una sola noche. Venían de regreso con la novia de Socio, Ponchis, y dos jóvenes callejeros más –Johnny y Jocelyn–.¹⁰⁹ Ponchis, Toña y Jocelyn se perdieron en la carretera y regresaron a México. A los tres días Socio y Johnny llegaron a Ombudsman, pero en el camino Socio se cayó cruzando la carretera y según el reporte médico, se “fracturó un testículo”, que quedó del tamaño de un mango. El médico ordenó que se quedara en la cama durante un mes.

En CODENI se le ofreció la misma beca a Johnny con la oportunidad de trabajar y estudiar, pero se desesperó muy pronto. Johnny tenía que salir solo a la calle a buscar trabajo todos los días cuando cerraron el refugio de 8 a.m. a 8 p.m. Siendo analfabeto y sin papeles, la búsqueda fue infructuosa.

En el viaje, Socio comenzó a consumir altos niveles de activo otra vez y Johnny también tenía muchos años de alto consumo de activo y *crack*. A la semana, Johnny convenció a Socio de regresar a México en el tren carguero, pero saliendo de Guadalajara, Socio se cayó del tren y se cortó ambas manos severamente. Socio no pudo viajar y Johnny regresó solo.

Con tantos problemas, Oliver le tuvo simpatía e invitó a Socio a quedarse en su departamento. Batallaron con sus adicciones y sus responsabilidades con la pos-penitenciaria y la imprenta, pero seguían con el compromiso. El 15 de marzo Socio salió del departamento de Oliver a comprar una lata de mariguana¹¹⁰ y no regresó. Esa misma noche se robaron 25

¹⁰⁹ Jocelyn es el único sujeto principal de este proyecto de investigación.

¹¹⁰ Bolsa que vale aprox. 20 pesos.

cameras digitales, 5 laptops y aprox. \$8,000 de CODENI. Me hablaron la siguiente mañana para contarme las noticias y decirme que sospecharon de Socio. Las noticias me rompieron el corazón. Nunca imaginé que él sería capaz de robarle a la mano que le apoyaba, pero hasta Oliver sospechaba de él por su ausencia la noche anterior. Afortunadamente apareció en el departamento de Oliver a las 7 p.m. Había sido detenido por la policía estatal por posesión de marihuana. Los policías le dieron una golpiza tan fuerte con toques eléctricos que lo tuvieron que llevar a la Cruz Roja. El siguiente día consiguió una constancia de la clínica donde fue atendido, limpiando su nombre de los sospechosos del robo de Casa CODENI.

Para Semana Santa, Oliver ofreció llevarlo a México por tres días. Le pedí a Oliver que por favor no fueran a Garibaldi, ya que el arraigo de Socio a la zona y la vida callejera eran demasiado fuertes todavía. La primera noche se quedaron con el tío Samuel de PNC y fueron a turistar el siguiente día, pero por la tarde Socio convenció a Oliver de ir a Garibaldi y así se encontró a Ponchis tirada en el baldío, otra vez con una alta adicción al *crack*. Se quedaron la segunda noche en el hotel Farol y Oliver intentó internar a Ponchis con el padre Valentín, pero no la aceptaron. Quedaron que los tíos seguirían buscando un lugar para ella y fueron a comprar sus boletos de regreso a Guadalajara. Estaban esperando el camión allí en la terminal cuando Ponchis llegó y convenció a Socio de quedarse. Se alejaron corriendo de Oliver, quien tuvo que regresarse solo a Guadalajara. Me marcó la siguiente mañana por Skype para contarme qué había pasado.

A las dos semanas, Socio, Ponchis y otro amigo callejero, el gringo¹¹¹ llegaron al departamento de Oliver. Habían llegado caminando por la carretera libre, consumiendo activo todo el camino. Como iban consumiendo, casi nadie les dio ride y tuvieron que caminar más de 500 kms. Yo no le tengo confianza al gringo, ya que el tío Samuel le consiguió trabajo con un amigo, y le robó 20,000 pesos. “San Oliver” acogió en su departamento a los tres, con sus altas adicciones y amplias trayectorias callejeras.

A los cuatro días Oliver sorprendió al gringo consumiendo activo en la casa y lo llevó a un refugio para indigentes; consiguió una beca para internar a Ponchis en el centro de rehabilitación Internado Cristo Esperanza de Vida Nueva, A.C., del grupo Vida Nueva. Yo le escribí cartas a Ponchis cada semana desde Río de Janeiro y los educadores de CODENI se encargaron de lavar su ropa y llevarle botanas, Tang, cigarros y artículos personales. Socio se

¹¹¹ El gringo tenía 28 años y era de una familia de clase media alta que le apoya. Además estaba casado con una ex-educadora de PNC con quien tenía un bebé de aprox. 1 año en este tiempo.

había comprometido a encargarse de este apoyo, pero no cumplió —la adicción al activo ya controlaba su vida otra vez—.

A mediados de mayo, Oliver llegó a su límite y sacó a Socio de su departamento. También decidió recibir atención psiquiátrica, dejar su trabajo en CODENI y cambiarse de casa.

Socio reingresó a Ombudsman, pero cerraron el refugio a finales del mes. Intenté coordinar otro lugar para él desde Brasil, pero empezó a quedarse en “la casona”¹¹² con un compañero del refugio. La primera noche fumó piedra y su recaída fue rápida. Dejó de trabajar, perdió su tarjetón de pos-penitenciaria y empezó a pasar todos los días consumiendo drogas y limpiando parabrisas. También empezó a acompañar a otro residente de la casona de aprox. 30 años, conocido como “el bebe” a abrir cortinas y robar negocios por las noches.

La primera semana de julio llegué a Guadalajara con “las pilas cargadas” para recuperar el proceso que Oliver llevaba con Socio y Ponchis. Estuve seis meses con discontinuidad tras discontinuidad en las interfaces con ellos. Los dos vivieron en mi casa en tiempos distintos, los interné en centros de rehabilitación, les conseguí trabajo y al final de cuentas los dos aún se encuentran en la calle. Ambos me buscan y nos consideramos buenos amigos, pero mis esfuerzos por desarraigarlos de la calle no fueron efectivos. Pasé por el mismo desgaste que Oliver, pero sirve reflexionar sobre las discontinuidades en los procesos que llevé con cada uno por las grandes interfaces entre nosotros.

¹¹² Una casa abandonada cerca del cruce de Hidalgo y la Calzada Independencia.

ANEXO 2:

TABLA DE PÉREZ (2007b) EJEMPLIFICANDO CÓMO LOS CHAVOS UTILIZAN CASA ALIANZA

Entradas y salidas de cuatro jóvenes de la calle al programa Luna, de marzo a mayo de 2001

	Noé (16 años)	Patricia (18 años)	Daniel (17 años)	David (14 años)
Entrada 1	2 de marzo	27 de febrero	4 de marzo	7 de marzo
Salida	2 de marzo	28 de febrero	6 de marzo	10 de marzo
Motivo	Cita con el psicólogo	Terapia individual	Lavar la ropa	Pedir ropa nueva
Entrada 2	11 de marzo	12 de marzo	15 de marzo	2 de abril
Salida	12 de marzo	12 de marzo	15 de marzo	15 de abril
Motivo	Bañarse, comer, conseguir ropa	Pedir medicamentos	Terapia de grupo	Pedir medicamentos
Entrada 3	15 de marzo	28 de marzo	30 de marzo	29 de marzo
Salida	15 de marzo	28 de marzo	3 de abril	29 de marzo
Motivo	Terapia de grupo	Hablar con el psicólogo	Bañarse, comer, lavar la ropa	Cita con el psicólogo
Entrada 4	18 de marzo	19 de abril	13 de abril	27 de abril
Salida	18 de marzo	21 de abril	30 de abril	8 de mayo
Motivo	Terapia individual	Curar una herida	"Descansar"	Pedir medicamentos
Entrada 5	27 de marzo	28 de abril	6 de mayo	15 de mayo
Salida	29 de marzo	28 de abril	6 de mayo	17 de mayo
Motivo	Recuperar objetos personales	Terapia individual	Hablar con su psicólogo	Bañarse, comer, lavar la ropa
Entrada 6	17 de abril	10 de mayo	16 de mayo	
Salida	29 de abril	10 de mayo	17 de mayo	
Motivo	"Descansar"	Terapia individual	Bañarse, comer, lavar la ropa	
Entrada 7	15 de mayo	10 de mayo		
Salida	22 de mayo	10 de mayo		
Motivo	Escapar de una redada	Escapar de una redada		

BIBLIOGRAFÍA

Albarrán de Alba, Gerardo

- (1996) “En el Distrito Federal la infancia no es prioridad: se multiplica la producción de niños que viven, crecen y mueren en las calles” en *Proceso*. 17 de junio de 1996.
http://www.pangaea.org/street_children/latin/mexico3.html, consultada 10 de abril de 2009.

Alianza de Poblaciones Callejeras

- (2011) “Declaración sobre el Derecho a la Ciudad de las Poblaciones Callejeras” presentado en el 5to Foro Nacional de la Alianza de Poblaciones Callejeras, Guadalajara, Jal. 4 de noviembre de 2011.

Anzaldúa Arce, Raúl Enrique

- (2008) “Pensar al sujeto a partir de Castoriadis” en Daniel H. Cabrera (coord.) *Fragments del caos: Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Aptekar, Lewis

- (1988) *Street Children of Cali*. Durham, NC: Duke University Press.

Azaola Garrido, Elena

- (1993) *Los niños de la correccional: fragmentos de vida*. México, D.F.: CIESAS.

Balderas, -Óscar

- (2010) “Visitan albergues ‘los niños del Puente’” en *La Reforma*, 3 de junio de 2010.

Bayat, Asef

- (2000) “From Dangerous Classes to Quiet Rebels. Politics of the Urban Subaltern in the Global South” en *International Sociology*, 15 (3), pp. 533-557.

Berger, Peter L. y Thomas Luckmann

- (2003) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bloom, Sandra L.

- (1999) “Trauma Theory Abbreviated.” Community Works. <http://www.sanctuaryweb.com>, consultada 23 de agosto de 2010.

Bordonaro, Lorenzo I.

- (2010) “From home to the streets: Cape Verdean children street migration”, en Evers, Notermans y van Ommering (eds.), *African children in focus: A paradigm shift in methodology and theory?*, Leiden: Netherlands African Studies Association and Brill Academic Publishers.

Bowlby, John

- (1986) *Vínculos Afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.

Boydston, Jo Ann (ed.)

- (1991) *The Collected Works of John Dewey*. Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press.

- Boyer, Ernest
 (1995) "The Educated Person", en *Kaleidoscope Readings in Education*. Boston, MA: Houghton Mifflin Company, 2001, pp. 285-292.
- Cardarelli, Graciela y Mónica Rosenfeld
 (2000) "Con las mejores intenciones, Acerca de la relación entre el Estado pedagógico y los agentes sociales" en Silvia Duschatzky (compiladora), *Tutelados y Asistidos: Programas sociales políticas públicas y subjetividad*. Editorial Paidós, Buenos Aires, pp. 23-68.
- Cárdenas, Sabine
 (2008) "Niños de la calle rompiendo círculos: trayectorias de un proceso educativo liberador" Tesis de maestría: ISIDM.
- Castoriadis, Cornelius
 (1992) "Recommencing the Revolution: From Socialism to the Autonomous Society", en *Political and Social Writings*. Vol. 3. 1961-1979. University of Minnesota Press.
 (1993) "Diálogo con Cornelius Castoriadis" (1993) cuaderno de jornadas 03. FFyL de la UNAM: México. Extraído de ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/bitstream/.../1/catedras_2009-2.pdf el 19 de enero de 2010.
 (1996) "Imaginary and Imagination at the Crossroads." Speech given in Abrantes, Portugal, el 1 de noviembre.
 (2002) *Figuras de lo pensable: Las encrucijadas del laberinto IV*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
 (2011) Caso: "Los Elegidos de Dios." Recomendación 13/2011. Expediente CDHDF/III/122/CUAUH/09/D3213, 30 de diciembre de 2011.
- Connolly, Mark and Judith Ennew
 (1996) "Children out of Place." En *Childhood, a global journal of child research*. Vol. 3, núm. 2, May 1996, pp. 131-145.
- Cornejo Portugal, Inés
 (1999) *Los hijos del asfalto. Una prospección cualitativa a los niños de la calle*. Universidad Iberoamericana, México. Extraído el día 26 de febrero del 2009 de <http://convergencia.uaemex.mx/rev19/pdf/cornejo.PDF>
- Corona, Juan
 (2010) "Aplican al 94% el plan de Guiliani" en *La Reforma*, 19 de julio de 2010.
- Cyrulnik, Boris
 (2008) *Autobiografía de un espantapájaros. Testimonios de resiliencia: el retorno a la vida* Barcelona: Gedisa.
- De Venanzi, Agosto y Gisela Hobaica
 (2003) "Niños de la calle. ¿Una clase social?" en *Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. No. 6, vol. V, junio- septiembre de 2003, Santiago del Estero, Argentina.

Derechos de las poblaciones callejeras: Capítulo 31 del diagnóstico de Derechos Humanos del Distrito Federal, Capítulo 26 del programa de Derechos Humanos del Distrito Federal y Recomendación 23-2009 CDHDF. (2010) Ciudad de México: El Caracol, A.C.

Dimenstein, Gilberto

(1991) *Brazil: War on Children*. London: Latin American Bureau.

Fletes Corona, Ricardo

(1996) *La infancia abandonada*. Guadalajara, Jalisco: El Colegio de Jalisco.

(2004) “Asistencia social: alcances y limitaciones” en Estudios Jaliscienses, vol. 55. Zapopán, Jalisco, México: Colegio de Jalisco.

Foro Social de las Américas

(2004) “Carta mundial por El derecho a la ciudad”, Quito. http://www.lapetus.uchile.cl/lapetus/archivos/1239291239Carta_mundial_derecho_ciudad.pdf, consultada 31 de diciembre de 2011.

Franco, Yago

(2008) “Una subjetividad sin descanso”, en Daniel H. Cabrera (coord.) *Fragments del caos: Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Buenos Aires: Biblos.

Freire, Paulo

(1980) *Pedagogía del Oprimido*. México, D.F. Siglo XXI.

(1981) *Education for Critical Consciousness*. New York: Continuum.

Garza Caligaris, María de Lourdes

(2010) *De la calle a la esperanza: Modelo educativo de la Fundación Pro Niños de la Calle*. México D.F.: Lenguaraz.

GDF, DIF DF y UNICEF

(2006) “Niños, Niñas y Jóvenes Trabajadores en el Distrito Federal.” Extraído de http://white.oit.org.pe/ipcc/.../resumenninostrajadores_mx.pdf el 28 de noviembre de 2008.

Geerinckx, Savina

(2006) “The right to education of children in street situations: Preconditions for true empowerment.” Tesis presentada para obtener el grado de Master of Advanced Studies in Children’s Rights: University of Fribourg.

Giménez, Gilberto

(2004) “Culturas e identidades”, *Revista Mexicana De Sociología*, Vol. 66. Número especial, octubre 2004, México, pp. 77-99.

Goffman, Erving

(1963) *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. New York: Simon & Schuster, Inc.

Habermas, Jürgen

(1989) *Identidades nacionales y posnacionales*. Madrid: Tecnos.

- Hecht, Tobias
(1998) *At Home in the Street: Street Children of Northeast Brazil*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Herman, Judith
(1992) *Trauma and Recovery*. New York: Basic Books.
- Hernández Árciga, Esperanza
(2008) “A la orilla del camino. Identidad local, prácticas y representaciones espaciales en Chilpancingo, Gro.”, Tesis doctoral. CIESAS Occidente.
- Hurtado Herrera, Deibar René
(2008) “La configuración: un recurso para comprender los entramados de las significaciones imaginarias.” En *Revista latinoamericana de ciencias sociales de la niñez y juventud*. Vol. 6. No. 1. 2008. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-715X2008000100004&lng=en&nrm=iso, consultada 19 de enero de 2010.
- INEGI
(2004) “Participación económica de los municipios más importantes en México: visión censal.” http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/proyectos/censos/ce2004/pdfs/CT_Mprios%20mas%20importantes%20en%20mexico.pdf, consultada 20 de octubre de 2010.
- Infante, Francisca
(2001) “La resiliencia como proceso: una revisión de la literatura reciente” en *Resiliencia: Descubriendo las propias fortalezas*. Eldo Melillo y Elbio Néstor Suárez Ojeda (compiladores). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Kandel, Isaac L.
(1957) *American Education in the Twentieth Century*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- LaCapra, Dominick
(2006) *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Larraín, Jorge
(1997) “Modernidad e Identidad en América Latina” *Revista Universum*, Año 12: Universidad de Talca, Chile.
- Latorre, Analía
(2002) “Un aporte a la compleja realidad de los niños en riesgo social” en la *Gazeta de Antropología*, no.18. http://www.ugr.es/~pmlac/G18_10Analía_Latorre.html, consultada 22 de febrero del 2009.
- Lewis, Oscar
(1959) *Five families: Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*. New York: Basic Books, Inc.

- Lizcano Fernández, Emmanuel
 (1995) “Para una crítica de la sociología de la pobreza” en *Archipiélago: Cuadernos de la crítica de la cultura*. 21, pp. 13-16.
- Lomnitz, Larissa A.
 (1975) *Cómo sobreviven los marginados*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Long, Norman
 (2001) “Encounters at the interface: social and cultural discontinuities in development and change” en *Development Sociology. Actor perspectives*. Londres: Routledge.
- Long, Norman y Magdalena Villarreal
 (1993) “Exploring Development Interfaces: From the Transfer of Knowledge to the Transformation of Meaning” en *Beyond the Impasse. New Directions in Development Theory*. Londres: Zed Book Ltd.
- Lucchini, Ricardo
 (1996) *Niño de la calle: identidad, sociabilidad y droga*, Barcelona: Amelia Romero editorial.
 (1998) *Sociología de la supervivencia: el niño y la calle*. Suiza, México: Universidad de Fribourg, Suiza y Universidad Nacional Autónoma de México.
 (2007) “‘Street Children’: Deconstruction of a Category”, en *Life on the Streets, Children and adolescents on the Streets: Inevitable Trajectories?* Suiza: Institut International des Droits de L’enfant. Pp. 49-75.
- Makowski, Sarah (coord.)
 (2010) *Niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situaciones de calle: Elementos para repensar las formas de intervención*. México, D.F.: Lenguaraz.
- Melillo, Aldo
 (2001) “Resiliencia y educación”, en *Resiliencia: Descubriendo las propias fortalezas*. Eldo Melillo y Elbio Néstor Suárez Ojeda (compiladores), Buenos Aires: Paidós.
- Melucci, Alberto
 (2001) *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mínuchín, Salvador
 (1974) *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Monreal, Patricia
 (1996) *Antropología y Pobreza Urbana*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Murrieta Cummings, Patricia
 (2008) *Poder y resistencia. El proceso de permanencia de los niños de la calle en la ciudad de México*. Plaza y Valdés: México D.F.
- Pérez García, Juan Martín
 (2003) “La infancia callejera: apuntes para reflexionar el fenómeno” en *Revista Española de Educación Comparada*, 9, año 2003.

(2009) Entrevista informal realizado el día 17 de agosto de 2009 en las instalaciones del Caracol, A.C.: México, D.F.

Pérez López, Ruth

(2007a) “La trayectoria del niño de la calle: entre inestabilidad y continuidad” en *Niñez y Juventud dislocaciones y mudanzas*. Norma del Río Lugo (coord.), México, D.F.: UAM-X.

(2007b) “Percepciones, usos y prácticas de la calle y las instituciones”, en *Estudios Jaliscienses, vol. 67: Infancia vulnerable*. Zapopan, Jalisco, México: El Colegio de Jalisco.

(2009) *Vivre et survivre à Mexico. Enfants et jeunes de la rue*. París : Karthala.

Pérez López, Ruth y Miguel Ángel Arteaga Monroy

(2009) “Identidad y práctica profesionales del educador y la educadora de calle en México” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales sobre Niñez y Juventud*, 7(2): 887-905.

Putnam, Robert

(1995) “Bowling Alone. America’s Declining Social Capital” en *Journal of Democracy*, 6(1): 65-78.

Rabello de Castro, Mónica

(1997) *Retóricas da Rua: Educador, Criança e Diálogos*. Rio de Janeiro: Editora Universitária Santa Úrsula e Amais Livraria e Editora.

Red Internacional de Trabajadores Sociales de Calle y Dynamo Internacional

(2008) *Guía internacional sobre la metodología de la educación de calle en el mundo*. Bruselas: Arteder.

Redondo, Patricia

(2002) “Entre el desasosiego y la obstinación: maestros, niños y padres en escuelas en contextos de pobreza”, Tesis de maestría en ciencias sociales: FLACSO.

Reintegra, A.C.

(2006) *Una mirada a la colonia Guerrero. Prevención con niños en situaciones de riesgo*, México, D.F.: Porrúa.

Remus, Lilliana

(2008) “De la debilidad a la fuerza: la construcción de la resiliencia en niños abandonados”, Tesis de Doctorado en Ciencias del Desarrollo Humano: UNIVA.

Rizzini, Irene y Udi Mandel Butler

(2003) “Life Trajectories of Children and Adolescents Living on the Streets of Rio de Janeiro” en *Children, Youth and Environments*, vol. 13(1), Extraído el 26 de febrero del 2009 de <http://cye.colorado.edu>.

(2007) “Children and adolescents living and working on the streets: revisiting the literatura” en *Life on the Streets, Children and adolescents on the Streets: Inevitable Trajectories?* Suiza: Institut international des droits de l’enfant, pp. 27-47.

Rizzini, Irene, Udi Mandel Butler y Daniel Stoecklin (eds.)

(2007) *Life on the Streets, Children and adolescents on the Streets: Inevitable Trajectories?* Suiza: Institut international des droits de l’enfant.

- Rizzini, Irma
 (1993) *Assistência à infância no Brasil: uma análise de sua construção*. Rio de Janeiro: Ed-Universitária Santa Úrsula.
- Rogers, Carl
 (1961) *El proceso de convertirse en persona*. España: Paidós.
- Ruiz Martín del Campo, Emma
 (2006) *Niños de la calle: abandono, trauma y generación de espacios de encuentro y reintegración social (El caso de Alejandro)*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sauri, Gerardo
 (2000) *Globalización e Infancia Callejera*. Extraído de la página http://www.derechosinfancia.org.mx/Temas/temas_calle_globa.htm , consultada 10 de noviembre de 2008.
- Salgado, Agustín
 (2009) “El GDF sabía hace 6 meses de ‘Los Elegidos de Dios’” en *La Jornada*, viernes 4 de diciembre de 2009.
- Scott, James C.
 (1985) *Weapons of the Weak. Everyday forms of Peasant Resistance*. New Haven y Londres: Yale University Press.
 (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.
- Shaw, Kurt
 (2002) “Hacia una teoría de la calle”, <http://www.shinealight.org/Teoriageneral.rtf>, consultada 26 de febrero de 2009.
 (2003) “Rights and Freedom: Refining a hegemonic rhetoric” Shine a Light: New Mexico. <http://www.shinealight.org/Library.html>, consultada 23 de septiembre de 2009.
 (2005) “Universal Foundations or Universal Rights? Rights and Social Agency in Contemporary Latin America.” Shine a Light: New Mexico. <http://www.shinealight.org/Library.html>, consultada 6 de enero de 2010.
 (2007) *Agony Street: A Reflection on Masochism and Politics*. Shine a Light: Santa Fe, New Mexico. <http://www.shinealight.org/Library.html>, consultada 6 de enero de 2010.
- Stoecklin, Daniel
 (2007) “Children in street situations: A Rights-based Approach”, en *Life on the Streets, Children and adolescents on the Streets: Inevitable Trajectories?* Suiza: Institut International des Droits de L'enfant. 77-97.
- Thais Consultoría en Desarrollo Social, A.C.
 (2001) *Las familias de los niños y las niñas de la calle: Estudio de las familias involucradas en el Programa de Reintegración Familiar de la Fundación Casa Alianza, México, I.A.P.* México D.F.: Quimera.

Thomas de Benítez, Sarah

(2003) "Reactive, Protective and Rights-Based Approaches in Work with Homeless Street Youth." *Children, Youth and Environments* 13(1), Spring 2003. <http://cye.colorado.edu>, consultada 6 de enero de 2009.

Valenzuela Arce, José Manuel

(1998) *El Color de las Sombras: Chicanos, identidad y racismo*. México, D.F.: El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Iberoamericana/ Plaza y Valdés.

Victoria, Armando

(2008) "¿Y quién es la gente de la calle?" <http://espaciocritico2.wordpress.com/2008/05/07/y-quien-es-la-gente-de-la-calle/> , consultada 27 de noviembre de 2008.

Xelhuantzi Santillán, Rafael Izcoatl

(2009) "La Morelos y sus chavos", en *Rayuela*, 1, Año 1. México, D.F.: Quimera.
